OTOÑO
EN
MANHATTAN
Saga Loca Seducción-1
EVA P. VALENCIA

OTOÑO
EN
MANHATTAN
Saga Loca Seducción-1
EVA P. VALENCIA

1

OTOÑO EN MANHATTAN

SAGA LOCA SEDUCCION - 01

EVA P. VALENCIA

Gabriel Gómez, es un joven y guapo arquitecto de 30 años, que decide

abandonarlo todo huyendo del amor de la prometida de su hermano Iván. Deja

Barcelona para emprender una nueva vida en la ciudad de Manhattan. Nada

más llegar, conocerá a su sexy, autoritaria y exigente jefa, Jessica Orson. Ambos,

con personalidades completamente distintas y escépticos en el amor a quienes

el destino pondrá a prueba.

Contenido

OTOÑO EN MANHATTAN 2

PROLOGO 5

Capítulo 1 6

Capítulo 2 13

Capítulo 3 20

Capítulo 4

.....
27

Capítulo 5

.....
31

Capítulo 6

.....
36

Capítulo 7

.....
40

Capítulo 8

.....
49

Capítulo 9

.....
56

Capítulo 10

.....
63

Capítulo 11

.....
70

Capítulo 12

.....
76

Capítulo 13

.....
84

Capítulo 14

.....
89

Capítulo 15

.....
95

Capítulo 16

.....
100

Capítulo 17

.....
106

Capítulo 18

.....
112

Capítulo 19

.....
119

Capítulo 20

.....
125

Capítulo 21

.....
131

Capítulo 22

.....
139

Capítulo 23

.....
145

Capítulo 24

.....
154

Capítulo 25

.....
160

Capítulo 26

.....
165

Capítulo 27

.....
172

Capítulo 28

.....
176

Capítulo 29

.....
184

Capítulo 30

.....
189

Capítulo 31

.....
195

Capítulo 32

.....
200

Capítulo 33

.....
207

Capítulo 34

.....
213

Capítulo 35

.....
219

Capítulo 36

.....
225

Capítulo 37

.....
229

Capítulo 38

.....
233

Capítulo 39

.....
237

Capítulo 40

Capítulo 41 241

Capítulo 42 247

Capítulo 43 252

Capítulo 44 256

Capítulo 45 262

Capítulo 46 269

Capítulo 46 275

Capítulo 47 280

Capítulo 48 285

Capítulo 49 290

Capítulo 50 294

Capítulo 51 300

Capítulo 52 304

Capítulo 53 309

Capítulo 54 312

Capítulo 55 318

Capítulo 56 323

Capítulo 57 329

Capítulo 58 334

Capítulo 59 340

Capítulo 60 347

Capítulo 61 355

Capítulo 63 366

Capítulo 64 373

Capítulo 65 381

Capítulo 66 387

Capítulo 67 395

Capítulo 68 401

Capítulo 69 407

EPÍLOGO 419

La Saga continúa…
.....
426

Prólogo
.....
427

Capítulo 1
.....
428

Continuará…
.....
435

Agradecimientos
.....
436

PROLOGO

Barcelona, julio 2013

Ya han transcurrido cuatro años desde el fallecimiento de Érika en un

fatídico accidente de tráfico. Ella y Gabriel, tenían planeado contraer

matrimonio aquel mismo invierno, sin embargo el destino les deparó un

desenlace muy distinto.

Para poder olvidar y dejar atrás el pasado, Gabriel decide marcharse de

Madrid y trasladarse junto a su hermano Iván a la ciudad condal.

Pronto conoce a su prometida, Marta Soler, una guapa catalana de

veintiséis años. Gabriel enseguida cae rendido ante sus encantos,

enamorándose perdidamente.

Todo en ella le recuerda a Érika. Su rostro, su pelo… incluso su mirada.

Sin pretenderlo, Marta se vio tentada. Amaba a Iván pero no podía evitar

sentir deseo por su hermano Gabriel.

Cuando aquel triángulo amoroso les empezó a asfixiar, Gabriel decidió

desaparecer, poner tierra de por medio.

Viajar a Manhattan… podría ser la solución.

5

Capítulo 1

Septiembre, 2013

La voz del capitán alertó a Gabriel que su avión, un JetBlue Airways

(Airbus A320) estaba sobrevolando la ciudad de Nueva York para tomar tierra

en el aeropuerto John F. Kennedy.

Estiró los brazos y haciendo crujir los nudillos, echó un vistazo a través de

la diminuta ventanilla, admirando los increíbles gigantes de hormigón que se

alzaban arrogantes sobre el grisáceo asfalto de Manhattan.

Inspiró hondo, soltando poco a poco el aire mientras pensaba:

«Nueva vida, nueva ciudad…»

Las casi nueve horas de vuelo en aquella reducida e incómoda butaca y sin

la posibilidad de fumarse un pitillo, habían exasperado los nervios de Gabriel a

límites incalculables, produciéndole una tremenda jaqueca y un peor humor de

perros.

Los últimos días en Barcelona habían sido completamente caóticos.

Enamorarse de la prometida de su único hermano no había sido un gesto

demasiado elegante por su parte. Por lo que, tratar de poner tierra de por

medio, había sido sin duda la mejor solución, o por lo menos, la más práctica

dada las circunstancias.

Nada más desembarcar y tras recoger su escaso equipaje, Gabriel encendió

de nuevo su Blackberry mientras esperaba junto a la parada de taxis.

Comprobó la bandeja de mensajes entrantes; tenía dos de sus padres y

otro de su amigo Víctor, quien se dedicaba a jornada completa a la supervisión

de un despacho de arquitectura justo en el centro de Madrid, a solo dos

manzanas de la emblemática plaza de Cibeles.

Mientras se disponía a abrir el primer mensaje, una tos seca alertó a

Gabriel de una compañía femenina a escasos dos metros de su lado izquierdo.

Curioso, miró por el rabillo del ojo sin perder un

ápice, a la vez que

guardaba el teléfono móvil en uno de los bolsillos traseros de sus vaqueros

desgastados.

Sonrió tras descubrir que se trataba de una bonita chica de cabellos

castaños cuyas ondas le caían justo por encima de sus hombros. Con enormes y

vivaces ojos verdes, poblados de largas y rizadas pestañas negras, y un gracioso

lunar dibujado sobre el labio superior. Su cuerpo era menudo y delgado, y

aunque irguió la espalda esforzándose en aparentar ser una persona segura de

sí misma, enseguida se delató avergonzada pintando sus mejillas de un color

rosáceo muy sutil.

6

Abrió la boca en un acto de fe, reuniendo el coraje suficiente para empezar

a entablar una conversación con aquel desconocido, pese a no tenerlas todas

con ella.

—¿Eres Español? —de momento tan solo pudo articular aquel par de

palabras y su dulce voz, tembló.

—Sí, eso parece —le contestó.

Gabriel sonrió, señalando con el dedo índice a la serigrafía que había

dibujada en el centro de su camiseta gris oscura.

—Barcelona… —leyó la joven mentalmente y enseguida se le dibujó una

sonrisa de oreja a oreja—. ¡Uf! Menos mal… —suspiró con gran alivio

llevándose la mano sobre el pecho—. Me acabas de salvar la vida. ¿Puedes

creerte que llevo más de media hora tratando de encontrar a alguien que hable

mi idioma? Es la primera vez que viajo a Nueva York y entre mi pésimo sentido

de la orientación sumado a mi absoluta negativa con el idioma, la verdad, ando

muy perdida.

Gabriel se echó a reír. Al parecer su forma de hablar tan locuaz le estaba

jugando una mala pasada. Cada dos o tres palabras

se le trababa la lengua, sin

siquiera ser consciente de ello.

Mientras hablaba, se fijó en sus manos. Cada una de ellas, sujetaba una

enorme maleta roja con los ribetes negros, que a duras penas podía cargar.

Antes de preguntarle, Gabriel miró con suavidad a aquellos ojos inseguros

tratando de mostrarle confianza.

—¿Hacia dónde te diriges?

—Hum… —ojeó un trozo de papel que simulaba un mapa—. Al centro de

Manhattan.

—Pues… sin duda, hoy es tu día de suerte porque casualmente esa es mi

próxima parada —le regaló una sonrisa radiante que la desarmó en un

santiamén.

La conversación quedó interrumpida justo cuando un taxi se detuvo a sus

pies.

Gabriel miró al vehículo estacionado y luego a la joven que permanecía

inmóvil a su lado.

¿Por qué no compartir el taxi?

Bien mirado no resultaría tan mala idea. Ambos necesitaban algo del otro:

Ella ayuda y él compañía. Podría resultar hasta divertido. Además, no le

parecía ético dejarla sola en medio de aquella

jungla, llena de depredadores

acechando para homenajearse un suculento festín: A una joven guapa, dulce y

fácilmente influenciable.

Tras proponérselo, ella dudó unos instantes.

7

En una situación normal, ni siquiera se estaría planteando la remota

posibilidad de subirse a un taxi con un desconocido, pero daba por hecho que

era la mejor opción, dada las circunstancias. Solía hacer caso a su sexto sentido:

la intuición. Y algo le decía que aquel chico no la iba a engañar, así que aceptó.

Nada más acomodarse en los asientos traseros del

taxi, Gabriel, con un

acento inglés un tanto peculiar, le indicó al conductor la dirección a la cual se

dirigían.

Después de ceñir el cinturón de seguridad a su cuerpo y pasarse la mano

por el pelo, ladeó la cabeza para interesarse por su acompañante.

—Así que de Barcelona, ¿eh?

—Sí, de un pueblecito costero.

—¿Y qué lleva a una chica guapa y solitaria a decidirse a viajar a miles de

kilómetros de su casa?

—Pues… —dijo ruborizándose nuevamente. Era la segunda vez que no

podía evitar que aquellos ojos verdes y penetrantes de Gabriel la amilanaran de

aquella manera. Tuvo que tragar saliva y respirar hondo si quería proseguir lo

más sosegada posible—: La universidad en la cual estudio, me ha concedido

una beca y empiezo el semestre en pocos días.

Gabriel, mientras la escuchaba, aprovechó para repasarla de arriba abajo.

Por lo visto, era una chica sencilla, al menos por su atuendo. Daba por hecho

que era una persona muy tímida por cómo se ruborizaba cada vez que se

atrevía a mirarlo a los ojos más de dos segundos seguidos. Aquello le hacía

mucha gracia.

El trayecto duró poco más de media hora.

Apeándose primero del taxi, Gabriel recuperó las maletas y las apoyó en el

pavimento. Luego rasgó un tozo de papel de la agenda que llevaba en su

bandolera y escribió de puño y letra su número de teléfono.

Tras doblarlo, se lo entregó mirándola por última vez:

—Por cierto, me llamo Gabriel.

Ella trató de mostrarse lo más serena que fue capaz. Era muy probable que

no se volvieran a ver.

—Yo soy Daniela.

—Si necesitas ayuda con el idioma, llámame…

Hizo un gesto con la mano emulando un teléfono y tras guiñarle el ojo,

el vehículo se incorporó al tráfico.

Tras permanecer en el sitio viendo alejarse al taxi, asió ambas maletas

hinchando el pecho mientras admiraba al enorme rascacielos que se alzaba ante

él.

Su destino era la planta treinta y seis. Según le había informado su amigo

Víctor, lo que primero debía hacer era ir a la oficina y una vez allí, preguntar

por una tal Jessica Orson. Ella se encargaría de enseñarle el despacho y de darle

las llaves del apartamento donde viviría a partir de aquel momento.

El viaje en el ascensor resultó de lo más asfixiante y lo más parecido a una

leonera. Entre la cantidad de personas que cabían por metro cuadrado y el

peculiar olor unido a la mezcla entre perfumes y otras cosas que prefería no

nombrar… el aire se había convertido en prácticamente irrespirable.

Al fin, la puerta se abrió y Gabriel pudo salir, respirando a pleno pulmón

para renovar el aire.

Miró un panel en el cual indicaba la dirección que debía seguir para llegar

hasta las oficinas de Andrews & Smith Arquitects.

Cruzó un largo pasillo hasta

encontrarse con una enorme puerta acristalada que se deslizó a ambos lados,

cuando el sensor notó su presencia.

Abrió los ojos y arqueó las cejas, sin poder evitar pegar un silbido.

Todo a su alrededor estaba decorado con un gusto exquisito.

Aquellas oficinas no tenían nada que ver con el pequeño despacho de

apenas cincuenta metros que tenía alquilado en el centro de Barcelona junto a

su hermano Iván.

Después de echar un vistazo rápido, se acercó a una chica de cabellera

rojiza y grandes ojos color café que presidía la mesa de recepción. Acababa de

colgar el auricular del teléfono y no tardó en brindarle una amable sonrisa de

bienvenida.

Él se presentó interesándose por Jessica Orson.

—Puede acomodarse en el sofá mientras le aviso.

—Gracias.

Dejó las maletas a un lado y se espachurró en el sofá a esperar durante

más de media hora; incluso se permitió el lujo de quedarse dormido sin

darse cuenta.

De repente, un increpante y desagradable carraspeo hizo que Gabriel se

despertara bruscamente de su letargo, pegando un brinco. Al abrir los ojos se

encontró con una fulminante y gélida mirada azul que lo observaba desde lo

alto.

Gabriel no tardó en saltar del sofá y erguirse, enderezando la espalda.

Tosió.

Se frotó los ojos repetidas veces mientras abría la boca de par en par

esbozando un bostezo sin pudor.

—¡Aquí no se viene a dormir!

—vociferó aquella chica de cabellos negros que le miraba centelleante con

cara de pocos amigos mientras cruzaba los brazos

bajo sus voluminosos pechos.

9

Gabriel se rió con ganas y aún a riesgo de enojarla más, trató de justificar

como pudo aquel comportamiento infantil y poco profesional.

—Debe de ser el jet lag.

De nuevo, se le escapó la risa sin poder evitarlo, a la vez que se rascaba la

cabeza simulando a un perro sarnoso.

Ella arrugó la nariz.

¿De dónde había salido?

Aquel chico cuanto menos era el antiglamour personificado y aún peor,

estaba exacerbando sus nervios y mermando la poca paciencia de la cual

disponía.

Empezó a tintinear contra el suelo uno de los tacones de sus carísimos y

exclusivos Christian Louboutin mientras se mordía la lengua privándose así de

no escupirle una soberbia grosería.

«¿Quién coño se cree que es? No es más que un niñato que por lo visto no

sabe con quién está tratando», pensó para sus adentros, malhumorada.

—Usted debe de ser el amigo de Víctor —le estudió de arriba abajo

concienzudamente.

—El mismo —añadió de forma divertida.

Cuando acabó de repasarle y aprenderse de memoria hasta el número que

calzaba, arrugó el entrecejo. Lo que había visto hasta el momento no era de su

agrado. Las pintas de Gabriel distaban mucho de los demás empleados. No

tenía clase, ni presencia y por lo visto su educación se la dejó a orillas del

Mediterráneo. .

Chasqueó los dedos un par de veces para que espabilara.

—Acompáñeme.

Abrió el camino marcando el paso. Gabriel la seguía justo detrás, dejando

una distancia prudencial, la suficiente para poder admirar las increíbles curvas

de aquella desconocida sexy.

Aquel traje negro de falda lápiz y americana endiabladamente entallado a

su cuerpo, dibujaba cada exquisita forma de la mujer, que unido a los rítmicos

contoneos de las caderas, eran música celestial para sus oídos.

El despacho quedaba justo al final del pasillo.

Nada más llegar, abrió la puerta cruzando la enorme estancia para

sentarse en su confortable silla de piel. Luego, cruzó las piernas con refinada

elegancia y cuando Gabriel apoyó ambas maletas en uno de los carísimos

muebles de madera de nogal que había encargado traer expresamente desde

Europa, arrugó la frente muy molesta.

—Si no le importa, las deposita ahí le advirtió señalando al suelo con la

mano, mostrando una perfecta y cuidada manicura francesa—, o empezaré a

descontar de sus honorarios todos los desperfectos que vaya ocasionando en

mis muebles.

—Descuida —murmuró con un deje de burla en su timbre de voz.

Por lo visto, ella estaba dispuesta a declararle la guerra. No pensaba darle

ninguna tregua. Era un hueso duro de roer. Gabriel no solía hacer juicios de

valor precipitados, pero no se lo estaba poniendo nada fácil. Su actitud

arrogante, la delataba de haber tenido una vida acomodada, acostumbrada a

tener el resto de los mortales como servidumbres.

Trató de que su comportamiento no le enturbiara el buen humor y tras

sentarse frente a ella, quiso hacer borrón y cuenta nueva para empezar de

nuevo desde cero:

—Así que eres Jessica Orson

—dedujo él con suspicacia.

—Para usted la señorita Orson —le rectificó

mirándole de forma cortante y

con cara de pocos amigos, haciendo ademán de superioridad.

Mientras, Gabriel comenzó a sonreír abiertamente. La actitud pedante de

Jessica Orson crecía por momentos. Y a más crecía, más se divertía.

—Ya sé que en Barcelona, se estila aquello de llevar tatuajes y piercings,

pero siento aclararle que trabajará en Nueva York, en la cúspide. Sus atuendos,

su pelo desaliñado… su actitud arrogante, no son en absoluto compatibles con

este trabajo. Esta es una compañía s e r i a . Andrews & Smith Arquitects está

entre las diez compañías noveles más importantes

e influyentes de toda la

Costa Este. Y así seguirá, pese a quién pese.

Jessica miró con bastante repulsa el tatuaje que asomaba por la manga de

la camiseta justo por encima del codo derecho y después al aro que Gabriel

movía en aquel preciso instante a propósito para cabrearla y ponerle todo lo

nerviosa que fuese posible. Porque si ella era una estirada snob, él podría llegar

a ser un español de lo más petulante si se lo proponía.

—Hay normas, señor Gómez comenzó a relatar, si tiene intención de

trabajar para mí, tendrá que acatarlas y me la trae floja las recomendaciones de

su amigo Víctor. No importan lo más mínimo sus notas académicas, ni sus

méritos profesionales...

Se detuvo unos segundos antes de proseguir no sin antes fulminarle con la

mirada.

—Quiero que las cosas queden claras desde un principio entre usted y yo.

No quiero que luego haya sorpresas, ni malos entendidos. —Carraspeó

aclarándose la voz—. Lo primero: Jamás me tutee. Como superior directo,

merezco dicho respeto.

«Joder», pensó Gabriel.

«La tipa se las trae… aunque, bien mirado…

palmeándole varios azotes en

su bonito culito, le quitaba todas las tonterías de golpe…»

11

—Segundo: Debe desprenderse de cualquier tipo de adorno ostentoso —

miró el piercing que atravesaba su labio inferior —. Presumo que no tendrá

más ocultos, por ejemplo en la lengua…

Gabriel no cabía en sí del asombro, esto se ponía interesante.

Abrió la boca y sacó la lengua. Ella puso los ojos en blanco. Quizás con

una negativa hubiese bastado. .

Gabriel aprovechó para acomodarse más en su

asiento. Separó las piernas

y colocó un tobillo sobre la rodilla de la pierna contraria.

—Tercero: Deberá acompañarme a reuniones, a convenciones y a toda

clase de eventos. Por lo tanto es obvio que ha de cuidar su vestuario. De

momento bastará con que vista camisas de manga larga y corbata.

Jessica estiró del dobladillo de su americana, con un deje de orgullo en su

semblante. Inspiró. Ya había acabado con su peculiar charla de bienvenida.

Lo que a primera vista no le había convencido de él, quizás con unos

acertados cambios, mejoraría.

Se levantó y comenzó a caminar hacia la puerta para abrirla e invitarle a

que saliera del despacho. Su agenda siempre estaba apretada y ya había

desechado demasiado de su tiempo hablando con su empleado.

—Ahora, si me disculpas, tengo una importante reunión con los socios de

la Multinacional Kramer.

Hizo un gesto con su mano enseñándole la salida. Gabriel recogió sus

pertenencias y la miró antes de salir.

—Alexia, mi secretaria personal, le enseñará el despacho donde

desempeñará a partir

de mañana su trabajo y además le facilitará las señas

del apartamento. Y dicho esto, esperó a que saliera y luego le cerró la puerta

en las mismas narices.

Gabriel se echó a reír mientras zarandeaba la cabeza sin dar crédito.

«Menuda tiparraca está hecha…»

«Sin duda será un verdadero reto trabajar para semejante personaje.

Sospecho que me voy a divertir mucho, pero que mucho…»

12

Capítulo 2

Nada más salir por la puerta de su despacho,

Jessica volvió a acomodarse

en su silla de piel. Cruzó las piernas y descolgó el auricular del teléfono.

Estaba enfurruñada y le importaba un bledo que al otro lado del Atlántico,

fuesen pasadas las nueve de la noche; teniendo en cuenta la diferencia horaria.

Jessica era así. De estricto y severo carácter debido quizás a una

meticulosa educación recibida en los mejores y más prestigiosos colegios de

norte América. Siempre necesitaba tener el control. La palabra improvisación no

formaba parte de su exquisito y refinado vocabulario. Todo debía estar

perfectamente organizado y su nuevo empleado,

sin pretenderlo, había

desequilibrado su orden.

Las largas uñas de Jessica repicaban con insistencia la madera lacada de la

mesa, esperando con ansiedad. Por fin, alguien se escuchó responder al otro

lado del hilo telefónico.

—Hola Jessica.

—Víctor.

—¿Has conocido a Gabriel?

—Por eso te llamaba añadió con desabría.

—¿Hay algún problema?

Jessica pegó una risotada teñida de sarcasmo.

—¿Me mandas desde Barcelona a un pamplinas para que sea mi mano

derecha y te quedas tan ancho…? Por el amor de dios… Te creía más

profesional.

Víctor se echó a reír con ganas.

—¿Un pamplinas? ¡Joder Jessica…!

—Esto no es un circo, Víctor. Sabes perfectamente que mi trabajo es lo

primero, antepongo incluso mi vida privada…

Jessica hablaba con rapidez, estaba muy alterada.

—Vamos a ver… No te embales Jessica, que ya nos conocemos. —Bufó por

la nariz—. Gabriel, es uno de los mejores arquitectos con los que he tenido el

privilegio de trabajar. Te doy mi palabra de que no te vas a arrepentir…

Jessica resopló indignada y luego añadió:

—Dos semanas, Víctor. ¡Le doy catorce días o te lo devuelvo a Madrid con

una patada en el culo…!

13

Jessica ni siquiera esperó respuesta. Clavó el teléfono de un golpe seco.

Después, abrió el primer cajón de su escritorio para coger la pitillera de

plata, encenderse un cigarrillo rubio y degustarlo sin prisas, con total

parsimonia.

Siguiendo las señas que le había proporcionado

Alexia, la secretaria

personal de la “adorable y dulce” Jessica Orson, el apartamento de Gabriel

quedaba muy próximo de las oficinas, justo en la Calle 57th en Park Avenue, en

la zona East.

El bloque de pisos era moderno y acogedor, el pequeño apartamento de

cincuenta metros albergaba en su interior un dormitorio con una enorme cama,

un aseo con plato de ducha, una diminuta cocina muy bien equipada, un

saloncito con un sofá de dos plazas, una mesa de madera con dos sillas y un

mueble cajonero en el que reposaba una tele LCD de 27”.

«Pequeño, pero acogedor…»

Gabriel, dejó las maletas tiradas de cualquier manera y luego se dirigió a

la terraza accediendo desde el salón.

Enseguida quedó fascinado por las espléndidas vistas de la ciudad que

se apreciaban desde aquella altura. Conocía un poco la ciudad de Manhattan, lo

necesario para saber que, Central Park quedaba muy cerca.

Así que, se vistió con unos shorts negros y una camiseta de algodón blanca

y se calzó sus Asics Nimbus para salir a correr sus diez kilómetros diarios.

Tras colocarse los cascos y encender su mp4, salió a eliminar la tensión

acumulada del vuelo, del viaje y de su jefa de ojos azules y gélidos como el

mismo hielo.

Descendió corriendo por la bocacalle en dirección a Madison Ave y en la

esquina con la 72th, entró al parque.

Hacía una temperatura ideal. Ni frío ni calor y apenas se apreciaba el

viento.

Cuando el cronómetro le avisó que los sesenta minutos se habían agotado,

fue reduciendo la intensidad hasta acabar deteniéndose. Al poco después,

cuando el ritmo de sus pulsaciones comenzó a ralentizarse, estiró los músculos

de piernas, gemelos y cuádriceps de los brazos.

Ya se disponía a retomar el camino de regreso a su apartamento, cuando

se agachó a beber del agua de una fuente.

—¡Joder tío!, no me lo puedo creer… —exclamó alguien eufórico tras él.

Gabriel se incorporó, sudoroso, con la camiseta empapada y enganchada a

su torso, dibujando con descaro todos los abdominales: superiores, inferiores y

oblicuos.

14

Secándose el sudor de la frente con su antebrazo, se giró y luego sonrió

sorprendido al descubrir de quién se trataba.

Pestañeó varias veces. Creía estar

viendo un espejismo, causado quizás por la falta de sueño.

—¡Me cago en la madre que me parió! carcajeó llevándose las manos a la

cabeza— ¿Qué demonios haces tú aquí, Eric?

—Negocios, ya sabes... — respondió sonriente.

Gabriel trató de secar la palma de su mano en la única zona del pantalón

que no estaba empapada en sudor. Tras frotarla, se la tendió y ambos se dieron

un fuerte apretón de manos.

—Veo que te sigues manteniendo en forma.

Eric se permitió el lujo de palmear su vientre en dos ocasiones.

—Eso intento —respondió Gabriel notando como varias gotas se

deslizaban con absoluta libertad por su sien para luego añadir—:

¿Estarás muchos días por la Gran Manzana?

—Una semana, ¿y tú?

—He venido para quedarme. Eric enarcó una ceja, quedándose

estupefacto al instante.

Conocía a Gabriel, lo suficiente para saber que no era de la clase de gente

que permanecía demasiado tiempo alejado de su familia. Por lo tanto, era obvio

que algo trascendental sería la causa.

—Mi amigo, creo que tienes muchas novedades

que contarme, así que te

recojo esta noche y mientras me pones en antecedentes, nos tomaremos unas

copas.

—Eso está hecho.

—Además —añadió—, estás de suerte. Tengo un par de pases VIP de la

discoteca Kiss&Fly.

Gabriel sonrió complacido. Kiss&Fly, era uno de los sitios de moda de

Manhattan. Había oído hablar mucho de ese lugar, y la verdad, sentía inquietud

por conocerlo.

Tras despedirse, cada uno se marchó en direcciones opuestas.

Al llegar al apartamento, se desvistió, se duchó y como estaba solo, se secó

el cuerpo con una amplia toalla y se puso únicamente unos Calvin Klein negros

con la goma de la cinturilla de color blanca.

Tenía un hambre de lobos, así que se preparó un sándwich vegetal de atún

y lechuga de tres pisos. Luego se dejó caer en el sofá y encendió la televisión

para ver con qué programación neoyorkina le sorprendían. Puso los pies sobre

la mesita y levantando la lengüeta de la lata de CocaCola, bebió con tanta ansia

que casi se la acabó de un único trago.

En el mismo instante que se dispuso a abrir la boca para hincar los dientes

incisivos al pan, el móvil empezó a zumbar para su descontento.

Se levantó y caminó a la cocina, la Backberry vibraba sobre la encimera.

Echando un vistazo a la pantalla, no pudo evitar fruncir el ceño sorprendido, en

un acto reflejo tras comprobar quién era la remitente del escrito:

“La vida suele ponernos a prueba y en ocasiones las cosas no surgen como

esperamos.

Me hubiese gustado tener un momento para hablar a solas contigo y

despedirme como era debido.

No te lo reprocho, en absoluto. Porque acepto que tu vida debe estar lejos

de nuestro lado.

Aunque si te soy sincera, eso no suaviza el dolor.

Supongo que el tiempo calmará la sensación de malestar que arrastro

desde que te fuiste.

Te echo mucho de menos. Quiero que sepas que siempre me tendrás como

amiga, para lo que necesites… siempre.

Además, quiero proponerte que seas el padrino de mi bebé, del bebé que

estamos esperando tu hermano Iván y yo.

Para mí sería muy importante.

Piénsalo, por favor. Te quiero, Marta”

Suspiró tras acabar de leer el mensaje.

Demasiadas emociones agolpadas en unas cuantas líneas.

Demasiado pronto para tratar de enterrar los sentimientos que aún

afloraban por Marta.

Dejó la Blackberry sobre la encimera y salió a la terraza a tomar el aire

fresco. Se frotó los ojos con los puños y trató de mantener su mente en blanco.

Pensar en ella, le dolía. Aún la amaba.

«Maldito Cupido… como te has burlado de mí. La próxima vez que vea

revolotear tus níveas alas, te juro que te arrancaré

las plumas una a una…»

Al poco después, entró cerrando la puerta deslizando la cortina de lado a

lado.

La tarde empezaba a caer y si se decidía a contestar al mensaje,

probablemente Marta ya estaría durmiendo.

Así que, de momento, no lo hizo. Quizás más tarde. O tal vez no.

Se volvió a sentar en el sofá tratando de acabar la cena, pero un malestar

empezó a crecer en la boca del estómago. Se le había quitado las ganas de

comer, de golpe. Se levantó para lanzar el sándwich al fondo del cubo de la

basura.

16

Marcaba las once de la noche en el reloj de Gabriel.

Se puso su cazadora de cuero negra y dio un rápido repaso a su pelo en

el espejo. Trató de arreglarlo con los dedos, jugueteando con los mechones,

aquí y allí, pero no había remedio… cada cual iba a su libre albedrío.

Se mofó.

«Qué más dará, a quien no le guste, que no mire…»

Bajó hasta la calle para reunirse con su amigo y subieron a un taxi.

Eric y él se conocían desde el instituto, cuando Gabriel vivía en Madrid.

Durante aquella época, llegaron a ser inseparables, casi como hermanos. Juntos

se habían dedicado en cuerpo y alma a realizar infinidad de perrerías y

sorprendentemente, varios años más tarde, se volvieron a encontrar en el

ombligo del mundo.

—Esta ciudad te atrapa, ya lo verás.

—Ya lo ha hecho — reconoció Gabriel.

Eric escrudiñó a Gabriel con la mirada tratando de descubrir los motivos

que le habían llevado a Nueva York. ¿Pasta? ¿Crecer profesionalmente?

Sonrió zarandeando la cabeza. No, ninguna de las opciones eran lo

suficientemente poderosas. La economía nunca había sido un hándicap en la

familia de Gabriel, por fortuna, sus progenitores estaban bien posicionados. Por

el contrario, era un genio, un niño prodigio en su especialidad. Había trabajado

en varios despachos de renombre allí en Madrid. Aún no había nacido rival que

pudiera medirse con él.

«No, otra razón debe ser…», murmuró buscando el paquete de Marlboro

en el bolsillo de su americana.

—Me tienes en ascuas desde esta tarde… ¿Por qué Manhattan?

Gabriel le sostuvo la mirada unos segundos antes de contestar para luego

confesarle:

—Mujeres.

—¿Mujeres? o… ¿una mujer?

—le sonrió con picardía.

—Una.

Gabriel empuñó la mano con desaliento sin ser consciente de ello. Su

corazón palpitó con ímpetu en el interior de su pecho. Marta aún le seguía

afectando. Todavía.

Por fortuna para él, el taxista detuvo el coche en doble fila y la

conversación quedó suspendida en el aire.

—Es aquí. Serán... diez con ochenta centavos —apremió leyendo el

cuentakilómetros incrustado en el salpicadero.

17

Eric se adelantó, pagando el recibo ante la negativa de su amigo.

—Pago yo.

—Pues entonces la primera copa correrá de mi cargo —añadió Gabriel.

—Acepto, siempre y cuando la segunda ronda la pague yo.

Ambos rompieron a reír, divertidos.

Nada más apearse del vehículo, fueron testigos de la interminable cola de

personas que aguardaban acceder al antro de ultimísima tendencia. Eric que

guardaba un AS bajo la manga, sacó las dos entradas VIP mostrándoselas a uno

de los dos porteros que cerraban el paso a través de sus esculpidos cuerpos

repletos de anabolizantes.

Al entrar, traspasaron un largo pasillo observando a su paso la perfecta

decoración ultra vanguardista, unida a la estridente música dance.

Al acercarse a la primera barra, enseguida, una llamativa y exuberante

camarera de labios carnosos y sensuales, capaces de tentar al mismo Satanás, les

sonrió al tiempo que les preguntaba qué iban a

tomar.

—Vodka con zumo de naranja y whisky con ginger ale —le susurró

Gabriel al oído no sin antes guiñarle el ojo con atrevimiento.

La joven veinteañera, los preparó con esmero y cuando Gabriel se

disponía a pagar con un billete de cincuenta dólares, ella chasqueó la lengua y

colocó la mano sobre la de él mientras se humedecía los labios, alegando

aquello de: «Invita la casa».

Gabriel le premió con una de sus sonrisas endiabladamente arrebatadoras

mientras jugueteaba girando el aro de acero con la punta de la lengua, sin

apenas quitar el ojo a la preciosidad rubia que se contoneaba ante él.

A mitad de la noche, aquella camarera acompañada de otras tres, subieron

a la barra y empezaron a danzar al sensual ritmo de la banda sonora de El bar

Coyote.

Gabriel y Eric que gozaban de un lugar privilegiado, abrieron los ojos

hambrientos mientras babeaban observando aquellos movimientos dignos de

cualquier contorsionista.

Durante toda la canción, la joven solo bailó para Gabriel, al parecer el resto

de la clientela no existía para ella.

Cuando

la última nota se desvaneció en el aire, saltó de la barra

cayendo justo delante de él. Sonrió con extrema picardía y sin previo aviso, se

acercó a su boca lamiendo, con sugerente morbosidad, su labio inferior.

Gabriel, no se hizo de rogar. Hacía rato que la rubia lo había puesto muy

cachondo. Primero el baile y luego su sensual lengua caliente.

—Si empiezas algo, debes acabarlo…

18

Le sujetó con fuerza de la nuca con una sola mano y devoró su boca hasta

la saciedad, metiéndole la lengua hasta el fondo para dejarla extasiada, sin

aliento y medio aturdida.

Instantes después, se separó de sus labios para pedirle otro whisky.

A la luz del alba, Gabriel abrió los ojos.

Sufría un horroroso dolor de cabeza. Aquello era las consecuencias

inevitables de una larga noche de alcohol, música y… tal vez, algo más.

Se frotó los párpados con los puños tratando a su vez de incorporarse de

la cama, pero algo se lo impedía.

Sobre su torso reposaba el brazo desnudo de alguien y cubriendo parte de

su rostro unos largos mechones rubios.

Cuando pudo liberarse, echó un vistazo rápido para intentar descifrar

dónde se encontraba y quién era ella.

La miró con displicencia.

Se trataba de la escultural camarera de la discoteca.

—¡Joder! —masculló.

No recordaba nada. Ni siquiera el haber llegado hasta allí y mucho menos

haber follado con ella.

Trató de deslizarse entre las sábanas poco a poco, para no despertarla. No

le apetecía nada tener que dar explicaciones…

Debía huir lo antes posible de sus garras… o estaría sentenciado.

Se puso los Calvin Klein y recogiendo las demás prendas del suelo, salió

despavorido de aquel apartamento.

19

Capítulo 3

Cuando Gabriel salió a la calle, lo primero que hizo fue tratar de ubicarse.

No tenía ni la menor idea de dónde se encontraba. Así que, detuvo al primer

viandante que se cruzó en su camino.

—Perdona, ¿en qué parte de la ciudad estoy?

El joven le miró desdeñoso. Arrugó el entrecejo y le repasó de arriba abajo

con desfachatez. El aspecto desaliñado de Gabriel no ayudaba demasiado, ni

aquel pelo castaño enmarañado, ni ese fuerte hedor a whisky.

—Estás en Brooklyn — apresuró a contestar para largarse lo antes posible

de su lado.

—Grac...

Gabriel se quedó con la palabra en los labios. «¿Tan mal aspecto tengo? No

creo que sea para tanto…»

Se giró sobre sus talones en busca de un improvisado espejo. La cristalera

de uno de los locales, le serviría. Se acercó a uno y bajo su sorpresa, daba pena.

Trató de acicalarse el pelo con los dedos, pero era del todo inútil. Al cabo

de unos segundos, desistió en el intento.

La ropa arrugada y manchada de dios sabía qué—, le daba un aire

descuidado y astroso.

Acercándose al pie de la calzada, miró la hora en su reloj.

Tenía que apresurarse si pretendía llegar puntual en su primer día de

trabajo. No transcurrió ni un minuto cuando apareció el primer taxi doblando la

esquina. Desafortunadamente, el letrero luminoso indicaba: Ocupado.

Esta vez tuvo que esperar cerca de diez minutos, antes no silbara con los

dedos mientras alzaba el brazo alertando a otro.

El tiempo se le echaba encima, literalmente. Preso de los nervios, empezó

a girar el aro de su labio sin ser consciente de ello.

Debía estar en el centro de Manhattan en menos de veinte minutos. Un

milagro.

Era hombre muerto.

Ni siquiera cabía la remota posibilidad de darse una ducha rápida ni

cambiarse de ropa…

«¡Joder, ni siquiera la interior!»

Resopló, entrando en el taxi.

Enseguida, la Backberry le dio los buenos días con el pitido de un mensaje

entrante. Era de su amigo Eric, quien al parecer tampoco había dormido solo.

“¡Campeón! Ya me explicarás con todo lujo de detalles como folla la rubia

con cara de viciosa... Yo al final me largué con la morena del tatuaje y su

amiguita la brasileña. La próxima vez, te secuestro y te vienes con nosotros”

Gabriel se echó a reír. Eric era un portento, un verdadero crack. Noche que

salía, noche que follaba. Solo o en grupo. Jamás había sido pudoroso. Los juegos

le excitaban, era un pervertido dios del sexo.

Salvo por un inconveniente: Tenía

mujer e hijos.

“Eric, creo que sufro principio de amnesia. No sé qué coño tenía el whisky

pero, apenas consigo recordar nada”

Segundos después, Eric le contestó:

“Pues lo dicho. Mañana por la noche salimos. Te aseguro que conmigo lo

recordarás todo, ja, ja, ja…”

Gabriel sonrió torciendo el labio. Sacudió la cabeza y guardó el móvil en el

interior de uno de los bolsillos de sus tejanos desgastados y llenos de pequeñas

roturas.

Claudia Uralde entró en la habitación del apartamento que compartía con

su compañera, Daniela Luna. Ambas habían viajado a Manhattan por los

mismos motivos: una merecida beca para acabar sus estudios universitarios en

bellas artes.

Claudia a diferencia de Daniela, era de Vitoria-Gasteiz. Tenía veintidós

años recién cumplidos y un currículum académico intachable. Había sido la

mejor de su promoción con notable diferencia. El destino sin duda, le trataría

bien y era muy probable que le tuviera guardada una carrera profesional muy

prometedora.

Daniela que estaba estirada boca abajo sobre una de las dos camas de

metro treinta y cinco, escuchaba Mirrors a través de su iPod mientras leía

Orgullo y prejuicio de Jane Austen.

Era una chica romántica donde las hubiera. Creció creyendo en príncipes

azules, aunque daba por hecho que bien podían ser azules algo desteñidos. Pese

a ello no perdía la esperanza, tenía fe ciega deseando enamorarse perdidamente

de un chico.

Hasta el momento, había tenido dos novios. Si salir un par de meses con

uno y un mes con el otro, podría denominarse de aquella forma.

Daniela Luna tenía una especie de fobia al sexo. Cada vez que lograba

avanzar un paso adelante en la relación, sentía un horrible pánico que le

obligaba a finiquitarla en el acto.

Claudia se acercó a Daniela, la saludó pero ésta no la escuchó.

21

—Hola...

Al ver que Daniela utilizaba a modo de punto de libro un trozo de papel

roto y arrugado, se lo quitó para verlo más de cerca.

—Pero, ¿qué es esto? —le preguntó con la curiosidad pintada en su cara—.

Gabriel Gómez… 6- 8-5-2-2-1-0-5…

Daniela se sobresaltó avergonzada, sintiendo como sus mejillas se

encendían despavoridas.

Le arrancó el papel de las manos para correr a esconderlo de nuevo entre

las páginas del libro.

Claudia alzó las cejas asombrada por su comportamiento.

—Perdona Daniela, no pretendía ser una impertinente..

—No pasa nada, no te preocupes —le respondió tratando de disimular la

vergüenza que sentía.

—Pero, ¿es guapo?

Daniela abrió los ojos poniéndose más colorada todavía.

—Ejem, solo se trata de un amigo.

Claudia al notar la incomodidad en su tono de voz, dejó de insistir.

—Bueno, me voy a la ducha. Si por casualidad llama mi madre, dile que

cuando salga la llamaré.

—De acuerdo.

Daniela siguió con la mirada a su compañera de piso hasta que

desapareció tras cerrar la puerta del cuarto de baño.

Gabriel como era de prever llegó tarde a la oficina.

Sin perder más tiempo se encaminó a su despacho, rezando porque su

guapa, sexy y malcarada jefa, no hubiese llegado todavía. Bastante tenía con

sufrir aquel dolor zumbando la cabeza, como para encima tener que escuchar

su sermón.

Colgó su cazadora de cuero en la percha, depositó la Blackberry sobre la

mesa y volvió a pasarse los dedos por el pelo.

No tuvo tiempo ni de acomodar su prieto trasero en la silla de piel,

cuando el teléfono sonó.

«Me juego el pescuezo y los pavos que llevo en la cartera, a que es la

gruñona de Jessica Orson»

Gabriel descolgó el interfono, apretando los ojos mientras esperaba los

ladridos de su Rottweiler particular:

—¡Le quiero en mi despacho, AHORA! —gritó desafiante y fría como el

acero.

22

Y dicho esto, Jessica Orson colgó el auricular de un golpe seco.

—Buenos días a ti también…

—respondió con sarcasmo a sabiendas que ya no podía escucharlo.

«¡Joder, pero qué mala hostia tiene la tía…! Seguro que hace días que no

folla...»

Gabriel salió de su despacho. Aunque en vez de dirigirse al de Jessica

Orson, cruzó el pasillo hasta recepción. Necesita una dosis extra de cafeína,

para ser persona.

Alexia, al ver aproximarse a Gabriel, empezó a enredar con nerviosismo

un mechón de pelo entre sus largos dedos.

Al llegar, se inclinó apoyando el codo en la superficie del mostrador.

La muchacha tragó saliva ruidosamente.

Gabriel Gómez, era un hombre muy atractivo, de facciones rectas y

perfectas, mirada seductora y labios de infarto…

quien a veces abusaba de su

suerte, y le gustaba jugar con el sexo opuesto:

—Buenos días, Alexia — acarició cada palabra con su lengua al darse

cuenta de cómo le afectaba su sola presencia. Le echó un vistazo rápido y luego

añadió esbozando una cautivadora sonrisa en los perfilados labios—: Ese

vestido te sienta muy bien, realza el color de tus ojos.

Alexia pestañeó, abrumada.

—Hola —logró articular tras unos segundos en Babia.

—¿Sabes dónde puedo tomarme un café?

—La máquina está justo dentro de esa oficina —

señaló con el dedo

índice—. Pero si quieres, puedo ofrecerte del café que comparto con las chicas

de la oficina…

—¿Y no se enfadarán? — preguntó sin dejar de observarla con descaro

levantando una ceja perfecta.

—No. No lo creo. Además, puedo ofrecerte una de mis cápsulas…

Sin esperar respuesta, se levantó de la silla y puso en marcha la máquina

de café que había sobre uno de los muebles apoyados en la pared.

Alexia preparó dos tazas, una para Gabriel y otra para ella.

—¡Hum!, No creo que puedas llegar a imaginar cuánto necesitaba este café

—dijo sorbiendo de la taza.

Alexia sonrió tímidamente mientras se sentaba de nuevo en la silla.

Tras acabar el café, le guiñó el ojo devolviéndole la taza.

Luego se despidió y a grandes zancadas cruzó el pasillo.

Respiró hondo antes de golpear la puerta con los nudillos. Jessica Orson

enseguida le hizo pasar.

23

Al entrar, quedó extasiado tras toparse de bruces con la viva imagen de la

sofisticación y la elegancia. Jessica Orson estaba de pie, junto al impresionante

ventanal que dibujaba perfectamente las formas geométricas de los rascacielos

de la ciudad de Manhattan. Al igual que las perfectas y femeninas formas de su

escultural figura.

El delicado vestido de lino en tonos verde oliva, se ajustaba como un

guante a cada una de sus indecentes curvas, unido a su larga melena de un

brillante color azabache, no le dejaron indiferente. Tragó saliva con grandes

dificultades mientras ella se giraba lentamente.

«Eres preciosa », musitó Gabriel para sus adentros. «Si no fuera porque

eres tan jodidamente… perra» Resopló con fuerza, conturbado.

Dejando a un lado, por su bien, aquellos tórridos pensamientos que

bombardeaban su lujuriosa mente.

—Buenos días, señorita Orson.

—Deduzco que para usted, no lo son tanto. —se burló jocosa cruzando los

brazos mientras le escaneaba de arriba abajo—. Llegas tarde, sucio, con la ropa

arrugada y ni siquiera te has dignado a afeitarte. ¡Por el amor de dios…!

Jessica Orson, puso los ojos en blanco.

—Además de ese olor a whisky que echa para atrás…

Gabriel en esta ocasión no supo qué contestar.

Muy a su pesar, se tragó las palabras porque en esta ocasión ella tenía la

razón. Punto de ventaja para Jessica (1-0).

Ella negó con la cabeza, recordando que había prometido a Víctor

concederle catorce días.

Abrió el primer cajón del escritorio y buscó algo en su interior.

—Tome —se acercó y le ofreció tres bolsas.

Gabriel las miró anonadado.

—¿Qué es esto?

—Ábralas.

Abrió la primera. Había un par de camisas y dos

pantalones de firma. En

las otras: zapatillas y ropa de deporte.

Frunció el ceño, ofendido y luego miró a Jessica.

—¿Ropa? —preguntó enfurruñado.

«¡Joder! Pero ¿qué coño se ha pensado, qué soy un puto maniquí?»

Jessica ignoró sus gestos de inconformidad y añadió:

—Espero haber acertado con su talla. Ayer le comenté que debía vestir

acorde a la situación. Pues bien, ha llegado la primera prueba de fuego. Nos

reuniremos mañana con los socios de la multinacional Kramer.

—¿Los famosos Peter y Martin? —preguntó Gabriel con curiosidad

olvidándose de la ropa.

—Sí. Aunque usted de momento se limitará a acompañarme. Solo

escuchará. Mantendrá la boca cerrada y dejará que yo concluya el trato.

—¿Y la ropa de deporte?

—Después del almuerzo jugaremos al tenis. Aquí los negocios se cierran

así. —Jessica lo miró con reticencia—. Víctor me aseguró que sabía jugar muy

bien.

—Claro. Si hay que jugar, jugaremos —sonrío hilarante sin vacilar.

Menuda forma de hacer negocios que tenían los neoyorquinos. Si esa iba a ser

su rutina laboral, por él encantado.

—Abra la mano —le ordenó.

Gabriel así lo hizo y ella le colocó una pastilla en la palma de su mano.

Él frunció las cejas.

—Es ibuprofeno. Tómeselo. Le irá bien para la resaca —le instó. En la

planta de arriba hay un pequeño gimnasio. Pregunte por Henry, él le indicará

donde puede ducharse —bajó la vista a su boca. Y por favor… quítese ese aro,

es repulsivo.

Se giró dándole la espalda.

Asió su agenda y empezó a escribir en ella.

—Le quiero aquí en diez minutos, ni uno más. — aseveró sin levantar la

vista dando por finalizada la conversación.

Hacia el mediodía, Daniela regresaba a su apartamento después de un

corto paseo matutino.

Al entrar, encontró a Claudia estirada en el sofá, viendo un programa de

televisión.

—Tengo hambre. Voy a prepararme algo de comer. — Murmuró mientras

se acercaba a la nevera y abría la puerta mirando en su interior—. ¿Has comido

ya?

—No, te estaba esperando.

Daniela buscó una fuente de cristal, una lechuga, un par de tomates

maduros y una lata de atún. Los separó a un lado mientras lavaba las hojas de

la lechuga bajo el grifo de la pica.

Claudia se acercó a su lado.

—Por cierto, han llamado de la academia mientras estabas fuera. Por lo

visto, han organizado una cena de bienvenida a los alumnos que empezamos

este semestre.

25

—¿Una cena?

—Sí, mañana.

—No sé si me apetece… — contestó arrugando la diminuta nariz.

—Vamos, no seas tonta. Verás cómo nos divertimos.

Además, estoy convencida de que habrá algún chico guapetón —soltó una

risa.

—Ehm… Me lo pensaré.

—Veamos murmuró. Tengo todo el día de mañana para convencerte. Y

puedo asegurarte de que soy muy, pero que muy perseverante..

Capítulo 4

Tras el almuerzo, Gabriel y Jessica se dirigieron a la cancha para jugar el

partido de tenis con los socios Peter y Martin de la multinacional Kramer.

No cabía añadir que sudaron la gota gorda.

Sus contrincantes eran unos apasionados y expertos deportistas. Sin

embargo, el dueto formado por Gabriel y Jessica, logró alcanzar tal

compenetración entre ambos, que dio la sensación de que habían jugado juntos

toda la vida.

Hora y media de enérgico juego más tarde, peleando codo con codo como

verdaderas fieras, consiguieron ganar el partido.

Gabriel en un arrebato de euforia lanzó la raqueta contra el suelo, corrió

hasta donde se encontraba Jessica Orson y ante su gran estupor, le rodeó la

cintura con los brazos, la alzó por los aires y finalmente la abrazó con

efusividad.

Los cuerpos sudorosos, agitados y, excitados por el esfuerzo del partido,

sintieron por primera vez la sórdida atracción física que sin previo aviso, había

nacido entre ellos.

El exuberante busto quedó aprisionado contra el firme torso de Gabriel.

Sintiendo cada uno de los intensos latidos golpeando con violencia su tórax.

Gabriel se separó y al hacerlo varios cabellos de la joven permanecieron

adheridos a la piel de su mejilla.

Cuando tuvo su boca a pocos centímetros de la de ella, empezó a exhalar

con dificultad. El aire chocaba contra sus labios, una y otra vez.

Un vago pensamiento cruzó su mente.

Estaba excitado.

Su boca lo excitaba. Toda ella.

Arriesgó, siguiendo su instinto más primitivo.

Acercó el pulgar a los carnosos y sensuales labios y empezó a reseguirlos

suavemente.

Jessica sintió un placentero cosquilleo y el inevitable fuego del deseo que

emanaba de sus cuerpos.

Se condenó por ello, por lo que aquel maldito ser, le había hecho sentir.

Frunció los labios convirtiéndolos en una fina línea y tras forcejear, lo

apartó de su lado de un empujón.

27

—¡¿Cómo se atreve?! — Exclamó enojada fulminándolo con la mirada—.

Pero, ¿Qué coño se cree que está haciendo?

Gabriel dio un paso atrás.

Le bastó solo un segundo para darse cuenta de que por lo visto, estaba

equivocado y que ella no había sentido lo mismo que él.

Entornó los ojos, decepcionado.

—Le doy mi palabra de que no volverá a pasar —apretó la mandíbula, con

resignación.

—¡Más le vale! —rezumó amenazante.

Jessica alzó el mentón y dando media vuelta, se alejó a los vestuarios a

paso firme.

Gabriel la siguió con la mirada hasta perderla de vista.

Luego miró a su abultada entrepierna, que amenazaba palpitante en el

interior de los shorts.

«Me has puesto a mil señorita Orson»

«Parezco un vulgar adolescente»

Sin duda, necesitaría de una ducha fría para lidiar con aquella erección de

caballo.

Hora y media más tarde, firmaron el contrato con la multinacional

Kramer.

De regreso a las oficinas en e l BMW X6negro metalizado, Jessica Orson no

abrió la boca, solo se limitó a conducir.

La tensión era palpable en el ambiente, podía incluso cortarse con el filo

de un cuchillo. De vez en cuando Gabriel miraba de reojo a su acompañante

quien no levantaba la vista de la carretera.

Ya en el edificio, entraron en el interior del ascensor.

A Gabriel le incomodaba aquel angustioso silencio por parte de ella.

—Ya le he dicho que no volverá a pasar —aclaró de nuevo para que no

hubiese lugar a equívocos.

Jessica por el contrario, abrió su bolso y cogió su neceser. Extrajo una barra

de labios de Christian Dior. Se miró al espejo y empezó a maquillárselos.

Cuando acabó, los friccionó para asegurarse de extender bien el carmín en

estos. Buscó un cepillo y peinó su larga melena, que cubría gran parte de su

espalda.

Después en tono desdeñoso, le contestó:

—Se lo advierto ahora y desde ya lo miró de nuevo con esos ojos azules y

fríos como un témpano e incluso adueñada de un halo de superioridad—.

Nunca más me toque..

28

Gabriel abrió los ojos desorbitado.

No sabía cómo debía de tomarse aquella declaración tan desmesurada.

¿Por qué se mostraba tan esquiva?

Quizás una mala experiencia en el pasado… o tal vez, no tenía excusas y

no era más que una arrogante consentida.

Las puertas se deslizaron a ambos lados para dar cabida a más personas.

Jessica no volvió a mirar a Gabriel.

Su mirada seguía perdida al frente ignorando su presencia.

En lo que quedó de tarde Jessica se encerró en su despacho y Gabriel no la

volvió a ver. Así que se puso manos a la obra y aprovechó para empezar cuanto

antes con el nuevo proyecto de la multinacional Kramer.

Las horas volaron, pareciendo minutos y los minutos segundos y, sin

darse cuenta las seis de la tarde llegaron como un resorte.

Gabriel empezó a enrollar los planos uno a uno y apagó el programa de

diseño Autocad. Luego se acercó a la puerta para coger la chaqueta de cuero y

la bolsa de la ropa sucia.

Salió al pasillo pero antes de ir al ascensor, enfocó la vista al despacho de

Jessica Orson.

Dudó, rascándose el mentón mientras meditaba si sería conveniente ir a

hablar con ella o por el contrario dejar las cosas como estaban.

Optó por la segunda opción.

Desvió la mirada y sin mirar atrás, salió del edificio.

Daniela y su compañera Claudia se presentaron en la academia para

asistir a la reunión informativa que ofrecían a cada principio de semestre.

Al entrar, comprobaron que la sala ya estaba a rebosar y cien pares de ojos

se giraron curiosos.

Con sigilo y sin entorpecer, ambas buscaron un par de asientos libres.

Daniela señaló con el dedo hacia el centro.

—Vayamos allí.

Atravesaron la estancia de puntillas.

Al llegar al destino, preguntó a un joven de pelo moreno y ojos rasgados

que ojeaba una revista de manga.

—¿Está ocupado? —le preguntó apenas en un susurro.

—No. He venido solo.

Sonrió tímidamente enseñando con su mano el asiento.

—Gracias.

29

Daniela le devolvió la sonrisa.

Hora más tarde, tras concluir la reunión informativa salieron al

descansillo.

El mismo joven de antes, aprovechó para despedirse antes de colgar la

mochila en uno de sus hombros y salir del recinto.

Claudia que mascaba un chicle de fresa sopló haciendo una pompa, al

explotarla, miró a Daniela con gesto divertido.

—¿Es mono, verdad? —le increpó propinándole un codazo para hacerle

volver de su ensimismamiento.

Daniela tosió sobre su mano.

—Ejem no es mi tipo, aunque he de reconocer que el chico no está nada

mal —le confesó Daniela apocada.

—¿Qué no es tu tipo? enarcó una ceja incrédula— ¿Y cuál sí lo es?

Aquella pregunta, la hizo meditar unos segundos. Lo cierto es que ni ella

misma lo sabía.

¿A quién pretendía engañar? Jamás se había enamorado ni perdido la

cabeza por nadie, como para tener claro cómo era su prototipo de hombre ideal.

Daniela se encogió de hombros y Claudia prosiguió:

—Es guapo el chico, pero los prefiero mayores. O sea, con más

experiencia… tú ya me entiendes

—le codeó sin dejar de mascar el chicle.

Desafortunadamente, las experiencias de Daniela eran casi inexistentes.

A sus veintiún años, se consideraba un bicho raro. Jamás se había acostado

con ningún hombre. Había intimado, pero no se había decidido a sobrepasar

aquella barrera imaginaria.

Claudia abrió la boca al descubrir el hallazgo en su mirada.

—¡No me digas que eres virgen…!

Daniela le tapó la boca con su mano y miró a ambos lados ruborizada.

—No lo digas como si fuese un insulto —susurró avergonzada.

—No pretendía ofenderte la miraba aún incrédula —. Lo siento..

Daniela clavó los ojos al suelo.

Por supuesto, entendía la reacción de su compañera de apartamento, era

de prever.

Claudia hizo una bola con la goma de mascar y la

trató de encestar en la

papelera.

—Vamos, no hay nada que un enorme helado de chocolate no cure le

regaló una candorosa sonrisa y le estiró del brazo — ¡Venga, te invito!

30

Capítulo 5

Gabriel se despertó dando un severo manotazo al despertador.

Gruñó como un animal y luego se tapó la cabeza con la almohada para

seguir dormitando en la cama.

Cuando casi logró conciliar el sueño, el despertador volvió a sonar.

Gabriel volvió a gruñir y maldecir con ganas. Tras apagar aquel diabólico

aparato, lo lanzó al fondo del cajón.

Se levantó de un salto a regañadientes.

El segundo día no podía volver a llegar tarde al trabajo y menos teniendo

a la fiera cabreada en su guarida.

Tras bostezar y estirar los brazos, se metió bajó la ducha.

Más tarde, preparó el desayuno: un café solo.

Era lo único que le devolvía al mundo de los vivos. La cafeína lo

transformaba en persona. Eso y degustar un pitillo con tranquilidad.

Al acabar, dejó la taza en el lavavajillas y

buscando unas tijeras para cortar

las etiquetas de la ropa que Jessica le había comprado, empezó a vestirse con

ella.

Cuando su imagen se vio reflejada en el espejo, se carcajeó.

¿Quién demonios era aquel? Desde luego aquel no era Gabriel Gómez.

Quién estaba ante él, tenía la apariencia de un estirado jupie. Detestaba los

formalismos, las marcas y tener que ir todos como borregos hacia un mismo

camino.

Pero, las normas, eran las normas y se había propuesto complacer todos

los deseos de su jefa.

Bajó el cuello de la camisa de rayas diplomáticas azules

y blancas de

la marca Gucci. Luego se calzó y antes de salir por la puerta, cogió una

manzana pegándole un gran mordisco.

Al llegar a la calle, se paró en un quiosco para comprar The New York

Times y leerlo en su tiempo de descanso.

Caminó varias manzanas hasta llegar al edificio de oficinas en pleno

corazón financiero de la ciudad.

De nuevo, al entrar en el ascensor, la voz robótica fue informando de las

plantas: veintidós, veintitrés… Esa era la parte más amarga del día. Tantas

personas oprimidas en una diminuta lata de sardinas y a más de doscientos

metros de altura.

31

Al llegar a la planta treinta y seis, por fin pudo respirar aliviado.

Nunca había sufrido claustrofobia, hasta el momento.

«He de reconocer que me va a costar acostumbrarme a todo esto», pensó

para sus adentros mientras caminaba hacia Alexia.

—Buenos días, preciosa.

Alexia que estaba de espaldas regando una planta,

se giró enseguida tras

escuchar su voz.

—Hola Gabriel —le regaló una amplia sonrisa.

—¿Has visto hoy a la “jefa”?

—Sí, hoy se ha presentado antes de lo habitual. Por lo visto, espera la

visita del hijo del dueño de la compañía.

Gabriel la miró sorprendido.

Sentía verdadera curiosidad por saber de quién se trataba.

—Gracias por la confidencia. Me largo a mi despacho antes de que alguien

me ruja —levantó ambas cejas y después le sonrió —

¿Me reservarás hoy otro café?

—Claro, como no — parpadeó coqueta.

Gabriel hizo una breve parada en su despacho para dejar el iario, el tabaco

y la Blackberry para seguir caminando hacia el final del pasillo.

Al llegar a la puerta del despacho de Jessica, golpeó con los nudillos y

entró.

—Buenos días —saludó a Jessica, aunque enseguida se dio cuenta de que

no estaba sola.

Ella permanecía sentada en su silla hablando con un individuo, quien

daba la espalda a Gabriel.

—Acérquese. —Ordenó Jessica con voz dictatorial—. Quiero presentarle al

señor Robert Andrews. Él es mi ex marido y el futuro heredero de la compañía

Andrews & Smith Arquitects.

Gabriel enarcó una ceja, sorprendido. ¿Ex marido? Se acercó para tenderle

la mano.

—Tanto gusto.

«Así que te casaste con el hijo del jefe… Ver para creer»

Aprovechando que Robert se pavoneaba de su riqueza y su poder, Gabriel

lo observó con atención.

Robert debía de rondar los cuarenta años. Su pelo

oscuro poblado de

innumerables canas grisáceas, le daban un aire de lo más interesante. Mirada

penetrante y avispada, ojos marrones y una cuidada perilla.

32

Vestido con un elegantísimo traje negro, una camisa azul cielo y una

corbata de seda de un azul algo más oscuro.

Tras tener que soportar el monólogo de sus logros y más logros, Robert se

despidió de Gabriel estrechando de nuevo su mano y besando a Jessica en la

mejilla.

Gabriel los observó, sorprendido.

Al parecer, mantenían una cordial relación entre ambos, a pesar de estar

divorciados. Incluso tenía la impresión de que aún existía algún tipo de relación

más allá delo estrictamente profesional.

Cuando Robert salió del despacho, ambos se quedaron a solas.

Ella inspiró hondo.

Luego miró a Gabriel y le felicitó por la vestimenta.

—Vaya, este traje le queda aún mejor que el de ayer. Sin duda el azul le

favorece —sonrió levemente mientras se sentaba de nuevo.

Gabriel aprovechó para deleitarse admirando su hermoso cuerpo.

Hoy realmente estaba espectacular, vestida con aquel traje blanco de

americana entallada y falda lápiz, ajustándose a su redondeado y prieto trasero.

Tuvo que desabrocharse el primer botón del cuello de la camisa.

Estaba excitado con solo verla caminar.

Cerró los ojos imaginándola mentalmente mientras gateaba a cuatro patas

sobre una cama. Sugerente, y muy sensual.

«¡Hum…!»

Jessica sacó de su cajón la pitillera de plata y escogió un cigarrillo al azar.

Al levantar la vista se encontró con los ojos de Gabriel.

—¿Le apetece uno? le mostró la pitillera.

—Claro.

Gabriel se acercó para coger uno.

—Creía que estaba prohibido fumar en lugares cerrados —le instó él.

—Bueno, como yo siempre digo: Hecha la ley hecha la trampa.

—Encendió el cigarrillo y luego le dio una calada —. Ni usted ni yo vamos

a decir nada, así que, qué más dará. Además me relaja y en estos momentos es

lo único que necesito.

Gabriel no daba crédito a su comportamiento.

Ayer, sin ir más lejos, no quería saber nada de él. Estaba enojada. Y hoy…

hoy, parecía una persona complemente distinta.

En cierta forma, se sintió aliviado.

33

A ver cuánto duraría en ese nuevo estado.

De repente, sonó el teléfono.

Jessica esperó varios tonos para luego apagar el cigarrillo y contestar a la

llamada:

—¿La señorita Jessica Orson? —preguntaron al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo.

—Le llamamos de Bellevue Hospital Center.

—Dígame.

—Necesitamos repetir las pruebas. ¿Cuándo podría venir al centro?

Jessica tragó saliva. ¿Repetirlas? Qué extraño.

Gabriel notó un ápice de temor en el rostro de ella. Parecía angustiada.

Apagó la colilla junto a la de ella y se sentó sobre la mesa.

—¿Está completamente segura de que he de repetirlas? — preguntó con

insistencia.

—Sí. —Le contestaron—. Y debe ser lo antes posible.

Se creó un incómodo silencio.

—De acuerdo.

—¿Cuándo podría acercarse?

Jessica cogió su agenda y ojeó varias páginas hasta encontrar un hueco.

—Pues, tendrá que ser de aquí a unas tres semanas. Antes, me temo que

va a ser del todo imposible.

—Señorita Orson hizo una nueva pausa. Debe acudir lo antes posible.

Jessica abrió los ojos y dejó el bolígrafo sobre la mesa, apabullada.

Tanta insistencia no podía significar un buen augurio.

Trató de mantener la calma y la compostura.

Desenroscó el tapón a un botellín de agua mineral para aliviar aquella

sensación de sequedad que se había hecho manifiesta en su boca.

Bebió un trago, luego otro más largo y tras inspirar hondo, prosiguió:

—De acuerdo, hoy mismo intentaré hacer un hueco.

—Bien. Le esperaremos entonces. Que pase un buen día.

Jessica colgó el teléfono y dejó la mano apoyada unos instantes sobre el

aparato mientras meditaba en silencio.

Ni siquiera recordaba que Gabriel seguía allí.

—¿Va todo bien? —le preguntó con un deje de preocupación.

—Ehm, sí… perfectamente —le mintió deliberadamente—. No es nada que

no tenga solución.

Aunque su respuesta no fue en absoluto convincente, Gabriel no trató de

insistir.

Apenas se conocían.

No tenía la suficiente confianza como para quedarse, acompañarla y

quizás consolarla.

—Necesito que prosiga con el proyecto Kramer —le dijo sin mirarle a los

ojos—. Gracias, puede retirarse.

Gabriel asintió con la cabeza y antes de salir del despacho, la miró unos

instantes en silencio.

Capítulo 6

Gabriel regresó a su despacho; tenía mucho trabajo pendiente por acabar.

Caminó a través del pasillo pensando inevitablemente en Jessica, en la mujer de

hielo que se había mostrado vulnerable ante sus ojos, permitiendo asomar la

imagen de una mujer mucho más frágil e incluso por qué no decirlo, mucho

más humana.

Entró y se sentó.

Entrelazó sus dedos colocándoselos por detrás de la nuca y se recostó

hacia atrás, haciendo balancear levemente la silla.

De repente, escuchó el sonido de un mensaje entrante en la bandeja de su

móvil. Miró la pantalla y comprobó que era de su colega Eric:

“Esta noche te recojo a eso de las diez, iremos a cenar con la morena del

tatuaje y con su amiga la brasileña”

Gabriel sonrió zarandeando la cabeza a la vez que escribía la respuesta:

“Recuérdame que les pregunte cómo se llaman, ya que tú por lo visto no

lo sabes”

Esperó el mensaje de vuelta:

“Pero, ¿Desde cuándo importa el nombre, si solo me las voy a tirar? Ja, ja,

ja…”

Gabriel como era obvio, no esperaba otra respuesta viniendo de él. Se echó

a reír y luego le envió un último mensaje confirmando la hora.

La mañana fue transcurriendo sin grandes cambios. Alrededor de las once

Gabriel se acercó a recepción a por su dosis diaria de café.

Alexia al verle, se incorporó, cogió dos tazas y encendió la máquina

Expresso.

Hoy se había recogido la melena pelirroja en un moño alto, dejando al

descubierto su nuca y una bonita y perfecta piel nívea. Se había arreglado más

que de costumbre, luciendo su figura con un elegante vestido ligeramente

entallado, de escote en forma de pico y de alegre estampado en tonos tierra.

Alexia no se consideraba una chica especialmente atractiva para los

hombres. Aunque estaba orgullosa de poseer un carácter afable y tranquilo.

Solía mantener la templanza en cada situación, a excepción de con individuos

como Gabriel que en ocasiones solían mermarla.

—Gracias, ¿qué haría yo sin tus cafés a media mañana…? —Cogió la taza

llevándosela a la nariz para oler mejor el aroma del café—. Por cierto, ese

recogido te sienta muy bien —añadió sorbiendo y siendo partícipe de cómo se

ruborizaba lentamente mientras enredaba un mechón de pelo en su dedo.

De repente, se abrió la puerta de uno de los despachos. De su interior

aparecieron dos hombres, uno de ellos con acento londinense.

El más mayor tenía cuarenta y cinco años. De cabellos grises, tez morena y

pequeños ojos negros. Era alto y muy delgado. Vestía con un traje gris, una

camisa blanca y una corbata negra.

El más joven debería rondar los treinta y cinco. Tenía el cabello muy

oscuro, los ojos grandes y marrones. Labios

perfilados y un hoyuelo en el

mentón. Una perfecta mandíbula cuadrada y un cuerpo armonioso y atlético.

Era muy alto y vestía al igual que su compañero, un traje negro, una camisa

blanca y una corbata negra.

Ambos se acercaron hasta Alexia y Gabriel.

—Alexia, tesoro.. —dijo el más joven—, dile a Jessica que hemos vuelto de

Londres, algo antes de lo previsto, pero que tenemos que darle buenas noticias.

—Jessica ha tenido que salir, pero le dejo una nota añadió anotándolo

en un Póst-it de color amarillo.

El hombre más mayor miró a Gabriel de arriba

abajo deduciendo que él

debía ser el nuevo fichaje que todos estaban esperando. Así que se acercó un

poco más y se presentó tendiéndole la mano.

—Yo soy Richard, supongo que tú debes ser el famoso Gabriel Gómez de

Barcelona —aseveró con un deje algo grosero en su timbre de voz.

Gabriel enarcó una ceja y le devolvió la mirada sin amilanarse. Su

suspicacia no le impresionaba. Aunque no era de extrañar que Gabriel

levantara envidias, a sus treinta años había cosechado más logros que quizás

todos los que Richard llegase a conseguir a lo largo de toda su vida.

El más joven que ya conocía el hiriente y ofensivo carácter de su

compañero Richard, intervino relajando la tensión del ambiente. Se colocó

estratégicamente entre ambos y disimuló presentándose también.

—Bienvenido Gabriel, yo soy Frank Evans—le estrechó la mano.

—Gracias —contestó Gabriel.

—Me han hablado maravillas de tus proyectos —sonrió Frank con

amabilidad— y estoy deseando trabajar codo con codo a tu lado. Espero

aprender mucho de ti.

—Lo mismo digo. Jessica me ha comentado que trabajaremos juntos en el

proyecto Kramer.

—Exacto, pero eso será a partir de mañana —dijo mirando a Richard y

haciendo un mohín, concluyó—: Si nos disculpas, nos iremos a almorzar.

Frank y Richard se despidieron y Gabriel regresó de nuevo a su despacho.

37

Jessica se sentó en una de las sillas de la sala de espera del Bellevue

Hospital Center, esperando con impaciencia su turno.

Desde que había recibido la inesperada llamada telefónica del centro, no

pudo deshacerse de un doloroso nudo que se le había formado en la misma

boca del estómago.

Al poco rato, una pareja joven entró en la sala.

La chica estaba embarazada y según la dimensión de su vientre,

probablemente lo estaría de unos siete meses.

Jessica no podía dejar

de mirarlos.

El chico la rodeaba con sus brazos mientras acariciaba su enorme y

redondo vientre. Se les veía muy ilusionados, y muy… enamorados.

Jessica, apartó de golpe la mirada.

Prefirió perder su valioso tiempo mirando al blanco de las paredes antes

de saber que había personas capaces de ser felices.

Hacía demasiados años que dejó de ser feliz.

No recordaba haber amado a ninguna de sus parejas, desde lo ocurrido

con Adam; y lo que era peor, estaba convencida de que ninguno de ellos

tampoco la había amado.

Jessica Orson había estado gran parte de su infancia internada en

prestigiosos colegios por decisión expresa de sus padres. Unos padres a los

cuales apenas conocía. Unos padres quienes impusieron sus normas, para que

Jessica llegase a ser lo que era: Una exitosa mujer de negocios de treinta y

cuatro años, directora de una de las más importantes empresas de Nueva York.

Para muchos, Jessica era envidiada porque lo tenía todo:

Belleza, inteligencia, dinero, poder… aunque la realidad, tristemente, era

otra. Todo se debía a una fachada pero sin embargo, ella seguía sintiéndose

vacía por dentro.

De repente, la puerta se abrió y apareció una jovencísima enfermera

vestida de uniforme y con una cofia blanca en la cabeza.

—¿La señorita Jessica Orson? —preguntó buscando entre los pacientes.

—Yo misma —bajó la pierna que reposaba sobre

la otra y estirando el

largo de su falda de lápiz, entró con decisión a la consulta.

Nada más entrar el Doctor Olivier Etmunt se levantó para recibirla.

La besó en las mejillas y tras colocar la palma en el bajo de su espalda, la

acompañó hasta la silla.

—Tú dirás Olivier —le dijo Jessica con un leve deje de preocupación.

El Doctor Etmunt le miró a los ojos y después observó el informe que

había en el interior de una carpeta. Extrajo una radiografía y encendiendo la

pantalla que colgaba de una de las paredes, señaló unos puntos oscuros

mientras le explicaba el por qué debía realizarse de nuevo las pruebas.

Jessica que miraba con atención, se quedó sin habla.

El incómodo nudo del estómago ahora había ascendido a la altura de su

garganta.

Trató de recuperar el aliento mientras escuchaba como el doctor daba las

indicaciones a su ayudante.

—Khristen, acompaña a la señorita Orson de nuevo a la sala de rayos X —

le pidió a la enfermera la cual permanecía en pie con las manos unidas detrás

de la espalda.

Nada más llegar, le indicó dónde debía depositar las pertenencias. Le

ofreció una bata de algodón de color verde por estrenar y le sugirió

amablemente que debía desvestirse de cintura para arriba.

Aquellos horrendos segundos y los que vinieron después Jessica fue

sumamente consciente de lo que el Doctor Etmunt trató de explicarle: Si el

resultado salía positivo, tendrían que sentarse y hablar de cómo afrontarían el

problema.

Capítulo 7

Al mediodía Gabriel aprovechó para salir a la calle a comer algo, un

bocadillo tal vez, algo rápido que le permitiera estar de vuelta lo antes posible a

la oficina. El proyecto Kramer le empezaba a absorber por completo pese a que

hacía mucho tiempo que no se ilusionaba tanto en un reto similar.

Descendió a la planta baja, saludó al portero con la mano y salió a la calle

pisando el asfalto.

Caminó un par de manzanas en dirección a una cafetería que

previamente Alexia le había recomendado, la cual era famosa por sus bocadillos

y comida rápida para llevar. Pero justo nada más doblar la esquina, sus ojos

verdes salieron disparados como flechas, hacia los movimientos de una joven.

Ella era morena y vestía de manera informal, con una camiseta de tirantes,

unos tejanos y unas Converse fucsia.

Se mostraba alterada. Corría de arriba abajo y de vez en cuando miraba a

la carretera tratando de alertar algún taxi, sin conseguirlo.

Gabriel a medida que se aproximaba,

notaba

la

angustia

reflejada en su rostro.

Lo tenía completamente desencajado y su cuerpo temblaba a la vez que

intentaba marcar las teclas del móvil con verdadera dificultad.

—¡Joey! —la chica gritó con voz entrecortada.

Gabriel continuó observándola desde una distancia prudencial.

No sabía por qué, pero por una extraña razón, no era capaz de dejarla sola.

Necesitaba ayudarla.

Alzó su mano al aire para tratar de conseguirle un taxi, pero tampoco tuvo

suerte.

De la nada, una persona la acechó ante sus ojos.

Le robó y acto seguido

huyó despavorido entre la multitud.

—¡Eh tú! ¡Mi teléfonooooo!

—gritó ella con voz desgarrada.

Trató de perseguirlo, de correr tras él, pero por desgracia enseguida le

perdió de vista. Exhausta, apoyó las manos sobre sus rodillas.

Entonces rompió a llorar desconsoladamente.

Gabriel, corrió a su lado. Acarició su espalda para tratar de tranquilizarla,

si era capaz.

40

—¿Estás bien?

Ella levantó la vista hacia aquella voz desconocida pero a la vez

tranquilizadora.

Gabriel pudo descubrir que a través de las lágrimas se ocultaban unos

preciosos ojos grises, completamente desolados.

La joven descubrió el tatuaje que asomaba por la manga de la camisa y

Gabriel instintivamente, trató de ocultarlo. No quería que tuviese una

percepción equivocada.

Pretendía ayudarla, no robarla.

—¿Qué te han robado?

—El móvil —contestó entre sollozos.

—Espérame aquí —le sugirió.

Gabriel echó a correr, como alma que llevaba el diablo tras aquel chico.

Empezó a sortear a la gente a su paso.

Gracias a que era un joven atlético pudo seguirle sin problemas, dándole

casi alcance a solo unas manzanas. Por lo visto, el chico tampoco estaba

dispuesto a rendirse. En ocasiones giraba la cabeza para saber a qué distancia

estaba Gabriel.

Le estaba pisando los talones.

Pronto le daría alcance.

En un último esfuerzo por tratar de esquivarle, tropezó con su propio pie

cayendo al suelo, dando varias vueltas sobre el asfalto.

Gabriel paró en seco, le asió de la camiseta con fuerza, obligándolo a

levantarse.

Las gotas de sudor bañaron su frente…

—¡Cabrón, devuélveme el móvil! —le gritó mientras jadeaba y le enseñaba

el puño de forma amenazante.

—¡¡No me pegues, no me hagas daño…!! —suplicó tapándose la cara con

las manos.

Gabriel al ver su rostro, se fijó mejor. No era más que un niño con cuerpo

de hombre. Un niño aterrado que pedía clemencia.

—Toma el móvil… —se lo devolvió temblando como una hoja.

Gabriel resopló, como le había mirado a los ojos no fue capaz de pegarle,

ni siquiera de recriminarle nada. Su apariencia desdeñosa le delataba de estar

viviendo en la más absoluta pobreza. Era muy probable, que no tuviera medios

para subsistir y robar se habría convertido en la única salida posible para

mantenerse con vida.

41

—¡Lárgate antes de que me arrepienta! —le soltó de la camiseta con

desprecio.

El chico disimuló una sonrisa en forma de agradecimiento y sin pensárselo

dos veces, arrancó a correr hasta perderse entre la gente.

Gabriel se guardó el móvil en el bolsillo. Dio media vuelta regresando por

el mismo sitio y al llegar al punto de partida, ella ya no estaba. Había

desaparecido.

Su estómago volvió a retorcerse de nuevo. Se moría de hambre,

literalmente. Así que entró en la cafetería que Alexia le había recomendado.

Se sentó en la barra y cogió la carta para leer el menú. Poco después

mientras le preparaban la comida aprovechó para

lavarse la cara y las manos.

Al regresar, se dio cuenta de que todo el mundo miraba con asombro al

televisor. Sus ojos en un acto reflejo también lo hicieron y comprendió el porqué

de tanta expectación. Por lo visto un loco chiflado armado con una escopeta

había secuestrado a los niños y a los profesores de un colegio de Nueva York.

Afortunadamente habían conseguido abatirlo. Sin embargo la noticia más

amarga era que el perturbado había disparado a varias personas hiriéndolas de

gravedad.

La expresión de Gabriel se endureció, sintiendo en su propia piel la

angustia de los familiares de aquellas víctimas.

—Aquí tienes el bocadillo y la cerveza bien fría —le entregó la camarera.

—Gracias. ¿Cuánto te debo?

—Doce con veinte.

Gabriel pagó y salió de aquel local.

Bebió la lata de cerveza de un solo trago y guardó el bocadillo en un bolsa

de plástico, de momento era incapaz de probar bocado, las imágenes que

acababa de presenciar tenían la culpa.

Hacia las seis de la tarde, Gabriel empezó a ordenar los papeles que tenía

esparcidos por toda la mesa mientras comprobaba la hora para no llegar tarde a

la cena con Eric y las chicas.

Antes de marcharse fue a ver a Jessica.

Desde aquella llamada telefónica no la había vuelto a ver en todo el día.

Cruzó el largo pasillo y golpeó la puerta del despacho con determinación, pero

nadie contestó. Esperó unos segundos más y al final se dio por vencido.

Metió las manos en los bolsillos, acercándose a recepción.

—Alexia, ¿sabes algo de Jessica?

—He creído verla subir a la planta de arriba.

—¿Al gimnasio? —preguntó extrañado.

Ella asintió.

—Ajá.

Sin apenas meditarlo, subió las escaleras de dos en dos.

La planta superior estaba dividida en dos zonas: La inmediata, era una

sala de máquinas. Había tres bicicletas estáticas, dos cintas para correr y un

multi gimnasio y, en la otra sala una piscina de veinticinco metros de largo por

doce de ancho, un jacuzzi y una sauna turca.

Gabriel llegó a una gran sala custodiada por Henry quién se encargaba del

mantenimiento y limpieza de la misma.

—Buenas tardes —saludó mientras enceraba el

suelo con la máquina

pulidora.

—Buenas tardes Henry. Por casualidad ¿has visto a la señorita Orson? le

preguntó echando un vistazo por encima de su cabeza para ver si lograba

verla.

—Sí, está en la piscina haciendo unos largos.

—Gracias. Y no trabajes mucho, eh… —le sonrió dándole un par de

palmaditas en la espalda.

Henry lo saludó estirando la visera de la gorra de su equipo de béisbol

favorito: los New York Yankees, poco después agachó la cabeza y prosiguió con

su trabajo.

Gabriel atravesó la sala de las máquinas llegando a una puerta acristalada

ligeramente empañada de vaho. Deslizó una de las puertas correderas y nada

más cruzarla, el olor a cloro se coló por los orificios de su nariz. Al entrar, vio a

alguien nadando en el interior de la piscina aclimatada.

Se acercó a uno de los bancos de madera y se sentó a esperar.

Desde allí podía recrearse con las vistas. Jessica era una experta

nadadora.

«¿Hay algo que no hagas bien, Miss perfección?»

Gabriel soltó una risa.

Nunca antes había conocido a nadie tan borde y que a la vez le incitaba

tanto al morbo.

Cuando ella acabó de realizar los ejercicios acuáticos, subió por las

escalerillas. Se quitó las gafas, los tapones de los oídos y el gorro de látex,

liberando así su preciosa melena azabache, cayendo en cascada cada uno de los

mechones sobre su espalda desnuda.

Gabriel carraspeó, tragando saliva varias veces, admirando aquel

espectáculo maravilloso. Si vestida era majestuosa, ligera de ropa era una

verdadera Diosa y él simplemente un pobre mortal.

Jessica enroscó sus cabellos para retirar los restos de agua.

43

Pero cuando alzó la vista y vio a Gabriel sentado en aquel banco,

frunció el ceño molesta.

«¿Qué está haciendo Gabriel aquí?»

Empezó a caminar a paso ligero enojándose por momentos.

Gabriel se había quedado sin habla. Embriagado por su belleza, su figura

y sus firmes y perfectos pechos.

Desde la lejanía, aprovechó para deleitarse con

cada una de sus curvas.

Haciendo hincapié a sus grandes pechos y en especial a los pezones que se

marcaban como pequeños guijarros a través de la licra mojada del bikini.

Gabriel notó crecer y engordar su pene al tiempo que el deseo

incontrolable por devorar su boca, acariciar su piel y… poseerla, hacerla suya.

Ya no podía reprimir sus instintos… la deseaba. Pura y llanamente.

Sin embrago, todo se esfumó de golpe, cuando ella le abordó como un

perro rabioso, nada más llegar a su lado.

—¡¿Ahora se dedica a espiarme?! —le increpó colocando los brazos en

jarras.

—He subido a saber cómo se encontraba.

Gabriel ensombreció el semblante al instante. Desde luego no esperaba ese

tipo de recibimiento.

—¡No es de su incumbencia!

—Arrugó la frente y apretó la mandíbula con fuerza— No debería estar

aquí... entre usted y yo únicamente debe existir un trato estrictamente

profesional ¡¿Le ha quedado claro, de una puñetera vez?!

—Solo trataba de ser amable.

—Pero nadie se lo ha pedido.

Un incómodo silencio les envolvió en segundos.

Ninguno se atrevía a pestañear, salvo porque una sugerente gota

comenzó a deslizarse por la frente, después por la mejilla y finalmente perderse

entre los labios de Jessica.

Gabriel no pudo evitar seguir con la mirada el sendero pecaminoso que

había dejado la gota.

Cerró los ojos. Tratando de no caer en la tentación.

Pero cuando los volvió a abrir, notó como una fuerza invisible le

arrastraba hacia ella. Hacia aquella boca.

Necesitaba besarla, saborear aquellos labios…

sentirla, devorarla…

Desafortunadamente Jessica se dio cuenta de sus intenciones y le apartó

echándole a un lado de un empujón.

—Ni se le ocurra besarme — le amenazó.

44

Malhumorada cogió su albornoz para salir de allí cuanto antes.

Gabriel no vaciló.

Se giró, le arrancó el albornoz de las manos y lo lanzó contra el suelo.

—Pero ¿se ha vuelto loco?

—Sí... —gruñó agarrándola de los brazos, sin separar los dientes.

Se abalanzó sobre ella y su espalda chocó contra la pared.

—¡Suélteme!

—No pienso hacerlo.. tendrá que obligarme...

Gabriel se pegó como una lapa a su cuerpo apretando la polla contra su

vientre.

—No me creo que no desee lo mismo que yo —murmuró con voz ronca y

grave mientras se frotaba deliberadamente contra su cuerpo, mostrando su

enorme virilidad.

—¡Váyase a la mierda, capullo arrogante! gritó zarandeándose, tratando

de liberarse de su amarre, pero le fue del todo

inútil. La complexión de Gabriel

la tenía completamente sumisa a su voluntad.

Acercó la boca para tentarla. Rozó los labios con los de ella, sensualmente.

Estaba provocándola.

Jessica se mordió el labio, maldiciéndose por ello. Por lo que acababa de

sentir. De nuevo esa electricidad, esa energía entre ellos…

Gabriel le cogió una mano y la colocó sobre su erección.

—Este el efecto que ejerce sobre mí, señorita Orson ronroneó en su oído.

Jessica pudo notar el enorme y caliente bulto bajo la tela de sus

pantalones.

¿Cómo podía negarse a lo evidente?

Lo deseaba. Deseaba a ese cabrón.

Pero apartó la mano como si le quemara. Aquello no estaba bien. No podía

liarse con su empleado… No.

—No sea tímida…

Gabriel desabrochó el botón y bajando la cremallera del pantalón, le cogió

otra vez la mano.

—Vamos, siénteme...—le susurró al oído mientras la obligaba a meter su

mano en el interior del bóxer.

Jessica abrió la boca excitada, necesitaba aire…

Su respiración empezó a

acelerarse.

El pene de Gabriel dio un brinco cuando la mano de ella lo envolvió por

completo.

45

Era duro, caliente pero a la vez muy suave.

Sin vacilar comenzó a bombear perezosamente el miembro enhiesto.

Gabriel gimoteó apretando con fuerza los dientes.

—Joder…

—¿Le gusta, señor Gómez?

—Me vuelve loco, es una tortura…

Jessica sonrió con picardía tras escuchar sus palabras, dándole ánimos

para seguir ofreciéndole más placer. Empezó a bombear arriba y abajo con más

ritmo.

Gabriel emitía gruñidos placenteros mientras tensaba los músculos de las

piernas, tratando de mantenerse erguido.

Su cara desencajada manifestaba las sensaciones que ella le hacía sentir.

No se había equivocado, Jessica Orson, era una Diosa, en todos los

sentidos…

Gabriel tanteó su boca, buscando sus labios, pero no la besó.

—Besos no.

—¿Por qué?

—Porque no y punto. No preguntes…

A Gabriel no le convencieron sus argumentos, pero estaba tan excitado

que no podía discurrir nada más que en seguir su propósito: Poseerla.

Bajó la mano hasta la minúscula braguita del bikini, deslizándola por

dentro, buscando su clítoris. Abrió sus labios genitales con los dedos y empezó

a realizar movimientos circulares estimulando su centro de placer.

De la garganta de Jessica salió expulsado un entrecortado jadeo.

Gabriel sonrió, pletórico. Estaba logrando que la diosa estuviera bajo su

merced… mojada, excitada…

Sin dejar de frotar el pulgar en su clítoris abultado, introdujo en su vagina

un par de dedos hasta la segunda falange. Comenzó a moverlos con total

libertad, friccionando dentro y fuera, sin ninguna compasión.

—Hum… Enloquezco sabiendo que estás tan receptiva para mí…

Jessica alargó la mano que tenía libre para masajearlos testículos sin dejar

en ningún momento de bombear su miembro.

—El mérito no es tuyo… No eres más que un cabrón con suerte que se ha

aprovechado de mi debilidad… Me encanta follar… no es ningún misterio.

Él se rió con ganas en su cara mientras hacía girar los dedos en su interior.

—Voy a hacer que te corras con tanta intensidad, que cada vez que te

masturbes a solas, recordarás cada uno de los orgasmos que te he robado.

46

«Engreído»

«Presuntuoso»

Gabriel la miró con una seductora sonrisa triunfal y luego se arrodilló ante

ella.

Le quitó las braguitas y dejándolas a un lado,

mordisqueó la cara interna

de los muslos para luego ascender hasta su sexo.

—Oh… dios —sucumbió ella sin poder evitarlo.

Le separó con los dedos los labios vaginales para darle varios toques con

la punta de la lengua en su clítoris sonrosado y abultado, antes de lamerlo y de

succionarlo.

Jessica que se agarró de su cabeza mientras arqueaba la espalda, abrió la

boca y gritó. Sus estridentes jadeos resonaron en toda la sala.

—Eres deliciosa…

Al oírlo, Jessica sonrió con picardía acercando su pelvis para ofrecerle su

sexo.

—Fóllame… —le ordenó tan excitada que apenas podía tenerse en pie. Su

vagina palpitaba reclamando ser invadida y saciada por su pene—. Quiero

que me folles ahora…

Gabriel no la hizo esperar. Se incorporó de un salto y buscó un

preservativo. Mientras rasgaba el envoltorio con los dientes, se desprendió de la

ropa.

Sin dejar de mirarla a los ojos, se enfundó la goma y antes de penetrarla, la

cogió en volandas y rodeó sus caderas con sus piernas.

—Tus deseos son órdenes — musitó agarrando su pene y frotando el

glande en el orificio de su sexo

— Voy a follarte como jamás lo han hecho antes…

—Eso está por ver… —rió con malicia.

Y fiel a su advertencia, la penetró de una sola embestida con tanta

intensidad que la golpeó contra la pared. Jessica gritó, su miembro era de un

tamaño tan descomunal que creyó incluso que su cuerpo se iba a partir en dos.

Gabriel esperó varios segundos a que ella se acostumbrara a su inminente

invasión.

—Sigue… ¡No se te ocurra detenerte! —jadeó

deseosa de más. Obedeció.

Penetrándola primero lenta, con una sensualidad arrebatadora y

después, las acometidas fueron cada vez más profundas y más intensas.

Con rudeza, con fuerza.

Jessica clavó las uñas en su espalda cuando el orgasmo amenazó con

explotar haciéndole perder la razón. Apretó las paredes de su vagina,

succionándolo. Estaba muy cerca, demasiado cerca…

47

Una sola embestida más y Jessica gritó como una loca. Su apoteósico

orgasmo envolvió su cuerpo en un torbellino lleno de deliciosas sensaciones.

Al notar como Jessica convulsionaba entre sus brazos, cerró los ojos y

apretó los dientes y se dejó arrastrar eyaculando al poco después, bramando

como un verdadero animal y escurriendo hasta la última gota de semen en su

interior.

Segundos después, sudorosos y agotados, pudieron dejar de temblar para

recuperar de nuevo el aliento y el ritmo normal de sus corazones.

Gabriel la dejó en el suelo con cuidado. Se quitó el preservativo y

haciendo un nudo, lo guardó en el bolsillo de su

pantalón.

Jessica en cambio, se puso el albornoz y las braguitas que yacían tiradas en

el suelo. Dándose cuenta de lo ocurrido. No tenía que haberlo permitido. Ella

era su superior. ¿En qué estaba pensando?

¿Había perdido el juicio?

Llamó la atención de Gabriel, quien se giró para prestarla atención.

—Lo que ha ocurrido hoy, no volverá a repetirse nunca más.

—¿A qué te refieres? —le preguntó frunciendo el ceño extrañado. No era

más que sexo, y a decir verdad, sexo del bueno. ¿Qué problema había?

—Jamás volveremos a follar. Ha sido un lamentable error por mi parte.

—Para mí no lo ha sido, señorita Orson.

Gabriel la retó con la mirada. Obviamente no estaba de acuerdo con sus

conjeturas. Era de locos ignorar lo que había pasado entre ellos. La química

fluía como la seda entre sus cuerpos, encajando a la perfección como piezas de

un puzle. Ambos eran fuego, lujuria… puro sexo.

Pero de nada sirvió hablar, ella ya lo tenía decidido.

Acabó de recoger sus cosas en el más completo de los silencios y sin

devolverle la mirada, como si estuviera sola, se marchó hacia la ducha.

Capítulo 8

«Maldita sea»

«La he cagado, hasta el fondo»

Gabriel acabó de vestirse, recogió sus cosas y pasando ambas manos por

su pelo no atinaba a comprender por qué Jessica había actuado de aquella

forma.

Eran personas adultas, dejándose llevar por sus instintos, gozando de

un fantástico sexo.

¿Cuál era el problema?

Las ideas no hacían más que agolparse en su

mente.

Salió de aquellas instalaciones, pasando por delante de los vestuarios.

Sabía perfectamente que Jessica estaría en el interior duchándose.

Se detuvo tras la puerta cerrada, pegando su frente en la madera. Cerró los

ojos y apretó con fuerza la mandíbula.

Recordaba su perfume mezclado con el olor de su cuerpo y de su sexo.

Recordaba cada una de sus curvas y de su piel, de sus ojos, y de sus labios…

Tragó saliva con fuerza.

El solo hecho de pensar en ella, lo excitaba.

Al abrir los ojos, supo que lo mejor sería dejarla a

solas.

Gabriel salió a la calle. Metió la mano en el bolsillo de su cazadora para

buscar un cigarrillo, y se encontró con el móvil de aquella chica. Al encenderlo,

no pudo evitar sonreír al ver una fotografía muy graciosa de ella junto a un

chico moreno de ojos azules y a un niño de unos seis años sacando la lengua a

la cámara.

Buscó en las últimas llamadas realizadas. Encontró una de un tal “Joey”.

Gabriel relacionó ese nombre con el grito que pegó antes de que la robaran. Así,

que sin pensárselo demasiado, marcó ese número, esperó varios tonos y

enseguida recibió respuesta al otro lado:

—¿Hola… Joey?—preguntó Gabriel.

—Sí, soy yo.

—Me llamo Gabriel… — añadió—. Conseguí atrapar al ladrón. Tengo el

móvil de la chica,

¿Cómo podría hacéroslo llegar?

49

—Ehm… pues —hizo una breve pausa—, estamos en el Central Hospital,

¿lo conoces?

—No, pero me pillo un taxi y me busco la vida, sin problemas.

—Vale, tío… muchas gracias. Te pago el taxi

cuando vengas —se escuchó

sonreír al otro lado del teléfono.

Gabriel zanjó la llamada y sintiendo que la suerte estaba de su lado, logró

coger un taxi en menos de un minuto.

Al llegar a la entrada del hospital, volvió a llamar a aquel número. No

hizo falta esperar a los tonos porque un chico joven de pelo castaño, ojos claros,

y ataviado con un uniforme de policía, se le acercó sonriente.

—¿Eres Gabriel? —le preguntó llegando hasta él.

—El mismo —respondió entregándole el móvil.

—Gracias, tío —chocó la mano con la suya.

Gabriel le observó. Se le notaba muy cansado incluso algo preocupado.

Sacó su paquete de tabaco y le ofreció uno.

—¡Joder! No debería, lo he dejado.

—No sé por qué, pero creo que te iría bien fumarte uno — insistió.

Los ojos de Joey no podían apartarse del paquete. Se rascó el mentón

pensativo y refunfuñando, cogió uno.

Gabriel le sonrió. Le caía bien ese tal Joey.

—Hum… ¡Dios! esto sabe a gloria —hizo una larga calada y luego exhaló

poco a poco el humo.

—Sí, fumar sin duda es un placer… —sonrió divertido y añadió—: entre

otras cosas, claro.

Ambos se lanzaron miradas cómplices y al instante empezaron a reír.

Varios minutos después y un par de cigarrillos más, Joey le explicó qué era lo

que había ocurrido y por qué estaban en aquel hospital.

—¡¿Se puede saber qué haces fumando?! ¡Me dijiste que lo habías dejado!

—gritó una chica saliendo a trompicones del hospital.

—¡Joder Álex! ¡Qué susto! — dijo Joey llevándose la mano al pecho.

—Lo siento. Creo que he sido yo la mala influencia… Llevo un día

digamos… intenso y necesitaba un pitillo —

intervino Gabriel excusándose.

Álex le miró con cara de:

¿qué coño me estás contando? y Gabriel intentó explicarse mejor:

—Soy Gabriel. Te he traído el móvil.

Álex, empezó a atar cabos. Sus ojos ahora parecían recordarle al fin.

—Perdona, ¡qué tonta soy!, no te había reconocido. Cuando me robaron

estaba ida, fuera de control trató de excusarse al tiempo que esbozaba una

tímida sonrisa.

—Tranquila, no me extraña. Me he enterado este mediodía de lo ocurrido

y tu hermano me explicaba que tu novio es el profesor herido de gravedad.

Álex, tras escuchar sus palabras se abrazó a sí misma, recordando a

Patrick intubado en la cama, completamente sedado.

—Álex le dijo Joey mientras apagaba su cigarrillo. Voy a buscar un

bocadillo y un refresco a la cafetería. Tienes que comer algo.

—Vale. Gracias.

Joey abrazó a su hermana y se marchó, dejándoles a solas.

Álex se acercó hasta la pared, se apoyó y poco a poco deslizó su espalda

por la superficie hasta sentarse en el suelo.

Gabriel la miró y poco después la

imitó sentándose a su lado.

Notó como Álex lo estudiaba mejor con la mirada, más detenidamente,

fijándose de nuevo en su tatuaje.

—Gracias por lo del móvil.

—De nada. Es lo menos que podía hacer. Me va lo de ejercer de justiciero

para salvar a las damas en apuros… —le sonrió torciendo el labio—. Por cierto,

¿cómo está tu novio?

Álex le explicó que estaba mejor y que por suerte pudieron detener la

hemorragia interna, que únicamente les cabía esperar.

Poco después miró su reloj y resopló.

—¿Y qué haces tú a estas horas levantado? ¿Los justicieros no descansan?

—le preguntó ella divertida.

—¡Jajaja! Se rió. Al salir de la oficina he llamado a tu hermano para

devolverle el móvil y me ha dicho que estabais aquí.

—¿A estas horas sales de trabajar?

—No… hoy he salido tarde… pero hace un rato que estoy aquí charlando

con Joey. Un tipo interesante tu hermano…

—Y que lo digas… Me da que haríais muy buenas migas…

En ese momento, apareció Joey con una bolsa de

un puesto callejero de

comida rápida.

—Bueno —dijo Gabriel incorporándose—. Me voy que mañana curro y

tengo una jefa un tanto particular…

—Gracias de nuevo por el teléfono.

—Un placer, señorita — Gabriel le obsequió con una reverencia muy

graciosa—. Si me necesita alguna vez más, hágame una señal y vendré.

Gabriel le dio dos besos a ella y chocó la mano con la de Joey. Se despidió

de ambos alejándose con las manos metidas en los bolsillos.

Al llegar a su apartamento, se dio cuenta de que era tardísimo.

Se desvistió.

Tenía unas ganas horribles de desprenderse de aquel ridículo disfraz de

estirado jupie ejecutivo. Se sentía ridículo con aquella indumentaria.

En seguida se metió en la ducha. Necesitaba sentir el agua correr por su

cuerpo. Liberar tensiones y dejar de martirizarse pensando en Jessica.

Al salir de la ducha, se anudó la toalla a sus caderas mirándose al espejo

evaluando si debía o no afeitarse. Rozó con sus dedos la incipiente barba

decidiendo dejársela tal cual.

Abrió el

primer

cajón del armario. Buscó el aro de acero y se

lo colocó en su labio. Sino repetía esta misma operación a diario, pronto el

diminuto orificio acabaría por cerrarse. Ese era sin duda un rasgo característico

de su personalidad. Gabriel siempre había sido así, un tanto rebelde a

diferencia de su hermano Iván. De hecho si colocaban en una balanza a uno y a

otro, Iván ganaba por goleada. Él era el hermano guapo, elegante, educado, el

perfecto amante fiel y en pocos meses sería padre.

Gabriel en cambio, era todo lo contrario. Si Iván

era la cara, él

indiscutiblemente era la cruz. Desde que murió Érika no había sido fiel a

ninguna de sus amantes. Ninguna había estado a su altura. Y ninguna de ellas,

le había importado lo suficiente como para respetarla. De hecho, no recordaba

haber estado con una misma mujer más de dos noches seguidas. Hasta que

Marta, la novia de Iván, apareció en su vida.

Eran las diez.

Gabriel acababa de calzarse cuando sonó el interfono. Era Eric. Contestó y

en dos minutos, bajó a la calle. Su amigo le esperaba apoyado en su flamante

coche.

—¿Qué tal Eric? —le dio una palmadita en la espalda.

—Genial… A ver si consigo que esta noche la recuerdes con pelos y

señales —le contestó con una mirada repleta de perversión.

Gabriel se rió con ganas y luego añadió:

—Sí, lo mío con la camarera no tiene perdón —trató de excusarse.

Echó un rápido vistazo al interior del coche.

—Creía que nos esperaban en el restaurante.

—Por lo visto, no pueden esperar… —carcajeó —. ¿Sabes tío? Me estoy

planteando la posibilidad de llevarlas

directamente al hotel y pasar de la cena..

Gabriel puso los ojos en blanco.

52

—Vamos Eric, no me digas que tu polla no puede esperar un par de

horas…

Eric sacudió la cabeza y luego se encogió de hombros.

Su dependencia al sexo, a veces daba miedo.

Gabriel abrió la puerta trasera y se sentó al lado de una de las dos chicas.

—Buenas noches, señoritas saludó con una sonrisa seductora tras

acomodarse en el asiento.

Estudió a la chica que tenía a su lado. Por lo visto, aquella noche pasaría

frío, porque solo cubría sus larguísimas y bronceadas piernas una minúscula

falda negra. Era posible apreciar el color de su ropa interior, en el hipotético

caso que la llevara.

—Soy Gabriel.

Él se acercó para darle dos besos. Primero besó la mejilla izquierda pero a

medio camino de besar la otra, ella le dio un beso ante su asombro. Desde luego

no se lo esperaba.

—Mi nombre es Megan —le sonrió.

«La noche promete», pensó Gabriel para sus

adentros.

Pronto llegaron a Balthasar, un peculiar restaurante francés ubicado en

el SoHo de Manhattan.

Eric les explicó que siempre que venía a la ciudad, cenaba en aquel

restaurante. Y nunca se marchaba de Nueva York sin antes comer uno de los

platos típicos: el “Bullabaisse” (que era una típica olla de pescado) o los

“Moules Frittes”

(mejillones con

patatas fritas).

A los demás les pareció buena la idea de degustar esos platos. Gabriel

pidió una botella de Cabernet Sauvignon para su acompañamiento.

Daniela y su compañera de apartamento, llegaron al restaurante, bastante

tarde.

Claudia, había tardado una eternidad en saber qué ponerse. En cambio

Daniela, lo tuvo claro, sus tejanos, una camiseta sencilla y sus Converse de

siempre.

Enseguida se reunieron con el resto del grupo de la academia. Tras

saludar, se sentaron.

Claudia llenó de vino tinto la copa de Daniela. Ésta abrió mucho los ojos,

indicándole con la mano que ya era más que suficiente.

—¡Por Dios, Claudia! ¿No estarás pensando en emborracharme?

—No. Lo que pretendo, es animarte —se rió.

—Sabes que no bebo.

53

—Pues creo que ya va siendo hora de que empieces, que ya tienes edad…

—le guiñó el ojo.

Claudia le dio la copa.

—Vamos, pruébalo, está de muerte.

Daniela dudó unos instantes.

«Por probar un poquito no pasa nada»

Así que acercó la copa a sus labios y dio un sorbo corto. El líquido se

deslizó por su paladar y después por su garganta. Tenía un gusto amargo

aunque con sutiles toques afrutados. Y lo cierto es que no fue tan horrible como

esperaba.

—Por la cara que has puesto intuyo que te ha gustado.

—Si te soy sincera, me ha sorprendido gratamente.

Al llegar a los postres, Megan acercó su silla un poco más a la de Gabriel,

aunque él no se sentía muy receptivo aquella noche. No entendía por qué no

podía sacarse de la cabeza a Jessica. Trató de centrarse en su acompañante, pero

le era imposible.

Eric, al poco después, pidió la cuenta.

—Compartimos gastos —dijo Gabriel dejando varios billetes en la

bandejita—. Esperadme en la calle, ahora vengo.

Gabriel se levantó y buscó los servicios.

El local era tan grande que tuvo verdaderas dificultades para encontrarlo.

Al acabar de lavarse las manos y salir de los servicios, iba tan despistado

que casi dio con la puerta en las narices a una joven.

—Perdona...

Gabriel la miró. Recordaba aquel rostro y por supuesto, aquella dulce

mirada.

—¿Eres Daniela?

Ella entrecerró los ojos, escudriñando su rostro y después comenzó a

ruborizarse lentamente. Era Gabriel. El protagonista de cada uno de sus

pensamientos, de cada uno de sus sueños subidos de tono.

Gabriel dio un paso al frente.

—Por lo visto, el mundo es un pañuelo —se rió divertido.

—Cierto —fue la única palabra que logró articular. Estaba abochornada.

De repente, se les acercó una camarera que sostenía una bandeja entre sus

manos. Era rubia, alta y llevaba el pelo recogido en un moño alto.

—Disculpen —dijo cruzando el pasillo y pasando entre ellos.

54

La camarera miró de reojo a ambos y se detuvo en seco, cuando se cruzó

con la mirada de Gabriel. Entonces caminó hacia él con determinación y ni corta

ni perezosa, le asestó un bofetón tan fuerte en toda la cara, que se la giró de

golpe.

—¡Cabrón! —le gritó abochornada.

Gabriel se frotó la mejilla, ésta le ardía.

—¡No soy ninguna puta a la que te puedas follar y

después dejar tirada!

Él abrió los ojos aturdido por el bofetón pero aún más al reconocer que era

la misma camarera de la discoteca Kiss&Fly.

—No me dejaste ni una jodida nota… ¡nada!

Gabriel no supo qué contestar y Daniela no cabía en ella del asombro.

—Nicole, me llamo Nicole…

—le fulminó con la mirada y luego le apartó de su camino de un

manotazo, desapareciendo enfurruñada por las escaleras.

Gabriel por primera vez en su vida, se sintió como un cerdo. Trató de

disimular ante la mirada escrutadora de Daniela.

—Esto... me esperan fuera – hizo una mueca señalando las escaleras.

—Sí y a mí en la mesa.

—Bueno... —aún seguía sin poder articular varias palabras seguidas—.

Nos vemos…

Daniela asintió y Gabriel tras despedirse se marchó.

Una vez a solas, inspiró hondo. La escena había sido demasiado tensa.

Al dar un paso para empezar a caminar, pisó algo que había en el suelo.

Bajó la vista para saber de qué se trataba y luego se agachó para recogerlo. Era

una cartera de piel de color marrón, probablemente se le cayó a Gabriel

mientras la chica le abofeteó.

Daniela corrió hacia las escaleras.

Buscó entre la gente. Pero ni rastro de Gabriel por ningún sitio.

Salió a la calle.

Pero, él ya se había marchado…

55

Capítulo 9

El sol empezó a entrar por los diminutos orificios de las persianas de la

habitación de Daniela. Hacía rato que estaba despierta. Boca arriba, con el

monedero de Gabriel entre sus manos, dándole vueltas sin atreverse a abrirlo.

Resiguiendo una y otra vez las siglas gravadas “GG”.

Y de nuevo esa sensación, a partes iguales entre placentera y dolorosa. Ese

deseo por volver a verle de nuevo, aunque ni siquiera fuese capaz de mirarle a

los ojos apenas dos segundos consecutivos.

Mientras decidía qué hacer con la cartera, se levantó de la cama para

coger el libro que guardaba entre sus páginas el trozo de papel que Gabriel le

dio.

Inspiró hondo y luego soltó el aire con determinación para escribirle un

escueto mensaje de WhatsApp:

“Soy Daniela Luna, encontré tu cartera tirada en el suelo del restaurante”

Tras enviarlo, dejó la cartera a un lado y bajando de la cama procurando

hacer el menor ruido posible para no despertar a Claudia, se calzó sus

zapatillas.

Fue al cuarto de baño y abriendo uno de los cajones buscó una goma de

pelo para recoger su melena. Se hizo una coleta alta dejando varios mechones

sueltos. Luego abrió el grifo, puso la mano bajo el agua y tras esperar la

temperatura deseada, se lavó la cara y las manos.

Inmediatamente después, observó su imagen en el espejo. Rozando con las

yemas la palidez de sus mejillas, al mismo tiempo que dejaba libre su mente.

Zarandeó la cabeza.

¿Por qué aquel chico al que apenas conocía ocupaba todos y cada uno de

sus pensamientos? Por más que trataba de ser honesta consigo misma, no lo

conseguía. Gabriel, jamás se fijaría en alguien como ella. Así que debía de

empezar a olvidarse de que existía. A ser posible, más pronto que tarde. De esa

forma, sería menos dolorosa la caída al despertar de aquel precioso e

inalcanzable sueño.

Gabriel que estaba de camino a la oficina, notó como su móvil empezó a

vibrar en el interior de su bolsillo y mientras daba una última calada a su

cigarrillo, leyó el mensaje de Daniela.

Enarcó una ceja sorprendido por el hallazgo de su cartera y por quien era

la remitente de aquel mensaje.

56

Se rascó la cabeza recordando la noche anterior, haciendo balance: La

bofetada de Nicole, la pérdida de la cartera y las horas muertas dando parte a la

policía.

Apagó la colilla en la suela de su zapato y lanzó el resto a la papelera justo

antes de entrar en el edificio.

Respondió al mensaje de Daniela con una llamada telefónica.

—Buenos días —saludó Gabriel.

Ella se quedó muda.

La voz varonil de él al otro lado sonaba de lo más sexy.

—Buenos días —titubeó sonrojándose de nuevo. Por suerte, no podía

verla.

La melodía había despertado a Claudia, su compañera de piso, quién

hacía señas con la mano preguntando quién era el maleducado que molestaba a

esas horas de la mañana. Y sin esperar respuesta, se cubrió la cabeza con la

almohada sin dejar de refunfuñar.

—¿Daniela? —insistió tras un largo silencio.

—Ehm... perdona, estaba.. —le contestó saliendo de la habitación y

entrando a su vez en la cocina—, caminando por el apartamento...

—Tranquila, no te preocupes.

Daniela meditó durante unos instantes y luego añadió:

—¿Cómo podría devolverte la cartera?

Gabriel recordó la conversación que mantuvieron en su primer contacto,

su apartamento quedaba a solo varias manzanas de su despacho. Podría ser

una buena opción acercase hasta allí.

—Si no te va mal, podríamos quedar en alguna cafetería cercana a tu

apartamento. Sobre el mediodía.

Daniela hizo memoria de los locales ubicados en su calle. Pronto recordó

uno que había justo al doblar la esquina.

—En Madison Avenue hay una Coffee Shop Expreso.

—Vale. Entonces nos vemos allí en un rato.

Tras colgar, Daniela se quedó pensativa.

¿Se había citado con Gabriel? No daba crédito, tuvo que pellizcarse para

asegurarse de que no era fruto de un sueño.

De repente, Claudia cruzó la cocina, descalza. Vestida únicamente con una

camiseta de tirantes y unas braguitas. Cogió la cafetera y llenando una taza de

café, se llevó la mano a la boca para acallar un bostezo.

—Buenos días, Daniela.

—Buenos días.

57

—¡Uf! Creo que anoche bebí demasiado —dijo frotando su frente

—. Me duele horrores la cabeza… Cuando acabó con el contenido de su

taza, rellenó otra para Daniela. Luego las dejó sobre la mesa.

—Bebe. La cafeína te ayudará con la resaca.

Aunque nunca tomaba café, aquella mañana hizo una excepción. Daniela

agarró la taza con ambas manos sintiendo como el

calor poco a poco se

apoderaba de su piel. Antes de beber, sopló ligeramente para tratar de enfriarlo.

Claudia sentándose frente a ella, aprovechó para desenroscar el recipiente de

las galletas que había sobre la mesa y llevarse una a la boca.

—Este fin de semana te quedarás sola. He pensado en ir a visitar a mis tíos

en Massachusetts.

Daniela enarcó una ceja.

—No sabía que tenías familiares en Estados Unidos.

—Sí y también en Francia y en Italia... —se rió devorando la galleta y

cogiendo otra— Mi familia está esparcida por toda la geografía mundial. Lo

malo abunda..

Ambas se rieron un rato sobre aquel comentario.

—Te diría que me acompañaras, pero sin contar las más de tres horas y

media de viaje de ida y las otras tres y media de vuelta, creo que te aburrirías en

su casa. Mis tíos son mayores y salvo porque hace más de cinco años que no les

veo, cualquier otro plan, hubiese sido sin duda mucho mejor. Daniela se

encogió de hombros y luego sorbió un poco de café. Miró a Claudia a través de

sus largas pestañas y le confesó:

—Por mí no te preocupes. Estaré muy bien. Pienso aprovechar para

alquilar alguna película y acabar de leer el libro que tengo a medias —le sonrió

y acabándose el café, se levantó para dejar la taza en la pica.

Claudia apuntó un número de teléfono en un trozo de papel y luego lo

colgó de un imán en la puerta de la nevera.

—Te dejo el número de casa de mis tíos. Cualquier cosa, me llamas.

—De acuerdo.. —suspiró poniendo los ojos en blanco.

Claudia hizo una mueca insistiendo.

—Hablo en serio.

—Sí, mamá... —se burló—

¿Qué puede pasar? ¿Que la película sea un fiasco? o ¿que el protagonista

de mi libro muera en la última página...?

Daniela negó con la cabeza y luego la abrazó.

—No seas tonta. Soy una chica solitaria, estoy acostumbrada a la soledad.

—Vale... —añadió casi convencida—. Pero cierra todos los pestillos,

incluso aquel que hay que darle un manotazo para que funcione.

Daniela volvió a asentir y tras meterse una galleta en la boca, se fue hacia

la ducha.

Como acostumbraba cada mañana desde que estaba Manhattan, Gabriel

realizaba la misma rutina: Entraba en el edificio, saludaba a Smith el portero,

entraba en la lata de sardinas (dígase: ascensor), guiñaba el ojo a Alexia, dejaba

sus pertenencias en su despacho y encendía su PC. Salvo hoy, que a modo de

excepción y sin que sirviera de precedente, fue directo al despacho de Jessica.

La puerta como de costumbre estaba cerrada.

Inspiró hondo antes de golpearla con los nudillos. Esperó unos instantes y

realizó la misma operación. Pero por lo visto, el despacho estaba vacío y no

obtuvo respuesta. Así que se encerró de nuevo en

su despacho sin darle la

menor importancia.

Se acomodó en su silla y tras abrir el correo Outlook, vio entre varios

mensajes uno de su jefa enviado en el día anterior:

De: Jessica Orson

Fecha: 6 septiembre de 2013

20:32

Para: Gabriel Gómez Asunto: Proyecto Kramer

Gabriel,

El viernes por la mañana me reúno con los socios de Kramer.

Necesito sin falta que me envíe los bocetos del proyecto a esta dirección de

correo.

Jessica Orson Director of design

Andrews&Smith Arquitects

Apenas dos segundos le bastaron para leerlo y darse cuenta de la frialdad

con la que se dirigía hacia él. A partir de ahora, ¿ese sería el trato que recibiría

por su parte? ¿Acaso lo ocurrido el otro día en la piscina no volvería a repetirse?

Sin embargo, quiso releerlo de nuevo en busca de algún mensaje

subliminal o entre líneas, pero no encontró nada.

Llevó sus manos a la nuca, echó su espalda hacia atrás y puso los pies

sobre la mesa.

«Por lo visto esta jefa pretende traerme muchos dolores de cabeza, pero

ignora lo terco que puedo llegar a ser cuando me lo propongo... y ese algo, eres

tú Jessica Orson»

* * *

En el reloj de Daniela marcaban las doce y cincuenta.

Hacía más de veinte minutos que le esperaba a Gabriel en el exterior de la

cafetería. Tenía los nervios a flor de piel, además de un doloroso nudo en la

boca del estómago. Probablemente sería incapaz de probar bocado.

Echó un nuevo vistazo al final de la calle y justo entonces él apareció

doblando la esquina. Al llegar a su lado, le besó en las mejillas. Daniela no pudo

evitar sonreír al notar como su incipiente barba le hacía cosquillas en la piel.

—¿Entramos? —le preguntó haciendo un gesto con la cabeza señalando

al local.

Daniela asintió.

Con afable galantería le abrió la puerta y colocó la palma de su mano en el

bajo de su espalda. Ella sintió un ligero estremecimiento al sentir sus dedos en

aquella parte de su cuerpo y tratando de disimular, entró a paso ligero al

establecimiento.

Tomaron asiento y como las mesas eran minúsculas, era inevitable un

continuo contacto físico.

Daniela no sabía a dónde mirar, la penetrante mirada de Gabriel la

conmovía.

Por suerte para ella, el camarero acudió a su mesa para tomarles nota.

Cogió una servilleta y disimuladamente se abanicó con ella.

Gabriel pidió por los dos.

Un incómodo silencio se adueñó del ambiente cuando el camarero los dejó

a solas. Para tratar de romperlo, Gabriel le hizo

una de aquellas preguntas

tópicas que se solían formular a un recién llegado:

—¿Te gusta Manhattan? Daniela disimuló una sonrisa.

«Vaya, recurre a la pregunta típica por excelencia.

Por lo visto debe estar tan incómodo o más que yo. Pero por lo menos está

tratando de ser educado.. »

—La ciudad me gusta mucho, aunque a veces es demasiado caótica.

Supongo que lograré acostumbrarme. De hecho no estaré más de seis meses,

justo el tiempo que dura el curso de bellas artes.

Daniela estaba sorprendida de su propia reacción. Ni siquiera era

consciente de cómo había conseguido enlazar tantas palabras seguidas sin

tartamudear o parecer estúpida.

60

—Cuando estaba haciendo el doctorado en Madrid, mi universidad me

ofreció la posibilidad de estudiar en Londres.

Gabriel hizo una pausa y bajó la vista al anillo que tenía rodeando su

pulgar. Lo hizo girar sobre su dedo y alzando de nuevo la vista, miró a Daniela

a sus enormes ojos verdes para luego proseguir:

—Por aquel entonces mantenía una relación con una chica y denegué mi

beca.

Daniela abrió mucho los ojos.

El solo hecho de visualizar a Gabriel enamorado y estar dispuesto a

renunciar una oportunidad semejante por una chica, le pareció un hermoso

gesto. Demostraba que tras aquella fachada de chico duro y pasota, albergaba

un corazón generoso.

—¿Y qué pasó con esa chica?

—las palabras salieron de su boca como una bala. Siquiera lo pensó y al

darse cuenta de ello, empezó a removerse incómoda en su asiento

—. Perdona por mi pregunta impertinente. No es de mi incumbencia.

Gabriel sonrió al ver pintado el rubor en la cara de Daniela. Ella era tan

transparente que sus gestos, sus ojos y sus movimientos, la delataban a cada

instante. Era tan inocente, que en cierta forma eso formaba parte de sus

encantos.

—Esa chica se llamaba Érika —respondió con una melancólica mirada—.

Murió hace cuatro años.

Daniela tragó saliva con dificultad y agachó la cabeza. Reconocía

perfectamente ese dolor, la pérdida de un ser querido. Los recuerdos de su

amiga Lucía volvieron a su mente como un resorte. Había sido su mejor amiga

y aún no podía olvidarla.

—Lo siento mucho…—levantó la vista encontrándose con la de Gabriel.

El destino a veces solía poner a prueba a las personas, obligándoles a ser

más fuertes. A luchar, a sobrevivir.

Sin darse cuenta, ambos estuvieron charlando durante más de dos horas.

Al salir del local, ambos se quedaron uno frente al otro sin saber qué decir.

Ninguno de los dos quería despedirse. Habían conectado. Tenían ganas de

seguir conociéndose.

Gabriel se subió el cuello de la cazadora de piel, había refrescando. Un aire

frío acechaba la ciudad. Miró al cielo, unas nubes grises amenazaban con llover

en cualquier momento.

Al bajar la vista, se encontró una vez más con aquella mirada dulce que le

había encandilado desde el día del aeropuerto. Echó una ojeada a su cartera,

para ver si llevaba suelto y luego le propuso:

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—¿Te apetece un perrito caliente?

Ella asintió aceptando la invitación y ambos caminaron hacia una de

aquellas paradas ambulantes. Pidieron dos hot dogs con mucho ketchup y

mucha mostaza. Luego se sentaron en uno de los bancos de un parque cercano.

Charlaron sin descanso hasta que Gabriel tenía que irse.

—¡UF!, son ya casi las tres.. Me marcho volando a la oficina sino quiero

que me cuelguen de la corbata..

Gabriel soltó una carcajada y tras hacer una bola con el envoltorio de la

comida, la encestó en una papelera.

—Nos vemos... —dijo mientras se inclinó para besar una de sus

sonrosadas mejillas.

Daniela cerró los ojos, aprovechando para memorizar el olor de su

perfume mezclado con el de su piel. Porque Gabriel olía estupendamente, era

un olor suave pero a la vez varonil. Olía a Gabriel, sin más.

Segundos después y tras despedirse, arrancó a correr hasta perderse entre

la gente. Al dejar de ver su silueta, suspiró lentamente.

¿Le volvería a ver?

Las probabilidades de volver a encontrarse con él, eran ínfimas.

O tal vez no. .

Capítulo 10

Amaneció el sábado en la ciudad de Manhattan. El sol a primeras horas

de la mañana ya calentaba con fuerza el asfalto en las calles y las personas ya

transitaban inundando las aceras.

Gabriel que no quería desperdiciar su primer fin de semana en la gran

manzana, se levantó pronto de la cama, se tomó su café solo bien cargado y se

calzó sus zapatillas de deporte para salir a recorrer algo más de distancia que

los días de entre semana.

Hacia las doce del mediodía acompañó a su amigo Eric al aeropuerto JFK.

Su vuelo con destino a Madrid, salía en una hora escasa. Despidiéndose de él,

regresó de nuevo a la ciudad.

Como las tiendas de ropa no cerraban al mediodía, aprovechó para

acercarse hasta la Quinta Avenida y comprarse algunas camisas de firma, varios

pantalones y algún calzado para acompañar a ese "look de ejecutivo" que tanto

detestaba. Pero, estaba dispuesto a contentar a su jefa al precio que fuese

necesario, a sabiendas que no iba a resultar nada fácil. Gabriel se había

propuesto no darle ningún motivo el cual pudiera utilizar de pretexto para

enojarse con él. Quería conquistarla, poco a poco.

Estaba convencido que con paciencia y perseverancia, lograría llegar hasta

ella.

Jessica era una mujer especial, y como tal, requería de un tratamiento no

menos especial.

Al estar lejos de su apartamento y ser bien pasadas las tres de la tarde,

decidió entrar en un restaurante, el Bistro. Desde fuera parecía tener muy

buena pinta y él tenía un hambre de lobos.

Nada más entrar, el camarero le acompañó amablemente a una de las

mesas del fondo. Gabriel se sentó y ojeando la carta, se decidió por una

ensalada como entrante y un solomillo poco hecho con verduras como plato

fuerte.

Ya hacia el anochecer, se duchó y se cambió de ropa: unos tejanos rojos,

una camiseta negra ajustada y el pelo mojado dejándolo secar al aire, como de

costumbre.

Tenía planeado acercarse hasta Fraunces Tavern en Pearl Street. Era una

taberna que le había recomendado su amigo Eric antes de regresar a Madrid.

Según él, era ideal para degustar las mejores cervezas de todo el mundo.

Cogió un taxi que le llevó a la misma puerta.

Al apearse, sonó su móvil.

63

Buscó su Backberry y miró la pantalla. El nombre de Daniela parpadeaba

en letras luminosas.

«Qué extraño…»

Intrigado por saber por qué le llamaba a esas horas de la noche, contestó

con rapidez.

—¿Daniela?

Hubo un largo silencio y luego creyó escuchar débiles gemidos.

—Gabriel… no… sabía a quién… llamar. .

La voz de Daniela se entrecortaba entre llantos. Su

rápida respiración no

permitía apenas descifrar las palabras que escupía sin darse cuenta. Eran

prácticamente inteligibles.

—Cálmate Daniela y… respira, por favor.. —le susurró para tratar de

calmarla.

Gabriel se acercó más el teléfono al oído. Apenas lograba escucharla.

—¿Dónde estás?

Daniela, tardó unos segundos en contestar.

Gabriel insistió, volviendo a formular la misma pregunta pero esta vez

algo más pausado.

—¿Dónde estás?

—No sé… si… aún… sigue aquí —sollozó.

—¡Daniela!, escúchame…

¿dónde coño estás? —insistió agitado, perdiendo casi el control.

De repente, la llamada se cortó. Gabriel trató de ponerse en contacto de

nuevo con ella, sin éxito. Lo volvió a intentar pero esta vez saltó el contestador.

«¡Maldita sea!»

Frotó la nuca con su mano, tratando de adivinar dónde podría estar.

Gabriel empezó a caminar de un lado a otro, sorteando la gente que se

encontraba a su paso.

Se devanó los sesos haciendo memoria de las cosas que le había dicho: "No

sé si aún sigue aquí. ."

«¡Joder. . Daniela, al parecer no está sola.. »

«Piensa, Gabriel.. piensa y rápido. .»

Se pasó ambas manos por su pelo. Dio un par de pasos más y cuando se

disponía a dar media vuelta, se golpeó la frente con la palma de su mano,

como una revelación.

—Eso es... su apartamento...

Echó un vistazo rápido a la manzana y al final de la calle vio un taxi que

doblaba la esquina. Corrió tras él y al darle alcance, lo hizo detenerse.

—¿A dónde, señor?

—A Madison Avenue.

Afortunadamente, el tráfico a esas horas era fluido y en poco más de

quince minutos se plantó en su apartamento. Subió las escaleras de dos en dos y

al llegar a la puerta, se dio cuenta de que estaba abierta.

De forma cautelosa y muy despacio caminó hacia el pasillo. Pero no había

señales de Daniela.

Fue hacia el salón.

Abrió los ojos desolado. Todo a su alrededor

estaba destrozado. Alguien

se había dedicado a rajar todos los cojines del sofá y las plumas de oca de su

interior, estaban esparcidas por todas partes. Había papeles y más papeles por

el suelo. Algunos cajones desmontados y otros rotos. Era sin duda un

espectáculo grotesco.

No satisfecho, atravesó el pasillo y entró al dormitorio. Todo estaba igual

que el salón. Todo destrozado.

Y ni rastro de Daniela por ningún lado.

—¡Daniela! —gritó recorriendo a grandes zancadas todo el largo del

pequeño apartamento.

La única estancia que le faltaba por inspeccionar era el cuarto de baño.

Abrió la puerta de par en par. Y allí, acurrucada en una de las esquinas,

asustada y temblorosa, estaba ella.

Gabriel, corrió hacia ella. Se arrodilló y trató de verle la cara retirándole el

pelo.

Maldijo en voz baja al malnacido que le había hecho eso. Daniela tenía todo

el rostro lleno de moratones y sangraba por uno de los orificios de la nariz.

—Daniela.. —le susurró— Ya estoy aquí... Ya pasó todo...

Ella ni siquiera era capaz de mirarle a los ojos. Ni siquiera lloraba.

Simplemente estaba como ida. En estado de shock.

Gabriel la abrazó con mucho cuidado, colocando su cabeza en su torso. La

besó en el pelo y empezó a acariciarlo lentamente. Después le susurraba al

oído diciéndole que ya no estaba sola, que los hijos de puta ya se habían ido.

Después, la cogió en brazos y sentándola sobre la taza del váter, empezó a

curarle las heridas.

Buscó en los cajones y en los armarios gasas esterilizadas, yodo y unas

tijeras.

Daniela continuaba sin hablar. Era como si su mente hubiese viajado a

otro lugar mientras que su cuerpo permanecía allí.

65

Gabriel cortó varios trozos de gasa, los empapó con el yodo y empezó a

repasar las heridas que marcaban el frágil rostro de Daniela. Asombrándose de

su entereza, ella en ningún momento se quejó. Cuando acabó, se dio cuenta de

que también tenía un pequeño corte en el cuello, probablemente a causa de un

arma blanca muy afilada. Un cuchillo o una navaja, tal vez.

—¿Te han golpeado en alguna otra parte del cuerpo? —le susurró muy

despacio.

Daniela puso la mano sobre su brazo izquierdo. Él le subió la manga de la

camisa a la altura del hombro y efectivamente, había otra herida.

Tras curarle lo mejor que supo, la volvió a coger en brazos y la llevó hasta

su cama. La sentó en el borde mientras se dedicaba a abrir las sábanas. Luego se

arrodilló para descalzarla y tumbarla con cuidado.

—Daniela, mírame... —le dijo mientras la tapaba con la sábana.

Ella haciendo un gran esfuerzo le obedeció. Abrió los ojos y miró a los

intensos ojos verdes de Gabriel.

—Voy a hacer una llamada. Estaré en el salón, pero vuelvo enseguida —

decía mientras le retiraba un mechón de pelo y se lo colocaba tras la oreja—.

Intenta descansar.. ¿vale?

Daniela hizo un gesto tranquilizador y volvió a cerrar los ojos, agotada.

Gabriel aprovechó para ponerse en contacto con Joey. Estaba convencido

de que él le ayudaría.

—¿Qué pasa tío? —preguntó Joey extrañado.

—¿Estás de servicio?

—¿Te pasa algo?

Hizo una pausa y luego retomó la conversación:

—Ha habido un robo con ensañamiento en casa de una amiga.

—Dime dónde estás… y ahora mismo vamos.

Tras proporcionarle las señas, en tan solo diez minutos, Joey y otro agente

uniformado se presentaron en el apartamento de Daniela.

—Gracias por venir tan pronto, te debo una —les hizo pasar.

—Dime qué ha pasado... — preguntó Joey acompañándole al salón

mientras se colocaba los guantes de silicona en las manos.

—Por lo visto han entrado a robar cuando Daniela estaba dentro.

—¿Daniela? ¿Ella es tu amiga?

Gabriel asintió.

—Y ¿dónde se encuentra ahora?

—En su dormitorio.

66

Ambos atravesaron el pasillo y se detuvieron justo ante la puerta cerrada.

—De momento no he podido arrancarle ninguna palabra.

—No te preocupes, mientras Freddy busca huellas digitales, yo hablaré

con ella. Después realizaremos la pertinente denuncia.

—Mientras tanto, ¿puedo quedarme con ella?

—No, mejor déjanos a solas

—Joey le contestó con mucha serenidad y le colocó la mano sobre el

hombro—. No te preocupes. Si las lesiones son de gravedad, la llevaremos al

hospital.

Gabriel asintió.

Muy a su pesar tuvo que dejar hacer y aprovechó para salir al balcón a

fumarse un pitillo. Lo necesitaba desesperadamente.

Tras más de media hora, Joey salió de la habitación y buscó a Gabriel.

—¿Has logrado hablar con ella?

—Al principio no —le confesó.

Joey relató con detalle todo lo que ella le había explicado. Tres hombres

jóvenes y encapuchados habían entrado cuando

ella estaba en el baño. Mientras

uno le golpeaba, los otros dos se dedicaban a desvalijar la casa. Durante todo el

tiempo que duró el robo, uno de ellos amenazaba con matarla con una navaja si

se atrevía a denunciarlos.

Mientras escuchaba, notó como su rostro se desencajaba, imaginando el

horror que Daniela había tenido que soportar.

—No te preocupes, le he dado un valium y ahora ya está mucho más

tranquila. Por suerte las heridas son todas superficiales.

Gabriel exhaló el aire aliviado.

Agradeciendo una vez más su rápida intervención,

les acompañó hasta la

puerta y ambos agentes continuaron patrullando las calles de aquella ciudad.

Después cerró la puerta con la llave que encontró sobre el mueble del

recibidor y puso el único pestillo que no estaba roto. Acto seguido, apagó las

luces que iba encontrando a su paso para finalmente entrar en la habitación de

Daniela.

Gabriel la observó unos segundos desde la puerta mientras dormía.

Parecía un ángel. Un ángel al que le habían roto las alas.

Sentía una sensación extraña, desde el mismo día en que la conoció, tenía

la imperiosa necesidad de protegerla. Que nadie la hiriera. Que nadie la hiciera

sufrir.

Aquella noche, empezaría a protegerla. No pensaba abandonarla. No la

dejaría sola.

67

Pronto, se descalzó en silencio y apagó la lamparilla de la mesita.

Poco a poco, con sigilo, se tumbó a su lado, mirándola en silencio

mientras dormía.

68

69

Capítulo 11

Gabriel se despertó abrazado al diminuto y frágil cuerpo de Daniela. Su

cabeza descansaba plácidamente sobre el torso de él y su pecho se movía arriba

y abajo rítmicamente, al mismo compás de los latidos de su corazón.

Retiró varios mechones que le impedían ver su rostro. A plena la luz del

día, la crueldad de los golpes se hacía mucho más visible. Los moretones se

habían tornado de un azul violáceo horrible, desfigurando por completo su

hermosa y delicada piel.

Gabriel apretó la mandíbula con fuerza y maldijo a aquellos cabrones por

enésima vez. Por más que le daba vueltas a la cabeza, era incapaz de

comprender como alguien podía tener la semejante osadía de maltratar de una

forma tan despiadada a otro ser.

La miró una vez más antes de salir de la cama y después la besó en la

frente con mucha ternura.

Poco a poco, retiró sus brazos desprendiéndose de ella, dejando su cabeza

con cuidado sobre la almohada.

Después salió de la habitación en dirección a la cocina para preparar el

desayuno. Al desconocer los gustos de ella, optó por ser práctico y apostó por lo

seguro. Hizo café y zumo, algunas tostadas y desenvolvió un par de

magdalenas que encontró en el interior de una caja de hojalata.

Colocándolo todo sobre una bandeja, regresó de nuevo a la habitación.

Daniela que ya estaba despierta y al parecer algo desorientada, se miraba

angustiada los moretones del brazo.

Gabriel la observó desde la puerta, esperó a que alzara la vista para que

supiera que no estaba sola y que él estaba allí; aunque ignoraba por completo

cuál sería su reacción tras la agresión.

Daniela trató de incorporarse de la cama. Se sentía tremendamente

dolorida y gimoteó. Gabriel dejó la bandeja sobre la mesita de noche y corrió a

su lado.

—Espera, yo te ayudo... — dijo haciendo ademán de agacharse para

cogerle de la cintura.

Pero sus ojos se encontraron a medio camino y Gabriel esperó con

paciencia su aprobación. Hubo unos segundos de incertidumbre por ambas

partes y poco después Daniela arqueó sus labios en una bonita sonrisa.

Gabriel suspiró aliviado.

—Como me encanta volver a verte sonreír.

Daniela ladeó la cabeza y luego la agachó para ocultar su rubor entre sus

mechones de pelo.

—No quiero que te avergüences cada vez que te diga algo bonito.. —le

dijo cogiéndole de la barbilla— vete acostumbrando. . porque voy a continuar

mimándote mientras no me lo prohíbas.

—Lo cierto es que no me acostumbro.

—Pues ya me encargaré de que lo hagas..

Él se sentó a su lado en la cama y puso la bandeja del desayuno sobre sus

piernas.

—Ahora toca desayunar.

—No tengo hambre.

—De eso nada. No me he peleado con tu cocina rebuscando en los cajones

para que ahora me vengas con esas, señorita.. ni hablar. . —le regañó con un

tono divertido en sus palabras.

Ella resopló.

Quería rebatir sus órdenes, pero estaba tan cansada que ni se esforzó en

intentarlo y se limitó a rendirse ante su falta de argumentación. Llevándose una

de las tostadas a la boca, hizo un mohín.

Tras el desayuno, Gabriel se dedicó a poner orden entre tanto caos. Luego

hicieron balance. Los ladrones se habían llevado

un par de joyas, algo de dinero

en efectivo y el portátil nuevo de Claudia.

Una hora más tarde Daniela acompañó a Gabriel a su apartamento, éste

necesitaba ducharse y cambiarse de ropa. Ella, aceptó de buen gusto. Cualquier

opción era mucho mejor que quedarse sola y recluida entre aquellas cuatro

paredes.

Al llegar hasta la puerta, él la abrió y con una graciosa reverencia, la invitó

a pasar.

—Esta es mi casa —abrió los brazos en forma de ofrecimiento y después

añadió—: Mi casa, es tu casa.

—Gracias —le sonrió dulcemente.

Daniela se paseó por el pequeño salón seguida por la atenta mirada de él.

—Voy a ducharme —dijo caminando hacia el cuarto de baño

—, mientras, eres dueña de hacer lo que te plazca.

Haciendo caso a su ofrecimiento, dejó su bandolera sobre el sofá y tras

escuchar la puerta del cuarto de baño cerrarse, se sentó en él. Era pequeño pero

a la vez confortable, de un color gris ceniza.

Miró a su alrededor unos instantes y siendo por primera vez consciente de

dónde se encontraba y qué era lo que estaba haciendo allí, empezó a ponerse

muy nerviosa. El chico del que se estaba empezando a enamorar perdidamente,

estaba a solo unos pocos metros de su lado. Y para más inri, desnudo bajo la

ducha.

Abrió mucho los ojos y zarandeó la cabeza para quitarse aquellos

pensamientos impuros de su mente. Tuvo que levantarse y caminar dando

círculos para tratar de no parecer desesperada cuando él volviera. Tenía que

disimular.

Al bajar la vista al suelo, vio un revistero. Se agachó y curioseó su

interior. Habían varias revistas de motos y también algún que otro periódico

neoyorquino. Al pasar uno a uno, descubrió algo que le llamó especialmente la

atención: un álbum de fotos con las tapas en cuero de color marrón.

Separándolo del resto, se lo llevó consigo al sofá. Luego se lo colocó en su

falda y lo abrió más o menos por la mitad. Y justo en esa página, pudo ver un

par de fotografías enganchadas con cinta adhesiva. En aquella instantánea

Gabriel aparentaba tener tres o cuatro años menos, no más.

Después dedicó toda su atención al otro chico. Era muy atractivo. Alto,

moreno y con unos grandes y expresivos ojos azules del color del cielo.

Y justo en medio, entre ambos, había otra persona, una chica rubia, de

unos veintitantos años, de grandes ojos marrones y que esbozaba una

candorosa sonrisa. Leyó una fecha inscrita al pie de la hoja: 17 marzo del 2009.

—Él es mi hermano Iván y ella era Érika —le explicó Gabriel acercándose

hasta donde ella se encontraba.

Daniela se sobresaltó del susto. Pegó un respingo del sofá y el álbum de

fotos cayó al suelo.

—Perdona, debía haberte pedido permiso antes de mirar las fotos —se

disculpó recogiéndolo del suelo y devolviéndolo a su sitio.

Gabriel dio unos pasos más al tiempo que secaba el pelo mojado con la

toalla.

—No te preocupes, no me importa en absoluto, no guardo secretos —

afirmó con serenidad.

Daniela le miró de arriba abajo. Únicamente llevaba puestos unos tejanos

desgastados con los botones desabrochados, dejando asomar parte del

calzoncillo.

Tragó saliva costosamente, atreviéndose a repasar su cuerpo, pero esta vez

sin censuras, más detenidamente. Todo en él tentaba al pecado. Sus tatuajes,

sus abdominales trabajados a conciencia y aquel piercing atravesando el pezón

de forma muy sugerente.

Pero lo que más le llamó la atención fue otro tatuaje, una cola de serpiente

que comenzaba entre el oblicuo derecho y su pelvis y, se perdía entre la goma

de sus Calvin Klein.

Gabriel notó que la respiración de Daniela se entrecortaba a la vez que se

removía incómoda en el asiento. Entonces, sonrió abiertamente.

—Te noto algo sofocada o.. ¿solo me lo parece a mí?

Daniela abrió mucho los ojos.

—Hace calor aquí —dijo abanicándose con la mano, apartando de golpe la

vista de su bragueta— ¿Tienes agua?

—Claro.

Gabriel se echó a reír y luego añadió:

—En la nevera.

Daniela voló a la cocina y abrió la puerta del frigorífico. Cogió uno de los

vasos de cristal que había en el escurridor y lo llenó hasta casi el borde. Se lo

llevó a los labios con ansia y sin perder un segundo, bebió como si le fuera la

vida en ello.

—Bebe despacio… —le regañó acercándose a ella por la espalda. Luego

lanzó la toalla a la cesta de la ropa sucia y se peinó el pelo con los dedos—. Me

acabo de vestir y me acompañas.

—¿Con esta cara llena de moretones?

Se rozó las mejillas con la palma de sus manos y él chasqueó con la lengua,

quitándole las manos de la cara.

—Daniela, no debes sentirte avergonzada por culpa de los moretones —le

contestó colocando un mechón rebelde detrás de la oreja para luego

proseguir—:

Siempre me ha importado un bledo lo que la gente opinara de mí… Y al

parecer no me ha ido tan mal. Tómalo como un consejo: no dejes que ello te

afecte...

Daniela se quedó pensativa unos instantes.

Gabriel una vez más estaba en lo cierto. No ganaba nada quedándose

aislada del mundo. Y ahora que la vida le había brindado la oportunidad de

seguir conociéndole, no estaba dispuesta a dejarla escapar.

—Tengo curiosidad por saber dónde vamos a ir.

Gabriel sonrió satisfecho.

—Todo lo bueno se hace esperar, señorita. Así

que no le cabe otra que ser

paciente.

Se puso una camiseta oscura y sus bambas del mismo color, abriendo paso

hacia la puerta, invitándola amablemente a salir de su apartamento.

Al pisar el asfalto, subieron a un taxi que les llevó hasta la Quinta

Avenida, entre las calles 33 y 34.

Daniela seguía intrigada.

—Dame una pista...

Gabriel negó con la cabeza.

—La paciencia no es una de tus virtudes, ¿verdad?

Daniela puso los ojos en blanco y desvió su mirada para mirar a través de

la ventanilla las transitadas calles de la ciudad.

Afortunadamente para ella, el taxi pronto se detuvo y pudieron apearse.

Gabriel tras pagar, corrió a su lado para taparle los ojos con las manos. Poco

después, le susurró al oído:

—¿Tienes miedo a las alturas?

Ella negó con la cabeza.

—Pues en ese caso, abre los ojos y mira hacia arriba.

Daniela le hizo caso, alzó la vista mirando al cielo, el Edificio Empire State

Building estaba ante ella, como orgulloso gigante.

Su cuerpo menudo brincaba de emoción. Desde niña, uno de sus sueños

era subirse al mirador de ese rascacielos y sentir la ciudad bajo sus pies.

—¡Venga! —tiró de ella cogiéndole de la mano—. La planta 102 nos

espera.

La intención de Gabriel era distraer a Daniela, mantener su mente

ocupada para que no recordara lo sucedido la noche anterior. Y al parecer lo

consiguió. Daniela disfrutó como nunca, como una verdadera niña con zapatos

nuevos.

La noche llegó como un resorte.

Habían paseado, charlado, reído. El tiempo estando juntos volaba. Ni

siquiera se dieron cuenta, estaban tan a gusto el uno con el otro que el estómago

de Gabriel nuevamente empezó a rugir reclamando sustento.

—Te invito a cenar. En estos momentos tengo tanta hambre que sería

capaz de comerme una vaca.

Daniela se rió con ganas.

—Sigue así, sigue sonriendo.. no dejes de hacerlo.. Y si tengo que

pasarme toda la noche haciendo el payaso, lo haré.

Ella lo miró a los ojos y luego le contestó:

—¿Dónde has estado todos estos años de mi vida?

Él le sostuvo la mirada un rato.

«¡Mierda…!»

Algo no marchaba bien.

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

El brillo en sus ojos, no hacían más que delatarla. Era evidente que se

estaba empezando a enamorar de él, hasta un niño pequeño se hubiese dado

cuenta.

No podía permitirlo. Entre ambos, única y exclusivamente debía existir un

vínculo de amistad, nada más. En ningún momento, debía confundir la amistad

con el amor, Daniela no debía rebasar esa línea imaginaria.

Gabriel solo podría ofrecerle eso: Amistad.

Porque por quién realmente perdía el culo, era por su jefa. Era incapaz de

quitársela de la cabeza. Ni siquiera frotando con agua caliente.

Capítulo 12

El lunes, Gabriel acudió con puntualidad a la oficina.

Cruzó la puerta acristalada con avidez y saludó como cada mañana a

Alexia.

— ¡Gabriel! —gritó ella alzando su mano para

llamar su atención.

Él que ya estaba a medio camino entre recepción y su despacho, dio media

vuelta y solo en pocas zancadas se plantó junto su lado.

—Dime.

—Jessica me ha entregado este sobre para ti.

Alexia se lo dio en mano y luego añadió:

—El viernes a última hora recibí instrucciones directas. Quería que hoy, en

cuanto te viera aparecer por la puerta, te diera este sobre y me asegurara de que

también leyeras su e-mail

Gabriel enarcó una ceja y luego empezó a estudiar aquel extraño sobre

cerrado. Le dio la vuelta. Pero no figuraba nada escrito en el papel.

Intrigado, miró a Alexia.

—A mí no me preguntes — alzó las manos—. No tengo ni la menor idea

de lo que contiene.

Alexia se encogió de hombros.

—Pero viniendo de Jessica… me espero cualquier cosa.

Gabriel se echó a reír zarandeando la cabeza y después se alejó por el

pasillo.

La curiosidad le acompañó hasta su despacho. Sentándose en la silla, se

acercó a la mesa. Buscó un abrecartas y

empuñándolo, rasgó el filo de aquel

misterioso sobre. Lo puso al revés y de su interior cayó sobre la mesa el

resguardo de una reserva de avión en primera clase para aquella misma tarde.

Gabriel soltó un silbido.

—¡Joder, Jess.. ! Como tiramos la casa por la ventana… — torció el labio

esbozando una divertida sonrisa.

Poco después abrió el correo Outlook, dándole por supuesto prioridad

al mensaje de su esplendorosa y generosa jefa:

76

De: Jessica Orson

Fecha: 6 septiembre de 2013

23:35

Para: Gabriel Gómez Asunto: Vuelo y alojamiento

Señor Gómez,

Este lunes, los socios de Kramer realizan una cena benéfica en Las Vegas,

en honor a los niños desamparados.

Como representación de Andrews&Smith Arquitects, tenía previsto que

asistiéramos al evento únicamente Robert y yo, pero a última instancia, el Señor

Peter Kramer (que es el socio mayoritario de la multinacional como bien

sabe), ha insistido fervientemente en que también asista usted. (Por lo visto

está deseando jugarse la revancha del partido de tenis del otro día).

En el sobre que le habrá entregado Alexia encontrará el resguardo del

vuelo a Nevada pendiente de confirmación.

Se hospedará en el Hotel Bellagio, habitación 225.

He informado al servicio de que tengan preparado su esmoquin (lo

encontrará en el interior del armario).

Reúnase conmigo en la cafetería a las siete de la tarde. Ya vestido, aseado

y afeitado.

Y por favor, arréglese esos cabellos.

Jessica Orson Director of design

Andrews&Smith Arquitects

Gabriel, a medida que iba leyendo el e-mail, más se sorprendía de la

adusta actitud de Jessica. Dejaba claro que le había declarado la guerra y no

pensaba concederle ninguna tregua.

Incapaz de contenerse, respondió al instante con otro mensaje:

9:12

De: Gabriel Gómez

Fecha: 9 septiembre de 2013

Para: Jessica Orson

77

Asunto: RE: Vuelo y alojamiento

Señorita Orson,

Allí estaré, duchado, afeitado y peinado. Aunque deduzco que por su

parte no será bienvenida mi presencia.

Gabriel Gómez

Assistant Design Andrews&Smith Arquitects

El mensaje de Jessica, obviamente, no se hizo de rogar:

9:13

De: Jessica Orson

Fecha: 9 septiembre de 2013

Para: Gabriel Gómez

Asunto: RE: Vuelo y alojamiento

Su presencia como bien deduce, me es del todo indiferente.

Solo limítese a hacer bien su trabajo, que es por lo que le pago.

Además, en estos momentos estoy muy ocupada y si sus mensajes no son

de carácter estrictamente profesional, le ruego no me haga perder más el

tiempo.

Jessica Orson Director of design

Andrews&Smith Arquitects

Gabriel se rió a carcajadas. Su comportamiento había subido de categoría:

de estúpido a pedante.

Desafortunadamente Jessica había subestimado a

Gabriel, porque ni su

actitud arrogante, ni su mal carácter serían motivos suficientes para abandonar

sin luchar. Era muy obstinado y si algo se le metía entre ceja y ceja, jamás

renunciaba. Y esta ocasión no sería diferente. Jessica Orson, se había convertido

sin pretenderlo, en un desafiante y excitante reto; una especie de frenética

carrera de obstáculos, que, por supuesto, pensaba ganar.

De regreso a su apartamento hacia el mediodía, corrió para prepararse

algo ligero y rápido, aunque no disponía de mucho tiempo, el vuelo a las

Vegas salía en poco menos de dos horas.

Mientras guardaba las cosas a dos tiempos en su trolley y en su neceser,

pegaba grandes mordiscos al sándwich vegetal. Luego cerró la maleta y

sentándose encima para tratar de cerrarla, empezó a repasar mentalmente para

no olvidarse nada.

Se llevó el último bocado a la boca y cerró la cremallera.

«¡Mierda!»

Se golpeó la frente con la palma de su mano.

«La puñetera máquina de afeitar»

Corrió a buscarla entre los cajones del mueble del cuarto de baño y regresó

a la habitación al poco después. Se quedó pensativo, haciendo un croquis

mental de cómo lograría hacer encajar la máquina de afeitar entre tanta ropa.

Abrió la maleta y tras un escaneo rápido, lo tuvo claro. Era cuestión de ser

práctico. Sacó uno de los trajes de chaqueta que ocupaban gran parte de la

maleta y recordando viejos tiempos jugando al tetris, colocó el maletín de forma

estratégica.

«¡Voilà, ya está listo!»

«¡Las Vegas. . allá voy!»

Gabriel jamás había viajado en primera clase y al principio se sintió algo

extraño entre tanto refinamiento. Pero en cuanto el avión sobrevoló el estado de

Indiana, se relajó y trató de divertirse a su manera. Se puso los auriculares para

escuchar música y bebió la copa de champagne que le habían ofrecido.

Tres horas más tarde, el avión desplegó su tren de aterrizaje y tomó tierra

en el aeropuerto de McCarran.

Gabriel tras recoger su trolley, subió a un taxi con destino al Hotel

Bellagio. De camino a la Ciudad de las Vegas o la Ciudad del Pecado como era

vulgarmente conocida, se entretuvo a curiosear a través de la ventana,

babeando como un niño pequeño mirando aquellas

luces brillantes en medio

del desierto de Nevada.

Cuando llegaron al hotel, un botones cogió su maleta y le acompañó hasta

su habitación. Al quedar frente a la puerta, el joven le enseñó la palma de su

mano, esperando una generosa propina. A Gabriel, que no estaba

acostumbrado a ese tipo de formalismos, no se le ocurrió otra cosa que en vez

de darle algún billete, le dio un apretón de manos.

—Gracias, chaval..

Gabriel le sonrió palmeándole la espalda.

—Trabajas bien..

—De nada.. señor. .

El joven quedándose falto de palabras, se giró sobre sus talones y se

marchó por donde había venido.

A solas ya en su habitación, empezó a guardar las camisas y los

pantalones en el armario, junto al esmoquin negro que colgaba solitario, en una

de las perchas de madera de nogal.

Gabriel lo miraba de reojo a través de la bolsa transparente que lo cubría.

La sola idea de tener que disfrazarse con aquella cosa no le hacía ninguna

gracia. No le entusiasmaba en absoluto, trató de hacer una terapia de auto-

convencimiento porque la causa bien lo merecía, y mucho. Cualquier

contribución por pequeña que fuese a ayudar a aquellos niños desamparados,

era bienvenida.

Miró su reloj.

Como aún era pronto, decidió bajar al hall para saber dónde podía

tomarse una cerveza. Caminó

por la amplia sala y a unos metros más al fondo, pudo reconocer al mismo

botones que le había ayudado momentos antes con el equipaje.

—Hombre, qué pequeño es el mundo.. —le sonrió

jocosamente.

«Ni que lo digas.. », pensó el botones.

Gabriel colocó una mano sobre su hombro y luego le preguntó:

—¿Dónde puedo tomarme una cerveza fresquita?

El joven señaló a un enorme arco que daba acceso directo al exterior.

—En la piscina, señor.

—¡Gracias!

Frustrado, el joven de nuevo se quedó con la palma de su mano extendida

y sin su merecido dólar. Hoy sin duda, no era su día de suerte.

Gabriel, caminó hacia el exterior.

Encontró una silla libre en la barra que había junto a la piscina, se

acomodó en ella y esperó. Enseguida un camarero alto y de complexión muy

delgada, acudió a su encuentro.

—¿Qué le pongo señor? —le preguntó con un ligero acento francés.

—Una cerveza bien fría, por favor.

El camarero asintió y Gabriel aprovechó para girarse sobre la superficie de

la silla para mirar hacia la piscina. El calor en aquel desierto era abrasador y

aquella agua tan azul y tan cristalina, solo incitaba a zambullirse en ella.

—Su cerveza señor —dijo colocándola sobre un posavasos mientras abría

con destreza la chapa del cuello de la botella.

—La beberé sin vaso, gracias… —dijo apartándolo a un lado con

educación.

El hombre arrugó la frente. Le miró de arriba abajo y murmuró palabras

en francés. Beber cerveza a morro, no era precisamente un gesto elegante en un

hotel de lujo como aquel.

—Si me dice el número de su habitación, se lo anotaré en su cuenta, señor.

—Habitación 225 y… no me llames señor, que da la sensación de que estés

hablando con mi abuelo… —se rió dándole un par de palmaditas en el hombro.

El camarero asintió sin verle la gracia por ningún lado, pero a

regañadientes le devolvió media sonrisa.

Gabriel saboreó hasta la última gota de aquella cerveza. Tenía la garganta

seca y la lengua apelmazada en el paladar. Poco después dejó la botella sobre la

barra del bar y puso los pies en el suelo, bajando de la silla. Miró hacia la

piscina, alertado por un grupo de chicos que se divertían gritando mientras se

lanzaban los unos a los otros al agua. Y entre tanto alboroto creyó ver a lo lejos

a Robert Andrews, el ex marido de Jessica.

Fue hacia el césped, no quería perder detalle.

Robert caminaba hacia una de las hamacas sujetando un par de copas de

champagne entre sus manos. Y entonces, sentada sobre una de las hamacas,

pudo ver a Jessica, con el portátil abierto sobre las piernas. Robert al llegar a su

altura, se inclinó y la besó en los labios y acto seguido, se sentó a su lado.

Una fracción de segundo le bastó para que la imagen de ese beso, le

cambiara el estado de ánimo y le pusiera de malhumor.

«¿Robert y Jessica?

¿Juntos?»

«Maldita sea»

Un extraño malestar empezó a remover sus entrañas.

Acaso ¿Eran celos? No, eso no era posible, él no podía sentir aquello. Esa

palabra no formaba parte en su diccionario. Jamás había sentido ese

sentimiento. Ni en los años que estuvo con Érika, ni siquiera en los meses que

pasó enamorado de Marta.

Al darse la vuelta, para dejar de verles juntos, chocó contra el cuerpo de

una chica. El vaso de CocaCola que ella sostenía entre las manos, se derramó

por completo sobre la blanca camiseta de Gabriel.

—¡Oh… Dios!—exclamó ella angustiada.

Gabriel sintió como su camiseta se empapaba ciñéndose completamente a

su torso.

Pronto la vergüenza se pintó en la cara de ella, que a duras penas trataba

de arreglar aquel desastre, frotando con ímpetu la tela con una servilleta de

papel.

Gabriel la observaba divertido.

No era más que una niña que quizás no tenía ni los dieciocho años. De

facciones dulces, cabellos largos y dorados, con un flequillo perfectamente

recortado a la altura de las cejas y una preciosa

mirada azul.

Justo entonces, la sujetó con fuerza de las muñecas para impedir que

siguiera moviéndose de aquella forma tan humillante.

81

—No te preocupes por la camiseta —dijo mientras se la sacaba por la

cabeza para escurrirla—. Además la culpa ha sido solo mía: Eso me pasa por

girarme sin mirar…

La joven sonrió y Gabriel le miró a los labios. Eran muy sugerentes.

—Aunque de haber sabido que eras tan guapa, seguramente hubiese

tratado de chocar contigo mucho antes.

Gabriel le guiñó el ojo y ella se mordió el labio inquieta.

—¿Estás de vacaciones en Las Vegas?

—No exactamente —le explicó la joven—. Estoy aquí por la cena benéfica,

de hecho, soy la hija de uno de los organizadores.

Ella sonrió de nuevo pero esta vez alzando el mentón con orgullo,

tentando a Gabriel de conocer más cosas de ella.

—Pues me parece una iniciativa admirable y creo que debería haber

muchos más actos así… ¿Suele celebrarse todos los años por estas fechas?

Ella asintió ajustándose las gafas de sol en la

cabeza como si de una

diadema se tratara.

—¡Caroline! —gritó Peter Kramer acercándose.

Ella se giró.

—¡Papá…! —le sonrió abrazándose a su cintura.

Peter Kramer miró a Gabriel y su cara se iluminó al instante.

—Veo que por lo visto ya has conocido a mi hija —le tendió su mano.

Gabriel se había quedado estupefacto.

Ignoraba que Peter Kramer tuviera una hija y mucho menos que fuese tan

mayor.

Peter colocó un brazo sobre el hombro de Gabriel

realizando con agrado

las pertinentes presentaciones entre este y su hija:

—Cariño, él es Gabriel Gómez de Andrews&Smith Arquitects.

—Papá… ¿no me digas que él fue quién te ganó al tenis? —le señaló con el

dedo mofándose y luego añadió—: Para tu información Gabriel, has de saber

que desde que le ganaste, no tiene en mente otra cosa más que en tomarse la

revancha…

Caroline sonrió a Gabriel de forma traviesa.

—Pues estoy deseando jugar ese partido para volverte a ganar Peter —se

rió con descaro.

—¿Acaso es un desafío? — enarcó una ceja.

—Por supuesto —se burló Gabriel—.Has de saber que no me gusta perder

ni a las canicas. .

Ambos se rieron y luego Peter miró la hora en su Rolex de oro. El tiempo

se le había echado literalmente encima.

—Se me ha hecho tardísimo...

—dijo apresuradamente—. Antes de la cena, he de dejar zanjados varios

asuntos importantes. Y, tú jovencita.. —la miró algo más serio—. Deberías de

estar ya en la peluquería… Tu madre estará subiéndose por las paredes…

—Vaaaale… —suspiró lentamente—. Me bebo una CocaCola y subo.

Caroline besó a su padre en la mejilla y después se despidió de Gabriel

con una amplia sonrisa.

Peter y Gabriel charlaron animadamente hasta entrar al hotel. Ya en el

hall, tomaron direcciones opuestas. Gabriel aprovechó para subir a su

habitación a ducharse, a afeitarse y a disfrazarse con aquel espantoso esmoquin.

Pero sobretodo, contando los minutos que faltaban para que dieran las siete de

la tarde.

Capítulo 13

Gabriel salió de la ducha hacia el dormitorio, acabando de secar sus

rebeldes cabellos con la toalla.

En media hora se reuniría en la cafetería con Jessica y el solo hecho de

pensar en ella lo excitaba como un vulgar adolescente. Ese juego de tira y afloja

que se había creado entre ambos, no hacía más que acrecentar su bochornoso

deseo.

Acabó de colocarse la chaqueta del esmoquin mirándose al espejo. Y la

sorpresa se instaló en su cara, no le quedaba tan mal como pensaba, hasta

incluso le daba un aire de elegancia. Cogió la pajarita negra que reposaba sobre

las sábanas e intentó hacer el lazo, sin conseguirlo. Lo probó hasta exasperarse y

al final lo dejó sin anudar, colgado a ambos lados de las solapas de la chaqueta.

Entró de nuevo en el cuarto de baño, se roció las palmas con after shave y

se dio palmaditas sobre la piel recién afeitada.

Se lavó las manos, se las secó y al mirarse al espejo y ver aquellos cabellos

rebeldes cayendo por su frente y su nuca, intentó poner algo de remedio.

Cogió el bote de gomina y como nunca lo había utilizado, recordó las veces en

que lo había visto hacer a su hermano Iván.

Colocó una pequeña cantidad del tamaño de una nuez en una de las

yemas de sus dedos, friccionó para repartir la gomina y, cerrando un ojo a la

vez que sacaba la lengua, se colocó un poco en las puntas de sus cabellos

intentando darle alguna forma, ¿cuál?, pues estaba por verse… Imitó los

movimientos de su hermano, un cabello por aquí, un mechón por allá…

Cuando acabó, volvió a mirarse al espejo y pensó que hoy la suerte corría de

su parte, porque para ser la primera vez que utilizaba aquel producto, no le

había quedado tan mal. Bueno, aún tenía que pasar por la supervisión de

Jessica.

Bajó al hall y saludó al mismo botones que le había recomendado el bar de

la piscina para tomarse aquella cerveza, quién tuvo que mirarle dos veces antes

de darse cuenta de que se trataba de la misma persona. Gabriel sonrió

orgulloso, esperando producir un efecto similar en el rostro de Jessica.

Faltaban diez minutos para las siete de la tarde, así que viendo que ella

aún no había aparecido, tomó asiento en una de las cómodas butacas y pidió un

café solo bien cargado.

Aprovechó esos minutos, para enviar un mensaje a Daniela para saber

cómo le había ido el primer día de academia y si se encontraba mejor después

del incidente.

Ella no tardó en responderle:

84

“Las clases han resultado muy amenas, si se tiene en cuenta que la

primera hora ha sido exclusivamente para presentaciones y poco más.

Los moretones parecen que van mejorando poco a poco y el brazo está

empezando a remitir el malestar.

Claudia se ha puesto en contacto con el seguro y cree que probablemente

nos paguen todos los desperfectos”

Las palabras de Daniela le produjeron una sonrisa en sus perfilados labios

y cuando iba a contestar un nuevo mensaje, alzó la vista hacia la puerta del

vestíbulo, encontrándose con la penetrante mirada de Jessica desde lo lejos.

Gabriel tuvo que tomar aliento al verla, se levantó de un salto para

recibirla.

Verla caminar, era todo erotismo. Estaba espectacular, bellísima a rabiar,

preciosa. Sintió erizarse todo el vello de su cuerpo. Jessica Orson caminaba

agarrada

del brazo de Robert Andrews.

Gabriel solo tenía ojos para ella.

Brillaba con luz propia.

Parecía una de esas actrices de Hollywood caminando por la alfombra roja

hacia los Oscar. Iba con un maravilloso vestido en seda de escote de corazón,

entallado a la cintura, con una falda de gasa en colo champagne y con

incrustaciones

de pequeños cristales. A todo ello, se sumaba un suave

maquillaje y un recogido bajo a la altura casi de la nuca.

—Buenas noches Gabriel — le saludó Robert con una adusta expresión en

sus labios.

—Robert —asintió estrechándole la mano.

—Os dejo un minuto, he de hacer una llamada —se excusó.

Jessica se soltó del brazo de Robert y éste la besó en la mejilla reteniendo

unos segundos los labios sobre su piel.

Jessica sostuvo la mirada a Gabriel en todo momento.

Una vez a solas, Jessica le miró de arriba abajo. Por mucho que buscara

alguna pega, esta vez, tenía que morderse la lengua y callar. Gabriel estaba

espectacular, brillaba como una moneda nueva de un dólar de plata. El

esmoquin le quedaba como un guante, los rasgos se le marcaban más sin

aquella incipiente barba, dejando al descubierto unos labios perfilados,

carnosos y tremendamente sensuales.

Pestañeó, dejando de perderse en aquellos labios para retomar el aliento y

fijar su atención a su pelo con aquel toque de gomina que le hacía tan sexy.

—¿Me ayuda con la pajarita?

—tiró de las puntas para mostrársela.

Jessica sin vacilar, se acercó un poco más para alcanzar los extremos y

comenzar a anudarla entre sus dedos.

Gabriel no le quitaba el ojo de sus labios.

«¡Dios!»

Tenía tantas ganas de morder esos labios y tirar de ellos, de meter la

lengua en esa pecaminosa boca… que le incitaba una y otra vez al mismísimo

infierno.

Cuando acabó de anudar la pajarita, Gabriel se acercó lentamente para

rozar su cara con la de ella y susurrarle al oído unas palabras:

—Está preciosa con este vestido… aunque me gustaría arrancárselo para

lamerle de arriba abajo a mi antojo.

El aliento de Gabriel acarició el lóbulo de Jessica.

La mujer de hielo se

estremeció ante la hambrienta mirada de él.

Gabriel esbozó una sonrisa triunfal, había conseguido afectarle de

nuevo. Era evidente que la química entre ellos estaba presente.

Ignorarla, era absurdo.

—No se haga ilusiones… eso no va a pasar — retrocedió un par de pasos al

ver regresar a Robert entre la gente.

Jessica acababa de tirarle una jarra de agua helada por encima de su

cabeza, al verla como se agarraba del brazo de Robert.

—¿Vamos a la cena? —le preguntó a Jessica

ignorando deliberadamente a

Gabriel.

Ella asintió y comenzaron a caminar, dejándole unos pasos atrás, como

si fuese su perrito faldero. A Gabriel hacía tiempo que nadie le había hecho

sentir tan ultrajado. Ella estaba dispuesta a ignorarlo el resto de la velada.

Una vez en el salón, Robert y Jessica, tomaron asiento sentándose frente a

Gabriel. Los demás invitados poco a poco fueron rellenando los huecos en la

mesa.

La cena dio comienzo, varios camareros empezaron a desfilar al ritmo de

la música, sirviendo marisco y copas de vino blanco.

Una de las sillas junto a Gabriel seguía desértica. Tal vez alguien en el

último momento no pudo presentarse, aunque lo extraño era que no hubiese

tarjeta identificativa con el nombre.

Sin darle más importancia que la debida, cogió las pinzas y comenzó a

partir las patas de la langosta. De vez en cuando, alzaba la vista cruzándose con

la mirada de Jessica que se clavaba como una espada.

No comprendía nada. Le estaba matando, porque sus palabras decían una

cosa, pero sus gestos y el comportamiento de su

cuerpo, mostraba otra bien

distinta.

86

De repente, como una exhalación alguien se sentó al lado de Gabriel,

pidiendo disculpas y haciendo chirriar la silla al sentarse.

—Buenas noches.

El embriagador perfume de Caroline envolvió el ambiente en segundos.

Gabriel ladeó la cabeza encontrándose con la mirada azul de ella.

—Vaya, menuda sorpresa… Gabriel le sonrió y ella se contagió al

momento.

—Mi padre y sus ocurrencias. A última hora me ha cambiado de mesa,

piensa que contigo me divertiré más que en la mesa con los abuelos…

Él aprovechó para observarla con más detenimiento. Vestía un conjunto

dorado anudado al cuello de corte sirena, que le favorecía enormemente.

También se había maquillado los labios en un tono rojo y una raya de rimmel

por encima del nacimiento de sus pestañas. Ya no aparentaba dieciocho años.

—¿Tienes edad para beber alcohol? —le preguntó Gabriel llenándole la

copa de vino.

—Tengo edad para beber y para otras cosas —

sonrió con picardía.

Gabriel negó con la cabeza mientras dejaba la botella sobre la mesa y le

acercaba la copa a su mano.

—Gracias… pero estoy tomando antibiótico y mi médico me mataría si

bebo un solo trago

—sonrió retirando la copa. Se apoderó de la del agua y bebió sin dejar de

mirarle a los ojos—. Me encantan tus tatuajes y el piercing de tu pecho…

Gabriel la escuchaba sin dejar de mirar a su boca. Por la forma de mover

la lengua, intuía que tenía un piercing justo ahí.

—¿Tienes alguno? —le preguntó dándose cuenta

de que se mordía el labio

al pensar.

—Tengo tres.

Gabriel abrió los ojos, sorprendido.

—¿Y piercings?

—Tres también —sonrió y sacó la lengua para enseñarle el primero—:

Uno.

Se levantó un poco el corsé para mostrarle el que tenía atravesando el

ombligo.

—Dos.

Se tapó la piel con el corsé y se acercó juguetona al oído de Gabriel.

—Y el tercero… tiene premio gordo—le susurró con descaro.

Desde luego era una chica muy, pero que muy interesante, pensó Gabriel.

—Eres una chica muy traviesa —se burló.

87

—¿Y por qué no? —le contestó divertida mientras se llevaba una oliva a la

boca y la hacía girar de forma sugerente.

Gabriel que miró al frente, se volvió a cruzar con los ojos de Jessica.

Esta vez su rostro estaba tenso y se mostraba muy inquieta, tintineaba con

sus largas uñas el cristal de la copa de vino sin dejar de mirar a Gabriel y a la

joven, de forma inquisidora.

«Menuda es la jefa», pensó Gabriel.

«Igualita al perro del hortelano: Ni come, ni deja comer…»

Dejó de mirarla para concentrar toda su atención a aquella personita que

tenía a su lado.

Desde luego la noche empezaba a ponerse muy interesante…

Capítulo 14

La cena que desde un primer momento se presumía aburrida, poco a poco

se fue transformando en una velada de lo más interesante. Caroline sin duda,

con su frescura y su desparpajo estaba siendo una compañía de lo más

variopinta y pese a la diferencia de edad con Gabriel, ambos tenían muchas

cosas en común y no solo por la cuestión estética, de piercings y tatuajes.

La hora de los cafés fue el preámbulo perfecto antes del comienzo del

baile.

Peter Kramer subió al escenario.

—Atención, atención —dio unos golpecitos al micrófono—. Damas y

caballeros, un poquito de silencio, por favor.

Esperó a que todo el mundo le prestara atención, para seguir hablando.

—Ahora como todos ya sabéis, llega la guinda del pastel, el momento más

esperado por el público femenino… ¡La subasta del primer baile!

La sala se llenó de aplausos y de vítores. Entonces Peter se giró haciendo

unas señas a los tres hombres que esperaban rezagados algo más atrás.

—Y esos tres pobres… ¿qué tienen que ver con el baile? — susurró Gabriel

a Caroline acercándose a su oído.

—Ya lo verás… —emitió una sonrisita graciosa.

Peter esperó de nuevo a que los aplausos se calmaran para poder

proseguir.

—Estos tres apuestos jóvenes… —se giró mostrándoles con la mano—.

Cederán su primer baile a la señorita que gane la subasta. Y los donativos como

ya saben, irán destinados a la casa de acogida Masdow.

De nuevo los aplausos.

Gabriel miraba con atención al escenario sin perder un ápice.

—Pero antes de empezar….

—Alzó la vista mirando a todos los invitados de la cena— ¿Hay en la sala

algún joven más que se atreva a subir al escenario?

Nadie contestó, se creó un discreto murmullo en la sala, solo algunas

personas cuchicheaban en tono bajito.

Gabriel miró a Caroline y después a Jessica y musitó entre dientes:

«Esto puede llegar a ser muy divertido…»

Y como un resorte se levantó de la silla alzando la mano.

89

Caroline aplaudió encantada y Jessica boquiabierta abrió los ojos con gran

desconcierto.

—¿Se ha vuelto loco? — masculló Robert frunciendo el ceño.

Gabriel corrió hacia el escenario y de un salto se instaló en la tarima,

colocándose al lado de Peter.

La sala enseguida se alzó aplaudiendo y vitoreando mucho más que antes.

Gabriel había creado una gran expectación entre el público femenino. Muchas

mujeres aplaudían efusivamente, incluso se pudo escuchar algún que otro

piropo “subido de tono”, al que Gabriel respondió con una amplia sonrisa de

oreja a oreja.

—Bravo Gabriel, tienes agallas —le reconoció al oído.

—He venido a pasármelo bien —le confesó—. Además, así podré

contribuir a una buena causa, espero recaudar mucha pasta.

Peter le preguntó a Gabriel un par de cosas en

privado para poder

presentarle ante el público y luego caminó hasta aquellos tres hombres que

esperaban un poco más al fondo. Se presentó estrechando la mano a cada

uno.

—Eres valiente colega… — se mofó el chico de su derecha.

—Todo sea para pasar un rato divertido.

—Ya verás que se ponen como locas cachondas, solo les falta tirarse de los

pelos —rió a carcajadas.

Peter tosió varias veces mirándoles reclamando de nuevo silencio.

—Empecemos… Que se acerque el primer

candidato.

Un chico moreno de mediana estatura, caminó al lado de Peter.

Se colocó la pajarita tragando saliva. Estaba ligeramente nervioso ante

tantos ojos clavándosele al mismo tiempo.

—Este apuesto galán de Orlando, se llama Paul —recitaba Peter

acercándose al micrófono para que todos pudieran escucharle perfectamente—

Tiene veintisiete años, es soltero… de momento.

Varias mujeres del público rieron y Peter Kramer prosiguió:

—Es abogado y le gusta la pintura y el cine… Así que… Señoras, se abre la

puja ¿quién levanta la mano?

Paul hizo un repaso rápido a la sala, imaginando la vergüenza que pasaría

en el hipotético caso de que nadie pujara por él. Volvió a tragar saliva, esta vez

más despacio, metiendo su dedo entre el cuello de la camisa y su pescuezo,

para intentar que corriera el aire.

—Dos cientos dólares —dijo una señora mayor alzando la mano.

—Quinientos dólares —dijo otra a su vez.

Paul empezó a sonreír tímidamente. Al menos alguien pujaba por él.

—¡Mil dólares! —gritó la señora mayor de nuevo.

Peter miró a la segunda mujer viendo como alzaba las manos derrotada y

se volvía a sentar.

—Mil dólares a la de una… mil dólares a la de dos… y…. — dejó pasar

deliberadamente unos segundos para crear un poco de expectación en el

ambiente—. ¡Mil dólares a la de tres! ¡Vendido a la señora del bonito vestido

turquesa!

El gentío aplaudió y Paul bajó de la tarima.

Peter fue subastando a los otros dos candidatos, llegando así el turno de

Gabriel, quién inspirando hondo se acercó hasta él, con aquel estilo de caminar

tan peculiar suyo.

Jessica miraba expectante y en riguroso silencio desde su sitio. Vigilando

con brillantes ojos de rapaz a las demás mujeres de la sala, pero en especial a

Caroline, que ya se había levantado de su asiento, sin que su padre hubiese

presentado a Gabriel.

—¡Mil dólares! —gritó alzando la mano dando saltitos emocionada.

Peter y Gabriel se rieron jocosamente. En la sala empezaron a sentirse risas

entre las mesas.

—Calma, un poquito de calma —dijo aplacando los fervientes ánimos—

Antes de nada, vamos a proceder a su presentación en sociedad…

Caroline que se había dejado llevar por la efusividad del momento volvió

a retomar su asiento.

—Pues entonces, vayamos allá… Este joven apuesto se llama Gabriel y

tiene treinta años, es arquitecto y ha venido desde España.

La gente murmuraba.

—Es alegre, divertido, amante del deporte y de las mujeres… y consigue

siempre todo lo que se propone.

Las mujeres hablaban unas con las otras, sin duda el plato fuerte de la

noche lo habían reservado para el final. Gabriel no había dejado indiferente a

ninguna de ellas. La expectación y la temperatura subieron varios grados en

aquella sala.

Caroline se mordía el labio nerviosa, no quería que ninguna le robara el

primer baile con Gabriel, y haría lo que estuviera en su mano, o mejor dicho, en

su bolsillo para conseguirlo.

—Señoras… —proseguía Peter—: Tras el revuelo que se ha ocasionado,

me permitiré empezar por poner un precio de salida… en este caso de: ¡Tres mil

dólares!

Gabriel se quedó a cuadros y soltó un silbido seguido de una sonrisita.

Peter se había vuelto loco, ¿quién iba a pagar esa fortuna por bailar con él? Era

una soberbia excentricidad.

—¡Tres mil dólares! —Saltó Caroline de un respingo de su silla.

—¡Cinco mil dólares! — Alguien gritó hacia el fondo.

Toda la sala buscó aquella voz. Se trataba de una mujer de unos cuarenta

años, muy atractiva, de cabellos pelirrojos y unos vivarachos ojos chocolate. Se

levantó delicadamente mientras sujetaba una tarjetita blanca que agitaba entre

sus dedos.

Caroline, conocía a esa mujer, era Norma Stevens, una vieja amiga de su

madre, una “devora hombres” como la solía llamar, pero lo peor de todo es que

era asquerosamente rica.

—¡Diez mil dólares! — espetó Caroline desafiando a Norma.

La sala gritó una ovación. Todo el mundo estaba en tensión realizando

apuestas, a ver quién sería la afortunada de llevarse al joven apuesto.

—¡Veinte… mil… dólares!

—se acercó Norma hasta el escenario con paso firme devorando a

Gabriel con la mirada.

Gabriel no daba crédito a lo que estaba sucediendo en ese momento,

definitivamente, se habían vuelto todas completamente chifladas, era una

completa aberración pagar esa desorbitada cantidad por él.

Peter en cambio estaba encantado, los donativos ese año para el centro

iban a ser muy generosos.

Caroline, miraba a su padre pidiéndole, aclamándole su ayuda. El

presupuesto del cual disponía, hacía ya varios miles de dólares que lo había

traspasado.

—Ayúdame… por favor

—gesticuló con los labios a su padre para que pudiera leer en ellos.

Peter tuvo que negar con la cabeza. Veinte mil dólares era una suma

demasiado desorbitada. Muy a su pesar, no podía ayudar a su hija en ese

último capricho.

Caroline se vio acorralada, no podía pujar más, miró a Gabriel y miró a

Norma.

«¡Maldita sea!», masculló entre dientes mientras veía como su padre, muy

a su pesar y sin poder evitarlo, tenía

que cerrar la subasta…

—Al parecer Gabriel ya tiene pareja para el baile de esta noche…

Peter le miró palmeándole la espalda.

—¡Veinte mil dólares a la de una….! —Miró a Caroline viendo como se

sentaba agachando la cabeza derrotada— ¡Veinte mil dólares a la de dos…! —

Observó a Norma como se sentía ganadora dibujando una amplia sonrisa en

sus labios— ¡Y … Veinte …. millll … dólaresssss …!

—¡CINCUENTA MIL DÓLARES! —alguien gritó.

La sala se quedó muda unos instantes y luego un jadeo multitudinario

invadió la estancia. Gabriel soltó un silbido de admiración.

Jessica se levantó de su silla lentamente mirando a Gabriel. Caroline no

daba crédito a lo que estaba sucediendo en ese momento.

—¿Te has vuelto loca? —le increpó Robert frunciendo el ceño con fuerza

mientras le agarraba de la muñeca, tirando de ella hacía abajo para que se

sentara.

—¡Cincuenta mil dólares! — Volvió a repetir Jessica esta vez soltándose

de un tirón.

Pasó junto a aquella zorra “devora hombres” con una satisfacción sin

límites. Gabriel le atraía de una manera que no podía controlar ni limitar, y

verlo tonteando con aquella niñata la había estado sacando de quicio toda la

cena. Que la perra de Norma pretendiera levantárselo en sus narices había sido

el colmo. No había podido contenerse más.

Gabriel se había quedado de piedra, la miraba sin dar crédito, Jessica le

había roto todos los esquemas con aquel gesto suicida.

—Chata, todo tuyo… debe de valer mucho la pena para malgastar ese

dineral… —le confesó Norma retirándose y volviendo a su silla.

Jessica sostuvo la mirada a Gabriel y él le negó

con la cabeza a la vez que

no podía evitar recompensarle con una sexy sonrisa.

—Entonces… Cincuenta mil dólares a la una… a las dos…

¡Vendido! ¡A la guapa señorita del vestido de cola! —gritó Peter

aplaudiendo.

La sala se levantó clamorosa celebrando con aplausos su hazaña, o su falta

de juicio. Algunos vitoreaban y otros silbaban mientras Jessica subía a la tarima

a por su merecido premio.

Gabriel que la seguía con la mirada vio como subía los peldaños de

madera mientras se recogía el vestido y se acercaba poco a poco a su lado.

—¡Que dé comienzo el baile!

—gritó Peter animado y la orquesta empezó a entonar los primeros

acordes de un vals.

Gabriel cogió la mano de Jessica y la besó en los nudillos sin apartar la

vista de sus ojos azules que brillaban chispeantes, quizás por el efecto del vino,

o quizás por otro motivo.

Los invitados empezaron a invadir la pista de baile, dejando el centro para

las cuatro parejas de la subasta. Solo faltaban Jessica y Gabriel.

—Creo que nos esperan para abrir el baile —hizo un gesto señalando a la

pista.

Soltó su mano, saltó de la tarima y alzó los brazos haciéndole un gesto con

las manos para que se acercara al filo del escenario.

Gabriel la cogió de la cintura y la bajó. La cogió de nuevo de la mano y la

guió entre la gente hasta el centro de la pista.

Al llegar allí, permanecieron frente a frente el uno del otro, sin apartar las

miradas. Gabriel la cogió de las muñecas para colocárselas sobre sus hombros

mientras con sutileza abrazaba su cintura comenzando a danzar al compás de

aquella música.

—No entiendo como paga un dineral por mí, cuando puede tenerme

siempre que quiera —le susurró al oído mientras le estrechaba con fuerza a su

cuerpo.

Gabriel empezó a besar y a lamer suavemente su lóbulo y Jessica ahogó un

gemido, sintiendo como un escalofrío recorría su nuca desnuda. Deslizó la

punta de la lengua muy lentamente por su cuello, por encima de la vena

carótida.

Sin poder evitarlo, ella se volvió a estremecer y a duras penas pudo

ocultar el nuevo gemido.

Ya no podía reprimir más el deseo y la pasión desenfrenada que sentía por

aquel hombre. Negar la evidencia, no le había servido de nada hasta aquel

momento…

Cerró los ojos y su boca suplicó en un susurro quebrado:

—Vámonos de aquí, ahora.

Capítulo 15

La noche había estado repleta de sorpresas.

Gabriel, ni por asomo, hubiese imaginado la inesperada reacción de

Jessica, pese a que era del todo consciente de la atracción física que existía entre

ambos.

¿Quién no era capaz de verlo? Era palpable a leguas. Era solo cuestión de

tiempo que la evidencia se materializara y que ambos sucumbieran a la

tentación.

Gabriel dejó de besar el cuello palpitante y aterciopelado de

Jessica Orson para perderse una vez más en el ardiente azul zafiro de sus

ojos.

—Llévame a cualquier parte menos aquí… —le dijo ella con insistencia.

—¿Estás segura? —le preguntó anhelando con todas sus fuerzas una

respuesta afirmativa.

La deseaba, pero quería que ella estuviera convencida, que no dudara o lo

que sería peor, que se arrepintiera después si ambos se marchaban juntos.

—Quizás… esto te sirva de respuesta...

Jessica enredó los dedos en su pelo ondulado y acercándose lentamente a

su boca, lo besó. Aquel beso rezumaba exigencia, necesidad, posesión.

Lo deseaba como nunca antes había deseado a ningún otro hombre.

Gabriel lo tenía todo. Era tremendamente sexy, atractivo, ardiente y con

un punto de chico malo que tanto le ponía cachonda. Eran muchas de las

cualidades que esperaba de un hombre. Él, por lo tanto, cumplía sobradamente

con las exigentes expectativas de ella.

Jessica abrió un poco más la boca invitándole a que la saboreara a su

antojo y ambas lenguas se fundieran en una sensual y deliciosa danza sin

censuras.

Gabriel cogió entre sus grandes manos el rostro de Jessica y mirándola

intensamente, mordisqueó su labio inferior de forma sensual y a la vez muy

morbosa.

—Subamos a mi habitación…

—le propuso él. Su voz ahora era mucho más grave.

Ya no podía contener su excitación por más tiempo. Su cabeza le daba

vueltas, imaginando las mil y una formas de hacerle el amor.

—Estabas tardando demasiado en pedírmelo… —le contestó recuperando

el aliento—. Además.. pienso cobrarme hasta el último centavo que he pagado

por ti esta noche.

Gabriel no vaciló. Necesitaba perderse cuanto

antes entre sus piernas.

Acariciar su cuerpo desnudo. Sentir de nuevo su suave piel y saborear su sexo.

La cogió de la mano y empezó a caminar guiándola entre la multitud.

Tardaron poco en salir de aquella sala dirigiéndose al ascensor.

Al concentrarse la mayoría de los invitados en la pista de baile,

consiguieron entrar en uno relativamente pronto. Una vez en el interior, Gabriel

presionó el botón de la segunda planta y las puertas se cerraron

inmediatamente después.

Cuando el motor estuvo en marcha, Jessica golpeó el botón con la palma

bloqueando de esta forma el cubículo, quedando suspendido entre la primera y

la segunda planta.

Sonrió de forma sugerente y mordiéndose el labio inferior con lascivia, se

acercó a él con una arrebatadora mirada felina que podía incluso fundir

icebergs a su paso.

—No puedo esperar a llegar a tu habitación… Te deseo ahora...

Jessica se colocó frente a él para tantear su boca morbosamente. Cada vez

que rozaba sus labios, echaba atrás la cabeza dejándolo con ganas de más. Así

durante unos segundos hasta que al fin se abalanzó sobre su boca, devorándola

con rabia, con rudeza pero a la vez de una forma muy sensual al tiempo que se

desprendía del cinturón con una habilidad asombrosa con una sola mano.

Continúo desabrochando el pantalón y bajando la cremallera. Reservando el

bóxer para después.

Cuando se arrodilló frente a él, palpó con sus dedos la dura erección a

través de la licra. Gabriel soltó un gruñido de su boca y luego apretó los dientes.

Estaba muy caliente. Necesitaba más.

Bajó lentamente el bóxer liberando su enorme pene, empalmándose de

forma vacilante antes los ojos de ella. Sonrió orgullosa y descaradamente. Le

excitaba saber que provocaba ese efecto devastador en los hombres. Le

encantaba jugar y disfrutar abiertamente del sexo. Sin prejuicios y casi sin

limitaciones.

Levantó la vista y sonrió. Gabriel empezaba a respirar con dificultad.

—Este ascensor va a llevarte hasta el mismísimo séptimo cielo.

Luego dirigió la mirada a su entrepierna y se fijó más detenidamente en

aquel sinuoso tatuaje. En aquella cobra invertida, dibujada en tinta negra y en

diferentes tonalidades de verde. Humedeció el labio lentamente mientras

reseguía el contorno con la uña. Primero la cola

que empezaba en la pelvis,

hasta alcanzar la cabeza del reptil que moría junto a su pene.

—Tu tatuaje…me excita mucho.

96

—Creía que los detestabas…

—No hagas caso de todo lo que te diga —murmuró con sorna.

Gabriel enarcó una ceja.

Al parecer no eran tan diferentes como había creído a simple vista.

—¿Por qué una cobra? — insistió.

Él se rió.

Nunca nadie antes se lo había preguntado y mucho

menos al momento

previo a una felación.

—Pues… Es un ser por el cual me sentí identificado en una época de mi

vida —hizo una breve pausa para buscar las palabras adecuadas y luego

prosiguió—: Hace cuatro años ocurrió algo en mi vida, provocando un antes y

un después. Dos personas muy importantes para mí, me traicionaron.

Jessica percibió su dolor a través de sus palabras.

Los ojos verdes de Gabriel se habían oscurecido en una fracción de

segundo.

—En cierta forma, el tatuaje me ayudó a expulsar

aquel odio y aquel

rencor que me carcomía por dentro y no me dejaba vivir.

Jessica lo miró compasiva y él esbozó una sonrisa tranquilizadora. No era

el momento ni el lugar para lamentaciones.

—Todos tenemos un pasado.

—Cierto.

Ella se acercó un poco más a su miembro que seguía erecto y expectante.

—Y yo soy el presente. Cierra los ojos y disfruta del ahora —añadió

antes de besar y chupar el glande perezosamente el cual lloró una gota de

líquido preseminal que lamió muy gustosa.

—¡Dios!... —Gabriel exhaló el aire con fuerza—. Eres muy perversa...

—Sí… y no te imaginas cuanto me encanta serlo… —sonrío con cara de

vicio mientras agarraba la envergadura de su pene con una mano

introduciéndoselo en la boca y con la otra masajeaba despacio los testículos.

Gabriel comenzó a jadear desenfrenadamente cuando ella empezó a

chupar, a lamer y a succionar con posesión. Echó la cabeza hacia atrás y apretó

los ojos con fuerza.

—¡Joder Jessica...! —gruñó mientras le cogía con ambas manos

la cabeza y le obligaba a seguir el compás de los

movimientos de su

cadera— ¡Sigueee. .!

Las piernas de Gabriel empezaron a temblar y las fuerzas a flaquear pero

Jessica continuó bombeando con fuerza. Rítmicamente, arriba y abajo.

Saboreándole.

97

Ese era su momento. Ese era su control.

Lo tenía a su merced y ella era la única dueña de su placer.

Pronto estaría muy cerca. Sus jadeos, que retumbaban en aquellas cuatro

paredes, eran cada vez más continuados. Limpió con el dorso de su mano la

fina capa de sudor que mojaba su frente y luego le ronroneó flaqueándole las

fuerzas:

—Jessica... si sigues, me voy a correr. .

—Pues adelante...

Jessica en vez de detenerse y apartarse, empezó a follarle con más ímpetu,

dentro y fuera, hasta el fondo de su garganta.

Gabriel que no pudo reprimirse más, tiró con fuerza de su pelo y explotó,

soltando un grave gruñido gutural que emergió desde lo más profundo de sus

entrañas. Su orgasmo fue tan devastador que después de eyacular aún seguía

teniendo pequeños espasmos.

Tras acabar de tragar hasta la última gota, se limpió los restos de semen de

la comisura de los labios y se levantó con una sonrisa de satisfacción pintada en

su cara.

—¿Has disfrutado?

—No te imaginas cuanto…

—¿Te gustaría tocarme, verdad? —le ronroneó juguetona.

—Estoy deseándolo.

Jessica cogió una de sus manos y la metió bajo su falda. Separó las piernas

dando vía libre a su sexo. Gabriel hizo a un lado el tanga y deslizó un par de

dedos en el interior de su vagina. Esta le recibió

húmeda y caliente.

Gabriel volvió a empalmarse. Sus dedos entrando y saliendo de ella, le

habían puesto muy cachondo.

Ella gimió echándole el aliento a la cara.

—¿Te gustaría masturbarme?

—Sí.

—¿Te gustaría lamerme?

—Sí.

—¿Te gustaría follarme?

—Sí... —contestó entrecortadamente.

Para su sorpresa, ella le sonrió de forma maliciosa y después le apartó la

mano de su entrepierna. Gabriel frunció el ceño confundido a la vez que

enfadado.

¿A qué estaba jugando?

Insistió de nuevo. Volvió a meter su mano bajo la falda pero antes de

llegar a siquiera rozar la tela del tanga, ella se lo impidió.

—Sé paciente. Lo que ha ocurrido en el ascensor, no ha sido más que un

pequeño anticipo.

Jessica, ante la incredulidad de Gabriel, pulsó el botón de puesta en

marcha y el ascensor empezó a ascender hacia la

segunda planta.

—El juego así es más divertido —añadió guiñando el ojo.

Gabriel, perplejo la miraba con asombro mientras acababa de vestirse. No

entendía su juego.

De repente, las puertas se abrieron de par en par y pudieron salir

accediendo al pasillo. No había nadie, estaban completamente solos.

Ambos empezaron a caminar en paralelo, sin tocarse y sin hablarse.

Cuando llegaron ante la puerta 225, Gabriel pasó la tarjeta por la ranura y

sin pedirle permiso, la cogió en volandas y la cargó sobre el hombro.

—Pero, ¿acaso te has vuelto loco?

—Completamente ido. Ya me he cansado de esperar…

Le dio un cachete en el culo como reprimenda.

—¡Salvaje! —gritó.

—¿Quieres jugar?

Ella no contestó, se limitó a reírse a carcajadas.

—Lo tomaré como un sí, señorita Orson —dijo dando un puntapié a la

puerta—. Voy a enseñarte lo que es un anticipo, un preliminar y el juego al

completo.

Jessica sin dejar de reír, contestó a sus palabras:

—Lo estoy deseando, señor Gómez…

Capítulo 16

Gabriel cerró la puerta con el talón y un portazo se escuchó tras de sí.

Avanzó hacia el centro de la suite cargando con Jessica a cuestas y luego la dejó

con cuidado en el suelo.

—¿Te apetece una copa de champagne?

Jessica enarcó una ceja confundida.

¿Champagne? ¿Estaba de broma? ¿A quién le interesaba beber nada

cuando se estaba al borde de la excitación?

—Si te soy sincera… Eso no es precisamente lo que me apetece en este

momento… —adoptó una expresión en su cara de lo más perpleja además de

muy molesta.

Gabriel disimuló una sonrisa al tiempo que se mordía la punta de la

lengua, para evitar contestarla y así seguir con su plan. Ignorando

deliberadamente su comentario, caminó con chulería hacia el mini bar.

El incidente del ascensor le había puesto tan cachondo, que no pensaba

dejar que se saliera con la suya. Desde luego, Jessica no sabía con quién estaba

tratando. Provocarle de aquella manera para luego dejarle a medias, merecía sin

duda una merecida reprimenda.

Boquiabierta y frustrada, examinaba cada uno de sus movimientos.

Su comportamiento le estaba empezando a crispar los nervios. Cruzó los

brazos por debajo de sus pechos elevándolos por encima del prominente escote

y esperó.

Gabriel mientras tanto, empezó a retirar el alambre y el aluminio que

cubrían el cuello de la Rellenó un par de copas de cristal de bohemia y al cabo

de unos instantes, regresó a su lado.

—Toma… —se la ofreció tratando de controlarse, le costaba horrores no

arrancar a reír—. Bebe…

Jessica lo miró malhumorada. Estaba atónita. Su actitud le alteraba hasta

límites insospechados.

¿Acaso le estaba tomando el pelo?

Por el amor de Dios, NO quería beber, lo que quería era que la follara

hasta dejarla exhausta y sin aliento, volverla loca hasta hacerle perder el

conocimiento. Eso era exactamente lo que quería y por supuesto, era lo mínimo

que esperaba de él.

Le quitó la copa a regañadientes, retando a Gabriel con la mirada y

bebiéndose de un solo trago todo aquel líquido espumoso.

—¿Satisfecho?… ya me he bebido todo tu jodido champagne…

¿Piensas follarme ahora? — reprendió en tono desdeñoso con los ojos

llameando.

Gabriel negó con la cabeza mostrándole una leve sonrisa de medio lado.

—Hum… veamos… déjame pensar… —sorbió de la copa lentamente

mientras repasaba el cuerpo de la joven de arriba abajo con la mirada—. Te

has portado muy mal y por eso mereces un pequeño castigo.

Jessica frunció el ceño.

¿Un castigo? Eso era ya el colmo de los colmos. Supuso acaso que estaba

tratando con una vulgar adolescente.

—¿Un castigo? ¿Estarás de broma? —le preguntó con sorna y se echó a reír

a carcajadas.

—Sí, eso he dicho, un castigo —enfatizó—. Antes en el ascensor has sido

muy traviesa. Me has provocado poniéndome la miel en los labios para después

quitármela.

Gabriel chasqueó la lengua y negó con el dedo índice.

—Eso no se hace, has sido una niña muuuy mala..

Jessica lo fulminó con la mirada.

Necesitaba pensar algo rápido para contraatacar. No estaba dispuesta a

dejarlo irse de rositas. No podía permitir que Gabriel continuara adueñándose

del control de aquella situación. Por lo visto a él le gustaba jugar tanto o más

que a ella. Y sin pretenderlo se había encontrado con la horma de su zapato.

Si él tenía ganas de jugar, pues entonces jugarían, pero con una notable

diferencia: Que jugaría a su juego y a sus propias normas.

Con la sonrisa pintada en su rostro, movió las piernas y cruzó la

habitación en dirección al escritorio que había junto a la ventana. Se apoyó en

la madera y sin dejar de mirarlo, se inclinó ligeramente para meter su mano

bajo la falda de su vestido.

—¿Te excita mirar, verdad?

—le preguntó con una voz hipnótica y tremendamente sensual.

Gabriel asintió quedándose mudo, viendo cómo se quitaba el tanga.

Su pene dio un brinco, parecía tener vida propia.

Levantó la falda a la altura de sus caderas y sentándose sobre el escritorio,

separó poco a poco sus piernas, mostrándole así todo su sexo.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó dirigiéndole una mirada ardiente.

Gabriel asintió de nuevo y su pene se puso duro como una piedra.

Tenía la boca tan seca, que empezó a tragar saliva con penosa dificultad.

Estaba muy excitado y cada vez tenía más calor.

101

Jessica se acarició las piernas lentamente, desde los tobillos hasta la cara

interna del muslo, ascendiendo despacio, poco a poco. Gabriel seguía con

atención cada uno de los movimientos de sus manos. Siendo testigo de cómo

ella introducía un dedo por la hendidura de su vagina y luego se lo llevaba a la

boca para chuparlo de forma muy morbosa, simulando ser una actriz de una

película de clasificación X.

—Lección número uno:

E l castigo puede volverse en tu contra.

Introdujo un par de dedos en su vagina y luego empezó a moverlos en su

interior, dentro y fuera lentamente mientras que con la otra mano bajaba el

escote de su vestido y pellizcaba uno de sus pezones.

Gabriel notó como le faltaba el aire.

Estaba tenso e impaciente.

No podía apartar los ojos de aquellas manos, de aquellos dedos que se

lubricaban cada vez más.

Tuvo que aflojarse el nudo de la pajarita y desabrocharse un par de

botones de su camisa, porque se estaba ahogando.

Ella lo perturbada.

Ella era erotismo puro, la sensualidad y el pecado hecho mujer.

—Lección número dos: Siempre puedo darme placer sin la necesidad de

ningún hombre.

Dicho esto, se introdujo un tercer dedo y empezó a masturbarse con más

fervor ante la impúdica mirada de Gabriel.

Le excitaba provocarle, del mismo modo, que le excitaba saber que la

miraban mientras se proporcionaba placer

Soltó un par de gemidos cuando todo su cuerpo tembló, cuando la yema

de su pulgar rozó su abultado y sonrosado clítoris, cuando tensó las paredes de

su vagina envolviendo sus dedos.

Aquello no podía estar ocurriendo. Era una tortura. Las venas de su pene

amenazaban con explotar en cualquier momento…

La deseaba y tenía que poseerla. No podía esperar. Se negaba a continuar

siendo un mero espectador sin poder intervenir.

—Ya he mirado bastante…

—gruñó. Desvistiéndose, lanzando la ropa al suelo mientras caminaba

hacia ella.

Cuando estuvo desnudo y se puso un preservativo, le separó las rodillas y

colocándose entre sus piernas, clavó los dedos en sus nalgas.

—Ahora ya puede follarme, señor Gómez.

Gabriel le sonrió perversamente.

Era una víbora. Sabía que había logrado su cometido.

Ella le devolvió la sonrisa llena de satisfacción, pintando la V de victoria

en su cara.

—Te pienso follar una y otra vez, hasta que me supliques que pare..

Arrastró su trasero hasta el borde de la mesa y

luego tanteando el glande

en su orificio, la penetró violentamente de una sola estocada.

Jessica chilló arqueando la espalda y Gabriel se detuvo para saber si se

encontraba bien.

—Sí, mejor que nunca — respondió recuperando el aliento —. Sigue,

ahora no te pares...

Rodeó con las piernas sus caderas y empezó a acariciar su torso desnudo

mientras Gabriel se movía lentamente en su interior.

Jessica acercó la cara a uno de sus pectorales. Gabriel gimió, cuando pasó

la punta de su lengua sobre el piercing que atravesaba uno de los pezones.

—Así, Jessica... así, me gusta mucho.

Ella realizó la misma operación en el otro pecho. Lo lamió, lo succionó y lo

mordisqueó en ocasiones mientras Gabriel se clavaba en ella cada vez con

mayor profundidad.

—¡Vamos… Jessica…! — jadeaba casi sin respiración, clavando cada vez

más los dedos en las carnes de sus glúteos.

—¡Gabriel. . Ohhh! —gimió.

Sujetándose de los hombros para no caerse.

Jessica movía las caderas acompañando cada una de las embestidas que a

su vez eran cada vez más devastadoras.

Gabriel ya no podía aguantar más, estaba tan cerca que aunque sabía que

a ella aún le faltaba, se dejó ir gritando su nombre y luego sin descanso, siguió

con las tremendas embestidas.

Pronto, un nuevo gemido indicó a Gabriel que ella estaba al borde del

orgasmo. Acercó el pulgar para acariciar su clítoris y así ayudarla a llegar

cuanto antes.

Momentos después, entre frenéticas convulsiones alcanzó el éxtasis.

Gabriel necesitó de unos segundos más para recomponer su aliento. Las

piernas le flaqueaban tras el coito. Saciado y realmente complacido, salió de

ella.

Se quitó el preservativo, lo anudó y lo tiró a la pequeña papelera que

quedaba justo debajo del escritorio.

Luego regresó a su lado y la miró fijamente.

Jessica estaba preciosa, radiante y con un brillo especial en sus ojos. Con el

rostro tan relajado que parecía incluso el de una niña. Varios mechones sueltos

del recogido caían enmarcando su mejilla y Gabriel los cogió colocándolos tras

de la oreja.

De nuevo volvió a sonreír como un tonto, sin darse cuenta.

¿Qué era lo que aquella mujer estaba haciendo con él? Se sentía por

completo embelesado. . hechizado por sus encantos.

—¡¿Qué…?! —le preguntó Jessica resucitándole de su profundo letargo—.

Gabriel, no me gusta nada tu mirada…

Jessica lo miró confusa a la vez que asustada.

—¿A qué te refieres?

Jessica se cubrió las piernas desnudas con la falda. Bajó de la mesa y

empezó a pasearse nerviosa por la habitación. Estaba intranquila y a la vez

decepcionada. Podría estar equivocada pero… creyó ver a través de los ojos de

Gabriel, un sentimiento más allá de una mera atracción física.

¡No! Esa no era una opción válida. Ni viable. Ni siquiera

remotamente

aceptable. Nadie podía enamorarse de ella… ¡Jamás! Sujetó la cabeza con sus

manos y la zarandeó con ímpetu para que aquellos absurdos e inconcebibles

pensamientos, salieran despedidos de su mente.

—Jessica… —agarró su brazo pretendiendo que se detuviera y lo

escuchara—¿Qué es lo que te pasa…? —le preguntó aún sin comprender aquel

drástico cambio de actitud: Habían compartido sexo y al instante siguiente, un

desolador rechazo.

Ella inspiró hondamente. Después se giró y lo miró directamente a los

ojos.

—Entre tú y yo, solo puede haber sexo... —su voz, al igual que sus gestos

eran totalmente inexpresivos, —Yo no tengo relaciones, solo tengo amantes.

Gabriel arrugó el cejo.

—Si quieres seguir follando conmigo, debe quedarte esto muy claro desde

un principio..

La confesión de Jessica lo descolocó

momentáneamente.

Él tenía muy claro que lo que sentía por ella no era más que una mera

atracción física. Saltaba a la vista que encajaban perfectamente en la cama.

Es más, ni siquiera se había llegado a replantear a corto plazo nada más.

Era evidente que ambos bailaban al son de la música. Ambos buscaban

lo mismo: Darse placer y pasárselo bien juntos. Nada más.. Al menos, de

momento.

Gabriel se acercó a ella y asintió.

—Estoy de acuerdo contigo. Nuestro sexo es

fantástico ¿Por qué

estropearlo con una relación de pareja? —su tono era firme y serio. Trataba de

convencerla. Levantando cualquier resquicio de duda.

—¿Estás seguro? —preguntó ella con insistencia.

—Completamente seguro, — afirmó con rotundidad.

La frialdad de nuevo se cernió sobre el rostro de Jessica.

Aquella dulce niña que había sacado la cabeza curioseando el mundo,

volvió a rezagarse para esconderse temblorosa bajo la cama del desván.

Resurgiendo, como el ave fénix, la mujer de mirada gélida y mente

calculadora.

Y sin embargo, quería creerle, Gabriel le gustaba demasiado, tanto como

para estar dispuesta a seguir dándole el beneficio de la duda.

Eso sí, al más mínimo error… lo expulsaría de su vida.

105

Capítulo 17

A la mañana siguiente, cuando los primeros rayos de sol invadieron

lentamente la habitación

225 del hotel Bellagio en Las Vegas, Gabriel empezó a removerse en

aquella cama tan espaciosa. Abrió costosamente

un ojo y luego el otro. La

cabeza le dolía como si le estuviesen taladrando el cerebro. El alcohol y la falta

de sueño habían hecho mella aquella noche.

Las imágenes invadían su mente como pequeñas instantáneas. Recordaba

el perfume de Jessica, su silueta perfecta, su piel canela, sus pechos tersos, la

calidez de su boca… pero sobretodo recordaba el azul zafiro de sus ojos.

Y no cabía mencionar que obviamente también recordaba al dedillo, las

diferentes formas de follar con ella: En la cama, contra la pared, sobre el suelo,

entre las burbujas de la bañera de hidromasaje… Y mientras lo recordaba su

entrepierna se tensó dándole los buenos días.

Se incorporó rascándose la nuca.

Zarandeó la cabeza, no sin antes observar el lado de la cama debería de

estar ocupado por Jessica, pero que sin embargo yacía desértico y en su lugar

había un pequeño trozo de papel manuscrito. Fruncióel

ceño mirando

aquella nota impersonal, directa y concisa. Jessica utilizaba el mismo protocolo

como si de un extraño se tratase y no con la persona con la que había intimado

hacía apenas unas horas.

Comenzó a leerla: “Robert y yo hemos tenido que

volar a Manhattan a

primera hora de la mañana. Puedes seguir disfrutando del día en el hotel.

Tienes partido de tenis con el Señor Peter Kramer a las 11:00 A.M.

P.M.

Tu vuelo saldrá a las 17:00 Jessica Orson”

Ante cualquier resquicio de duda que pudiera existir, con aquella nota,

dejaba constancia claramente de cuáles eran sus intenciones. Podían acostarse,

podían intimar, pero una vez fuera de la

habitación, el trato entre ambos

volvería a ser frío y distante. De momento, había pensado no darle mayor

importancia puesto que la quería en su cama y por lo visto ella estaba en

conformidad.

Así que se duchó, se afeitó y bajó a desayunar a uno de los siete

restaurantes del hotel. Unos huevos con beicon, su café bien cargado y su

revista favorita de motos. No tenía ganas de leer la prensa local.

106

A media mañana, jugó el partido con Peter Kramer y de nuevo le ganó

bajo la atenta mirada de Caroline Kramer desde las gradas.

—Buen partido como siempre Gabriel —le felicitó limpiándose el sudor de

la frente con el dorso de la mano.

—Lo mío me ha costado, estás en plena forma Peter —elogió su juego.

—A ver si en las canchas de Manhattan, puedo por fin robarte un

partido…

—Claro, eso está hecho —le sonrió palmeando su hombro.

Peter miró su reloj. Se le había hecho tardísimo. El partido había durado

más de lo previsto.

—Bueno… Gabriel, nos vemos en Nueva York —le ofreció la mano—. Me

esperan para almorzar, negocios… ya sabes.

—Claro, no te preocupes. — le estrechó la mano

despidiéndose.

Gabriel recogió sus cosas y entró en los vestuarios para ducharse. Dejó la

raqueta y la bolsa con las pelotas en el interior de una de las taquillas comunes.

Comenzó a desvestirse, estaba solo.

Abrió la bolsa de deporte sacando del interior una amplia toalla, el neceser

y las chanclas negras.

Su cuerpo brillaba por el sudor que resbalaba por su piel. Tenía varios

mechones de pelo enganchados a su nuca.

Anduvo hacia las duchas. Podía escoger cualquiera, la que más rabia le

diese. Colgando la toalla en una de las perchas,

sacó el gel y el champú del

neceser y luego abrió el grifo del agua. Para comprobar la temperatura colocó

su mano bajo el chorro.

Se metió bajo la alcachofa y cerró los ojos, había llevado el partido hasta el

límite, estaba agotado a la vez que satisfecho.

Colocó gel en sus manos, friccionó sus dedos y comenzó a enjabonarse el

cuerpo. Realizó la misma operación con el champú.

Luego alzó la barbilla para que el agua mojara su rostro.

De repente, escuchó unos pasos tras de sí. Por lo visto ya no estaba solo.

Abrió los ojos, retirándose los restos de jabón y se giró.

—Menudo partido le has metido a mi padre.

Caroline sonrió traviesa.

Estaba a tan solo un par de metros.

Gabriel abrió mucho los ojos.

Caroline estaba como dios la trajo al mundo, desnuda ante él.

107

Aunque lo intentó, fue incapaz de evitar vagar por las formas de su

cuerpo. Era bella, de piel blanca y pura. Sus pequeños y redondos pechos

dibujaban una bonita areola sonrosada y los pezones se alzaban duros como

guijarros. Tenía la cintura y las caderas estrechas, un ombligo diminuto

adornado por un piercing en forma de flor con una piedra en el centro de color

turquesa y más abajo un perfecto vello púbico bien depilado.

—¿Qué estás haciendo Caroline? —le espetó Gabriel.

Ella ni siquiera le respondió, se limitó a sonreírle con un cierto aire

perverso. Tenía las mejillas ligeramente ruborizadas y no tardó en caminar

hacia él reduciendo la distancia entre ambos.

Sin vacilar, se colocó bajo la ducha, acercándose peligrosamente al cuerpo

de Gabriel.

—No deberías estar aquí…

—No vendrá nadie, lo sé — le sonrió con descaro.

—Da igual… No está bien lo que estás haciendo… —le regañó.

Caroline dio un paso más.

—Soy una niña caprichosa, no lo puedo evitar. Estoy acostumbrada a que

me lo den todo y a conseguir todo lo que se me antoje —le sonrió con malicia.

—Creo que deberías vestirte y salir de las duchas, ahora...

Ella frunció el ceño, frustrada por sus palabras, pero no desistió.

—Acaso ¿me estás rechazando?

—No. Mírate, eres una chica preciosa además ser

muy divertida —buscó

las palabras adecuadas para herir lo menos posible a su ego—. Pero, en estos

momentos estoy conociendo a una persona.

—A mí eso no me importa — le insistió.

—Pero a mí sí, Caroline. Ella tragó saliva, indignada.

Jamás había sentido el rechazo de ningún hombre. Fuera por su dinero

o por su belleza, los hombres solían hacer cola en su vida y por supuesto

Gabriel no iba a ser una excepción.

Con una mirada pícara dio un nuevo paso más y su vientre acarició

suavemente su pene.

Esperó un poco y al notar que el miembro de Gabriel aumentaba de

tamaño, se alzó de puntillas y sin permiso, le besó con avidez.

Gabriel que era un hombre ardiente y que por supuesto no era de piedra,

al principio hizo ademán de retroceder pero enseguida aceptó sus labios.

Estos eran cálidos y dulces con un ligero sabor afrutado.

Caroline se abrazó a su cuello y metió su lengua dentro de la boca de

Gabriel, quién respondió aprisionando el cuerpo de ella contra la pared.

Ella gimoteó mordiéndole el labio con fuerza.

Tener a Gabriel a su merced era cuanto deseaba desde el incidente en la

piscina, cuando se derramó la CocaCola por su cuerpo y mostró su torso al

quitarse la camiseta ante sus ojos. Desde entonces, se las había ingeniado para

verle y para coincidir con él. Manipulando el orden de las mesas, para sentarse

a su lado.

Gabriel la sujetó de las muñecas con una sola mano. Sometiéndola,

alzando sus brazos por encima de su cabeza. Obligándola a permanecer quieta

mientras besaba su cuello.

Caroline soltó un grito de placer cuando le agarró el pecho con la mano

libre y atrapó uno de sus pequeños pezones con los dientes, hiriéndola

levemente.

Gabriel entonces se detuvo en seco.

—Sigue... me gusta.. mucho..

—sonrió morbosamente—. Sigue.. joder…Quiero mostrarte el tercer

piercing.

Él abrió los ojos sorprendido, tras recordar los lugares donde tenía los

otros dos: Uno en la lengua, otro en el ombligo y el tercero.. tenía premio,

según le explicó en la cena.

Caroline cogió una de sus manos y la llevó hacia su sexo. Gabriel palpó el

acero que atravesaba su clítoris.

Pero entonces y solo entonces, la conciencia le tomó el relevo. Gabriel

sintió que lo que estaba ocurriendo, no era correcto. Fuese porque era la hija de

uno de los mejores clientes de su empresa o porque se debía a Jessica, pese a

que todavía no habían concretado qué límites debía de tener su relación.

Y en el hipotético caso de que decidieran acostarse con otras personas, ahora

mismo no podía hacerlo con Caroline. Su moral y su integridad, se lo impedían.

Gabriel se apartó con cuidado y la miró a los ojos.

—Me gustas mucho, pero no puedo seguir... no sería honesto conmigo

mismo, ni contigo. . —se disculpó saliendo de la ducha para buscar una toalla y

tapar el cuerpo de Caroline—. Lo lamento, de verdad. .

Los ojos de Caroline centelleaban, estaba muy furiosa. Se quitó la toalla

que él le había colocado de un manotazo.

—¡Y más que lo vas a lamentar! —gritó amenazándolo con una mirada

glacial.

Al mirarla a los ojos Gabriel vio reflejado en ellos la indignación.

Caroline tensó con rabia todo su menudo cuerpo y después se marchó

despavorida de aquel lugar.

¿A qué se referiría exactamente con que lo iba a lamentar?

109

Pasó por la lavandería para dejar su ropa de deporte y como eran pasadas

la una del mediodía, entró en uno de los siete restaurantes. Sonrió al ver que

había uno de estilo mediterráneo, más concretamente, de comida catalana. No

pudo resistirse. Se sentó en una de las mesas de dos comensales y disfrutó como

un crío de la comida, eso sí, con cierta añoranza de su país. Probó la escalivada

de primero, mar y montaña como plato principal y de postre la crema catalana.

Con el estómago lleno se dirigió a la piscina, aún

disponía de poco más de

una hora antes de coger el avión a Manhattan. Se sentó en la barra y pidió un

café con hielo.

—Aquí tiene señor.

El camarero muy amablemente se lo sirvió con una sonrisa.

—Gracias.

—¿Está de vacaciones señor? Gabriel enarcó una ceja.

«Menuda diferencia este camarero al francés del otro día».

Por lo visto, éste sí que tenía ganas de entablar una conversación.

—No. He venido desde Nueva York a la cena

benéfica.

—¿La cena de anoche?

—Ajá.

Gabriel asintió.

—Vaya, no sé si se habrá enterado, pero es la comidilla de todo el hotel..

El camarero se le aproximó para seguir hablando en un tono más bajito.

—Por lo visto, alguien pagó. . ¡50.000 dólares por un baile! — exclamó—.

Esa chica es una de dos: o está loca de atar. . o está muy enamorada...

Gabriel torció el labio en una sonrisa, la imagen de Jessica voló a su mente

en un santiamén.

—¿Tú qué crees muchacho?

—le preguntó abriendo mucho los ojos.

—¿La verdad? Creo que está como una puta cabra...

Con un retraso de veinte minutos el avión despegó dejando Nevada a sus

pies. Gabriel se acomodó en su butaca de primera clase, estirando las piernas.

Se colocó los cascos y decidió relajarse escuchando música.

Si se ponía a hacer balance de las últimas horas, lo más probable era que

acabara con un fuerte dolor de cabeza: La cena benéfica, conocer a Caroline, la

subasta con sus 50.000 dólares, la increíble noche de sexo con Jessica, el

despertar con resaca en solitario, el partido con Peter Kramer y el incidente en

las duchas con Caroline. ¡Uf! Difícilmente olvidaría con facilidad Las Vegas.

110

La azafata le despertó de su placentero y reparador sueño. No se había

dado cuenta, pero a la cuarta canción Morfeo le

había arrastrado al mundo de

los sueños.

—Disculpe señor... — susurró—. Señor...

Gabriel abrió los ojos y se encontró con unos bonitos y expresivos ojos

color miel.

—El cinturón.. vamos a tomar tierra en diez minutos.

Ella gesticulaba con las manos como si se estuviese abrochando un

cinturón imaginario.

—Claro... perdona.

Le mostró una sonrisa amable y desapareció a través de la cortina. Gabriel

bajó las piernas, apretó el botón para que la butaca regresara a su posición

inicial y miró a través de la ventanilla… Los rascacielos empezaban a dibujarse

bajo el cielo anaranjado de Manhattan.

111

Capítulo 18

Gabriel llegó a su apartamento bien pasadas las nueve de la noche.

Deshizo la maleta colocando la ropa sucia en el cesto junto a la lavadora. Se

descalzó y se quitó la camiseta. Utilizó sus escasas dotes culinarias para

prepararse una cena ligera.

No había podido ni probar bocado, cuando alguien

golpeó la puerta de la

calle. Se levantó de la silla encaminándose hacia allí.

Miró su reloj: «Las diez y cuarto».

Frunció el ceño extrañado preguntándose quién podría llamar a su puerta

un lunes y a aquellas horas. Charly, su vecino de enfrente, probablemente era el

que tenía más papeletas. Desde que se había mudado a vivir a aquel

apartamento, había intentado mantener cualquier tipo de contacto para

conocerle, cualquier sitio era válido: en el ascensor, en el rellano, en las

escaleras, en la panadería. Y cuando coincidían, siempre le hacía preguntas

sobre su vida en España y por qué había venido a trabajar desde tan lejos.

Era un tipo peculiar. Vivía solo con su nieto de diez años y con sus

cuatro gatos siameses. El padre del niño era un convicto que cumplía condena

por tráfico de drogas. Le quedarían un par de años, uno a lo sumo, si

demostraba buena conducta.

Abrió la puerta sin curiosear primero por la mirilla, daba por hecho que

sería Charly. Pero, se equivocó. Una inesperada pero grata sorpresa le sonreía

con una botella de champagne entre las manos.

—¿Puedo pasar? —le preguntó Jessica mientras disfrutaba de las vistas de

su torso desnudo.

—Claro —le sonrió.

Gabriel le cogió la botella de las manos y la invitó a pasar. Su vecino

Charly estaba apoyado en la puerta entreabierta intentando averiguar quién era

aquella chica morena y a qué venía a aquellas horas a la casa de su joven vecino

español.

—Buenas noches Charly... — se despidió con la mano cerrando la puerta

despacio.

Gabriel se rió.

Mañana tendría tema de conversación, seguro que le avasallaría a

preguntas sobre quién era ella. Por suerte, las paredes no lindaban con su

apartamento, porque le imaginaba pegando un vaso de cristal a la pared para

poder escuchar mientras follaban como animales.

112

Jessica comenzó a pasearse por el salón con las manos cogidas a la espalda

y escaneando con su mirada crítica cada rincón de aquel minúsculo

apartamento. Acostumbrada a lujos, a su mansión y a su ático de más de 500

metros cuadrados en Park Avenue, enseguida lo recorrió.

—Ponte cómoda —le cogió el bolso que colgaba de su hombro y lo llevó

a la percha— ¿Has cenado?

—Nunca ceno.

Gabriel enarcó una ceja.

—Según mi nutricionista no debo de comer pasadas las ocho de la noche

—se intentó justificar.

«¿Qué era, un puto Gremlin?», pensó mientras se mordía el labio para no

reírse.

La miraba y seguía sin comprenderlo, porque para él la comida al igual

que el sexo era un verdadero placer, ambos eran insustituibles y necesarios para

su subsistencia.

—Entonces tendrás que mirar mientras como.. —se rió con ganas

—. Lo siento, pero me muero de hambre y cuando tengo hambre me sale

la vena chistosa —se mofó.

Risueño, se alejó sentándose en uno de los taburetes de la barra de la

cocina. Al ver que ella se quedaba en el sitio, palmeó el otro taburete

mostrándoselo para que se sentara y para que le hiciera compañía mientras se

comía la ensalada de pasta fresca.

Jessica se acercó y pasó la mano por encima del taburete, como si lo

estuviese limpiando.

Gabriel se rió.

Tan delicada y pulcra para unas cosas pero para otra tan desinhibida y

desatada.

—¿En serio no quieres comer nada? —insistió llevándose el tenedor a la

boca.

Jessica arrugó la nariz negando con la cabeza.

—¿Qué tal el partido con Peter Kramer? —cambió de tema drásticamente.

—Gané, ¿acaso lo dudabas? Ya sabes que no me gusta perder ni a las

canicas —la miró con picardía.

—A mí tampoco.

—Lo sé.

Se sostuvieron la mirada unos segundos, notando comonrápidamente la

atmósfera comenzaba con cargarse de electricidad. Gabriel que aún no había

acabado de cenar apartó el plato. Había dejado de tener hambre de golpe…

—Creo que me apetece el postre ahora... —carraspeó con voz ronca.

—A eso he venido —le provocó con una sensual sonrisa.

Gabriel la miró pensativo.

—Pero ¿te quedarás a dormir o vas a buscar algún pretexto para huir

como esta mañana en el hotel?

Jessica guardó unos segundos de silencio. La conversaciónbempezaba a

desviarse por unos derroteros que no le interesaban en absoluto,

produciéndole una enorme incomodidad.

—Nunca duermo con mis amantes —aclaró, tajantemente.

Gabriel soltó una risita.

«La chica dura vuelve a la carga, habrá que hacer que se relaje...», pensó.

Ante la atenta mirada de Jessica, comenzó a desabrocharle poco a poco los

botones de la bonita camisa de seda de color burdeos.

—Y... ¿Tienes más amantes aparte de mí?

Gabriel le abrió la camisa dejando al descubierto sus pechos alzados por

un sugerente sujetador negro que combinaba las transparencias con un delicado

encaje.

—Sí. —le contestó sin titubear.

Metió un pulgar entre la tela del sujetador y empezó a acariciarle un

pezón que se endurecía reclamando más atención.

—¿Quiénes? —preguntó elevando sus pechos por encima del sujetador y

lamiendo y mordisqueando uno de los pezones.

—Robert... —gimió soltando el aire de golpe.

Al escuchar de su boca el nombre de su ex marido, tiró con fuerza del

pezón. Ella arqueó la espalda abriendo más la boca tratando de recuperar el

aliento.

Separó sus piernas y metió la mano bajo la falda.

Rozando el tanga, deslizó un par de dedos por el interior de la tela hasta

llegar a su sexo. Después los introdujo lentamente, sin apresurarse, sintiendo

como ella le recibía envolviéndole con su caliente humedad.

—¿Quién más? —insistió.

—Tom... —volvió a gemir cuando Gabriel la penetró esta vez con fervor.

La besó con fuerza, posesivamente. Quería que se callara de una vez. No

quería seguir escuchando de su boca esa lista interminable de amantes. No tenía

sentido. ¿En qué puesto quedaba él?

¿Era asidua a sus amantes o por el contrario eran encuentros esporádicos?

Y lo peor de todo, lo que más le fastidiaba era ¿por qué le molestaba tanto.. ?

Miles de incógnitas bombardeaban su cabeza pero continuó

masturbándola con brusquedad, hasta que le dolieron los dedos y Jessica se

corrió teniendo varios orgasmos.

Después la llevó a la cama y follaron durante horas como verdaderos

posesos.

Hacia las tres de la madrugada y tras compartir un cigarrillo, Jessica se

levantó de la cama desnuda. Gabriel en cambio se sentó, apoyando su espalda

en la cabecera. Estaba dando una última calada cuando la vio recoger su ropa

que yacía esparcida por el suelo.

—¿Te vas?

—Sí.

Sin mirarle, buscó el sujetador y cuando dio con él, comenzó a

abrochárselo. Gabriel no le quitaba ojo. Era

preciosa, espectacular, sensual. .

Al agacharse para recoger la falda, los ojos de Gabriel desde la distancia

observaron una fea mancha morada en el bajo de la espalda.

Se levantó, quería verlo más de cerca.

—¿Cómo te has hecho el moretón? —arrugó el entrecejo.

El cuerpo de Jessica se tensó incomodado por su pregunta. Sin contestarle

entró rauda al cuarto de baño y se miró en el espejo. Sus ojos se empañaron

ligeramente al comprobar el estado en el que se encontraba, había empeorado

desde la mañana. Inspiró hondo, por suerte Gabriel desde la cama no podía

verla.

Cogió papel higiénico y se secó las lágrimas. Cerró los ojos unos instantes

y regresó a la habitación.

—Ah... ¿esto? —Lo señaló y disimuló para no darle importancia

—. Tropecé el otro día con el canto de una mesa...

Gabriel no se quedó muy convencido.

¿El otro día? No recordaba habérselo visto la noche anterior en la

habitación del hotel. Se hubiese dado cuenta. Conocía a la perfección el cuerpo

de Jessica, cada milímetro de su piel. Y ese golpe juraría que no lo tenía.

—No te preocupes, no me duele.. —le sonrió para

tranquilizarle—. Con

las prisas a veces suelo tener dos pies izquierdos.

Gabriel no quiso persistir. Confiaba en ella. Si ella decía que era un

desafortunado incidente, él no tenía por qué dudar de su palabra.

—Te acompaño a tu casa.

—No te molestes, pediré un taxi.

—Insisto.

Ella negó con la cabeza y se acercó para darle un último beso de buenas

noches.

—Soy mayorcita y sé cuidarme sola.

—No lo dudo.

Jessica inspiró hondo.

—Te veo mañana a las nueve en la oficina... y arréglate el pelo

—sonrió mientras se lo revolvía con la mano como si estuviese tratando

con un niño pequeño.

Gabriel no satisfecho, cogió su mano y tiró hacia él para devorarle con

ansia la boca, hasta dejarla sin aliento. Tambaleándose Jessica tuvo que apoyar

la otra mano en la pared para no caerse.

Él se rió divertido y ella le devolvió una sonrisa marchándose sola de su

apartamento.

A la mañana siguiente de camino al despacho, Gabriel recibió un mensaje

de Daniela. Se alegró al recibir noticias suyas. En el mensaje le explicaba que el

seguro había aceptado hacerse cargo de los desperfectos. Que la policía había

atrapado a unos ladrones que hacían servir el mi s mo modus operandi en

otros apartamentos de la zona. Que debía acudir a la comisaría a identificar los

objetos personales y que más adelante y siguiendo el curso de la denuncia

debería testificar y acudir a una rueda de reconocimiento de los supuestos

agresores.

Gabriel contestó antes de entrar en el edificio:

“Cuenta conmigo para acompañarte a la comisaria”

Daniela sonrió al leer su mensaje.

Estaba en medio de una clase de historia sobre los cuadros inspirados en el

poeta italiano Dante Alighieri y en la Divina Comedia.

El profesor Mathew Holliday alzó la vista y tosió con fuerza. No le

gustaba que le interrumpieran en sus clases. Daniela se sonrojó ocultando el

móvil rápidamente en la mochila.

—Ten cuidado con el Profesor Holliday —le susurró Andrés al oído—.

Según las malas lenguas dicen que no soporta que nadie interrumpa sus clases

y que como te coja manía, después no hay manera de aprobar el curso..

Ambos guardaron riguroso silencio hasta el final de la clase. Al acabar,

recogieron sus mochilas y salieron del aula. Acordaron desayunar en la

cafetería del campus. Al entrar, Daniela miró a su alrededor. La estancia era

pequeña y muy funcional. Imitaciones de cuadros de pintores famosos como

Van Gogh, Renoir, Klimt, Picasso entre otros, empapelaban las blancas paredes.

Al poco después la camarera se les acercó con una libretita en las manos.

—Hola... ¿qué os pongo chicos? —les miró a través de sus gafas de gruesa

montura de pasta.

116

—Un café con leche.

—Un café —dijo Andrés.

—Un té verde con menta — añadió Daniela.

—¿Algo más? —preguntó mientras acababa de tomar nota.

«No», dijeron los tres al unísono.

—Mientras preparan mi te, voy un momento fuera, tengo que hacer una

llamada telefónica —dijo Daniela buscando su móvil en el interior de la

mochila.

—Vale. No nos moveremos de aquí.. —se rió

Claudia mirando a

Andrés.

Daniela sonrió y antes de cruzar la puerta ya le contestaban al otro lado.

—Hola Gabriel.

—Hola Daniela. Me acabas de pillar de camino a una reunión que tengo

con mi jefa —le explicó mientras caminaba hacia su despacho.

—Oh. Perdona, te llamo luego.. —se excusó tímidamente.

—No te preocupes. El pasillo es largo —se burló — ¿Qué te pasa?

—Es hoy cuando tengo que ir a la comisaría..

Se creó un breve silencio.

—Pero si no puedes, o estás ocupado, lo entenderé, no querría ser una

molestia..

—No seas tonta, ¿cómo vas a ser una molestia? —volvió a sonreír—.

Además, prometí acompañarte... Dime a qué hora puedo pasar a recogerte.

Daniela meditó unos instantes y luego prosiguió:

—A las seis. Joey me ha dicho que estará allí a esa hora.

—Vale —dijo agarrando el pomo de la puerta dispuesto a entrar—. A las

seis entonces.

—Gracias.

—No hace falta que me lo agradezcas, no tiene

importancia...

—De todas formas.. gracias.

Gabriel sonrió y Daniela se despidió.

Antes de entrar en el despacho de Jessica, se pasó la mano para peinar el

pelo y disimular así algún posible mechón rebelde. Tocó con sus nudillos la

puerta y sin esperar respuesta, entró. Abrió los ojos sorprendido al encontrarse

a Robert Andrews sentado en la silla y no a Jessica.

—Cierra la puerta al entrar.

—¿Dónde está Jessica? —la buscó con la mirada.

—Las preguntas las hago yo si no te importa y siéntate.

Gabriel enarcó una ceja. Su tono austero y maleducado le alertó de que

algo no iba bien. Le hizo caso y se sentó. Y sin darle tiempo a acomodarse al

asiento, Robert lanzó una carpeta sobre la mesa que cayó en el lado de Gabriel.

—Léelo y fírmalo.

Acercó sus manos a aquella carpeta. La abrió. En su interior había varias

copias de unos documentos. Comenzó a leer:

Gómez con la empresa

Andrews&Smith Arquitects...»

Cesó de leer al instante y alzó la vista. No daba

crédito. No entendía

cuáles eran los motivos por los que le estaban despidiendo.

—¿Qué significa esto?

—Significa que Jessica te está salvando el culo —apretó la mandíbula con

firmeza—. De no ser por ella estarías con la mierda hasta el cuello. Tienes a

Peter Kramer muy cabreado y con sus abogados queriendo patearte el culo.

Intentar abusar de la hija de uno de los hombres más poderosos de Manhattan

ha sido una soberbia estupidez.

Gabriel abrió los ojos desconcertado.

¿Abusar?

Se quedó sin aire. Y después el corazón comenzó a bombearle con fuerza

en el interior de su pecho. ¿A eso se refería Caroline cuando le advirtió que lo

iba a lamentar? ¿Inventarse una burda mentira para lapidar su carrera

profesional y de paso también su vida y su honor?

—Jessica ha llegado a un acuerdo con el señor Peter Kramer. Si te

despedimos, no interpondrá una demanda judicial.

Robert le ofreció su pluma para que firmara. Pero Gabriel no la aceptó,

miró de nuevo los documentos y sin titubear comenzó a romperlos con rabia

delante de sus narices.

—No pienso firmar. Significaría que admito haber intentado abusar de

Caroline.. Y eso es una injuria.

Gabriel se levantó de la silla indignado.

—No seas memo. Ya encontrarás otro trabajo —se levantó también

colocando las palmas sobre la mesa—. No tienes

ni la menor idea de la influencia que tiene el Señor Peter Kramer. Si no

firmas. . estás sentenciado... No dudes en que te llevará ante el juez... Y te

aseguro que conseguirá que te caigan varios años... ¡Por Dios, Gabriel! ¡Estamos

hablando de una menor.. !

Capítulo 19

Salió raudo de aquel despacho, como alma que llevaba el diablo. Arrancó

de su bolsillo la Blackberry y empezó a teclear el número de Jessica. Un tono,

dos tonos... cinco tonos.

«¡Joder! ¡Coge el puto teléfono!».

Pasó por recepción como un ciclón. Alexia se levantó de su silla abriendo

mucho los ojos. Jamás había visto a Gabriel con esa expresión en sus ojos

verdes. Estaban encharcados en cólera.

Bajó a la calle y allí retomó como pudo el aliento. ¿Cómo era posible que

en solo unos segundos alguien pudiera destrozar la

vida de otra persona?

Intentó sacar un cigarro de la cajetilla pero tenía las manos tan

temblorosas que no atinó y se le cayó al suelo. Se agachó a recogerlo y cuando

lo tenía entre sus manos, lo aplastó como si se tratase de un repugnante

escarabajo. Estaba fuera de sí. Encolerizado.

Cerró los puños con fuerza, tensando los tendones y comenzó a caminar

sin destino por las calles. Sin detenerse. Solo el zumbido de su Blackberry le

trasladó de nuevo a la amarga realidad.

Era Jessica.

Gabriel contestó. Estaba tan exaltado que ni

siquiera le permitió hablar.

—Jessica... ¡¿En qué coño estabas pensando, cómo pretendes que acepte

semejante encerrona?!

—le gritó exasperado.

Vio que varias de las personas que caminaban a su lado, le sortearon

mirándole casi con cara de terror, así que corrió a refugiarse entre las paredes

de un callejón umbrío.

Cuando estuvo a solas pudo retomar la llamada. Inspiró profundamente

para intentar relajarse antes de proseguir.

—Perdona Jess... —se pasó las manos por los cabellos estirando algunos

de sus mechones

—. No era mi intención gritarte.. Sé que tu intención era protegerme..

—Eso nunca lo cuestiones. — su tono de voz era conciliador y relajado.

Gabriel apoyó la espalda en el muro repleto de pintadas de grafiti.

—¿Has firmado la renuncia?

—Joder Jess.. —dijo crispado—. Ni siquiera me has preguntado, si es

cierto que haya intentado abusar de Caroline o no...

—No me hace falta — aseguró con voz firme—. Sé que esa niñata miente...

Gabriel la escuchaba en silencio.

—Hazme caso, por favor..

—le susurró— Firma la renuncia o me veré obligada a despedirte y no

quisiera hacerlo. Por el trabajo no te preocupes, tengo varios contactos

importantes y en menos de tres días estarías de nuevo trabajando. Confía en mí

—enfatizó aquellas últimas tres palabras.

Una enorme losa dejó de oprimir el pecho de Gabriel cayendo contra el

suelo. Necesitaba escuchar aquellas palabras saliendo de su boca: "Confianza".

Que confiara en él era lo único que le importaba en ese momento.

—Ahora... vete a casa, date un baño o lo que hagas para relajarte.. pero

sobretodo, debes prometerme que lo vas a pensar cuando tengas la mente bien

fría.

Sus sabios consejos apaciguaron poco a poco su ira. Pocas eran las

opciones: Renunciar a su trabajo y a su dignidad o arriesgarse y demostrar ante

el juez su inocencia.

Vagó por la acera en dirección a su apartamento. Comprobó la hora en su

reloj, calculando la diferencia horaria, serían cerca de las seis de la tarde en

Barcelona. Salió al balcón y se sentó en una de las dos sillas de madera de teca.

Se encendió el último cigarrillo negro que le quedaba. En esos momentos de

soledad absoluta era cuando más necesitaba sentirse arropado por su familia.

Necesitaba como el aire para respirar escuchar una voz familiar. Marcó el

número de teléfono de su padre. A esas horas debía estar saliendo de su

despacho camino a casa. Era lunes, y los lunes no impartía clases de inglés en la

academia en Sants.

Cuál fue su sorpresa cuando no fue su padre quien respondió a la

llamada, sino una voz femenina.

Gabriel frunció el ceño perplejo.

Era la voz de Marta, la prometida de su hermano Iván.

—¿Hola? —Preguntó—.

¿Gabriel.. eres tú?

La imagen de Marta asaltó su mente.

Cerró los ojos, la imagen era nítida como si estuviese delante de él. Era

capaz de sentir su perfume, el canto de su risa, el roce de sus dedos entre sus

cabellos, sus labios sensuales... y sus preciosos ojos almendrados.

Se había quedado helado. No esperaba escuchar su voz, al menos no tan

pronto. Apenas habían transcurrido dos semanas desde su último encuentro en

el que ella le confesó que esperaba un hijo de su hermano Iván y en ese

momento murió cualquier resquicio de esperanza con ella.

—¿Gabriel.. ? —insistió. Marta comenzó a inquietarse.

El teléfono mostraba en la pantalla el número de Gabriel, pero él no daba

señales de vida. Salió corriendo del hospital, por si no había suficiente

cobertura. En la calle estaba oscureciendo y llovía a cántaros.

—Marta... —logró pronunciar por fin.

—Gabriel, gracias a Dios. .

—inspiró hondo dejando escapar un quejido llevándose la mano al pecho.

Se creó un molesto silencio entre ambos que solo duró unos segundos.

—¿Cómo estás? —susurró con su característica voz dulce.

—Muy bien... me tratan bien estos pijos de Manhattan... —se burló

divertido intentando reprimir las emociones.

Ella rió contagiada.

—¿Cómo llevas el embarazo?

—le preguntó algo más serio.

Marta sintió una punzada en el corazón.

—Los mareos persisten pero cada vez son menores. Y ya no tengo vómitos

matutinos.

—Me alegro —sonrió a medias—. Y en Barcelona.. ¿cómo andan las

cosas? mentirle. No a él—. Gabriel..

Su padre había sufrido un infarto cerebral hacía apenas tres horas y estaba

ingresado en la UCI con pronóstico reservado. Su madre e Iván, habían

decidido no informarle de momento hasta poder hablar de nuevo con el

neurocirujano. Pero Marta pensó que para entonces, quizás ya sería demasiado

tarde. Ella que se encontraba entre la espada y la pared no sabía qué hacer.

—Y... ¿Cómo es que tienes el teléfono de mi padre? —empezó a atar cabos.

—Gabriel.. creo que deberías saberlo.

De nuevo el silencio. Solo se escuchaba el vago sonido de la lluvia

rebotando contra las puertas acristaladas de la entrada del hospital.

El cigarrillo de Gabriel se acaba de consumir entre sus dedos, cayendo las

cenizas al suelo.

—Marta... ¿Qué ha pasado?

¿Dónde está mi padre? —la incertidumbre le corroía por dentro.

Ella tragó saliva y cerró los ojos. Las palabras que iba a pronunciar le

dolerían en el alma. Deseaba poder estar allí, en

Manhattan, para abrazarle y

decirle que todo iba a salir bien, aunque el pronóstico era demasiado incierto.

Se tomó unos segundos más antes de responder, sintiendo como sus ojos

se empezaron a humedecer.

—Tu padre está ingresado en el hospital. Esta tarde ha sufrido un infarto

cerebral.

El teléfono se le resbaló de las manos, partiéndose al chocar contra el

suelo. Una amarga sensación empezó a estrangularle el pecho. Nervioso, unió

las piezas que yacían esparcidas por el suelo, con tal mal infortunio que al

recomponer de nuevo el teléfono, este no volvió a funcionar.

Corrió al rellano de su apartamento y aporreó la puerta de su vecino

Charly. Necesitaba localizar un teléfono rápidamente. La puerta se abrió poco a

poco. Scott, su nieto, sacó la cabeza tímidamente.

—Hola Scott... ¿está tu abuelo?

Él negó con la cabeza sujetando con fuerza el pomo de la puerta.

—Y... ¿podría entrar y hacer una llamada?

Él niño volvió a negar con la cabeza.

—Supongo que tu abuelo no quiere que abras la puerta ni que hables con

extraños, ¿verdad?

Él asintió.

—Vale... —Gabriel pensó—. Hacemos un trato... Me dejas entrar y te

compro el muñeco de súper héroe que más te guste... —le sonrió—. Te he visto

jugar con Batman... ¿Es tu preferido?

Asintió de nuevo con la cabeza.

—Vale... Te prometo que cuando venga de España, te traeré el Batmóvil.

El crío abrió mucho los ojos.

Y poco a poco le abrió la puerta.

Gabriel entró. Los cuatro gatos siameses corrieron a su encuentro,

enroscándose por sus pantorrillas.

Cuando sus ojos vagaron por el salón, se dio cuenta en las condiciones

infrahumanas que vivían sus vecinos. Los muebles eran viejos y mal cuidados,

aparte de una gran falta de higiene. Había excrementos de gato por todas partes

y un hedor pestilente envolvía el ambiente.

Entre tanto desorden, le costó reconocer el teléfono. Estaba entre una

montaña de ropa sucia.

Scott lo observaba desde un rincón.

Gabriel se fijó en su vestimenta. Tenía los pantalones mojados a la altura

de la bragueta. Se había hecho pis.

—Scott —le dijo en un tono bajito y relajado—. ¿Tienes otros pantalones

limpios? ¿En tu cuarto, tal vez?

El niño se encogió de hombros. A Gabriel no le quedó más remedio que

buscar su habitación. El apartamento era algo más grande que el suyo.

Caminó por un estrecho y oscuro pasillo hasta dar con tres puertas.

Dedujo fácilmente cual sería la de Scott, había un antifaz de su ídolo colgando

del pomo. Abrió la puerta. La oscuridad le seguía hasta allí. Apretó el

interruptor varias veces pero este no funcionaba. Había una pequeña ventana

sin cortinas. Se acercó hasta ella y estiró de la

cinta para levantar las persianas y

de paso abrió la ventana para ventilar el cuarto. Miró a su alrededor. La cama

estaba deshecha, y a juzgar por las manchas de las sábanas, hacía semanas que

no se cambiaban.

Reinaba el desorden en consonancia con el resto de la casa.

Había restos de comida en un plato sucio sobre la mesa del escritorio entre

unos papeles que parecían deberes pendientes de hacer.

Hizo de tripas corazón y se acercó a un mueble cajonero para buscar unos

pantalones decentes. Logró encontrar uno entre más ropa sucia y arrugada.

Cuando regresó al salón, Scott aún continuaba arrinconado.

—Te dejo aquí estos pantalones —dijo tras colocarlos encima de la mesa—.

Puedes cambiarte mientras hago la llamada... ¿vale?

—Vale.

Gabriel creyó escuchar

su voz en un débil susurro. Cogió los

pantalones y desapareció del salón.

Aprovechó esos segundos para llamar a Jessica. Sabía que ella podría

ayudarle a conseguir el primer billete disponible para volar a Barcelona.

—Gabriel.. —le respondió susurrando—. ¿Qué

ocurre? Estoy en la

consulta del doctor... ¿Es importante?

—Mi padre ha sufrido un infarto cerebral.. es grave. Necesito volar

urgentemente a Barcelona.

—Dame

un minuto —dijo alzando el dedo índice dirigiéndose al

Doctor Olivier mientras se levantaba de la silla y salía de la consulta.

Gabriel aguardó en silencio, esperando su respuesta.

—Deja que haga un par de llamadas. Mientras podrías ir preparando las

maletas. Te llamo en cuanto consiga el billete.

—Jess... Mi teléfono ha dejado de funcionar. No podrás contactar

conmigo...

123

—Entonces... —pensó—. Te recojo en tu apartamento y te acompaño al

aeropuerto.

—Vale —sonrió—. Gracias Jess.

—Ya me lo cobraré cuando regreses... —contuvo un suspiro y continuó en

un tono más serio—. Porque... Regresarás, ¿no?

El tiempo se congeló.

Solo se escuchaba la respiración agitada de Gabriel.

—No lo sé.. —tragó saliva costosamente.

La enfermera salió a la sala de espera en busca de Jessica.

—Disculpe que le moleste, señorita Orson.

—Enseguida vuelvo — Jessica se giró y le sonrió amablemente.

Gabriel frunció el ceño pensativo.

—¿Va todo bien?

—Sí. No te preocupes. Es solo un chequeo rutinario, nada que no tenga

solución —intentó sonreír pero los músculos de la mejilla se tensaron

impidiéndoselo—. Mala hierba nunca muere..

—Entonces ni tú ni yo, moriremos nunca —se burló.

Cuando se despidieron, Jessica regresó a la consulta.

Los resultados no habían sido los esperados. Tras repetir las pruebas de

nuevo, el Doctor Olivier Etmunt le explicó que debía de realizarse cuanto antes

unas punciones en el pecho para descartar el posible tumor maligno. Pensar en

aquella horrible enfermedad la hizo envejecer diez años de golpe. Pensaba en

las cosas que había hecho en su vida, pero sobre todo en las que no había hecho

todavía. Tan solo tenía treinta y cuatro años y hacía más de diez que no sabía de

sus padres. Y por primera vez se dio cuenta de que se había dedicado a vivir

tras la coraza de

una mujer fuerte, independiente y, segura de sí misma,

cuando en el fondo no era tan

diferente que cualquier otro de realizarse

cuanto antes unas punciones en el pecho para descartar el posible tumor

maligno. Pensar en aquella horrible enfermedad la hizo envejecer diez años de

golpe. Pensaba en las cosas que había hecho en su vida, pero sobretodo en las

que no había hecho todavía. Tan solo tenía treinta y cuatro años y hacía más

de diez que no sabía de sus padres. Y por primera vez se dio cuenta de que se

había dedicado a vivir tras la

coraza de una mujer fuerte, independiente y,

segura de sí misma, cuando en el fondo no era tan diferente que cualquier otro

mortal, cargado de miedos e inseguridades.

Capítulo 20

Marta trató de ponerse nuevamente en contacto con Gabriel, pero cada

vez que lo intentaba saltaba el contestador. Le dejó un par de mensajes y esperó

en la calle varios minutos más. Una sensación de preocupación le invadió. Sabía

que para Gabriel su familia era lo primero. Idolatraba a su padre.

La puerta acristalada se deslizó a ambos lados abriéndose de par en par.

Iván se acercó abrazándola por detrás, colocando su barbilla entre el hueco

de su cuello, inspirando el olor de sus cabellos.

—Cariño, he salido de cuidados intensivos y ya no estabas. Me tenías muy

preocupado. He dejado a mi madre con él.

Marta se desprendió de sus brazos y se giró, quería mirarle a los ojos

porque tenía que decirle que había roto su promesa.

—Gabriel ha llamado al teléfono de tu padre, he contestado y hemos

estado hablando.

Iván abrió mucho los ojos y la sonrisa se le borró de la cara.

—Se ha sorprendido mucho que fuese yo y no tu padre quién contestara a

la llamada.

—¿Y qué le has dicho?

—La verdad.

La expresión de él se endureció en cuestión de segundos.

—Marta, no tenías que habérselo contado.. No aún...

Iván se cruzó de brazos.

—Pues yo creo que os equivocáis, y que tiene todo el derecho del mundo

a saberlo.. —le dijo bastante molesta.

—¡Maldita sea, Marta...! — Alzó la voz—. Tenías que haber esperado a ver

que nos decía el doctor.

—Iván... ¡Tu padre está muy grave..!Y se muere… —Exclamó ella con la

mirada clavada en sus ojos como si no fuese realmente consciente de la

gravedad del problema—. Es posible que no sobreviva.. Gabriel debe de estar

al tanto y a su lado, y con tu madre... y contigo...

Al oír sus palabras, a Iván se le hizo un nudo en la garganta. Por desgracia

era cierto. El infarto había dañado considerablemente su cerebro, y de

sobrevivir, las probabilidades de volver a ser la misma persona eran ínfimas.

Iván tragó saliva costosamente.

125

—Lo siento Iván... —Marta le rodeó el cuello con los brazos y le abrazó

con fuerza.

—No, perdóname tú a mí... estoy muy nervioso —dijo acariciándole el

largo de los cabellos—. Hiciste bien.. yo en tu caso hubiese hecho lo mismo.

—Ya lo sé... —sorbió por la nariz a la vez que se secaba las lágrimas de los

ojos.

Iván buscó un pañuelo en su bolsillo para entregárselo.

—Deberías ir a casa para descansar un poco.

—No te preocupes, estoy bien.

—Sé que no has comido nada desde el mediodía —le regañó.

—Tengo el estómago cerrado, no podría comer nada en estos momentos...

—No seas testaruda... El médico te ha recomendado reposo —volvió a

fruncir el ceño—. Recuerda, que has tenido ligeras pérdidas..

Marta se llevó la mano al vientre y el corazón le empezó a correr deprisa.

—Márchate a descansar, si no lo haces por ti, hazlo por el bebé...

La besó en los labios y luego en la frente. Marta tomó conciencia. Tenía

razón, no arreglaba nada permaneciendo más

tiempo en aquel hospital y en el

hipotético caso de que su padre despertara, daba por hecho que querría ver

primero a su hijo y a su esposa, antes que a ella.

—De acuerdo. Iré a casa, comeré algo y me estiraré en la cama —dijo a

regañadientes.

—Buena chica —sonrió dulcemente por fin complacido.

Marta se despidió con un nuevo beso, abrió el paraguas y se perdió entre

la lluvia y la oscuridad de aquella noche del mes de septiembre, conduciendo

su 206 por las calles del centro de Barcelona hasta el ático de Iván.

Él por el contrario, se quedó pensativo. La última conversación entre

Gabriel y él, no fue precisamente agradable. Y conociendo a su hermano, daba

por sentado que cogería el primer vuelo para regresar lo antes posible. Sacó de

su bolsillo trasero el paquete de tabaco y se llevó uno a la boca.

Aquella noche amenazaba con ser muy larga.

* * *

Antes de salir de aquel apartamento, Gabriel miró de nuevo a los

temerosos y grises ojos de Scott. Él era un niño menudo para su edad, de

rubios cabellos rizados y algo desgarbado, y hasta donde se podía intuir a

través de su ropa dos tallas más grandes, algo desnutrido.

Gabriel se le aproximó un par de pasos, pero él enseguida retrocedió

chocando contra la pared.

—Tranquilo.. —murmuró enseñándole las palmas de sus manos en forma

de rendición—. No voy a acercarme más, te lo prometo... lo que voy a hacer

es quedarme justo aquí —señaló un punto en el suelo.

Gabriel sintió lástima y se culpó por no haberse dado cuenta antes de que

Scott necesitaba ayuda. Alguien en quién poder confiar. Un amigo, tal vez. A su

mente regresaron aquellos recuerdos de un niño de su misma edad, muy

delgado, moreno y con unos inexpresivos ojos azules que le observaban

escondiéndose detrás de la falda de su madre. Su madre biológica había

fallecido tras una larga enfermedad y en solo unos meses su padre no pudiendo

aguantar la presión, lo abandonó.

Gabriel enseguida lo aceptó, aunque fuese tres años mayor. Cumpliendo

así por fin sus sueños, un hermano era cuanto había deseado. Esas fueron las

mejores navidades de toda su vida. Aquel niño inseguro y triste, se convirtió en

su hermano para el resto de su vida.

Sus ojos se desviaron hacia la mesita junto al sofá. Sobre ella había unos

platos con restos de comida. Probablemente hacía horas que no había probado

bocado.

—¿Has comido hoy? —le preguntó observando detenidamente su

reacción.

Scott meditó la pregunta y luego negó con la cabeza. A Gabriel, se le

encogió el alma. No comprendía cómo dejaban al cuidado de un menor a una

persona que a leguas se veía que no era apta para ello. Aunque fuese su abuelo

y le amparase la ley. ¿Dónde estaban los asistentes sociales cuándo más se les

necesitaba? Daba por hecho que allí nadie había puesto un puñetero pie en

mucho tiempo. Y sin ir más lejos, quedaba pendiente el tema del padre, un

convicto amenazando con regresar en cuanto le soltaran de la prisión.

«Menuda mierda de vida tenía aquel chaval. Nadie debería de permitir

que un niño sufriera, a ningún nivel».

—¿Te gustan las hamburguesas? Yo tampoco he comido todavía... si

quieres, puedo preparar dos así de grandes —hizo un gesto exagerado

separando mucho las manos.

—Sí... —dijo en un leve susurro.

A juzgar por cómo arrugó la comisura de los labios, Gabriel creyó apreciar

una sonrisa.

—Vale... Voy a mi apartamento, que es aquel que está allí enfrente —dijo

señalando connel dedo a la puerta—.Y en menos de diez minutos volveré con

dos de las hamburguesas más grandes y más pringosas que hayas visto en toda

tu vida...

Y así lo hizo.

Con la mente dividida entre ese crío y su padre debatiéndose entre la vida

y la muerte, colocó las hamburguesas sobre la plancha mientras abría dos bollos

de pan. Cortó tiras de lechuga y rodajas de tomate. Abrió la nevera buscando

las lonchas de queso y el ketchup. Pronto estuvieron listas, así que regresó con

los platos, las latas de CocaCola y el bote de ketchup, tratando de hacer

malabares para pulsar el timbre con el codo.

La puerta se entreabrió de nuevo lentamente.

Gabriel se topó con aquellos ojos grises que se abrieron como platos al ver

aquellas enormes hamburguesas. Pasó al salón, dejándolo todo sobre la mesa.

Los cuatro gatos empezaron a maullar a la vez y a saltar como locos nada más

oler la comida. Los empezó a capturar uno a uno y a encerrarlos en otra

habitación, al menos así no molestarían mientras comían.

Satisfecho, arrastró una de las sillas y se sentó. Miró de reojo a Scott que

permanecía en aquel rincón. En su rincón. Sabía perfectamente que era cuestión

de tiempo que se acercara a comer. Así que, levantó el trozo de pan que cubría

la hamburguesa y comenzó a tirar cantidades astronómicas de ketchup,

deslizando el dedo por el sobrante de salsa que resbalaba del bote, chupándose

el dedo.

—Hum... ¡Está de muerte! — Dijo disfrutando

como un niño y guiñándole

el ojo para tratar de romper aquella barrera invisible que se alzaba entre ellos—

. Venga.. que se enfría —hizo un gesto con la cabeza animándole a venir.

Scott dudó, pero era tanta el hambre que tenía, que sus pies comenzaron a

caminar solos. Gabriel le observaba por el rabillo del ojo, parecía que se había

relajado un poco sentándose a su lado. El crío alargó la mano para coger el bote

de ketchup, intentando abrir la tapa pero no lo conseguía.

Gabriel frunció el ceño.

«Pues sí que estaba débil el muchacho... ni siquiera es capaz de levantar

una simple tapa.. »

—Si me lo dejas, te ayudo — acercó la mano muy lentamente para que no

se asustara. Scott se lo pensó.

Si quería ketchup, tendría que dárselo, así que le puso el bote sobre la

palma de su mano y por primera vez le miró a los ojos sin titubear. Gabriel

esbozó una amplia sonrisa, Scott había dado un paso de gigante.

—Toma campeón —le dijo mientras le devolvía el bote abierto.

El tiempo que duró aquella comida, ninguno de los dos abrió la boca a no

ser que fuese para comer. Scott devoró la hamburguesa sin dejar siquiera las

migas, incluso relamió todo el plato.

—Bueno, chaval... me tengo que ir, he de hacer un viaje muy largo y una

chica guapísima me está esperando... se llama Jessica — alzó la mano con la

intención de pasársela por aquellos cabellos alborotados pero se arrepintió y

cerró la mano en un puño—. Ya verás cómo un día también te gustará una

chica.

Sus gestos le delataron, empezó a removerse con intranquilidad y agachó

la cabeza ruborizándose. Por lo visto a Scott le gustaba una niña.

Cuando Gabriel regresó a su apartamento, empezó a preparar las maletas

sin tener muy claro qué llevarse, no sabía cuánto tiempo se quedaría en

Barcelona, podrían ser días o incluso semanas.

Poco después, sonó el timbre. Acabó de cerrar a cremallera de la maleta

y la llevó junto al recibidor, apoyándola en la pared. Pasó las manos por el pelo

en un par de ocasiones y después abrió la puerta.

—Hola Jess —le sonrió invitándola a pasar. Sus ojos inevitablemente

vagaron por su cuerpo como de costumbre. Jessica era una mujer muy bella.

Vestida en esta ocasión con un ajustado traje en dos piezas, americana y falda

lápiz en tonos berenjena.

Ella dio unos pasos hacia el interior del salón, deteniéndose al escuchar

cerrarse la puerta tras de sí. Se giró en silencio encontrándose con su intensa

mirada. El aire como siempre comenzó a cargarse de electricidad entorno a

ellos.

—Gabriel.. siento mucho lo de tu padre —dijo acercándose hasta él.

Hizo una pausa cuando vio que la expresión de Gabriel había cambiado.

Se le notaba cansado y realmente preocupado.

—Ya verás como todo saldrá bien —le intentó relajar con su voz cálida

mientras le colocaba la palma de la mano sobre su torso.

Gabriel la miró a los ojos perdiéndose en su mirada mientras ella rodeaba

con sus brazos el cuello y lo abrazaba, apretándose contra su pecho, enredando

sus dedos entre los cabellos rebeldes de su nuca, que tanto le gustaban.

Gabriel contuvo el aire unos segundos en sus pulmones.

—Creo que... voy a echarte de menos —le susurró lentamente al oído

mientras surcaba un camino de besos por todo su cuello.

«Yo también», pensó Jessica. Aunque no se atreviera o no quiso

confesárselo. No cabía duda que Gabriel para ella era “especial”. En el corto

espacio de tiempo que hacía que se conocían, se había convertido sin duda en

un amante perfecto y no solo a nivel sexual.

—Tu avión sale en hora y media, deberíamos de irnos ya —le informó

despegándose poco a poco de su cuerpo.

Gabriel se detuvo de nuevo a mirarla, quería recordar cada trazo de su

precioso rostro.

Jessica notó por primera vez en su vida una extraña sensación que le

presionaba su vientre. ¿Era amor?. . No, eso eran palabras mayores. Quizás se

empezaba a encaprichar de Gabriel.

Sujetando su cara entre sus manos, él acercó su boca a la de ella y la besó

profundamente con amargo sabor de despedida.

—¿Qué tendrán tus besos.. ?

—musitó él tratando de recuperar el aliento.

Ella le devolvió una sonrisa traviesa.

—Venga... vámonos ya... —le estiró de la camiseta hacia ella, llevándole de

nuevo hasta sus labios—. Si no, me obligarás a arrastrarte hasta tu cama y te

haré perder el avión.. y eso no me lo perdonaría nunca...

Jessica lo atrajo con fuerza a su boca, besándole con vehemencia y

posesión. Deslizando sus manos por el interior de la camiseta, pellizcando una

de sus nalgas. Gabriel sintió un ligero estremecimiento en su piel.

Pronto, tuvieron que dejar de acariciarse mutuamente y de besarse.

—Quiero dejarte a medias para que regreses a buscar el resto. . —le sonrió

mordiéndole el labio inferior y tirando sensualmente de él.

—Me muero de ganas de venir a buscar el resto... —sonó a promesa.

—Vamos... Tenemos poco más de una hora para llegar al aeropuerto —

dijo mirando el reloj de pulsera de oro y brillantes.

Gabriel echó un último vistazo a aquel apartamento y cerró la puerta.

Le aguardaba un viaje muy largo.

130

Capítulo 21

Gabriel, aunque estaba agotado física y emocionalmente, no logró dormir

en el avión en todo el trayecto, tantos pensamientos agolpándose en su mente,

lo mantuvieron en vela. El infarto cerebral de su padre, la acusación de acoso

por parte de Caroline, su vecino Scott y su abuelo Charly, regresar a Barcelona

y volver a enfrentarse a su hermano, pero sobretodo había algo que le

inquietaba y mucho, el no saber qué sentimiento tendría al volver a ver a Marta.

El avión tomó tierra sobre las seis de la mañana. Tras recoger la maleta de

la cinta transportadora, subió a un taxi que esperaba tranquilamente en la

parada.

«Menuda diferencia con Manhattan, aquí por lo menos es posible pillar un

taxi sin iniciar una batalla campal con el vecino», pensó mientras se acomodaba

en el asiento.

—Buenas días, ¿Adónde te llevo?

—Al hospital Quiron, por favor.

—Pues me temo que vas a tener que relajarte un poco en el asiento y

tomártelo con calma... Acaban de anunciar por la radio que ha habido un

accidente múltiple...

Gabriel resopló, no daba crédito a su mala suerte. Se restregó la cara con

las manos. Era de locos, sin teléfono y sin poder llegar al hospital. Pensó con

rapidez qué otras opciones le quedaban.

—El accidente ¿dónde ha ocurrido?

—En la Ronda de Dalt —le contestó poniendo en marcha el vehículo.

—Pues entonces necesito que me lleve a otra

dirección.

—Claro.

Dándole las nuevas señas, en veinte minutos llegó hasta su destino.

Gabriel bajó del taxi. Recogió la maleta y alzó la vista al aire mirando

aquel bloque de pisos del centro de Barcelona. Sonrió l e v e me nte "Cuántos

recuerdos". Tan solo hacía dos semanas que se había marchado pero la

sensación era de haber pasado toda una vida.

Subió al ascensor, junto a la señora Teresa, la vecina del décimo. De nuevo

la mala suerte le perseguía como si fuese su propia sombra. Nada más cerrarse

la puerta comenzó a examinarlo a conciencia. Acostumbraba a realizar ese

mismo ritual cada vez que se topaba con él. Gabriel sabía perfectamente que sus

tatuajes y sus piercings la intimidaban. Nunca se había fiado de él y por ello

nunca se había dignado siquiera a saludarle.

Al cabo de unos interminables e incómodos segundos para ella, la puerta

se abrió.

—Que pase un buen día señora Teresa... —le sonrió divertido a sabiendas

que eso la irritaba.

Ella soltó un gruñido y salió despavorida del

ascensor.

Gabriel se rió con ganas, le parecían cómicas las personas que prejuzgaban

a las demás sin dignarse siquiera a conocerlas.

La puerta volvió a cerrarse.

Una sola planta más y llegaría a su apartamento, entonces podría dejar la

maleta, darse una ducha rápida, llenarse el estómago con algo de comida y

hacer rugir el motor de su BMW K 1200.

Gabriel hizo girar las ruedecitas de la maleta hasta la puerta de su

apartamento. Inspiró hondo antes de entrar liberando poco a poco el aire de

sus pulmones. Se quitó la cazadora de cuero y

entró. Todo estaba en completo

silencio, todo permanecía igual a como lo recordaba.

Cruzó el salón dirigiéndose al pie de las escaleras para subir al piso de

arriba, cuando vio la puerta entre abierta de la habitación de Iván. Se acercó,

dejando la maleta junto al sofá. Notó un pálpito en el pecho al ver a Marta

durmiendo en la cama. Se quedó mirándola en silencio, un rato, sin acercarse,

apoyando la espalda en el marco de la puerta.

«Pareces un ángel.. », murmuró.

Cuando el despertador comenzó a sonar, Marta abrió los ojos

sobresaltándose al ver a Gabriel plantado en la puerta con los brazos cruzados,

el pelo alborotado y unas ojeras espantosas. Tuvo que pestañear varias veces no

dando crédito a lo que veían sus ojos.

Gabriel había vuelto.

—Hola Marta... —inspiró hondo con una sonrisa ladeada.

Algo aturdida, se destapó de las sábanas y caminó descalza hacia él.

—¿Cuando has llegado? —le preguntó colocándose el pelo detrás de la

oreja.

—Hace tan solo unos minutos.

Ella le sonrió y sus ojos empezaron a brillar

emocionados.

—Me alegro de que hayas podido venir. . —hizo una breve pausa, luego

prosiguió—: Tu padre te necesita.. y tu madre.. y..

—Iván... —le acabó la frase.

Los ojos de Marta comenzaron a humedecerse lentamente. Sabía cuánto

idolatraba a su padre y el duro golpe que suponía para él lo ocurrido.

Deseaba abrazarle con todas sus fuerzas sin con ello consiguiera que su

sufrimiento remitiera, pero se contuvo y no lo hizo.

—Lo siento Gabriel.. — susurró angustiada.

—No llores, Marta.

—Es que es muy injusto...

—La vida suele ser injusta.

Gabriel le secó con el pulgar una lágrima que rodó por la mejilla. Deseaba

abrazarla, pero no quería intimidarla, ni asustarla, ni que pensara que quería

algo más de ella. No quería que hubiesen malos entendidos, aunque se muriera

de ganas de abrazarla y de acariciar de nuevo su piel y. . de sentir su olor.

—Ahora ya estoy aquí... y lo que tenga que pasar, pasará..

Marta asintió con la cabeza dándole la razón. Tenía un nudo en la

garganta. Se le hacía muy cuesta arriba ver sufrir a las personas que más quería.

—Iré a darme una ducha rápida, a comer algo y después me iré al

hospital. Si quieres te llevo —se ofreció Gabriel.

—De acuerdo —dijo tapándose la boca con la palma de la mano, sintiendo

como una arcada le subía por la garganta— ¡Dios, creo que voy a vomitar.. !

Marta salió como un resorte hacia el cuarto de baño, se arrodilló frente al

retrete y comenzó a vomitar. Gabriel la siguió y cuando dio con ella, se acuclilló

y le retiró el pelo de la cara, sujetándolo en una cola improvisada.

—Joder Marta.. pareces la niña del exorcista.. —

se rió mientras le hacía

círculos en la espalda con la palma de su mano para calmarla—. Y eso que aún

no has desayunado.

—No seas tonto... —le pegó un manotazo en el hombro acabándose de

limpiar con la toalla sentándose en el suelo, él la imitó haciendo lo mismo—.

Pues acostúmbrate a verme vomitar, porque lo hago casi a diario. .

Gabriel se rió con ganas.

—Veo que tampoco lo estás pasando nada bien con el embarazo.

—La verdad es que está siendo un tanto molesto, aún sigo con mareos y

pequeñas pérdidas. .

—Y ahora encima lo de mi padre.. creo que sería mejor que te quedaras a

descansar.

Marta comenzó a reír sin poder parar de hacerlo.

—¿Qué...? —Frunció el ceño

—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Eres igualito a tu hermano. .

Gabriel enarcó una ceja, molesto.

«¿Igual que Iván? ¿En qué sentido? Si no nos parecemos en nada»

—Vamos a ver, estoy perfectamente... Solo estoy embarazada, no

enferma.. Dejad de intentar protegerme a todas

horas..

133

—No nos culpes, es normal que queramos protegerte..

Gabriel la miró intensamente a los ojos, sintiendo como sus pupilas

comenzaban a dilatarse y sus ojos a oscurecerse rápidamente.

Marta reconocía aquella mirada. Era la misma mirada hambrienta y

cargada de deseo del día del cumpleaños de Iván, cuando la besó.

Ella desvió la mirada clavándola al suelo y luego tragó costosamente

saliva.

—Ehm... me gustaría darme una ducha antes...de ir al hospital.. —dijo

levantándose del suelo ayudándose de Gabriel.

—Claro...

Gabriel la dejó en el cuarto de baño a solas.

Tras cerrar la puerta, se desvistió mirándose al espejo, notando como el

embarazo día a día iba transformando su cuerpo. Los pechos le dolían al

mínimo roce y había aumentado una talla.

Se colocó de lado mirando su perfil en el espejo y comenzó a acariciar su

vientre.

—Pequeño extraterrestre... — le sonrío dulcemente—. ¿Vas a tenerme los

nueve meses vomitando?

Gabriel dejó la maleta sobre la cama y separó ropa limpia para después de

la ducha. Una camiseta de manga corta y unos tejanos rotos, bastaría. Comenzó

a desvestirse lanzando la ropa al suelo. Se metió enseguida en la ducha

cerrando con fuerza los ojos para dejar de ver los de Marta.

Confiaba en que el volver a verla no le afectaría, pero se equivocó.

Marta antes de acabar de arreglarse, comenzó a preparar el desayuno.

Sabía que a él le gustaba el café solo bien cargado y que era lo único que

desayunada nada más despertar. Así que, mientras

se hacía, preparó la mesa

colocando una bandeja con magdalenas caseras que había horneado la noche

anterior, al no poder pegar ojo. Quizás probaría una.

Cuando el aroma a café recién hecho invadió aquella pequeña cocina,

Marta se sentó a esperar a Gabriel. Apoyó su codo sobre el margen de la mesa y

comenzó a morderse las uñas.

Siempre lo hacía cuando algo perturbaba su mente.

—¿Por qué estás nerviosa? —le preguntó Gabriel sentándose en la silla y

retirándole la mano de la boca.

—Cosas mías...

Marta no podía confesarle que su actitud, que su presencia y en resumidas

cuentas que todo él, la ponían nerviosa, era inevitable. Todo era demasiado

reciente. No había transcurrido ni dos semanas cuando tomó la decisión. Iván o

él. Ahora le tocaba resignarse y convivir de ahora en adelante con ello, le

gustase o no.

Gabriel comenzó a sorber de aquel café recién hecho sin dejar de mirarla.

Desde el día del cumpleaños de Iván, le asaltaba una duda en su cabeza.

Necesitaba preguntárselo, tenía que saberlo.

—Marta, hay algo que necesito saber desde hace tiempo..

Ella le prestaba atención en completo silencio.

Del tono de sus palabras, pudo deducir que lo que le iba a preguntar

podría resultarle molesto.

Gabriel sorbió el café y luego prosiguió con suavidad:

—Me he preguntado muchas veces... ¿qué es lo que hubiera pasado si Iván

no hubiese llamado por teléfono aquella noche...? mientras te besaba y te

desnudaba en mi despacho.. ¿Hubieses hecho el amor conmigo?

Gabriel desarmó a Marta en solo un segundo.

Ella abrió la boca desconcertada. ¿Por qué se lo preguntaba ahora? No

tenía derecho a hacerle esa pregunta, no era justo. Ella tomó una decisión y él la

acató. A decir verdad, desapareció, se marchó al otro lado del mundo y sin

dejar rastro.

Marta tras ruborizarse levemente, reflexionó antes de responder:

—Gabriel.. Quiero serte sincera —se removió algo incómoda en el asiento.

Él la escuchaba en silencio, entrelazó sus dedos y apoyó los codos en la

mesa.

Marta esperó unos segundos más sin dejar de mirarle a aquellos ojos

expectantes y brillantes.

—Ambos fuimos al despacho en busca de lo mismo —tragó saliva

volviendo a detenerse en la explicación. Quería ser sincera con él pero

sobretodo consigo misma—. Pero al final no pasó de aquellos besos y de

aquellas caricias.. No sé la respuesta. Quizás fuera por la llamada de Iván o

quizás porque no debía de ocurrir. . Lo único cierto de todo es que eso es algo

que jamás sabremos y la incertidumbre con la que deberemos vivir. —Gabriel

se quedó con la palabra en la boca viendo como Marta se levantaba, zanjaba el

tema y llevaba la taza al fregadero.

Se quedó pensativo, pero no quiso insistir más en el tema al ver cómo le

afectaba tanto. Aunque, no hiciera falta, supo con aquella respuesta que Marta a

su manera estuvo enamorada de él y de no haber interrumpido aquella

llamada… probablemente se hubiese escrito otro final y las tornas hubiesen

cambiado.

Retuvo el aliento antes de acabarse el café y zamparse de un bocado una

de las magdalenas de la bandeja.

Marta se giró para acercarse a la mesa.

—¿Vamos a ver a tu padre?

Cambió de tema drásticamente. Era preferible dejar las cosas seguir su

cauce. Ahora estaba felizmente comprometida con Iván y esperaban juntos su

primer hijo. El destino ya les puso a prueba una vez… Mejor no tentarlo de

nuevo.

Gabriel ojeó su vestimenta. Aquel vestido era demasiado corto y

demasiado fino.

—Sí, pero ponte un pantalón. Iremos en mi moto. Marta frunció el ceño,

sorprendida.

—No sabía que tuvieras una.

—Marta...—se rió—.Hay demasiadas cosas de mí

que no sabes..

Desapareció de la cocina en busca de las llaves mientras ella fue a su

habitación y se puso unos tejanos y una camiseta y cuando regresó al salón,

Gabriel ya la esperaba con los dos cascos en las manos.

—¿No correrás mucho, no? Gabriel le sonrió dulcemente.

Esta vez le fue imposible evitar no caer en la tentación de besarle en la

mejilla.

Marta cerró los ojos al sentir posar sus labios cálidos otra vez sobre su

piel, quedándose sin aliento.

—Perdona...

Gabriel se disculpó aunque no se arrepintiera en absoluto de lo que

acababa de hacer.

—Tenía ganas de hacerlo... desde que te he visto con los ojos cerrados

durmiendo en la cama.

Gabriel acarició con la mano la misma mejilla que había besado instantes

antes.

De repente, la puerta se abrió a sus espaldas.

Era Iván. Descamisado.

Ojeroso. Con una fea barba de tres días. Agotado. Había pasado una noche

horrible y ahora también, enfurecido. Ver a su prometida con el hermano que

quiso interferir en su relación, no era una visión demasiado agradable, que

dijéramos. Confiaba en Marta, pero no en él. Y verles juntos y aparentemente a

gusto, le hacía hervir la sangre en las venas. No pudo evitar sentir celos.

Marta abrió los ojos como platos al verle entrar y fue rauda a su encuentro.

—Buenos días —fue a darle un beso pero él le apartó la cara.

—Voy a ducharme..

Lanzó una mirada de rencor hacia su hermano tan agresiva que Gabriel

sintió como si le estamparan contra la pared sin

siquiera llegar a tocarlo.

136

Luego cerró la puerta de la habitación de un portazo.

Marta negó con la cabeza. No había hecho nada malo, y si estaba cansado,

no tenía por qué pagarlo con ella, ni con Gabriel. Podía entender que verles

juntos llegara a enfadarle, pero por otro lado, le dolía que no confiara en ella.

Marta aguardó tras la puerta cerrada.

—Iván, nos vamos al hospital a ver a tu padre..

Al no escuchar respuesta al otro lado, ella empezó a sentirse molesta por

la actitud infantil que estaba adoptando. Aguardó

unos segundos más. No daba

signos de querer arreglar las cosas.

Marta golpeó la puerta con insistencia.

—Te equivocas tres pueblos Iván.. estás malinterpretando las cosas.. Abre

la puerta, por favor.. Déjame entrar y hablamos…

Ella se mantuvo firme, esperando.

Al cabo de unos segundos, por fin, se dignó a abrir la puerta y Marta pudo

entrar. Al hacerlo vio a Iván tendido sobre las sábanas, sin camiseta y descalzo,

con la mirada perdida al techo y los brazos doblados por detrás de la cabeza.

—Te estás comportando como un crío.

Iván se rió, la situación cuanto menos le parecía grotesca.

—Sí, no te rías.. como un niño, un niño malcriado..

—Marta... joder.. veo como te mira —le contestó enojado.

Ella negó con la cabeza, apretó los ojos y resopló con fuerza.

—¿Y qué? —Le preguntó sentándose a su lado—. Mírame...

Marta le cogió de la barbilla y le obligó a mirarla.

—Te quiero.

Iván entornó los ojos y volvió a reír esta vez con sorna.

—¿Acaso dudas? ¿Dudas de mí?

La miró con ojos llameantes.

—No me fío de él. .

—¿Y de mí?..

Iván se mordió el labio para no contestarle.

A su prometida aquella indecisión, la hirió en el alma.

—¡Vete a la mierda Iván! — le gritó marchándose de la habitación.

Marta caminó a paso firme hasta Gabriel. Estaba enojada y decepcionada a

partes iguales.

Cuando llegó a su lado, le arrancó uno de los dos cascos de las manos y

cogió las llaves de casa.

Gabriel no cabía en él de su asombro. Estaba perplejo. Menudo carácter se

gastaba la catalana.

Capítulo 22

Daniela seguía sin noticias de Gabriel. Eran cerca de las seis de la tarde y

él aún no había dado señales de vida, no se había puesto en contacto con ella.

Le esperó varios minutos más y luego bajó a la calle. Cuando se disponía a subir

a un taxi, alguien se le acercó. Era una chica morena, alta, de grandes ojos

azules y un elegante porte al andar.

—Eres Daniela, ¿verdad?

—Sí —respondió intrigada. No la conocía, pero por lo visto ella sí.

—Soy Jessica Orson, la directora ejecutiva de Gabriel.

—¿Le ha pasado algo? —le interrumpió antes de que pudiera acabar la

frase.

Jessica sonrió.

La voz temblorosa y el brillo en sus ojos la delataban. Por mucho que

pretendiera disimular, percibió enseguida que aquella chica menuda, indecisa y

con cara de no haber roto nunca un plato, estaba perdidamente enamorada de

Gabriel y no le culpaba por ello. Gabriel era irresistible.

—Él está bien.. no te preocupes.

Daniela soltó un suspiro, aliviada llevándose la mano al pecho.

Algo más serena empezó a preguntarse qué conexión podría tener con

Gabriel. Era evidente que él la importaba. Tenía pinta de tener una agenda

demasiada apretada como para ir perdiendo el tiempo en dar explicaciones a

una desconocida.

Sintió una pequeña punzada de celos en el corazón.

Tenía ojos en la cara y era consciente de que Jessica era esa clase de mujer

por el que un hombre solía perder la cabeza: Atractiva, inteligente,

independiente y con éxito, y ella a su lado, no podía evitar sentirse como el

patito feo que narraba la historia.

—Ha tenido que volar a Barcelona. Su padre ha enfermado y no sabe el

tiempo que se quedará allí.

—Y... ¿es grave?

—Me temo que sí —afirmó—. Pero Gabriel es fuerte y pase lo que pase, lo

superará.

El conductor sacó la cabeza por la ventanilla, frunciendo el ceño.

—¿Va a subir al taxi señorita? me está haciendo perder el tiempo y el pan

de mis hijos —le dijo enojado esperando una

respuesta.

139

—Perdone, ahora mismo subo —le respondió mirando de nuevo a

Jessica—. Gabriel no me responde al teléfono..

Jessica volvió a sonreír.

—Lo sé. Se quedó sin teléfono justo esta mañana.

—Y...

Daniela hizo una mueca. Quería hacerle una última pregunta pero se le

quedó atascada en la garganta.

—Toma. —Le entregó una tarjeta de visita de la compañía —. Llámame si

quieres saber de Gabriel.

Jessica le ofreció la mano.

—Gracias, señorita Orson — se la estrechó.

—Llámame Jessica —dijo dando media vuelta y alejándose entre la

multitud.

Daniela guardó la tarjeta y subió al taxi camino de la comisaria. Ya no le

cabía duda, entre ellos dos existía algo más que un simple trato profesional.

* * *

Gabriel y Marta llegaron pronto al hospital. Aparcó la moto en batería y

caminaron en silencio hacia la UCI. Al llegar a la sala de visitas, sentada en una

de las sillas estaba su madre con la mirada

perdida en ninguna parte.

Gabriel entregó el casco a Marta.

—Os dejaré solos para que podáis hablar —le dijo acariciando su brazo.

Asintió agradeciéndoselo con la mirada.

Cuando

Marta les dejó a solas, él pudo acercarse a su madre. Se

inclinó y le cogió de las manos, las tenía frías como un témpano.

—Mamá...Ya estoy aquí... — le susurró con la voz algo temblorosa.

Ella alzó la vista hacia sus ojos, tenía una mirada melancólica y triste.

—Mi Gabriel.. —su voz era dulce y suave.

Le colocó la mano sobre la cara y Gabriel la abrazó con ternura. Ambos

compartieron un mismo dolor. No eran necesarias las palabras, tan solo sentir el

calor de sus cuerpos y el amor que estos desprendían.

Permanecieron así abrazados durante largo rato.

—Cuánto te he echado de menos, mi vida.

—Lo sé. Yo también he pensado mucho en vosotros.

—Él no dejaba de explicar a sus amistades lo orgulloso que se sentía de ti,

de tu capacidad, de tus logros, de tu trabajo como arquitecto en Nueva York. .

Gabriel frunció el ceño ligeramente.

Recordaba perfectamente la última conversación que mantuvo con su

padre. La tenía tatuada en su corazón. Tuvieron una gran discusión. Francisco,

no estaba conforme con la decisión que había tomado de marcharse a trabajar a

Manhattan. No lograba entender cómo su hijo teniendo su propia empresa en

Barcelona se largaba a otro continente a labrar éxitos.

Gabriel tras aquella última conversación, se marchó sin despedirse de él.

—¿Puedo ver a papá.. ? —se secó los ojos con la mano.

—Hemos de esperar a que le aseen y cambien las

sábanas de la cama. —le

respondió con el semblante serio—. Solo permiten a una persona por visita tres

veces al día... Le han realizado una traqueotomía de urgencia, está sedado y no

responde a ningún estímulo y a medida que pasan las horas… peor es el

pronóstico.

Un profundo silencio invadió la sala. Era aún peor de lo que había

imaginado.

Dos enfermeras ataviadas con batas blancas salieron de la habitación. Una

de ellas, la más mayor, se acercó hasta Ana, la madre de Gabriel y le explicó que

podía entrar una sola persona durante veinte minutos, luego se marchó con

las sábanas sucias entre las manos.

—Tu padre te espera.. —le dijo soltándole la mano.

—¿No prefieres entrar tú?

Ana le sonrió con dulzura negando con la cabeza.

—Gracias mamá —volvió a rodearla con los brazos.

Gabriel entró a la habitación.

Su padre estaba estirado en la cama, parecía como si solo estuviese

dormido, a diferencia de que no era capaz de despertarse.

Se acercó lentamente. Había una butaca al lado de

la cama y sentándose en

ella, cogió de su mano. Tenía tantas cosas pendientes por decirle que no

encontraba las palabras adecuadas. Se limitó a hacerle compañía, estar a su

lado, sin más.

Los veinte minutos pasaron fulminantes como un simple suspiro. La

misma enfermera de antes entró en la habitación, llevaba en las manos un par

de bolsas, una de suero y otra de calmantes.

—Señor, debería salir —le ordenó amablemente mientras quitaba unas

bolsas y colocaba las otras.

—Claro —se desprendió de la mano de su padre

con mucho cuidado,

como si fuese de cristal.

Gabriel salió de la habitación, cabizbajo, con los ánimos decaídos. Sentía

impotencia y desconsuelo al ver a su padre postrado en una cama como un

vegetal. Francisco, siempre había sido el motor conductor de la familia,

emprendedor, vivaz, alegre.. Gabriel, había heredado el mismo carácter, era

una copia exacta a su padre. En cambio físicamente era igual que Ana, sus

mismos ojos, su mismo pelo y su misma sonrisa arrebatadora.

Al llegar hasta su madre que seguía sentada en la silla, se sentó a su lado

en silencio. Ella ya no lloraba, no le quedaban más lágrimas por derramar, había

llorado demasiado.

—No me despedí de papá...

—apretó la mandíbula con fuerza. Se odiaba a sí mismo.

—Sois los dos igual de cabezotas. —Sonrió Ana —. No te preocupes,

podrás hablar con él cuando se despierte.

—Y si no... se desp..

Gabriel guardó silencio. La situación era muy complicada y si algo le

había enseñado su padre, era a ser realista.

—Despertará... —Ana miró a su hijo con los ojos brillantes llenos de

esperanza.

Gabriel relajó la mandíbula y le esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Tienes razón.. va a luchar con todas sus fuerzas y va a ganar la batalla.

—Sí. Porque si no se despierta o se muere, no pienso perdonárselo

mientras viva —le sonrió con lágrimas en los ojos.

—Lo conseguirá.

—Ahora que Iván se casa y tú estás en Nueva York... no puede

abandonarme a mi suerte.. no me imagino la vida sin él..

Ana empezó a desmoronarse, la tensión, el cansancio le empezaron a

pasar factura.

—Mamá... desahógate... es bueno que lo hagas...

Volvieron a abrazarse y ella por fin, liberó su dolor.

—¿Qué va a ser de mí si se muere?.. No me imagino la vida sin él.. No

puedo —sollozaba en sus brazos.

Gabriel no podía mentirle, no podía crearle falsas esperanzas. Era muy

probable que eso sucediera. Debían estar preparados por si se daba el caso.

Cuando

Gabriel abrió los ojos, vio a Iván apareciendo por

la puerta.

Dejó de abrazar a su madre y se levantó de la silla.

—Voy a la máquina a buscarte algo de comer.

—No hace falta, cariño.

—Te conozco y sé que aún no has comido nada.

Ella no fue capaz de mentirle. Era cierto, desde que la llamaron del

hospital, no se había llevado nada a la boca.

—No voy a dejar que enfermes tú también.. —dijo mirando a Iván al

pasar por su lado.

Gabriel cruzó la puerta, al final del pasillo de la

primera planta estaba la

máquina expendedora. Introdujo unas monedas y el sándwich cayó al cajón.

Recogió el cambio. Y al volverse se encontró con Iván.

—Mamá no tiene la culpa de que no nos hablemos.

—Ya lo sé.

—Probablemente tengamos que estar días juntos. —Añadió Iván—. Por

eso, solo te pido una cosa.

—¿El qué?

—Ella lo está pasando muy mal... y no voy a permitir que además se tenga

que preocupar de nuestros problemas. —Exhaló con fuerza—. Te pido, que

delante de ella nos comportemos como personas adultas. Manteniendo un trato

lo más correcto posible.

—Por mi parte no hay problema... Eres tú el que no quiere saber nada de

mí— enarcó una ceja.

Iván se le acercó invadiendo con despropósito su espacio personal.

—Eres tú el que sigue clavándome puñaladas por la espalda.. —le

remarcó Iván.

Gabriel apretó el puño con fuerza.

—Deja en paz a Marta... Déjanos en paz a los dos. —estaba furioso. Su

tono era duro y amenazante—. Deja de tentarla a

cada oportunidad que se te

presenta.

Gabriel retomó el aire, no quería seguir con la conversación, no tal y como

la estaba encaminado su hermano. Por su parte, no tenía planeado intentar

nada con Marta, pero tampoco estaba dispuesto a renunciar a su amistad. Para

él, ella significaba mucho, más de lo que Iván pudiera llegar a imaginarse, y por

ese mismo motivo, la respetaba. De la misma forma que respetó su decisión, su

elección.

—Por mamá y por Marta, pondré todo de mi parte para que los días que

esté aquí, no te suponga ningún problema.

Gabriel al mirar de nuevo a los ojos de su hermano, pudo ver reflejado en

ellos miedo y angustia. Era la misma mirada de miedo y de angustia de aquel

niño de diez años que se escondía tras la falda de su madre. Entonces se dio

cuenta de que Iván amaba de verdad a Marta con toda su alma. Sentía miedo a

perderla y desesperación porque esto pudiera llegar a pasar.

—Iván... —le habló algo más relajado—. Marta ya tomó una decisión. Te

eligió a ti, no a mí.

Gabriel buscó las palabras adecuadas para convencerle de que se

equivocaba con respecto a los sentimientos de Marta hacia él.

143

—Ella te quiere solo a ti. — Enfatizó la palabra solo y prosiguió —: Y tus

dudas, le hacen daño. No seas gilipollas y no la cagues.

Dio media vuelta y le dejó a solas.

Cuando Ana dijo a Marta que sus hijos habían ido a buscar algo de comer,

la dejó sola en la sala y corrió por el pasillo hasta llegar a la máquina

expendedora. Al llegar allí, se encontró solo con Iván y a juzgar por la expresión

de su rostro, Gabriel acababa de estar allí.

Caminó hacia él, sin saber muy bien como retomar la conversación que

habían dejado pendiente en la habitación. Inspiró aire lentamente y cruzó los

brazos, seguía molesta por insinuar que desconfiaba de su lealtad. Espiró el aire

con fuerza y comenzó a hablar:

—No puedo soportar que no confíes en mí. No podemos basar nuestra

relación en la desconfianza. —Marta tragó saliva angustiada.

Necesitaba a gritos que confiara en ella de una vez por todas.

—Sabes que te quiero y que daría mi vida por ti. Quiero casarme contigo,

quiero tener mi bebé contigo, quiero compartir mi

vida contigo..

—Marta —le interrumpió acercándose un par de pasos.

—¿Qué?

—Cállate...

Iván caminó hacia ella y sin avisar le sujetó la cara con las manos, la miró

intensamente a los ojos y la besó ávidamente. Ella le devolvió el beso, era

cuanto necesitaba.

Separó sus labios de los de ella recuperando el aliento para poder mirarle

a los ojos y decirle con serenidad:

—Confío en ti, te necesito y quiero que lo nuestro funcione. — susurró

acariciándole la mejilla con el pulgar.

—No me vas a perder. Porque no te voy a dejar escapar — esbozó una

sonrisa traviesa y atrapando su camisa con la mano, estiró de ella para besarle

en los labios.

Gabriel llegó corriendo como un resorte. Estaba jadeando y respiraba

aceleradamente.

Ambos se giraron, mirándole aturdidos.

—Iván... Papá ha sufrido un nuevo infarto..

Capítulo 23

Con los dedos temblorosos Marta trataba de

anudar la corbata de Iván,

reprimiendo con fuerza las intensas ganas de llorar. Le ayudó a vestirse porque

él era incapaz de hacerlo por sí mismo. Había escogido uno de sus elegantes

trajes negros y aquella corbata gris que tanto le gustaba. Quería que su padre se

sintiera orgulloso de él.

El funeral iba a ser algo íntimo, a pesar de la gran cantidad de amigos y

conocidos que tenía Francisco. Siempre había sido muy querido y respetado por

sus compañeros de trabajo y alumnos de la academia. Sin duda su pérdida iba a

ser un duro golpe para mucha gente.

Acabó por fin de anudar la corbata gris, pero él ni siquiera se había dado

cuenta.

Marta cogió su mano y acarició su brazo.

—Iván... —le susurró apretando ligeramente la mano—. Es la hora.

Tenemos que ir a buscar a tu madre.

Al escuchar pronunciar aquellas palabras, alzó la vista encontrándose con

sus bonitos ojos almendrados. Aunque siguió sin poder hablar. El nudo que

tenía en la garganta era cada vez mayor.

—Escúchame, cariño... — susurró tras tomar aliento lenta y

profundamente—. Debes sentirte afortunado,

porque has tenido al mejor padre

del mundo. Al igual que él, porque ha tenido a los dos mejores hijos que un

padre jamás pudiera desear. . Te dio su vida, te dio su amor... y ahora tienes que

tener coraje y buscar fuerzas aunque creas no tenerlas.. para despedirle como

se merece.

Acercó la mano junto a su pecho, retomando aire nuevamente.

—Voy a estar a tu lado en todo momento y no pienso soltarte de la mano.

No pienso dejar que te caigas. .

Aunque se había prometido no llorar delante de Iván, no lo logró. Las

lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y la angustia a desgarrar las

paredes de su pecho.

Marta se sentiría siempre en deuda con Francisco, por adoptar a Iván con

diez años cuando su madre murió, su padre biológico le abandonó y ningún

pariente quiso hacerse cargo de su tutela. Evitándole vivir un futuro incierto,

dándole un verdadero hogar, una familia, un hermano y sobretodo amor

incondicional.

—Te quiero —ahogó un sollozo y le abrazó con fuerza.

—Yo también te quiero..

* * *

A Gabriel le ayudaba fumar, le relajaba. Fumar y estar solo.

De nuevo esa sensación de vacío en su pecho. Esa horrible sensación de

pérdida de un ser querido. Tan solo hacía cuatro años del fallecimiento de Érika

y ahora su padre. Era como si alguien le estuviese hurgando en la llaga con un

palo. Sentía impotencia, desolación. No tuvo ocasión de hablar con su padre, ni

de despedirse, ni de pedirle perdón por haberse marchado de aquella forma a

Nueva York.

Miró las vendas que cubrían su mano. Aún le dolían los cortes producidos

por los cristales al romper aquella ventana con el puño. Debía cambiársela, la

sangre había teñido ligeramente la gasa.

Dio una última calada, apagó la colilla en el cenicero y entró al salón.

Marta e Iván estaban esperándole sentados en el sofá.

—Si os parece bien, ya iré yo a buscar a mamá.

—Creo que sería mejor que fuésemos juntos —dijo Marta mirando

primero a Iván y luego a Gabriel—. Vuestra madre necesita que estéis unidos. .

Hacedlo por ella... pero también hacedlo por vuestro padre..

Gabriel inspiró hondo.

Marta de nuevo tenía razón, como casi siempre. Pronto regresaría a Nueva

York y el cauce volvería al río. Lo único que importaba en estos momentos era

que su madre se sintiera arropada por sus dos hijos y a ser posible, unidos.

—Gabriel. Iremos juntos — dijo Iván levantándose del sofá—. Iremos en

mi coche.

—De acuerdo —asintió Gabriel.

—Además ¿cómo pretendías conducir con esa mano? —le preguntó Marta

mirando las vendas.

—Apenas me duele —ocultó la mano.

—Déjame ver..

Marta se acercó y se la cogió. Tras girarla vio que la venda estaba

manchada de sangre.

Tuvo que negar con la cabeza, Gabriel no tenía remedio.

—No te hagas el machote... la herida puede infectarse, ya escuchaste a la

enfermera.

—No es para tanto... —se burló restándole importancia.

—Ven a la cocina, voy a cambiar esas vendas y a curarte las heridas.

Marta se marchó a preparar las vendas, el yodo y unas tijeras.

Gabriel en cambio, permaneció sentado mirando a su hermano.

—Yo de ti, le haría caso.. no puedes ni imaginarte lo cabezota que puede

llegar a ser.

—Me consta —sonrió.

—Aunque no le quito razón.

Los puntos pueden infectarse.

Gabriel no tuvo más remedio que resignarse y hacerles caso. Eran dos

contra uno. Así que caminó hacia la cocina. Marta ya le esperaba con todo el

arsenal preparado sobre el mármol de la cocina.

—Quítate la americana, arremángate la camisa y siéntate — le ordenó

cogiendo las tijeras.

—Joder, Marta.. —se rió—.¿De dónde has sacado esas tijeras tan grandes?

¿Seguro que sabrás utilizarlas?

Ella sonrió acercándose hasta donde estaba sentado.

—Te sorprenderías de las cosas que una aprende cuando ha convivido con

cuatro hermanos más pequeños. He tenido que ejercer de enfermera, de

maestra, de psicóloga... incluso de madre, en muchas ocasiones —empezó a

cortar la venda—. Aprendes a hacer de todo. .

—¡Auuu! —soltó un quejido de dolor.

—No-te-muevas... —le advirtió mientras iba separando poco a poco las

vendas de su piel

—. Vaya, se ha soltado un punto — dijo frunciendo el ceño.

Dejó de sujetar su mano y buscó gasas, yodo y la caja de los puntos

adhesivos de sutura.

—Esto te va a doler..

Él cerró un ojo preparándose para el dolor.

Ella sonrió mientras le retiraba el punto que estaba suelto, empapó la gasa

de yodo y presionó ligeramente la herida. Gabriel renegó en varias ocasiones

mordiéndose el labio. Enseguida le retiró los restos con otra gasa limpia y a su

vez, se apresuró a cortar uno de los puntos adhesivos a la misma medida que

los otros cuatro que ya tenía.

Gabriel la miraba con atención, aguantando como podía el dolor.

—Marta...

Ella apartó la mirada de su mano para dirigirla hacia sus ojos.

—Cuida de mi hermano cuando me vaya, te va a necesitar y. . mucho.

—Lo sé —asintió con la cabeza—. Y, pienso estar a su lado todo el tiempo.

Gabriel sonrió complacido al escuchar sus palabras. Quería a su hermano,

aunque no se lo demostrara y aunque hubiese mermado su confianza.

147

—¿Y quién cuidará de ti? — le preguntó ella envolviendo su mano con la

venda.

Se creó un silencio durante unos intensos segundos.

—No te preocupes por mí, estaré bien...

Marta asintió en silencio, acabando de vendar su mano.

Echando un último vistazo al vendaje comenzó a guardar las cosas.

—Gracias —dijo bajando la manga de la camisa.

Cogió la americana y se acercó hasta ella,

besándola en la mejilla.

—Gabriel.. por favor, no hagas eso..

Cuando se llevó la mano a la mejilla, la conversación fue interrumpida por

el sonido del timbre. Ambos se extrañaron.

¿Quién podría ser? No esperaban a nadie.

Gabriel salió de la cocina y se acercó a abrir la puerta.

—Víctor... ¡joder tío.. ! ¿Qué coño haces aquí? — le abrazó dándole unas

palmaditas en la espalda.

Iván se acercó poco después y saludó a Víctor tendiéndole la mano.

Apenas se conocían, habían tratado en dos ocasiones contadas. Él era amigo

íntimo de Gabriel, se conocieron cuando ambos vivían en Madrid. Trabajaron

juntos varios años antes de mudarse a Barcelona y abrir su propio despacho.

—Marta me avisó, llamándome por teléfono. ¿Para qué están los amigos

sino?

Ambos miraron a Marta que se acercaba a la puerta.

—Sí, ya sé que no te pedí permiso —miró a Gabriel encogiéndose de

hombros—. Y tampoco fue la única llamada que realicé..

—Es cierto —añadió Víctor—. Le di el teléfono de tu despacho en

Manhattan y habló con Jessica.

—¿Hablaste con ella? —le preguntó a Marta.

—Sí. Y la noté muy consternada.

Gabriel abrió los ojos.

—Ella ha venido. Está aparcando el coche —le dijo Víctor muy

sorprendido—. La última llamada que mantuve con ella fue hace dos semanas,

estaba muy cabreada y amenazaba con enviarte a Barcelona con una patada en

el culo —se rió.

Gabriel enarcó una ceja y Marta le miró con los ojos como platos.

—Tío... no sé lo que le hiciste, pero hacía mucho tiempo que no la

escuchaba tan irritada.

—Jessica es muy temperamental.. —carcajeó.

148

El repicar de unos tacones contra el suelo alertó su atención. Gabriel

desvió la mirada hacia aquel sonido que avanzaba desde la puerta del ascensor.

Era Jessica, vestida de riguroso negro, con un traje entallado de falda recta y

americana.

Un pálpito golpeó con fuerza su pecho. Jessica estaba allí. La muy

cabezota se había tragado las más de nueve horas de vuelo solo para

acompañarle en el funeral de su padre. Esta chica no dejaba de sorprenderle

gratamente.

—Hola Víctor. —se acercó y le dio dos besos.

—Jessica, ¿has tenido buen vuelo?

—Ya sabes que odio los aviones y la comida... bueno y todo lo relacionado

con volar... —sonrió mirando a Gabriel que no dejaba de observarla sin aún dar

crédito—. Tú debes de ser Marta, ¿me equivoco?

—Sí, soy Marta.. Marta Soler.

Jessica se acercó a ella para darle dos besos.

Olía a perfume caro.

Marta no podía dejar de observarla, era una mujer muy bella. Parecía

salida de una revista de moda. Tan alta, tan

elegante y tan sofisticada.

Rezumando seguridad por cada poro de su piel.

Luego se dio el privilegio de observar a Gabriel, dándose cuenta de cómo

la devoraba intensamente con la mirada. Era obvio que algo había surgido entre

ellos.

Tras las presentaciones pertinentes, había llegado el turno de Gabriel. Se

acercó a él y lo abrazó.

—Siento lo de tu padre.

Notó como los brazos rodeaban su cuello y su olor envolviéndole todos

los sentidos. Cerró los ojos unos instantes hundiendo la nariz en su pelo.

—Gracias por venir — estrechó su cuerpo con el suyo y le besó con

suavidad en el lóbulo.

—Sé que tú hubieses hecho lo mismo —le contestó separándose y dándole

dos besos en las mejillas.

* * *

La ceremonia fue muy emotiva. El último adiós dejó un profundo penar

en sus corazones. Iván y Marta acompañaron a Ana a su casa para que ésta

pudiera descansar. Los días que se avecinaban serían muy duros. Primero

aceptar la pérdida y después convivir con la

soledad.

Marta la ayudó a desvestirse y se cuidó de estar a su lado hasta que se

quedó profundamente dormida. Luego salió de la habitación y cerró la puerta

despacio para no hacer ruido.

—Ahora que tu madre está dormida, iré a preparar algo de comer.

—Por mí no lo hagas, no tengo hambre.

Marta se acercó a Iván. Éste estaba sentando en el sofá inclinado hacia

delante, con los brazos doblados y apoyados sobre sus piernas. Se sentó a su

lado.

—Tranquilo, lo entiendo. — Murmuró

abrazándole con ternura—. Ven..

—se levantó y le tendió una mano—. Vamos a la cama, nos estiraremos y así

podrás descansar.

Iván se restregó la cara con las manos y la miró a los ojos. Estaba agotado

física y emocionalmente. Quizás no era tan mala idea. Tratar de relajarse y

dormir, aunque fuese solo un rato. Por lo menos, el tiempo que estuviese

dormido no se vería obligado a seguir pensando en su padre.

* * *

En cuanto acompañaron a Víctor al aeropuerto y se quedaron a solas,

Gabriel aprovechó para acercarse a Jessica, atrapar su boca con la suya y besarla

con efusividad. Rodeando su cintura con sus brazos y alzándola un poco al aire.

—Cuantas ganas tenía de hacer esto... —le acarició la nuca con la mano—.

Estás como una verdadera cabra... dieciocho horas de vuelo bien merecen una

recompensa.

Gabriel sonrió.

—No corras tanto... —le puso la palma de su mano sobre su pecho—. He

venido para llevarte de vuelta a Nueva York.

El tono de Jessica había cambiado radicalmente, era directo y algo

distante.

—Peter Kramer, ha presentado la demanda ante el juez.

Gabriel tragó saliva con fuerza.

—Maldita Caroline y maldito Peter —pronunció en un murmullo casi

inaudible.

—Mi abogado te recomienda que regreses a la ciudad lo antes posible. Si

descubren que estás fuera del país, por el motivo que sea, te cortarán las

pelotas...

—¡Que se joda Caroline y que se joda Peter. .!¡Que se jodan todos! —Se rió

con desdén—. Pienso hacer que se traguen sus mentiras.

—Entonces ¿no piensas firmar la renuncia del contrato?

—No.

Gabriel tensó los músculos de la cara.

—Si antes había un mísero resquicio de duda, ahora ya no lo tengo. Mi

padre me hubiese aconsejado que no aceptara su chantaje, me hubiese dicho

que lo más importante en un hombre es su honor y su palabra —los ojos de él

tenían un brillo especial—. No les tengo miedo, no pueden probar nada.. no

tienen nada.

Jessica tomó aire antes de proseguir:

—Gabriel, ahora no creo que sea el momento apropiado, porque acabas de

enterrar a tu padre.. pero tenemos que hablar.. —dijo con sequedad.

Él la observó con extrañeza.

¿Qué podía ser tan grave?

—Jessica, dime qué pasa...

—Te he dicho que ya hablaremos. . —recalcó de nuevo.

El cerebro de Gabriel empezó a trabajar con rapidez. Pensó hasta dónde

podía ser capaz Caroline de llegar, hasta dónde alcanzaba su rencor y su mente

retorcida. ¿Era posible que tuviese alguna

"prueba" que le incriminase? Por más

que pensaba, no encontraba ninguna conexión. Apenas la había tocado. La

sombra de la duda teñía por completo sus pensamientos.

—Jessica... ¡Maldita sea!. . Me estoy volviendo loco... ¿qué coño pasa? —

espetó.

Ella resopló.

—Gabriel, no me dijiste que os habíais besado...

La miró extrañado.

—No lo creí un dato importante.

—¿Te acostaste con ella?

—¡No! —gruñó ofendido—. Me dijiste que

confiabas en mí y que no creías

una maldita palabra de Caroline...

—Cierto.

Gabriel abrió los brazos en señal de derrota.

—¿Entonces?

—Hasta el momento en que ella presenta pruebas de ADN.

Él palideció en cuestión de segundos. ¿ADN? ¿Cómo era posible?

—Ha presentado pruebas médicas que verifican que hubo agresión. Han

encontrado restos de piel en sus uñas y de semen en su cuerpo. Además de las

contusiones en muñecas y brazos.

—¿Cómo?

Gabriel comenzó a andar de un lado a otro como ido, pasando su mano

por el pelo. Su cerebro corría al límite y su corazón agitado martilleaba con

fuerza su pecho.

—Joder Jessica.. —espetó—. No creerás las acusaciones, ¿verdad?

Ella no contestó y él añadió:

—Es una jodida encerrona.

—Para que ella presente esas pruebas, tú has tenido que estar desnudo.

—Sí. Se metió desnuda en mi ducha.. me besó... Y le devolví el beso —

farfullaba tan nervioso que incluso empezó a titubear—: Nos tocamos... pero

eso fue todo.. No me la tiré... joder.

Jessica se llevó la mano a la boca.

Al parecer las piezas encajaban. Caroline había sido muy astuta: Arañó a

Gabriel para conseguir el ADN de su piel, lo excitó y su líquido pre-seminal

quedó impregnado en su piel, luego seguramente se autolesionaría. Esas

pruebas presentadas ante el juez, más el agravante de ser una menor.. eran

suficientes para estar sentenciado.

Jessica tragó saliva y le miró fijamente a los ojos.

—Gabriel.. estás jodido.

152

153

Capítulo 24

Sin perder más tiempo, aquella misma tarde volaron de regreso a Nueva

York.

Antes de subir al avión, Jessica realizó algunas llamadas telefónicas. La

primera fue a su amigo Lawrence, quién a su vez era también su abogado. Al

acabar, contactó con un par de colegas de profesión en los que confiaba

ciegamente.

Gabriel tenía pocas opciones, se encontraba atado de pies y manos, su

situación era desesperante. La demanda de Caroline sobrepasaba

cualquier

límite racional.

Jessica no paraba de pensar, de darle vueltas a la cabeza y estaba

completamente convencida, de que si investigaban un poco en el pasado de

Caroline o de su padre Peter Kramer, encontrarían algún resquicio por el que

presionar y obligarles a retirar la demanda.

Gabriel trató de luchar por mantenerse despierto y hacer compañía a

Jessica en aquel trayecto tan largo, pero al final cayó agotado en un sueño

profundo. Jessica le observaba mientras dormía. No podía permitir que pasara

varios años de su vida entre rejas. Haría cuanto estuviese en sus manos para

que eso no llegase a ocurrir jamás. Pero el tiempo corría en su contra. La

demanda ya estaba en curso. Y de momento los hilos los manejaba a su antojo

Peter Kramer, así que había llegado el momento de mover ficha.

El comandante anunció que iban a tomar tierra neoyorquina en veinte

minutos.

Mientras Jessica colocaba el punto de libro entre las páginas de su novela,

una de las azafatas se les acercó muy

amablemente.

—Disculpe, deben abrocharse los cinturones, vamos a descender en breve

—le sonrió con una de aquellas sonrisas mecánicas.

—Por supuesto.

Jessica se abrochó el cinturón y observó a Gabriel como seguía durmiendo

igual que un niño. Nunca habían compartido la cama, a no ser que fuese para

practicar sexo. Ella jamás dormía con sus amantes. No se podía permitir

atravesar esa línea imaginaria o de lo contrario corría un grave riesgo. Mezclar

sentimientos y sexo, no tenía cabida en sus planes. Tras la separación con

Robert, se prohibió a sí misma volverse a enamorar. Dedicaría su cuerpo y

mente al disfrute del sexo, sin ataduras emocionales. Y hasta ese momento,

había funcionado. . hasta ese momento.

Cuando Gabriel se removió en el asiento cambiando de posición, Jessica

pudo observar su rostro cubierto parcialmente por un mechón rebelde. Apenas

sin pensarlo, acercó su mano y lo retiró con cuidado de su frente. Gabriel se

estremeció al sentir el contacto de su piel y abrió los ojos. Jessica disimuló

irguiendo su espalda y acomodándose de nuevo en el asiento.

—¿Me he dormido? — preguntó abriendo la boca en un bostezo.

—Me temo que sí —sonrió.

—¿Falta mucho? —añadió mirando por la ventanilla.

Jessica volvió a sonreír.

—Ya casi hemos llegado. . Debes abrochar tu cinturón.

—¿He dormido nueve horas?. . —se mofó.

—No... Ocho y media..

—Joder.

—Te hacía falta descansar.

—¿He roncado?

—A todas horas... —se mordió el labio para

evitar reírse por aquella

mentira piadosa.

—Ja, ja, ja.. No me lo creo.

—Pues pregunta a nuestro vecino, que ha tenido que pedir tapones para

los oídos —señaló con un gesto de cabeza al señor que estaba leyendo un

periódico.

Gabriel se levantó y se acercó a la cara de Jessica para besarla en los labios

lentamente, con mucha suavidad, pero a la vez de forma muy sensual y erótica.

—Puede decirse que ya hemos dormido juntos, ¿no? —se burló

volviéndola a besar.

—Yo no consideraría esos términos —le respondió devolviendo el beso

tirando de su labio.

—Bueno... es un comienzo... algún día lograré que te quedes dormida

entre mis brazos durante toda una noche y permitirás que te mime y que te

prepare el desayuno..

—Alto, alto... eso es hacer trampa... no me tientes.

—¿Y lo consigo.. ?

—No.

Jessica se rió con ganas al ver la cara de Gabriel haciendo pucheros como

un niño pequeño al quedarse sin su piruleta.

—Eres tonto... —le golpeó en el hombro.

—Puede, pero un día conseguiré que duermas conmigo y a partir de ese

día no podrás pasar una noche más sin mí.

—Qué pretencioso por tu parte. Aunque yo de ser tú no apostaría por ello.

—Ya he apostado.

—Pues en ese caso lo perderás todo.

—No estoy tan seguro.

—¿Me estás retando?

—Está claro, ¿no?... Me juego el puesto de trabajo a que si pasas una sola

noche conmigo hasta la hora del desayuno...

querrás pasar a partir de entonces

cada noche en mi cama.

Jessica se quedó pensativa y mordiéndose la lengua para no contestar. No

podía apostar, de hacerlo, no estaba segura de ganar.

—Disculpe señor, debe sentarse y colocarse el cinturón de seguridad —le

advirtió la azafata esta vez en un tono menos amable— Estamos a punto de

tomar tierra.

Gabriel miró a Jessica por última vez antes de abrocharse el cinturón.

—Salvada por la campana...

Jessica pudo respirar aliviada gracias a su

repentino golpe de suerte. Pero

sabía perfectamente que no siempre iba a ser así. De nuevo, tenía que dejarle las

cosas claras. Ella era quién llevaba la batuta en su relación, no Gabriel.

—Escucha... No voy a aceptar ninguna apuesta. No voy a dormir contigo.

Ya te lo advertí desde un primer momento. NO duermo con mis amantes. Si no

eres capaz de aceptarlo, entonces tendremos que dejar de acostarnos.

Gabriel hizo un mohín. La chica dura contraatacando de nuevo. Desde

luego, el mejor ataque era una buena defensa. Siempre se escondía tras esa

coraza de hormigón. Pero ella ignoraba que dos de

las virtudes de Gabriel eran

su paciencia y su perseverancia. Estaba dispuesto a esperar todo el tiempo que

fuese necesario para lograr su cometido.

Frank Evans, el compañero de Gabriel que le estaba ayudando en el

proyecto Kramer, les estaba esperando a la salida del aeropuerto con el BMW

de Jessica. Se acercó hasta ellos para ayudar con el equipaje.

—¿Habéis tenido buen vuelo?, anunciaban tormentas cerca de la costa de

Nueva York.

—Alguna turbulencia hemos notado. .

—¿Turbulencias? —preguntó Gabriel curioso.

Jessica se rió.

—Sí Gabriel, tú dormías como un lirón.

Gabriel se rascó la cabeza mirando a Frank, este sonrió haciendo mutis

colocando el equipaje en el interior del maletero. Luego rodeó el coche y se

sentó en el asiento trasero.

—Sube, te llevo a tu casa — le dijo Jessica a Gabriel abriéndole la puerta

del copiloto.

—¿Vendrás esta noche a mi apartamento? —le preguntó acercándose para

rodear su cintura con sus manos, pero ella le apartó antes de que pudiera

tocarla.

—Delante de mis empleados no hagas eso. . —le regañó.

—¿Te avergüenzas de que nos puedan ver juntos?

—No es eso.

—¿Entonces qué es?

—Gabriel, no insistas. Las cosas son así, ya te lo dije, lo tomas o lo dejas.

Solo follamos. Nada más.

Se giró dándole la espalda para subir a su BMW negro.

Gabriel resopló con fuerza y giró el anillo de su pulgar varias veces antes

de sentarse a su lado. Miró de nuevo a Jessica, aunque no era capaz de percibir

nada en sus ojos, unas gafas de sol negras los cubrían. Se colocó el cinturón de

seguridad y se reservó las palabras que estaba pensando para sí mismo.

—Toma tu Blackberry —le dijo Frank desde el asiento trasero.

—Gracias —le contestó cogiéndola.

—Dale gracias a Jessica, ella ha conseguido que te la arreglaran lo antes

posible.

Gabriel la miró y aunque sabía que no quería que la tocara delante de sus

empleados, le colocó la mano sobre el muslo y lo apretó ligeramente en forma

de agradecimiento. Esta vez ella le respondió con una media sonrisa.

Tras llegar a su apartamento y despedirse de ambos, subió en ascensor

hasta su planta. Sacó de su maleta un enorme paquete envuelto en papel de

regalo con dibujos infantiles. Cerró la cremallera y llamó al timbre.

—¿Quién es? —la voz que se escuchaba al otro lado de la puerta era grave

y profunda.

—Gabriel, el vecino del 7A.

Se escuchó carraspear y al poco después la puerta se abrió solo un poco, lo

justo para mirar a través de ella.

—Tío, estaba durmiendo, espero que sea algo importante — gruñó.

Gabriel enarcó una ceja.

Por la pinta de yonqui que tenía dedujo que era el padre de Scott. Y lo que

era peor, parecía que estaba colocado. Aguantaba el peso de su cuerpo en el

marco de la puerta porque seguramente si no lo hacía se daría de bruces contra

el suelo. Vestía una camiseta blanca de tirantes ajustada a su escuálido cuerpo

repleto de tatuajes obscenos, un pantalón militar agujereado a propósito por

varios sitios y el pelo enmarañado y sucio. Apestaba a alcohol y tenía las

pupilas dilatadas.

Gabriel sintió ganas de vomitar solo con verle.

—He traído esto para Scott —le entregó la caja perfectamente envuelta.

—¿Qué coño es eso?... ¿No hará ¡Boom! no?... ja,ja,ja —se mofaba

gesticulando con las manos y el rostro.

—Es el regalo que le prometí, un Batmóvil.

—¿Qué es... qué?

Volvió a reírse a carcajadas, tronchándose en la cara de Gabriel.

—Trae... ya le daré yo Batmóvil a Scott, por haber hablado con extraños..

Le arrancó el regalo de las manos y le cerró la puerta en las narices.

Gabriel se quedó estupefacto, clavado en el suelo,

se había quedado blanco

como la pared. Estuvo a punto de volver a llamar al timbre y asegurarse de que

Scott estaba bien, pero no podía irrumpir por las malas en una casa ajena.

«Maldita sea», gruñó.

Así que muy a su pesar sin parar de blasfemar y de maldecir a aquel padre

y a aquel abuelo, se encerró en su apartamento. Dejó la maleta sin deshacer

junto a la cama y se metió en la ducha, necesitaba despejar su mente y liberarse

de aquella imagen del padre de Scott.

Al acabar de ducharse, algo ya más relajado, se estiró sobre la cama. Se

miró la mano vendada e hizo un repaso de su estancia en Barcelona. Cerró los

ojos con fuerza. Los recuerdos de su padre golpeaban con fuerza su corazón

una y otra vez. Inspiró hondo y pudo sonreír al pensar en lo que le dijo su

madre, su padre estaba orgulloso de él, de sus logros y de trabajar en

Manhattan.

De repente, sonó su Blackberry. Se sobresaltó al salir de su

ensimismamiento. Miró la pantalla, era Daniela.

«Joder, no me acordaba de ella.. », murmuró.

—Hola Daniela —contestó.

—Gabriel.. ¡Uf!, menos mal que he podido hablar

contigo... — hablaba

muy deprisa, apenas se entendían las palabras.

—Tranquila.. —se rió—.Respira, Daniela...

Ella se mordió el labio, miró a su compañera de piso que estaba

escuchando música tumbada en la cama y salió de la habitación caminado hacia

la cocina.

—Gabriel, perdona...

—Estás perdonada. —sonrió divertido.

—¿Estás en Nueva York?

—Sí, he vuelto hace... —miró su reloj—. Una hora escasa...

—O sea, que ha ido todo bien ¿no?. .tu familiar,

digo.

—Ehm... No.

158

—¿Noooo? —le preguntó muy extrañada.

—Mi padre falleció el martes por la mañana.

Daniela se quedó paralizada en silencio y luego comenzó a notar como las

lágrimas bañaban sus mejillas a la vez que no pudo evitar escapar algún que

otro sollozo.

—Schist... Daniela... — intentaba calmarla al otro lado del teléfono—. Se

supone que el que tiene que estar llorando soy yo. . no tú.

Gabriel sonrió.

Daniela era tan dulce y tan especial que le entraban ganas de achucharla

como a un peluche. Se sintió culpable por estar lejos y no poder consolarla,

dejándola así con aquel trago amargo.

—Lo...sien...to. . mu. .cho — no cesaba de llorar.

—Lo sé... Pero no te angusties.. ¿estás sola?

—No.

—Si quieres voy..

—No.

—¿Seguro?

—No.

Gabriel negó con la cabeza.

Jamás había conocido a un ser tan frágil como ella. No sabía por qué, pero

con ella siempre le daba la sensación que debía protegerla y cuidarla.

—¿Estás en tu casa?

—Sí —asintió sin dejar de llorar.

—Ahora mismo voy...

Gabriel cortó la llamada, se levantó de la cama, se vistió y cerró la puerta

de su apartamento tras de sí.

Capítulo 25

Daniela abrió la puerta de su apartamento con

lágrimas aún en sus

grandes ojos verdes. Nada más ver a Gabriel, se abalanzó sobre él en un intenso

abrazo, apoyando su cara en sus fuertes pectorales. No sabía por qué, pero con

él se sentía segura y a salvo, como en una imaginaria burbuja que nada ni nadie

podía destruir.

—Vamos Daniela.. cálmate... —le dijo acariciando su espalda una y otra

vez.

Poco a poco Gabriel consiguió serenarla y cuando ésta ya se mostró más

relajada, le invitó a pasar a su apartamento.

Él la siguió hasta la cocina sentándose en uno de

los dos taburetes que

había junto a la mesa. Daniela comenzó a preparar café y té. Sabía que le

gustaba el café solo bien cargado, a ella en cambio le apetecía más tomarse un té

bien calentito.

Gabriel la observaba en silencio.

Lo poco que la conocía sabía que era una chica muy sensible, pero hasta el

extremo de afectarle tanto la muerte de su padre, era como poco, inverosímil,

difícil de comprender.

Cuando el café estuvo a punto, se acercó a la mesa y lo sirvió en una taza.

—Gracias.

—De nada —le respondió.

Aún con el pulso tembloroso.

Dio media vuelta y fue a preparar su té. Esperó a que el agua estuviera

hirviendo para añadir unas cuantas cucharadas de té verde y azúcar. Lo

comenzó a remover y pasados unos segundos introdujo hojas frescas de menta

verde en su interior. Apagando el fuego, colocó la tetera sobre una bandejita y

se sentó frente a Gabriel.

—¿Quién te ha enseñado a preparar el té así? —le preguntó con curiosidad

levantando la tapa de la tetera e inspirando el aroma a menta.

—Una amiga de Barcelona que nació en Marrakech. Sus padres emigraron

a España cuando tan solo tenía tres años. Así que prácticamente no recuerda

nada de su país, pero muchas de sus costumbres le han sido inculcadas desde

muy pequeña.

—Interesante... —dijo sorbiendo de su café sin dejar de mirarla.

Gabriel necesitaba saber por qué se había puesto tan nerviosa. Ella aún no

le conocía lo suficiente como para tener un sentimiento tan profundo por él y

por el fallecimiento de su padre. Otra cosa debía ser, algo más debía

perturbarla. Tenía la necesidad de preguntárselo y así lo hizo, sin andarse por

las ramas.

—Y ahora... ¿piensas decirme lo que te pasa de verdad?

Daniela casi derramó el té, su pregunta la pilló desprevenida.

¿Tan transparente era para Gabriel? Ella no quería preocuparle con sus

problemas, bastantes ya tenía él.

Claudia en ese momento cruzó por la puerta de la cocina, se acercó hasta

Daniela y le entregó su teléfono móvil de mala gana.

—Si no quieres contestar al menos podrías apagarlo, estoy intentando leer

y no para de sonar todo el tiempo.

El rostro de Daniela cambió de golpe.

Su menudo cuerpo comenzó a temblar ligeramente. Gabriel se dio cuenta

de que quizás su estado de ánimo tenía mucho que ver con aquellas llamadas

telefónicas.

Claudia tras prepararse un sándwich de jamón y queso y abrir una lata de

CocaCola, salió de la cocina y se encerró de nuevo en su habitación.

Gabriel entonces aprovechó para preguntar lo que le rondaba desde hacía

bastante rato por la cabeza.

—¿Estás así por esas llamadas no? —Le preguntó

intentando adivinar su

reacción a través de sus ojos—. O mejor dicho, estás así por la persona que

realiza esas llamadas y que evitas contestar...

Daniela agachó la cara avergonzada. Sí, era cierto. Se sentía angustiada

por aquellas llamadas que desde la mañana no dejaban de intimidarla.

—No es nadie.

—Pues para no ser nadie te tiene muy alterada.

—Quiero decir, que no es nadie importante.

Gabriel se quedó pensativo. No quería presionarla. Pero por otro lado no

soportaba verla así. Con las únicas personas que podía contar en Nueva York,

era con su compañera de piso, y con él. Su familia estaba a miles de kilómetros

y Claudia, estaba a solo unos pocos metros, en su habitación, pero era como si

estuviese a años luz, no parecía importarle demasiado que Daniela estuviese

llorando o se encontrase mal.

—Daniela, sabes que puedes confiar en mí ¿verdad? —Ella asintió un par

de veces con la cabeza—. Pero si no me lo cuentas, no podré ayudarte.

Ella se mordió el labio mientras lo meditaba.

Claro que confiaba en él, solo que tampoco podría ayudarle. O al menos

eso era lo que ella creía. Dejó pasar unos segundos mientras seguía meditando.

Él había acabado su café y ella su té, así que recogió las tazas sucias y las

llevó al fregadero. Para cuando se quiso dar la vuelta, Gabriel se había

levantado y ya estaba a su lado.

—No quiero que nadie te haga daño.. —le susurró con calma.

Sus palabras le acariciaron el alma.

Daniela había tenido tan mala suerte con los hombres, que la amabilidad y

la comprensión de Gabriel le aturdían por completo. No estaba acostumbrada a

que nadie la tuviese en cuenta. Ni mucho menos que la tratase con tanto

respeto. Siempre se había considerado como un juguete roto al que nadie

querría jugar.

Por fin, retomó aire y se armó de valor, había llegado el momento de

ahuyentar sus fantasmas. Confiaba en Gabriel, aunque hiciera tan poco que le

conocía. Podía ver a través de sus ojos un alma limpia y noble.

Alzó la vista y comenzó a hablar.

—Quién ha estado llamando durante todo este tiempo es... Ismael.

Gabriel frunció el ceño. Hasta ahora nunca había oído hablar de él, así

que se mantuvo quieto y en silencio para escuchar lo que le tenía que decir.

—Él es mi primo.. —negó con la cabeza—. Bueno, en realidad no es mi

primo. Soy adoptada, así que no es mi primo biológico.

—Entiendo.

Gabriel cada vez estaba más intrigado. Y Daniela comenzó a relatar su

historia:

—Cuando tenía nueve años, mi primo Ismael vino desde Mallorca para

alojarse temporalmente en casa de mis padres y así poder estudiar ingeniería en

la Universidad de Barcelona. Sus padres no tenían recursos suficientes para

pagarle un piso de alquiler, ni siquiera aunque fuese compartido con otros

estudiantes.

Daniela inspiró hondo y comenzó a hablar muy bajito.

—Dando comienzo aquel semestre, empezó a asistir a la universidad por

las mañanas, obteniendo las mejores notas de clase. Mis padres, por supuesto,

estaban encantados con él. Ismael se portaba bien con ellos. Le ayudaba en las

tareas domésticas. Incluso había encontrado un trabajo a tiempo parcial para

ayudarles con los gastos de la casa. —Tragó saliva costosamente e inspiró

hondo un par de veces para proseguir con la voz temblorosa—: Pero nadie

podía sospechar lo que realmente ocurría por las

noches en mi habitación...

Ismael, aprovechaba que mis padres dormían para meterse en mi cama.

Gabriel abrió los ojos desconcertado.

Imaginándose a ese bastardo meterse entre las sábanas de una niña de tan

solo nueve años. Sintió nauseas.

—Solo me tocaba, jamás me penetró.. Supongo que eso lo hubiese

delatado, los desgarros hubiesen alertado a mi madre. Pero era demasiado

astuto, lo hizo en silencio y lo hizo durante cuatro malditos largos años..

—¡Hijo de puta.. ! — masculló con rabia.

Gabriel sintió asco por lo que le hizo y quiso abrazarla, pero Daniela se

apartó dando unos pasos hacia atrás. No quería que la tocara, no en esos

momentos, se sentía sucia y avergonzada. Aguantó las lágrimas en un acto de

valentía, porque ya había llorado bastante, porque no quería seguir

derramando ni una sola lágrima más por aquel malnacido.

Él no daba crédito.

Su confesión le había descolocado. Se le encogió el corazón sin saber qué

hacer, cómo debía actuar o cómo podía ayudarla. Estaba muy enfadado, quería

arrancarle las manos a aquel cabrón para que no volviera a tocar a ningún niño

nunca más.

—Durante muchos años traté de reunir coraje para contárselo a mi madre,

pero no podía... me repudiaba a mí misma, me sentía tan sucia y me daba tanto

asco, que jamás fui capaz.

Hizo una pausa para poder continuar:

—Hoy ha llamado mi madre y me ha dicho que Ismael y su mujer acaban

de adoptar a una niña de tres años.. —negó llevándose las manos a la cabeza—:

Enseguida me he visto reflejada en esa niña pequeña y he vuelto a sentir sus

asquerosas manos por todo mi cuerpo... Y me he dado cuenta de que había

llegado el momento de decírselo, así que se lo he confesado todo a mi madre...

No quiero que esa niña pase por lo mismo que pasé yo. .

Daniela se estremeció y se abrazó a sí misma. Gabriel volvió a acercarse

lentamente para abrazarla. Esta vez sí que se dejó

abrazar.

—¡Dios!... Lamento tanto que tuvieras que pasar por todo aquello...

Maldito hijo de puta..

El teléfono interrumpió su abrazo y Gabriel se acercó a cogerlo.

—No Gabriel.. por favor, no contestes... —le suplicó.

Él ignoró su comentario y vio reflejado en la pantalla un número

internacional. No dudó, ni siquiera se lo pensó, contestó sin más:

—Sí, ¿Quién eres?

—Ismael... ¿Y quién coño eres tú y dónde está Daniela?

—Soy Gabriel, un amigo.

Ismael guardó silencio unos segundos.

—Pásame con ella... Gabriel se rió.

—Intuyo que eres el hijo de puta que le gusta abusar de niñas pequeñas. .

Volvió a escucharse un silencio al otro lado del teléfono.

—Ya veo, por lo visto te has quedado mudo.. Los cobardes como tú, solo

se atreven con seres más débiles... Pues, escúchame con atención... como te

atrevas a tocar un solo pelo de un solo niño más, pienso ir a por ti, pero no

pienso matarte, no vas a tener tanta suerte... Haré

que tu vida sea un completo

infierno.. Supongo que eres listo y sabrás lo que les hacen en la cárcel a los que

abusan de niños.. Así que.. mantente al margen.. Si me entero de que vuelves

a llamar, o a ponerte en contacto con ella de cualquier manera.. Te jodo la

vida... ¿Queda claro?

Ismael tragó saliva, no se atrevió siquiera a contestar.

—¡¿Queda claro, hijo de puta?! —le espetó en tono amenazador.

—Sí.

Gabriel cortó la llamada y apretó el teléfono entre sus manos, tentado de

lanzarlo contra la pared, pero no lo hizo. Daniela se había tenido que sentar

porque las piernas le temblaban como gelatina. Él se acercó y la envolvió entre

sus brazos. Y entonces por fin, pudo desahogar su ira.

Capítulo 26

Jessica presionó el botón de su mando a distancia y la verja se abrió por

completo. Condujo por el camino adoquinado hasta llegar al porche de su

mansión. Nada más aparcar su BMW X6 de color negro, su ama de llaves salió a

recibirla.

—Buenas tardes señorita Orson, ¿ha tenido buen viaje de vuelta? —le

preguntó abriendo el maletero y recogiendo su ligero equipaje de mano.

—Sí, gracias Geraldine... — le sonrió—. ¿Alguna novedad? ¿Alguna

llamada importante?

—Ha llamado el señor Andrews y me ha dado orden de preparar la cena

para ustedes dos a las diez en punto.

«¿Robert?», pensó ella. ¿Qué querría un jueves por la noche? Justamente

esta semana tenía previsto disfrutar unos días de la compañía de su hija Nicole.

Desde el verano que no se habían visto y ahora que había comenzado el

semestre en la Universidad de Harward, sería aún más complicado.

Robert y la madre de Nicole, convivieron juntos durante diez años. Nunca

llegaron a contraer matrimonio. Los constantes devaneos por parte de él, fueron

los causantes de su ruptura. Rebecca, era capaz de pasar por alto sus pequeñas

infidelidades. Sabía que era un hombre con grandes necesidades sexuales y que

de vez en cuando tenía que echar alguna "canita al aire". Pero lo que jamás

pudo perdonar fue la relación paralela que mantuvo con Jessica.

Llegaron a un acuerdo consensuado. Ella se quedaría con la custodia de

Nicole más el 25% de las acciones de la empresa Andrews&Smith y por su parte

ella evitaría cualquier escándalo mediático. Por supuesto él aceptó, su

reputación era lo primero.

Jessica, tenía tan solo veinticinco años cuando conoció a Robert. Era

guapo, apuesto y asquerosamente rico. Comenzó a trabajar como su ayudante

personal en Andrews&Smith. Enseguida cayó tentada en sus redes. Era

persuasivo, encantador y no estaba acostumbrado a aceptar un "no" por

respuesta. Jamás le habló de su mujer ni de su hija y hasta bien avanzada la

relación, ella no lo supo. Entonces trató de

abandonarle en varias ocasiones,

pero él siempre regresaba con las mismas promesas. Le perjuraba una y otra

vez, que había dejado a Rebecca y que quería casarse con ella. Pero no eran más

que eso, mentiras.

Jessica subió a su habitación. Miró al reloj de pared, la manecilla pequeña

marcaba las nueve de la noche. Comenzó a desvestirse dejando su traje sobre el

sofá de tres plazas de color marfil. Recogió su larga melena en un moño alto y

abrió el grifo para llenar la bañera de hidromasaje. Tiró sales de baño, abrió una

botella de Cabernet Sauvignon y se sirvió una copa. Encendió su iPod

sonando como primera melodía el Preludio de Bach. Bebió de la copa sintiendo

el agua acariciar su piel y se relajó cerrando los ojos.

Gabriel esperó a Daniela en el balcón mientras se fumaba un cigarrillo.

Estaba empezando a oscurecer y la noche se presentaba algo fría. Ella fue a

buscar una chaqueta tejana, se la puso mientras se miraba al espejo.

—¿Vas a salir con Gabriel? —le preguntó Claudia mirando a través de sus

gafas de lectura.

—Vamos a ir a cenar. —Pues disfruta del postre

— se rió divertida.

—Solo somos amigos... o al menos por su parte..

—Y eso ¿por qué?

Daniela se encogió de hombros.

—Supongo que no debo ser su tipo o quizás porque tenga novia.

—O porque es gay.

—No... No lo creo —sonrió levantando ambas cejas.

—Bueno, eso nunca se sabe, a veces es quién menos te lo esperas.

Daniela negó con la cabeza mientras se cepillaba el pelo. Miró a través del

espejo a Claudia como se levantaba, abría su primer cajón de la mesita, cogía

algo de su interior y se acercaba hasta ella.

—Abre la mano.

Ella hizo lo que le pidió, y Claudia le puso un par de preservativos en su

palma. Daniela abrió mucho los ojos, mirando aquellos envoltorios plateados.

—No me mires así. Tienes veintiún años. Eres joven, guapa y vas a salir

con el tío más macizo que he visto en años, que digo en años.. que he visto en

toda mi vida... Y además aseguras de que no es gay... pues entonces y por si

acaso, debes ir prevenida.

—Claudia, ¡por Dios. .! No seas bruta. No podría acostarme con él.

Además, si ni siquiera nos hemos besado.

—Bueno, eso tiene solución.. le besas y ya está.

—Esta conversación está siendo totalmente surrealista —le devolvió los

preservativos.

Claudia los miró, negó con la cabeza y se los guardó en el bolsillo del

pantalón.

—Bueno, pues al menos déjame que te maquille. Tienes unos ojos

preciosos y casualmente hice un curso de maquillaje este verano. . Así podré

practicar..

—Vale, pero con la condición de que no parezca una buscona.

—¡Ja, ja, ja.. ! No te preocupes. . —se rió.

166

Fue a buscar su estuche de maquillaje y en solo cinco minutos, dio color y

luminosidad al rostro de Daniela. Cuando esta se miró al espejo, no se

reconocía. Había conseguido realzar su belleza natural solo con unos simples

toques de maquillaje.

—¡Guau...! Estás preciosa Daniela... —exclamó orgullosa de su creación.

—Gracias...—dijo tímidamente tocando su rostro mientras se miraba al

espejo.

—Pero, hay un inconveniente..

—¿Cuál?

—Tu ropa...

—¿Qué le pasa a mi ropa?

—Nada.

Si tienes quince años y te gusta Justin Bieber.

Daniela se rió con ganas.

—Me gusta ir cómoda.

—Sí, y a mí también —le sermoneó—. Pero, cuando tienes a ese Adonis

esperándote para salir.. tienes que estar a la altura y vestirte como una mujer. .

Claudia no esperó respuesta.

Fue a su armario y rebuscó entre su ropa. Descartando los tejanos y las

camisas anchas. Recordaba un vestido blanco tipo camisola con un ligero

estampado en tono camel. Al encontrarlo, lo descolgó de la percha y se lo

enseñó.

—Toma... Creo que tenemos la misma talla.

—¿Estás segura?

—Totalmente... Este vestido siempre me ha traído muy buena suerte —le

guiñó el ojo—. Voy a buscar el cinturón.

Removió el interior de los cajones del armario buscando aquel cinturón

mientras Daniela se desnudaba, quitándose la chaqueta tejana y la camiseta por

encima de la cabeza quedándose en sujetador.

Claudia al acercarse de nuevo, quedó muy sorprendida al ver una extraña

marca de nacimiento en uno de sus pechos, tenía la forma de una flor. Era como

un pequeño tatuaje en unos tonos algo más oscuro que el de su propia piel.

—Qué bonita marca... —le dijo señalando con el dedo casi rozando con su

yema—. Parece una margarita...

Daniela se miró el pecho y se ruborizó levemente.

—Tengo otra en la parte interna del muslo... Supongo que mi madre tuvo

muchos antojos estando embarazada —sonrío tratando de vestirse rápidamente

para no permanecer demasiado tiempo desnuda.

—Sí, seguramente..

167

* * *

Gabriel estaba pensativo mirando al horizonte.

La noche perpetuaba el cielo de Manhattan. Al escuchar unos tacones

replicar el suelo del balcón, se volvió y se encontró con una Daniela muy

cambiada. Sin poderlo evitar, sus ojos se abrieron y comenzaron a examinar su

cuerpo de arriba abajo. Ese vestido realzaba sus curvas y sus pechos, y los

zapatos de tacón le daban un aire sexy y femenino. Gabriel tragó saliva y

Daniela se ruborizó al sentir sus ojos verdes sobre

su cuerpo, al tiempo que

disimuló una sonrisa.

—Estás muy guapa —le dijo mientras apagaba el cigarrillo.

—Gracias...

Gabriel cogió su chaqueta para colocársela.

—Qué te apetece... ¿Italiano, mejicano o japonés?

—Hum... Comida basura.. una hamburguesa grasienta o un perrito

caliente, con mucha mostaza y mucho ketchup...

Gabriel se rió con ganas.

—De acuerdo... las damas primero.. —dijo realizando una especie de

reverencia graciosa.

* * *

Ya eran cerca de las diez. Jessica ultimaba los retoques de su maquillaje

frente al espejo, cuando escuchó como alguien golpeaba la puerta de la

habitación.

—Adelante.

La puerta se abrió de par en par y apareció Robert. Impecable como

siempre, vestido con un elegante traje negro de Armani, camisa blanca, chaleco

a juego y una corbata de seda en tonos azules.

—Estas preciosa Jessica.. impresionante.

—Gracias, tú también —le sonrió acercándose hasta él—. Y.. ¿a qué se

debe tu visita?

—Tengo algo importante que proponerte.

—Tú dirás.

168

—Antes, prefiero que disfrutemos de la cena... Geraldine, ha hecho tu

plato preferido, no podrás negarte a probarlo. .

Le sostuvo la puerta hasta que Jessica pasó. Le ofreció el brazo y ella lo

aceptó. Se agarró para bajar juntos por las escaleras de mármol.

* * *

Gabriel y Daniela, llegaron a un pequeño restaurante donde cocinaban

todo tipo de comida rápida, perritos calientes, hamburguesas, kebabs. El local

estaba abarrotado, lleno de gente hasta los topes, pero tuvieron suerte y

encontraron una mesa junto a la ventana. Una pareja acababa de dejarla libre.

Tomaron asiento y en seguida una camarera recogió la mesa y la limpió.

—¿Os tomo nota chicos? Gabriel hizo un

gesto a

Daniela para que ella tomase la iniciativa.

—Ehm... pues —dijo ojeando la carta que estaba sobre la mesa— Un

perrito caliente y patatas fritas.

—Yo pediré lo mismo.

—¿Y para beber? —dijo mientras tomaba nota.

—Yo una CocaCola con hielo y limón.

—Una cerveza.

—Ok, marchando unos perritos calientes... —dijo divertida mientras

desaparecía colgando su pedido en la pinza de una rueda giratoria junto a la

barra.

Gabriel aprovechó ese momento previo a la cena para conocer un poco

más sobre la vida de Daniela. Tenía curiosidad por saber algo más de su

pasado. De su familia, incluso de sus padres biológicos.

—Dijiste que eras adoptada.

—Sí —asintió con la cabeza—.Tenía tan solo unos meses cuando me

dieron en adopción.

—Y... ¿Sabes algo de tu madre?

Daniela negó con la cabeza.

—Nada. Mis padres jamás me han querido contar nada. Por mucho que he

intentado averiguar cosas, siempre me han puesto mil excusas.

—Qué extraño...

—Sí. Solo sé que era muy joven cuando me dio a luz, ella era

prácticamente una niña.. unos trece o catorce años y sé que le obligaron a

renunciar a mí.

—Joder... Y ¿no hay forma de saber nada más?

—No. Estuve una vez en contacto con un detective privado, pero la pista

se perdía fuera de España.

—¿Quieres decir que tus padres no son españoles?

—Eso me temo.

Gabriel frunció el ceño.

La camarera regresó con una enorme bandeja, colocando uno a uno los

diferentes platos sobre la mesa.

—Aquí tenéis... los perritos, las patatas y las bebidas. . Que aproveche,

chicos —dijo con una amplia sonrisa

desapareciendo de nuevo.

* * *

Intrigada, a mitad de la cena, Jessica quiso conocer el motivo de la

inesperada visita de Robert a su casa. Dejó los cubiertos sobre la mesa, se limpió

con la servilleta la comisura de los labios y alzó la vista para mirarle a los ojos.

—Vamos Robert... ¿Vas a decirme de una vez qué es lo que te pasa? —

bebió de su copa de vino.

—¿No puedo venir a ver a mi preciosa ex mujer un jueves por la noche?

—Déjate de tonterías Robert, no tengo tiempo para eso. Deberías de estar

con tu hija Nicole y no aquí conmigo.

—A Nicole la veré mañana.

—Y si quieres, a mí también puedes verme todos los días.. —le

interrumpió.

Robert esbozó una media sonrisa.

—Veo que sigues siendo tan impaciente como siempre.

—Al grano, Robert.

—Está bien... Había pensado a esperar a los postres, con unas copas de

champagne, desnudos en tu jacuzzi..

Jessica se rió.

—Como siempre tan tentador..

—Ya sabes que sí, cariño. .

170

Robert buscó algo en su bolsillo de la americana mientras se reclinaba para

aproximarse más a Jessica. Al moverse, el olor de su caro perfume se mezcló

con el de ella. Le cogió de la mano con suavidad. Se la abrió y dejó una cajita de

Cartier forrada de terciopelo rojo sobre la palma de su mano.

—¿Qué coño significa esto? No será lo que creo que es... —le espetó

confundida.

—Ábrelo —le dijo sonriente y expectante.

Jessica abrió la cajita sin dejar de mirar a sus ojos

oscuros. En su interior

había una alianza de platino engastada con treinta y cinco diamantes. Robert al

ver que ella no reaccionaba, cogió la alianza y se la comenzó a colocar en el

dedo anular de su mano izquierda.

—Robert, no puedo aceptarlo..

—Mi regalo tiene dos motivos... —le susurraba mientras acababa de

colocarla en su dedo—. El sábado es tu cumpleaños, treinta y cinco años, la

misma cantidad de diamantes que tiene la alianza...

—¿Y el segundo motivo?

—Quiero que vuelvas a casarte conmigo..

Capítulo 27

Jessica se quitó la alianza del dedo y se la devolvió a Robert. Él frunció el

ceño malhumorado por su repentino rechazo. Trató de ocultar su enfado

hablando en un tono amable y meloso.

—No me tendrás en cuenta lo del otro día ¿verdad? —siseó—. Fue un

error, no pretendía hacerlo.. Me dejé llevar por mis instintos...

—Pero lo hiciste, me golpeaste. Y no voy a permitir que ni tú ni nadie me

vuelva a poner la mano encima.

—Te he prometido que no volverá a pasar. .

—Y yo te he perdonado.

—¡Pero es que me exaspera el subnormal de tu ayudante...! — Cerró la

mano en un puño—. Ver como tirabas a la basura 50.000 dólares y corrías como

una perra en celo tras él, no pude soportarlo. .

¡Por el amor de Dios Jessica!.. — sus ojos centelleaban—. Tú tienes más

clase que él.. Y debes estar con alguien de tu talla y no con un crío soplapollas

lleno de tatuajes.

Jessica inspiró hondo y contuvo el aliento antes de continuar con aquella

absurda conversación. Debía de contar hasta veinte o de lo contrario se vería

obligada a gritarle y a mandarle a la mierda y aquella no era su intención.

Porque en el fondo le apreciaba y le tenía cariño.

—No te equivoques Robert. Gabriel, además de ser un gran profesional es

un hombre de los pies a la cabeza. Y soy yo... la que no le llega ni a la suela de

los zapatos.

—¡¡No digas estupideces Jessica!! —gritó mientras la miraba furioso.

Jessica se levantó de su silla, no iba a permitir que continuara la discusión

por aquellos derroteros y mucho menos que siguiera insultando a Gabriel de

aquella manera. Robert al darse cuenta de que podía perder a Jessica para

siempre por culpa de aquel niñato, apretó la mandíbula con fuerza hasta hacer

chirriar los dientes.

Alargó la mano y le sujetó del brazo evitando de esta manera que no se

marchase.

—¡¿Folla bien?. ¿Es eso.. ?!

—le apretó el brazo con más fuerza hasta hacerle escapar un quejido de

dolor. Estaba desquiciado. Sus ojos oscuros se enturbiaron, obnubilado por los

celos.

—Robert, ¡¡suéltame!!.. ¡no pienso repetírtelo.. ! —exclamó de modo

amenazante tratando de zafarse de su amarre.

En ese preciso instante la puerta del salón se abrió. Geraldine traía consigo

la bandeja de los postres y se quedó perpleja ante la imagen que vieron sus ojos.

Jessica y Robert estaban discutiendo, él la sujetaba con fuerza del brazo

mientras ella se resistía.

De la propia impresión, el pulso le falló y la bandeja resbaló de entre sus

dedos cayendo contra el suelo, haciendo añicos los platos de porcelana.

—Lo siento... se excusó arrodillándose para recoger los trozos de pastel

de chocolate esparcidos que manchaban el brillante parqué.

Jessica fulminó a Robert con la mirada y de un tirón se liberó de su mano.

Luego se acercó caminando hacia Geraldine que seguía aturdida.

—No te disculpes Geraldine

—se agachó colocando la mano en su hombro.

Jessica le ayudó a recoger los pedazos rotos de cerámica con mucho

cuidado para no cortarse.

—Señora... déjeme a mí, por favor. .

—Entre las dos lo recogeremos en un momento. Y perdóname tú a mí, por

la escena tan grotesca que has tenido que presenciar.

Geraldine agachó la barbilla y siguió recogiendo

en completo silencio.

Tras acabar, se marchó a la cocina a por otra bandeja con postres. Jessica

aprovechó para acercarse a Robert quien se había vuelto a sentar.

—Márchate — susurró en tono amenazador.

—Jessica, joder.. — masculló—. No saques las cosas de quicio.

—No te lo estoy pidiendo, quiero que te vayas.. ¡ahora! — señaló a la

puerta con un gesto con la mano.

Robert trató de acercarse a ella con cautela. Quiso alargar su mano para

tocar su cara, pero ella se apartó.

—Sal de mi casa..

Jessica se giró dándole la espalda y saliendo de aquel salón. Subió las

escaleras hasta su habitación y dando un portazo, cerró la puerta con llave.

Gabriel se acabó la cerveza y alzó la mano. La camarera enseguida se

presentó.

—¿Necesitáis alguna

cosa más?

—Sí, dos cervezas. .

Daniela alzó las dos cejas mirándole haciendo un mohín. Ella no estaba

acostumbrada a beber. Pero pensó: “¿qué narices? y ¿por qué no?”. Los viernes

por la mañana no tenía clases. Además sería una

buena forma de celebrar aquel

173

día, que sin duda se había convertido en un día muy especial. Aquel día lo

marcaría con un círculo rojo en su almanaque, para jamás olvidarse de

celebrarlo. Aquel día había conseguido sincerarse, confesar lo que durante

tantos años la había reconcomido y la había herido por dentro. Y todo eso se lo

debía a Gabriel. Él había conseguido que abriera su corazón, haciéndola sentir

segura y protegida a su lado. Se podía decir que él, era lo más parecido a un

príncipe azul, como el que siempre nos habían vendido de pequeñitas en

cuentos como el de la Cenicienta de Charles Perrault.

—Aquí tenéis parejita — sonrió la camarera abriendo la chapa de las

cervezas y dejándolas sobre la mesa.

Daniela que notaba como sus mejillas se habían ruborizado por aquel

comentario fortuito, bebió un trago largo, para humedecer la boca que se la

había quedado seca. Sintiendo como el sabor amargo de la cebada recorría el

largo de su garganta.

Carraspeó un poco y después tosió un par de veces.

—Tranquila —le apartó la botella de su boca—. Bebe despacio o te sentará

mal..

Gabriel se rió, bebiendo a morro también de la suya.

—Creo que te estoy enseñando malas costumbres demasiado rápido —

volvió a sonreír sin dejar de mirarle a los ojos.

—Bueno, dicen que todo lo malo se pega.

—Eso dicen... Estoy pensando en que me gustaría... — dijo esperando

unos segundos creando un poco suspense en el ambiente— llevarte un día a

que te hicieran un tatuaje...

—¿Estas de broma, no? — abrió mucho los ojos.

—Claro que estoy de broma... Nunca te obligaría a hacer nada que no

quisieras. .

Daniela suspiró aliviada llevándose la mano al pecho y bebiendo de nuevo

de la botella de cerveza. Gabriel observó la hora en su reloj. Eran cerca de las

doce la noche.

—¿Quieres que te acompañe a casa, o prefieres tomar una última copa?

Daniela se mordió el labio mientras sopesaba las opciones. La cena había

pasado volando y no quería aún volver a casa, quería aprovechar todo el

tiempo que pudiera para estar con él. Y si tenía que ir a algún antro de aquellos

de moda, pues iría. No era santo de su devoción pero haría un esfuerzo. Aún

no quería separarse de él.

—Me gustaría una última copa...

—Vale, pues entonces déjame pagar y nos vamos.

Con un gesto pidió la cuenta y Daniela aprovechó para ir a los servicios.

Al regresar, Gabriel ya le esperaba con las chaquetas entre las manos.

—¿Estás lista?

—Sí —le sonrió—. ¿Adónde vamos?

—Podríamos ir a la discoteca Marquee, está muy cerca de aquí, a solo unas

manzanas.

—Me parece bien —dijo colocándose la chaqueta

y caminando hacia la

salida.

Jessica se descalzó y se dejó caer sobre las sábanas de seda que cubrían la

enorme cama. Necesitaba relajarse, las palabras de Robert le habían dado en

qué pensar. En todos estos años, jamás se había mostrado violento con ella. Y

nunca había actuado así con ninguno de sus amantes, excepto con Gabriel.

Su matrimonio

acabó en divorcio, porque la convivencia lo lapidó.

Antes de separarse acordaron verse cada vez que les apeteciera para mantener

relaciones sexuales, además de tener plena libertad para acostarse con otras

personas. Hasta ese momento había funcionado, ella tenía sus amantes y él las

suyas. No entendía por qué tenía que ser diferente con Gabriel.

Estaba agotada y necesitaba dormir, así que abrió el cajón de su cómoda

para coger las pastillas contra el insomnio. Al no dar con ellas, rebuscó un poco

más en su interior. Apartó los pañuelos de seda a un lado y vio en el fondo una

caja por empezar. Al cogerla se quedó enganchada aquella vieja fotografía.

Dudó en cogerla o en volverla a dejar en el fondo del cajón. Hacía mucho

tiempo que no la miraba, hacía casi un año.

Inspiró lentamente cerrando los ojos, para cuando los volvió abrir, sintió

como se le humedecían ligeramente y una punzada apretó fuertemente su

corazón.

Se armó de valor y la sujetó con sus dedos, acercándosela a su pecho para

colocárselo junto a su corazón.

—Sabes que hice lo imposible porque no te separaran de mi lado..

Miró la fotografía cogiéndola con cuidado, estaba rota y le faltaba un trozo

en una esquina. Pero era el único recuerdo que tenía de su bebé, al que le

arrebataron de sus brazos cuando solo tenía unos días. Era la prueba fehaciente

de que alguna vez fue madre.

Rozó con sus yemas la carita de aquel bebé pequeñito, mientras una

lágrima recorría su mejilla.

—Pronto cumplirás veintidós años, mi amor..

Capítulo 28

Gabriel y Daniela, tuvieron que esperar un buen rato haciendo cola antes

de poder entrar al interior de la discoteca Marquee.

No podía dejar de observar a las dos chicas jóvenes que estaban charlando

justo delante de ella. Por las apariencias, rondarían su misma edad. Aunque por

sus escasas vestimentas, su intenso maquillaje y la manera que tenían de

expresarse, distaba bastante de la personalidad de Daniela. Hablaban de sexo

con tal soltura y desparpajo que hasta incluso, consiguieron escandalizarla. Tan

solo el hecho de tener que escuchar como describían con pelos y señales sus

últimas experiencias sexuales, sentía como sus mejillas rápidamente se

encendían como el fuego de una antorcha. Incluso se permitían el lujo de hacer

apuestas acerca de cuántos chicos acabarían tirándose aquella misma noche.

Gabriel que también escuchó aquella conversación, pudo ver reflejado el

estupor en el rostro de Daniela. Y aunque quisiera negarle la evidencia, sabía

que él no era el más indicado para ello porque reconocía que no era

precisamente ningún santo.

—Daniela, la noche es así... se encogió de hombros sin tratar de

enmascarar aquella abrupta declaración—. La noche está repleta de sexo, de

drogas y de perversión.

Ella agachó la cabeza avergonzada, tratando de esconderse entre los

mechones de su pelo. Gabriel, le levantó la barbilla y la miró fijamente.

—Eres tan dulce y tan inocente... sería tan fácil hacerte daño..

Daniela le miró boquiabierta sintiendo como un escalofrío recorría el

largo de su espalda. Sus palabras no hacían más que acrecentar aquel

sentimiento de deseo hacia él. Era consciente de que él estaba tratando de ser

amable y de que solo podría ofrecerle su amistad, pero deseaba tanto que eso

no fuese así, que el despertar y darse de bruces contra la cruel realidad, era

demasiado doloroso para ella.

—Debes pensar que soy un bicho raro o algo así, ¿verdad?

—No. ¿Por qué? —le preguntó extrañado.

—Porque no soy como las demás chicas de mi edad.

—¿Y qué tiene de malo ser diferente? —Arrugó el entrecejo—. Yo siempre

he tratado de ir en contracorriente. No me gustan los convencionalismos, como

ya lo habrás notado.

Daniela esbozó una sonrisa de complicidad, porque ella se sentía

exactamente igual.

Minutos más tarde pudieron entrar. Gabriel guió a Daniela a través de la

multitud hacia una especie de reservado. Allí estarían más cómodos, podrían

sentarse en unos amplios sofás, la música no era tan estridente y además el

lugar permitía seguir charlando. La pista de baile se veía desde allí y ya había

mucha gente bailando en el centro.

Una camarera morena se les acercó para tomar nota. Era alta, delgada y

con grandes pechos que parecían operados. Vestía una minifalda que dejaba

escapar poco a la imaginación y una camisola semitransparente de color negra.

Además tenía los labios pintados de rojo carmín a juego con las largas uñas.

—¿Qué te pongo? —preguntó humedeciendo los labios inclinándose

ligeramente para enseñarle el voluminoso escote

mientras se acercaba a su cara

provocándolo.

Daniela entornó los ojos por el exagerado coqueteo de la camarera. Ella

también estaba allí y sin embargo parecía ser transparente.

«¡Será fresca! Si sigue acercándose más, conseguirá restregarle las tetas por

toda su cara», resopló con fuerza para sus adentros.

—Ponme un whisky con hielo, por favor —le pidió a la vez que se echaba

algo hacia atrás en el sofá para tratar de recuperar su espacio—. ¿Qué vas a

querer tomar tú Daniela?

Se permitió dudar unos segundos y enseguida lo tuvo claro. Había llegado

el momento de divertirse y no lo conseguiría si no dejaba de mostrarse tan

tímida. Beber algo fuerte le podría ayudar a desinhibirse.

—Para mí también un whisky con hielo —dijo alzando el mentón

aparentando serenidad en sus palabras.

—¿Estás segura? —arrugó el entrecejo.

—Sí.

—Daniela, si quieres puedo darte a probar primero del mío y luego

decides..

—No. Quiero uno para mí — protestó.

—Vale, es cierto, tienes razón. Eres mayorcita para tomar tus propias

decisiones. . —le sonrió encogiéndose de hombros —. Que sean dos, entonces.

La camarera desapareció y Gabriel se acercó un poco más a Daniela para

poder seguir hablando y poder conocerla algo más.

—¿Al final conseguiste recuperar algún objeto robado?

—No. Por lo visto no eran los mimos ladrones.

—Hay que tener paciencia con estas cosas. Es difícil dar con ellos a no ser

que cometan errores. Se la saben todas. .

—Sí. Aunque yo me conformaría con que los encerrasen entre rejas y que

pagaran por lo que me hicieron.

177

Gabriel asintió estando de acuerdo con su comentario.

—¡Que me aspen!... No puedo creer que estés aquí...

Gabriel que reconoció aquella voz, giró el rostro en aquella misma

dirección.

—Eric... ¿Qué coño estás haciendo de nuevo en Nueva York? se levantó

para saludarle y fundirse ambos en un abrazo.

—Negocios, como siempre Gabriel. Al final voy a pedir el traslado aquí, ja,

ja, ja.. —reía mientras observaba a Daniela,

repasándola a su vez de arriba

abajo, sin apenas disimular mientras la desnudaba con descaro con la mirada—.

Te he estado llamando, pero salía el contestador...

—He tenido problemas con el móvil —le sonrió —. ¿Te quedarás mucho

tiempo?

—Un par de semanas.

—Genial.

Daniela los miraba en silencio.

Eric era un tipo alto, moreno y corpulento y con una mirada azul muy

penetrante, incluso intimidante. Y para más inri, vestía todo de riguroso negro,

envolviéndole en un aura misteriosa. Con una camisa entallada y arremangada

por los codos, pantalón tejano ceñido a sus piernas y unos brillantes zapatos de

piel. Pero, Daniela fue más allá, fijándose en su mano, percatándose de una

marca blanquecina que rodeaba su dedo anular. Era la prueba fehaciente de

haber llevado no hacía mucho tiempo una alianza.

—¿Me presentas a esta preciosidad? —le preguntó a Gabriel señalando

con la cabeza a Daniela, quien apartó la mirada de sus ojos azules.

—Es una amiga.

Eric no esperó y voló para acomodarse junto a ella.

—Vaya, de cerca aún eres más guapa.... —le confesó enseñando la perfecta

hilera de dientes blancos al sonreír—. Soy Eric. Gabriel y yo estudiamos juntos

en Madrid. ¿Y tú eres.. .?

—Yo soy Daniela.. —le dijo casi en un susurró.

—Tienes un nombre precioso al igual que tus ojos.

Daniela se ruborizó al instante, el efecto que ejercía sobre ella era

devastador. Eric aprovechó para acercarse y sentir el calor de sus mejillas,

dándole dos besos.

—Hum... Trussardi Inside — dijo él oliendo de su perfume—. Divino. .

Gabriel enarcó una ceja.

¿Qué era todo ese despliegue de seducción hacia Daniela?

178

Eric no era precisamente lo que ella necesitaba, no podía permitir que le

enredara en su telaraña de perversión. Él era un experto embaucador, un

encantador de serpientes. El típico depredador de manual. Y en este caso un

“asalta cunas”. Daniela era demasiado inocente para semejante lobo con piel de

cordero.

—Eric... —Gabriel se acercó a su oído para susurrarle unas palabras—:

Daniela no es para ti. Sé perfectamente lo que estás intentado hacer, pero no

quiero que sigas por ahí, ni por ese camino... Ella no es como las chicas que

estás acostumbrado a tirarte.

—¿Por qué?... ¿Es lesbiana?. . —espetó soltando una risa nerviosa.

Daniela escuchó esa palabra y abrió mucho los ojos.

¡Lo que le faltaba por oír, aparte de virgen, lesbiana! Por suerte para los

tres, la camarera apareció con las bebidas quien preguntó a Eric qué iba a tomar

y se marchó de nuevo, no sin antes lanzar una sonrisa provocativa a Gabriel.

Daniela cogió el vaso, la situación empezaba a superarle.

Dio un trago largo de whisky. Aquel brebaje le

abrasó la lengua y tuvo

que tragárselo rápidamente, tratando de ser educada y no escupirlo sobre la

mesa. Sabía a rayos. Tuvo que toser con fuerza repetidas veces, para eliminar

un poco aquella sensación de quemazón en la garganta.

—He quedado con Megan y Janaina la brasileña, están al caer. .

—¡No me jodas...! —Gabriel alzó una ceja echando un vistazo a la sala por

si las veía.

—Sí, tío... Megan se alegrará mucho de verte.. —se rió—. Se quedó muy

triste cuando te fuiste y la dejaste tirada para ir a la comisaria a denunciar la

pérdida de tu cartera. Suerte que nos tenía a Janaina y a mí para consolarla...ja,

ja, ja...

Y en efecto, segundos más tarde ambas ya estaban bailando en el centro

de la pista. Eric al verlas se acercó, habló un rato con ellas y las guió hasta el

reservado. Megan y Janaina, se sorprendieron gratamente al ver de nuevo a

Gabriel, pasando olímpicamente de la presencia de Daniela.

Megan se sentó junto a Gabriel, casi echándose encima, colocando la mano

sobre su pierna e inclinándose ligeramente para susurrarle al oído:

—A ver si esta noche tengo más suerte y puedes

acabar lo que dejaste a

medias. . —le dijo sensualmente mientras deslizaba su mano por su muslo,

acercándose peligrosamente a su entrepierna.

Daniela dejó de respirar por unos segundos al ver la tórrida escena de

Megan y Gabriel, de esa forma tan íntima que no supo reaccionar. Sentía ganas

de llorar. Dándose cuenta por fin, de que ella no era el tipo de mujer que podría

seducir a Gabriel y que jamás conseguiría nada con él, salvo amistad.

Cogió el vaso de whisky con ambas manos para reunir el valor suficiente y

cerrando los ojos con fuerza, se lo bebió entero, sin dejar ni una mísera gota.

Luego se levantó para ir a los servicios ya teniendo bastante con la que escena

que acababa de presenciar.

Comenzó a caminar sin rumbo. No sabía dónde se encontraban, pero poco

le importaba. En seguida notó como todo le daba vueltas a su alrededor. Las

luces centelleaban en sus ojos, la música retumbaba en sus oídos.

Preguntó a un par de chicas por los servicios y siguiendo sus indicaciones,

pronto dio con ellos. Entró y esperó. Estaban todos ocupados.

Aprovechó para humedecer su nuca con agua. Se sentía mareada, la

cerveza de antes y el whisky de ahora, la habían aturdido. Y entonces se miró al

espejo.

«¿Y qué esperabas? ¡Eres una estúpida! Ya sabías que eras invisible para

Gabriel»

No hacía más que castigarse, flagelarse a sí misma y sin embrago él no

dejaba de estar a años luz de ella..

Cuando vio que uno de los servicios quedaba desocupado, abrió la puerta

y entró, para luego cerrarla con el pestillo. Bajó la tapa del inodoro con cuidado

y arrancó un trozo de papel higiénico para limpiar lasuperficie sentándose

sobre ella.

Ya en la intimidad, colocó sus manos sobre su cara, tenía tantas ganas de

llorar, sentía tanta rabia...

¿Por qué no era lo suficientemente buena para él? ¿Por qué Gabriel no

podía sentir lo mismo que ella sentía hacia él?

Se sentía pequeña y al mismo tiempo ridícula por haberse creado falsas

esperanzas.

De repente, alguien golpeó la puerta insistentemente. Daniela alzó la vista

en un acto reflejo. Pestañeó al tratar de enfocar porque las imágenes eran

difusas.

—Está ocupado...

—Soy Gabriel. . ¿te encuentras bien?

Daniela abrió los ojos, no quería verlo. Él era la causa de todas sus

desdichas…

—Sí... estoy perfectamente..

—“perfectamente hundida”, pensó para sus adentros.

—Vale, pero.. déjame entrar. .

—Es un lavabo de chicas, Gabriel..

—Lo sé... me están mirando raro —se rió—. Venga, abre la puerta y

cuando te mire y sepa que estás bien, me marcharé.. palabra de scout.

—No.

180

—No te imaginas lo cabezota que puedo llegar a ser..

Gabriel esperó unos instantes más y poco después, pudo escucharse el

sonido del pestillo.

Al abrirse la puerta pudo encontrarse a Daniela sentada en la taza del

váter con cara de pocos amigos.

Tras cerrar la puerta y echar de nuevo el pestillo, se acuclilló para quedar

a la misma altura y entonces ella alzó la vista mirándole a los ojos sin pestañear.

Daniela los tenía rojos además del semblante muy

serio y ligeramente

achispado por causa del alcohol.

—¿Ves? no me pasa nada..

—le

dijo señalándose de

arriba abajo con las manos.

—Pues a mí no me lo parece... has huido corriendo del sofá en cuanto

Megan se ha sentado a mi lado..

«En cuanto Megan te ha metido la mano casi en la bragueta... gilipollas»,

murmuró.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Gabriel soltando una sonrisa divertida.

—Nada importante —agachó la cabeza para dejar de mirar a los brillantes

ojos verdes de él—. Ya has comprobado que estoy bien... así que ya puedes

marcharte por dónde has venido..

—¿A quién pretendes engañar? desde luego que a mí no. .

Daniela resopló.

Tenía razón, ni siquiera podía engañarse a sí misma. Enrolló un mechón

de pelo entre sus dedos y encontró el valor para mirarle a los ojos mientras le

abriría su corazón.

—¿Quieres sinceridad?

—Sí —asintió con la cabeza.

«Pues ahí va…»

—He salido corriendo porque no he podido soportar como Megan

intimaba contigo. Me han superado los celos y no he podido soportarlo…

—Daniela..

—¡No...! —le selló los labios con un dedo—. Déjame acabar, por favor..

Mañana por la mañana cuando me levante, lo más probable es que no recuerde

absolutamente nada de lo voy a decir ahora, así que allá va...

Se permitió un momento para retomar aire con fuerza y aunque la cabeza

continuaba dándole vueltas como una peonza a causa del alcohol, se

sentía completamente desinhibida.

181

—A tu lado, siento que puedo ser yo misma porque no cuestionas mi

manera de comportarme. Haces que me sienta valorada y me has devuelto las

ganas de vivir.. de ilusionarme... de soñar…

Daniela inspiró lentamente.

Había llegado el momento, ya se arrepentiría después. Era ahora o nunca.

—Y por primera vez en mi vida, has hecho que me sienta atraída

sexualmente por un chico. .

—tragó saliva muy despacio—. He tratado de evitar que cada mañana al

despertar, mi primer pensamiento vaya dirigido hacia ti. . Pero no lo consigo..

—confesó mordiéndose el labio inferior con lentitud—. Deseo que me toques y

no me siento sucia por ello..

Daniela le cogió de la mano y se la colocó sobre sus piernas.

Gabriel se quedó sin aliento al sentir el roce de su piel en contacto con sus

dedos. Ella comenzó a guiar sus manos por debajo de su falda y Gabriel se

tensó al notar con la punta de sus dedos la cara interior de su muslo. Tenía la

piel tan suave y tan fina, percibiendo incluso como el frágil cuerpo de

ella

temblaba ligeramente.

Daniela empezó a notar como la piel se le encendía por sus caricias y quiso

dar un paso más, se acercó y susurró muy despacio:

—Deseo que me beses..

Ambos se sostuvieron las miradas unos segundos y la respuesta de él no

se hizo esperar. Sin dejar de acariciar la tela de sus braguitas, atrapó su boca con

la suya. La abrió de inmediato para envolver su caliente lengua recorriendo

todo su paladar, unido al sabor entremezclado del tabaco y del whisky.

Gabriel saboreó en la boca de ella su anhelo y represión durante todo este

tiempo y se dejó llevar sin pensar en las consecuencias más inmediatas.

Ella pese a que seguía temblando como una hoja, comenzó a

desabrocharse los botones de su camisa, dejando al descubierto unos bonitos y

redondos pechos cubiertos por un delicado sujetador de encaje blanco.

Gabriel se fijó en sus perfectos pechos elevados por la ropa interior y

desvió su mirada a aquella delicada marca en forma de flor que realzaba

aún más su belleza natural. La rozó con la yema de sus dedos y luego besó la

piel donde estaba dibujaba.

Sin esperarlo, alguien golpeó con fuerza la puerta.

—¿Podéis follar en otro sitio? Me estoy meando viva... necesito entrar.

Gabriel dejó de besar a Daniela, saliendo de aquella especie de trance,

dándose cuenta de lo que estaba haciendo. Aquello no estaba bien. Ella no

merecía que la engañara. Y aunque en aquel momento la deseaba como mujer,

no podría darle lo que ella realmente deseaba.

Una vez más se había dejado llevar por sus instintos más primitivos, pero

con Daniela debía ser diferente, tenía que ser diferente.. No podía acostarse con

ella y dejarla tirada después.

—Daniela, no está bien lo que estamos haciendo. Tú te mereces a alguien

mejor que yo... y yo no puedo darte lo que deseas enderezó su espalda y se

incorporó ofreciéndole la mano. Venga. Te llevo a casa. Ya verás cómo mañana

después de la resaca, podrás ver las cosas de otra forma...

Capítulo 29

Daniela no quiso cogerse de su mano rehusando así su ofrecimiento. No

quiso que la ayudara a levantarse. Prefirió apoyarse en una de las paredes del

lavabo y recoger los pedazos de su orgullo herido.

Una vez en pie, cuando pretendió dar un par de pasos, notó un ligero

tambaleo. Aún seguía algo aturdida por el efecto del alcohol.

Gabriel la agarró de la estrecha cinturilla impidiendo que cayera al suelo.

—Preferiría que no me tocaras... —dijo ella molesta. Su tono de voz era

frío y distante, al igual que su rostro y la expresión de sus ojos.

—Daniela, joder. . no me castigues de esta manera.. Soy consciente de que

la he cagado.. — le susurró con una mirada llena de disculpa—. No sé qué

podría hacer para que te sintieras mejor. .

—No puedes hacer nada... No hace falta que te

preocupes por mí. Como

tú bien dices ya soy mayorcita ¿no?... Así que, trataré de asumirlo.. no me

queda otra —le reconoció mientras acababa de abrochar los botones del vestido.

Luego pasó por su lado sin mirarle, como si fuera invisible. Giró el pestillo

y salió de aquel lavabo sin siquiera esperarle.

Gabriel comenzó a caminar justo detrás de ella sin perderla de vista.

Tratando de dejar una distancia prudencial entre ambos.

Pronto llegarían al reservado.

Eric estaba solo, sentado en el sofá, bebiéndose un mojito. Sonrió al ver

como Daniela se sentaba a su lado y le devolvía la sonrisa. Él, aprovechando la

ocasión, se acercó un poco más a ella.

—Te noto muy distinta, mucho más. . receptiva... y eso me encanta...

Le echó el pelo por detrás de los hombros y comenzó a acariciar con el

pulgar la desnudez de su cuello.

—Tienes una piel muy suave...

—Gracias... —murmuró, lanzando una mirada fortuita a Gabriel.

Eric cogió su cóctel y se lo acercó a Daniela.

—¿Quieres probar?

Ella asintió. Quiso coger el vaso pero Eric no se lo permitió.

—Quiero dártelo yo... ¿puedo? —le susurró. Su sugerente voz grave

rezumaba sensualidad incluso erotismo.

Daniela abrió mucho los ojos sorprendida. Nunca antes nadie le había

sugerido nada semejante.

Eric sin esperar respuesta, le acercó la bebida a los labios mientras que ella

seguía sin contestar, limitándose a dejarse llevar por la situación. Cerró los ojos

y abrió un poco la boca. Él entonces le dio de beber, dejando que el ron y la

hierbabuena se deslizaran lentamente por su garganta.

—¡Hum...! Está muy bueno —ronroneó ella gustosa.

Él sonrió con descaro. Gabriel, negó con la cabeza.

«¿Qué coño estás haciendo Daniela? Estás pisando terreno pantanoso»,

pensó.

—Eric... Daniela ya se iba a su casa... —dijo Gabriel dando dos pasos al

frente.

—Bueno... eso lo debería de decidir ella ¿no te parece?

—La verdad, es que me lo estoy pasando bien... así que de momento, no

pienso irme a casa...

—contestó ella.

Gabriel frunció el ceño y resopló con fuerza.

—He dicho que nos vamos.. e ordenó.

—No. —contestó de nuevo tratando de mantener cierta serenidad,

aunque sus ojos reflejaban un considerable enfado.

«¿Quién te has creído que eres para mandarme de esa forma?»

A Eric se le escapó una risa.

—Ya le has oído... No quiere irse.

—¡Eric, no me cabrees.. ! —Espetó con brusquedad enderezando la

espalda cuan alto era—. Venga, he dicho que nos vamos... ¡Ahora.. !

—Gabriel, déjame en paz...

—añadió ella—. Además... te agradecería que dejaras de comportarte

como si fueras mi padre.

Gabriel se pasó ambas manos por su pelo.

Estaba a punto de estallar. Imaginar a Eric follándose a Daniela como un

animal le puso muy furioso. Conocía a su amigo y sabía que no sería delicado

con ella, sino todo lo contrario, sería brusco. La sola idea de que le pudiera

hacer daño, le daba náuseas.

Trató de contenerse contando hasta veinte. Hizo crujir sus nudillos con

fuerza, pero al llegar al número cinco, no pudo

aguantarlo más, se inclinó y

sujetando a Daniela por la muñeca, tiró de ella para obligarla a levantarse del

sofá.

185

—¿Qué estás haciendo?, ¡suéltame la mano.. ! —dijo Daniela

malhumorada.

—Te estás comportando como una verdadera cría y ganándote unos

buenos azotes en el trasero.

Ella puso los ojos en blanco.

—¡¡¡Ja!!! ¡No soy ninguna cría...! —resopló muy enojada.

—Pues entonces deja de hacer cosas que lo pongan en duda.

—Touché... —murmuró mordiéndose la lengua para no seguir hablando y

decirle todo lo que le rondaba por la cabeza en ese instante.

Eric se levantó de su asiento, ignorando qué era lo que estaba pasando

entre ellos dos. Aunque de una cosa sí que estaba convencido, de que no era el

momento ni el lugar para solucionarlo.

—Vamos a ver parejita.. Se huele a leguas que aquí hay tensión sexual sin

resolver.. —se rió con ganas—. Mi consejo de amigo:

Follad. Seguro que después dejaréis de sentiros

tan mal el uno con el

otro...

Le dio unas palmaditas en la espalda a Gabriel y luego sacó una tarjeta de

su cartera para dársela a ella.

—Llámame, cuando te canses de Gabriel. . Suelo venir a menudo a Nueva

York...

Daniela cogió la tarjeta y la leyó:

Eric Rivero

Estudio Arquitectura Cibeles Madrid

Tel. 622.00.45.12

Acto seguido, se la guardó en el bolso.

Eric se despidió con un beso en la mejilla y se alejó a bailar hacia la pista

con Megan y Janaina. Daniela lo siguió con la mirada mientras Gabriel

aprovechó de su despiste para cogerle la mano, y aunque trató de resistirse, no

la soltó hasta sacarla de aquel antro.

Ya en el exterior, comenzó a caminar por la acera a paso ligero.

—¿Me devuelves mi mano?

—le preguntó en tono ligeramente sarcástico.

Él gruñó, pero al final se la soltó. —Daniela.. No se te ocurra jamás,

comportarte como lo has hecho esta noche.. Por desgracia, no podré estar

siempre para..

—¿Protegerme? —le interrumpió.

186

—Exacto...

Ella se rió, negando con la cabeza.

«Qué ironía»

¿Cómo se atrevía a hablar de protección, cuando era él quien precisamente

le había causado dolor aquella noche?

—Gabriel.. me has rechazado.. me siento humillada como mujer. .

—Joder Daniela... no estás siendo justa.

—¿Justa?... y ¿qué pasa conmigo? —Se detuvo en seco cerca de una

bocacalle—. Me dices que merezco a alguien mejor que tú porque no puedes

darme lo que necesito.. Pero acaso, ¿me has dejado elección?... ¿qué coño sabrás

tú lo que yo necesito?

Gabriel se pasó las manos por su pelo, la situación le comenzaba a

exasperar considerablemente.

—Es que no lo entiendo.. Si no estás saliendo con nadie..

Significa entonces, que no te atraigo como mujer. . ¿Tan horrible soy?. .

¿No te excito nada?

—Daniela.. no van por ahí los tiros.

—Pues a mí sí que me lo parece... He visto como

miras a otras mujeres...

En cambio a mí, me miras de otra forma distinta... más..

—¿Fraternal? —ahora fue él quien la interrumpió.

—Sí.

—Será porque mi sentimiento hacia ti siempre ha sido de protegerte...

Daniela no pudo evitar sentir como sus ojos se humedecían

rápidamente. Gabriel solo la veía como una hermana, o una amiga y no como la

mujer que realmente era.

—Daniela, por favor. . no llores. No quiero verte así.

Gabriel se acercó para abrazarla, pero ella

retrocedió unos pasos.

—¡No me toques...! — Exclamó secando las lágrimas con rabia con el

dorso de la mano—. Me marcho a casa.

—Pues en ese caso, te acompaño.

—No. Está a solo dos calles de aquí. Prefiero caminar sola.

Daniela dio media vuelta marchándose de su lado.

Gabriel la estuvo siguiendo con la mirada hasta que cruzó la calle y giró

la esquina. Metió las manos en los bolsillos y sacó el paquete de tabaco,

encendiéndose un cigarrillo mientras caminaba pensativo hacia su

apartamento.

Daniela entró en el ascensor. Abrió su bolso para buscar las llaves de su

piso y se encontró con la tarjeta de Eric. La retuvo unos segundos entre sus

dedos. Un pensamiento vagó por su mente. Quizás no era tan mala idea.

Cogió su móvil y empezó a marcar su número.

—¿Hola?

—Hola Eric, soy Daniela... me gustaría verte..

Capítulo 30

Daniela vio como un Aston Martin DBS plateado aparcaba justo delante

de su apartamento. Abriéndose la puerta del vehículo vio salir a Eric. Sin la

presencia de Gabriel y lejos de la escasa iluminación de la discoteca, pudo

observarle con mayor detenimiento. Él era un chico muy atractivo, alto, de

espalda ancha y cintura estrecha. Y por lo que se podía apreciar a través de su

ajustada ropa de marca, un cuerpo fuerte y atlético, trabajado a conciencia. Sin

duda, era el típico hombre por el que cualquier mujer caería rendida a sus pies

con solo hacer chasquear los dedos.

Eric observó como Daniela le esperaba apoyada en la fachada de aquel

bloque de apartamentos. Allí estaba ella,

sonriendo tímidamente. Era bella.

Con una mirada cándida, pura. Unos ojos verdes esmeralda que brillaban

expectantes al ver como él se aproximaba. Por culpa de su extrema inocencia y

de esa mirada, Eric sentía verdadera curiosidad por conocerla más

íntimamente. Desde que la había visto en aquel local, anhelaba con ansia el

momento de poseer su cuerpo.

—Me ha sorprendido gratamente que decidieras llamarme.

Ella inspiró y sin darse cuenta se mordisqueó el labio inferior. Eric le

intrigaba como hombre. Por como la miraba, por cómo le hablaba. Siempre

había sido muy prudente en sus escasas relaciones —en sus casi «inexistentes»

relaciones— Pero aquella noche, se había prohibido pensar demasiado.

Llegando la hora de dejarse llevar, sin más. Podría arrepentirse, sí. Pero de eso,

ya se ocuparía otro día.

—¿Nos vamos? —le preguntó colocando su mano en el bajo de su espalda

mientras la guiaba hacia su coche.

Con afable galantería, le abrió la puerta del copiloto, ella le sonrió

reclinándose, doblando las rodillas y acomodándose en el asiento. Eric cerró la

puerta con un golpe suave y rodeándolo rápidamente entró dentro. Se colocó el

cinturón de seguridad, ajustó el espejo retrovisor y encendió el motor liberando

así, los más de quinientos caballos de potencia.

El tráfico en aquella hora de la madrugada por las calles de Manhattan era

bastante más fluido, de continuar así, pronto podrían llegar a su loft en

Brooklyn.

Daniela miraba a través de la ventana en silencio, ensimismada en sus

pensamientos. Sintiéndose contrariada, librando una batalla interior. Siempre

había pensado que su primera vez —en perder la virginidad— sería especial,

con alguien de quien estuviese realmente enamorada y no con un completo

desconocido. Pero las cosas habían surgido así, tal vez si no se hubiese sentido

rechazada por Gabriel, no se hubiese lanzado a la boca del lobo. . o ¿tal vez sí?

Eric la miró, vio en su rostro preocupación e inquietud. Debía conseguir

que se relajara, o aquello no funcionaria. Acercó su mano para retirarle el pelo

tras los hombros, para así poder ver mejor su cara.

—Un dólar por tus pensamientos —le sonrió.

Daniela ladeó la cabeza y le devolvió la sonrisa.

—¿Quieres escuchar música?—añadió para tratar de romper el hielo.

—Sí.

—¿Alguna canción en especial?

—No. Lo cierto es que me gusta todo tipo de música — siseó encogiéndose

de hombros ligeramente.

—Hum. Una chica complaciente, eso me encanta... —su voz sonó ronca a

la par que sexy y seductora.

Eric miró intensamente a sus ojos y después al resto de su cara,

deteniéndose algo más de la cuenta en sus labios. Le encantaban sus labios, eran

rosados, carnosos y parecían tan apetitosos. No veía el momento de poder

morderlos suavemente con sus dientes.

Por suerte tuvo que detener el coche en un

semáforo, ya que sus tórridos

pensamientos comenzaban a hacer patente su inminente erección. Se removió

incómodo en el asiento y encendió el equipo de música desviando así la

atención.

Poco después, se iluminó la luz verde del semáforo indicando que ya

podían continuar, justo en el preciso instante que daba comienzo la canción

“Let her go” del grupo Passenger:

"Well you only need the light when it's burning low

(Bien, solo necesitas la luz cuando se está consumiendo)

Only miss the sun when it starts to snow,

(Solo echas de menos el sol cuando empieza a nevar,)

Only know you love her when you let her go

(Solo sabes que la quieres cuando la dejas marchar)

Only know you're been high

(Solo sabes que has estado bien)

When you're feeling low

(Cuando te sientes de bajón)

Only hate the roal when you're missing home

(Solo odias la carretera cuando echas de menos tu casa)

Only know you love her when you let her go

(Solo sabes que la quieres cuando la dejas marchar)

Entonces Daniela cerró los ojos, tratando de relajarse apoyando la cabeza

en el respaldo del asiento. Aquella canción le traía muy buenos recuerdos, de su

pueblo y de Barcelona. La solía escuchar en el pub que frecuentaba con sus

amigos, Nadia y Biel. Y sin darse cuenta, comenzó a canturrear haciendo

danzar los dedos sobre la falda de su vestido.

Eric sin dejar de prestar atención a la carretera, de vez en cuando ladeaba

la cabeza para observarla en silencio. Trataba de entender por qué se sentía tan

atraído físicamente por ella. No era su tipo, o mejor dicho, no era el estereotipo

de mujer con la que estaba acostumbrado a acostarse. Desde luego, no se

parecía a ninguna de ellas, ni por asomo.

Al acabar aquella canción, el CD siguió sonando aunque Daniela dejó de

canturrear y de mover los dedos. Volvió a abrir los ojos. Eric acababa de abrir

un paquete de Marlboro. Sujetando con los dedos un cigarrillo y llevándoselo

a la boca para encenderlo.

—¿Fumas?

—No... Nunca lo he probado.

—¿Te molesta si yo lo hago?

Ella negó con la cabeza.

—De todos modos abriré la ventanilla para que el humo no te moleste —

dijo pulsando el botón del centro.

Ya en Brooklyn, entraron en un parking subterráneo. Aparcaron el coche

al lado de una Harley Davidson y caminaron hacia una especie de ascensor

montacargas. Eric deslizó la puerta de tijera hasta dejarla anclada en el marco

de la pared. Buscó entre un manojo de llaves, la que era la más pequeña de

todas. La introdujo en el hueco de una cerradura que había en el cuadro de

mandos, iluminando de esta manera el número nueve. El ascensor se puso en

marcha tras una fuerte sacudida y comenzó a elevarse.

—Madre mía... no se desprenderá ¿no? —preguntó algo nerviosa al dar un

bote en el suelo.

—Eso espero... según me han contado, la última vez cayó desplomado de

la séptima planta.— Soltó una risa—. Por suerte, no había nadie dentro.

Ella abrió mucho los ojos.

—Ja, ja, ja... era una broma... —siguió riendo—. El ascensor es muy viejo

pero es seguro, no te asustes.

Aliviada, exhaló el aire de sus pulmones. Aunque no pudo evitar

permanecer alerta.

191

—El edificio es muy antiguo. Fue construido en los años veinte. Y hasta

hace poco solo se utilizaba de forma industrial —le explicó—. El año pasado me

decidí y compré el ático en una subasta por un precio irrisorio. Fue toda una

ganga. Luego diseñé el interior y lo convertí en un loft de dos plantas.

—¿Y vive más gente en el edificio? —preguntó con curiosidad.

—En la última planta, únicamente yo. Y en las demás, prácticamente todos

los apartamentos están ocupados.

El ascensor se detuvo con una nueva sacudida, esta vez incluso aún más

intensa que la anterior. Giró la llave en sentido contrario y la sacó de la

cerradura. Deslizó de nuevo la puerta encontrándose directamente con el salón

del loft. No había ni pasillo, ni siquiera una puerta de entrada. Desde el

ascensor se accedía directamente al salón.

En solo un instante, Daniela se quedó prendada de aquel lugar. Los

techos eran altos y apenas había paredes que dividieran las estancias. Las dos

plantas se comunicaban a través de una escalera abierta. Había un enorme

ventanal, sin cortinas, de pared a pared y del techo

de la segunda planta al

suelo de la primera. Pero, lo que más le llamó la atención fue un precioso piano

de cola de color negro. Se acercó atraída por él. Deslizando su palma por la

superficie lisa y lacada de su madera.

—¿Sabes tocar?

—Sí. —Asintió—. ¿Puedo?

—Por favor... —le invitó con un gesto con la mano.

Daniela levantó con cuidado la tapa del teclado. Hacía mucho tiempo que

no tocaba uno. Esperaba acordarse de todos los acordes. Inspiró hondo, cerró

los ojos y comenzó a tocar una canción que le

encantaba, “When i was your

man” de Bruno Mars.

Eric dejó que tocara unos segundos, mientras la miraba admirado. Poco

después se unió a ella y ambos tocaron a dúo toda la canción, y justo cuando la

última nota dejó de sonar, él la elogió fascinado.

—¿Desde cuándo tocas?

—Desde siempre. Ni siquiera recuerdo cuando empecé... Mis padres dicen

que con tan solo tres años ya jugaba con un pequeño piano de plástico y

componía mis propias canciones —sonrió.

—Toda una niña prodigio.. Apuesto a que tocas más instrumentos...

—El violín y la flauta travesera. Y hace un par de meses he empezado a

tocar la guitarra española.

—Increíble.

Sonrió y se acercó a una pequeña bodega que tenía junto al ventanal y

buscó una botella de vino tinto reserva del 2008. La abrió, la aireó y rellenó por

la mitad dos copas de cristal de bohemia.

—Tenía reservada esta botella para una ocasión especial. .

—le dijo ofreciéndole una de las copas.

—Gracias —dijo aceptando y bebiendo de ella —.Hum.. No entiendo de

vinos, pero éste está delicioso.

Eric volvió a sonreír, esta vez con una sonrisa endiabladamente sexy.

—Pues entonces habrá que probarlo. . —murmuró sin poder evitar desviar

sus ojos de su boca.

Le quitó la copa de las manos con delicadeza dejándola sobre la mesa.

—Tienes unos labios muy sensuales... —susurró acercándose y rozándolos

con suavidad con los suyos—. Y tan tentadores...

Lamió sus labios con deliciosa lentitud y luego la besó. Deslizando poco a

poco su lengua en su interior.

Daniela sintió por primera vez sus labios cálidos

unidos a la humedad

latente de su lengua, mezclada con el sabor del tabaco y el alcohol de aquel vino

y cerrando los ojos, se dejó llevar.

Eric comenzó a desabrochar poco a poco los pequeños botones de su

vestido. Un botón, luego otro.. Y al tercero, Daniela le detuvo colocando una de

sus manos sobre las suyas.

—Espera... por favor.. — dijo vacilante mientras retomaba el aliento.

—Claro...

No podía continuar, no sin antes explicarle su falta de experiencia con los

hombres.

—Creo que deberías de saber algo importante.

—Te escucho.

Pensó unos instantes en cómo debía decirle sin que sonara extraño que a

sus veintiún años aún er a virgen. Buscó en su mente las palabras adecuadas. .

pero no las encontraba. Comenzó a angustiarse y a enrollar un mechón de pelo

entre sus dedos.

—Daniela.. puedes contarme cualquier cosa.. te aseguro que no voy a

escandalizarme.. su voz sonó serena a la par que tranquilizadora. Ella agachó

ligeramente la cabeza para no tener que mirar a sus ojos azules.

—No me he acostado con nadie antes.. —titubeó algo avergonzada—. Y lo

peor de todo es que cuando por fin me decido, pienso que no podré estar a la

altura..

—Daniela —susurró levantando su barbilla con la mano. Para mí eso no es

un problema... además.. de alguna forma ya lo intuía...—le confesó.

Daniela abrió los ojos sorprendida.

—Lo haremos a tu ritmo y te prometo que seré delicado le cogió de la

mano. Ven acompáñame..

Eric la guió a través del salón y subieron a la

segunda planta. Caminaron

por el pasillo hasta una de las habitaciones. Tras abrir la puerta, encendió las

luces regulando su intensidad para recrear un ambiente lo más acogedor e

íntimo posible.

Daniela observó aquella habitación. Era una suite, con una enorme cama

en el centro. Dos de las paredes estaban cubiertas por fotografías de la ciudad

de Nueva York en blanco y negro. En la otra, un nuevo ventanal, también sin

cortinas.

Eric le dejó tiempo para familiarizarse con aquella habitación. Esperó

hasta comprobar que se sintiera cómoda.

—Daniela.

Ella se giró, mirándole a los ojos.

—No voy a obligarte a hacer nada que no desees...

Tragó saliva y asintió.

—Y si en cualquier momento no quieres continuar. Dímelo y pararé.

—De acuerdo —susurró. Por una extraña razón que no comprendía,

confiaba en él.

—Buena chica.

Eric le volvió a coger la mano para acompañarla hasta la cama. La sentó y

la descalzó. Retiró las sábanas y le dijo que se

tumbara sobre ella. Cuando lo

hizo. Se quitó la camisa, el cinturón y los zapatos y se estiró de lado junto a ella,

apoyando el peso de su cuerpo en el codo.

—Daniela, eres muy guapa... —murmuró, resiguiendo los delicados

rasgos de su cara.

Y sin mucho más preámbulo, la besó en los labios muy despacio.

Capítulo 31

Daniela se despertó tras escuchar la lluvia golpeando con fuerza a los

enormes ventanales de aquella habitación. Abrió los ojos lentamente y

parpadeó repetidas veces antes de ser capaz de observar a su alrededor.

¿Pero...dónde estaba? Recordaba vagamente aquellos muebles, aquellas

paredes y aquella... cama.

Frunció el ceño. Se sentía algo aturdida y desorientada. Trató de

incorporarse, pero un ligero escalofrío se lo impidió comenzando a recorrer

cada recoveco de su cuerpo. Instintivamente se abrazó y comenzó a frotar sus

brazos para entrar en calor.

Mientras caminaba descalza sobre el parqué, volvió a sufrir un dolor

punzante en la cabeza. Colocó la palma de su mano sobre la frente, realizando

movimientos circulares en forma de un suave masaje.

Sonrió, porque por extraño que resultaba y a pesar del malestar, reconocía

que no se sentía mal, sino todo lo contrario, se sentía... muy bien.

Una vez ya desaparecido por completo aquel dolor, giró su rostro y miró

hacia su derecha. Asombrada, abrió los ojos al ver reflejado su cuerpo desnudo

en uno de los espejos que cubrían gran parte de la pared. Entonces trató de

buscar con la mirada por toda la habitación algo con lo que cubrirse, y allí, a

unos metros, sobre una butaca blanca de piel, tirada de cualquier manera, yacía

una camisa negra, algo arrugada. Tuvo que dar varios pasos antes no poder

llegar hasta ella. La cogió y cerrando los ojos, acercó aquella prenda hasta la

nariz para poder olerla... Y por supuesto, como cabía esperar. . olía a él.

Se vistió con avidez.

Uniformada únicamente con aquella camisa de varias tallas más grande, a

diferencia de la ropa que estaba acostumbrada a utilizar. Dobló ambas mangas

hasta hacerlas llegar a la altura de los codos y cuando se disponía a salir de

aquellas cuatro paredes, comenzó a escuchar un canturreo, mezclado con el

sonido del agua de una ducha.

De igual manera que en el cuento del Flautista de Hamelin, se encaminó

hacia allí, guiada por aquel sonido.

Nada más cruzar el umbral de la puerta, pudo verle.

Se le notaba relajado, jovial. . incluso podía afirmar que hasta

aparentemente feliz. Ella apoyó parte de su espalda en el marco de la puerta,

mientras observaba como enjabonaba todo su cuerpo con la esponja.

Daniela inspiró hondo. El dueño de aquel cuerpo era el mismo a quién

hacía apenas unas horas, le había regalado su virginidad. Quién sin conocerla,

la había tratado con delicadeza y muy dulcemente. Cuidándola, mimándola y

no se sentía del todo osada si pensaba que hasta incluso, había sido amada.

Sumida en sus pensamientos, no se percató de que Eric se había girado

para coger una toalla.

—Buenos días, preciosa... — le sonrió mientras se secaba el pelo

frotándolo con la toalla—. ¿Has dormido bien?

—Sí... —le devolvió la sonrisa con bastante timidez.

Daniela bajó la vista hacia su entrepierna. Jamás antes había visto tan de

cerca y a plena luz del día a un hombre desnudo de esa forma tan sensual y

sexy. Tan natural. Tragó saliva mientras abría exageradamente los ojos.

Eric, dándose cuenta de su incomodidad, dejó de secarse el pelo con la

toalla, atándose ésta a la cintura.

Al poco después, salió del plato de la ducha. No quería perder ni un

segundo más. Necesitaba estar lo suficientemente cerca para mirarle a los ojos.

Y de esta forma, comprobar si lo ocurrido entre ambos aquella noche, había

sido o no un error para ella.. Obviamente, le asaltaban las dudas.

—¿Te encuentras bien?... ¿Tienes alguna molestia? Tengo ibuprofeno —

arrugó la nariz.

«¡Cállate Eric o la acabarás cagando!»

Ella negó con la cabeza.

—La verdad. . es que me encuentro muy bien... con algo de resaca, pero

feliz.. Y no, no tengo molestias.. —afirmó con tanta seguridad en sí misma que

al darse cuenta sintió ruborizarse levemente.

—Me alegro, nena...

Daniela observó con mayor detenimiento su rostro. Haciendo hincapié en

una de sus cejas. Una cicatriz partía su simetría y en solo cicatriz?

—¿Ésta? —se señaló a su ceja izquierda.

—Sí.

Se rascó la nuca antes de contestar. Al recordar cómo ocurrió, provocó en

él una repentina sonrisa.

—Han pasado ya muchos años... Estaba estudiando con Gabriel en

Madrid —negó con la cabeza antes de proseguir recordando viejos tiempos de

universitarios junto a su amigo—: Hicimos una apuesta, a ver quién de los dos

se ligaba antes a la profesora de matemáticas. .

Daniela alzó las cejas mientras le escuchaba.

—Era recién licenciada, por lo tanto... era casi de nuestra edad. Investigué

sobre ella y conseguí averiguar que solía correr en circuitos cerrados de

motocross — volvió a reírse, recordando aquella vieja historia—: Alquilé una

moto, soborné a un amigo suyo para que me dejara correr ese día y así lo hice...

Solo que a la quinta vuelta, comenzó a llover y derrapé. Mi moto se estampó

contra la grada...

Daniela permanecía en silencio, aquella historia era como poco curiosa.

—Tres puntos de sutura en la ceja —la volvió a señalar—. Una costilla rota

y magulladuras por todo el cuerpo, bien merecieron la atención de Eva. Me

llevaron al hospital y ella estuvo en todo momento a mi lado.. Gané la apuesta

y Gabriel perdió.

—¿Y qué pasó con Eva?

—Se convirtió en mi mujer y en la madre de mis hijos. .

Daniela cambió el semblante. Notó como un nudo se formaba

rápidamente en la boca de su estómago. Sabía que estaba casado, pero

escuchárselo decir a él, era sin duda otra historia.

Eric notó que sus últimas palabras y su arrebato de sinceridad, no habían

sido del agrado de Daniela, así que, se acercó para tratar de calmar sus

pensamientos y la besó en la frente.

—No le des más vueltas... si eres buena, te contaré

como continúa la

historia.. y te aseguro que no es tan bonita como aparenta...

Jessica tras recibir la llamada de su amigo sobre el pasado de Caroline,

ordenó a Alexia que cancelara todas las visitas y reuniones previstas para

aquel día. Salió de su despacho, y bajó al parking del edificio.

Entró en su BMW y sin perder más tiempo, condujo hasta Cornell

University en Ithaca.

Tenía un buen presentimiento, estaba convencida de conseguir que

aquella niña arrogante y malcriada, retirase de una vez por todas la maldita

demanda judicial contra Gabriel.

Al llegar al campus de la Universidad, preguntó dónde estaba recepción a

un par de estudiantes que desayunaban plácidamente sobre la hierba recién

cortada. Solo cinco minutos más tarde, dio con ella.

Las puertas automáticas de cristal se abrieron para dejarle paso y darle la

bienvenida.

Estiró del largo de su americana azul eléctrico, se acicaló un poco el pelo y

humedeció sus labios antes de llegar hasta la chica.

—Buenos días... Ingrid —le sonrió leyendo su nombre escrito sobre el

mostrador— ¿Podrías decirme en que clase se encuentra en estos momentos la

alumna Caroline Kramer?

Aquella chica de ojos negros la miró algo recelosa. Nadie podía

interrumpir ninguna clase. Ni siquiera podían esperar dentro del recinto. Era

una norma rígida y estricta. No se admitían visitas dentro del horario escolar.

—Dígame de qué se trata y le dejaré una nota...

Jessica pensó unos segundos. Necesitaba hablar urgentemente con aquella

bastarda. Tenía que zanjar el tema lo antes posible. Había venido hasta allí para

verla, y no se marcharía sin hacerlo. Desde luego, esa tal Ingrid no sabía con

quién estaba tratando.

—Soy Angelica Kramer, su prima.. —mintió deliberadamente. Y he

venido desde muy lejos para darle una sorpresa... Si no puedo verla, me llevaré

una gran desilusión y su padre se enterará..

La recepcionista abrió los ojos como platos. Peter Kramer era una de las

personalidades más influyentes de aquella Universidad, todo el mundo lo

sabía, además de ser un benefactor reconocido y muy generoso en cuanto a sus

donativos. Ingrid, algo alterada, comenzó a pulsar el teclado de su ordenador.

—Deme un segundo por favor.

Jessica sonrió. Había sido relativamente fácil. Intuyó que nada más

pronunciar el nombre de Peter Kramer, los tercios cambiarían y no se equivocó.

En menos de diez minutos, se encontraba sentada en uno de los bancos del

pasillo del edificio donde Caroline estaba realizando sus clases.

Miró su reloj de pulsera. Según Ingrid, a las once en punto, saldría del

aula.

Faltaban dos escasos minutos. Se incorporó, cogió su bolso de mano y

cruzó los brazos, esperando que aquella puerta se abriera.

Un minuto. Jessica permanecía como siempre con la mente fría,

calculadora y muy segura de sí misma, con la mirada fija en aquella puerta de

madera.

Por fin, sonó el sonido ensordecedor y chirriante del cambio de clase. La

puerta se abrió. Vio salir primero al profesor, con sus gafas de pasta y su

maletín de piel «tópico», pensó.

Poco después, alumnos y más alumnos salieron de aquella aula.

Jessica no pudo evitar hacer una mueca.

«La jodida niña creando expectación», murmuró...

Por fin, la vio. Charlando animadamente con otra

chica.

«Quién le ha visto y quién le ve... si parece una mosquita muerta.. Camisa

abrochada hasta el cuello, pantalones hasta los tobillos, zapatos planos y ni

pizca de maquillaje.. Menudo fraude»

Jessica permaneció en su sitio, esperando.

Caroline pasó por su lado sin percatarse de su presencia. Poco duró,

porque Jessica le agarró del brazo.

—Hola Caroline.. cuánto tiempo. .

—¿Jessica?

—La misma... —le sonrió sin soltarle—. Tenemos que hablar..

La joven miró a Victoria, su compañera. Se quedó muda, era incapaz de

articular palabra.

—¿Quién es esta señora? — preguntó Victoria arrugando el entrecejo.

—Una íntima amiga de Caroline.. ¿verdad? —la miró sin pestañear y

realizando un poco más de presión en su brazo.

Ella asintió angustiada. Esa situación se le escapaba de su control y en esos

momentos su padre estaba a mil kilómetros de distancia como para venir a

rescatarla como de costumbre.

—Vamos Caroline.. No tengo todo el día...

Jessica soltó su brazo y ella comenzó a masajearlo.

—Mi padre se enterará de esto..

—Niña... no creo que estés en potestad para amenazarme..

Victoria abrió los ojos desconcertada. No entendía qué estaba pasando.

Con nerviosismo, empezó a buscar su móvil en su bolso.

—Voy a llamar a tu padre... —dijo mientras caminaba hacia el exterior.

Jessica dejó que Victoria se pusiera en contacto con Peter Kramer. Por

mucho que tratara de llegar a tiempo para rescatar de sus garras a su querida

hija, llegaría tarde. Para cuando llegase, ella ya

estaría de vuelta a Manhattan.

—Demos un paseo... —le ordenó mientras la miraba con sus grandes ojos

azules y muy brillantes.

Capítulo 32

Jessica comenzó a caminar a paso ligero hacia el exterior del recinto

universitario. Caroline, por el contrario, permaneció en el sitio. Inmóvil,

temblando como una diminuta hoja. Trató de pensar con rapidez cómo podría

salir airosa de aquella situación en la que se había metido ella solita y sin acabar

demasiado lastimada.

Si decidía huir, tarde o temprano Jessica volvería a dar con ella y si por el

contrario optaba por ponerse en contacto con su padre, ¿qué pensaba decirle?

Sin duda él había creído ciegamente en su palabra. ¡Por el amor de Dios. . era su

hija! Jamás cuestionaría su sinceridad, ni siquiera sería capaz de plantear

aquella posibilidad por remota que fuese.

Solo el hecho de pensar en tener que admitir que no se trataba más que de

una absurda pataleta de adolescente, sentía que todo a su alrededor comenzaba

a tambalearse y a derrumbarse bajo sus pies.

Y sin embargo, su padre siempre había confiado en ella.. por supuesto,

era su única hija, su vida, lo único real que le quedaba tras el fallecimiento de

Margaret, su esposa.

Jessica se giró sobre sus talones antes de salir por la puerta acristalada,

observándole con cierta actitud serena y algo altiva.

—Vamos, Caroline.. Date prisa, no tengo todo el día. Como es obvio,

tengo miles de asuntos más importantes que tratar, antes que estar perdiendo el

tiempo aquí contigo...

Caroline tragó saliva y comenzó a caminar despacio hacia su lado. Jessica

sonrió. Sería pan comido. Mucho más fácil de lo que había imaginado. Sin la

presencia de su padre, no era más que una niña insegura y. . temerosa.

—No hablemos aquí, por favor.. —sonó a súplica.

—Donde tú quieras.. Te sigo

—le contestó sujetando la puerta, cerciorándose de que salía de aquel

lugar y le acompañaba.

—Si caminamos hacia allí... señaló con el dedo a un edificio que quedaba

junto a una pista de atletismo—, podremos estar a solas... a estas horas es muy

probable que el gimnasio esté vacío.

—Me parece bien.

El silencio les acompañó hasta aquel lugar. Caroline caminaba cabizbaja

mientras que Jessica la observaba de vez en cuando, sin mediar palabra. Por

extraño que pareciese y sin dejar a un lado el mal que había causado a Gabriel y

200

a su entorno, sintió un atisbo de compasión e incluso de lástima.. "Pobre niña

rica", pensó. Jessica pudo verse reflejada en ella, sin ir más lejos, cuando sus

padres decidieron sin tener en cuenta su opinión, qué rumbo debería de tomar

su vida. La obligaron a ingresar en un internado, lejos de su bebé, de su familia

y de sus amigos, hasta cumplir la mayoría de edad.

—¿Y bien? —preguntó Caroline titubeando con cierto tono sarcástico en

su timbre de voz. Allí, en aquel lugar neutral y a solas con ella, había

comenzado a recuperar cierta confianza en sí misma.

—Quiero estar presente para ver como realizas una llamada...

—¿A qué te refieres? — frunció el ceño.

—Vas a llamar a tu padre y le vas a decir que hoy mismo retire la

demanda interpuesta contra Gabriel.

—¡Eso jamás! —exclamó mientras cruzaba los brazos con fuerza bajo sus

pechos.

Jessica negó con la cabeza y buscó en el interior de su bolso de piel de

cocodrilo de la marca Moschino, su pitillera de plata. Tranquilamente, sin prisas

y sin dejar de mirar a los ojos azules e impacientes de Caroline, se encendió uno

con total y absoluta parsimonia.

—¿Te recuerda algo el nombre de Brad Adams? —le preguntó dando una

nueva calada.

Caroline abrió los ojos estupefacta. Brad Adams, era su antiguo profesor

de literatura inglesa. Por supuesto que sabía quién era y por supuesto confiaba

en que nadie salvo ella, conocía qué clase de relación habían mantenido.

No supo qué responder. Trató de mantener la compostura con gran

dificultad, cambiando el peso de una pierna a la otra.

—Es... Fue mi profesor de literatura inglesa en el instituto... — siseó

tragando saliva al acabar de hablar.

—Cierto... —asintió con la cabeza—. Veo que recuerdas de quién se trata..

porque te aseguro que él no te ha olvidado.

Caroline comenzó a respirar con dificultad, su corazón ajeno a su

voluntad, comenzó a bombear con mucha fuerza.

—¡Lo que te haya dicho es mentira! —espetó en un grito.

—¿En serio?... ¿A quién crees que debería creer?... ¿A un reputado y

distinguido profesor o. . a una niña rica y consentida?. . ¡Contesta... ¿A

quién?!

Caroline se mantuvo en silencio. Sus ojos azules comenzaron a bañarse

ligeramente de lágrimas.

—Está dispuesto a testificar en contra tuya en el juicio de Gabriel. Es más,

está dispuesto a sentarse en el banquillo. . porque esta vez sí que se siente

capaz de decir la verdad.

—No... ¡Por favor!.. — sollozó—. Mi padre no puede saberlo.. ¡Mi padre,

no!

—Haberlo pensado antes de destrozar la vida de tu profesor, de la de su

mujer y la de su bebé de siete meses... No permitiré que destruyas también la de

Gabriel.

—¡Dios!... ¡Brad, no es más que un cabrón hijo de puta...! se acostó

conmigo y después me abandonó... —cerró los puños con fuerza a la vez que

golpeó el suelo con su zapato—. Tuvo lo que se merecía... Un cerdo siempre

acaba comiendo de su propia mierda.

Jessica negó con la cabeza apagando su cigarrillo en una papelera cercana.

—Caroline... me das dolor de cabeza.. Llevas muy mal el rechazo de los

hombres, te falta mucho por madurar querida, pero que mucho. . ¿No te das

cuenta de que no puedes obligar a nadie a que te ame? ¿No lo entiendes? Y sin

embargo has vuelto a repetir la misma historia de Brad pero en este caso con

Gabriel. Solo que Brad no tuvo opciones... le arruinaste su carrera y su familia.

Jessica bufó.

—Y ahora... ya puedes empezar a teclear los números de tu padre.

En ese preciso instante, alguien entró en el recinto. Era Victoria, la

compañera de Caroline. Tras cruzar la puerta, comenzó a caminar a paso ligero

hasta donde ambas se encontraban.

—Caroline... —dijo entrecortadamente y con la respiración alterada como

si hubiese corrido un maratón—. He hablado con tu padre.. Está al caer.. le he

dicho que era grave y está volando hacia aquí, no tardará más de veinte

minutos.

—¿Qué has hecho qué...? — exclamó contrariada y a la vez perdida.

—Entonces le esperaremos. —añadió Jessica tranquilamente.

—No, no, no.. —murmuró comenzando a caminar de un lado a otro con

gran nerviosismo.

Victoria miraba a su compañera y a Jessica al mismo tiempo, sin mediar

palabra. ¿Qué es lo que estaba ocurriendo allí? No entendía nada.

Tras unos instantes, se acercó hasta Caroline para tratar de tranquilizarla.

—Carol... ¿qué te pasa? Colocó su mano sobre su hombro derecho y ella

se detuvo en el acto como si hubiera regresado de una especie de trance.

—Tú no lo entiendes...

—¿Qué es lo que no entiendo?.. Lo que he visto es que aquella señora te

estaba intimidando.. —respondió arrugando la frente al volver la vista hacia

Jessica.

—Quiero que te marches.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—Escucha... —se acercó a su oído descendiendo la voz casi en un

susurro—. Tu padre llega en cinco minutos, he dicho veinte para hacer tiempo..

Esa zorra se las verá con tu padre —sonrió con malicia.

—No... —Zarandeó la cabeza con insistencia—. ¡No puede ser!.. Por favor,

sal y habla con él. . dile que... que no me has encontrado... que me he ido a

casa... Invéntate algo, cualquier excusa, pero sobretodo no permitas que me

vea... y mucho menos que se encuentre con Jessica.

—Caroline…

—¡¡¡Ahora... joder!!! —le gritó empujando su espalda para que hiciera

caso.

Victoria la miró boqueando apenas dos segundos y después se marchó

de allí.

—¿Y bien? —preguntó Jessica con insistencia.

—Dame un minuto...

—Tu tiempo se acaba, Caroline... —frunció el ceño—. A Gabriel no le diste

ni un segundo..

La angustia se cernió en el semblante de Caroline.

No encontraba salida, ni

escapatoria. Jessica frente suya y su padre a pocos kilómetros amenazando con

irrumpir en cualquier momento.

—Le pediré perdón a Gabriel en privado si es necesario.

—No es lo que pretendo. Lo que quiero es que retiréis la demanda... hoy.

—No puedo hacer eso.

—Sí que puedes.

—Mi padre me mandará a un correccional.

—No puedes seguir destrozando vidas, Caroline.. ¿Aún no has aprendido

la lección?

La joven se apresuró a abrir su bolso con las manos temblorosas. Buscó

entre sus pertenencias un talonario bancario y la pluma estilográfica que su

padre le había regalado por su último cumpleaños. Comenzó a escribir

garabatos en el papel. Al acabar, rasgó el cheque y se lo ofreció a Jessica.

—Dáselo de mi parte a Gabriel..

Jessica lo cogió, leyó la friolera cantidad de 50.000 dólares y acto seguido

se rió, echando la cabeza hacia atrás.

—¡Vaya...! —Soltó un silbido, era la misma cantidad que pagó ella por

Gabriel en el baile benéfico de Las Vegas, donde dio comienzo todo aquel

infierno—¿Este es el precio que vale el silencio de Gabriel?

203

—¿Quieres más?... ¡¿Cuánto?!... Pon una cifra... soy asquerosamente

rica...

—Qué ingenua eres, niña.. Por suerte no todo en esta vida está a la venta

—le reprendió rompiendo en varios pedazos el cheque y devolviéndoselo—.

Realiza la llamada, Caroline... Es mi última oferta. Si llegamos a ir a juicio, Brad

testificará en tu contra, Gabriel también, incluso tengo testigos dispuestos a

testificar que la noche del baile coqueteaste con Gabriel.. y que el día de

después te vieron salir de las duchas de los chicos... ¿Y a qué no adivinas cómo?

Caroline notó como el aire se congelaba en sus pulmones.

—Te vieron desnuda, caminando tranquilamente hasta los otros

vestuarios, sin signos visibles de haber sido agredida sexualmente... y ¿sabes

por qué?.. porque no ocurrió nada.

Caroline puso las manos sobre su cara. Le faltaba el aire. No podía

respirar. Se estaba ahogando. Comenzó a sentir náuseas y a ver como todo

giraba a su alrededor. Se agarró del brazo de Jessica al notar como todo su

cuerpo temblaba y flaqueaban sus piernas.

—No hagas comedia.. Asume de una vez por todas tus actos y

compórtate como una mujer... aunque sea por una vez en tu vida —aseveró

mientras le ayudaba a levantarse de nuevo—. Si no lo haces por Gabriel, hazlo

por tu padre, quién no se merece un escándalo mediático de esa envergadura.

Caroline no tenía escapatoria, Jessica la tenía entre la espada y la pared.

Atrapada. Sin salida. Había perdido el juego.

—De acuerdo —alzó la vista hacia los ojos de Jessica—. Haré la llamada...

Buscó su teléfono y esperó unos tonos hasta escuchar a su padre al otro

lado del interfono. Después se armó de valor e

inspiró con fuerza antes de

empezar a hablar.

—Papá...

—Cariño, ¿dónde estás? — Preguntó muy angustiado—. Victoria me ha

dicho que no estás en clase... ¿Qué te ocurre mi amor? ¿Te encuentras mal?

¿Sigues con esos fuertes dolores de cabeza?

—No, papá. No es nada que no pueda solucionarse... —explicó mirando a

Jessica sin apenas pestañear y luego prosiguió—: Tengo que pedirte algo. .

—¿El qué?

Hizo una pausa, necesitaba retomar aire. Al poco después, se acercó más

el auricular a la boca y continuó hablando:

—Tienes que retirar la demanda contra Gabriel.

—Ya hemos mantenido antes esta conversación, cariño. Ese bastardo irá a

la cárcel.. El juez me debe unos favores.

—¡Papá...! —Gritó interrumpiéndole—. Escúchame... por favor..

Peter Kramer se quedó paralizado ante el tono angustiado y suplicante de

su única hija.

—Gabriel.. —tragó de nuevo saliva antes de cerrar los ojos—. No abusó

de mí. .

—¿Cómo que no?... Hay pruebas tesoro.. tú misma me las enseñaste...

—Sí, pero no ocurrió como te expliqué..

—¿Qué quieres decir. .?

Caroline miró a Jessica por última vez antes de confesarlo todo.

—Fue de mutuo consentimiento... No me forzó, no intentó propasarse... no

me acosó... —sus palabras salían a trompicones de su boca. Jessica por el

contrario no perdía un ápice de aquella declaración—. Papá... ha sido una

invención mía...

De golpe se creó un terrible silencio sepulcral al otro lado del hilo

telefónico. Caroline suspiró. Agachó aún más la cabeza esperando la merecida

reprimenda. Pero por extraño que pareciera, justo en los segundos después a la

confesión, sintió una especie de liberación moral.

—Cielo... —aquellas palabras quebraron el silencio entre Caroline y su

padre.

—Papá... lo hice porque me sentí rechazada, Gabriel me gustaba mucho...

—trató de justificarse sin éxito—, y no fui capaz de darme cuenta de la

gravedad de..

—Caroline... —la interrumpió bruscamente—. ¿Dónde estás?

Ya no podía mentirle más, así que con un evidente deje de consternación y

resignación en su hilo de voz, le respondió:

—Dentro del polideportivo junto a las pistas de atletismo. No estoy sola,

estoy con Jessica Orson.

—En dos minutos estaré allí. Ni te muevas... — dicho esto concluyó así con

la llamada telefónica.

Jessica sin mediar ninguna palabra más con Caroline, comenzó a caminar

hacia la puerta acristalada, en aquel lugar no se le había perdido nada más, se

sentía orgullosa por haber logrado su cometido. Ahora le cedería el turno a su

cliente Peter Kramer, a quien le compadecía por tener a una hija así.

Pero instantes antes de cruzar el umbral de la puerta, se giró y dijo unas

últimas palabras a Caroline:

—Si vuelvo a ver merodear tu bonito culo a menos de diez metros de

Gabriel.. y eso incluye llamadas telefónicas o cualquier tipo de contacto... tu

padre recibirá la visita de tu ex-profesor o mejor dicho, de tu ex-amante Brad

Adams..

Jessica cerró la puerta a sus espaldas y cruzó el campus universitario.

Buscó su Blackberry y esperó un par de tonos hasta escuchar como venía siendo

costumbre la voz grave y sensual de Gabriel:

—Hola, Jess. . ¿todo bien?

—Mejor que nunca —sonrió abiertamente—. Ven esta noche a mi casa..

Tengo algo que contarte y algo importante que celebrar. .

—Me tienes intrigado. .

—Ten paciencia, te aseguro que merece la pena esperar.

—De acuerdo.

—Te envío mis señas en cuanto cuelgue.

—¿Puedo llevar champagne para celebrar eso que desconozco?

—Con tu presencia será suficiente... —dijo con picardía.

Tras despedirse, Gabriel se encaminó hacia su apartamento. No sabía por

qué pero tenía un agradable presentimiento, quizás las cosas empezarían a

cambiar su rumbo para aposentarse en un futuro algo menos incierto.

Capítulo 33

Siguiendo las instrucciones que Jessica le había proporcionado, Gabriel

pudo llegar hasta la verja de hierro forjado que rodeaba su mansión.

Apoyó uno de sus pies en el suelo para mantener la moto en vertical

mientras con gran destreza se balanceaba pulsando el botón del interfono.

Segundos después el ama de llaves contestó con voz agradable y apacible:

—Buenas tardes, señor Gómez.

—Buenas tardes —respondió enarcando una ceja al escuchar cómo

pronunciaba su apellido con total confianza y seguridad.

—Cuando se abra la verja, atraviese el camino y rodee la fuente del fondo

hasta llegar al porche.. Allí le esperaré.

—Gracias —sonrió.

Circuló a medio gas por el camino adoquinado tal y como le había

sugerido, no sin antes hacer un repaso a los enormes jardines que se abrían paso

a ambos lados. Pronto, visualizó la fuente y el porche justo por detrás.

Detuvo la moto y se bajó. Giró la llave en el contacto y el motor comenzó

a morir lentamente. Pero antes de quitarse el casco de la cabeza, ya tenía a su

lado a Geraldine, el ama de llaves con una amplia sonrisa en sus delgados y

sonrosados labios.

Gabriel le observó desde su posición privilegiada. Era una mujer de

mediana estatura, de formas curvilíneas, unos cabellos grises recogidos en un

moño bajo y discreto. Los rasgos de su rostro se

dibujaban afables y a la vez

irradiaban experiencia, madurez y templanza.

Ella comenzó a dar varios pasos al frente para aproximarse y detenerse

junto a Gabriel.

—Señor Gómez, si me permite... —acercó su mano enseñándole la

palma—. Yo me haré cargo de su casco, de su cazadora y de sus pertenencias.

—Gracias —volvió a repetir mirándola con asombro. Desde luego, no

estaba acostumbrado a tanto despliegue de amabilidad—. Por favor, llámeme

Gabriel.. de lo contrario me dará la sensación de estar hablando con mi padre..

Geraldine esbozó una tímida sonrisa que ocultó tras su pequeña mano. Si

él no estaba acostumbrado a su amabilidad, ella por el contrario, no estaba

acostumbrada a tanta naturalidad. Robert, el ex marido de Jessica y los demás

hombres que habían desfilado por aquella mansión, no eran ni por asomo así.

Solían ser estirados personajes snobs, de clase media- alta y la mayoría, nativos

de Nueva York. En cambio Gabriel era todo lo opuesto a todos ellos: Era joven,

divertido, natural. . y con una bonita y fresca sonrisa. Una sonrisa, que según

intuía la larga experiencia de Geraldine, no

escondía nada.

—Si no le importa, me dice dónde colgar la cazadora y el casco...

—Señor...

—Gabriel.. por favor — ladeó la cabeza y juntó ambas palmas de sus

manos en forma de ruego.

—La señorita Orson, como de costumbre, preferirá que siga manteniendo

las normas de la casa.

Gabriel se acercó a su oído con sigilo y comenzó a susurrarle unas

palabras en tono muy bajito.

—Puede llamarme Gabriel cuando estemos a solas, Jessica no se enterará...

la gente dice que soy el mejor en guardar secretos. Ya verá, solo tiene que

ponerme a prueba y se lo demostraré.

Gabriel retomó su distancia y le guiñó un ojo. Ella al final cedió. Le

recordaba a su hijo John, obviamente mucho antes de acabar en la cárcel

condenado a varios años por tráfico de drogas.

Así que, sin poder contenerse por más tiempo, soltó una risa contagiando

al instante hasta al mismísimo Gabriel.

Definitivamente, él no era como los demás amantes de su Señora, en

absoluto.

—De acuerdo.. Gabriel.. — enfatizó en la última

palabra—.Sígame.

—Eso está mucho mejor...

Gabriel le regaló una bonita sonrisa y le acompañó escaleras arriba. Una

vez en el interior, quedó boquiabierto tras observar la amplia sala que servía a

su vez de recibidor y punto de partida hacia diferentes puertas que

permanecían cerradas. Al frente, una impresionante escalera de mármol que

giraba tras un arco, perdiéndose en la segunda planta.

Miró a su derecha, tras una puerta corredera se dibujaban las formas de

una espectacular cocina en tonos blanco, chocolate y delicados detalles

dorados. Aquella cocina era tan grande como su apartamento.

—Aquí puede colgar la chaqueta y dejar el casco sobre la repisa.

—Gracias Geraldine —le volvió a sonreír asintiendo a su vez con la

cabeza.

—Presumo que el viaje ha sido largo. ¿Le apetece una copa de

champagne?

—Sí, claro.

—Mientras se lo preparo, puede salir al jardín, la Señora le está esperando

allí.

Gabriel avanzó siguiendo las indicaciones del ama de llaves. Atravesando

la cocina llegó hasta un enorme ventanal, el cual daba acceso a una zona

ajardinada. Nada más cruzar al otro lado, unos chapoteos acrecentaron su

curiosidad. Era Jessica. Nadando al estilo mariposa, extendiendo los brazos de

atrás hacia delante con sutiles movimientos simulando a los de un delfín.

Él se descalzó, acercándose al borde de la piscina.

Jessica que permanecía con los ojos cerrados no presintió como otros

seguían cada uno de sus rítmicos movimientos.

Poco después, unos pasos se aproximaron tras de sí. Geraldine, apareció

con una bandeja de plata y una copa de champagne justo en el centro de la

circunferencia.

—Tenga, Señor.

—Muchas gracias, Geraldine.

—Si no me necesita, me retiro para continuar con mis quehaceres.

—Claro —asintió.

Gabriel aprovechó que se quedaba solo para dar un par de sorbos a la

copa.

De nuevo ese calor sofocante y pegajoso que se enganchaba a la piel. Tras

haber diluviado durante toda aquella mañana en la ciudad de Nueva York, a

esas horas del atardecer aún lucía el sol con fuerza.

Depositó la copa medio vacía sobre la superficie de una mesita. Se sacó la

camiseta negra de manga corta por encima de la cabeza, dejándola caer sobre

una de las butacas junto al jacuzzi. Lo mismo hizo con el pantalón y el bóxer. En

poco menos que un suspiro, estaba como "Dios le trajo al mundo", y lanzándose

a la piscina en busca de Jessica.

Tan solo unas cuantas brazadas le fueron necesarias para llegar hasta su

lado.

Jessica abrió los ojos al notar como las manos de Gabriel acariciaban su

rostro, dejando de nadar al instante.

—Hola... —le sonrió—. Has llegado pronto.

—No podía esperar.. Ya te dije que estoy muy intrigado.

—Todo a su debido tiempo.

—Es cierto... Todo puede esperar. . excepto esto...

Gabriel la besó ardientemente. Con fuerza, con verdadera ansia, hasta

dejarla sin aliento. Luego, nadó en dirección al lado menos profundo de la

piscina, invitándola a que le siguiera. Así, ambos podían permanecer en pie

porque el agua no les cubriría más que medio cuerpo.

Gabriel la esperó, apoyando su espalda en la

piedra de la pared y estiró su

brazo hacia ella.

209

—Ven, Jess...

—Ya veo lo poco que te importa que alguien nos pueda ver. . —sonrió con

picardía.

—No. Y sé que a ti tampoco te importa.. En el fondo, somos tal para cual y

estamos creados para estar juntos.. ¿Acaso aún lo cuestionas?

—Deja los debates existenciales para otro momento — sonrió mientras se

desataba el nudo del biquini y se desprendía de las braguitas—. Ahora... cállate

y demuéstrame por qué crees que somos tal para cual.

Gabriel tiró de su mano hasta hacerla chocar contra su cuerpo que ya

estaba expectante y muy excitado. La miró a los ojos sin pestañear. Los de ella

con la sal de la piscina brillaban de un azul zafiro mucho más intenso. Tenía un

ligero rubor sobre la piel canela de sus mejillas y la boca entreabierta,

recuperando poco a poco el aliento tras el ejercicio. Su pelo, de un negro

azabache, se ceñía a las curvas de sus hombros y de sus pechos, dejando

entrever unos pezones erguidos y duros como guijarros.

Gabriel comenzó a lamer su cuello hasta su lóbulo derecho, lenta y

sensualmente.

—Echaba de menos el sabor de tu piel.

—Y yo tus besos, tus caricias y tu trasero... —le susurró pellizcando una

nalga.

—Eres muy traviesa...

—Ya me conoces.

—Sí... Y no sabes lo que eso me pone..

Gabriel le rodeó con fuerza con sus brazos, dándole la vuelta con suma

rapidez, para cuando quiso darse cuenta la tenía atrapada entre la pared y su

cuerpo, apretando con fuerza su erección contra su vientre.

—Creo que voy a pasar de los preliminares.. Me has puesto tan cachondo

que no puedo esperar más.

—Ya estás tardando... —le dijo mordiéndose el labio con fuerza.

Jessica rodeó con una de sus piernas las caderas de él. Gabriel sin demorar

más la espera, colocó su miembro en su sexo y comenzó a penetrarla

lentamente.

—Mírame, cielo.. —le susurró Gabriel con voz grave y ronca—. Quiero

ver cómo te corres para mí... quiero que grites mi nombre hasta quedarte

afónica.. quiero que no olvides que eres mía y de nadie más.

—Gabriel.. Sabes que eso no puede ser.. Yo. .

Antes de que pudiera seguir hablando, Gabriel comenzó a embestirla con

fuerza, violentamente, una y otra vez, estampando el cuerpo de ella contra la

pared, una y otra vez... Hasta la saciedad.

—Jess... eres mía gruñó apretando los dientes hasta hacerlos chirriar.

El sol se ocultó de golpe tras las nubes que tiñeron de un manto negro el

cielo de Manhattan. En cuestión de minutos, rompió a llover con desesperación.

Las gotas chocaban contra el agua de la piscina y contra sus desnudos cuerpos.

Jessica apretaba con fuerza los brazos de Gabriel, sin dejar de mirarle a los

ojos tal y como le había pedido. Jadeaba y se movía al mismo compás de sus

embistes. Rítmicamente, en perfecta sincronía.

—Vamos, Jessica... Córrete para mí.

—¡Dios!... Maldito seas.. No soy tuya, Gabriel..

—Sí lo eres. . mía.

—¡Eres un maldito bastardo. .!

Gabriel se rió. La agarró de las nalgas y la penetró más intensamente. Un

par de movimientos más le bastaron para escucharla gritar a viva voz su

nombre entre múltiples gemidos. Casi al mismo tiempo, él también se dejó ir,

bramando como un verdadero animal.

El azul zafiro y el verde esmeralda de ambas miradas, se fundieron en un

solo color. Gabriel, cogió con ambas manos su rostro, besándola despacio, con

mucha dulzura. Saboreando cada rincón sin prisas, con calma.

—Jessica... —murmuró mirándola fijamente—. Eres lo mejor que me ha

pasado en mi vida..

Ella se quedó muda e intentó tragar sin éxito el significado de aquellas

palabras, que se le habían quedado atascadas en la garganta. Hizo como si no

las hubiese escuchado.

—Vamos dentro. Geraldine debe de estar empezando a preocuparse... Y

no quiero que salga y nos encuentre así... Además, me moriría si he de

prescindir de ella, porque le haya dado un infarto al verte desnudo... —se rió

mientras caminaba hacia la escalerilla y subía por ella.

Gabriel la siguió entornando los ojos.

—¿A qué te refieres.. ? —le preguntó bajando la vista y echando un vistazo

a su propio cuerpo.

—Gabriel.. pero, ¿tú sueles mirarte a los espejos?

Rió con picardía, mientras corría para cobijarse

en una especie de

porche de madera. Se cubrió con el albornoz y esperó a que llegase él para

ofrecerle uno.

—Pensaba que te gustaban mis piercings, mis tatuajes... y mi.. juguetito.

—Ya conoces la respuesta — se le acercó para taparle con el albornoz—.

Ya sabes cuánto me pone tu cuerpo... no hace falta que te lo diga, lo sabes de

sobra. Pero dudo mucho que ella esté acostumbrada a tanto“adorno”... —

sonrió.

De golpe, Geraldine apareció cruzando la puerta

de la cocina, con toallas,

zapatillas y ropa seca.

—Señora... Deberían entrar a casa o pillarán una pulmonía.

—No se preocupe, estamos bien —dijo mirando a Gabriel—. Por favor,

prepare en mi habitación un baño caliente con sales minerales y abra la mejor

botella de vino tinto de la bodega.

—Claro, Señora —asintió—.

¿Alguna cosa más?

—De momento nada más, gracias.

—Entonces, me retiro.

Gabriel sonrió mientras acababa de secarse el

pelo con una de las toallas.

—¿El mejor vino tinto de tu bodega?.. ¡Hum!, así da gusto celebrar buenas

noticias... Apuesto a que deben de ser muy buenas.

—No te quepa la menor duda. Y si eres bueno.. y te portas bien..

—dijo repasando con la yema de su dedo su torso desnudo—. Dejaré que

duermas esta noche en mi cama...

Capítulo 34

Geraldine entró en la suite dejando un pequeño carrito con ruedas junto a

la puerta de acceso a la terraza. Gabriel se acercó para curiosear lo que había

sobre la superficie: Una botella, dos copas y una bandeja de plata cubierta por

una tapa ovalada. Cogió la botella de vino, la alzó y leyó la etiqueta: “Château

Mouton-Rothschild. . año 1.996”. No tenía ni remota idea de lo que podría

costar aquella botella, aunque tenía toda la pinta de ser muy cara. Pensó cuánto

dinero estaría dispuesto a pagar por ella: ¿Cien, doscientos dólares a lo sumo? y

en todo caso, intentando regatear al máximo, ya que para él eso supondría una

solemne aberración, el malgastar un jodido dólar más.

—Sesenta y siete mil dólares.. —le susurró Geraldine sonriendo.

—¡¿Cómo...?! —tragó saliva sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

Gabriel con mucho cuidado, dejó de nuevo la botella en el carrito, como si

de una bomba a punto de estallar se tratase.

—¿Cómo alguien es capaz de pagar esa desorbitada suma por tan solo

unas cuantas uvas prensadas?

—Coleccionistas y personalidades con mucho poder adquisitivo.. En el

caso de esta botella, fue un regalo que recibió mi señora de su ex-marido.

Gabriel enarcó una ceja al dejar vagar la imagen de aquel personaje por su

mente. Robert, desde un primer contacto no le había transmitido buen karma.

En las contadas ocasiones en las que ambos habían coincidido, Gabriel

descubrió como el carácter de Jessica, cambiaba sorprendentemente,

no

siendo la misma.

—Por la cara que ha puesto,

¿he de suponer que ya conoce al señor Andrews?

—¿A Robert? —Resopló—.

Sí, como no...

Geraldine sonrió y le colocó la mano sobre el hombro.

—Entre usted y yo —miró a ambos lados para cerciorarse de que Jessica

aún no estaba en la habitación—. Creo que por fin la señora ha dado con un

verdadero caballero, noble y educado, que deslumbra por su propia

personalidad, sin necesidad de coches de lujo, ni trajes de alta costura, ni

infinitos ceros en sus cuentas bancarias.

Gabriel puso su mano sobre la de Geraldine. Ella notó su calor y él hizo un

gesto con la mirada agradeciendo sus palabras.

—Conozco a la señora desde que nació. De hecho, fui su niñera antes de

ser su ama de llaves. Llevo la mayor parte de mi vida trabajando para los

señores Orson... Y la quiero como si fuese mi propia hija —sonrió unos

instantes—. La he visto encapricharse, obsesionarse.. por caballeros —sonrió

mirando atentamente a los ojos verdes de Gabriel, para poco después

proseguir—: pero jamás la he visto llegar a enamorarse de nadie... Hasta

ahora...

Gabriel abrió los ojos sorprendido. Jessica... ¿enamorada?

De pronto alguien entró en la habitación. Era ella. Había secado su larga

melena azabache y la llevaba recogida en una trenza.

—Geraldine —dijo uniéndose a la conversación

—.

¿Tiene preparado todo lo que le había pedido?

—Sí, señora —asintió.

—Bien. Pues en ese caso, ya puede retirarse y descansar.

—Gracias, señora.

El ama de llaves caminó hacia la puerta, pero justo antes de cerrarla para

salir, se giró y deseó las buenas noches a los presentes.

—Buenas noches —dijo Jessica.

—Que descanse,

Geraldine

—añadió Gabriel con una tierna y cómplice

sonrisa.

La puerta se cerró y por fin ambos se encontraron a solas en la enorme

suite. Jessica encendió el iPod. Gabriel observándola en silencio la siguió con la

mirada. Las primeras notas de la canción “Angels ” de Robbie Williams,

comenzaron a sonar, recreando un ambiente de lo más romántico y sensual.

—Dios... Jessica. Jamás dejarás de sorprenderme — murmuró acercándose

hasta ella por la espalda.

—Ten por seguro que mientras esté en mi mano, jamás dejaré de hacerlo.

Jessica abrió el corcho de la botella y vertió el vino en las copas.

—Por ti, Gabriel —se giró ofreciéndole una de las copas.

—Y por ti. Por nosotros... —propuso con voz grave, brindando y

sorbiendo poco después.

—Por nosotros... —añadió bebiendo sin dejar de mirar a sus ojos.

Gabriel permitió que degustara el vino, incluso esperó que sorbiera un par

de veces, antes de pronunciar estas palabras:

—Prefiero tus labios.. —dijo descendiendo la mirada hacia su boca.

Robó la copa de su mano y la dejó sobre el carrito junto a la suya.

—No me canso de mirarte.

Lentamente, Gabriel comenzó a acariciar la comisura de su labio superior,

con la yema de su pulgar. Tan despacio, que hasta incluso, hizo estremecer cada

poro de su piel. Jamás nadie la había tratado con tanta dulzura. Para ella, todo

esto era una novedad. Una nueva y extraña sensación, aunque no dejaba de ser

extremadamente placentera.

Al poco después, Gabriel acarició su labio inferior. Continuando con su

dulce tortura. De nuevo Jessica y sin poder evitarlo, volvió a estremecerse como

una simple chiquilla.

—Gabriel..

—Dime...

—Bésame.

—Tranquila.. Tenemos toda la noche —sonrió con gran picardía.

Relájate.. y disfruta.

Gabriel apartó la tapa que cubría la bandeja de plata, dejando al

descubierto unas terrinas y canapés de varios gustos y texturas.

—Quiero darte de comer.

—¿Pretendes darme de comer como a un bebé?

—Sí.

Jessica sonrió y negó con la cabeza al mismo

tiempo.

—Quiero hacerlo. Quiero darte de comer. . y luego comeré de ti. .

De pronto, la voz de Gabriel se quebró. Jessica se mordisqueó el labio

inferior. Su cuerpo reaccionó al instante imaginando ser protagonista de la

escena: Él, comiendo de su cuerpo y ella, dejándose saborear. .

—Necesito que cierres los ojos, Jess.

Gabriel esperó hasta verificar que los tenía completamente cerrados, y

entonces, corrió hacia el vestidor. Abrió una de las puertas del armario en busca

de algo útil. Miró en uno de los cajones. Sonrió al hallar lo que buscaba.

Escogió uno de los pañuelos, el negro y realizó una prueba con él,

comprobando que no se veía nada a través de la seda. Y una vez satisfecho,

regresó junto a ella.

—Dame tu mano.

—¿Mi mano? —preguntó abriendo los ojos.

—Jessica... vuelve a cerrar los ojos —le regañó.

Ella le hizo caso al instante. Su juego

era

tan excitante que, ¿cómo

podría negarle nada? Jessica le tendió su mano.

—Buena chica... —dijo colocando el pañuelo en su palma

—. Voy a vendarte los ojos con esto.

—Hum... Me gusta la idea.

—Y a mí... —le susurró al oído mientras caminaba por su lado hasta

quedar justo por detrás de ella.

Gabriel deslizó el pañuelo por la piel desnuda de su cuello. Jessica gimió.

La suave caricia de la seda rozando su cuerpo, le causaba agradables descargas

eléctricas por todas partes, de arriba abajo y sin tregua.

Jessica escuchó reír a Gabriel.

—Yo de ti no me reiría...

—¿Por qué?

—Porque luego me tocará a mí —advirtió juguetona.

—Ahora, estás a mi merced. . "luego". . queda muy

lejos. .

—Soy paciente... la noche es muy larga, según tus propias palabras

textuales...

Gabriel sonrió con picardía y mordió suavemente el hombro de Jessica.

Ella se quejó.

—¡Eres un salvaje!

—Sí. Ya me conoces, Jess... un salvaje tremendamente irresistible —se

burló.

—Y sexy... –añadió volviéndose a reír.

Luego, le vendó los ojos con el pañuelo pasando la mano por delante para

comprobar que no veía nada.

—¿Ves algo?

—Nada, Gabriel..

—Así me gusta —añadió mientras caminaba de nuevo por su lado hasta

colocarse justo delante de ella.

Cogió una de las cucharillas y la rellenó de caviar imperial.

—Abre la boca.

Jessica la abrió y Gabriel acercó la cucharilla, deslizándola lentamente en

su paladar. En seguida, pudo notar como el frío del metal contrastaba con la

calidez de su lengua. Degustó, saboreó y se relamió de puro placer.

—Jessica... como sigas así, voy a follarte antes de acabar de darte de

comer... No te imaginas como me provocas con tus labios.. y esa lengua...

Ella sonrió divertida.

—De eso nada.. acaba lo que has empezado..

—Lo intentaré...

Gabriel pasó la mano por su pelo repetidas veces y después se frotó la cara

con las palmas, paratratar de volver en sí. Se propuso acabar lo que había

empezado, a sabiendas que probablemente, sería incapaz de soportarlo. La

tremenda erección ya hacía rato que amenazaba,

apretando la tela de los

tejanos.

De nuevo, miró a la bandeja y escogió uno de los canapés.

—Separa tus labios..

Jessica sonrió y

esperó paciente el nuevo asalto. ¿Qué sería? Era

toda una incógnita. Humedeció sus

labios

antes de volver a permitir

que la alimentase.

Gabriel tragó saliva. Jessica no le estaba facilitando las cosas.

—Si vuelves a mojar otra vez tus labios de esa forma... juro que te follo en

el suelo. .

—¡Ja, ja, ja! —se rió—. Lo reafirmo.. eres un salvaje... y subo mi apuesta a:

Eres un salvaje tremendamente sexy. .

—Tú misma... quién avisa no es traidor. Avisada estás.

Gabriel siguió en sus trece. Llevó el canapé a su boca, pero antes de comer,

ella olfateó tratando de averiguar de qué se trataba.

—Nada de trampas.

—Gabriel..

—¿Qué?...

Recuerda,

el suelo. .

—¡Dios...! —gruñó—. Como te odio.

—No tanto como yo a ti —se burló divertido—. Vamos, abre esa preciosa

y sugerente boquita que tienes..

Jessica por fin sucumbió. Probó el canapé, lo mordió y tragó la mitad.

—Tengo sed. Dame vino — ordenó.

—Sin trampas...

—No es una trampa.. estoy sedienta..

Gabriel cumplió su petición y le dio de beber.

A tientas, sin poder ver la copa, parte del vino se derramó por la comisura

de los labios, resbalándose vertiginosamente por su cuello. Gabriel se anticipó a

ella y comenzó a lamer lentamente el rojo sendero que había dibujado el vino

sobre su piel. Desde la clavícula hasta sus labios.

—Jessica, lo he intentado... pero soy débil, lo admito... No puedo evitar

caer en tu tentación..

Dicho esto, Gabriel se enterró en su boca. La besó con fuerza. Como si

pretendiera “devorarla a besos”. Ella enredó sus dedos en su pelo. Sus lenguas

jugueteaban rítmicamente, primero en una boca y luego en la otra.

Jessica buscaba la forma de liberarse de aquella oscuridad, quería mirar a

los ojos a Gabriel, pero él se lo negó. Sujetándola de ambas muñecas.

Uniéndolas por detrás, como si se tratara de unas esposas.

217

—¿No piensas quitarme el pañuelo?

—No. Aún no..

Jessica se mordió el labio.

Le encantaba jugar, aunque estaba acostumbrada a tener el control de la

situación en todo momento.

Gabriel comenzó a quitarle la ropa. Ella vestía una especie de kimono

satinado en tono negro y rosa palo. Llevó sus manos al cinturón para deshacer

el nudo y la prenda se abrió por completo, dejando al descubierto un sensual

conjunto de lencería negra semitransparente.

Respiró entrecortadamente, observando a la belleza de piel canela que

tenía frente a él. Acarició con ambas manos el cuerpo de Jessica. Los pechos por

encima del encaje, la barriga, las caderas y los glúteos. Jessica arqueó la espalda.

Aquellos dedos eran una bendición para su piel.

—Sígueme... —dijo Gabriel cogiéndole de la mano—. Camina despacio..

—¿Hacia dónde?

—Iremos a ver qué tal se portan los muelles de tu cama..

Capítulo 35

Gabriel acabó de desnudar el cuerpo de Jessica y después la tendió sobre

la cama. Se quitó la camiseta negra y los pantalones tejanos, quedándose

cubierto únicamente por un bóxer de color negro, y después lanzó la ropa

contra el suelo.

Alzó la mirada y contuvo el aliento al quedar extasiado por la tentación de

cabellos negros que le esperaba recostada sobre las delicadas sábanas de satén.

Tras permanecer unos segundos alimentándose de su exótica belleza,

inspiró hondo y subió de un salto a la cama para colocarse a horcajadas sobre

ella.

Entonces le pidió que juntara las manos.

—Quiero atarte las muñecas con mi cinturón.

—Los ojos vendados, las muñecas atadas... —sonrió traviesa y luego se

mordió el labio con lascivia—. ¿Qué será lo siguiente.. Gabriel?

—Jess... deja de ser impaciente.. y no preguntes...

Gabriel le cogió de la barbilla y le besó con dulzura en los labios, luego se

retiró.

Ella se incorporó a tientas, buscando su boca, reclamando más de aquellos

besos, los cuales no llegaron.

—Todo a su debido tiempo..

—sus palabras sonaron a promesa.

Ajustó el cinturón de piel alrededor de sus muñecas para después pasarlo

a través de uno de los barrotes de la cabecera.

Jessica instintivamente, tiró del cinturón con fuerza y obviamente, no

logró liberarse. Acostumbrada a dominar y a tener el control de todas las

situaciones, comenzó a experimentar una nueva y extraña sensación.

—No me gustaría que el cinturón te dejase marcas. Por favor, Jess. Intenta

no moverte... — le regañó susurrándole al oído—.

Ahora pórtate bien y sé

buena.. Vuelvo enseguida, falta lo más importante...

—Pero Gabriel. . —exigió dirigiendo el rostro hacia la voz que se perdía

entre la oscuridad.

—Ahora vengo... —concluyó acariciándole la mejilla para tranquilizarla.

Gabriel se alejó, dejándola a solas, desnuda, maniatada y en plena

oscuridad, anulando por completo su capacidad de anticipación.

En aquellos momentos en que permaneció sola en aquella habitación,

Jessica dejó que su morbosa imaginación tomase el relevo en su mente.

Comenzó a visionar las diferentes formas en que Gabriel podría proporcionarle

placer: con su cuerpo, con sus manos, con su boca... y su respiración comenzó a

acelerarse vertiginosamente.

El voluptuoso pecho de ella subía y bajaba con un delicioso vaivén. Los

pezones se endurecieron como negros guijarros y su sexo comenzó a

humedecerse sin previo aviso.

Trató de tirar con fuerza de sus muñecas, pero el rígido cuero la detuvo

una vez más. Para entonces, Gabriel ya había regresado con un cuenco con

helado de chocolate.

—Voy a probar mis dos vicios juntos: el chocolate.. y tú.

—¿Chocolate?

—Sí.

—Hum, delicioso.

Jessica se relamió los labios, imaginando a Gabriel saborearla por todas las

partes de su cuerpo.

Él subió a la cama, colocándose sobre los muslos de ella.

—Te he

dicho que es chocolate... pero no te he dicho como es el

chocolate —se rió y puso un poco de helado sobre uno de los pezones de ella.

Jessica se sobresaltó. El contraste del calor de su cuerpo con el frío del

helado, la hizo estremecer.

—Es solo helado de chocolate unido al sabor de tu piel. .

—Cuando logre soltarme.. ni te imaginas lo que pienso hacer contigo. .

—Hágame lo que quiera señorita Orson. —se burló—. Tiene permiso para

hacer lo que le de la real gana con mi cuerpo. .

—Pues entonces... prepárate

—se mordió el labio imaginando el amplio abanico de posibilidades.

—Lo estoy deseando.. — murmuró inclinándose para lamer lentamente

con su lengua la aureola y succionar el pezón con fuerza. Ella tembló de puro

placer, sintiendo deliciosas descargas eléctricas por todas sus terminaciones

nerviosas y eso solo era el principio.. Gabriel realizó la misma operación con el

otro pecho y ella se retorció aún mucho más que con el anterior.

—Gabriel.. vas a matarme...

—Si vas a morir, que sea dándote placer. . — sonrió mientras dibujaba con

el helado un peligroso sendero desde el ombligo hasta su pubis—. Ya te lo he

dicho antes, te he advertido que pretendía

comerte...

220

Jessica arqueó la espalda y tiró de las muñecas cuando Gabriel comenzó a

lamer de forma muy sensual aquel sendero, trazando caminos imaginarios

hasta su sexo. Y al llegar allí, se detuvo.

—La primera vez que te vi.. pensé que eras una estúpida snob, una niña

de papá, consentida y malcriada..

Jessica enarcó una ceja y abrió la boca sorprendida.

—Lo único en que pensaba era en darte unos buenos azotes en el culo. . Y

follarte salvajemente, una y otra vez.

Gabriel bajó un poco más. Inspiró el olor de su sexo y pegó un largo

lametazo, desde el orificio de su vagina, hasta su clítoris. Jessica gimoteó

cerrando los ojos con fuerza.

—Pues yo la primera vez que te vi, pensé que debías de haberte peleado

con la ducha, te hacía falta un buen baño, un corte de pelo y un buen afeitado.

Por no mencionar tu ropa arrugada, tu piercing y tus tatuajes...

—¿Eso pensaste de verdad?

Gabriel introdujo su lengua en su sexo, dentro y fuera.

—Sí, lo pensé... —jadeó—. Y también que me atraías de forma

sobrehumana... Solo quería que me follaras y me dieras esos azotes en el culo. .

Él comenzó a masturbarla con la lengua y con los dedos. Jessica se retorcía

cada vez más. Sus grandes pechos se balanceaban cada vez que arqueaba su

espalda y sus caderas se movían al mismo ritmo sensual que sus penetraciones.

—¡Te odio Gabriel.. ! Odio todo lo que me haces sentir. .

Él volvió a sonreír pícaramente sin dejar de succionar, de besar y de lamer.

Jessica ahogó un nuevo jadeo, parecido a un grito y maldijo entre dientes antes

de explotar, arrastrada por un torbellino de orgasmos mientras zarandeaba la

cabeza, estando casi al borde de perder incluso el conocimiento.

Gabriel comenzó a besar cada parte de su cuerpo desde los pies hasta su

cuello. Dando besos cortos y delicados, para de vez en cuando dejar caer algún

mordisquito. Al llegar a su cuello, se deleitó mucho más en él y los besos se

volvieron más intensos y apasionados.

—Gabriel.. —su voz sonó temblorosa—. Quítame la venda, quiero mirarte

a los ojos. .

—Claro.

Desató el nudo y dejó el pañuelo sobre la mesita de noche. Jessica abrió los

ojos y parpadeó varias veces, adaptándose a la iluminación de la habitación.

Gabriel la miró intensamente y unas palabras huyeron de su boca:

—Jessica... te.. q..

Gabriel abrió mucho los ojos al darse cuenta de lo que había estado a

punto de confesar y calló. Su respiración se agitó y tragó saliva.

El corazón de Jessica se saltó un latido. Y luego comenzó a bombear con

fuerza.

Las pupilas de Gabriel estaban tan dilatadas que sus ojos parecían más

negros que verdes y un silencio sobrecogedor les invadió a ambos.

—Jessica te voy a desatar..

—apresuró a decir para tratar de enmascarar

aquel juego de palabras.

Gabriel había estado a punto de estropearlo todo. ¿Cómo era posible que

tan solo un par de palabras marcaran un antes y un después en aquella

“relación”? De haberlas pronunciado, probablemente ya estaría expulsado de

aquella habitación, desnudo, con la ropa entre las manos y el rabo entre las

piernas..

«¡Maldita lengua suelta!», murmuró.

Liberó a Jessica del amarre y se sentó en la cama, observando cómo se

frotaba las muñecas.

—¿Te encuentras bien?

—Nunca he estado mejor..

Jessica aprovechó que él estaba sentado para colocarse sobre sus muslos.

Comenzó a enredar los dedos en su pelo y a masajear delicadamente con las

uñas y con las yemas, su cuero cabelludo. Él cerró los ojos, creía estar en el

séptimo cielo.

—Gabriel..

—Hum... —gruñó bajito.

—Hazme el amor. .

Gabriel abrió los ojos como platos. Jessica y él nunca habían hecho el

amor, se dedicaban a follar y punto.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Su pecho subía y bajaba lentamente y sus pezones rozaban sutilmente el

torso de él. Jessica se incorporó ligeramente para que su miembro erecto entrase

con relativa facilidad en su interior. Ella notó como su pene la penetraba poco a

poco y cerró los ojos, deseaba sentirle de una forma diferente. Se abrazó a él y

comenzó a danzar con suavidad mientras contraía

las paredes de su vagina

para sentir con mayor intensidad la fricción.

—Gabriel.. me encanta cuando estás dentro de mí.

Él también la abrazó. Sus cuerpos desnudos encajaban a la perfección. Y

sus bocas se encontraron a medio camino. Gabriel y Jessica se besaron como

nunca antes lo habían hecho, con pasión, con devoción y con mucho

sentimiento. La piel de ella, se erizó y Gabriel se dio cuenta de ello. Entonces,

decidió apostarlo a todo o a nada. Le cogió de la cara con las manos invitándola

a mirarle a los ojos. Tragó saliva e inspiró hondo.

Sus ojos continuaban de un

negro intenso y sus manos temblaban ligeramente.

Abrió la boca para hablar, pero esta vez no titubeó..

—Jessica... Te quiero.

No esperó a que le respondiera. No quiso mirar a través de sus ojos, para

no ver ninguna pincelada de temor, de resentimiento o de rechazo hacia sus

palabras. Así que selló sus labios con un ardiente beso que la dejó extasiada y

sin respiración.

Gabriel clavó los dedos en sus nalgas y las apretó con fuerza para

acercarla más hacia él. Jessica se abrazó de nuevo

a su cuerpo, clavando las

uñas en su espalda y ambos continuaron haciendo el amor hasta que llegaron

juntos al éxtasis.

Luego permanecieron abrazados, hasta que sus jadeos y sus respiraciones

volvieron a su ritmo habitual.

Una vez recuperados, Jessica se incorporó de la cama y se dirigió al cuarto

de baño en silencio.

Gabriel arrugó la frente, pensativo.

Esperó unos segundos y luego caminó, siguiendo sus pasos hasta allí. Al

entrar, vio que ella estaba dentro de la bañera, con la cabeza apoyada en un

respaldo y bebiendo de la copa de vino.

Luego se acercó, la miró unos instantes y le acompañó. Se sentó dentro de

la bañera y continuó mirándola. Jessica bebía de la copa, miraba al frente pero

no le veía. Estaba como ida. Con la mirada perdida y bebiendo un sorbo,

después otro, hasta acabarlo todo. Después dejó la copa en el suelo y hundió la

cabeza dentro del agua. Cuando salió a flote, miró a Gabriel con resentimiento.

—No debiste haberlo dicho. . le advirtió con el semblante muy serio.

—Solo he dicho lo que siento.

Jessica negó con la cabeza y salió de la bañera. Cogió una de las toallas que

colgaban de un soporte junto al espejo y se secó el cuerpo y el cabello.

Gabriel le siguió con la mirada mientras salía del cuarto de baño hacia la

habitación. Resopló con fuerza y salió tras ella. Cuando le dio alcance, la cogió

del brazo y la obligó a girarse para mirarle a los ojos.

—Jessica, ¡maldita sea!. . deja ya de negarte a amar y a ser amada.. Deja

que te quieran.. deja que yo te quiera..

—No.

—¡Dios!...

—se estiró del pelo con rabia—. Eres demasiado

testaruda...

—Gabriel.. te lo advertí..

—¿Y qué

piensas

hacer?... ¿echarme?!

223

—Ya sabes la respuesta..

Jessica se giró y le dio la espalda. Gabriel apretó los dientes hasta hacerlos

rechinar.

—Teníamos un acuerdo — añadió Jessica.

—Los acuerdos están para romperlos. .

—No estoy preparada, ni ahora, ni nunca —agachó la cabeza abatida—.

Lo siento Gabriel. . quiero que cuando regrese a la habitación, ya te hayas

ido.

Dicho esto, cruzó la suite y sin mirar atrás, salió por la puerta.

Gabriel se quedó solo, tratando de asimilar todo lo sucedido. ¿Cómo era

posible?, estaban bien y al segundo después, lo odiaba.

Se quedó pensativo, librando su propia batalla interior y tras no encontrar

respuesta, se vistió, recogió sus cosas y se marchó a toda prisa de aquel lugar.

Capítulo 36

«Dos putas palabras y a la mierda todo. Jodida sinceridad»

Lanzó la colilla al suelo y tras pisotearla con la suela del zapato, se colocó

el casco y se montó en su Ducati 1199 y así poder marcharse cuanto antes de

allí.

Descendió por el mismo camino sin asfaltar de hacía apenas unas horas.

Repleto de polvo, de tierra y de minúsculas piedrecillas que de vez en cuando,

impactaban contra el chasis de acero.

Cuando llevaba poco rato conduciendo, al tomar una de las curvas

cerradas, la rueda trasera derrapó, haciéndole perder el control. Gabriel se vio

obligado a reducir la marcha y a detenerse en el margen, junto a un robusto

matorral.

Apoyó uno de los pies en el suelo y con el empeine colocó el caballete. Se

quitó el casco, se pasó la mano por el pelo alborotándolo y después escupió

contra el suelo. Propinó una patada al aire para no atentar contra la moto y se

inclinó para coger una piedra al azar. La lanzó a la nada con toda la ira

contenida que en ese momento poseía. La piedra voló muy lejos, hasta

desvanecerse en la oscuridad de la noche.

Apenas habían transcurrido solo diez minutos, pero tenía la sensación de

haber vivido toda una eternidad, sin ella. Incluso en la distancia, Jessica

conseguía romperle todos los esquemas. Continuaba perturbándole. Seguía

ocupando cada uno de sus tórridos pensamientos. En tan solo unas semanas,

ella se había convertido en una deliciosa adicción. Y sin darse cuenta, cada vez

se enredaba más en su telaraña de dependencia.

Cada día necesitaba más de ella.

Y entonces Gabriel sonrió, porque solo entonces lo supo. Supo lo que

debía hacer.

Subió de nuevo a la moto y reprendió el camino de regreso. Condujo por

el sendero a gran velocidad, toda la máxima que le permitía la escasa

visibilidad.

Cuando quedaba poco menos que medio kilómetro para llegar, creyó ver a

lo lejos el BMW negro de Jessica, desapareciendo en sentido contrario.

Gabriel aumentó la velocidad, tratando de darle alcance.

Cuando estuvo lo bastante cerca, comenzó a realizar señales utilizando los

faros delanteros.

225

Los parpadeantes destellos luminosos pronto consiguieron alertar la

atención de Jessica.

«¿Es Gabriel?», pensó frunciendo el ceño.

Al saber que se trataba de él, fue aminorando poco a poco la velocidad

hasta detenerse en medio de un claro, rodeado por un oscuro y frondoso

bosque.

Se bajó del coche y le esperó, apoyándose en la puerta del BMW mientras

cruzaba los brazos con el semblante muy serio. Siendo espectadora de cómo él

saltaba de la moto y se acercaba con avidez a grandes zancadas hasta ella.

—Gabriel.. ¿pero qué coño te crees que estás haciendo?..

Pronto sus cuerpos quedaron uno frente al otro. Gabriel no le contestó. Sus

ojos verdes lanzaban llamaradas y su corazón le martilleaba en el interior de su

pecho.

—Te quiero.. —volvió a repetírselo con una entonación grave, firme y

segura.

Gabriel le agarró de la nuca con ambas manos y la besó casi sin respirar.

No estaba dispuesto a volver a perder a nadie nunca más. A renunciar sin

luchar. Porque la deseaba, como jamás había deseado tanto a ninguna otra

mujer. Porque la respetaba, como el más fiel de los amantes. Porque la amaba,

con todo su ser, hasta en lo más profundo de su alma.

—No pienso dejarte marchar

—ronroneó en su oído—.Si es necesario, te juro que te ataré a la pata de mi

cama, sin con ello consigo que dejes de ser tan cabezota y abras de una puta vez

tu corazón.

—¡Maldito seas, Gabriel!..

Jessica se zarandeó con fuerza para tratar de liberarse.

—¡Basta! No sigas. . —le advirtió, arrugando el entrecejo.

—¿Qué no siga qué...? — gruñó mientras agarró con sus dedos la blusa y

se la abrió de un tirón, haciendo saltar disparados todos los botones rebotando

sobre la arena.

—¡¡Eres un maldito cabrón... y un gilipollas engreído.. !!

Gabriel hundió la cara en su cuello y comenzó a pegar lametones y algún

que otro chupetón. Marcando lo que él consideraba como suyo y así mostrar al

mundo lo que era de su propiedad. Porque a partir de ahora sería suya y de

nadie más.

Deslizó una mano por debajo de su falda mientras con la otra clavaba sus

uñas en su nalga.

Jessica soltó un quejido casi suplicante.

—¡Gabriel. .Basta.. !—le gritó.

226

—No pienso detenerme.. voy a follarte hasta que entres en razón.. hasta

que reconozcas que también me quieres..

—Pues tendrás que follarme duro y desgarrarme viva porque no pienso

admitir nada..

—Niñata cabezota... — volvió a gruñir.

Le bajó la cremallera de su falda y esta cayó al suelo como un suspiro.

Jessica le empujó con fuerza apartándole de un manotazo. Ambos se quedaron

unos segundos sosteniéndose las miradas hasta que Jessica rompió el silencio

propinándole una sonora bofetada en la mejilla.

Gabriel abrió los ojos en parte desconcertado y en parte excitado. Sacudió

la cabeza y se frotó la mejilla con la palma de la mano. La piel le abrasaba. Pero

eso no le detuvo sino que causó el de su pene erecto bombeaban con fuerza

y los testículos le dolían horrores.

Se acercó pegándose al cuerpo tembloroso de Jessica. Metiendo los

pulgares por la cinturilla del tanga. Agarrándolo con fuerza y rompiéndolo de

solo un tirón.

—Ahora voy a follarte duro, tal y como me lo has pedido.. — dijo

quitándose casi al mismo tiempo el cinturón, los tejanos y el bóxer, liberando su

enhiesta y enorme erección. Luego la cogió en volandas y le penetró, sin apenas

darle tiempo a reaccionar.

Jessica gritó y clavó sus uñas en los fuertes y musculosos brazos de él.

—¡Te odio!.. —gimió, jadeó y se retorció, entre embestida y embestida.

Gabriel rió en su oído y volvió a penetrarla con severa brutalidad contra la

carrocería del BMW.

Jessica escupió varias palabras malsonantes justo instantes manos en el

coche y a inclinar su cuerpo hacia delante. Luego le separó las piernas ayudado

por las rodillas y la penetró por el ano con fuerza.

Ella gritó de dolor y de placer al mismo tiempo.

—¡Ohhh... Gabriel!—jadeó mordiéndose el labio.

—Dímelo... —le dijo embistiendo con mayor agresividad

— ¡Dímelo...!

Ella se resistía. Confesar sus sentimientos comportaba el principio del fin.

No podía. No debía. Demostraría debilidad. Todos estos años tras la muerte de

Adam, su integridad emocional había sobrevivido gracias a su frialdad hacia

los hombres, tratando de imaginarles como meros

objetos sexuales. Sin

promesas, sin ataduras.

Aunque no podía negarse a la evidencia. Gabriel no era uno más. Gabriel

era especial. En un corto espacio de tiempo, había conseguido hacerle sentir

cosas, que ni en el mejor de sus sueños, hubiera llegado a imaginar. Eran tan

parecidos y a la vez tan diferentes, que eso provocaba que la relación nunca

dejase de ser excitante y divertida.

Una gota de sudor nació de la frente y se resbaló por su cara. Gabriel

estaba a punto de correrse. Ya no era capaz de

aguantar por mucho más tiempo.

Clavó los dedos en sus nalgas y expulsó con rabia su semen dentro de ella.

Jessica ahogó un gemido. Cerró los ojos y se volvió completamente loca, cuando

su orgasmo le recorrió de arriba abajo, todo su cuerpo.

Poco después, cuando consiguieron recuperar el aliento y la cordura.

Gabriel la abrazó y ella echó la cabeza hacia atrás, recostándola en su hombro.

Jessica abrió los ojos mirando al firmamento. No había ni una sola nube

en el cielo y las estrellas brillaban junto a una preciosa luna llena. Si uno se

fijaba con atención se podía incluso observar la

sombra de algún cráter.

Él acarició su cuello con la punta de la nariz y justo en ese instante vio

pasar una estrella fugaz.

—Pide un deseo —le susurró Jessica muy bajito.

Gabriel no lo dudó:

—Que algún día llegues a amarme, solo la mitad que te amo yo. .

Capítulo 37

Gabriel abrió primero un ojo y después el otro. La luz del exterior que se

filtraba a través de las delicadas cortinas, le despertó.

Estaba tendido sobre las sábanas de la enorme cama y reposando sobre su

torso desnudo, estaba ella, con la cabeza ladeada y adormilada, escuchando a

través de sus sueños el dulce vaivén de los latidos de su corazón.

Jessica no pudo evitar sonreír cuando Gabriel acarició con sus yemas el

bajo de su espalda, entre la zona lumbar y el comienzo de sus glúteos. Poco

después deslizó el pulgar delicadamente por cada una de sus vértebras, hasta el

nacimiento del cabello en la nuca.

—Hum... —Ronroneó ella acurrucándose más entre sus brazos —.Sigue..

me encanta.

Comenzó a juguetear con el piercing de su pecho, atrapándolo con los

dedos y rozando el diminuto pezón con las uñas. Gabriel exhaló un gemido

junto a su oído y le besó en el pelo.

—Mi bella durmiente ya se ha despertado..

—No... —Abrió la boca en un bostezo—. Aún sigo en el séptimo cielo. .

Gabriel se echó a reír soltando una breve carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—le preguntó sin dejar de juguetear con el aro de acero que atravesaba su

pezón.

—Pues... pienso en todo lo que nos pasó anoche...

—Sí, la verdad que es para reírse y no parar de hacerlo.. — sonrió y negó

con la cabeza recordándolo.

—Parecía una de aquellas películas de terror de Alfred Hitchcock...

excepto por los polvos, claro está..

Ambos se rieron a carcajadas durante un buen rato.

Gabriel aprovechó para cambiar de posición y colocarse a horcajadas sobre

ella.

—Veamos si me puedes ayudar... Porque tengo un gran dilema... —le dijo

frotando su miembro contra el vientre de ella.

—¿Cuál? —le preguntó con gran curiosidad.

—No sé si desayunar primero y follarte después... o primero te follo..

—Difícil elección..

229

Jessica llevó las manos hacia su trasero y hundió los dedos en sus carnes

en forma de respuesta.

—Gabriel, yo si fuese tú, no dudaría...

Le lanzó una mirada penetrante y de lo más insinuante mientras se

mordía el labio provocándole a propósito.

—¡Gracias! —exclamó Gabriel incorporándose y saltando de la cama ante

la mirada estupefacta de ella quien agrandó los ojos—.Me has ayudado

mucho...

Cuando empezó a buscar la ropa desperdigada por toda la habitación,

Jessica se sentó en la cama doblando las rodillas.

—Y ¿adónde vas?

—Voy a ver a Geraldine.. y a echar un vistazo a la nevera —dijo sin

apenas mirarla, porque de hacerlo sabía que no podría contenerse y se

troncharía de la risa.

Jessica alzó las cejas sorprendida mientras le observaba desde la distancia.

—¿Te traigo algo de comer?

—le preguntó continuando con el juego.

—¿Me tomas el pelo?

Jessica se sentó doblando las rodillas y cruzando los brazos. Aquello ya

pasaba de castaño oscuro. Ya no tenía tanta gracia. Él en cambio, la miró

tratando de no echarse a reír, pero le costaba horrores, dejando escapar una

risita nerviosa.

—Ya veo...

—¿Qué es lo que ves, Jess?

Gabriel quiso buscar su mirada entre sus gestos malhumorados.

—Que por lo visto hoy te has levantado muy juguetón.

—La verdad, no sé a qué te refieres. —se encogió

de hombros tratando de

disimular, pero cada vez le era más complicado.

Jessica se echó el pelo hacia atrás y humedeció los labios.

—Verás, mi teoría es la siguiente —le miró directamente a los ojos—. Lo

que creo es que me estás castigando por lo que pasó anoche.

Gabriel empezó a sonreír abiertamente.

—¿Y lo consigo? —le preguntó acercándose a la cama.

Jessica no le quitaba el ojo y mientras subía al colchón, empezó a caminar

a cuatro patas emulando a un verdadero depredador. Con los ojos bien

brillantes y con las pupilas tan dilatadas que parecía que iba a devorarla de un

salto.

230

Al llegar hasta su lado, Gabriel comenzó a tentarla con sus labios,

rozándolos poco a poco contra los suyos. Lenta y sensualmente. Y cuando casi

estuvo a punto de besarla, Jessica se apartó.

—Yo sí que tengo hambre de verdad. . y pretendo concederme un

homenaje... —afirmó ella sin vacilar.

Jessica empujó su torso con ambas manos y él cayó rápidamente tendido

boca arriba sobre las sábanas arrugadas. Después

se sentó de rodillas entre sus

piernas y encorvó su cuerpo inclinándose bajo la atenta mirada de Gabriel.

Cogió su miembro inhiesto con la mano y comenzó a realizar un lento

masaje.

—¡Dios...! Jessica... —gruñó cerrando los ojos.

Acercando la lengua a su pene, lo lamió lentamente mientras masajeaba

sus genitales con los dedos. Cuando Jessica chupó y succionó su glande, Gabriel

apretó sus nalgas y dejó escapar un grave jadeo entre sus dientes:

—Eres una Diosa...

Jessica sonrió morbosamente. Abrió la boca y se

la metió dentro. Trazó

círculos a su alrededor con la lengua, sin dejar de masturbarle con sus largos

dedos. Pronto Gabriel, comenzó a sentir como su orgasmo se acercaba

peligrosamente, así que, le sujetó de la cabeza y acercó más sus caderas.

—Un poco más, así... — gruñó con voz ronca y seca.

Y dejándose ir, se corrió con fuerza en el interior de su boca, saboreando

ella el cálido líquido mientras se deslizaba por su garganta.

Cuando Gabriel abrió los ojos tratando de recuperar la compostura, ella

aprovechó para llenar todo su cuerpo de besos

cortos hasta llegar a su boca.

—Me encanta ver la expresión de tu cara cuando te corres.. arrugas las

cejas, aprietas la mandíbula y te salen estos hoyuelos muy sexys en las mejillas

—decía sin dejar de besarle.

Él sonrió, clavando los dedos en sus nalgas para después besarla con

ardor. Sus lenguas se abrazaron danzando en su interior y cuando dejaron de

besarse, Jessica se incorporó colocándose de rodillas sobre su torso.

—Ahora me toca a mí.

Dicho esto, acercó su sexo a la cara de Gabriel quien pudo hundir la

lengua en su vagina.

Jessica arqueó la espalda hacia atrás mientras él apretaba con más ímpetu

los dedos en su trasero. Entonces ella cerró los ojos y comenzó a tocarse los

pechos y a pellizcarse los pezones.

Gabriel degustaba su clítoris mientras deslizaba con sutileza un dedo

hasta la primera falange por el orificio del ano. Ella volvió a jadear abriendo la

boca y echando la cabeza hacia atrás.

—Gabriel.. me vuelves completamente loca... no dejes nunca de hacerlo..

Tras sus palabras, Jessica apretó con fuerza los

músculos de las nalgas al

sentir como su orgasmo se expandía por todo su cuerpo. Gritó su nombre una y

otra vez, hasta que se dejó caer sobre su torso cubierto por una brillante capa de

sudor.

Él la abrazó sin dejar de acariciar el largo de su melena.

—Gabriel..

—Dime.

Para poder mirarle a los ojos, ella colocó las manos bajo su barbilla

alzando el mentón.

—Dame tiempo.

Gabriel se quedó en silencio, escuchándola con atención. Desde luego no

esperaba ese tipo de confesión por su parte. ¿Era posible que Jessica por fin se

hubiera dado cuenta que era mejor dejarse llevar y sentir que empeñarse en

huir eternamente?

—Y te pido que tengas mucha paciencia..

—Claro —respondió comprensivo—. Toda lo que necesites.

Ella inspiró hondo antes de proseguir:

—No puedo decirte que te quiero... aún no —se lamentó sin dejar de

mirarlo.

—No te lo estoy pidiendo.

—Lo sé, pero.. lo esperarás.. —tragó saliva con tristeza—. Y es probable

que jamás lo escuches pronunciar de mi boca..

Gabriel le miró intensamente a los ojos y le cogió la cara con las manos.

—Jessica, tómate tu tiempo

—dijo esbozando una sonrisa seductora—. A cambio, no vuelvas a

echarme nunca más de tu vida.. y he dicho. . nunca más...

Pero ella no le contestó, simplemente se limitó a besarle en los labios con

ternura para luego devolverle la sonrisa.

Capítulo 38

Después de una reconfortante ducha, Gabriel buscó las escaleras para

dirigirse a la planta de abajo mientras que Jessica permaneció en el cuarto de

aseo acabando de secarse el pelo.

Nada más entrar en la cocina, se encontró con Geraldine, quién preparaba

con esmero la guarnición de lo que aparentaba ser un delicioso asado. Atravesó

la estancia descalzo y al llegar junto a una mesa, alargó la mano a la manzana

más roja que había en un cuenco de cristal, frotó la piel en su camiseta y le

pegó un gran mordisco.

—Tiene una pinta deliciosa..

—se inclinó observándolo más de cerca.

—Buenos días Gabriel.

Geraldine, le sonrió amablemente y le dio una palmada en la mano

cuando quiso coger un trozo de zanahoria.

—Buenos días —añadió llevándose de nuevo la manzana a la boca y

sentándose sobre el mármol—. ¿A qué se debe tanto festín? Dudo mucho de

que Jessica y yo nos zampemos todo eso.

Gabriel se rió con ganas, dándole un nuevo bocado a la fruta.

—Es el plato preferido de la Señora.

—Entiendo... —asintió encestando los restos de comida en el pequeño

contenedor de residuos orgánicos.

—Hoy cumple treinta y cinco años.

Él tras escuchar esas palabras estuvo casi a punto de atragantarse, se

golpeó el pecho con el puño y tosió varias veces. ¿Por qué Jessica no se lo había

dicho? Obviamente, tendría sus motivos. Pero para qué negarlo, sentía

verdadera curiosidad por saberlo, y bajando del mármol de un salto se

aproximó un poco más al ama de llaves para averiguarlo.

—Jessica no suele celebrar su aniversario, ¿verdad? —arrugó la frente.

—No, Gabriel.

Geraldine, continuó rellenando el pavo, luego lo salpimentó y lo reservó a

un lado, sin embargo, él quiso insistir:

—Conozco a Jessica y sé que le encantan las reuniones con la jet set

neoyorquina y toda clase de fiestas.

Gabriel buscó los ojos almendrados de la mujer buscando respuestas:

—¿Por qué no lo celebra?

Ella carraspeó y dejó de mirarle a los ojos.

Abrió la puerta de la nevera y cogió varias naranjas. Luego lavó las pieles,

las secó con un paño de cocina y comenzó a cortarlas por la mitad. Su silencio

empezó envolver el ambiente y a crispar poco a poco los nervios de Gabriel,

quién cruzó los brazos y se colocó aún más cerca, apoyando su cuerpo en el

mueble.

—Lo siento señor, pero no me permiten hablar sobre el tema.. —subrayó

agachando la cabeza un poco más, sin dejar de preparar el zumo.

—¿Tan grave debe ser para que incluso hayas dejado de tutearme?

Ella negó con la cabeza mientras exprimía las naranjas, una a una.

—Tan solo puedo decirle que tenga paciencia con la señora —su voz era

casi un susurro—. Todo en esta vida tiene un

porqué.

Geraldine se giró para mirarle a los ojos y colocar la palma de su mano

sobre la mejilla de un Gabriel muy sorprendido.

—Siga conociéndola y descubrirá que detrás de esa apariencia fría e

insensible, se esconde una niña insegura.

Gabriel le colocó su mano sobre la suya y le sonrió dulcemente.

—Geraldine, quiero a Jessica y aunque me deje la piel en ello, voy a

conseguir que vuelva a ser feliz.

Ella suspiró y sus ojos comenzaron a vidriarse rápidamente. Gabriel se

enorgulleció al saber que personas como

Geraldine la querían tanto.

Buscando un pañuelo en el interior de su bolsillo, se secó las lágrimas con

cuidado para luego sonarse la nariz y volverlo a guardar.

Gabriel se giró al escuchar como unos pasos se acercaban hacia allí. Era

Jessica, con su cabello suelto cubriéndole la espalda. Negro y brillante como el

pelo de una pantera. Vestida únicamente con su bata de mangas japonesas,

anudada a la cintura. No llevaba ropa interior, ni siquiera el sujetador.

Él se removió en el sitio, cargando el peso de su cuerpo de un pie al otro.

Su perversa mente comenzó a hacer horas extras,

esperando ansioso el

momento de arrancarle aquella jodida bata.

Jessica puso los ojos en blanco al ver la expresión de su cara. Le conocía

perfectamente y sabía que de nuevo, estaba pensando en sexo.

—Buenos días señora... — sorbió por la nariz.

—Buenos días Geraldine, ¿ha dormido bien?

—Sí, gracias por preocuparse

—contestó colocando las copas de zumo sobre una bandeja para

transportarla hasta la mesa.

Jessica arrugó la nariz. Algo extraño estaba

sucediendo. No ecordaba

que Geraldine estuviese acatarrada la noche anterior y sin embargo, ahora tenía

la nariz tan roja como un tomate maduro.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó acercándose hasta ella.

—Sí, señora.

—Está algo acalorada —le colocó el dorso de su mano en la frente—, vaya

ahora mismo a su habitación y descanse.

Geraldine negó con la cabeza.

—No se preocupe, es la dichosa alergia —sonrió para tratar de

tranquilizarla.

—De todos modos, hágame caso. No quiero tener que llevarla de nuevo a

urgencias. Recuerde, el médico le recomendó descanso y usted no hace más que

tomárselo a la ligera...

Jessica le regañó. Le quitó el delantal y acompañándola al pasillo, le

ordenó que no apareciera hasta la hora del almuerzo.

Una vez a solas, Gabriel cogió el relevo en la cocina, se vistió con el

delantal de Geraldine y buscó entre los cajones de los armarios una sartén y una

espumadera.

—Espero que tengas hambre—dijo lanzando aceite de oliva en la sartén—

. Hoy te voy a cuidar porque vas a dejar que yo lo haga.

Jessica frunció el ceño empezando a atar cabos.

Bufó.

—Ya veo. Por lo visto alguien se ha ido de la lengua... — masculló entre

dientes.

—No le culpes, Geraldine se preocupa por ti.

Ella puso los ojos en blanco y resopló.

—Vamos, nena.. ¡siéntate!, es una orden..

Gabriel se rió con ganas, señalando el taburete con la espumadera.

—Eres bobo.

—A veces sí —se volvió a reír—. Venga.. que el

desayuno estará pronto..

Jessica a regañadientes se sentó doblando las piernas, dejando una

suspendida en el aire. La bata se abrió deslizándose por sus muslos, dejando al

descubierto sus largas y atléticas piernas.

Gabriel entornó los ojos.

—Si pretendes hacer trampa tratando de perturbarme con tus encantos, te

lo pienso hacer pagar caro.

—¿En serio?

—Muy en serio.

Él trató de ignorar sus “jueguecitos eróticos”, tenía

el aceite hirviendo y el

huevo en su mano a punto de romperlo y tirarlo dentro. Pero era incapaz de no

mirarla aunque fuese de reojo mientras separaba sus piernas lentamente,

enseñándole de esta forma su sexo.

Gabriel carraspeó con fuerza. La saliva se le había quedado atascada en la

garganta.

—Ven... —dijo con voz melosa tendiéndole la mano.

—Jess...

Ella comenzó a acariciar sus pechos por encima del satén y

rápidamente los pezones se irguieron como dos

duras piedras bajo la ropa.

—Ven... —repitió por segunda vez.

Gabriel que tenía un huevo en una mano y la espumadera en la otra, se

había quedado plantado en el sitio, librando su propia batalla interior. Resopló

con fuerza como un toro bravo, ensanchando las aletas de su nariz y realizó un

mohín con los labios, maldiciendo entre dientes.

—¡A la mierda el desayuno. . y a la mierda todo! —su voz resonó con

fuerza creando un sonoro eco en aquella gran estancia.

Lo dejó todo de cualquier manera sobre la encimera, apagó el fuego y

separó la sartén a un lado. Luego, sin más divagación, se sacó la camiseta con

una sola mano y la lanzó contra el suelo mientras cruzaba la cocina a grandes

zancadas.

Jessica esbozó en sus labios una enorme sonrisa triunfal y acabó de abrir la

bata mientras le esperaba.

Al llegar hasta ella, Gabriel le separó más las piernas y se colocó entre ellas

agarrándole con ansia del trasero y sin esperar más, la sentó sobre el mármol.

—Así me gusta... buen chico sonrió tremendamente complacida.

Él la miró y luego la besó, mordiéndole el labio y tirando lentamente de él,

después.

—Te deseo, Jessica.. siempre...

Gabriel la tendió sobre la gélida superficie y de nuevo, la hizo suya.

Capítulo 39

Tras el desayuno, Gabriel fue a buscar algo de ropa limpia a su

apartamento en el centro de Manhattan.

Nada más entrar en la portería, echó un vistazo a su buzón de correos, el

cual estaba a rebosar. Buscó la llave y lo abrió. Cogió el fajo de cartas y comenzó

a pasarlas una a una.

—Facturas, facturas y más facturas... —murmuraba para sus adentros—.

¡Joder! y también una maldita multa de tráfico..

Gabriel refunfuñó resoplando aire con fuerza. Separó aquella carta del

resto y se quedó muy sorprendido al descubrir que la última tenía el matasellos

diferente. Era español.

Frunció el ceño dándole la vuelta para leer su remitente en el reverso. Era

un nombre escrito de puño y letra, un nombre que conocía demasiado bien:

Marta Soler.

De golpe, una extraña sensación recorrió toda su espalda, similar a la de

una especie de incómodo escalofrío y su pulso comenzó a acelerarse

vertiginosamente.

Inspiró hondo, pasándose la mano por el pelo antes de encaminarse hacia

las escaleras y sentarse en el tercer escalón.

Una vez allí, soltó el aire lentamente dejando el casco en el suelo de gres

moteado. Luego hizo lo mismo con la chaqueta de cuero y la pila de cartas.

Observó una vez más aquel sobre blanco. Sopesando qué es lo que debía

hacer. O mejor dicho, lo que sería más correcto hacer. Se trataba sin duda de

una tarea complicada, puesto que solo tenía dos opciones: Abrirlo o deshacerse

de él.

Llegada a esta absurda paradoja, Gabriel ni siquiera se lo planteó, lo

rompió en dos mitades y lanzó los trozos al fondo del cubo de la basura.

Después recogió de nuevo sus pertenencias y subió a su apartamento.

Un par de horas más tarde, Gabriel ya estaba de regreso a la mansión.

Vestido con unos oscuros y desgastados tejanos, una camiseta gris de manga

tres cuartos, cuyos botones del cuello había dejado sin abrochar y unas bambas

negras con detalles en tonos grisáceos.

Gabriel empezó a buscar a Jessica por toda la casa hasta dar con ella.

Estaba en la planta baja, en una gran sala junto al recibidor. Al parecer era una

especie de biblioteca. Las paredes forradas de interminables estanterías estaban

repletas de libros. Y junto al enorme ventanal sin cortinas, un elegante chaise

longue de color marfil de cinco plazas.

Cruzó la sala sigilosamente, mirando a ambos lados. Vio al fondo una

puerta entreabierta. En su interior había un precioso piano de cola de color

negro, y diferentes instrumentos de cuerda: una guitarra española y un par de

violines.

Gabriel enarcóuna ceja.

Ignoraba que Jessica compartiese la misma afición que él: el amor por la

música. Hacía ya casi cuatro años que no había vuelto a tocar una guitarra. Tras

el fallecimiento de su novia Érika, decidió acabar con cualquier lazo de unión

que le obligara a recordarla. Abandonando incluso al grupo musical con

quienes solía tocar dos fines de semana al mes, en un pub en uno de los barrios

más céntricos de Madrid.

Sacudió su cabeza y con ella sus pensamientos encaminándose hacia el

sofá. Jessica estaba tumbada, descalza y leyendo un libro. Tan sumergida en

la lectura, que no presenció la llegada de Gabriel.

—Hola Jessica, he vuelto.

Al escuchar su voz, alzó la barbilla mirándole a través de sus gafas de

pasta ovaladas. Colocó el punto entre las páginas y cerró el libro.

—¿Has ido de compras? —le preguntó mirando las bolsas que sostenía

con ambas manos.

—Sí, pero no es para mí. Ella arrugó la nariz.

«Entonces es... ¿para mí?», se preguntó levantándose del sofá empujada

por la curiosidad.

—Acaso, ¿me has comprado ropa?

Él asintió divertido. —Sí, ropa para nuestra primera cita..

—¿Me tomas el pelo?

—Claro que no... —Se rió—. Toma, ábrelas.

Gabriel le dio las bolsas y ella miró en su interior. Sacó unos tejanos

desgastados de la talla 38, una camiseta de tirantes blanca con gravados en

plata y unas Converse de color gris.

Boquiabierta, se volvió hacia él.

—¿No creerás que voy a disfrazarme con esto, verdad? — preguntó

sosteniendo en alto las prendas y el calzado con ambas manos.

Él se rió con ganas.

—Te vas a montar en mi moto y vamos a ir a cenar, así que necesitas ir

cómoda.

Jessica negó con la cabeza y le devolvió la ropa con mala gana.

—No pienso ir a ninguna parte con este atuendo y menos con unas

Converse.

—¿Prefieres bambas? — preguntó en tono burlesco.

—Me niego. Por ahí no paso— puso los brazos en jarras—. Hace tiempo

que dejé de tener acné y de comportarme como una quinceañera. Si quieres ir a

cenar, no te lo discuto pero iremos en mi BMW y vestiré con mi ropa habitual y

mis zapatos de tacón. Lo tomas o lo dejas.

—Jessica, no seas tan testaruda —le regañó—. ¿Ni siquiera eres capaz de

divertirte en tu cumpleaños?

Ella le fulminó con la mirada.

—Hoy es un día como otro cualquiera y mi respuesta sigue siendo un NO

rotundo, fin de la discusión —dijo tajantemente.

—Jessica para mí no es un día cualquiera.

—¿A qué te refieres?

Gabriel le retiró un mechón de su pelo que se había quedado enganchado

entre sus pestañas.

—Jessica... Quiero mostrarte quién soy, quiero que me conozcas fuera de

las sábanas de tu cama. Me apetece hacer cosas contigo. Reírme... divertirme —

él le mostró una de sus mejores sonrisas y luego prosiguió—: Deseo conocerte.

Él le miró ladeando la cabeza y juntando las manos en forma de ruego.

—Acepta, por favor.. Concédeme solo unas horas.

Jessica resopló, mirando las dichosas prendas de vestir y las Converse.

—Creo que me viene pequeño.. —dijo tratando de buscar una excusa.

—Jess...

—¿Qué?

—Es tu talla, se lo he preguntado a Geraldine.

Por lo visto no tenía opción y reconocía que su curiosidad era mucho

mayor que su obstinada tozudez. Se sentía entre la espada y la pared, pero aún

así lo meditó una vez más. Luego pestañeó y le respondió con total seguridad:

—Acepto.

Gabriel sonrió dejando ver la perfecta hilera de dientes blancos.

—Pero... —añadió ella.

—Pero, ¿qué?

—Todo en esta vida tiene un precio. Y tu peculiar antojo, te va a costar

muy caro.

—Hum —se burló—.¿Cuál? Ella sonrió perversamente.

—Cariño... todo a su debido tiempo —dijo desnudándose y vistiéndose

con la ropa que Gabriel había elegido, luego se calzó—.

¿Qué te parece?

—Estás preciosa y muy distinta, pareces una quinceañera..

Gabriel se rió a carcajadas y Jessica le dio un puñetazo en el hombro.

—Estoy a esto de arrepentirme.. —hizo un gesto con los dedos

amenazándole—. No me provoques... Gabriel.

Él se rascó la cabeza como un perro sarnoso y después la cogió de la mano

alzando su brazo, pidiéndole que se girase sobre sus talones. Jessica dio una

vuelta y él dio su conformidad.

Cuando salieron a la calle bajo el porche, Gabriel le puso la chaqueta de

cuero sobre sus hombros.

—No me gustaría que por mi culpa te acatarraras.

—Gracias —dijo vistiéndose con ella.

—Te queda muy bien.

Gabriel le subió la cremallera lentamente y después rodeó su estrecha

cintura con sus brazos.

—Me va a costar un esfuerzo infrahumano tenerte cerca y no follarte en

cualquier esquina que me encuentre... —dijo apretando su pene contra el

vientre de ella.

—Pues prepárate, porque ese será uno de mis castigos. Mantenerte casto.

—¿Y en serio crees que será solo un castigo para mí? —se burló.

—No me conoces Gabriel, y te sorprenderías al descubrir hasta donde soy

capaz de llegar cuando me propongo algo... y tú... —dio unos golpecitos con la

punta del dedo contra su pecho a modo de advertencia—. Te aseguro que vas a

pagar con creces tu gran osadía.

—Estoy convencido de que mi penitencia, sin duda merecerá la pena.

La estrechó un poco más acercando su pelvis y la besó con tanta

efusividad que tras separar sus labios de los de ella, estaban muy enrojecidos

y ardientes, provocado por el roce de su incipiente barba de cuatro días.

—Vamos, nena. Sube a la moto —sonrió dándole un severo cachete en la

nalga.

Jessica aulló pero le devolvió la sonrisa de forma divertida. Después se

colocó el casco y se montó rodeándole por la cintura para marcharse hacia la

gran manzana.

240

Capítulo 40

Gabriel condujo su Ducatti por las calles de Manhattan hasta llegar a

Times Square, entre la esquina de Broadway y la 7ª Avenida. Y en el primer

parking subterráneo que encontró libre, entró y aparcó la moto.

—¿Tienes hambre o primero prefieres una de las sorpresas? —le preguntó

a Jessica quitándose el casco y zarandeando la cabeza para despegar los cabellos

de su cara y de su frente.

Ella que ya estaba de pie frente a él, enarcó una

ceja perfecta y le miró

pensativa.

—La verdad, ambas cosas me tienen muy intrigada. Apuesto a que la cena

no será nada convencional viniendo de ti. .

Gabriel se echó a reír divertido pero sin responderle de momento. Por lo

visto Jessica le conocía mucho más de lo que imaginaba. Ella le miró sopesando

varias opciones, pero ninguna le convencía lo suficiente. Luego arrugó la nariz

y prosiguió:

—Y en cuanto a la sorpresa sinceramente, ando bastante perdida.

—Vamos. Jess.. Piensa

un poco le animó golpeando con su dedo a la

frente de ella.

Jessica trató de concentrarse y sin darse cuenta comenzó a morderse el

labio inferior muy lentamente. De la misma forma que solía hacerlo cuando un

pensamiento le provocaba excitación. Dejó que su imaginación vagara por su

mente, hasta tal punto de visionar las diferentes formas en que Gabriel podría

proporcionarle infinito placer.

Él hizo un mohín e interrumpió su ensimismamiento con un carraspeo.

—No se trata de nada relacionado con el sexo —añadió Gabriel tirando de

su labio para que dejara de mordérselo de esa forma tan provocativa— Es otro

tipo de sorpresa..

Ella se encogió de hombros y desistió.

—No se me ocurre nada, de hecho puede ser cualquier cosa.

—Pues en ese caso... iremos primero a cenar.. Un poco de suspense

avivará la noche.

Jessica quiso protestar pero Gabriel se bajó con avidez de la moto, le cogió

la cara con ambas manos y le estampó un intenso beso en los labios. Estuvieron

besándose largo rato, luego Gabriel se separó un poco para susurrarle palabras

al oído.

241

—Quiero que este día sea diferente para ti, quiero que a partir de ahora

sea nuestro punto de partida. Un antes y un después y yo quiero ser el causante

y, por supuesto, partícipe de ello.

—Lo intentaré, te doy mi palabra.

Gabriel le volvió a besar y le cogió de la mano para comenzar a caminar.

—¿Tenemos que ir cogidos de la mano?

—¿No te parece bien?

—Pues no.

Él entornó los ojos y le rodeó la cintura con su

brazo acercándole más a su

cuerpo.

—¿Mejor así?

—Es complicado caminar así. Estoy acostumbrada a ir a mi aire. Nunca

he salido a pasear con nadie y mucho menos cogidos de la mano.

Gabriel puso los ojos en blanco.

—Me cuesta creerlo.

—Es cierto.

—¿Por qué?

—Porque soy así.

Independiente, autosuficiente. Nunca he tenido que depender de nadie.

Nunca he tenido la necesidad de compartir mi tiempo con nadie.

—¿Ni siquiera con Robert?

—Ni siquiera con él. Nuestro matrimonio se basaba en la cama. Fuera de

esos límites, no existía nada.

—¿Jamás

has

tenido una relación “normal”?

—Define “normal”.

Gabriel se rascó la cabeza.

¿Cómo podría explicarle algo que era tan obvio? Trató de ser lo menos

brusco posible.

—Mis relaciones hasta ahora, descartando los polvos de una sola noche..

—dijo restándole importancia a ese inciso—, han sido siempre de una entrega

total. Pasando por todos los estados: amigos, confidentes, amantes.. Para mí el

sexo es fundamental pero también necesito sentir a mi pareja a todos los

niveles. Necesito compartir, dar, regalar y que la otra parte sea recíproca

conmigo.

Gabriel la volvió a coger de la mano mirando intensamente a sus grandes

ojos azul zafiro.

—Me gusta cogerte la mano. Para mí es una muestra de afecto. Y me gusta

demostrarlo en la cama y fuera de ella.

Jessica por primera vez le miró con condescendencia.

—Gabriel.. haces que todo parezca tan sencillo...

—Jessica, te aseguro... que a veces las cosas son mucho más sencillas de lo

que nos empeñamos en pensar que no lo son.

Ella inspiró hondo relajando las facciones de su rostro.

—Déjate llevar y el resto déjamelo a mí.

Jessica le sonrió dulcemente y le revolvió el pelo como a un niño pequeño.

—De acuerdo. Pero recuerda que sigues

castigado..

—Sí. No lo he olvidado —se burló— espero que me lo hagas pagar como

me lo merezco.

—Y así será, no te quepa duda.

Jessica levantó el mentón y comenzó a caminar, dejándole unos pasos

más atrás. Poco después Gabriel corrió hacia ella para cogerse de su mano.

—Así mucho mejor —añadió él.

Ella resopló con

fuerza mientras salían al exterior y Gabriel rió

victorioso para sus adentros.

Las escaleras del aparcamiento, les llevó hasta el

mismo corazón de Times

Square, en la calle 42. La noche prácticamente cubría el cielo neoyorquino. Miles

de carteles y pantallas luminosas parpadeaban vacilantes con todo su

esplendor. A esas horas todos los locales permanecían abiertos y había miles de

transeúntes invadiendo las calles.

Jessica no podía evitar mirar a un lado y a otro, arriba y abajo. Aunque era

natal de Nueva York, jamás había pisado otro suelo que no fuese la zona

financiera de Manhattan y sus correspondientes locales glamurosos.

Mezclarse con la gente de a pie no tenía cabida en su apretada agenda.

—¿Te gusta? —le preguntó Gabriel al ver su cara llena de asombro.

—No sabría decirte..

Gabriel alzó ambas cejas y luego sonrió.

—¿Podrías describir qué sensaciones sientes en este momento?

Jessica divagó unos segundos y luego le contestó:

—Es una extraña mezcla entre locura, ruido y gente.. es muy diferente a

todo lo que he vivido hasta ahora.

—Me alegra de ser el primero en mostrártelo.

Gabriel la miró. Estaba disfrutando como un enano. Ver a Jessica relajada

y despreocupada, no tenía precio.

Estuvieron paseando tranquilamente hasta la Octava Avenida. Allí había

innumerables lugares para cenar o para tomarse alguna copa después.

Al pasar junto a uno de aquellos locales, Gabriel se detuvo en la puerta

para asomarse. Su interior estaba muy concurrido pero logró ver una mesa libre

al fondo.

—Entremos aquí.

—¿Aquí? —señaló con el dedo índice— Gabriel, me niego a comer basura.

Jessica le miró desafiante haciendo ademán de marcharse de allí y él se rió

con ganas.

—Señorita, por favor.. Un poquito de respeto. Esta usted ante el local

donde hacen las mejores, las más grandes y las más grasientas hamburguesas

de todo el estado de Nueva York.

—Por mí si hacen el pino puente y doble salto con tirabuzón mientras me

las traen... —se burló con sorna.

Gabriel se rió a carcajadas.

—Eres terca como una mula, señorita Orson. ¿Acaso las has probado?

—No.

—Entonces, ¿cómo coño puedes saber si te gustan o no?

Jessica puso cara de asco al pensar en las hamburguesas.

—Tanta grasa me repugna.

—Pues hoy me temo que vas a tener que probar una... Y los aros de

cebolla y CocaCola...

—¡Dios! —se restregó los ojos como si se tratase de una pesadilla— Creo

que al final tu castigo va a ser memorable.

Gabriel tiró de su mano hacia el interior del local. Jessica le siguió a

regañadientes. Le llevó hasta la última mesa redonda del final. Él se sentó y ella

se quedó de pie.

—¿Qué pasa Jess?

—La mesa está sucia, ¿qué no lo ves?

—Bah... todo alimenta...

—¡Serás cochino!

Él comenzó a reírse con ganas mientras ella echaba chispas por los ojos. Al

poco después un hamburguesa de la casa. Cada una pesaba unas doce onzas sin

contar los extras. Gabriel aceptó frotándose las manos mientras salivaba por la

comisura de la boca.

Varios minutos más tarde, regresó con su pedido. Dos enormes

hamburguesas de la casa, aros de cebolla, patatas fritas con ketchup, un litro de

CocaCola para cada uno. Jessica al ver toda esa comida junta se tapó la boca.

Solo el olor era nauseabundo.

Gabriel sin esperar hincó el diente al pan. Era tan grande y estaba tan

repleto de que al morder, comenzó a chorrear salsa por todas partes.

—¡Joder...! —Exclamó con la boca llena— Pruébalo Jess.. ¡Dios, está de

vicio.. !

—Me están entrando arcadas solo de verte comer..

—Exagerada... No sabes lo que te estás perdiendo.. —aseveró con la boca

llena.

Gabriel gimoteó de placer mientras le daba otro

gran mordisco.

—Esto es casi mejor que el sexo..

Jessica arrugó el entrecejo.

—¿Tienes fiebre?

—Te lo digo en serio. Es parecido a un orgasmo.

—Lo dudo.

—Si no lo pruebas, nunca lo sabrás. .

—Serás capullo.

Gabriel le sonrió animándola y acercándole su hamburguesa a la boca.

—Vamos, dale un mordisquito.. uno pequeño.

—¿No me moriré?

—Te morirás de ganas si no lo pruebas de una

puñetera vez. En esta vida

hay que probarlo todo. . o casi todo.

—Touché.

Jessica cerró los ojos. Si pensaba probarlo, al menos no quería verlo

chorreante y tan grasiento. Él esperó a que abriese la boca para darle de comer.

—Eso es, buena chica..

—¡Dios...! como se entere mi nutricionista de lo que estoy a punto de

tragarme, me pide la dimisión hoy mismo.

Abrió la boca un poco más y por primera vez dejó que la textura y los

diferentes sabores explotaran en su paladar. Masticó despacio, degustando, sin

prisas, bajo la atenta mirada de Gabriel.

—¿Y bien?

—Es asquerosamente diferente...

—Ja, ja, ja.. prueba superada con honores, señorita.

La cena continúo divertida entre risas y mucha complicidad. Jessica no

solo se acabó su hamburguesa sino que pidió otra más pequeña. Gabriel no

cabía en él de su asombro. Sin duda, había creado un monstruo.

Tras pagar la cuenta, Jessica le preguntó por una de las sorpresas y Gabriel

le dijo que esperase un poquito más. Primero irían

paseando hasta el SoHo.

246

Capítulo 41

Poco después mientras paseaban agarrados de la mano, llegaron al SoHo.

Era el barrio con diferencia más autóctono de toda la ciudad de Manhattan.

Jessica se quedó fascinada al levantar la vista y fijarse en uno de los

edificios de hierro colado que había captado especialmente su atención. Los ojos

de Gabriel se volvieron hacia ella. Alzó la barbilla para saber qué era lo que

estaba mirando con tanto detenimiento.

Sorprendido sonrió. Hacía apenas tres semanas

que él también había

sentido la misma inquietud al descubrir aquel emblemático edificio.

—Es la sede de la conocida empresa de máquinas de coser Singer.

Gabriel comenzó a ejercer un improvisado papel de guía turístico,

mostrándole los rincones de aquel barrio. Jessica le escuchaba en silencio y con

suma atención mientras continuaban paseando tranquilamente por las calles.

—Donde estamos ahora es lo que vulgarmente se conoce como el SoHo.

Su nombre proviene de la mezcla de dos palabras: So(uth) y Ho(uston) o en su

argot: “Al sur de la calle Houston”.

—Me gusta la diversidad étnica que hay en este lugar.

—Sí, estoy de acuerdo contigo. Sin duda ese es uno de sus grandes

atractivos.

Jessica se soltó de su mano para abrazarse a su cintura, acomodando su

cara en su pecho pero sin dejar de caminar. Gabriel complacido la miró, acercó

su nariz a su pelo, inspiró hondo y después la besó en la cabeza.

—Hum... Me encanta como hueles.

Jessica sonrió metiendo su mano por debajo de la camiseta para rozar su

piel con la yema de los dedos.

—¿Solo te encanta mi olor?

Gabriel sintió un ligero cosquilleo en la parte baja de la espalda.

—De sobra sabes que me vuelves loco toda tú.

Ella sonrió traviesa a la vez que satisfecha por su respuesta. Era sin duda

la respuesta que esperaba. Como de costumbre él seguía estando a la altura, de

momento no le defraudaba.

—¿Y?

—¿Y qué...?

—¿Qué te gusta de mí?... A parte de mis evidentes encantos que saltan a la

vista... —se mofó él.

Jessica se rió negando con la cabeza.

—A parte de tu "evidente" humildad.. —tosió aclarándose la voz—. Me

gusta de ti tu forma de tratarme.

Él abrió los ojos escuchándole con interés.

—Eres respetuoso, generoso y amable conmigo. Eres lo más "real" que me

ha ocurrido en mi vida.

Gabriel no pudo evitar abrir la boca asombrado por sus palabras.

¿Hablaba de respeto, generosidad y amabilidad?. . Por supuesto para él, esos

eran unos requisitos indispensables en una relación. ¿Con qué clase de arpías se

había estado relacionado Jessica? Conocía a uno de ellos, Robert. Y por un

momento, Gabriel sintió lástima por ella. Ojalá la hubiese conocido antes para

mostrarle el camino correcto. Mostrarle que a una mujer hay que tratarla y

venerarla como a una diosa.

Apretó sus dientes, dibujando una fina línea en sus labios y se detuvo

delante cerrándole el paso. Luego le sujetó la cara entre sus manos y comenzó a

acariciar su mandíbula con los pulgares.

—Jessica, mírame a los ojos.

Ella enseguida hizo lo que le pidió.

—Te quiero —lo pronunció lento pero seguro y

ella bajó la vista unos

segundos— Jess... no des la espalda a tus sentimientos.

—Me cuesta, Gabriel.

—Lo sé.

Él se quedó en silencio y poco después trató de continuar lo más serena y

pausadamente posible.

—En mi vida únicamente he amado a una mujer.

En un impulso, ella levantó la vista y sus ojos se volvieron a encontrar con

los de Gabriel.

—Se llamaba Érika. Estuvimos tres años saliendo. Ella lo era todo para mí.

Absolutamente todo. Estaba perdidamente enamorado de ella.

Su voz comenzó a tener una entonación diferente, se apreciaba

ligeramente quebrada.

—Íbamos a casarnos. En nuestros planes deseábamos tener hijos

enseguida. Dos, para ser más exactos —se echó a reír vagamente al recordar

aquellas charlas.

—¿Y qué pasó?

—Que el destino a veces es un arma de doble filo y siempre te pone a

prueba.

Gabriel hizo una pausa.

—Falleció en un accidente de tráfico, mi hermano Iván estaba con ella

cuando sucedió.

—¡Oh, Dios!.. lo siento..

La cara de ella se había desencajado. Se llevó la mano sobre su pecho. Sin

duda, la vida se había comportado injustamente con él. Gabriel no era

merecedor de un sufrimiento semejante.

—Jessica...

—No sé qué más decir.

—No hace falta que digas nada. Solo te pido que te dejes llevar —inspiró

hondo, la voz seguía temblándole ligeramente y las pupilas teñían casi por

completo su iris verdoso— Siente, sin pensar en el mañana. La experiencia me

ha enseñado que se ha de vivir el momento porque el mañana no existe... Tengo

tantas cosas por mostrarte... Si tú me dejaras..

—Me esfuerzo Gabriel. Y lo intento, aunque no lo creas. A pasos de

tortuga, pero lo intento...

Gabriel se acercó a sus labios lentamente y cerrando los ojos la besó con

suavidad, tomándose su tiempo. Sin importarle que estuviesen rodeados de

cientos de transeúntes. Con diferencia, ese fue el beso con más sentimiento que

ambos habían compartido.

Al rato después, se dirigieron hacia el sur llegando a Chinatown en el

corazón de Civic Center. Nada más adentrarse en sus calles, varios vendedores

asiáticos les increparon ofreciéndoles imitaciones de marcas de lujo de

perfumes, de relojes y de carteras.

—Bueno, bonito y barato —dijo uno acercándose hasta ellos más de la

cuenta mientras entonaba su voz en una especie de alegre cantarela.

—No, gracias —dijo Jessica negando con la mano.

—Mire señora... es el nuevo perfume de Christian Dior..

—He dicho que no —le apartó con la mano.

El vendedor ambulante no desistió, siguió en sus trece y hasta que no se

metieron en un estrecho callejón, no lograron despistarle.

Jessica dejando de mirar a cada momento hacia atrás, se fijó en los grafitis

de las paredes y en las bolsas de basura amontonadas en pilas a cada cinco

metros. Incluso vio corretear por delante de sus narices varias ratas del tamaño

de un gato.

—Gabriel ¿dónde coño estamos?

—Pronto lo sabrás.

—¡Me está dando grima tanto chino y tanto

callejón oscuro!

249

—No te asustes. No va a pasarnos nada. La mayoría de las veces las cosas

no son lo que parecen. Nadie nos va a robar, ni a agredir. Tan solo están

tratando de ganarse el pan.

—Vendiendo imitaciones.

—Sí. Eso o lo que sea necesario. Se llama supervivencia.

Gabriel le miró a los ojos buscando en ellos un ápice de compasión.

—Creo que es un trabajo tan digno y respetable como cualquier otro.

Mucho mejor que dedicarse a la prostitución, ¿no

crees?

—Por supuesto.

—Piensa que no todo el mundo lo ha tenido tan fácil en su vida como tú o

como yo. Miles de personas se levantan cada mañana sin poder llevarse nada a

la boca y lo peor de todo, es que no saben si lo podrán hacer en días.

El rostro de Jessica cambió en cuestión de segundos. Gabriel le estaba

abriendo los ojos ante la cruda realidad. Con verdades tan absolutas como

templos.

—Tienes razón.

—Como "casi" siempre —se burló para quitar

hierro al asunto.

Gabriel miró su reloj y tiró de ella para que siguiera caminando. El tiempo

apremiaba, se les estaba haciendo tarde. A las

10 de la noche tenía prevista la segunda sorpresa y debían ser puntuales, o

se quedaría sin ella.

—Venga, una manzana más y habremos llegado a tu primera sorpresa.

—¿Cuántas sorpresas habrá?

—Tres... Aunque me hubiese gustado darte más. Con tan poco tiempo he

hecho lo que he podido..

—Sabes que no

necesito nada.

—Ya lo sé. Pero me gusta mimarte..

Él se detuvo. Habían llegado al destino, solo que ella aún no lo sabía.

—Mis tres regalos significan tres cosas muy importantes en mi vida.

Forman parte de lo que fui y de lo que soy. Y mi deseo es compartirlo contigo.

Gabriel miró a su derecha a un pequeño escaparate.

—El otro día comentaste que te gustan mis tatuajes, incluso que te habías

planteado la posibilidad de hacerte uno pequeñito sobre la pelvis.

Ella asintió en silencio.

—Pues creo que ya ha llegado el momento.. —dijo guiñándole el ojo.

250

Jessica se quedó sin palabras. Una cosa era pensarlo y otra muy distinta

era hacerlo. Gabriel notó como su rostro se desencajaba en una fracción de

segundo.

—Es tu decisión. No pienso presionarte. Un tatuaje no es como la

hamburguesa que acabamos de comer. Tienes que estar completamente segura.

No hace falta que te recuerde que será para toda la vida.

Ella miró el escaparate del Magestic Tattoo . Examinado detenidamente las

fotografías de varias personas tatuadas y sus facciones comenzaron a relajarse

lentamente al plantearse de nuevo aquella posibilidad.

—De momento, entraré solo a mirar.

—Me parece muy bien. Pero antes, déjame hacer una cosa..

Gabriel se llevó la mano dentro del bolsillo y sacó su móvil. Colocó uno de

sus brazos sobre los hombros de ella y con la otra enfocó el objetivo.

—Vamos a inmortalizar este momento.

—Estás loco, Gabriel.

—Sí, completamente loco pero por ti —sonrió besándola en la mejilla

mientras presionaba el diminuto botón haciendo saltar el flash.

Una vez realizada la instantánea, guardó de nuevo su Blackberry y

sujetándole la puerta de forma caballerosa, le cedió el paso para que entrase al

interior.

Capítulo 42

Jessica cogió uno de los libretos repletos de fotos y de dibujos. Echó un

vistazo rápido a los tatuajes de colores e hizo más hincapié en los de color

negro. Buscaba algo pequeño, discreto y que a su vez le uniese con Gabriel.

Algo que simbolizara aquella conexión tan especial que ambos sostenían. Y

aunque no estuviesen destinados a caminar juntos hacia un mismo destino, a

Gabriel siempre lo recordaría formando una parte importante de su vida.

Tras pasar una nueva página con los dedos, Jessica se quedó observando

aquellos gravados. Eran los doce signos del zodiaco. Empezó a enumerarlos con

el dedo índice: “Aries, tauro, géminis.. cáncer”, y en este último se detuvo.

—Cáncer —murmuró resiguiendo el contorno de la figura con la yema de

su dedo.

De repente Jessica se giró y buscó con anhelo los

ojos de Gabriel.

—¿Lo has encontrado?

—Sí —afirmó rotundamente.

Gabriel dio unos pasos hasta acercarse a su lado. Ella le sonrió

abiertamente mostrándole el dibujo.

—¿El signo de cáncer? — Preguntó él sorprendido — Tú eres virgo.

Ella asintió y tras elegir las palabras adecuadas en su cabeza, le respondió:

—Naciste el 9 de julio.

—Sí.

—En poco tiempo te has convertido en la persona más importante de mi

vida. Me gusta estar contigo, me siento muy a gusto a tu lado. Me haces reír, me

haces soñar... Y aunque probablemente lo nuestro tenga fecha de caducidad,

quiero que una parte de ti perdure en mí para siempre.

Gabriel pocas ocasiones en su vida se había quedado mudo y una de esas

pocas veces era sin duda aquella.

Jessica le miró extrañada. Tenía una expresión muy rara en su cara. Había

palidecido y ni siquiera pestañeaba. Estaba como abstraído. Ella agitó la mano

por delante de sus ojos para comprobar que no estuviese en estado de shock.

—Gabriel.. ¿te encuentras bien? Dime algo. .

Él entonces como por arte de magia, volvió en sí de nuevo.

—Nunca he estado mejor en mi vida.. —aseveró con cara de bobalicón.

—Viendo tu cara, nadie lo diría.

252

—Jess....

—Pues parece como si te hubieses topado con un fantasma.

—Jessica...

—Pensaba que...

—Señorita Jessica Orson...

—¡¿Dios... qué?!

Gabriel le cogió una mano y se la puso sobre su

corazón. Ella abrió mucho

los ojos.

—Siente mis latidos.

—Van muy deprisa —dijo tragando saliva.

—¿Crees que me ocurre algo malo?

—Espero que no.

Él le mostró una sonrisa tranquilizadora.

—Jessica, ¿me quieres?

Ella como un resorte, apartó la mano de su pecho y la metió en el bolsillo

de su pantalón.

—El amor aún sigue siendo una palabra "tabú" en mi vocabulario.

Se quedó en silencio al darse cuenta de que los hombros de Gabriel caían y

su cara cambiaba de irradiar felicidad a una evidente derrota. Entonces trató de

suavizar sus palabras.

—Te tengo mucho cariño. Sigues siendo muy especial y necesario en mi

vida. Te quiero a mi lado.

—¿Tanto daño te han hecho? Jessica se mordió el labio, tirando con

fuerza de la fina piel que lo cubría.

—No es el momento, ni el lugar para entrar en detalles Gabriel.

—Si no te abres, no podré llegar jamás hasta aquí —le dijo colocando su

palma sobre su corazón.

—Lo abrí una vez y no funcionó.

Gabriel la escuchaba casi sin respirar.

—Continúa...

—Ahora no.

Él tensó la mandíbula, pero no insistió. No quería forzarle. Cuando ella

estuviese preparada, allí estaría él para escucharla, para abrazarla, arrimar el

hombro si fuese necesario.

El dependiente se les acercó para preguntarles si se habían decidido ya por

uno de los dibujos. Ella le señaló el escogido. Luego entraron en una habitación

más pequeña y le indicó que se estirase sobre una de las dos camillas. Y una

hora más tarde, Jessica ya lucía el tatuaje sobre su pelvis.

Gabriel volvió a mirar su reloj: "las 21:50".

—Jessica, tres manzanas te separan de descubrir tu segunda sorpresa.

—Cada vez estoy más intrigada. Lo cierto es que estás consiguiendo

mantener el misterio hasta el final.

Él se rió cogiéndole de nuevo de la mano.

—Creo que te va a gustar mucho.

—Estoy convencida de ello. Salieron de la trastienda y se despidieron del

dependiente para salir a la calle y caminaron a paso ligero. Pronto llegaron a la

entrada de un local de moda, en donde cada sábado tocaban música en vivo.

—Buenas noches Méndez — le saludó Gabriel tendiéndole la mano.

—Gabriel, dichosos mis ojos

—le dijo con cierto acento latino.

—Gracias por conseguir colarnos cuando ya estaban todas las entradas

vendidas.

—Por mi amigo, lo que sea, ya lo sabes.

Gabriel le dio un abrazo y le palmeó la espalda.

—¿Y este bellezón?

—Es Jessica.. mi chica.

Ella puso los ojos en blanco al escuchar “mi chica”, pero luego no pudo

evitar sonreír y puntualizar al mismo tiempo:

—Soy su jefa —contestó sin disimulo.

—¡Vaya!... estaréis distraídos en la oficina ¿no?

Gabriel se rió a carcajadas. Méndez era un cachondo mental de primera.

Le conoció a los pocos días de instalarse en su apartamento a principios de

septiembre. Buscaba desesperadamente cualquier contacto que le recordara a su

tierra natal y logró encontrar aquel local. Enseguida hizo buenas migas con

Méndez. Ambos tenían algo en común:

“Añoranza”. Méndez por México y él

por España.

—Vamos, no os entretengo más.. Ramón está a punto de actuar.

Gabriel esbozó una amplia sonrisa de oreja a oreja. Hacía muchos años

que no veía a Ramón. Más de un lustro sin compartir escenario con él. Hoy

volvería a sentir de nuevo esa sensación que tanto le llenaba el espíritu.

Entraron al interior siguiendo el estrecho pasillo. Gabriel se lo conocía a la

perfección y enseguida dieron con la sala.

—Es aquí —señaló a una puerta que permanecía cerrada— No sé si

conoces al cantante Melendi.

254

—He oído hablar de él.

—Pues hoy le conocerás. Él es parte de la sorpresa, el resto lo descubrirás

en breve.

Gabriel abrió de par en par la enorme puerta y la canción “Cheque al

Portamor” empezó a sonar.

255

Capítulo 43

Entraron a aquella pequeña sala sentándose en una de las mesas junto al

escenario. Méndez les había guardado uno de los

mejores sitios.

Gabriel inspiró hondo al ver a su amigo de fatigas tocando aquel piano de

cola negro mientras deleitaba al público con su nuevo single “Cheque al

Portamor”:

“Educadamente te daré un consejo que probablemente todavía no sabes el

demonio sabe mucho más por viejo que por ser el Rey de todos nuestros males.

Con la realidad te vas a dar de bruces si piensas que un euro es mejor que

un detalle porque una ventana que da a un patio de luces puede brillar más que

una que da a la calle...”

Jessica apoyó su codo en la mesa sujetando de esta manera su cara. No

conocía la carrera de Melendi, pero tenía que admitir que desde esa posición

privilegiada podía comprobar su entrega total y las emociones que trasmitía a

través de la letra de aquella canción.

Pronto, un camarero se les acercó para tomar nota.

—Buenas noches, ¿qué van a tomar?

Gabriel miró a Jessica para preguntarle pero ella seguía ensimismada

escuchando atentamente, por lo que se volvió al camarero y pidió por los dos.

—Un par de birras bien frías, por favor.

—Enseguida.

Se retiró y al cabo de menos de cinco minutos ya estaba de vuelta con dos

botellas y dos copas de cristal. Las dejó sobre la mesa y Gabriel le pidió que se

llevase las copas porque no las iban a necesitar. El camarero miró a Jessica,

enarcó una ceja y luego se marchó con ellas en la mano.

Gabriel se acercó un poco más, pegando su silla a la de Jessica.

—¿Te gusta mi sorpresa? — le preguntó susurrándole al oído.

—Me encanta.

—He visto que tienes un piano en casa y varios instrumentos, por lo que

he deducido que la música debe ser una parte

relevante en tu vida.

—Sí. Me he criado en el seno de una familia adinerada. Desde los trece

años he estado internada en los mejores y más prestigiosos colegios de América.

Me impusieron estudiar solfeo, piano, violonchelo, contrabajo, flauta y ballet

clásico, entre otras muchas actividades. La lista es interminable.

—Toda una niña prodigio.

—Una niña convertida en mujer antes de tiempo.

—Es cierto. Mi amor por la música por el contrario sí es vocacional. A mis

dieciséis años pedí a mis padres que me

compraran una guitarra. Me la

regalaron por mi cumpleaños y a partir de entonces comencé a componer mis

propias canciones, sin tener ni idea de lo que era una nota musical, una clave de

sol o tan siquiera qué diablos era un pentagrama.

Jessica sonrió mordiéndose el interior de la mejilla al recordarlo. Todo

aquello se lo impusieron a la fuerza. Según sus padres debía ser una niña de

bien, educada, refinada y con recursos.

—En cuanto cobré mi primera nómina trabajando de aprendiz de

mecánico en el taller de un amigo de mi padre, fui corriendo para

matricularme en la Escuela de Música Concerto en el centro de Madrid. A

partir de ese momento todo giró en torno a la música. Formé un grupo con unos

colegas del instituto, el cual continuamos a lo largo de los años. Nuestro sueño

era gravar una maqueta, y lo hicimos. Gustó tanto a la gente que la empezamos

a promocionar en discotecas y en locales de moda. Hasta que ahí el presente —

señaló a Ramón en el escenario, nos pidió ser teloneros de su gira de conciertos

por España en el año 2009.

—¿En serio?

— Sí asintió orgulloso— Solo que yo no pude acabarla.

Jessica pensó y enseguida ató cabos. Probablemente por aquellas fechas

fallecería Érika. Ese fue el motivo por el que no quiso hurgar más en su ya

abierta herida y prefirió guardar silencio. Por desgracia incluso ella misma

conocía perfectamente aquella amarga sensación. Aquel acérrimo dolor que se

clava en lo más profundo del alma y que jamás desaparece.

—Toma —le ofreció una de las cervezas.

Jessica sonrió.

—¿Sin vaso?

—Sin vaso. En mi pueblo la bebemos tal cual. Es así como está más buena.

Fresquita y a morro.

—Pues ya me cansé de rebatir todas tus costumbres, he llegado a la

conclusión de que como hasta ahora todo lo que me has aconsejado, me ha

gustado... — afirmó cogiendo la botella y acercándosela a los labios— Por esa

misma regla de tres, esta dichosa cerveza también debe estar de vicio.

Ella sorbió un buen trago mientras Gabriel la observaba sin dar crédito.

Sonrió divertido uniéndose y bebiendo también de su botella. Al acabar alzó el

brazo para pedir otra. Debía reunir algo más de valor si pretendía hacer lo que

tenía planeado. Se miró las manos e hizo crujir los

nudillos.

«Espero acordarme.. » , murmuró.

Jessica ladeó la cabeza y notó a Gabriel algo ausente, ensimismado en sus

propios pensamientos.

257

—¿Te encuentras bien?

Gabriel le miró rodeando con el brazo su hombro y dándole un dulce beso

en la mejilla.

—Es la segunda vez que me lo preguntas esta noche —sonrió— estoy

mejor que nunca. Más vivo que nunca y todo es gracias a ti. Mi ángel de

cabellos negros..

Jessica le devolvió la sonrisa y en respuesta a sus palabras le besó en los

labios.

—Debo de reconocer que la velada está siendo de lo más sorprendente. En

solo unas horas has conseguido mucho más que otras personas en toda mi vida

— decía ella enredando los dedos en su pelo, estirando de unos mechones

ondulados que cubrían parcialmente su nuca — provocas en mí un efecto

devastador. Haces que poco a poco vaya descubriendo más rincones de mí

misma.. y eso, aún no sé si es bueno o es malo.

—Es bueno —le contestó sin divagar— Abrirse, conocerse a uno mismo,

siempre es positivo.

Gabriel le estrechó un poco más entre sus brazos y le besó en el pelo.

Estuvieron así abrazados un par de canciones más mirando a Melendi en el

escenario, disfrutando de su arte. Él comenzó a tararear la última estrofa de la

canción “Un violinista entu tejado”:

“Mientras rebusco en tu basura Nos van creciendo los enanos De este un

circo que un día montamos

Pero que no quepa duda.

Muy pronto estaré liberado Porque el tiempo todo

lo cura Porque un clavo

saca otro clavo Siempre desafinado”

Jessica movía los pies al ritmo de la música, a la vez que escuchaba como

él le cantaba al oído.

—Cantas bien rubiales...

—Eso decían...

—Pues tienes buena voz.

En ese preciso instante la canción terminó y Melendi dejó la guitarra a un

lado, colocó una silla en el centro del escenario junto al micrófono, aunque no se

sentó en ella. Empezó a buscar con la mirada a una persona entre el público.

Alguien que en una determinada época formó parte de su vida.

Ramón sonrió torciendo el labio al ver a Gabriel. Casi no había cambiado,

tenía el mismo aspecto canalla de siempre. Aquel tatuaje y aquel pelo rebelde

era inconfundible. Le señaló con el dedo de forma inquisidora y le dijo que

subiera al escenario.

Jessica se quedó boquiabierta al ver como Gabriel se levantaba, le daba un

beso en la boca y de un salto subía al escenario.

—Ramón, joder tío.. cuánto tiempo. .

—Estás genial Gabriel.. igual que siempre, los

años no han pasado por

ti..

Ambos se fundieron en un intenso abrazo ante las atentas miradas de más

de cuarenta pares de ojos.

—Muchachote, ¿estás preparado?

Gabriel inspiró hondo.

—Claro, vamos al lío.

Melendi le sonrió y después sin separarse de él se acercó el micrófono para

hablar.

—Esta noche es especial para mí —decía mirándole— Este guaperas

rompecorazones es Gabriel. Fue telonero con su

grupo en mi gira del 2009 en

España. Tiene un don cuando toca la guitarra que he visto en muy pocos

artistas a lo largo de mi carrera. Es un tío currante, valiente, generoso... pero

sobretodo me enseñó algo que para mí es muy importante: el verdadero

significado de la palabra amistad.

Ramón hizo una pausa, estaba ligeramente emocionado pero trató de

proseguir para no demorarse demasiado:

—Desgraciadamente hace cuatro años perdimos todo contacto... pero,

¿quién coño me iba a decir que nos reencontraríamos en la New York City...?

Maldito cabrón..

Ambos se lanzaron una mirada cómplice.

—Esta noche vais a tener el privilegio de escuchar su voz, os aseguro que

se os va a poner los pelos como escarpias.. Yo de vosotros lo disfrutaría...

Melendi se retiró unos pasos más atrás para dejarle todo el protagonismo

a Gabriel, quién se sentó en la silla, cogió la guitarra, la acomodó sobre su

muslo y ajustó las clavijas para tensar las cuerdas.

Cuando levantó la vista al frente, se encontró con la intensa mirada de

Jessica que le observaba entre perpleja y orgullosa. Él sonrió pese a estar algo

nervioso. Demasiados años sin tocar un acorde. Demasiados años sin cantar y

sin pisar un escenario, pero había llegado el momento y la causa bien lo

merecía.

Tosió un par de veces para aclararse la voz. Bebió de un vaso de agua que

había cerca y volvió a mirar a Jessica desde la distancia. Enderezó su espalda e

hizo crujir de nuevo sus nudillos antes de pronunciar unas palabras:

—Hacía cuatro años que no me subía a un escenario. Espero que no

tengan en cuenta si desafino en algún momento —sonrió con timidez— La

responsable de todo este embrollo es un castigador

ángel de cabellos negros,

quién irrumpió en mi vida sin previo aviso, dejando atrás al fantasma de mi

soledad. Y como dicen mis colegas Malú y Pablo Alborán: “Vuelvo a respirar

profundo y que se entere el mundo que de amor también se puede vivir.. de

amor se puede parar el tiempo.. porque no importa nada más. .”

Jessica hacía rato que sentía como un doloroso nudo se le iba formando en

la boca de su estómago, a la vez como sus ojos se humedecían lentamente.

Gabriel le sostuvo la mirada unos segundos antes de cerrar los ojos y

empezar a tocar los primeros acordes de la guitarra.

La música comenzó a flotar en el ambiente..

Gabriel abrió los ojos de nuevo y comenzó a cantar “Tu jardín con

enanitos”:

“Hoy le pido a mis sueños que te quite la ropa que conviertan en besos

todos mis intentos de morderte la boca y aunque entiendo que tú, tú siempre

tienes la última palabra en esto del amor.

Y hoy le pido a tu ángel de la guarda que comparta que me de valor y

arrojo en la batalla para ganarla.

Y es que yo no quiero pasar por tu vida como las

modas, no se asuste

señorita nadie le ha hablado de boda, yo tan solo quiero ser las cuatro patas de

tu cama, tu guerra todas las noches, tu tregua cada mañana.

Quiero ser tu medicina, tus silencios y tus gritos, tu ladrón, tu policía, tu

jardín con enanitos.

Quiero ser la escoba que en tu vida barra la tristeza quiero ser tu

incertidumbre y sobretodo tu certeza.

Hoy le pido a la luna, que me alargue esta noche y que alumbre con fuerza

este sentimiento y bailen los corazones.

Y aunque entiendo que tú serás siempre ese sueño

que quizás nunca

podré alcanzar..

Y es que yo quiero ser el que nunca olvida tu cumpleaños, quiero que seas

mi rosa y mi espina aunque me hagas daño, quiero ser tu carnaval, tus

principios y tus finales, quiero ser el mar donde puedas ahogar todos tus males.

Quiero que seas mi tango de gardel, mis octavillas, mi media luna de miel,

mi blus, mi octava maravilla, el baile de mi salón, la cremallera y los botones,

quiero que lleves tu falda y también mis pantalones.

Tu astronauta, el primer hombre que pise tu luna, clavando una bandera

de locura, para pintar tu vida de color, de pasión, de sabor, de emoción y

ternura, Sepa usted que yo ya no tengo cura sin tu amor.. "

Al acabar, un gran gentío se alborotó en aquella sala. Muchas de las

personas allí presentes se levantaron de sus sillas para vitorear y aplaudir

enérgicamente a Gabriel, quién emocionado bajó de un brinco fuera de la

tarima del escenario y corrió hasta la mesa donde Jessica seguía completamente

aturdida, temblando como una hoja. Con las emociones atragantadas en la

garganta.

Gabriel se colocó frente a ella y le tendió una mano. Ella se la dio y él ni

corto ni perezoso, le estiró con fuerza, la levantó de su silla, la sujetó de la

cintura y la subió a la mesa.

Luego utilizando una de las sillas a modo de escalera, se subió también a

la mesa, la cual se tambaleó ligeramente.

Gabriel entonces la miró a los ojos con tanta pasión que Jessica notó como

todo su cuerpo se encendía en cuestión de segundos.

Le cogió la cara entre sus manos y la besó delante de todo el mundo, como

si aquel fuese su último beso.

Enseguida, se escucharon aplausos y silbidos como telón de fondo, pero

ellos seguían ajenos a todo cuanto les rodeaba, en el interior de su particular

burbuja de cristal. Para ellos ya no existía nada más.

Capítulo 44

Cuando el mini concierto de Melendi dio a su fin, Gabriel propuso a

Jessica ir a un Pub cercano para tomar una última copa, a lo que, por supuesto,

ella accedió encantada.

—Espera aquí —le dijo—, voy a hablar un momento con Ramón.

Gabriel le dio un sonoro beso en los labios y se encaminó hacia el

escenario desapareciendo tras las bambalinas. Al cabo de poco rato, regresó de

nuevo pero esta vez acompañado de su amigo.

—Ramón, quiero presentarte a Jessica.

Ella se incorporó del sofá para recibirle.

—Encantado... ángel de cabellos negros.. —sonrió acercándose a sus

mejillas para darle dos besos.

—Lo mismo digo, Melendi.

—Ramón, para los amigos.. —le enseñó los dientes al volver a sonreír—.

Todos los amigos de Gabriel, también son mis amigos.

—Por supuesto, Ramón — asintió devolviendo la sonrisa educadamente.

—¿Hace mucho que os conocéis?

—Casi cuatro semanas.

—Me ha dicho que eres su jefa..

—Sí, de lunes a viernes. . —añadió Gabriel divertido— Los demás días

solo somos Gabriel y Jessica..

—Una vez tuve una jefa y nos llevábamos a matar... soléis ser muy duras

con los hombres..

—Porque si no os descarriláis del camino y luego no hay forma de

enderezaros. .

Los tres rieron a la vez.

Poco después, salieron a la calle. Ya era casi medianoche y comenzaron

a caminar abriéndose paso entre la gente. Charlaron sin descanso durante los

siguientes minutos hasta llegar al otro local. Gabriel que ya había estado allí en

un par de ocasiones, les sirvió de guía hasta el interior.

El ambiente era bastante tranquilo, ideal para tomarse unas copas y a la

vez disfrutar de buena música. Habitualmente aquel Pub solía completar su

aforo alrededor las dos de la madrugada.

Gabriel les llevó hasta una gran sala abierta en dos niveles. En el primero

había una pequeña pista, la cual estaba rodeada por amplios sillones de color

beige. Decenas de lucecitas de neón colgaban de una especie de bóveda. El

segundo nivel albergaba varios reservados para destacados socios VIP.

Se acomodaron en el sillón mientras que el divertido ritmo de la canción

“Blurred Lines” de Robin Thicke les daba la bienvenida. Melendi fue a la barra

a pedir unas cervezas, por el contrario Gabriel aprovechó para asegurarse de

que todo seguía su curso y marchaba sobre ruedas.

—¿Te gusta este local?

—No es del tipo que suelo frecuentar, pero no está mal.

—Otro día me llevas a uno de esos sitios chic que vas...

—Pero dudo mucho que te gusten.

—Quizás te sorprenda —le sonrió ladeando la cabeza.

Ramón en seguida regresó con las botellas y antes de sentarse, las repartió.

Charlaron durante un rato más y poco después se despidió de ellos, no sin

antes intercambiar los números de teléfono para asegurarse de no volver a

perder el contacto con Gabriel.

Cuando de nuevo se quedaron a solas, Jessica aprovechó para preguntar

por su tercer regalo.

—¡Ja, ja, ja.. ! me parece que te estoy mal acostumbrando..

Gabriel evitó contestarle y disimuló encendiendo un cigarrillo.

—Toma, Jess —se lo dio y luego sacó otro de la cajetilla.

—Ya veo que me tocará esperar otro poco más — dijo sujetando el

cigarrillo entre sus largos dedos y llevándoselo a la boca.

—Todavía un poco más… — dijo dando una larga calada— Pero te

prometo que antes de que acabe la noche, tendrás tus tres regalos. Te doy mi

palabra.

Jessica echó la ceniza en uno de los ceniceros y cruzó las piernas volviendo

a mirar a Gabriel.

—Lo cierto es que nunca lo hubiese imaginado.

—¿El qué?

—Que te comportaras de forma tan detallista y tan romántica con una

mujer.

—¿Y por qué no?.. ¿Por este aspecto de “pasota” que siempre tengo?

—Básicamente —se burló. Gabriel se rió con ganas.

—Bueno... digamos que soy una especie de huevo “Kinder.. ”

—siguió riendo y la sorpresa está en el interior..

¡ja, ja, ja...!

263

—Ni que lo dudes.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? enarcó una ceja.

Él la miró a los ojos con descaro.

—Pasas la mayor parte del tiempo tratando de parecer fría y distante.

—No trato de parecerlo, soy así —añadió sin pestañear.

Gabriel negó con la cabeza, haciendo una mueca con los labios.

—También tienes tu corazoncillo —le señaló el pecho con el dedo.

—Yo no estaría tan segura.

—Ya lo creo que sí..

Gabriel le quitó el cigarrillo de los dedos y luego lo apagó en el cenicero.

Palmeó su muslo invitándola a sentarse sobre él. Ella ni corta ni perezosa, se

levantó y se sentó sobre sus piernas.

—He dejado de esperar.. — hizo una pausa mirándole a los ojos

intensamente— Porque sé que jamás dirás que me quieres.

Jessica abrió los ojos, sorprendida.

—Pero ya no hace falta, lo tengo asumido —le rodeó su cintura con los

brazos— Sé que me quieres y con eso me basta.

Aquella declaración la dejó sin palabras. Gabriel al darse cuenta de ello,

trató de relajar como pudo el ambiente haciendo un nuevo comentario.

—¿Cómo no vas a adorar a este mozo tan apuesto? —dijo jocosamente

señalándose a sí mismo.

Logró robarle una sonrisa furtiva.

—Me gusta este mozo.

Jessica se acercó para besar su boca y mordisquear lentamente su labio

inferior para luego proseguir:

—Es guapo, es sexy y me pone de cero a mil en solo una fracción de

segundo —dijo mientras frotaba deliberadamente

su sexo contra la entrepierna

de Gabriel. Él por el contrario, carraspeó mirando a ambos lados al acecho de

miradas impertinentes.

—Señorita Orson, es usted una descarada.

—Señor Gómez... Sabe usted perfectamente que lo soy. —le besó

—. Y ni se imagina lo que disfruto siéndolo.

Él le devolvió el beso con mayor fervor mientras le clavaba los dedos en el

trasero.

—Vamos a los servicios.

Gabriel esbozó una pícara sonrisa en forma de

respuesta. Segundos

después ella ya estaba de pie y tirando insistentemente de su mano.

—Quiero sentirte dentro.. y no pienso esperar..

Gabriel sintió como su pene brincaba orgulloso apretando con fuerza la

tela de sus vaqueros.

—Sus deseos son órdenes.

Cruzaron la pista de baile a grandes zancadas llegando pronto al destino.

—¿El de caballeros o el de señoras? —dudó.

Jessica puso los ojos en blanco, agarró su camiseta por el cuello mientras al

mismo tiempo daba un puntapié a la puerta del lavabo de mujeres. Entraron al

primer cubículo con tantas ansias que ni siquiera se detuvieron en comprobar si

había más personas en los demás. Después cerraron la puerta casi dando un

portazo y colocaron el pestillo de un golpe certero.

—Vamos Gabriel.. fóllame, como tú solo sabes hacerlo. .

La respiración de ambos comenzó a acelerarse en cuestión de segundos.

Gabriel se abalanzó sobre ella como un halcón hambriento, deseoso de devorar

y alimentarse de sus tentadoras y jugosas carnes.

Y sin perder más tiempo, la estampó contra la pared. Aunque hubiese

poco espacio, Gabriel no desistió. Le abrió la boca con la suya y le metió la

lengua hasta la campanilla. Jessica gimió presa de aquel loco arrebato. Se

excitaba solo con ver a Gabriel devorándola así de aquella forma tan salvaje y

tan ruda. Ambos eran como el mismo fuego, ardientes y pasionales.

Logró deshacerse de la camiseta de ella con un único movimiento de

muñeca. Con prisas, como si el mundo se acabara, metió la mano dentro del

sujetador para sacar uno de sus pechos, luego se lo llevó a su boca, comenzando

a lamerlo y a succionarlo perezosamente. Jessica soltó un gritó al sentir el

primer mordisco en su endurecido pezón. Como de costumbre ese contraste

"dolor- placer" le hacía perder la cordura. Cuando acabó con uno de los pechos,

se dedicó sin miramiento con el otro.

La espalda de Jessica se arqueó golpeando con violencia la pared, una y

otra vez. Cuando Gabriel le concedió una pequeña tregua y dejó sus pechos

para besar su cuello, ella estiró su mano para quitarle los pantalones, liberando

así su larga y gruesa erección. Después, cogió ambos testículos y los comenzó a

masajear con deliberada dedicación.

—¡Dios!... Me vuelves loco. .

—dijo apretando los dientes con fuerza.

Gabriel le quitó los pantalones y el tanga al mismo

tiempo. La levantó en

volandas y colocando su glande en el orificio de su vagina, lo deslizó para

empaparse de su caliente humedad y después penetrarla de una sola estocada.

—Como ves yo tampoco puedo esperar..

265

Jessica volvió a gritar aún con más fuerza, sin reprimirse en absoluto,

sujetándose de sus hombros.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado por su escandaloso grito.

Jessica se rió perversamente.

—Tú dedícate a follarme, Gabriel.. —dijo entre jadeos entrecortados.

Y así lo hizo. La siguiente embestida fue mucho más profunda y mucho

más intensa. Jessica volvió a gritar zarandeando la cabeza. Tenía la sensación de

que en cualquier momento iba a partirse en dos. Aun así, Gabriel no se detuvo,

sino todo lo contrario incrementando así el número y la fuerza en las

acometidas.

Los constantes y repentinos golpes contra la pared y los jadeos

descontrolados, resonaban en toda la estancia.

—Estoy a punto Gabriel. . ¡córrete conmigo. .! —balbuceó Jessica casi sin

aliento.

—Claro que sí...

Clavándose una vez más en ella, se dejó ir, ahogando los violentos

gruñidos de placer en la boca de ella.

Y sus piernas eran lo más parecido a un postre de gelatina, temblaban ya

casi sin fuerzas.

—Jamás me cansaré de estar dentro de ti —le susurró al oído.

—Gabriel..

—Dime —contestó murmurando con los ojos cerrados mientras la dejaba

en el suelo.

—Hace un par de semanas que tienes la absoluta exclusividad. Él

frunció el entrecejo, perplejo. Le había asegurado que tenía varios amantes, de

los cuales disfrutaba a su antojo.

—¿Hace dos semanas?

—Eso he dicho.

—Desde el viaje a Las Vegas.

—Más o menos —le sonrió.

—¿Por qué has tardado tanto en decírmelo?

—¿Por qué tendría que haberlo hecho?

Gabriel sonrió de nuevo y su corazón dio un brinco. Esa era una

declaración en toda regla. Por lo visto ya no tenía amantes, solo a él. Viniendo

de Jessica eso eran palabras mayores.

—Me ha apetecido decirlo pero no le des demasiadas vueltas. Solo quería

que lo supieras.—dijo mientras se vestía—. Venga, invítame a una copa y dame

mi tercer regalo.. creo que ya me lo he ganado con creces.

—De eso no me cabe la menor duda..

Gabriel tras limpiarse y vestirse, abrió el pestillo y la puerta. Cogió a

Jessica de la cintura y cuando iban a salir se encontraron con unos ojos verdes

que les observaban a través del espejo.

Daniela abrió los ojos como platos y comenzó a ruborizarse rápidamente.

Se había quedado con las manos bajo el chorro de agua tibia, petrificada.

Gabriel se acababa de tirar a su jefa en uno de los lavabos y por lo que podía

llegar a intuir, no era ni la primera, ni la última vez que lo harían.

—Pero... ¿qué coño?..

Gabriel no pudo acabar la frase, sus brillantes ojos verdes no paraban de

lanzarle dardos venenosos. Jessica se quedó ojiplática, era la misma chica que

Gabriel insistió tanto que encontrara cuando tuvo que volar a Barcelona de

forma repentina.

Jessica se acercó hasta Daniela y le cerró el grifo.

—Te recuerdo. Eres Daniela, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza dejando de mirar a Gabriel para mirarle a ella.

—¿Has venido con alguna amiga?

—Ehm...

no... —titubeó—.

Con Eric. .

Gabriel arrugó la frente al escuchar el nombre de su amigo.

¿Qué estaba haciendo con él? Ya le advirtió que se mantuviese alejada de

él. El muy sinvergüenza.. seguro que había desplegado todo su arsenal de

seducción para llevársela a la cama.

«¡Joder!.. si es así, voy a partirle la cara a ese capullo.. »

—¿Eric no es tu amigo, Gabriel? —Le preguntó Jessica sonriente— ¿Por

qué no nos tomamos una copa con ellos?

«¿Con ellos?... No es buena idea, ¡primero tengo que dejarle sin dientes!»

Jessica miró a Gabriel confundida. Tenía un gesto extraño en su cara,

parecía estar muy enojado.

—Me apetece conocer a tu amigo.

—Nosotros ya nos íbamos — añadió Daniela.

—Vaya... me hubiese gustado charlar con vosotros... Quisiera invitaros. .

es mi cumpleaños.

—¿En serio? —Preguntó Daniela curiosa— El mío es de aquí tres días..

—¿El 24 de septiembre?

—Sí.

No supo por qué pero Jessica sintió una punzada en su corazón en forma

de aviso. Esa fecha era demasiado especial para ella, el 24 de septiembre tuvo

a su bebé. Ahora tendría 21 años.

—¿Y cuántos cumplirás? —le preguntó casi sin retomar aire y con el

semblante muy serio.

—Cumpliré veintidós.

Jessica creyó perder por unas décimas de segundo el norte, incluso notó

marearse. Zarandeó la cabeza. No, no era posible. Era una maldita coincidencia,

nada más. Daniela no podía ser la hija que durante tantos años buscó

desesperadamente. Era una de tantas chicas que cumplían años el mismo día

que su hija. Además, físicamente no se parecía a ella... pero, Adam tenía ese

mismo color de ojos.. verde oliva.

—Bueno... Eric me espera, nos vamos a otro local del centro. .

—¡Espera...! —Jessica le cogió del brazo con tanta fuerza que Daniela se

asustó.

Gabriel se dio cuenta de que algo raro le estaba ocurriendo a Jessica y se

acercó a ambas para intervenir.

—Jess... Daniela, tiene que irse..

Jessica volvió en sí, recuperando por fin la compostura.

—Disculpa... —trató de sonreír— Te he confundido con otra persona..

—No pasa nada.

Daniela se secó las manos y se despidió de ambos. Jessica le siguió con la

mirada hasta que desapareció. Luego abrió el grifo y se mojó la nuca mientras

apoyaba las manos sobre el mármol.

—Jess... ¿qué es lo que te ha pasado con Daniela?

Ella tragó saliva.

—Nada —se quedó unos segundos en silencio mirándose al espejo—

Nada importante..

Gabriel le acarició el pelo y pellizcó suavemente su mejilla.

—Pues si te encuentras mejor.. quisiera darte tu último regalo.

Capítulo 45

Jessica tras revivir los amargos recuerdos de la separación con su hija

hacía veintiún años, salió de aquel local de copas junto a Gabriel. Caminaron

abrazados hasta el parking subterráneo para buscar

la Ducatti y subirse en ella.

Todavía quedaba pendiente un último regalo, completando así los tres vértices

de las cosas importantes para Gabriel: Los tatuajes, la música y.. solo él conocía

la respuesta.

Gabriel condujo disfrutando de la magia de aquella noche de otoño por

las calles de Manhattan hacia las afueras de la ciudad en dirección al norte, al

mismo corazón de Putnam Valley.

Una hora más tarde llegaron al valle ubicado entre dos cadenas de

montañas. La luna llena desde lo alto iluminaba el camino oscuro y serpenteado

hasta Oscawana Lake.

Al llegar al destino, Gabriel apagó las luces y paró el motor de su moto,

dejándola junto a una hilera de casitas de madera orientadas a unas

espectaculares vistas del lago.

—Este es mi refugio.. —dijo inspirando hondo mientras se quitaba el

casco.

—Es precioso.

—Pues espera a verlo a plena luz del día.

Jessica bajó de la moto y se frotó los brazos para entrar en calor.

—La pega es que suele haber bastante humedad.

Gabriel sonrió y le rodeó con sus brazos.

—Vamos, quiero enseñarte algo.

Él se dirigió hacia una de las cabañas, la más pequeña de todas. Abrió la

puerta y lo primero que hizo fue buscar el interruptor para iluminar aquellas

cuatro paredes. Jessica entró poco después mirando a su alrededor. La cabaña

no tenía paredes que dividieran las habitaciones. Había una diminuta cocina

con sus dos fogones, una pica y una nevera. A su derecha una cama de

matrimonio y una mesita de noche con su lámpara cuya tulipa de motivos

florales hacia juego con la colcha y las cortinas. A la izquierda un sofá de dos

plazas, una alfombra de piel de vaca y una chimenea de piedra. Y al fondo tras

una cortina, lo que parecía ser un lavabo.

—Ponte cómoda, voy a encender el fuego. En el armario junto a la cama

hay un par de mantas.

Jessica estornudó y Gabriel sonrió.

—Pronto entrarás en calor, esto es muy pequeñito.

—No te

preocupes, estoy bien. Soy una chica dura de ciudad

—se rió divertida abriendo el armario y cogiendo una de las mantas de

lana, luego se descalzó y se acomodó en el sofá mientras observaba a Gabriel

encender el fuego— No sabía que te gustara la naturaleza.

—Me gusta venir aquí cuando la ciudad me colapsa.

—Yo suelo descargar el estrés haciendo largos en la piscina.

Gabriel asintió mientras se arrodillaba frente a la chimenea, arrugaba unas

hojas de periódico y luego les prendía fuego con una cerilla.

—Descubrí este lugar tras fallecer mi padre. Después de regresar de

Barcelona, necesitaba huir, alejarme de todo y de todos y conduje mi moto sin

detenerme, hasta aquí. Me quedé toda la noche junto al lago, dejando mi mente

en blanco.. no quería pensar, no quería sufrir. . necesitaba evadirme y este

lugar me ayudó a conseguirlo.

—Y ahora quieres compartirlo conmigo.

—Sí.

—Pues, me encanta mi tercer regalo.

—Es parte del tercer regalo.

Él se incorporó y caminó hacia la nevera, cogió una botella de cava, la

abrió y rellenó un par de copas de cristal, luego se sentó junto a Jessica quien le

hizo un sitio tapándole las piernas con la manta.

—Por nosotros —le dijo Gabriel— Por ti..

—Por nosotros... por ti.

Chocaron las copas y luego bebieron de ellas. Gabriel se quedó pensativo

unos instantes recordando el encuentro entre Daniela y ella. Jessica había tenido

una reacción demasiado extraña.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —le contestó ella con un tono de voz firme.

—¿Qué es lo que te ha dicho Daniela? Parecía como si hubieras visto a un

fantasma.

Jessica le miró a los ojos sin pestañear, luego se levantó y dejó la copa

sobre la encimera de la cocina. Miró a través de la ventana como la luna se

reflejaba en las aguas grises del lago Oscawana, se abrazó frotándose

nuevamente y se giró para volver a sentarse en el sofá junto a Gabriel.

—Me ha recordado a mi hija

—dijo con un deje de tristeza en sus palabras.

—¿Tu hija?

Gabriel frunció

el ceño confundido.

—Sí, tuve una hija con trece años, ahora tendría veintiuno... En realidad en

tres días cumplirá veintidós años.

—Igual que Daniela...

—Igual que tantas otras chicas...

—Claro.

Jessica inspiró hondo.

—Hubo un momento que sus ojos me recordaron a Adam.

—¿Su padre?

Ella ahora asintió con la cabeza.

—Él fue al único hombre que amé. Me enamoré perdidamente, no existía

nadie más que él. Era siete años mayor que yo. Cuando mis padres se enteraron

de nuestra secreta relación me ingresaron en un internado. Su hija pródiga no

podía salir con un chico de clase media, su hija tenía que casarse con un rico

heredero o un poderoso hombre de negocios. Poco después supe que estaba

embarazada así que traté por todos los medios de ocultárselo a mis padres,

hasta que ineludiblemente se hizo evidente.

Jessica hizo una pausa y cerró los ojos apretándolos con fuerza.

—Tuve a mi bebé en una clínica y en secreto. Mis padres no soportaban la

idea de que sus amistades supieran que su hija

menor de edad había cometido

un grave error.

Volvió a abrir los ojos.

—Como cada mañana, a primera hora se llevaron a mi bebé para asearla,

pero ella nunca más regresó —unas débiles lágrimas se le escaparon sin previo

aviso— Me dijeron que mi bebé había fallecido por muerte súbita.

Gabriel se había quedado completamente mudo, escuchándola sin saber

qué decir. Entonces le cogió de las manos y las comenzó a acariciar entre las

suyas para darle calor.

—Adam no lo soportó, no logró soportar mi

pérdida, ni la de nuestro

bebé. Al cabo de pocos días lo encontraron muerto en su apartamento de

Brooklyn por sobredosis de pastillas.

Jessica rompió a llorar y Gabriel la acunó entre sus brazos para consolarla.

Ahora podía llegar a entender por qué siempre se había mostrado tan reacia al

amor, a ser amada e incluso a amar. Cuando logró aliviar aquel sentimiento que

le oprimía el pecho, ella pudo continuar algo más calmada.

—Un día en casa de mis padres cuando yo tenía veinticinco años, descubrí

casualmente en uno de los cajones de su despacho, unos papeles de adopción,

cuya fecha era el 28 de septiembre, casualmente varios días después de haber

dado a luz.

Gabriel abrió los ojos desconcertado.

271

—Al pie del documento figuraba mi firma. Mi mundo se vino abajo, había

sido traicionada por mis propios padres, lo que me dieron a firmar no fue su

defunción... ¡sino su adopción.. !

Él quiso tranquilizarla pero por más que lo intentaba vio en su rostro la

derrota y la frustración.

—Te ayudaré a buscarla.

—Es inútil —trató de contestarle serenamente, pero su tono era quebrado

y angustioso— He contratado a los mejores detectives. Su rastro se pierde en

Europa. Dejé de buscarla hace cinco años.

—Pues lo retomaremos —le insistió.

Ella negó con la cabeza y colocó la palma de su mano sobre su mejilla.

—Gabriel, hace tiempo que lo asumí, sé que jamás la encontraré —sorbió

por la nariz— Pero sé que está viva, eso es lo único que me mantiene con

esperanzas. La siento en mi interior y sé que es feliz, aunque su lugar no esté

junto a mi lado.

—Jessica... —él le secó las lágrimas con el pulgar —. Admiro tu fortaleza,

tu entereza..

—En cierta forma tú y yo nos parecemos. Ambos perdimos a nuestras

almas gemelas. Tú a Érika y yo a Adam.

—No la perdí. . —le dijo besando sus labios con ternura—ya la recuperé.

Jessica esbozó una amarga sonrisa y luego apoyó la cabeza sobre sus

piernas y mientras él le acariciaba el pelo, ella se quedó dormida sin darse

cuenta.

Los primeros rayos de sol empezaron a filtrarse por las rendijas de la

ventana de aquella cabaña. Gabriel irrumpió abriendo la puerta de par en par.

—¡Jessica...! ¡Ven, no puedes perderte esto...!

Ella que abrió los ojos perezosamente vio la imagen de Gabriel haciendo

señas al exterior.

—Ven a ver el amanecer..

Gabriel corrió hasta ella para cogerla en brazos y llevarla hasta el lago.

—Buenos días, preciosa.

—¡Dios...! necesito un café bien cargado. .

—Eso después...

Una vez frente al lago, la dejó sentada sobre una de las mantas, luego se

sentó tras ella y la abrazó por la espalda.

—El amanecer en este lugar después de ti, es lo más bonito que he visto en

mi vida —dijo mientras se tapaban con la otra manta.

Ambos contemplaron en silencio como el sol ascendía poco a poco por el

horizonte. Solo se escuchaba ulular el viento y el cantar de algunos pájaros en

los árboles cercanos.

—¿Te ha gustado mi tercer regalo?

—Mucho. Eres increíble..

Gabriel le besó en la sien y luego le abrazó con más fuerza antes de

sacar algo de su bolsillo.

—Dame tu mano.

Ella alzó una ceja sorprendida.

—¿Mi mano?

Eso he dicho, tu mano. .

Jessica se la ofreció y él la giró para colocarle un brazalete de oro blanco en

su palma.

—Y con esto se completan mis tres regalos. Espero que sea de tu medida

—dijo sonriente.

—Pero...

Ella lo miró estupefacta. Era un precioso brazalete en oro blanco y

engastado en treinta y cinco pequeños diamantes.

—Gabriel..

no

era necesario. .

—¿No te gusta?.. Ha sido verlo y pensar en ti. .

—¿Qué si me gusta?..

Jessica negó con la cabeza y luego le besó.

—Pero eso no es todo... — dijo Gabriel.

—¿Aún hay más?

—Mira la inscripción.

Con cara de asombro ella empezó a leer de viva voz:

“Quiero ser tu principio y tu fin.

Por siempre, tuyo”

Al acabar de leerlo, las manos empezaron a temblarle y las lágrimas

bañaron sus ojos azul zafiro en cuestión de segundos. Era incapaz de articular

palabra alguna, así que Gabriel cogió el brazalete y abriendo su cierre se lo

colocó quedando ceñido a su muñeca.

Jessica seguía conmovida mirando la joya, demasiadas sensaciones en un

solo día. ¿Quién le iba a decir que aquel chico de cabellos despeinados y aspecto

desaliñado al que conoció aquella mañana en su oficina, iba a desencajar su

perfecto mundo ideal y sin sentido, en el que hasta ese momento vivía

atrapada?

273

274

Capítulo 46

El domingo dio a su fin para dar de nuevo paso al ritmo frenético del

lunes. No eran ni las ocho de la mañana cuando ya había miles de transeúntes

colapsando las aceras de Manhattan y decenas de vehículos invadían el gris

asfalto en todas direcciones. Aquella caótica ciudad sin duda fue creada para

una panda de locos pirados. No existía un solo rincón en donde no se escuchara

algo de música, algún que otro claxon impertinente

o incluso cruzarte con el

típico hombre de negocios hablando a través de su teléfono de última

generación.

Nueva York era así.. Más conocida como “la ciudad que nunca duerme”.

Jessica se recogió su cabello en un moño alto para ducharse como cada

mañana. Al acabar secó e hidrató su cuerpo con su crema corporal favorita,

después se maquilló en tonos tierra y dio brillo a sus labios con Rouge Coco

Shine, solo unas gotas de Chanel fueron suficientes en sus muñecas y tras los

lóbulos para dar ese toque sofisticado que tanto le gustaba. Se vistió con un

elegante traje de chaqueta en azul cobalto. Cepilló su larga melena azabache y

dándose los últimos retoques frente al espejo, se calzó un par de Louis Vuitton a

juego con el color de su ropa.

Como no acostumbraba a desayunar hasta bien pasadas las diez de la

mañana, se despidió de su ama de llaves y de Josh, el jardinero. Seguidamente

se subió a su BMW en dirección a la ciudad.

No había cruzado la verja de su mansión cuando la primera llamada

telefónica le daba los buenos días.

—Jessica Orson.

—Buenos días señorita Orson

—se escuchó al otro lado del hilo telefónico.

—Buenos días Alexia.

—Le recuerdo como cada día su agenda para las próximas horas.

—Adelante.

—A las 10:30 entrevista con los socios de Arnold&Jhonson Pictures. A las

13:00 almuerzo con el Señor Mathew Lowers en el restaurante Alain Ducasse en

Essex House. A las 16:30 reunión en la sala de juntas con el Señor Robert

Andrews. A las 18:00 cita con Margaret Binox en su despacho. Y a las 19:45

visita guiada por el Señor Gabriel Gómez a la Torre Rockefeller Center.

Jessica enarcó una ceja perfecta tras escuchar el nombre de su última cita.

De nuevo Gabriel ya estaba tramando algo, no tenía descanso, era insaciable

aunque deliciosamente encantador.

—Gracias Alexia.

—De nada Señorita Orson. Cualquier cambio comuníquemelo, que tenga

un buen día.

Jessica recordó mentalmente las citas: “10:30 entrevista con los socios de

Arnold&Jhonson Pictures.. He de darme prisa si antes quiero pasar por la

consulta del Doctor Olivier Etmunt”.

No más de veinte minutos le bastaron para llegar hasta Bellevue Hospital

Center. Dejó su BMW en una de las plazas reservadas y caminando a paso

decidido, entró en el ascensor que la subiría a la séptima planta.

Al llegar a la sala de espera, Jessica se sentó en una de las sillas, esperando

su turno algo más impaciente que de costumbre. Cruzó una pierna sobre la otra

y como no se permitía fumar, comenzó a girar el brazalete de oro blanco y

diamantes que Gabriel le había regalado.

Aquellos minutos se hicieron interminables. Y por primera vez en su vida,

sintió como una oleada de inseguridad se

apoderaba de aquella situación.

Aquella noche no había pegado ojo, no sabía por qué pero tenía un mal

presentimiento, que la avisaran de aquella forma y en domingo, no hacía más

que presagiar un mal augurio.

Por suerte para ella, su móvil vibró en aquel preciso instante en el interior

de su bolso. Tras cogerlo miró la pantalla, tenía un mensaje WhatsApp de

Gabriel.

“Ando algo celoso... Alguien me ha dicho que esta noche ha quedado con

un joven apuesto”

Jessica sonrió.

“Pues hace bien en estar celoso, porque es un joven muy, pero que muy

apuesto...”

Gabriel que estaba sentado en su despacho, se echó a reír mientras giraba

la cucharilla removiendo su café.

“¿Y cómo es de apuesto ese joven?”

Jessica no pudo evitar poner los ojos en blanco.

“No creo que usted le conozca” “O tal vez sí”

“Si es así, dígale a ese joven tan sumamente apuesto que no me he

olvidado y que pronto será castigado”

Gabriel entornó los ojos a la vez que se atragantaba con el café. Sonrió de

forma traviesa ya que en cierta forma le intrigaba saber qué había tramado, de

lo único que estaba convencido era que el castigo no le iba a dejar indiferente.

276

La voz de la enfermera sonó a través de la puerta entreabierta de la consulta

del doctor. Jessica al escuchar su

nombre, guardó de nuevo el teléfono en

el interior de su bolso y se encaminó hacia allí. Cuando ella cerró la puerta tras

de sí, el doctor Etmunt le siguió con la mirada hasta que quedó delante de la

mesa.

—Toma asiento Jessica —le dijo el doctor

señalando a la silla.

Jessica colgó su bolso en el reposabrazos y luego se sentó.

—¿Qué es eso tan importante que no puede esperar a la cita que teníamos

prevista para este mismo viernes?

El doctor Etmunt abrió una cajita y sacó sus gafas, las limpió con un trozo

de tela y después de colocárselas, abrió una carpeta para leer por enésima vez el

informe que albergaba en su interior.

—¿Has venido sola?

—Claro —contestó extrañada

— ¿Qué tipo de

pregunta es esa, Olivier?

Él miró a la enfermera y luego le pidió que saliera de la consulta. Una vez

quedaron a solas, retomó de nuevo la conversación que había intentado iniciar

minutos antes.

—Hace muchos años que te conozco Jessica.

La voz de Olivier se volvió mucho más ronca.

—Sí, muchos —dijo arrugando el entrecejo sin comprender—, desde la

universidad.

Él apartó la vista para centrarla de nuevo en el informe. Jessica se fijó

entonces en los gestos de su cara. En todos estos años, jamás le había visto tan

sumamente preocupado. Ella respiró hondo y cargada de valor, prosiguió:

—Olivier.. Ve directo al grano, por favor..

Él trató de guardar la compostura tanto como le fue posible. Inquieto, rozó

su barbilla con los dedos para luego quitarse las gafas y frotarse los ojos con

fuerza.

Ella le miraba en silencio. Observando cómo contraía su rostro y hundía

sus hombros en señal de derrota. Olivier cuando por fin cerró la carpeta, alzó

de nuevo la vista haciendo acopio de la valentía suficiente para pronunciar las

palabras que debía de decir, olvidando que eran amigos y tratando de ser lo

más profesional posible.

Tras unos angustiosos segundos de más silencio, Olivier pudo hablar

por fin.

—Uno de los tres tumores que localizamos en tu pecho derecho necesita

de intervención inmediata. En los últimos días ha crecido varios centímetros.

Algo parecido se temía. Jessica intentó mantener la compostura, tragó con

fuerza saliva y alzó el mentón con determinación.

—Olivier, ya sabes que estoy dispuesta a extirparlo y a recibir cualquier

tratamiento por agresivo que resulte —le

respondió firme y segura aunque sus

piernas no paraban de temblar.

—Lo sé, Jessica.

Olivier la miró intensamente a los ojos. Por lo visto, eso no era todo.

—Entonces ¿cuál es el problema? —preguntó ella con un débil hilo de voz.

—Por desgracia, el problema no es este tumor, ni los otros dos... respondió

él incómodo.

Jessica permaneció inmóvil, ni siquiera pestañeó, solo esperaba el

momento en que le lanzara un nuevo jarro de agua fría sobre su cabeza.

Olivier juntó las manos y las apretó con fuerza

para colocarlas cerca de sus

labios.

—No te imaginas, lo duro que es para mí, tener que decirte esto...

—Olivier.. —le interrumpió sin reparo.

Jessica sintió como un escalofrío recorrió toda su columna vertebral de

arriba abajo. De nuevo ese mal presentimiento invadiendo su mente. Irguió la

espalda y soltó el aire lentamente. Buscó los ojos grises de su amigo y con una

admirable determinación le hizo la pregunta que jamás pensó que le tocaría

pronunciar.

—¿Cuánto me queda de vida?

Olivier suspiró con fuerza a la vez que cerró los ojos.

Para él aquella situación resultaba ser de lo más cruel, era sin duda la

parte menos dulce de su profesión y mucho peor cuando la noticia tenía que

dársela a una persona por la que sentía verdadera admiración y aprecio.

Olivier deslizó la silla hacia atrás para levantarse y poder acercarse a

Jessica. Ella que no dejó en ningún momento de observarle en silencio, vio como

se apoyaba en el borde de la mesa y le cogía una de las manos. Luego la miró a

los ojos con un deje de tristeza en su mirada.

—El tumor del pecho en estos momentos es lo que

menos importa.

—¿Cuánto...? —insistió de nuevo Jessica con lágrimas en los ojos.

Él hizo una breve pausa y volvió a soltar el aire con desgana.

—Tres... quizás cuatro meses susurró lentamente. La analítica y todas las

demás pruebas así lo han determinado.

Olivier guardó silencio para que ella asimilara la noticia.

Jessica notó como se le congeló el aire de sus pulmones, le faltaba el aire,

notó como se ahogaba poco a poco y caía al vacío sin poder evitarlo.

—Tienes leucemia mieloide aguda. Por eso el cansancio, la falta de apetito

y las fiebres intermitentes que has tenido en las últimas semanas.

Todo su cuerpo comenzó a temblar a destiempo. Como ráfagas, las

imágenes de toda su vida pasaron velozmente por su mente, una tras otra.

Imágenes difusas de su niñez, del nacimiento de su bebé, de Adam, de sus

padres, de su época en la universidad, momentos memorables de su exitosa

carrera, la boda y el matrimonio junto a Robert... y, todos y cada uno de los días

que había compartido junto a Gabriel..

Jessica hundió la cara en sus manos para ahogar

sus sollozos y él

aprovechó para abrazarla.

—Desahógate... llora... no voy a dejarte sola.

Y así lo hizo. Lloró entre sus brazos y él trató de consolarla, como pudo,

aunque en el mundo no existiera consuelo para

tal desdicha.

Hacia el mediodía, Gabriel recorrió el pasillo para hacer una breve visita a

su sexy jefa. Golpeó la puerta con el dorso de la mano, pero no hubo respuesta,

así que la abrió y asomó la cabeza para echar un vistazo al interior del

despacho. Por lo visto Jessica no estaba y sin darle mayor importancia bajó a la

calle para comer algo antes de volver de nuevo a la rutina de su trabajo.

279

Capítulo 47

Jessica salió de la consulta algo aturdida y desorientada. Los

acontecimientos habían sucedido tan rápido que aún trataba de asimilarlo sin

perder con ello la cordura.

Al llegar a su BMW X6 se apoyó en la puerta del conductor y Olivier

aprovechó para cogerle de los brazos y frotarlos de arriba abajo para ofrecerle

algo de calor humano.

—Recuerda que mi equipo y yo vamos a hacer

todo lo posible para

encontrar a un donante de médula compatible con tu ADN. Empezaremos

por las personas más allegadas: tu familia, tus conocidos...

—Olivier..

Jessica le interrumpió a la vez que negaba repetidas veces con la cabeza.

—Te lo agradezco. Siempre has sido un gran profesional y un buen amigo,

pero tú y yo sabemos que las probabilidades de encontrar un donante

compatible sería lo más parecido a un milagro y eso sin tener en cuenta el poco

tiempo del que disponemos.

—Comprendo que ahora estés aterrada y no te culpo por ello. Yo de estar

en tu propia piel, lo estaría hizo una breve pausa para luego proseguir—: No

soy religioso, ya me conoces... pero en estos casos, tan solo nos queda tener fe y

esperanza.

Ella asintió y luego se abrazaron durante un rato. Instantes después,

Olivier le dio un beso en la mejilla y se despidió para regresar de nuevo a su

consulta.

Jessica se quedó quieta y pensativa mirando como la silueta del doctor se

alejaba hasta perderse tras doblar la esquina. Poco después, subió a su coche y

conectando el "manos libres" de su Blackberry, se puso sin perder más tiempo

en contacto con su secretaria.

—Despacho de Andrews & Smith Arquitects. Buenos días.

—Alexia, soy Jessica.

—Señorita Orson. Dígame.

—Quiero que anules todas las citas que había previstas para el día de hoy.

—¿Todas?

—preguntó extrañada.

—Eso he dicho.

—¿Las anulo o prefiere que las posponga para otro día?

—Anúlalas.

280

—De acuerdo.

Jessica giró el volante y puso la primera marcha para subir por la rampa

del garaje y salir al exterior.

—Avise al Señor Andrews que en unos veinte minutos le quiero ver en mi

despacho.

—Muy bien. ¿Alguna cosa más?

—De momento

nada más.

Gracias, Alexia.

Finalizada la conversación, Jessica encendió un cigarrillo, pese a que

todavía tenía las manos temblorosas y el pulso acelerado, dio una calada y

cuando quiso dar otra, se lo quedó mirando soltando una breve carcajada.

—Maldita ironía.. y pensar que tanto fumar al final me iba a matar. .

Media hora más tarde, cuando Jessica llegó a su despacho, Robert, que

acudió puntual a la cita, ya estaba esperándola sentado en su sillón de piel

mientras aprovechaba para hablar por teléfono. Al verla entrar, colgó el

auricular y se levantó para recibirla. Ambos se saludaron besándose en las

mejillas.

Robert se la quedó mirando, sus ojos no le engañaban, eran incapaces

de ocultarle absolutamente nada. La conocía lo suficiente como para reconocer

al instante cuando algo le preocupaba.

—Cariño, ¿te encuentras bien?

Ella esbozó una mueca y luego disimuló una sonrisa.

—A ti no

puedo ocultarte nada.

—Sabes que no —él

negó con la cabeza— Estás muy pálida.. y

juraría que has estado llorando. .

Jessica se rió.

«Como siempre tan observador.. », murmuró.

—Siéntate le dijo colocando su palma en el bajo de su espalda para

acompañarla hasta la silla— Trata de relajarte y luego con más calma, me

explicas qué es lo que te ocurre.

Tras ayudarla a quitarse la americana, ella la dejó junto a su bolso en una

percha, mientras tanto iba reflexionando sobre lo que quería pedirle. Estaba

convencida de que él le ayudaría, muy a su pesar. Se lo debía, quizás por los

años que habían compartido juntos, o quizás porque él aún la quería, a su

manera.

Robert la dejó unos segundos a solas para que se serenase mientras

iba a la sala de juntas a prepararle una tila. Ella, por su parte, aprovechó para

enviar un mensaje de WhatsApp a Gabriel:

“Ven esta noche a cenar a mi casa, tengo que comentarte algo importante”

281

La respuesta no se hizo esperar, segundos después Gabriel le respondió:

“Claro, Rockefeller Center puede esperar, lleva en pie desde 1.939, no creo

que se marche en los próximos meses”

Jessica cerró los ojos tras leer su mensaje: “En los

próximos meses.. ”,

repitió mentalmente y se asustó. Los próximos meses, era demasiado tiempo.

Quizás no dispondría de ese valioso tiempo.

Cuando Robert entró de nuevo al despacho, Jessica alzó la vista no sin

antes desconectar su teléfono para no tener interferencias. Él dejó la taza encima

la mesa y desplazó una silla para sentarse junto a ella.

—¿Y bien? —le preguntó sin rodeos.

—Necesito tu ayuda.

—Lo que me pidas.

—Sabía que podía contar contigo —le agradeció.

Jessica bebió un sorbo corto de su tila y luego dejó el recipiente de nuevo

sobre la mesa.

—Tú dirás.

—Necesito desaparecer un tiempo.

Robert frunció el ceño, extrañado.

—¿Por qué?

—Asuntos personales — mintió—solo serán un par o tres de meses..

—¿Y a dónde irás?

—Aún no lo tengo decidido.

Él no quería ser grosero, ni impertinente, sin embargo necesitaba tener

alguna información algo más detallada de los

motivos por los que tenía

decidido desaparecer en los próximos meses.

—¿Tienes

problemas económicos?

—No.

—¿Algún

novio chiflado?

¿Ese tal Gabriel? —instó.

—¡Por Dios! —se rió.

—Entonces, ¿estás embarazada?

Ella abrió los ojos como platos, Robert sabía de buen grado que ella no

podía tener más hijos, tras practicarle una cesárea

de urgencias, sus ovarios

quedaron completamente inactivos.

—Robert... me sorprendes..

—protestó.

—Lo siento —se excusó frotándose la cara, luego cogió la taza de té y se la

volvió a ofrecer— Debes tomártelo mientras aún siga caliente.

Jessica bebió un sorbo más y sujetando con ambas manos la taza,

prosiguió mirándole fijamente.

—Estoy enferma.

Robert no comprendía

sus palabras. ¿Enferma? ¿Por ese motivo tenía

que desaparecer? Él se removió incómodo en la silla algo inquieto.

—¿Cómo de enferma? — insistió quitándole la taza de las manos y

dejándola de nuevo sobre la mesa.

—Muy enferma.

Él acercó más su silla hasta rozar sus rodillas con las de ella. Luego colocó

las manos sobre sus piernas y comenzó a frotarlas con suavidad.

—¿Tendrá cura no? —su voz entrecortada comenzaba a perder intensidad.

Jessica colocó sus manos sobre las de él y luego negó con la cabeza.

—Necesito un donante de médula ósea que sea compatible.

—Pero eso es... —murmuró haciendo una mueca horrorizado.

—Imposible, lo sé.

Los ojos de él prácticamente se le salieron de sus órbitas, brillantes y

temerosos al ver el pánico reflejado en los de ella. Después se levantó de la silla

de un salto e inquieto comenzó a recorrer el despacho de lado a lado. Luego se

acercó al enorme ventanal y miró a través de este la ciudad de Manhattan.

Entornó con ojos llenos de furia y se giró propinando un fuerte puñetazo a uno

de los dos armarios que había junto al cuadro de

“El Beso” de Gustav Klimt.

Él maldijo en voz alta, una y otra vez y no por el dolor causado en los

nudillos tras el fuerte golpe, sino por el sentimiento de impotencia frente a

aquella maldita realidad. Jessica corrió a su lado.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó cogiéndole de la mano para

cerciorarse que no se hubiese fracturado ningún hueso.

Robert estaba fuera de sí, encolerizado. Y temblando, le confesó:

—Jessica, no me hago a la idea de perderte —le dijo levantando su barbilla

con la otra mano para mirarle directamente a los ojos— Me niego a perderte

otra vez...

Él se aclaró la garganta, el nudo que tenía le impedía hablar

correctamente.

—Para mí siempre has seguido siendo mi mujer. . —le susurró

acercándose un poco más.

—Robert, no hagas eso. .

Jessica contuvo el aliento y los labios de él rozaron tímidamente los

suyos, como una dulce y cálida caricia.

—Jamás dejé de quererte — le confesó con nostalgia.

Y entonces la besó, como si tuviese miedo de hacerle daño, inseguro y

muy lentamente. Jessica notó como una fugaz y tímida lágrima se deslizaba por

su mejilla y justo cuando iba a separarse de sus labios, la puerta del despacho se

abrió de par en par. Ambos se giraron de golpe y tras escuchar un fuerte

portazo, Jessica pudo ver a través de la ventana de cristales tintados a una

figura alejarse a grandes zancadas en dirección a recepción.

Dejó a Robert a un lado y se acercó hacia la puerta. Maldijo entre dientes,

temiendo que él hubiese visto como la besaba.

Corrió tras él a lo largo de todo el pasillo.

—¡Gabriel! —exclamó jadeando tras la persecución.

Él se volvió hacia ella.

—No es lo que parece.

—No tienes porqué darme explicaciones, ya me conoces y sabes cómo

pienso —le dijo con una media sonrisa en los labios aunque con un inevitable

deje de decepción en su voz ronca— Eres libre de estar con quien te plazca..

Ese era tu lema, si mal no recuerdo. Gabriel quiso girarse para marcharse

y concluir aquella conversación, pero ella le detuvo cogiéndole con fuerza del

brazo.

—Te equivocas —le aseguró.

Gabriel volvió a sonreír con aire de tristeza en su mirada.

—Tienes razón soy yo el que se

equivoca retomó aire con fuerza.

Porque en esta historia el único estúpido que ha seguido creyendo en el amor

he sido yo. Estaba convencido de que sí me querías. Ahora sé que no es

verdad. Jessica abrió la boca para contestarle, pero no lo hizo.

Gabriel por el contrario, le volvió a mirar unos segundos y luego agachó la

cabeza guardando las manos en los bolsillos y marchándose hacia las escaleras.

Capítulo 48

Gabriel salió del edificio y se dirigió a su apartamento como un tornado.

Estaba tan cabreado, que lo único que necesitaba era estar solo y no pensar en

nada para mantener la mente en blanco. Subió de dos en dos los escalones hasta

llegar a la séptima planta. Abrió la puerta y tras cruzarla, le dio un puntapié

clavándola de un golpe seco en el marco.

Se fue desvistiendo y dejando un sendero de ropa esparcido por el suelo

hasta el cuarto de baño. Encendió la radio y desde la emisora K M K Fone

One Five K r o c k empezó a escucharse la última canción de Miley Cyrus

“Wrecking ball”:

“Agarramos y encadenamos nuestros corazones en vano Saltamos, sin

preguntar por qué Nos besamos y caí en tu hechizo Nuestro amor nadie lo

podía negar No vuelvas a decir que yo simplemente me alejé porque yo

siempre te querré...”

—¡Joder! con la cancioncilla de los cojones. . ¡qué inoportuna...!

“Vine como una bola de demolición nunca me enamoré tan fuerte Todo lo

que quería era romper tus paredes Y todo lo que hiciste tú fue destrozarme

Te puse en lo alto del cielo y ahora, no bajas esto cambió lentamente, me

dejaste quemar y ahora, somos cenizas sobre el suelo. .”

Se metió debajo de la ducha sin esperar a que el agua tomara

temperatura, sintiendo como su piel se estremecía al contacto con el agua

helada, pero estaba tan ofuscado que no le importaba, ni siquiera escuchó

cuando su teléfono empezó a sonar insistentemente.

Al rato después, algo ya más relajado, se secó y se tumbó en la cama,

mirando al techo, con los brazos doblados y las manos cogidas a la nuca.

Cuando quiso cerrar los ojos para dormir, algo le

interrumpió. De nuevo

sonó el teléfono, pero esta vez, sí que lo escuchó. Se levantó de un salto de la

cama y caminó desnudo hacia el salón.

Buscó sus pantalones entre la montaña de ropa tirada. Metió la mano en

uno de sus bolsillos y miró la pantalla. Había tres llamadas perdidas de su

madre. Arrugó el entrecejo verdaderamente extrañado y marcó el número sin

perder más tiempo. Varios tonos después, su madre Ana, contestó.

—Gabriel, cariño.

—Hola, mamá...

¿cómo estás?

—Bien, mi

vida —sonrió brevemente— ¿Y tú cómo estás?

¿Comes bien? ¿Te tratan bien?

285

Gabriel se echó a reír.

—Claro mamá. Como bien y me tratan de maravilla.

Él se quedó unos segundos en silencio.

—Te echo de menos, mamá.

—Y yo, mi cielo.. Estás tan lejos..

Se escuchó suspirar con resignación al otro lado del hilo telefónico.

—Desde la muerte de papá, Iván y Marta no me han dejado sola ni un solo

día.

Gabriel sonrió al oír esas palabras. Para él era muy importante que

alguien se ocupara de su madre en su ausencia y nadie era mejor que su

hermano Iván.

—Por cierto, Marta ha mencionado que te envió una carta importante hace

unos días y que a pesar de ser ella la remitente, no la escribió ella, sino Iván.

Él no respondió recordando lo que había hecho con la carta en cuestión:

romperla y tirarla al fondo del cubo de la basura.

—Dile a Marta que aún no la he recibido —le mintió piadosamente.

—Muy bien, se lo diré.

Gabriel se peinó el pelo mojado con los dedos y se levantó a coger una

cerveza de la nevera.

—¿Cómo va con el embarazo? ¿Sigue con náuseas y pérdidas de sangre?

—le preguntó abriendo la chapa con un abridor.

—Hace ya unos días que dejó de quejarse, al parecer los gemelos

empiezan a portarse mejor.

—¿Gemelos? —preguntó con cara de sorpresa sin poder evitar esbozar

una divertida sonrisa.

—Sí, ¿no te lo dijeron cuando viniste a Barcelona?

—No —respondió bebiendo de la botella— Que se vayan preparando,

dicen que dos bebés no dan el doble de trabajo, sino el triple.

Él se echó a reír con sorna y luego se sentó en el mármol de la encimera.

—¿Cuándo te volveré a ver, cariño?, te echo tanto de menos.

Gabriel inspiró hondo y mientras reflexionaba la respuesta, escuchó unos

pasos al otro lado de la puerta que daban a la calle. Se bajó de un salto y pidió a

su madre que aguardara unos segundos, quería ver más de cerca aquel papel

que alguien le había metido bajo la puerta.

Se puso de cuclillas y recogió ese trozo de papel

arrugado. Frunció el ceño

al darse cuenta de que se trataba de la misma carta que había roto días atrás

y que ahora tenía todos los trozos unidos en cinta adhesiva.

Gabriel regresó a la cocina y cogió de nuevo su móvil.

—Mamá, te llamo luego.

Se despidió de su madre y sin apenas meditarlo, se colocó unos tejanos y

abrió la puerta. Sacó la cabeza, quién quiera que fuese, tal vez era posible

pillarle aún en el pasillo. Tenía mucha curiosidad por saber quién había sido el

mensajero.

Cuál fue su sorpresa que escuchó cerrarse la puerta de su vecinito Scott

en aquel preciso instante.

Sonrió y poco después llamó al timbre. Nadie contestó, así que volvió a

tocar el botón pero nada, silencio absoluto. Entonces se giró para volver a entrar

en su apartamento y justo cuando iba a entrar, la puerta se abrió lentamente y

una cabecita asomó con unos brillantes ojos saltones que le observaban desde el

interior.

Gabriel se rascó la cabeza y luego caminó hacia Scott.

—Buenas tardes, colega —le dijo doblando sus rodillas para estar a su

altura— Gracias por la carta... estás hecho un manitas... te ha quedado como

nueva...

Scott disimuló una sonrisa en forma de mueca.

—¿Te gustó el Batmóvil?

El niño primero miró atrás, después a ambos lados y luego asintió con la

cabeza.

—Otro día te traeré un muñeco de Joker —dijo inclinándose un poco más

para mirar a sus brillantes ojos— A mí los villanos me encantan.

De repente, una voz se escuchó gritar en el interior

del apartamento y

Scott se sobresaltó abriendo mucho los ojos.

—¡¡Scott... cierra la puta puerta, coño!!

Gabriel arrugó la frente, no soportaba el modo como su padre le trataba.

Cerró el puño con fuerza y justo cuando pretendía contestar a aquel cabrón,

Scott se despidió y le cerró la puerta muy despacio.

—Espera, Scott... —se quedó con las palabras en la boca, el niño ya se

había marchado— ¡Joder. .!

Apoyó la oreja en la puerta, necesitaba saber que no recibiría ninguna

reprimenda por haber estado hablando con él o por

el simple hecho de abrir la

puerta. Permaneció allí, quieto, durante varios minutos más hasta que la

humeante nariz de un perro pequeño, olfateó sus pies descalzos con descaro.

—Dana, ven aquí...

Gabriel se giró y vio a su vecina llamando a su perrita.

—Deberías ponerle un collar a este chucho —sonrió— Un día se meará en

mis pantalones.

—Perdona, no sé por qué siempre se escapa para ir a saludarte.

El perro regresó con su dueña y esta se agachó

para cogerlo en brazos.

Comenzó a acariciarle y se acercó un poco más a Gabriel.

—La curiosidad mató al gato le advirtió ella— Yo de ser tú no me

inmiscuiría en la vida de esa familia, es muy conflictiva.

—Estoy al caso.

—No creo que lo suficiente.

—Él es un drogadicto ex- convicto, el abuelo sufre de síndrome de

diógenes y alzheimer y luego está Scott, el pobre niño de 10 años que no tiene la

culpa de haber nacido en esa familia.

La chica asintió, dándole la razón.

—Aun así, no pretendas salvar al mundo. . Batman —le guiñó el ojo y dio

media vuelta para entrar de nuevo en su apartamento contiguo al de

Gabriel.

Él pegó un silbido y entornó los ojos. ¿Eso había sido lo que creía que era?

¿Su vecina estaba tratando de ligar con él? No quiso darle mayor importancia y

también se encerró en su apartamento. Una vez dentro, se dejó caer en el sofá y

desplegó la carta, esta vez no tenía otro remedio más que leerla. Se bebió la

cerveza que quedaba en la botella y comenzó a leer el primer párrafo:

“Antes de romper esta carta, concédeme unos

segundos para saber qué

quiero pedirte.

Ambos hemos tenido nuestras diferencias, somos demasiado orgullosos y

demasiado tercos, pero jamás hemos sido unos hermanos rencorosos.

La repentina muerte de papá me ha hecho reflexionar sobre el camino

equivocado que estaba tomando nuestra relación.

Necesito arreglar las cosas contigo, no puedo dejar pasar ni un solo día

más sintiéndome como un miserable.

Echo de menos tus bromas, tus risas, tu optimismo ante la vida.

Echo de menos los partidos de “básquet”(1) de los

viernes por la tarde.

Echo de menos las cervezas y las charlas de madrugada, sentados en

nuestro porche.

Pero ante todo, lo que echo más de menos, es a mi hermano.

Te echo de menos y te necesito.

Necesito que vengas el día de mi boda.

Necesito que me acompañes para dar ese gran paso.

Necesito que estés a mi lado. Por favor, no habrá más reproches, no

habrá más odio, solo seremos tú y yo. Gabriel e Iván como había sido siempre.

Te ruego que lo pienses.

Por favor, necesito que vuelvas a ser mi hermano, Iván”

288

Al acabar de leer la carta, Gabriel se frotó los ojos con el dorso de la mano

para retirar varias lágrimas. Luego cogió el álbum de fotos que tenía en el

revistero y guardó la carta entre sus páginas.

Hacia las diez de la noche, Jessica se sentó en una de las sillas del salón-

comedor mientras Geraldine salía de la cocina con una bandeja entre las

manos.

—¿Quiere que sirva ya la cena, señora?

—No —dijo rotundamente— Esperaremos un

poco más a Gabriel.

Geraldine no le preguntó nada, pero algo le decía que no iba a presentarse,

así que bajó la vista al suelo y en silencio regresó de nuevo a la cocina.

Jessica por el contrario, permaneció a solas con la mirada perdida,

mirando hacia ninguna parte.

Capítulo 49

Hacia las once de la noche, Jessica se retiró de la mesa sin cenar, se excusó

de Geraldine y se encerró en la sala contigua a la biblioteca. Sentándose en el

taburete tapizado en terciopelo rojo, levantó la

tapa del teclado y empezó a

tocar una de las canciones de Coldplay que le aportaba gratos recuerdos:

“Smallville”.

Jessica cerró los ojos. No necesitaba ver las teclas para sentir la música

bailar entre sus dedos. La solía tocar cada vez que necesitaba relajar su mente.

La música había sido siempre su válvula de escape y la forma de evadirse del

resto del mundo, su mejor aliado y su refugio. Con los años se había convertido

en su pequeña burbuja de cristal.

Al llegar al estribillo notó como alguien se sentó en el taburete. Jessica

abrió los ojos lentamente al sentir aquella presencia junto a su lado y al

reconocer el olor de su peculiar perfume.

Gabriel la miró a los ojos y empezó a cantar. Jessica le sonrió sin dejar de

tocar el piano. Ambos se complementaban. Formaban un delicioso tándem: La

combinación de la grave y sensual voz de él y la perfecta armonía instrumental

de ella.

Cuando los últimos acordes dejaron de sonar, Gabriel rodeó el cuerpo de

ella con sus fuertes brazos atrayéndola hacia él. La fría piel de ella, contrastaba

con la cálida de él.

—Estás helada. Deberías entrar en calor. .

—Creía que no ibas a venir. .—le interrumpió adustamente.

—Si te soy sincero, lo he decidido en el último momento le contestó

abrazándola conmás fuerza.

Jessica cerró la tapa y hundió su mejilla en el hueco de su torso.

—Vamos a la cama, estoy agotada. Hoy ha sido un lunes demasiado largo.

Necesito que acabe cuanto antes.

—Pero necesito saber… — dijo apretando los labios en una fila línea—,

¿qué era aquello tan importante que debías decirme?

Se creó un incómodo silencio durante varios segundos en aquella sala.

Jessica se levantó del taburete y mirándole desde lo alto, le contestó sin rodeos.

—Me marcho a Londres.

—¿Por trabajo? —Ella asintió.

—¿Cuándo?

—A finales de semana.

Gabriel le cogió de las manos.

—Sospecho que no será solamente para unos días.

—Deduces bien.. Estaré de tres a cuatro meses.

Él la miró extrañado.

—Y ¿qué es lo que pretendes decirme con ello? —la interrogó

incorporándose rápidamente—¿Quieres dejar lo nuestro?

Ambos se miraron, sosteniéndose y retándose con la mirada sin pestañear,

hasta que la respiración de ella se aceleró sin darse cuenta, Gabriel por el

contrario tragó saliva costosamente esperando una respuesta, mínimamente

argumentada.

—No es lo que quiero, pero jamás he creído en las relaciones a distancia.

Gabriel pensó. Amaba a Jessica y no estaba dispuesto a renunciar a ella tan

fácilmente, sin antes luchar.

—Unos meses tampoco es tanto tiempo. Se podría considerar una prueba.

Es probable que a tu vuelta, nuestra relación esté mucho más reforzada.

Jessica resopló. Las cosas no estaban saliendo como tenía planeado. No

quería que Gabriel estuviese a su lado en sus últimos días de vida. Quería que

guardara un agradable recuerdo de ella. Y haría cuanto estuviera en su mano

para que eso no sucediera, no lo iba a permitir. Lo había meditado y lo tenía

decidido, ya no habría vuelta atrás.

—Gabriel.. Creo que es mejor separarnos estos meses y luego, ya se verá.

—Robert, ¿tiene algo que ver con tu decisión?

—No.

—Esta tarde no me lo parecía.

—Robert a veces tiende a confundir nuestra amistad con amor, pero ya se

irá haciendo a la idea.

—Mientras tú lo tengas claro. .

—No te quepa duda —añadió sin titubear.

Él vio reflejada la sinceridad en sus ojos azules y la sombra de la duda se

desvaneció al instante. Gabriel volvió a relajar los músculos de su rostro y se

acercó para abrazarla en silencio.

—Te acompaño a la cama. Deberías dormir, tienes un aspecto horrible y

sigues tiritando de frío.

—Quédate conmigo esta noche.

Gabriel la besó en la frente y le respondió afirmativamente. Luego ambos

subieron a la segunda planta y tras desvestirse, se metieron en la cama. Ella se

abrazó a su cuerpo y cerrando los ojos, enseguida quedó dormida.

291

De madrugada, Jessica se despertó angustiada. Su corazón latía con fuerza

y estaba bañada en un sudor frío y pegajoso. Había sufrido una horrible

pesadilla:

“Se encontraba en una iglesia, hacía mucho frío y

la humedad del

ambiente se calaba en los propios huesos. Un sacerdote vestido de rigurosa

sotana de color blanco, impartía una misa en honor a un difunto.

Había coronas y flores por todas partes. El penetrante olor a incienso y a

cera quemada, era hasta incluso incómodo.

Jessica estaba sentada en uno de los bancos de la primera fila, en medio de

Gabriel y de sus padres, John y Amanda. Situado un poco más a su izquierda,

Robert y al otro lado, Daniela. Mirando atrás pudo ver a Frank, Alexia y a Iván

—el hermano de Gabriel.

La mayoría lloraban, otros sin embargo tan solo se dedicaban a mirar al

suelo y otros tantos se cogían de las manos o incluso se abrazaban en absoluto

silencio.

No sabía por qué, pero de repente, una fuerza desconocida la obligó a

levantarse del banco. Atraída por esa misteriosa energía, comenzó a caminar

hacia el ataúd.

A medida que se aproximaba, comenzaba a temblar, estremeciéndose

ajeno a su voluntad.

Ahora tan solo unos pasos le separaban de saber quién era aquella

persona.

La angustia se apoderó por completo de su mente y de su raciocinio. No

podía evitar sentir a partes iguales curiosidad y horror.

Pero ya estaba demasiado cerca... a solo varios centímetros de conocer la

verdad. Entonces, se detuvo. Necesitaba ver una vez más, los rostros

destrozados de sus familiares. Miró de nuevo a Gabriel, quién tenía la

mirada perdida, completamente ida. Su padre, abrazando a su madre quién

sollozaba tratando de buscar algún tipo de consuelo. Robert de riguroso negro,

yacía con la cabeza agachada, con los cabellos

más grises que de costumbre y

una barba descuidada.

Entonces y armándose de valor, logró dar aquel último paso. Inspiró

hondo y luego soltó el aire lentamente. Había llegado el momento, la cubierta

del ataúd estaba a un lado, dejando ver su interior.

Jessica se asomó tan solo un poco más... Solo un poquito más... Abrió la

boca desconcertada.

Un gélido vaho salió de sus entrañas hacia el exterior. Su corazón se saltó

un latido y el aire de sus pulmones se congeló al instante.

Estaba petrificada frente a la persona que estaba

estirada, con los ojos

cerrados y las manos unidas sobre su pecho. Vestía un elegante traje blanco y

azul cobalto. Su preciosa melena azabache cepillada con esmero y un suave

maquillaje cubría sus delicados rasgos y sus preciosos labios.

Jessica se llevó las manos a la boca con desesperación. La persona que

tenía delante, no era otra que.. ella.”

Se despertó de sobresalto respirando con dificultad, bañada en sudor y

con lágrimas en los ojos. Trató de tranquilizarse en la medida que le fuese

posible, pero la imagen de su funeral se repetía en su mente, una y otra vez.

Salió de la cama lentamente para no despertar a Gabriel quién dormía

plácidamente a su lado. Con la escasa luminosidad que desprendía la luna en

cuarto menguante a través del enorme ventanal, caminó desnuda y descalza

hacia el lavabo, para mojarse la cara con el agua de la pica. Permitió que las

gotas resbalaran por su piel, necesitaba sentirse viva, jamás había sentido

aquella amarga sensación similar al caer al vacío sin llegar nunca a ver su

profundidad.

Por primera vez en su vida, sintió pánico. Estaba

totalmente horrorizada y

lo que era peor, creía estar volviéndose completamente loca. La enfermedad se

había convertido en su sombra y en su peor pesadilla.

Tras varios minutos de absoluta soledad, regresó a la cama junto a Gabriel,

quién continuaba durmiendo. Tenía el rostro tan relajado que simulaba el de un

niño.

Jessica se arropó con la sábana y se pegó al cuerpo de Gabriel. Él se

removió un poco y de un acto reflejo, le abrazó.

Ella que aún continuaba temblando, se acercó a su oído y pronunció unas

palabras que surgieron de lo más profundo de su ser:

—Te quiero..

Y cerró los ojos, tratando de que los brazos de él la alejaran de aquella

cruel realidad.

Capítulo 50

La semana pasó como una exhalación, rápida y sin grandes

acontecimientos. Ya era viernes por la mañana y Gabriel como caso excepcional,

se presentó puntual a la oficina.

Tras colgar su chaqueta en el guardarropía, fue a la sala de juntas. Jessica

había reunido a primera hora a todo su equipo para informarles de los últimos

cambios producidos en la compañía.

Al entrar, echó un vistazo a toda la sala. Sentados alrededor de la mesa

estaban Robert, Patrick y Frank. Por lo visto Jessica aún no se había presentado.

Tomó asiento junto a Frank y saludó al resto de asistentes. Patrick hizo un

gesto con la cabeza y Robert ni siquiera se dignó a levantarla. Continuó

mirando a la pantalla de su iPad ignorando intencionadamente a Gabriel.

De repente, se abrió la puerta y todos desviaron sus miradas hacia las dos

personas que entraban en aquel preciso instante.

Era Jessica acompañada de

Alexia, quién sujetaba un bloc de notas entre sus manos.

—Buenos días a todos saludó Jessica con seriedad.

Caminó con paso firme hacia la mesa. Tres pares de ojos seguían sus

movimientos en silencio. Poco después los miró uno a uno y permaneciendo en

pie, comenzó a hablar.

—Primero de todo, agradezco vuestro tiempo y atención. Todos andáis

muy ocupados por lo que no os robaré mucho tiempo.

Hizo una breve pausa y luego prosiguió.

—Os he reunido a todos para hacer oficial una información que lleva toda

la semana rondando por la oficina.

Jessica inspiró hondo y miró a Gabriel unos instantes. Él la observaba

tratando de mantener el temple todo el tiempo que le fuese posible. Durante

toda la semana había intentado convencerla de que no marchara a trabajar a

Londres y en su lugar lo hiciera otro miembro de la compañía. Ella insistió por

activa y por pasiva, de que eso no era viable, ya que los socios ingleses la habían

reclamado a ella y la última decisión por desgracia, no estaba en sus manos.

—Vuelo a Londres este fin de semana y

permaneceré allí los próximos

meses. Por ello, tras deliberarlo con Robert —dijo lanzándole una mirada

cómplice— Hemos decidido que Frank Evans ocupe mi lugar en mi ausencia.

De repente, Jessica sintió como la sala empezaba a girar a su alrededor

como un tiovivo. Cerró los ojos angustiada y se llevó las manos a la frente

tambaleándose de lado a lado. Gabriel y Robert se levantaron como un resorte y

corrieron a su lado, sujetándola cada uno por un brazo.

—Cariño, ¿te encuentras bien? —le preguntó Robert con un deje de

preocupación en sus palabras—. Siéntate y relájate... ¡Alexia.. mueve ese culo

y trae un vaso de agua, a ser posible antes de que llegue el domingo!

Gabriel frunció el ceño y fulminó a Robert con la mirada. Su

comportamiento había estado fuera de lugar además de ser del todo humillante.

—No es necesario que trates así a Alexia.

Robert apretó los labios convirtiéndolos en una fina línea y luego le

escupió a la cara:

—¡La próxima vez que cuestiones una sola de mis órdenes delante del

resto de los empleados.. te irás directo a la puta calle!.. —gritó con los ojos

inyectados en ira— ¡¿te ha quedado claro?!

—Cristalino... —respondió cerrando los puños con fuerza preparado para

partirle la cara.

Jessica abrió los ojos aturdida.

—¡Basta! ¿Se puede saber qué coño estáis haciendo?.. Tengo debilidad

unos segundos y al momento después esto parece una jodida pelea de gallos. .

¡Por el amor de Dios!... tratad de comportaros como adultos... —dijo elevando el

tono de voz.

Alexia se acercó sigilosamente por la espalda a Jessica. El atropello verbal

de Robert le había afectado tanto que al dejar el

vaso sobre la mesa, por

accidente derramó un poco de agua sobre sus papeles.

—Lo siento... —se disculpó retirando las gotas de agua con la mano

tratando de arreglar aquel contratiempo.

—Alexia..

Jessica le cogió de las manos.

—No te preocupes. No son documentos importantes. Siéntate y te ruego

disculpes el comportamiento desafortunado de Robert dijo lanzándole una

mirada desafiante— ¿Y bien?

Hubo un momento de tensión y Robert asintió a regañadientes para luego

mirar a Alexia con desdén.

—Te ruego mil disculpas.

Alexia asintió en silencio y se sentó de nuevo en la silla junto a Jessica.

Robert hizo lo mismo y Gabriel se arrodilló colocando sus manos sobre la falda

de ella.

—Estás muy pálida.

—Gabriel, no ha sido más que una bajada de azúcar, lo tengo todo bajo

control, créeme.

Ambos se sostuvieron la mirada unos segundos más y tras respirar

hondo Gabriel le besó en el pelo y se sentó ocupando de nuevo su puesto.

Cuando el ambiente parecía haberse relajado, Jessica se levantó. Soltó el

aire lentamente y mirando al frente, retomó la palabra.

—Ruego me disculpéis. Me siento un tanto indispuesta —dijo con

franqueza— A partir de este momento Frank Evans tomará mi relevo.

Jessica sonrió mirando a Frank quién le devolvió la sonrisa a la vez que

asentía agradecido.

—Si

nadie tiene nada más que añadir, me retiraré a mi oficina.

Acompañada de Alexia salió de la sala de juntas. Los otros cuatro

restantes salvo Gabriel, permanecieron sentados y charlando alrededor de la

mesa.

Sin pensar, Gabriel salió tras ella, dándole alcance a la mitad del pasillo.

—¡Jessica! Ella se giró.

—Por lo visto, no hay nada que pueda hacerte cambiar de idea.

—No, Gabriel —negó con la cabeza con un deje de tristeza—. Por

desgracia no soy quién toma las decisiones finales.

Gabriel se sintió abatido. Permaneció allí frente a ella, mirando a sus

increíbles ojos azules sin saber qué más decir. Sentía que aún tenían tantas cosas

pendientes por compartir y por descubrir.

Jessica le acarició la mejilla con su mano, tratando de memorizar sus ojos,

su nariz, su boca.. y antes de mostrar fragilidad, retiró la mano y la cerró con

fuerza.

—Debo ir a guardar mis pertenencias —suspiró hondo— te rogaría que

esta noche no vinieras a casa. Necesito estar a solas para...

Gabriel la interrumpió con un beso lento pero con mucho sentimiento. Ella

se rindió y cerró los ojos. Él sintió que su beso tenía sabor de despedida.

Al poco después Gabriel separó sus labios y apoyando su frente en la de

ella, le susurró cerrando los ojos:

—Te quiero Jessica... y ni la distancia, ni el tiempo jamás cambiarán eso...

Eres lo mejor que me ha pasado en mi vida y eres lo más bello que jamás han

visto mis ojos —su voz empezaba a debilitarse poco a poco—. Te necesito a mi

lado para siempre..

—No me hagas esto Gabriel. . te lo ruego. .

Los ojos de Jessica empezaron a llenarse de lágrimas. Pero no iba a

permitir que Gabriel la viese llorar y mucho menos mostrándose tan vulnerable,

así que dio unos pasos hacia atrás y tras girarse sobre sus talones comenzó a

retomar el camino hacia su despacho.

296

Gabriel la siguió con la mirada hasta que la perdió de vista. Luego se frotó

los ojos con las manos y se encerró en su despacho de un portazo.

Jessica tras entrar, cerró con llave y apoyó su espalda en la puerta.

Desolada dejó caer su cuerpo deslizándolo hasta sentarse en el suelo y allí, se

desahogó. Abrazó sus piernas y enterrando la cara entre sus rodillas pudo llorar

en soledad y sin tratar de contener por más tiempo esa angustia que tanto le

oprimía el pecho.

Al atardecer, Gabriel regresó solo a su apartamento. Al entrar en la

portería del edificio se encontró de nuevo con su misteriosa vecina esperando el

ascensor. Era “la misteriosa pelirroja” como él la solía llamar. De hecho ese

apodo era bien merecido, porque era el único vecino del que no sabía

absolutamente nada. Ni su nombre, ni su edad, ni a qué se dedicaba. Ni

siquiera figuraba un nombre en su buzón de correos. Era toda una incógnita, sin

duda.

Él se acercó dando unos pasos. La joven sujetaba tres bolsas en una mano

y otras cuatro en otra. Gabriel se situó tras ella y antes de entablar una

conversación, observó que tenía el pelo recogido en un moño alto, el cual dejaba

al descubierto un diminuto tatuaje en su nuca. Era una especie de inscripción en

símbolos chinos.

Al notar una presencia masculina tras de sí, ella se sobresaltó y pegó un

grito al mismo tiempo que se tapaba la boca con las manos, dejando caer al

suelo las bolsas de la compra. Segundos después, tres kilos de naranjas

empezaron a rodar por todas partes.

Gabriel se preguntó por qué se habría asustado tanto. Era muy extraño.

Ella en cambio, le seguía mirando confundida. Era como si en realidad esperase

que fuese otra persona y no él.

—Perdona, no era mi intención asustarte —le dijo Gabriel pausadamente.

Ella recuperó el aliento y luego se agachó a recoger las naranjas.

—La culpa es mía. No sé por qué he gritado... —trató de excusarse.

Gabriel le ayudó a recoger la fruta, así que pronto volvieron a estar dentro

de la bolsa.

—Espero que toda tu compra fuese irrompible —sonrió divertido.

La joven tras recordar, se golpeó la frente con la palma de su mano.

—¡Los huevos!

Fue abriendo una por una todas las bolsas hasta encontrar la que contenía

los huevos. Todas las cáscaras de la media docena que había comprado estaban

rotas.

—¡Qué desastre...! — Murmuró—, adiós a la tarta...

Ella negó con la cabeza y arrugó la nariz decepcionada.

El ascensor llegó a la planta baja y ambos entraron en su interior. Gabriel

se ofreció a llevarle todas las bolsas, en gesto caballeroso. En cierta forma se

sentía responsable de la rotura de aquellos huevos.

Cuando salieron del ascensor, ella abrió la puerta de su apartamento y

Dana salió a recibirla como de costumbre.

—Pasa, no te quedes ahí plantado... —le sonrió mientras cogía a la perrita

en brazos.

Al entrar al salón echó un rápido vistazo. Aquel apartamento era algo más

grande que el suyo, a diferencia de que apenas había muebles. Pero lo que más

le sorprendió de todo fue la ausencia de fotografías.

—Puedes dejar la compra en la cocina mientras yo voy a dar de comer a

Dana.

—Claro.

Gabriel entró en la cocina y dejó las bolsas sobre el mármol.

Ella apareció al poco después.

—¿Te apetece beber algo?

—¿Tienes cerveza?

—No suelo beber alcohol.

—¿Cerveza sin alcohol? —le dijo bromeando.

Ella se echó a reír y abrió la nevera.

—Tengo agua y zumos.

—Un zumo me parece bien.

—Vale.

Abrió el tetrabrik y vertió el líquido en dos vasos de cristal. Luego le

ofreció uno a Gabriel.

—¿Qué coño es esto?... — preguntó con desazón al ver que era de color

verde.

Ella sonrió.

—Pues es: kiwi, espinaca y lechuga... Sirve para quemar grasas, además de

ayudar a desintoxicar el cuerpo.

Gabriel enarcó una ceja.

—Pruébalo, no está tan malo dijo bebiendo un sorbo—. Al principio sabe a

rayos, pero luego te acostumbras. .

—¿Quieres matarme con esto?

Ella se rió con ganas.

—Te he visto fumar —añadió volviendo a dar un nuevo sorbo—. Yo antes

era una fumadora compulsiva, ahora en cambio lo soy de estos zumos.

Gabriel seguía sin convencerse. Se lo acercó a la nariz para olerlo. Y no olía

a nada. Ella le observaba divertida apoyada en la pared.

—Ya sabes el dicho: lo que no mata, engorda.. —se burló— en este caso,

ni te matará, ni te engordará...

—¿Alguna vez te han dicho que eres muy

cabezota?

—Muchas... —se rió.

De repente, el teléfono sonó y ella dejó de reír al instante. Gabriel

aprovechó que cambiaba de habitación para tirar el zumo por el desagüe. Poco

después, ella regresó.

—Deberías irte.

—Claro. Tendrás cosas que hacer..

Ella asintió. Cruzó el salón a grandes zancadas y le abrió la puerta para

despedirle.

—Gracias por ayudarme con la compra.

—No hay de qué.

—Como siempre Batman al rescate de los más desvalidos..

Gabriel se echó a reír. Luego juntó los dedos y llevó la mano derecha a la

sien en forma de saludo militar.

—Cuando vuelvas a necesitar mi ayuda, tan solo has de caminar varios

pasos y llamar a mi puerta.

—Descuida, lo tendré en cuenta.

Ambos se despidieron y Gabriel tras cruzar el umbral de la puerta de su

apartamento, recordó que continuaba sin conocer el nombre de su misteriosa

vecina pelirroja.

Capítulo 51

Gabriel no pegó ojo en toda la noche, dando vueltas sin parar entre las

sábanas de su cama. La imagen de Jessica alejándose para siempre de su lado, le

torturaba cada vez que trataba de cerrar los ojos para conciliar el sueño,

viéndose inmerso en un constante bucle sin fin.

Entre penumbras se frotó la cara con las manos y miró el reloj despertador.

Eran las cuatro de la madrugada del sábado.

Bajó de la cama y tras ponerse los primeros pantalones que encontró,

salió al balcón a fumar.

La noche estaba estrellada. No se divisaba ni una

sola nube en el cielo,

únicamente la luna en cuarto menguante. Se sentó en una de las sillas de

madera y sacó un cigarrillo de la cajetilla. Tras encenderlo, echó la cabeza hacia

atrás, cerró los ojos y empezó a degustarlo sin prisas.

—Mataría por uno de esos en este momento... —se escuchó murmurar al

otro lado de la pared.

Sorprendido, abrió los ojos.

Se levantó y caminó hacia la voz.

—Pelirroja, ¿qué haces trasnochando a estas horas?

Ella se rió.

—Supongo que en estos momentos no estás en potestad para pedirme

explicaciones, Batman.

—Gabriel.. mi nombre es Gabriel —aclaró.

—Ya lo sé. Pero te pega más Batman..

Él rió a carcajadas. Después alargó su brazo por fuera de la barandilla y le

ofreció la caja.

—Mmm... No deberías tentarme...

—Tranquila, será nuestro secreto —añadió— No sé por qué, pero intuyo

que necesitas uno con urgencia...

Ella resopló y mirando los cigarrillos, cogió uno.

—¡Dios...! qué débil soy. .

Gabriel sonrió y le dio un mechero.

—Tres meses sin oler uno.. no puedo creerlo.

—Tómatelo como un mero desliz..

300

Volvió a resoplar frustrada.

—En tal caso, me lo fumaré tratando de no pensar en que luego me tiraré

varios días con remordimientos de conciencia.

—Eso es... buena chica..

La joven lo encendió y se lo llevó a la boca. Al dar la primera calada, tosió

bruscamente. Gabriel sonrió zarandeando la cabeza.

—Tranquila.. fúmatelo despacio. . el primero

después de un tiempo de

secano, acostumbra a ser repugnante..

—Vaya... podrías haberme avisado antes de morir por asfixia...

—le contestó sentándose en el suelo y llevando las rodillas al pecho.

Luego se tapó con una gruesa manta de lana.

—Es preciosa, ¿verdad?

—¿El qué?

—La ciudad.. los rascacielos. . la gente...

Gabriel entornó los ojos y después se encendió otro cigarrillo.

—¿No eres neoyorquina?

Ella se quedó en silencio. Dudó en contestar. No

solía dar información

personal a nadie, aunque ese alguien se tratara de su guapo y sexy vecino del

apartamento de al lado.

Gabriel al ver que no respondía, formuló la pregunta de otra manera.

—Tu acento es del centro ¿me equivoco?

—Pues no te equivocas... Has dado de lleno en la diana.

—¿De Minnesota?

—Jaque mate —dijo poniendo los ojos en blanco —¿Para todo eres tan

observador o solo con damiselas pelirrojas en apuros?

Él se rió una vez más. Desde luego su vecina no

dejaba de sorprenderle.

Era una chica muy despierta y tenía la lengua un tanto suelta —al igual que

él—. Entonces, Gabriel estornudó.

—Salud.

—Gracias —contestó él frotándose los brazos para entrar en calor— Creo

que será mejor que entre dentro o mañana por la mañana deberás dar parte al

Samur tras encontrarme semi desnudo y congelado por gilipollas. .

—¿Al Samur? —preguntó arrugando la nariz.

Gabriel se dio una colleja imaginaria y después aclaró su comentario.

—El Samur es el servicio de asistencia allí en

Madrid..

—¿Español?

301

—Hasta la médula —le respondió orgulloso—. Aunque mi familia y mi

negocio están en Barcelona.

Cuando Gabriel estornudó de nuevo, ella le sugirió que tenía café recién

hecho.

—Como ambos sufrimos de insomnio.. qué mejor que una trasfusión de

cafeína...

—Me has leído el pensamiento, era justo lo que necesitaba —le respondió

él—. Me pongo una camiseta y voy.

En cuanto apagó la segunda colilla en el cenicero, entró y cerró la puerta

del balcón. Juntó las palmas, exhaló aire caliente sobre ellas y luego las frotó.

Tenía los dedos completamente congelados. Luego corrió a su habitación y tras

coger la primera camiseta de la pila, se vistió y salió al pasillo. Y justo cuando

pretendía golpear la puerta de su vecina, ella la abrió lentamente para hacer el

menor ruido posible y así no despertar a ningún vecino impertinente.

Especialmente al padre de Scott.

—Hola, vecino.

—Hola, pelirroja.

Ambos sonrieron y ella hizo un gesto con la mano invitándole a pasar.

Gabriel le acompañó hasta la cocina.

—¿Te gusta solo o con leche?

—Acaso ¿no lo sabes?

Ella frunció el ceño sin comprender.

—No. ¿Cómo iba a saberlo? Se encogió de hombros.

—Porque al parecer sabes más de mí, que yo de ti —dijo irónicamente.

—Es posible, aunque ya te dije el otro día... que la curiosidad mató al gato.

No quieras saber tanto, ni tan pronto...

Gabriel levantó una ceja y de un salto se sentó en el mármol.

—Solo.

—Yo también lo tomaré solo.

Tras verter el café en dos tazas, se las dio a Gabriel.

—Cógelas por el asa o te quemarás.

—Gracias por la advertencia... —se burló.

Luego abrió una caja de galletitas saladas, cogió una y se la llevó a la boca.

—Mmmm... Están buenas ¿quieres? —le preguntó mientras saltaba

sentándose junto a él.

—Claro. Siempre y cuando me devuelvas mis manos.

—¡Dios...! los cafés... lo siento.. —dijo mirándole a las manos y cogiendo

una de las dos tazas que sujetaba.

Gabriel por primera vez vio como se ruborizaba lentamente. Entonces al

tenerla tan cerca, pudo fijarse mejor en su aspecto. Sus ojos eran azules con

sutiles pinceladas grises y tenía unos labios sonrosados que mordisqueaba en

ocasiones. Se había soltado la coleta de tal forma que se habían formado unas

ondas en su pelo que le daban un aire un cierto aniñado.

Ella al darse cuenta de cómo Gabriel la mirada algo más detenidamente, se

puso tensa.

—¿Qué haces? —le increpó.

Élla miró a los ojos sin comprender.

—Me estás estudiando.

—No. Solo te estaba mirando.

Ella se removió incómoda encima del mármol y luego le respondió.

—Por favor, no hagas eso. No estoy acostumbrada a que nadie se fije tanto

en mí. Haces que me sienta completamente desnuda.

Obviamente Gabriel se sorprendió de la reacción de su vecina.

Simplemente sentía curiosidad, sin ninguna intención oculta por su parte. Ella

era una chica preciosa, por lo tanto era del todo lícito que cualquier hombre se

sintiera atraído por su belleza.

La joven saltó del mármol y lanzó su café a la pica. Luego regresó junto a

Gabriel y le pidió amablemente que se marchara.

Él seguía sin comprender.

¿Qué era lo que había hecho mal?

¿En qué se había equivocado?

—Perdóname. Estoy convencida de que eres un buen chico.

Con la esperanza de borrar de su cara esa mirada apesadumbrada, Gabriel

trató de explicarse.

—No, perdóname tú a mí. Si en algún momento te he hecho sentirte mal,

te aseguro que no ha sido de forma malintencionada.

Ella le abrió la puerta de la calle pero Gabriel aguardó un poco más a la

espera de respuestas. Las cuales no llegaron.

—Buenas noches Gabriel.

Al escuchar cómo le llamaba por su nombre de pila y no por el nombre del

personaje de ficción, asumió que de momento no tenía nada más que hacer. Así

que se despidió y regresó a su apartamento para tratar de dormir lo que

quedaba de noche.

Capítulo 52

Jessica miró la fotografía de su bebé por última vez antes de guardarla

junto a su ropa en el interior de la maleta. Después dejó caer la tapa y cerró

lentamente la cremallera.

Inspiró hondo y luego se sentó en la cama junto a la maleta. Muchos de

sus recuerdos se los llevaría gravados en su memoria, pero gran parte de ellos

se quedarían para siempre entre las paredes de aquella casa. La casa que la

había visto nacer, crecer e incluso soñar.

Dio un último vistazo a la habitación y miró la

hora en su reloj. Eran

las 11:54 de la mañana.

Justo en ese instante, el ama de llaves, solicitó permiso antes de entrar.

—Pasa Geraldine.

—Disculpe Señora, su taxi le espera.

Jessica suspiró y tratando de reflejar un aire de despreocupación en su

rostro, le respondió:

—Gracias, Geraldine.

Enseguida bajo.

Ella asintió. Pero cuando se disponía a salir de la habitación,

Jessica alertó de nuevo su atención.

—Aguarda un momento, por favor.

Geraldine se detuvo y esperó a que Jessica llegase a su lado.

—No quería marcharme sin antes darte las gracias de antemano por

cuidar de la casa en mi ausencia.

—Señora, ya sabe que aunque ese sea mi trabajo, esta casa siempre ha sido

mi hogar y usted. .

En ese momento, la mujer emocionada, dejó de hablar. Sacó un pañuelo de

su bata secándose con este los ojos.

Ella siempre había considerado a Jessica como si fuera su propia hija y el

solo hecho de pensar en no verla en varios meses,

hacía que se le cayera el alma

a los pies. Desde que la sostuvo por primera vez entre sus brazos, al poco de

nacer, supo que la iba a amar de forma incondicional. Y así fue. Le regaló su

vida y su tiempo y estuvo a su lado cuando sus padres la desheredaron y la

echaron de sus tierras.

304

Geraldine no podía dejar de llorar. Por más que trataba de serenarse y

controlar sus emociones, más lágrimas brotaban de sus acongojados y tristes

ojos.

Agachó la cabeza, avergonzada.

Jessica dio un paso y cogiéndole de los brazos, le levantó la barbilla para

mirarle directamente a los ojos.

—Geraldine..

Ella frunció los labios y se sonó la nariz.

—Por supuesto que este es tu hogar, lo ha sido y lo será siempre. Eres

parte de esta casa y sin ti, no sería nada.

Jessica le sonrió con dulzura y frotándole los brazos, prosiguió:

—Geraldine hizo una breve pausa, No sé cómo podré jamás agradecerte

todos los años que has estado a mi lado, cuidándome. Obligándome a seguir

cuando el mundo entero se me vino encima. Tú me

ayudaste. Tú me diste arrojo

y coraje para continuar luchando, cuando mi vida para mí no valía nada...

Los ojos de Jessica empezaron a vidriarse en cuestión de segundos. Sabía

perfectamente que ese no era un hasta luego sino u n a d i ó s para

siempre. Y olvidándose de formalismos, se acercó a Geraldine y la abrazó con

todas sus fuerzas.

Jessica rompió a llorar y ambas permanecieron abrazadas y en silencio un

buen rato. Al poco después, volvieron a retomar su sitio.

Entonces Geraldine se quitó un collar de oro que llevaba puesto y se lo

colgó del cuello de Jessica.

—Era de mi bisabuela. Jessica cogió el colgante entre sus dedos y lo miró

detenidamente. Era una especie de amuleto.

—Ella creía mucho en la magia y en las supersticiones. Hay quien incluso

asegura que era una chamán. Su sangre era mestiza: mitad india, mitad

española —dijo mientras se secaba las últimas lágrimas— Llévelo siempre junto

a su corazón, le dará fuerzas, le dará valor y le ayudará a seguir por el camino

adecuado..

Jessica retuvo el amuleto entre sus manos y abrazó de nuevo a su ama de

llaves.

—No debería preocuparse tanto.. en unos meses, estaré de vuelta.

Geraldine apretó los labios con fuerza limitándose a no decir nada. Pero

sus gestos la delataban, por lo visto se había dado cuenta de que algo no

marchaba bien.

—La vida a veces es injusta, mi Señora.

Jessica apartó la mirada de golpe, sintiendo como un horrible escalofrío

recorría de arriba abajo todo su cuerpo y de nuevo, todo empezó a dar vueltas a

su alrededor. Cerró con fuerza los ojos y

tambaleándose apoyó todo su peso en

el pomo de la puerta.

Geraldine corrió para sujetarla del brazo. Poco podía hacer, ya que la

mujer era menuda comparada con el cuerpo de Jessica.

—¿Se encuentra bien? ¿Necesita algo? —le preguntó mientras le abanicaba

con la mano hasta comprobar que recuperaba de nuevo el tono sonrosado de

sus mejillas.

—No. Estoy bien. Ha sido solo un ligero mareo...

—De todas formas siéntese un momento. Iré a buscar un vaso de agua..

Geraldine sin dejar de sujetarla en ningún

momento, la acompañó a la

butaca y tras permanecer a su lado unos segundos, desapareció para regresar al

poco después con un vaso entre sus manos.

—Tenga.

Se humedeció los labios antes de dar un sorbo largo, luego le devolvió el

vaso y clavó los ojos en sus manos, estas estaban temblando. Cerró los ojos y

armándose de valor, colocó un pie delante del otro intentando levantarse. Las

piernas al principio le flaquearon ligeramente, pero no se rindió y clavando las

uñas en los brazos de la butaca, consiguió por fin, ponerse en pie.

Geraldine no pudo seguir manteniendo la boca cerrada por más tiempo.

Necesitaba conocer la verdad. Y sin pensar en las consecuencias, escupió

todo lo que tenía en su interior.

—Señora —le miró directamente a los ojos sin pestañear y con el estómago

encogido— ¿Está muy enferma?

Tras escuchar aquella pregunta, la desolación se instaló en el rostro de

Jessica. Le devolvió la mirada con determinación y después contestó:

—Sí.

Geraldine se llevó las manos a la cara, ahogando una exclamación, pese a

que su declaración no la pilló por sorpresa. Algo intuía, aunque en el fondo de

su corazón se negara a la evidencia.

—Por favor, no debe saberlo nadie.

La mujer asintió al momento. Si esa era su voluntad, así lo mantendría.

De repente, se oyó el claxon del taxi insistiendo desde el exterior y Jessica

aprovechó para ir a la cama y coger la maleta.

—He de irme.

Sus miradas se cruzaron por última vez y doblando las rodillas para dejar

la maleta en el suelo, Jessica besó suavemente su mejilla, como si de una madre

se tratara, y tras cerrar los ojos, la abrazó.

—Señora... —dijo sorbiendo por la nariz.

—Jessica —le rectificó.

306

—La echaré de menos.

—Yo también.

De nuevo, se volvió a escuchar aquel insistente claxon.

Geraldine suspiró acongojada y Jessica le regaló una bonita sonrisa.

—Adiós, Geraldine.

Jessica dándole la espalda y sin volver la vista atrás, cruzó la puerta para

salir de aquella habitación.

Una tremenda sensación de soledad se clavó en el

bondadoso corazón de

Geraldine. Y sus pequeños ojos grises, se apagaron un poco más.

Al llegar al taxi, el hombre se bajó del vehículo para abrir el maletero.

—¿Ese es todo el equipaje?

—Sí —contestó ella sentándose en el asiento trasero.

El hombre de mediana estatura y de aspecto desaliñado, escupió al suelo

y tras rascarse la espalda como si tuviese parásitos, entró en el coche.

—Menuda choza se rió descaradamente aquí debe de vivir por lo

menos un pez gordo.

Jessica alzó la ceja por su comentario grosero y no tardó en contestarle.

—Guarde sus comentarios clasistas para otro cliente..

Él soltó un silbido.

—Disculpe señora... —se llevó un chicle a la boca—. Tiene usted una casa

muy... bonita..

Jessica negó con la cabeza, lo que le faltaba, un tipo con ganas de charla.

Resopló.

Menudo viajecito le esperaba..

—Al aeropuerto JKF ¿no?

—No. A Baltimore.

—Pero... —dijo tragándose el chicle de golpe— Eso está a más de cuatro

horas de viaje...

—Lo sé.

—Tendrá que darme más dinero por salir del estado.

—No se preocupe por eso.

Él la miró de reojo por el espejo retrovisor y después giró la llave del

contacto.

—Pues a Baltimore, pues..

Se llevó otro chicle a la boca y encendió la radio.

—El viajecito será largo y veo que no tiene

muchas ganas de cháchara, así

que pondré música para alegrar un poco el ambiente caldeado. .

Carraspeó con brusquedad y abriendo un poco la ventanilla, escupió de

nuevo al suelo.

Jessica puso los ojos en blanco y luego tras desconectar su iPhone, los

cerró. Afortunadamente los gustos musicales del taxista no hacían juego con su

apariencia. Para deleite de sus oídos, la canción “The scientist” de la banda

Coldplay, empezó a sonar.

Jessica cayó rendida, entrando en un sueño profundo poco antes de llegar

al estribillo de la canción:

Nobody said it was easy

(nadie dijo que fuera fácil)

It's such a shame for us to part

(Es tan penoso para nosotros separarse)

Nobody said it was easy

(nadie dijo que fuera fácil)

No one ever said it would be this hard

(Nadie nunca dijo que sería así de difícil)

Oh, take me back to the start

(Oh, llévame de nuevo al principio) (. .)

Pronto dejaron atrás los rascacielos y las calles de Manhattan. A poco más

de cuatro horas llegaría a su destino. En aquel lugar, había decidido vivir el

resto de sus días.

Gabriel aparcó su moto y subió las escaleras. Estaba nervioso. Muy

nervioso... hasta incluso le sudaban las manos. Llamó al timbre y mientras

esperaba que Geraldine acudiera a abrir la puerta, abrió de nuevo la minúscula

cajita. Miró de nuevo su interior y volvió a cerrarla justo antes de encontrarse

con los ojos del ama de llaves.

Capítulo 53

Jessica se despertó sobresaltada tras escuchar

chirriar las ruedas traseras

del vehículo. Aquel tipo se había vuelto completamente loco. Seguido de un

rápido giro de muñecas había dado un fuerte volantazo, eso sí, aparcando con

destreza el taxi entre dos coches.

Ella tuvo que sujetarse con firmeza para no salir despedida del asiento.

—¡¿Se ha vuelto chiflado?!

—¡Ja, ja, ja! Esto sí es adrenalina pura para mis venas y no las putas

pastillas antidepresivas del capullo de mi loquero...

El hombre salió del vehículo y cerró la puerta después. Por lo visto, había

estacionado en una de esas áreas de descanso que solían haber en los diferentes

tramos de la autopista.

Jessica dio vueltas a la manivela para abrir la ventana y mirándole, le

preguntó aún algo adormecida:

—¿Se puede saber qué coño está haciendo?

El hombre se giró y señaló a su bragueta con desparpajo.

—Llevo casi tres horas conduciendo, como no me desahogue ya, vamos a

tener un gran problema.

Y dicho esto, le dio la espalda y caminó unos pasos justo antes de bajarse

la cremallera y hacer diana a un matorral que

crecía al margen de la carretera.

Ella que creía haberlo visto todo en la vida, dio un respingo horrorizada y

pegó de nuevo su espalda en el asiento. Apretó los ojos con fuerza a la vez que

masajeaba su sien con movimientos circulares. Quería borrar cuanto antes la

imagen de aquel hombre orinando a solo tres metros de su lado. Era muy

probable que aquella escena le persiguiera en sus pesadillas durante una buena

temporada.

Al removerse en el asiento, su iPhone salió de su bolso y cayó al suelo. Se

inclinó ligeramente para recogerlo y ya con el teléfono entre sus manos, le

invadió una duda. Volverlo a conectar, o no. Y mientras lo meditaba, el taxista

se sentó y cerró la puerta.

—A un kilómetro hay una gasolinera, pararé para repostar. Si quiere

puede aprovechar para hacer “sus cosillas”... —se mofó—. Aunque yo no se lo

recomiendo.. para que se haga una ligera idea, hay tanta mierda que cuesta

distinguir el color de las baldosas...

Jessica se llevó la mano a la boca y comenzó a sentir arcadas. Los

comentarios de aquel tipo cuanto menos eran delicados.

—Por eso yo prefiero mear al aire libre y así de paso, me la aireo.

Se rió con ganas y giró la llave del contacto.

—Esto es del todo surrealista murmuró sin dar crédito a sus palabras.

Prefirió morderse la lengua y guardarse la opinión para no ofenderle. No

tenía ganas, ni estaba con el humor suficiente para enfrentarse a una batalla

lingüística sobre buenos modales y educación y, menos con un tipo al que no

iba a volver a ver en toda su vida.

Minutos más tarde, paró el vehículo junto a uno de los surtidores de

gasolina y Jessica aprovechó para estirar las piernas y de paso fumarse un

cigarrillo. Al acabar, tiró la colilla a una papelera y entró en la tienda de

comestibles para comprar una botella de agua mineral para poder tomarse la

medicación de las tres de la tarde.

Daniela estaba inquieta. Inquieta, pero a la vez muy ilusionada, a pesar de

que los días de la última semana habían transcurrido muy lentamente, sin él.

Cada vez odiaba más las despedidas y anhelaba más los reencuentros.

Miró por enésima vez la hora en su reloj de pulsera. Afortunadamente en

esta ocasión, el avión no llegaría con retraso, pese a que habían anunciado

tormentas.

Daniela seguía con la mirada fija en la puerta de desembarque. Estaba tan

concentrada en aquella labor que no escuchó como unos pasos se acercaban por

la espalda. Poco después unas manos grandes y suaves le taparon los ojos.

—No te imaginas cuanto te he echado de menos... —alguien susurró

acercándose al oído.

Al principio Daniela no reaccionó, pero enseguida el olor de su

inconfundible perfume le hizo sonreír.

—Yo también te echado de menos. .

Daniela puso sus manos sobre las suyas y luego las apartó. Eric rodeó

rápidamente el banco para no demorar más la espera. Seis días sin ella, eran

penitencia más que suficiente.

Al quedar uno frente al otro los ojos de ella se iluminaron al instante. Eric

le sonrió y tras acariciarle la mejilla con suavidad, le cogió la cara entre sus

manos para besarla muy lentamente. Saboreando de esta forma sus labios con

ternura, para poco a poco subir de intensidad. Sus encuentros solían ser así,

mezcla de anhelo y de pasión.

—Estoy moviendo hilos para que me destinen de una vez por todas a

Manhattan...

—Eso sería genial.

—Pasar tantos días alejado de ti, me está matando —afirmó cogiendo una

de sus manos y besando los nudillos uno a uno.

—Yo me siento igual.. pero de momento, hemos de conformarnos así.

Él asintió resignado.

—Tengo algo para ti.. para los dos. . —dijo con una sonrisa sugerente.

—Me estás malcriando.

—De eso nada. Me encanta mimarte —le susurró al oído—, pero ya te he

dicho que es para los dos. .

Eric le enseñó una cajita perfectamente envuelta en papel de celofán.

—Te lo daré más tarde... será parte del postre...

Daniela alzó las cejas intrigada y él le rodeó la cintura con el brazo.

—Vamos a mi apartamento, tengo ganas de darme un baño contigo —

susurró con una mirada aún más profunda.

Ella se estremeció y su vello se erizó al momento. Aún le costaba

acostumbrarse al hecho de que Eric fuese tan ardiente y sexual.

Ella conocía su pasado, él se lo había explicado con todo lujo de detalles

sin sentirse por ello avergonzado. Formaba parte de eso, de su pasado. Ahora

estaban juntos creando un presente. Eso era lo único que a ella le importaba, lo

demás le era del todo indiferente.

Más tarde, Gabriel regresó a su apartamento después de recorrerse de

arriba abajo el aeropuerto JFK en busca de Jessica. Desafortunadamente no la

encontró. Se había marchado sin siquiera despedirse.

Abrió la puerta y entró tras dar un fuerte portazo. Se quitó la chaqueta

lanzándola con rabia al sofá. Después se descalzó y cuando pretendía quitarse

la camisa para meterse en la ducha, notó la pequeña cajita dentro del bolsillo

derecho. La sacó y la abrió. Miró el anillo de oro

blanco y diamantes, cuya pieza

completaba junto al brazalete, el regalo de su cumpleaños. Solo que aquel día

no había reunido el coraje necesario para pedirle matrimonio. Y ahora ya era

tarde.. Ella se había ido.

Gabriel se replanteaba muchas cosas. Entre ellas que Jessica jamás le había

llegado a amar lo suficiente como para dejarlo todo por él. Y desgraciadamente

lo único que había conseguido hasta ese momento, había sido engañarse a sí

mismo. Se sentía patético.

Cerró de nuevo la cajita y la enterró en un rincón perdido en el interior de

su armario. Luego se fue al salón y abrió la puerta del mini- bar. Desenroscó el

tapón de una botella de whisky por empezar y sentándose en el suelo,

apoyando la espalda en la pared, la levantó para beber a morro.

—A mi salud. . a tu salud, Jessica..

Capítulo 54

Gabriel dejó caer la botella medio vacía al suelo. El whisky comenzó a

mojar el parqué y parte de sus tejanos. Estaba tan borracho que no fue

consciente de ello.

Se frotó los ojos con los puños con fuerza, a duras

penas veía con claridad.

Trató de levantarse cogiéndose al filo del mueble del televisor, con tal

infortunio que resbaló cayendo al suelo y de paso arrastró con él una fotografía

cuyo cristal se hizo añicos.

—Estúpido... mira lo que has hecho... acabas de romper la fotografía de tu

hermanito... Iván

Se rió a carcajadas, sin saber muy bien por qué. Luego sin darse cuenta, al

tratar de levantarse de nuevo, apoyó la mano sobre los cristales rotos,

clavándose unos cuantos en la palma.

Gabriel ahogó un quejido de dolor. Se miró la

mano y trató de arrancarse

algunos cristales, los que estaban clavados más superficialmente. Pronto su

mano se tiñó de sangre la cual empezó a resbalarse por el brazo, goteando y

manchando el suelo.

Se quitó la camisa haciendo saltar todos los botones. Después la enrolló

alrededor de su mano y con la otra libre, hizo un nudo. Cogió los extremos con

los dientes y los estiró para asegurarse de que estos no se iban a aflojar.

Cuando Gabriel logró ponerse en pie, esta vez sin otro contratiempo,

cruzó el pequeño salón a duras penas, tambaleándose y apoyándose en los

muebles y en las paredes que encontraba a su paso, hasta llegar a la puerta de

cristal de acceso al balcón. A continuación, la deslizó y salió al exterior.

Un viento frío azotó su cara y su torso desnudo. Se acercó a la silla de

madera y se dejó caer sin miramientos. Todo a su alrededor le daba vueltas, al

igual que todo en ese momento, le importaba un bledo.

Entonces y sin pensar, empezó a decir incongruencias, una tras otra.

Liberando cada uno de los pensamientos que lo martirizaban.

—Érika, Marta.. Jessica..

¡Qué os follen a todas.. ! por mentirme, por

engañarme, por ultrajarme y

después abandonarme a mi suerte...

Gabriel al parecer no estaba solo. La vecina de al lado sin pretenderlo,

estaba escuchándolo todo desde el balcón contiguo.

Ella se acercó a la pared que separaba ambos balcones y acercándose,

agudizó aún más el oído. No estaba del todo segura de que se tratara de su

vecino. A duras penas lograba descifrar aquellas palabras.

—¿Gabriel?..

No recibió ninguna respuesta. Por lo visto quien

quiera que fuera, había

dejado de hablar.

—Dime si eres tú.. —dijo con un deje de preocupación en su tono de

voz—. ¿Te encuentras bien?

De nuevo se creó un desagradable silencio al otro lado de la pared.

—Voy a ir a tu casa.. así que cuando llame, ábreme la puerta..

La joven corrió y en cuestión de segundos se plantó en su apartamento.

Aporreó la puerta con ímpetu y esperó unos segundos antes de golpear de

nuevo.

Gabriel alzó la cabeza al escuchar aquel

desagradable ruido que provenía

del rellano de la escalera.

Frunció el ceño pensativo.

«¿Quién coño será?»

«Como sea la jefa, la pienso mandar de vuelta a Londres»

Caminó descalzo arrastrando los pies hasta la puerta. Al abrirla se llevó

una sorpresa que no esperaba en absoluto. Era su vecina.

Ella se quedó paralizada al ver el estado en el que se encontraba Gabriel.

Ebrio. Apestando a alcohol y con los tejanos empapados en whisky.

Odiaba a los borrachos.

Odiaba todo lo relacionado con la bebida y sus efectos secundarios.

—¿Qué te ha pasado? — preguntó boquiabierta.

Ella le miró de arriba abajo en silencio y al llegar a la altura de su mano,

vio que estaba envuelta en una camisa manchada.

—¿Eso es sangre?

Gabriel se miró la mano y luego se echó a reír.

—¿Esto?... No es más que un accidente doméstico... No te preocupes

pelirroja..

La joven empujó la puerta para poder entrar, después la cerró y le cogió la

mano sin reparo.

—Vecinita... no metas tus narices donde no te llaman...

—Sé que estás borracho y como tal, voy a ignorar las estupideces que estás

diciendo.. — dijo desenrollando la camisa.

313

—Seguro que eres como las demás... una zorra con cara de ángel. . y harás

lo mismo, en cuanto me tengas completamente enamorado... ¡ZAS! —Ella pegó

un brinco sin darse cuenta—, te reirás en mi cara y te largarás para siempre de

mi jodida vida..

Ella puso los ojos en blanco y luego le respondió.

—Para empezar no soy ni mucho menos como las

demás.

Gabriel intentaba escucharla pero la mitad de las palabras se perdían

por el camino antes de llegar a su oído.

—Además te aseguro que en este momento no estoy por la labor de

enamorar a nadie...

Ella arrugó la frente al comprobar que se había vendado la mano sobre

varios cristales que seguían clavados en su piel.

—¿Dónde tienes el botiquín?

—¿Para qué?

—Para curarte... ¿para qué sino?

Gabriel se echó a reír y con falta de destreza

colocó su brazo sobre los

hombros de ella.

—¿Ahora quieres jugar a médicos? —le susurró acercándose a su oído

mientras ella notaba el fuerte hedor de su aliento chocando contra su cara.

—Gabriel.. quítame los brazos de encima... —le advirtió sin perder el

temple—, de no ser tú, te aseguro que te hubieras llevado una merecida patada

en los huevos..

Ella formuló de nuevo la pregunta.

—¿Dónde tienes el botiquín?, hay que curar esto enseguida, sino

provocará una infección.

—En el cuarto de baño — hizo un gesto con la cabeza señalando al

pasillo.

—Pues en ese caso, quédate aquí quietecito mientras yo voy a buscar algo

para curarte las heridas.

Gabriel se apoyó en la pared y no tardó ni dos segundos en deslizarse por

la superficie hasta caer de culo contra el suelo y mientras esperaba, notó como

los párpados le pesaban y se le cerraban los ojos.

Ella regresó al momento con gasas, vendas, yodo, tijeras y unas pinzas. Se

arrodilló junto a él y reservó las cosas a un lado.

Gabriel abrió los ojos enfocando de nuevo la

retina al rostro borroso de

su vecina.

—Puede que te duela un poco... —le dijo mientras extraía

concienzudamente con las pinzas cada trocito de cristal de su mano.

Gabriel de vez en cuando hacía alguna mueca de dolor. Por suerte, el

alcohol había adormecido todos sus sentidos.

Al cabo de unos segundos, ya estaban curadas las heridas y vendada la

mano. Gabriel se dedicó a admirar su trabajo y después la felicitó.

—De ahora en adelante te llamaré: "la misteriosa

enfermera pelirroja"

Ella disimuló una sonrisa al tiempo que no podía evitar poner los ojos en

blanco. Las estupideces crecían por momentos. Entonces y sin darse cuenta tuvo

un arranque de sinceridad. Aunque tampoco importaba demasiado, ya que

probablemente Gabriel no recordaría aquella conversación a la mañana

siguiente.

—Hace mucho tiempo que ya no realizo ese tipo de trabajo. Vendar a los

pacientes forma parte del personal de enfermería.

—¿Pacientes...? —repitió. Ella asintió y luego recogió el material del suelo.

—Soy médico —le confesó ofreciéndole la mano —. Vamos, necesitas

dormir para pasar la borrachera.

Gabriel se incorporó con la ayuda de la joven.

—¿Médico?

—¡Dios!... ¿piensas repetir cada palabra que diga?

—Ja,ja,ja... es para cambiar tu mote... ya que no sé cuál es tu nombre...

«Ni lo sabrás», pensó.

Gabriel volvió a pasar su brazo por encima de sus hombros.

—Venga campeón. A la cama dijo rodeándole la cintura con un brazo.

—¿Vamos a la cama sin saber siquiera tu nombre? —se mofó—. Chica

mala, eres misteriosa y muy, muy morbosa..

—Qué más quisieras tú... — dijo arrastrándole hasta la habitación— Y

basta ya de decir tantas sandeces sin sentido..

Al llegar allí, ella buscó el interruptor palpando la pared a tientas con la

mano. Gabriel aprovechó de su despiste para bajar la mano hasta su trasero y

pellizcar con firmeza una de sus nalgas.

—¡Au! —gritó molesta—. Da gracias a que me considero una buena

samaritana y soy incapaz de abandonar a nadie a su suerte.

Guió a Gabriel hacia el pie de la cama.

—Pero te lo advierto — replicó ella, muy

enfadada—, la próxima vez que

trates de meterme mano, te juro que te llevo a la ducha y te meto bajo el agua

congelada, hasta que se te quiten esas ideas de la cabeza.

Por unos instantes estuvo tentada a irse y dejarle allí solo, pero sabía que

los remordimientos de conciencia la perseguirían y no le dejarían tranquila. Era

incapaz de quitarse de su mente la imagen de Gabriel ahogándose en sus

propios vómitos. Sacudió la cabeza para borrar esas ideas y luego resopló

resignada.

—¿Entendido Batman?

Gabriel se rió a carcajadas y después le enseñó las palmas de las manos.

—Vale, lo pillo.. las mantendré vigiladas en todo momento... —se volvió a

reír pero al darse cuenta de que ella le miraba con escepticismo, se detuvo en

seco.

—Ahora —le dijo muy seriamente—, cierra los ojos y trata de dormir, es

una orden.

Y tras pronunciar aquellas palabras se dio media vuelta. Apagó la luz

dejando la puerta de la habitación ajustada, por si reclamaba su ayuda.

Después fue al salón y al ver el estado en el que se encontraba, negó con la

cabeza y empezó a limpiar aquel desastre.

Al llegar al loft, Eric abrió la puerta y antes de que Daniela pudiera entrar,

la cogió en brazos y la llevó hasta el cuarto de baño.

Luego la dejó con cuidado en el suelo y la miró intensamente a los ojos.

—Mi último pensamiento cada noche al acostarme eras tú y el primero

cada mañana al despertar.. Eric empezó a recorrer el delicado

rostro de

Daniela. Las cejas, la nariz, los pómulos, como si pretendiera con ello

memorizar cada uno de sus rasgos y luego se detuvo en sus labios.

—... contaba las horas que quedaban para volver a besarte.

Justo cuando empezó a deslizar el pulgar por el labio inferior, Daniela se

estremeció y soltó una risa. El tacto de su dedo sobre la fina piel, le hizo

cosquillas. Luego alzó la vista y le miró sin pestañear.

—Bésame, Eric.

Tentado, sonrió y acercó sus labios rozando delicadamente los suyos.

Daniela alzó los brazos para colgarse de su cuello y abrió la boca invitándole a

entrar. Eric hundió la lengua en su interior

buscando desesperadamente la de

ella. Sus dedos se deslizaron hacia las curvas de su cintura apretándose más a

su cuerpo, clavando de esta forma la evidente erección en su vientre.

—Déjame preparar el baño

—dijo interrumpiendo el beso— Si continuo besándote, no creo ser capaz

de responder a mis actos.

—Pues no lo hagas... —le sonrió melosa.

Eric negó con la cabeza y luego le devolvió la sonrisa. Se agachó para abrir

el grifo y dejar así correr el agua en el interior de la bañera. Luego se colocó

frente a ella y empezó a desvestirla lentamente.

—¿Por dónde íbamos?

316

—Por aquí —le respondió Daniela besándole con ansia.

Mientras el agua caliente llenaba la bañera y el vaho empañaba el espejo y

las baldosas, se quedaron desnudos uno frente del otro. Eric siempre repetía la

misma operación, daba unos pasos atrás y admiraba su belleza.

—Jamás me cansaré de ti.

—Nunca

digas jamás —le riñó.

—¿Por qué no?

—Porque no puedes asegurarlo.

—Sí, puedo: Jamás me cansaré de ti —repitió con énfasis cada una de las

palabras.

Daniela inspiró hondo y para no contradecirle, se giró, cerró el grifo y

entró en la bañera. Luego tendió su mano y le invitó a que le acompañara.

—No puedes asegurarlo, pero sí demostrármelo.

Eric cogió su mano antes de sumarse al baño. Cuando su cuerpo estuvo

sumergido en el agua, separó las piernas para hacerle un sitio a Daniela. Ella

apoyó su espalda en su torso y cerró los ojos cuando las manos de él empezaron

a acariciar su cuerpo.

317

Capítulo 55

La lluvia empezó a chocar con fuerza contra los cristales del vehículo. La

tarde se había oscurecido en cuestión de segundos. Hacía varios minutos que

habían entrado en el condado de Baltimore, pero aquel aún no era el destino

final, sino las afueras de Ellicott City en el Centennial Park.

El taxista activó los limpiaparabrisas a la máxima velocidad y encendió los

faros, al llegar a un sendero de escasa visibilidad. Hacía rato que había ejado

atrás el asfalto de la carretera y los bloques de pisos. La frondosa vegetación y

los altos árboles a ambos lados del camino destacaban la belleza del lugar.

Traspasaron un puente de madera suspendido, el cual se balanceó ligeramente.

Jessica lo recordaba todo perfectamente: el puente, el río, los paseos en caballo..

Todo continuaba igual que hacía diez años. Nada había cambiado.

¿Nada? Cerró los ojos recordando los motivos por los cuales se marchó,

por los cuales huyó de aquella casa.

Inspiró profundamente. Ahora había vuelto. Necesitaba arreglar las cosas.

Desafortunadamente, no disponía de mucho

tiempo. Era ahora o nunca.

Un pitido molesto se escuchó a través de la radio. Por lo visto, la señal no

llegaba con nitidez en aquellos parajes. El taxista impaciente dio un manotazo al

aparato.

—¡Jodida radio!, cuando llegue Nueva York, por mi santa madre que te

jubilo..

Giró la ruedecilla tratando de sintonizar alguna emisora, pero no tuvo

suerte. Así que abrió la guantera y empezó a buscar algo en el interior. Jessica

miraba de reojo, el hombre no hacía más que sacar papeles y más papeles,

algunos hechos bola y otros arrugados de cualquier manera y entre tanto

desorden, encontró un casete.

Él rió con desparpajo y luego besó varias veces la superficie.

—Torito guapo... ¡olé y olé!, pero qué arte tenía mi Fary.. un monstruo,

era un monstruo.

Se giró pletórico en el asiento y con una sonrisa de oreja a oreja, le mostró

el feliz hallazgo.

—Señorita... ¿Le importaría si pongo un cintita de mi ídolo?.. Es el mejor

cantante que ha existido en todos los tiempos... Es como mi Atletic —se dio

unos golpecitos en el pecho con orgullo—. Ambos los tengo gravados con

sangre en mi corazón..

Ella asintió encogiéndose de hombros. No le sonaba aquel nombre.

—Gracias, hermosa...

El hombre introdujo el casete en la ranura y la música empezó a sonar.

Jessica abrió los ojos como platos. Acaso, ¿era una broma?

¿Una tomadura de pelo?

—Disculpa...

Él estaba tan concentrado en cantar y en seguir al pie de la letra la canción,

que ni siquiera la escuchó.

—¡Ay! vaya torito.. ¡ay! torito guapo, tiene botines y no va descalzo. .

Jessica insistió.

—¡Taxista! —exclamó dándole unas palmaditas en el hombro.

Él dio un respingo y del susto, pegó un volantazo, deteniendo el vehículo

en seco, atravesándolo en medio de aquel sendero. Jessica por suerte se había

agarrado al asiento evitando golpearse la cabeza.

—¡Por mi santa madre! —Se llevó la mano al pecho—. Señorita, ¿pretende

mandarme al otro barrio de un infarto?.. Que ya no tengo edad para esas

cosillas. .

—Lo siento...

—No pasa nada, guapita de cara.. —añadió recuperando el aliento.

Jessica puso los ojos en blanco. Todo era de lo más surrealista:

Anocheciendo, en un camino solitario y oscuro, donde Jesucristo perdió la

sandalia y con un tarado como acompañante mientras escuchaban la música

folclórica de un tal Fary.

—¿Podría quitar esa música?

Tengo un dolor de cabeza que me está matando... Preferiría, si no le

importa algo de silencio. .

El hombre amablemente enseguida apagó la radio y de nuevo retomó el

camino.

—¿Se encuentra mejor? — miró a través del espejo retrovisor.

—Sí, gracias.

Jessica se frotó la frente y masajeó la sien. Por suerte la lluvia les había

dado una tregua y apenas caían gotas. Y al final del camino pudo ver la verja de

madera que rodeaba la finca.

El corazón le dio un vuelco y le empezó a latir velozmente. Diez años, era

mucho tiempo. Sin saber de ellos, sin hablar con ellos. Jessica sacó el colgante

que le había regalado Geraldine y tras mirarlo, lo apretó con fuerza. Mucha era

la suerte que iba a necesitar. Pero ya no podía dar media vuelta. Necesitaba

enfrentarse a su pasado. Lo necesitaba para seguir adelante. Para marcharse en

paz consigo misma.

319

Pronto llegaron a un pequeño claro y en el centro una bonita casa rodeada

de bosque.

—Es aquí —señaló con decisión.

Condujo hasta una especie de porche y poco después aparcó el coche. El

hombre salió para abrir el maletero mientras

Jessica permanecía sentada

mirando al frente, a la casa.

Segundos más tarde, golpeó con los nudillos el cristal y Jessica ladeó la

cabeza hacia esa dirección.

—Señorita... tengo su maleta... —le dijo enseñándosela— Fuera hace un

frío de mil demonios. Si sigo aquí, se me van a congelar las pelotas...

Jessica se dio cuenta de que tiritaba y salió enseguida.

—Gracias —cogió su maleta.

—Sea lo que sea, seguro que lo arreglan —le guiñó un ojo y le sonrió de

forma cómplice— Tenga...

Le entregó el casete. Ella se lo miró con desgana.

—Seguro que piensa que soy un cateto que no me entero de nada. Pero...

cuatro horas me han bastado para darme cuenta que aunque tenga una

envoltura espectacular, una cara que muchas matarían, no es feliz... y no es por

un hombre que le haya tocado los cojones. . no, es por algo más profundo..

Jessica no cabía en ella del asombro. Tras aquella apariencia desaliñada,

aquella camisa amarilla desabrochada enseñando el pecho y la manta de vello

rizado, la notable alopecia y una obesidad considerable, se escondía una

persona muy humana.

—Hable con ellos, le escucharan... y usted volverá a sonreír.. unos padres

es lo más sagrado de este mundo. Consérvelos...

Ella se quedó boquiabierta. Muy a su pesar, le había prejuzgado por su

apariencia y su comportamiento.

—Por cierto, me llamo José Luis. .

Jessica sacó el billetero y le pagó en efectivo.

—Buenas noches y... gracias. . por todo. .

—Un placer señorita..

Hizo el típico saludo militar, se estiró de las solapas de la camisa y

entrando en el coche, se marchó desapareciendo en la oscuridad.

Jessica se quedó unos segundos más anclada en el sitio mirando a la casa

que le separaba de sus padres, hasta que un farolillo colgado en la pared se

encendió instantes antes de que alguien abriera la puerta.

Los ojos de Jessica se iluminaron al volver a ver a aquella mujer de

cabellos blancos y el rostro castigado por las innumerables arrugas y por el paso

del tiempo.

La mujer se llevó las manos a la boca, incrédula.

—¿Jessica? ¿Eres tú?

Ella tardó en contestar. No podía dejar de mirarla.

Había envejecido no

diez años, sino veinte. Estaba descuidada, abandonada. Ya no era la mujer

glamurosa que había sido en antaño. Sus ojos ya no reflejaban poder, dinero ni

soberbia. Ante Jessica se mostraba una persona apática, frágil e insegura.

—Soy yo.

Jessica dio unos pasos hasta quedar justo enfrente.

—He vuelto.

Se sostuvieron las miradas unos instantes y luego Jessica dejó la maleta y

el casete en el suelo y la abrazó con ternura. Su madre aún sin dar crédito,

empezó a llorar sin poder evitarlo.

—Mi niña... —susurró, meciéndola entre sus brazos.

Pronto alguien se acercaría. La madera empezó a crujir bajo sus pies.

Luego se detuvo a cinco metros de distancia, lo

suficiente para saber quién se

había presentado aquel sábado, en su propiedad y sin previo aviso.

—Ya puedes largarte por dónde has venido, en esta casa no eres bien

recibida... —la voz grave y áspera de su padre le pegó una bofetada desde la

distancia.

Jessica y su madre se separaron, encontrándose con la mirada hostil de él.

—Hola padre —le dijo con el semblante serio.

Él cruzó los brazos enfurecido y tras apretar la mandíbula hasta

hacer chirriar los dientes, dio media vuelta y se marchó por donde había

venido.

Jessica bajó la vista al suelo. No disponía de mucho tiempo si quería

arreglar las diferencias con su padre.

—Cariño, entra en casa.. debes estar hambrienta... además de congelada...

Su madre la miró de arriba abajo. Jessica cuando se marchó tan solo tenía

veinticinco años, ahora era toda una mujer, una mujer muy bella, quién sin

duda, había heredado la belleza de su padre y el corazón de su madre.

—Estás muy delgada..

—Últimamente he perdido algo de peso, pero estoy bien... no te

preocupes.

Ambas se miraron una vez más, sin dar aún crédito.

—Te he echado tanto de menos. .

—Yo también, mamá... pero sabes que no podía volver.. sabes por qué me

marché...

La madre ahogó un suspiro y luego le cogió de la mano.

—Por favor, entra.. este es tu hogar. . siempre lo fue..

Jessica cerró los ojos unos instantes recordando por qué estaba allí y

llenando sus pulmones de aire y coraje, entró.

Capítulo 56

Al atardecer empezó a diluviar con intensidad bajo la ciudad de

Manhattan.

Gabriel continuaba durmiendo, pasando la borrachera mientras que la

joven vecina preparaba algo de cenar en la cocina. Ella ya hacía varias horas que

permanecía en guardia en su apartamento. Por desgracia, su vocación de

doctora le impedía marcharse y dejarlo solo a su suerte.

Cuando el agua de la cazuela alcanzó su hervor, echó la pasta, una pizca

de sal y bajó la intensidad del fuego a la mitad. Mientras tanto, se dedicaba a

lavar unas hojas de lechuga bajo el grifo y reservándolas en el escurridor para la

ensalada.

Alzando la mirada de vez en cuando hacia la pantalla del televisor para no

perder detalle de los vídeos musicales que emitía la cadena MTV, cortó con

destreza un par de tomates a rodajas bien finas. No le entusiasmaba demasiado

cocinar, pero después de tres meses viviendo sola, tuvo que aprender, por

narices.

Miró de nuevo la pantalla del televisor al tiempo que aliñaba la ensalada,

con aceite, sal y vinagre, moviendo sus caderas al ritmo de la canción “I don't

want a lover” del grupo Texas.

Poco después, se desplazó hacia su derecha, alzándose de puntillas y

estirando el brazo para poder abrir la puertecilla de la alacena. Echó un vistazo

rápido, escogiendo un par de platos y llevándolos a la mesa, para colocarlos

estratégicamente con el resto de utensilios.

Ya casi, prácticamente lo tenía todo preparado: La pasta estaba al

dente, la salsa carbonara recién hecha y la ensalada de frutos secos, tomate y

queso, en un bol de plástico. Aunque, faltaba lo más importante... el otro

comensal.

Al regresar para apagar el fuego y volcar la olla de pasta en el escurridor,

sintió la mirada de Gabriel fijada en ella.

—¿Tienes hambre?

Gabriel que estaba apoyado en el marco de la puerta con las manos en los

bolsillos, dio un paso al frente y luego otro más, hasta quedar justo detrás de

ella. Levantó la barbilla por encima de los hombros de la joven para mirar lo

que ella estaba cocinando. Olfateó como si fuera un perro y luego le dio el

merecido aprobado.

—Tiene buena pinta pelirroja.

Sonrió burlón y abrió la puerta de la nevera buscando una cerveza. Ella

que le observaba de reojo, se anticipó y se la robó de las manos.

—¡Ni lo sueñes!

La volvió a dejar donde estaba y cerró la puerta con determinación.

—¡Joder...! Qué eres, ¿mi madre?

—Siento ser una aguafiestas, pero beber es lo que menos necesitas en este

momento.

Gabriel alzó las cejas. Menuda marimandona era la pelirroja. Cualquiera le

llevaba la contraria. Cuando ponía esa cara de

pocos amigos y esa voz

intimidante, no había quién la reprendiera.

Buscó algo en el bolsillo trasero de la falda tejana y se lo entregó.

—Tómate esto, sentirás mejoría enseguida.

—¿Ibuprofeno?

—Ajá —asintió traspasando la pasta del escurridor a una bandeja de

porcelana.

Gabriel abrió de nuevo la nevera. Y ella chasqueó los dedos para llamar su

atención.

—El agua está en la mesa — dijo con un movimiento de cabeza señalando

la jarra—. Ni lo intentes. La cerveza se queda ahí custodiada.

Él negó con la cabeza a la vez que sonreía para sí mismo. Se sentía espiado

en su propia casa. Era el colmo. Pero por lo menos algo bueno podría sacar de

todo aquello: compañía. Bien mirado, desde el punto de vista egoísta, estar solo

era lo que menos le apetecía, daba por sentado que a su lado se distraería y que

también era muy probable que dejase de pensar en Jessica por un rato.

—Siéntate, que se enfría.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy mandona?

—Cientos de veces, ¿alguna objeción? —disimuló

una sonrisa.

Gabriel soltó una carcajada y acto seguido, se sentó en una de las dos sillas

junto a la mesa. Poco después ella sirvió la pasta a partes iguales en cada uno de

los platos.

—¿Me comporté como un gilipollas?

Ella dejó la bandeja sobre la mesa y le miró a los ojos. Había captado toda

su atención.

—Lo justo.

«Me conozco y cuando bebo. . —pensó para sus adentros

— suelo comportarte como un verdadero cabrón. Espero no haberla

obligado a hacer nada que no quisiera.. ¡Joder! no recuerdo una puta mierda.. »

324

La vecina observó a Gabriel y se dio cuenta por los gestos de su cara que

estaba librando una batalla interior consigo mismo.

—Tranquilo Batman, te comportaste como un caballero — dijo

sonriendo— a excepción del pellizco que me llevé en la nalga.

—¿Eso hice? —sorprendido enarcó ambas cejas.

—Sí. Y a esto estuve de mandarte derechito a la ducha y abandonarte bajo

el agua congelada

—aseveró realizando un gesto con los dedos.

Gabriel se rió con ganas y luego pinchó unos cuantos rizos de pasta

llevándoselos a la boca.

—Tienes mucho carácter.

—Vivir o morir. Ese es mi lema.. —afirmó con rotundidad—. Cambié mi

forma de pensar no hace mucho tiempo. Sobrevivir a toda costa..

La joven agachó la cabeza y luego volvió a mirarle con cautela.

Era muy consciente de que se estaba yendo de la lengua, por segunda vez

consecutiva aquella misma tarde. Pero por una extraña razón que aún no

lograba comprender, confiaba en él, no sabía por qué, únicamente sentía que

confiaba, sin más. Por primera vez en tres meses no necesitaba esconderse de

nadie. Estaba cansada de huir, de esconderse, anhelaba con todas sus fuerzas

ser ella misma de nuevo. La misma que había sido mucho antes de que Clive

entrara a formar parte de su vida.

—Estás muy callada.

—Estaba pensativa —le contestó con una mirada indolente.

—Y, ¿en qué pensabas? —le preguntó suavemente.

Ella esquivó la pregunta con otra pregunta.

—¿Por qué te has emborrachado?

Él entornó los ojos.

La chica era rápida evitando situaciones incómodas y como si le hubiera

leído el pensamiento, ella respondió por él.

—Tu chica te ha abandonado..

Gabriel tardó unos segundos en responder.

—Al parecer salta a la vista de que así es —siseó pegando un bocado al

pan y masticando muy despacio sin dejar de mirarla a los ojos.

Ella se quedó en silencio, algo incómoda y desvió la mirada al plato. Su

intención no era ofenderle en absoluto, únicamente estaba tratando de ser

agradable. Quizás había ido demasiado directa al

grano.

325

Vio como Gabriel se levantaba y caminaba hacia la nevera, la abría y cogía

una cerveza. Esta vez no trató de impedírselo. Tal vez sí que la necesitaba

para ahogar sus penas.

—¿Me traes una a mí también?

—Claro.

Hizo saltar las chapas del cuello de las botellas y luego se volvió a sentar

frente a la joven.

—Por lo visto no soy afortunado en el amor —aseveró bebiendo a morro

un trago largo de la botella.

—¿Y quién lo es?

—Pues vaya par de gilipollas nos hemos ido a juntar.

Gabriel le entregó la cerveza y ella bebió despacio.

—Y la misteriosa pelirroja ¿tiene nombre?

Ella se puso tensa al instante. No esperaba esa pregunta. Abrió los ojos

como platos y empezó a dar un repaso rápido a la cocina en busca de algún

nombre que le sirviera. No podía confesarle el suyo, eso sería exponerse

demasiado. Eso sería muy peligroso además de una tremenda estupidez.

Al mirar a la despensa, vio una caja de cereales entre unos tarros de

mermelada. Agudizó la vista y achinando un poco los ojos, pudo leer desde la

distancia el nombre de la marca Kellogg's.

“¡Genial! —sopló—eso podría servir”

Le volvió a mirar a los ojos, pero esta vez con convicción. Creyéndose cada

una de las palabras que iba a pronunciar:

—Me llamo Kelly.

Gabriel sonrió agradecido. Por fin, podía ponerle nombre a aquella cara.

Al acabar de cenar ella se levantó para recoger los platos y llevarlos al

fregadero. Gabriel le acompañó en aquella tarea y

en un momento, la mesa

estuvo limpia.

Ella abrió el grifo y puso el tapón en el fregadero. Echó un chorro largo

de detergente líquido al agua y pronto se formó una espesa capa de espuma.

—Ya te ayudo a fregar los platos —se ofreció colocándose a su izquierda.

—Pero si solo hay cuatro cubiertos. .

—Insisto.

Ella se encogió de hombros y luego se remangó las mangas a la altura de

los codos. Gabriel abrió los ojos sorprendido al descubrir unas marcas

transversales en la cara interior de cada una de sus

muñecas. Se las quedó

mirando sin saber qué decir, imaginándose los motivos que la llevaron a

desear morir.

326

Con ese pensamiento rondando por su mente, acabó de enjuagar el último

plato.

—¿Tienes algo que hacer mañana domingo?

—¿A parte de nada? —dijo burlona.

—A parte de nada.

—No —sonrió.

Gabriel sacudió sus manos en el fregadero y luego se las secó con una

servilleta.

—¿Has probado la tortilla de patatas?

—¿Qué es eso? —preguntó arrugando la nariz.

Él se rió y después de sentarse en el mármol y encenderse un cigarrillo,

respondió:

—Mañana lo sabrás. Ven sobre la una.

Ella se lo pensó solo un instante.

—Acepto —dijo ilusionada.

Miró las agujas del reloj que había colgando de la pared de la cocina y

luego le miró abriendo mucho los ojos.

—¡Dios... Dana debe estar desesperada! tenía que haberla sacado a hacer

sus necesidades hace más de dos horas.. —farfulló corriendo hacia el salón.

Gabriel saltó del mármol y se apresuró a seguirla.

—Mañana a la una —repitió mientras abría la puerta para salir del

apartamento.

—¡Espera! —exclamó él.

Ella se quedó sujetando el pomo con la mano al tiempo que giraba la

cabeza en aquella dirección.

—Te dejas el anillo.

Gabriel llegó a su lado y se lo entregó, no sin antes echarle un vistazo

rápido. Parecía una alianza de compromiso. En su interior habían unas letras

gravadas que no le dio tiempo a leer.

—Gracias —dijo entre dientes.

Cogió la alianza y empezó a deslizarla en su dedo anular, pero cuando

llegó a la primera falange, la sacó rápidamente colocándola en el dedo índice.

Gabriel miró disimuladamente los movimientos de la alianza y se quedó

algo confuso por la rareza de aquel acto.

¿Estaba casada y quería ocultarlo? o ¿hacía poco tiempo que había roto

una relación y por ello dudaba?

Ambos se despidieron y Gabriel tras cerrar la puerta hizo un repaso

mental de las cosas que ella le había confesado y de las que había descubierto

por sí mismo: Se llamaba Kelly, al parecer huía de algo o de alguien, su lema

era: “vivir o morir”, tenía marcas en ambas muñecas y una alianza que se

empeñaba en cambiar de dedo..

¡Ah! y que era médico..

Capítulo 57

Tras el baño, Eric envolvió el cuerpo de Daniela con una toalla para secar

las gotas que revelaban por su joven piel. Le encantaba cuidarla y mimarla y

ella se dejaba hacer. Cuando acabó, cogió un

cepillo de púas naturales y

después de arrastrar una silla y dejarla en el centro, tomó asiento.

—Ven, Daniela —palmeó su muslo dos veces para invitarla a sentarse

sobre su falda.

Ella sonrió. Conocía aquel ritual. Eric acostumbraba a desenredar su

pelo mientras lo acariciaba con la mano libre. De igual forma que si se tratara de

una niña pequeña.

La vida de Eric había cambiado radicalmente tras conocerla. Daniela era

única, especial. Diferente. Las estancias en Madrid al lado de su esposa Eva,

eran una constante tortura. No la amaba. De hecho, dejó de hacerlo hacía ya

mucho tiempo. Incluso se había llegado a convencer de que ella tenía el mismo

sentimiento hacia él: Indiferencia.

Daniela ajustó la toalla alrededor de su pequeño cuerpo y se cercioró de

que esta no se abriera, agarrándola concienzudamente a la altura de sus pechos.

Luego se acomodó entre sus piernas desnudas y musculadas, mirándole con

algo de timidez.

—¿Por qué te gusta tanto peinarme?

Eric le miró a los ojos y luego sonrió.

—Me encanta cuidar de ti. Eso es todo —contestó

pasando el cepillo por el

pelo mojado— Cuando estoy contigo me siento diferente. Me haces ser

diferente.

Ser mejor persona.

—A mí me pasa lo mismo.

Tras su confesión Daniela sintió como el rubor empezó a apoderarse de

sus mejillas lentamente e inquieta se removió sobre sus muslos, de tal forma

que al hacerlo, comprobó como su pene había aumentado considerablemente de

tamaño.

Eric rió al darse cuenta que pese a que se habían acostado en varias

ocasiones, aún sentía pudor por ciertas prácticas o situaciones. Y eso en cierta

forma le excitaba aún mucho más. Era tan inocente pero a la vez con tantas

ganas de explorar y de dejarse llevar y él con tantas ansias de enseñarle a volar.

—Mírame.

Ella hizo lo que le pidió. Ladeó la cabeza y unió sus ojos verdes con los

suyos.

—Ahora, mírala —le ordenó bajando el tono de su voz ronca y varonil.

Tragó saliva y tras respirar un par de veces, agachó la cabeza ligeramente

y miró a su miembro sin reparo, el cual se alzaba orgulloso y al mismo tiempo

tan erecto, tan grueso y tan viril. Estaba duro como una roca y de su glande

brillaba una diminuta gota de líquido preseminal. Ella sintió como su vagina se

contraía y poco después se humedecía, sin previo aviso.

—Acostúmbrate a ella. Ya te dije que debes ir familiarizándote poco a

poco —cogió su mano y la colocó alrededor de su pene. Ella abarcó con su

mano la enorme envergadura de su miembro. Era tan exquisitamente suave y a

la vez daba la sensación de ser tan poderoso— Cuando una persona deja atrás

todos sus prejuicios y abre su mente, se muestra ante sí un amplio abanico de

posibilidades y es cuando uno logra disfrutar de verdad en cuerpo y alma

del sexo..

Eric apretó un poco más su mano alrededor de la suya y ella sintió la

rugosidad de las venas hinchadas, luego poco a poco empezó a deslizarla a lo

largo de todo el tallo.

—No te imaginas lo que me excita que me toques, que me acaricies.. que

me masturbes tan lentamente... —soltó un gruñido cuando ella llegó hasta el

glande y luego volvió a recorrer de arriba abajo hasta la base del pene—. Así. .

no pares.. me encanta...

Él entonces soltó su mano para saber si ella sola sería capaz de continuar

hasta el final. Daniela al dejar de sentir como su fuerte y enorme mano guiaba la

suya, se detuvo. No se sentía segura, es más, se sentía algo ridícula.

—No puedo... —apartó la mano y la ocultó entre sus piernas.

—Daniela, no quiero que lo veas como algo sucio... forma parte de mí

cuerpo... —se señaló a sí mismo mostrando su desnudez—. Solo soy yo... soy lo

que ves, tan solo soy un hombre...

—Lo siento...

Se disculpó y se levantó algo angustiada. Sabía que él lo hacía con toda

la buena intención del mundo, pero quizás ella aún no estaba del todo

preparada.

—Nena... —se levantó de la silla y la abrazó por la espalda— A tu ritmo,

ya lo sabes.. como te digo siempre.

—Eric, yo quiero.. pero, no puedo.. —se llevó las manos a la cara y la

toalla cayó al suelo como un suspiro mostrándose completamente desnuda ante

él.

Daniela alzó la vista y vio ambos cuerpos desnudos reflejados en el espejo.

Negó con la cabeza y se tapó los ojos con las manos.

330

—No debes avergonzarte cogió sus manos y aunque ella apretaba con

fuerza contra su cara, poco a poco pudo retirarlas lentamente— Abre los ojos..

Ella volvió a negar con la cabeza. Además de avergonzada se sentía un

verdadero fraude. Eric era muy paciente con ella, tanto que, hasta el punto de

quedarse en más de una ocasión con ganas de probar muchas más cosas con

ella. Daniela conocía con detalle sus necesidades sexuales, él se lo había

explicado. Le consideraba una persona muy

morbosa y a la vez muy ardiente y,

sin embargo, ella no se sentía capaz de darle lo que él bien ansiaba.

—Abre los ojos —le insistió esta vez con más severidad— Daniela, solo

somos tú y yo. Y nada más. Dos personas que se respetan y que se están

empezando a conocer mutuamente.

Daniela le obedeció y abrió lentamente los ojos para enfrentarse al reflejo

en el espejo. Trató de agachar la cabeza, pero en ese intento fallido Eric le sujetó

de la barbilla, manteniéndola firme.

—Mírate sin pudor. . Eres una mujer preciosa. Eres todo lo que un

hombre desearía poseer.

Eric soltó su mejilla y empezó a acariciar su rostro con delicadeza.

—Tu cara es perfecta... tus ojos, tu nariz... —le susurraba al oído con voz

ronca y su aliento rozaba de vez en cuando su lóbulo derecho— Tus labios son

un pecado.. me perdería en ellos eternamente..

Eric deslizó su pulgar por la comisura de su boca, resiguiéndola con

lentitud. Ella notó un repentino escalofrío.

—Eric... por favor.. —dijo suplicante.

—Tus pechos son exquisitos...

Él estudiaba con detalle cada uno de sus gestos lanzando miradas furtivas

de vez en cuando al espejo. En este se reflejaban dos cuerpos desnudos, jóvenes

y bellos. Todo un despliegue de sensualidad. Ella permanecía en pie mientras

que él la rodeaba con sus fuertes brazos por la espalda. Obligándola a mirarse.

Sin previo aviso, sus manos abarcaron los pequeños senos de ella y

comenzó a manosearlos sin recato. Daniela gimió tímidamente y abrió un poco

la boca para dar cabida a más cantidad de aire en sus pulmones. De nuevo se

sentía excitada, de nuevo Eric estaba consiguiendo su propósito. Sin dejar

de susurrarle cosas calientes al oído atrapó un pezón entre sus dedos índice y

pulgar y luego realizó la misma operación con el otro pezón. Empezó a

presionarlos y a girarlos. Daniela ahogó un jadeo y echando la cabeza hacia

atrás la apoyó en el hueco de su cuello. Eric aprovechó para besar y morder

suavemente la vena carótida emulando a un sediento vampiro.

—Eric... ¿qué haces?

—Huelo tu piel y me vuelvo loco de atar. . —dejó de besarla y de nuevo le

agarró de la barbilla para que continuara mirándose en el espejo. Tiró de uno de

los pezones y ella soltó un grito— ¿te gusta?

Ella que apenas lograba mantenerse erguida, le respondió con un

movimiento afirmativo. Eric por contra, sonrió maliciosamente y continuó

descendiendo con calma por su barriga, rozando con sus yemas, casi sin apenas

tocar su piel. A ella eso le provocaba cosquillas pero a la vez una sensación muy

placentera. Eric lo sabía y abusó de ese as en la manga. Aunque Daniela no lo

supiera, era una amante muy receptiva y a la vez, una excelente aprendiz.

Pronto, una de sus manos llegó a su pubis y antes de perderse más abajo,

le dijo:

—Relájate... quiero que disfrutes tanto o más que

yo. Quiero que veas que

en todo momento lo que hacemos tú y yo es un acto consensuado entre dos

personas que se respetan mutuamente. Yo no soy el hijo de puta que te marcó

de por vida.. Yo jamás te haría daño, nunca y lo sabes...

—Ya lo sé Eric.. y me gustaría poder entregarme por completo a ti, de

verdad que quiero..

—Y lo harás, cariño. . yo me encargaré de ahuyentar tus miedos. Pero poco

a poco, sin prisas.

Eric la besó en el hombro y luego se separó de ella dando un paso atrás.

Flexionando las piernas, recogió la toalla del suelo para cubrir con ella el cuerpo

de Daniela.

Ella se quedó pensativa. Miró su miembro que yacía flácido entre sus

piernas.

—Quiero compensarte.

Eric buscó sus ojos pero estos estaban mirando a su pene. Ella alzó la vista

rápidamente y luego ladeó la cabeza.

—No tienes que compensarme nada.

—Pero ¿no te duele? Tengo entendido que si no acabáis... pues... os duelen

los...

—¿Testículos?

Él se rió y se rascó la nuca.

—No te preocupes. ¿Quién no ha tenido un dolor de huevos alguna vez en

su vida?. . Se me pasará el calentón, tranquila. . Además la miró de

forma

insinuante, tenemos toda la noche por delante... Ella agachó la cabeza

sintiéndose a partes iguales avergonzada y a la vez excitada. Le deseaba con

todas sus fuerzas pero en una parte recóndita de su ser, aún había ocasiones en

que sin saber por qué, le rechazaba.

—Voy a buscar tu regalo.

Y dicho esto desapareció para al poco después regresar con una cajita

envuelta en papel de celofán en tonos burdeos y un lazo dorado perfectamente

anudado alrededor. Los ojos de Daniela se abrieron mostrándole

agradecimiento con la mirada.

—No tenías por qué...

—Ya te he dicho que me gusta mimarte, y mientras estemos juntos, lo

seguiré haciendo.

Ella le sonrió. En el fondo, le encantaba sentirse así. Nunca antes nadie lo

había conseguido, salvo Gabriel. Por unos

segundos, al recordarle, se quedó

pensativa, evadida.

—Vamos... ¿no tienes curiosidad por saber qué es?

—Sí, claro —regresó de su ensimismamiento.

Daniela apresuradamente desanudó el lazo y luego rompiendo el papel,

abrió la caja rectangular. En su interior había un precioso y sexy conjunto de

lencería de la marca La Perla de color negro y ribetes en blanco. Se trataba de un

corpiño semitransparente y una braguita brasileña. Observó que había

quedado algo en la caja, eran unos ligueros a juego y unas medias de seda.

—Ya te dije que el regalo era para los dos —le sonrió a medias esperando

su reacción— ¿te gusta?

Ella lo cogía con delicadeza, jamás había tenido entre sus manos una ropa

interior semejante. Tan sugerente, tan sexy y tan cara.

—Es precioso, Eric. Pero, no deberías de gastar tanto dinero en estas cosas.

—Para mí no es malgastarlo, sino disfrutarlo solo de imaginar a Daniela

con ese conjunto ceñido a sus curvas, su entre pierna mpezaba a brincar

regocijándose de alegría— Vamos a cenar antes de que continúe pensando lo

que ahora mismo haría y vayamos a preparar algo

de cenar.

Eric le cogió la lencería de entre sus manos y la volvió a guardar en la caja,

de momento, a buen recaudo. Más tarde otro cantar sería.

Capítulo 58

Eran bien pasadas las once de la mañana cuando Jessica se despertó. Abrió

los párpados lentamente pero pronto los volvió a cerrar, incomodada por la luz

del exterior que se filtraba a través de las cortinas caladas. Permaneció así con

los ojos cerrados apenas unos instantes más, recordando cada una de las

razones por las cuales había regresado a aquel lugar. El tiempo apremiaba

jugando en su contra.

Se giró para darle la espalda a la ventana y entonces pudo abrirlos

sin temor. Miró el lado desocupado de la cama y suspiró.

¿Por qué todo le recordaba a él?

¿Por qué no podía borrarle de su mente? Deslizó la mano sobre las

sábanas arrugadas imaginando que él estaba allí y que era posible tocarle. Pero,

¿a quién pretendía engañar? Nada iba a ser como antes, porque todo había

cambiado.

¿Qué futuro podría ofrecerle a Gabriel?: Ninguno. Ella pronto partiría y él

en cambio merecía ser feliz aunque no fuese a su lado.

Tragó saliva con amargo gusto de soledad. Quería borrar de su mente el

recuerdo de Gabriel, porque

echarle

de menos dolía demasiado.

Se tomó algo más de tiempo antes de levantarse de la cama y poco

después salió de la habitación de invitados poniendo rumbo a la planta de

abajo.

Echó un breve vistazo a su alrededor mientras

cruzaba el largo pasillo tras

bajar las escaleras. Todo continuaba exactamente igual a como lo recordaba.

Aquel par de cuadros pintados a espátula de Aleksey Motorin, el viejo

reloj de pie apoyado en la pared junto a la alacena y aquellas fotografías en

blanco y negro con sus marcos hecho a mano por su madre, de cuando ella

no era más que una niña.

Apenas se disponía a cruzar el umbral de la puerta cuando escuchó voces

al otro lado. Eran sus padres que estaban manteniendo una acalorada

discusión.

—¡Tu hija debe irse!¡No la quiero en mi casa! —aseveró John con el

semblante furioso. Mantenía la mandíbula apretada y todos los músculos de su

cuerpo en continua tensión.

—John, no estás siendo justo. Sus razones tendrá para haber regresado

después de casi diez años sin saber nada de su vida, de lo que hacía, con

quién estaba, si estaba bien o si era feliz.. —le miró a los ojos—, ¿Ni siquiera te

vas a dignar a escucharla? —esta vez le preguntó con los ojos tristes y cansados,

tratando de robarle un ápice de humanidad a ese resentimiento tan arraigado

que tenía en su maltrecho corazón.

—Amanda, mi hija murió el mismo día en que se marchó de esta casa para

no volver nunca más.

Ella negó repetidas veces con la cabeza. Su hija y él eran tan parecidos,

como dos gotas de agua, tan testarudos y a la vez tan obstinados.

Tendría que encontrar pronto la manera de que ambos pudieran hablar y

arreglar sus diferencias. Ahora ella había regresado, ahora era el momento.

Amanda suspiraba esperanzada de que aquel penar remitiera de una vez por

todas.

John empuñó ambas manos y comenzó a andar para salir de la cocina sin

saber que su hija estaba tras la puerta. Al llegar hasta allí sus miradas se

cruzaron y el tiempo se congeló a su alrededor.

Ninguno de los dos abrió la boca, salvo John que lo hizo para mascullar

palabras sin sentido en el aire para después esquivar su mirada y alejarse de su

lado.

Jessica permaneció quieta y pensativa durante varios segundos más antes

de pasar a la cocina y reunirse con su madre. Se acercó por la espalda, ella tras

la conversación con John había vuelto a ocuparse de la comida.

—Buenos días mamá —le dijo acercándose lo suficiente para que tan solo

al darse la vuelta pudieran abrazarse. Porque lo ansiaba como el respirar. No

soportaba la evidente indiferencia por parte de su padre.

Amanda dejó sus manos libres para fundirse con ella en un efusivo y

tierno abrazo.

—Te quiero mi niña... — estrechó más sus brazos alrededor del cuello de

su hija.

—Mamá... ya dejé de ser una niña hace mucho tiempo...

—Pero tú siempre lo serás, siempre serás mi niña.. —aseguró con un hilo

de voz, las lágrimas y la emoción no le permitieron hablar con mayor

claridad—. ¿Cómo dejé que sufrieras tanto? ¿Cómo permití que te separaran de

ella?

Aquellas preguntas se quedaron suspendidas en el aire. Ahora ya nada de

eso importaba.

La guapa vecina aporreó la puerta con sus nudillos a la vez que aguardaba

sonriente con una botella de vino tinto en la otra mano. Mientras esperaba en el

pasillo hizo un breve balance mental de los acontecimientos de los últimos tres

meses. Su objetivo primordial fue huir de Philadelphia, huir de su trabajo, huir

de la vida pero sobretodo, huir de su marido Clive Wilson. Y hasta ese

momento, lo había logrado. Nadie, absolutamente nadie conocía su

verdadero paradero, ni siquiera su verdadera identidad: Noah Anderson. El día

que decidió desaparecer se prometió a sí misma que bajo ningún concepto

regresaría, porque preferiría mil veces la muerte antes que regresar de nuevo a

su lado.

Alguien que no esperaba, abrió la puerta con una dulce sonrisa en sus

labios. Noah se quedó observando a aquella preciosidad de niña. Debía de tener

unos ocho años a juzgar por la estatura y la apariencia, de larga melena castaña

con ligeros destellos en tono cobrizo y unos enormes ojos turquesa tan

expresivos que era del todo imposible no perderse en ellos.

Noah se inclinó ligeramente apoyando las manos en sus muslos para estar

a la misma altura que la niña y así facilitar la conversación:

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Noah divertida.

—Eso debería de preguntarte yo a ti ¿no? —le corrigió con un bonito

timbre de voz.

—Bueno. Ahí me has pillado, jovencita.. —le sonrió dulcemente. A Noah

le encantaban los niños pero en especial las niñas sabelotodo como

aquella—.

Me llamo Kelly.

Noah le ofreció la mano para tratar de formalizar aquel primer contacto

pero la niña en cambio arrugó el entrecejo mientras meditaba lo que pensaba

hacer.

—¿Eres tú la vecina rarita?

Noah tras escuchar aquella pregunta, no pudo evitar abrir los ojos como

platos y empezar a reír sin parar. Se irguió llevándose las manos sobre el

vientre porque le dolía horrores de tanto reír.

Aquella niña le había levantado

el ánimo sin lugar a dudas.

—Charlotte, ¿qué está pasando aquí? —se escuchó una voz masculina y

grave acercándose al umbral de la puerta. Al llegar junto a la niña, se encontró

con la divertida escena. Noah continuaba riendo y Charlotte la miraba con cara

de pocos amigos.

—Es la vecina rarita, papá...

—le contestó.

Frank la miró anonadado unos segundos. ¿Por qué se reía tanto?, desde

luego el apodo de “rarita” se lo estaba ganando a pulso y sin darse cuenta

empezó a contagiarse también. Sin duda aquella joven tenía un magnetismo

especial porque ni él recordaba haberse reído tanto en toda su vida.

—Pues yo no le veo la gracia por ningún lado —murmuró la niña

cruzando los brazos enojada aún sin comprender —. Me marcho a la cocina, voy

a pintarme las uñas.

Charlotte se giró para entrar de nuevo al apartamento y ambos se

quedaron a solas. Prosiguieron las risas envolviéndoles unos minutos más hasta

que gradualmente aminoraron hasta convertirse en un par de sonrisas

dibujadas en sus caras.

Noah entonces alzó la vista hacia el joven de pelo castaño y penetrantes

ojos oscuros que la miraba con gran curiosidad.

Gabriel le había hablado de ella, poniéndole sobre aviso, así que

afortunadamente jugaba con bastante ventaja.

—Soy Frank, compañero de Gabriel —le tendió la mano—. Y tú debes de

ser Kelly, su vecina.

—Así es.

Noah le estrechó la mano educadamente sin dejar de mirarle a los ojos.

Frank era un chico apuesto y muy alto, de metro noventa de estatura para ser

exactos y de espalda ancha muy probablemente por la práctica de

algún deporte acuático. Y pese a tener unas manos enormes que podrían

abarcar casi dos del tamaño de ella, estas eran suaves al tacto.

—Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo —le sonrió esta vez enseñando los dientes—. Esto...

¿puedo pasar?

—Ehm...

claro, perdona.

Pasa, pasa..

Realizó un gesto con la mano invitándola a entrar.

—Toma —dijo Noah entregándole la botella de vino tinto, como no sé qué

es lo que suele acompañar a una tortilla de patatas, pues... he traído esto.

Frank giró la botella entre sus manos y acto seguido leyó la etiqueta.

—Vaya —silbó—, un reserva Ribera del Duero...

—No vayas a pensar que entiendo de esas cosas —sonrió a medias—,

únicamente me he limitado a ir a la bodega de la calle 55 y les he explicado que

era para acompañar a una comida típica española.

—Pues desde luego han acertado —sonrió—. Sin duda quién te lo ha

vendido quería que no defraudaras.

Noah empezó a caminar sonriente hacia la cocina, seguida de la atenta

mirada de Frank. Gabriel que estaba concentrado cocinando se giró al escuchar

acercarse unos pasos tras de sí.

—¡Hombre, por fin estamos todos!.. a no, que falta el chucho — bromeó

Gabriel dando la vuelta a la tortilla.

Noah puso los ojos en blanco.

—Dana, la perrita se llama Dana.

—Ya lo sé pelirroja le guiñó un ojo y luego se acercó para darle un beso en

la mejilla—. No te enfades, no era más que una estúpida broma, ya conoces mi

humor irónico..

—Sí, ya lo conozco —añadió negando con la cabeza después de sentarse

en una de las sillas junto a Charlotte.

Gabriel miró a su compañero y luego a la niña que se pintaba las uñas de

color azul celeste.

—Supongo que me toca hacer las presentaciones pertinentes — pronunció

tras reservar la tortilla en un plato llano dejándolo sobre la mesa—. Él es Frank,

mi compañero de trabajo y mi amigo.

Gabriel le frotó el brazo en señal de aprecio y luego prosiguió:

—Y esta monada de aquí es Charly, su hija.

—Hola de nuevo —añadió Noah sonriéndole.

La niña siquiera levantó la vista, siguió mascando su chicle haciendo

ruiditos. No tenía el más mínimo interés por ella y así mismo se lo mostró.

—Charlotte, no seas maleducada —le regañó su padre apartando la laca

de uñas de su lado para que le prestara atención. Estoy esperando..

Ella bufó y luego chasqueó con la lengua.

—Hola —murmuró esta vez mirándole a la cara.

—¿Eso es todo? ¿Esos son los modales que te he enseñado? Tienes ocho

años, eres casi una señorita.

—No te preocupes... — intervino Noah para que

aquello no fuera a

mayores—. Ya nos hemos presentado antes en el rellano, por eso ahora no

comprende por qué ha de hacerlo de nuevo.

Noah le guiñó un ojo a Charlotte y la niña relajó algo el semblante. Frank

por su contra dejó de insistir y se puso a hablar con Gabriel de un proyecto muy

importante que tenían entre manos. Jessica antes de marcharse le había dado

carta blanca para hacer y deshacer a su antojo, confiaba en él y también en

Gabriel, juntos desde un primer momento habían formado un buen equipo de

trabajo.

Noah suspiró.

Precisamente aquella no era la comida que tenía en mente. Hubiera

preferido estar a solas con Gabriel, porque con tanta gente sabiendo de su

existencia era un riesgo demasiado alto que correr, además de ser muy

peligroso.

Volvió a suspirar, esta vez algo más aliviada. Un padre y su hija ¿qué mal

podrían causarle?

«Deja de tener paranoias y relájate», pensó para sus adentros.

«Creo que voy a tener que volver a apuntarme a clases de Taichí»

338

339

Capítulo 59

Al llegar a los postres, Gabriel abrió una nueva botella, esta vez una bien

fría de cava(1). Buscó tres copas de cristal y las colocó una a cada uno de sus

invitados y la otra junto a su lado, encabezando la mesa.

Primero rellenó la copa de Frank y después al querer hacerlo con la de

Noah esta la tapó colocando su mano encima.

—Gracias Gabriel, pero creo que ya he bebido lo suficiente — dijo

negando con la cabeza a modo de disculpa.

—¿En serio no quieres probar un poco?

—Me temo que no. No estoy acostumbrada y los efectos que el alcohol

suele provocarme, mejor no los conozcas —sonrió sin separar los labios y luego

miró a Frank quién estaba sentado frente suya.

—Yo tampoco suelo estar acostumbrado, de hecho hacía meses que no lo

probaba, pero como Gabriel se empeñó en celebrar mi ascenso, me he visto

obligado a no hacerle un feo — añadió notándose algo más achispado que hacía

un momento.

—Tu merecido ascenso le rectificó. No lo olvides.

Frank sonrió solo a medias. Sin duda jamás se

había definido como una

persona sedienta de poder, siquiera ambiciosa, sino todo lo contrario. Pero la

repentina marcha de Jessica había supuesto para su carrera un atractivo reto.

Cuando Jessica se lo propuso, dudó en aceptar el cargo o no, de hecho la

decisión final no se la comunicó hasta horas antes de su partida.

Gabriel puso la botella en el interior de la cubitera y tomó asiento. Frank le

esperó para brindar y ambos bebieron justo después.

—Hum... Está delicioso — pronunció relamiendo sus labios.

—Sí, es sin duda uno de los mejores cavas que he

probado — aseguró

Frank dejando la copa de nuevo sobre la mesa.

Noah les observaba sin dejar de preguntarse cómo era posible que dos

personas tan diferentes lograran alcanzar aquel nivel de complicidad manifiesto

en el ambiente. Sin dejar de procesar en su cabeza esa información se llevó un

trozo de tarta de chocolate a la boca y tentada por la curiosidad, tuvo que

preguntarles:

—¿Hace mucho tiempo que s conocéis?

—Lo cierto es que no. Poco más de un mes.

Con asombro enarcó sin darse cuenta una ceja. A juzgar por cómo se

comportaban, habría jurado que se conocían de toda la vida. Frank al notar el

repentino cambio en sus gestos faciales, quiso aclarar enseguida la respuesta tan

escueta de Gabriel.

—Al principio empezamos a trabajar en el proyecto Kramer y sin saber

por qué enseguida hubo buen feeling entre nosotros —le aclaró—. A día de hoy

aún me sigo sorprendiendo, porque jamás me había ocurrido con nadie.

—Es cierto. A mí me pasó exactamente igual —insistió—. No necesito que

pasen los años para saber que es un buen amigo, me lo demostró con creces

tras el fallecimiento de mi padre.

La cara de Noah de nuevo cambió, notando como un repentino nudo se le

formaba en la garganta.

—Lo lamento, Gabriel.

—No te preocupes, Kelly — le regaló una sonrisa tranquilizadora—. Al

principio cuesta asumirlo, pero creo que por fin he empezado a hacerlo.

—La muerte de un ser querido jamás se supera, llegas a convivir con el

sufrimiento, tratas de engañarte enmascarándolo, pero en el fondo sigue ahí.

Las palabras de Noah calaron hondo en ambos, quienes continuaban

escuchándola en completo silencio.

—Mi madre falleció hace tan solo tres meses —relató sin saber cómo ni

por qué, aquellas palabras se habían escapado de su boca—. Desde entonces no

hay un solo día que al menos uno de mis pensamientos no vaya destinado a

ella.

—Te comprendo aseveró Gabriel colocando una mano sobre la suya que

reposaba sobre la mesa.

Frank no sabía qué decir, ni como debía comportarse. Afortunadamente

aún no había llegado el momento de experimentar aquel horrible sentimiento

de pérdida de un ser tan cercano y cruzó los dedos deseando que pasara mucho

tiempo antes no lo padeciera.

Gabriel dejó de coger la mano de Noah y suspirando se levantó para

recoger los platos y acercarse hacia su iPod que reposaba junto la cartera de

Frank y las llaves de su coche.

—¿Qué os parece si alegramos un poco el ambiente? — Preguntó y sin

esperar respuesta, buscó una canción en el menú—

¿Habéis escuchado algo del grupo “El canto del loco”?

Ambos negaron con la cabeza. ¿Se trataba de un grupo español?

—Os voy a poner una que Dani Martín cantó a dúo con Amaya Montero, y

además os prometo que uno de estos día si queréis os interpretaré con mi

guitarra alguna de la discografía —aseguró muy animado al tiempo que daba

comienzo la canción Puede ser.

“No sé si quedan amigos y si existe el amor,

si puedo contar contigo para hablar de dolor,

si existe alguien que escuche cuando alzo la voz

y no sentirme sol”

Gabriel se acercó a Noah y tendiéndole la mano le invitó a levantarse de

su asiento.

—¿Me concedes el primer baile? —le preguntó con una sonrisa

arrebatadoramente sexy.

—Cómo negarme —le devolvió la sonrisa al tiempo que rodeaba con los

brazos sus hombros.

Él le estrechó su cintura entre sus manos y empezaron a bailar siguiendo

el ritmo de la música.

—¿Te gusta?

—Es bonita. No entiendo mucho la letra pero suena bien.

—Es una especie de Oda a la amistad, al amor y a la superación

—le dijo cogiendo de una de sus manos y tras suspender su brazo al aire,

hizo que diera una vuelta sobre sí misma.

—Me gusta. Mucho.

Frank que les observaba desde el lugar que ocupaba en la mesa, se

acabó el cava y levantándose de la silla se acercó a ambos.

—Creo que le toca el turno al homenajeado.

Al

merecido

homenajeado

— enfatizó.

Gabriel le miró unos segundos y al poco después

se separó de Noah para

cederle el puesto.

—Toda tuya.

Y dicho esto salió del salón y entró en la cocina para ir a buscar otra

botella de cava a la nevera.

Noah y Frank se quedaron uno frente al otro, mirándose. Luego éste la

cogió delicadamente de sus muñecas y se las colocó sobre sus hombros e

instantes después ella entrelazó sus dedos uniéndolos tras su nuca. Frank era

un hombre demasiado alto en comparación con ella, teniendo en cuenta que ella

media metro setenta y calzaba unos zapatos de

tacón plano. Las manos de él se

deslizaron tímidamente por las curvas de su cintura y ella aprovechó para

apoyar la cabeza ligeramente en su torso.

Frank por primera vez pudo oler su delicado aroma a flor de azahar al

mismo tiempo que sus pies danzaban y su cuerpo se estrechaba al de ella.

—Bailas muy bien para ser un hombre.

—¿Para ser un hombre? —Le preguntó asombrado por su afirmación—.

Lo tomaré como un cumplido, creo.

Ella sonrió divertida separándose ligeramente para poder mirarle

directamente a los ojos.

—Es un cumplido — reafirmó.

Estuvieron bailando hasta que la canción cesó, luego ella dejó de estar

colgada de sus hombros para caminar hacia el sofá de dos plazas y acomodarse

en él. Frank por contra permaneció unos segundos más anclado en el sitio,

pensativo. Muy pensativo. Siendo consciente de que su corazón, durante todo el

tiempo que estuvo bailando con ella, palpitaba a un ritmo más rápido de lo

normal.

—Venga chicos, otra copita dijo Gabriel enseñando la botella que acababa

de abrir.

Frank salió de su ensimismamiento y se sentó junto a Noah en el pequeño

sofá. Gabriel ofreció una nueva copa de cava a cada uno. Frank aceptó pero

Noah la rehusó por segunda vez consecutiva.

—En otro momento, gracias Gabriel —hizo una mueca al tiempo que

negaba con el dedo.

Gabriel que empezaba a tener la vista enturbiada por el efecto del alcohol,

se dejó caer en el sofá en medio de ambos.

—¿Qué haría yo sin vosotros?

Preguntó dejando la copa sobre la

pequeña mesita que había junto a sus pies y después los abrazó a la vez con

gran efusividad. En aquel preciso instante hizo aparición Charlotte, todo ese

tiempo había permanecido en la habitación de Gabriel con el portátil. Se

acercó hasta su padre y tiró de su mano.

—Papi, vámonos a casa, porfi. . me aburro.. — bufó ladeando la cabeza y

poniendo morritos a sabiendas que ese gesto nunca le fallaba, su padre era

incapaz de negarle absolutamente nada.

—Vale, cariño. Dame dos minutos, mientras, ponte la cazadora.

La niña dibujó en su cara una sonrisa triunfal y caminando dando saltitos

atrapó la prenda del perchero.

Frank se incorporó y Noah le siguió.

—Yo también debería irme. Gracias por la comida y por la compañía,

Gabriel.

Éste fue el último en levantarse del sofá y Noah se alzó de puntillas para

darle dos besos. Poco después se despidieron y salieron al rellano de la escalera.

—Gracias, nos vemos mañana en la oficina —pronunció Frank algo

aturdido aún por el efecto del alcohol que acababa de ingerir.

Gabriel tras sacudir el pelo de Charlotte y pellizcarle los carrillos, abrazó a

Frank para segundos después meterse de nuevo en su apartamento y dirigirse

derechito a la cama. Se desvistió a medias y luego se dejó caer sobre las sábanas.

343

Apenas sin darse cuenta en cuestión de minutos ya dormía. Le vendría bien,

además de

Noah buscó las llaves para abrir la puerta de su apartamento sin quitar el

ojo de encima a Frank y a su hija, Charlotte. Ambos estaban plantados frente al

ascensor, esperando a que este subiera a su encuentro. Pero justo cuando iba a

anclar la llave en el bombín de la cerradura y como venía siendo costumbre en

ella, la alarma de su conciencia le advirtió como si se tratara de una lucecita roja

insistente y parpadeante, que no debía dejar que Frank condujera si había

ingerido alcohol.

Entonces resopló resignándose por lo que iba a hacer. Se dio media

vuelta y con determinación caminó hasta quedar junto a Frank.

—Dame las llaves —le dijo enseñándole la palma de su mano.

—¿Perdona?

—Que me des las llaves del coche —reiteró esta vez con mayor ímpetu.

La niña sacó la cabeza del hueco entre su padre y la pared brindándole

una mirada hostil.

—Kelly, ¿por quién me has tomado? soy un padre responsable, nunca

conduciría ebrio y menos llevando a mi hija en la parte trasera de mi coche.

—No suelo hacer juicios de valor y no dudo de tu sinceridad, pero he

contado las copas que te has tomado. . y digamos que eran siete..

Frank no daba crédito, ¿qué era una especie de alma de la guarda o

más bien una toca pelotas?

—¿Siempre sueles ser tan.. controladora?

—Solo cuando debo serlo y en este caso, así es —Noah no pensaba

desistir, sabía que en aquel estado no estaba en condiciones de llevar un coche y

no iba a permitir que arriesgara ni su vida ni la de Charlotte—. O me das las

llaves o te pido un taxi, tú eliges —reiteró enseñándole la palma de su mano

una vez más.

Ambos se sostuvieron las miradas durante bastante rato hasta que el

sonido de la campanilla del ascensor interrumpió aquel duelo de titanes.

—Me había dado la sensación de que eras más consecuente, sobre todo

por el hecho de tener una hija, pero por lo visto me he equivocado de lleno.

Noah lanzó una vez más la pelota de la moral

hacia su bando.

Justo en ese instante, la puerta del ascensor se abrió y Charlotte entró en

su interior dando un par de saltitos. Frank miró a su hija pensativo una vez

más, bien mirado quizás no era tan mala idea.

—Por favor —insistió por última vez antes de que la puerta volviera a

cerrarse.

—Está bien —protestó a regañadientes mientras se llevaba la mano al

bolsillo buscando las llaves para luego dárselas.

Frank colocó el pie delante del sensor para que la puerta no se cerrase y

ella pudiera entrar y de esta forma unirse a ellos en el interior del cubículo.

—Gracias.

El ascensor descendió hasta la planta baja del edificio y todos salieron en

silencio.

Ya en el exterior, era de noche y la luna brillaba con fuerza bajo un manto

de cielo oscuro. Un aire frío azotó sus rostros y Frank arropó a su hija entre sus

brazos.

Su vehículo no estaba lejos, pero aún debían caminar un par de manzanas

hasta el garaje subterráneo donde estaba estacionado.

El silencio les acompañó una vez más hasta las escaleras de acceso al

subsuelo. Frank aprovechó para acercarse a una de las máquinas de prepago y

luego señaló a Noah donde estaba aparcado su coche. Ésta no pudo evitar abrir

los ojos como platos al descubrir que el coche de Frank se trataba de un

Maserati Quattroporte de color negro. Impresionada, no por el lujo manifiesto

del vehículo sino porque no esperaba que Frank fuese tan vanidoso.

Noah pulsó el botón del mando y las cuatro luces anaranjadas

parpadearon a la vez.

—Kelly, antes de que empieces a hacer conjeturas,

he de confesarte que

este coche no lo he comprado yo, sino que se trata de un regalo que me vi

obligado a aceptar. Yo jamás compraría uno similar. No tengo necesidad de

aparentar lo que no soy. Porque lo que ves, es lo que soy —abrió los brazos

mostrándose ante ella.

Noah sonrió. Le creía, por supuesto que creía en sus palabras. Poco

después Frank aprovechó para abrirle la puerta primero a ella y después a su

hija que jugaba con la Nintendo DS.

Tras subir por la rampa del garaje, Frank encendió el equipo de música sin

recordar que al hacerlo partiría desde la última de las canciones que habían

sonado con anterioridad. En este caso era la última de Eminem y Rhianna “The

Monster”:

“I'm friends with the monster

(soy amiga del monstruo)

That's under my bed (que habita bajo mi cama)

Get along with the voices inside of my head

(me llevo bien con las voces de mi cabeza)

You're trying to save me (Intentas salvarme)

Stop holding your breath (te pido, no te esfuerces)
And you think I'm

crazy” (Y piensa que estoy loca) (. .)

Noah que conducía a través del tránsito

de Manhattan en dirección

a la casa de Frank se quedó paralizada escuchando la letra de la canción. Era

justamente como ella se sentía: Un monstruo.

Tragó saliva recordando con minucioso detalle cada maldito segundo que

había malgastado su vida junto a su marido, Clive. Y estirando de las mangas

de su camisa para que él no pudiera descubrir las marcas de sus muñecas, trató

de concentrarse no tanto en la letra de la canción y sí en la carretera.

(1) Cava: m. Vino espumoso blanco o rosado,

elaborado al estilo del que

se fabrica en Champaña.

346

Capítulo 60

Noah siguió las indicaciones que Frank le fue proporcionado y pronto

llegaron al tranquilo Barrio de Greenwich Village, situado en el bajo Manhattan.

Vivía solo en una antigua pero a la vez acogedora casa de tres plantas, de la

cual, se sentía muy orgulloso, porque se había convertido en su hogar desde

hacía varios años.

La puerta del garaje se elevó y Noah con sumo cuidado aparcó el Maserati

en su interior.

—Gracias —ladeó la cabeza con una amable sonrisa—, gracias por

convencerme de que nos acompañaras hasta casa, no sé en qué estaría

pensando cuando dudé de tu buena intención.

—No te preocupes. Es muy lícito dudar, no me conoces de nada y la

mayoría de las veces suelo pecar de ser demasiado directa.

—Bueno, eres clara. Eso me gusta. Mucho...

Noah agachó ligeramente la cabeza desviando la mirada hacia sus manos.

Lo cierto es que llevaba muy mal la parte de los halagos, al no estar

acostumbrada a que la trataran con respeto, tendía a sentirse demasiado

vulnerable. Era lo más parecido a mostrarse desnuda ante la atenta mirada de

aquellos ojos castaños.

—Se hace tarde.. debería irme..

Frank dejó de mirarla y echó un vistazo al asiento trasero, Charlotte se

había quedado dormida a medio camino. Luego volvió a mirar a Noah,

pensativo.

—¿Quieres subir?

Noah abrió los ojos muy sorprendida. ¿Le estaba proponiendo pasar la

noche juntos?

¿Así, sin más preámbulos? ¡Por el amor de Dios! No bastaba con que fuera

arrebatadamente atractivo, tuviera un cuerpo de infarto y aquellos labios.. que

te dejaban sin aliento a la primera de cambio..

¿Cómo se atrevía? y sobretodo ¿por quién le había tomado?

Frunció el ceño enojada y decepcionada a partes iguales.

Frank se dio cuenta de su desafortunada pregunta e intentó arreglarlo,

como buenamente pudo:

—Quiero decir.. No me malinterpretes.. ha sonado un poco raro y desde

luego no era lo que quería proponerte.. —decía de forma desordenada. Por más

que trataba de explicar sus buenas intenciones, más empeoraba la

situación.

Se rascó la nuca de forma nerviosa.

—Mi intención era asegurarme de que llegabais sanos y salvos a casa.

—Y te lo agradezco, por eso quiero que... subas.

—¿Para qué? —preguntó aún sin comprender.

Frank guardó unos segundos de incómodo silencio.

—Me gusta tu compañía. Me apetecería abrir una botella y charlar, y a ser

posible conocerte un poco más.

Sin duda su ofrecimiento era muy tentador y quizás

en otro momento,

hubiera aceptado. Y sin embargo, seguía teniendo dudas.

¿Podía confiar en él? El confiar en la persona equivocada, podría

proporcionar pistas de su paradero a su marido y eso no podía ocurrir bajo

ningún concepto.

—Una. Una sola copa de vino y te dejaré marchar después. Te lo prometo.

Noah no entendía por qué le costaba horrores darle un no por respuesta,

rotundo y sin tantas divagaciones. ¿Por qué no abría la puerta y se largaba de

allí, pedía un taxi y se ocultaba en su apartamento de la misma forma que lo

había estado haciendo en los últimos tres meses? Pero, algo la retenía. ¿Eran

acaso sus ojos o su mirada tan transparente?

En ocasiones Noah solía tener un sexto sentido para conocer a personas

sin haberlas tratado con anterioridad. Y aunque se negara a la evidencia, con

Frank había sentido un pálpito un tanto extraño de confianza.

—¿Una?

—Una —pronunció fijando los ojos en los suyos con total convicción.

—En ese caso, acepto.

La puerta del garaje se cerró y Noah ayudó a Frank a llevar la mochila de

la niña mientras él la cogía en brazos y subían a la planta de arriba.

Una vez allí, él le propuso que se acomodara mientras llevaba a Charlotte

a su habitación y la acostaba en la cama.

Al quedarse a solas, Noah miró a su alrededor. El salón era amplio y su

mobiliario funcional y al mismo tiempo daba la sensación de ser muy acogedor,

no se observaban excentricidades ni adornos innecesarios. Se acercó a la

chimenea guiada por la curiosidad de unas fotografías. En una de ellas estaba

Frank junto a Charlotte y una mujer joven de unos treinta y tantos años,

morena, de piel blanca y de intensa mirada azul.

En las otras dos fotografías

curiosamente solo estaba él y su hija.

Dejó de mirarlas y seguidamente se sentó en el sofá rinconera, poco

después Frank apareció por la puerta respirando agitadamente como si hubiese

corrido una maratón. Por lo visto había bajado las escaleras desde la tercera

planta a toda prisa.

—¿Te gusta el tinto o el rosado?

—Tinto mejor.

Frank sonrió y volvió a desaparecer en busca de la botella. Tenía en mente

una que reservaba para una ocasión como aquella. No tardó ni un minuto en

estar de vuelta a su lado.

—Monges reserva del 2006. Creo que te gustará —pronunció mientras le

ofrecía la copa.

—Estoy convencida de que así será.

Él esperó a que ella primero lo degustara y luego diera su aprobación.

—Está delicioso.

Por lo visto la chica sabía apreciar su buen gusto por un vino de calidad.

—Lo correcto hubiese sido dejarlo reposar una media hora antes de servir

para apreciar su total potencial aromático.

—¿Cómo entiendes tanto de vinos?

—He pasado gran parte de mi vida entre viñedos. Mis padres tienen

tierras. Estas se han ido heredando de generación en generación.

—En mi caso en cambio, el gusto por el vino lo he heredado de Clive..

Noah calló al instante, había mencionado a su marido, sin darse cuenta.

Sintió palidecer recordando su último día en Philadelphia antes de

desaparecer para siempre:

«Noah cumplía veintiocho años. Llegó a casa como de costumbre. Dejó sus

llaves y buscó a su marido. Él la esperaba en el salón, impecable, vestido con un

traje negro de Armani, camisa blanca y corbata gris plateada. Le recibió nada

más verla cruzar la puerta.

—¿Has tenido buen día mi amor?

—Sí. Aunque estoy algo cansada.

—Eso tiene fácil solución — le respondió cogiendo su bolso y dejándolo

sobre el mueble del recibidor—. Ven. Llevo toda la tarde en la cocina

preparando tu plato favorito.

Ella le sonrió y él separó la silla con caballerosidad. Luego se sentó

despacio acomodándose en ella. Las veces en que su marido se esmeraba en ser

romántico, no había nadie en el mundo que le

igualase.

Clive cogió el mando a distancia del equipo de música y pulsó el botón del

play. El CD que tenía reservado empezó a sonar. Se trataba del último disco de

Demi Lobato que tanto le gustaba a Noah. Ella inspiró hondo, por lo visto se

había acordado de que ese día era su cumpleaños y como si se tratara de un

ritual, cruzó los dedos para que aquella cena de principio a fin transcurriera sin

grandes contratiempos.

Él encendió una a una las cinco velas rojas del candelabro de bronce.

Luego sirvió el vino que llevaba aireándose más de una hora.

—Tu padre me ha comentado que hoy has estado todo el día con el nuevo

residente —pronunció clavando la vista en sus ojos azules al tiempo que

cortaba un trozo de filete con el cuchillo y se lo llevaba a la boca.

Noah se quedó sin aire al instante y empezó a ponerse muy nerviosa. Por

el tono de su voz, creía intuir por dónde irían los tiros.

—Sí, me he visto obligada a estar a su lado para mostrarle el

funcionamiento del centro —titubeó sin darse cuenta.

Clive negó la cabeza con insistencia. Su rostro había cambiado

radicalmente. Arrugando con intensidad cada una de las facciones de su cara.

—¿Eso es todo? ¿No te olvidas de algún detalle? —le preguntó con

frialdad.

Noah se removió incómoda en el asiento y dejó los cubiertos sobre la

mesa, sintió como ambas manos le empezaron a temblar. Trató de mantener la

calma, pero sus piernas también bailaban descompasadas.

—Estoy esperando una respuesta —insistió limpiándose la comisura de

los labios con la servilleta— ¡¡¡AHORA!!!

Del grito que pegó, el cuerpo de Noah dio una fuerte sacudida.

«No, por favor. . Otra vez no, no, no.. Por favor... », se repetía una y otra

vez con los ojos cerrados, como si se tratase de una pesadilla de la que fuese

capaz de despertarse.

—Sabes que no me gusta que me ocultes cosas, Noah... no lo soporto...

—Lo si-en-to.. —imploró en un débil hilo de voz.

—Te han visto en la cafetería con él dijo mientras se levantaba de la silla.

Te han visto muy a gusto con él..

Clive dio unos pasos hasta quedarse a su lado.

—Solo hemos.. desayunado. .

Él soltó una fuerte carcajada y luego empuñó la mano golpeando con

fuerza la mesa. Noah se estremeció, apretó con fuerza los ojos y se abrazó.

Estaba tiritando a la vez que trataba con todas sus fuerzas de no romper a llorar

delante de él. Porque eso solía alimentar aún más su ira.

¿Personal? Dime.. ¡¿por qué?! —le volvió a gritar pero esta vez cogió su

plato de comida y lo estrelló contra el suelo. El gran estruendo hizo eco en

aquella sala.

Noah no pudo evitar enmascarar por más tiempo su terror y varias

lágrimas salieron disparadas de sus párpados.

—¡Mírame! —le ordenó.

Ella no se atrevía a mirarle a los ojos. Estaba horrorizada, aterrada y

paralizada al mismo tiempo. Ni siquiera su cuerpo era capaz de responder a sus

estímulos más inmediatos.

—¡¡Mírame perra!!

Clive le cogió del pelo, obligándola a levantar la cabeza. Noah tuvo que

mirarle a los ojos, los cuales estaban encharcados en cólera. Sintiéndose

perdida, indefensa, a merced suya.

Una vez más fue partícipe de la abominable transformación de su marido.

«El Doctor Jekyll y Mister Hyde»

—Eres una perra consentida... que no sabe apreciar lo que tiene. Trabajo

duro. Te cuido. Te venero —relataba estirando cada vez más fuerte su pelo—.

Pero a la que me despisto. . me clavas un puñal por la espalda.

Noah se llevó la mano a su cabeza, tratando de liberarse de su amarre pero

Clive seguía retorciendo su pelo. Ella gimió gritando de dolor.

—¿Te duele?.. Pues esto no es nada comparable a como me siento yo.. —

respiraba agitadamente.

—Suéltame por favor... te lo ruego. . por favor..

Clive no solo ignoró sus palabras sino que además la levantó de la silla

tirando con fuerza de su pelo hacia arriba, arrancándole varios mechones a su

paso. Noah volvió a gritar balbuceando una nueva súplica, la cual únicamente

resonó en el interior de su cabeza.

—¿Cuándo aprenderás la lección? ¿Cuándo?... —sus dientes rechinaban a

cada sílaba y su aliento con olor a tabaco y a vino chocaba contra sus labios—.

Tengo que domesticar tu mal comportamiento.

Clive miró al suelo, al plato y a la comida que yacían aún esparcidos en

este.

—Ahora vas a recoger ese destrozo... pero antes, vas a terminarte la

cena que tanto esfuerzo y tiempo me ha hecho perder.. y todo para nada...

Dicho esto, la lanzó contra el suelo violentamente. Noah cayó de rodillas y

él se agachó para sujetarle nuevamente de la cabeza y obligarla a comer del

plato. O mejor dicho de los añicos que quedaban de lo que antes había sido un

plato.

—¡Come perra! —Exclamó aplastando su cara contra los trozos astillados

de cerámica y la comida

— ¡¡Come!!

Uno de los trozos, se clavaron en su delicada piel y pronto emanó un hilo

de sangre. El cuerpo de Noah seguía temblando, sentía frío, mucho frío.

Conocía a su marido y sabía que no la dejaría en paz hasta que hiciera lo

que le había ordenado. Así que para acabar con aquel infierno lo antes posible,

cogió con las manos uno de los trozos de carne y se lo llevó a la boca. Al

masticar notó que unido al trozo de carne había pequeños cristales de cerámica,

pero eso no la detuvo. Continuó, aunque de vez en cuando sintiera arcadas,

aunque se cortara en ocasiones con aquellos trozos

de cerámica, aunque se

odiara por lo que estaba haciendo.

Clive se sentía muy poderoso. Tenía a su mujer comiendo del suelo, como

él quería. Permaneció allí hasta que casi acabó, no sin antes propinarle una

patada en la barriga que la dejó semiinconsciente retorciéndose de dolor y

limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano, se empezó a despedir

de ella:

—Me largo, pero cuando regrese, quiero ver que todo esto está de nuevo

limpio y ordenado.

Se puso su abrigo largo de paño y su sombrero

preferido.

—¡Ah...! por cierto, saludaré de tu parte a tu amiga Clöe. ¿Sabías que es

una insaciable en la cama? No como tú, que eres pésima. Patética. No serías

capaz de ponérsela dura a nadie ni siquiera proponiéndotelo —se rió con

crueldad.

Cogió las llaves de su casa y antes de desaparecer, le dijo:

—Feliz aniversario..

Noah por fin se quedó sola. Tirada de cualquier manera en el suelo, como

un perro. Aún seguía aturdida por el impacto de la patada y los malos tratos

físicos y psicológicos recibidos aquella misma noche. Se abrazó haciendo un

ovillo y por fin pudo llorar con desesperación. Se sentía perdida, hundida,

ultrajada.. No hacía ni una semana que había enterrado a su madre y ni

siquiera Clive fue capaz de concederle una tregua a su luto.

«Mamá, no puedo más. .»

«Dame fuerzas, porque yo ya no las tengo. .»

«Ya no tengo motivos por los que seguir... luchando, sin perder mi

integridad. . sin perder mi dignidad…»

«Te necesito.. te necesito.. te necesito. . tanto» derramar lágrimas. Acercó

una de sus manos a los trozos de cerámica y eligió el más grande y el que más

desfilado estaba. Dobló cada una de las mangas de su blusa y tras respirar

hondo y profundo, pidió perdón y se rebanó con saña ambas muñecas.

Pronto la sangre empezó a salpicar el suelo y su ropa. Noah se estiró en el

suelo, boca arriba y cerró los ojos esperando su ansiada muerte. Nunca había

estado más tranquila, por fin se sentía en paz consigo misma.

Y entre tanto silencio y su lenta respiración, pudo escuchar como la

canción “Skyscraper” de Demi Lobato sonaba como una dulce melodía en su

cabeza.

352

“Puedes llenarte de mi ilusión romperme todo el corazón como un cristal

que se cae al suelo

Pero te juro que al final sola me voy a levantar como un rascacielos como

un rascacielos

Poco a poco con el tiempo voy a olvidarme de ti no te vas a dar cuenta que

estoy sangrando aquí

Mis ventanas se han quebrado más no me voy a rendir”

Noah entonces tras escuchar aquellas palabras antes de perder por

completo el conocimiento, abrió los ojos y lo tuvo claro como una revelación en

su alma. No iba a morir, no iba a dejarle ganar, no iba a tirar la toalla.. Iba a

vivir, iba a luchar aunque fuese la última cosa que hiciera.

«Vivir o morir»

«Elijo vivir. .»

Y dicho esto se incorporó tambaleándose hasta la mesa. Había perdido

mucha sangre. Casi a tientas con la visión borrosa logró taponar sus lesiones

con un par de servilletas de ropa. Luego sin perder más tiempo, entró en uno de

los cuartos de baño donde guardaba el botiquín de primeros auxilios y se vendó

ambas muñecas con gasas y esparadrapo. Había logrado frenar la hemorragia.

Se lavó la cara y las partes del cuerpo que seguían teñidas de rojo. Después

cogió una caja de antibióticos y un par de jeringuillas por si más tarde tuviera

fiebre a causa de la infección. Salió de allí y entró en su dormitorio. Se cambió

de ropa teniendo cuidado de no hacerse daño en las muñecas con el roce. Buscó

en el fondo del armario aquella cajita que escondía por si un día reunía el coraje

suficiente para abandonarle. Y ese día había llegado. La abrió y mirando el fajo

de billetes de cien dólares unidos por una goma, cerró los ojos y estrechándolos

entre sus manos, volvió a cerrarla de nuevo.

«Este es mi pasaporte hacia una nueva vida»

«Adiós Clive»

«Adiós Noah.. »

Salió de la casa, sin equipaje, sin identidad, enterrando el pasado en los

cimientos de aquella casa, para no regresar jamás»

—Kelly... ¿te encuentras bien?

Frank trataba de hacerla volver en sí. Acercó la mano a su mejilla que

seguía pálida como la nieve. Rozó con sus yemas su piel, estaba tan fría como

un témpano, manteniendo aquella mirada tan absorta y tan perdida que se

alarmó.

—Kelly... vuelve... por favor..

Noah escuchó su voz entre susurros y como si de un sueño se tratara, se

despertó de su ensimismamiento, regresando de nuevo a su lado.

—¡Dios!... Kelly.. ¿qué es lo que te pasa?

Tras volver en sí, se encontró con la mano de Frank sobre su mejilla y

asustada retrocedió en el sofá.

—Debo irme.

Bajó casi de un salto del sofá y corrió a la puerta del recibidor. Frank

siguió sus pasos.

Noah, sin ponerse la chaqueta abrió la puerta de la calle. Frank antes de

dejar que saliera de allí sin saber qué era lo que le pasaba, le cerró el paso.

—¿Es por algo que he dicho o he hecho?

—No —negó sintiendo que una lágrima afloraba de la comisura de sus

ojos azules.

—Entonces no te vayas —le dijo mientras le cogía de una de las manos y

acariciaba con la otra su muñeca.

Frank notó aquellas cicatrices que marcaban su piel. Abrió los ojos

extrañado al tiempo que deslizó la manga de su

blusa para verlo más de cerca.

Aquellas marcas aniquilaban de lado a lado la delicadeza de su piel.

—¡Dios... Kelly! ¿Pero qué te han hecho?

Ella agachó la cabeza y escondió sus manos en la chaqueta.

—Por favor, déjame salir..

—pronunció mientras alzaba de nuevo la mirada encontrándose con la

suya.

Miró a través de sus ojos suplicantes su verdadera necesidad por huir de

allí.

Así que dejó de cerrarle el paso, muy a su pesar, abrió un poco más la

puerta y la dejó marchar.

354

Capítulo 61

Noah salió del taxi y como una ráfaga de aire, corrió rauda y sin detenerse

escaleras arriba hasta su apartamento. Entró en su interior y tras cerrar la puerta

se quedó varios minutos con la respiración agitada y todo el cuerpo tembloroso

apoyado en la madera.

Clive y Frank. ¿Cómo podían existir dos personas más diferentes en este

mundo? Uno era la antítesis del otro.

Su corazón empezó a martillear su pecho más intensamente al tiempo

que su lengua acariciaba su nombre de nuevo: Frank..

«Huye cuanto antes de mi vida.. No soy buena para ti. . Estoy demasiado

rota por dentro. .»

Noah zarandeó la cabeza y unos mechones golpearon su rostro. Trató con

todas sus fuerzas de borrar los intensos ojos de Frank de su mente. ¿Por qué no

podía dejar de pensar en él? ¿Por qué?.. ¿por qué?

Se descalzó y dejó la chaqueta y el bolso colgados en la percha.

Caminó hacia el

iPod.

Necesitaba escuchar aquella canción... una vez

más, sola, en completa

soledad.

Se apoyó en la pared y tras inspirar muy hondo se deslizó por ella hasta

sentarse en el suelo y envolver las rodillas con sus brazos al tiempo que hundía

la cabeza entre las piernas.

Los primeros acordes del piano de la balada “Trust Issues” de Emmalym

& Dj Hunt, invadieron lentamente sus tímpanos y poco a poco se apoderaron

de su alma.

Cerró los

ojos con desesperación sin dejar de llorar.

De repente, alguien aporreó con vigor la puerta de la calle. Noah levantó

ligeramente la cabeza mirando a aquella dirección sin moverse del sitio. ¿Quién

podría ser a estas horas? ¿Gabriel? Esperó unos segundos más en silencio,

convencida de que si no hacía demasiado ruido, ese alguien, se marcharía. Pero

por desgracia no ocurrió así, sino todo lo contrario, la intensidad de los golpes

se agravó por momentos.

Noah, entonces, no tuvo más remedio que incorporarse y acercarse hasta

allí, caminando de forma silenciosa y sorbiendo por la nariz a la vez que secaba

sus lágrimas en las mangas de la camisa.

Abrió la mirilla y ojeó a través de ella. Era él.

355

Su corazón empezó a palpitar a un ritmo frenético y su cuerpo a

experimentar una extraña sensación, por lo visto algo estaba comenzando a

crecer en su interior a marchas forzadas: "las famosas mariposas revoleando en

su estómago".

—Kelly, ábreme la puerta por favor.. sé que estás ahí... —suplicó casi

entre susurros. Sabía que estaba en casa porque era capaz incluso de notar su

presencia al otro lado—. Necesito saber que estás bien... y no pienso marcharme

hasta que me dejes entrar.. Puedo esperar toda la vida.. incluso toda la

eternidad..

«Cabezota», murmuró ella.

Luego tras inspirar profundamente, deslizó las yemas por las cicatrices de

sus muñecas una vez más recordando lo que fue y reuniendo todo el valor

necesario para dejar de darle de una vez por todas, la espalda a la vida.

Justo después, soltó todo el aire que retenía en sus pulmones y con

determinación, giró el pomo de la puerta.

Noah abrió los ojos al verle. Frank respiraba con dificultad, tenía el pelo

revuelto y sus pupilas estaban completamente dilatadas.

Ambos permanecieron en el sitio, mirándose, lidiando por separado cada

uno con su propia batalla interior.

De pronto, Frank casi sin apenas meditar dio un paso al frente,

acercándose con cautela. Noah abrió la boca al notar que le faltaba el aliento

viendo como se acercaba.

—Kelly... yo NO soy él.

Y dicho esto dio un nuevo paso y luego otro hasta quedar a menos de

medio metro de su cuerpo.

Noah en un intento fallido por evitar volver a

derramar más lágrimas,

empezó a llorar. Y en ese instante Frank quiso arriesgarlo todo, a sabiendas de

que era muy probable que ella lo rechazara. Secó con los pulgares aquellas

gotas que mojaban sus mejillas para después poder

acariciarle delicadamente y sin prisas su rostro.

Noah cerró los ojos y él la miró como si necesitara aprenderse cada rasgo

de su cara. Con ternura rozó su delicada piel, regalándole varias caricias.

—Yo NO soy Clive.. Yo jamás te haría daño..

Noah abrió los ojos como una revelación.

Frank deslizó ambas manos alrededor de su cuello para llegar hasta su

nuca. Acercó los labios a su boca, y la besó muy despacio con tanta dulzura que

parecía que fuesen uno solo.

Nunca antes nadie le había besado igual y muy probablemente nadie lo

volvería a hacer.

356

Frank cerró la puerta tras de sí ayudado del talón y ella abrió los ojos

regresando de nuevo a la cruel realidad.

—Márchate antes de que puedas arrepentirte..

—No pienso irme —decía sin dejar de rozar su cara con dulces caricias—,

déjame entrar en tu vida, déjame cuidarte...

—No.

—¿Por qué? Dame una buena razón y desapareceré para siempre de tu

vida.

Ella le miró suplicante.

«Por favor, no me obligues a enseñarte mis demonios... por favor»

Frank estaba esperando la respuesta de por qué debía irse, sin más. A

Noah en cambio solo le bastó recordar cada una de las cicatrices de su cuerpo y

quién se lo había ocasionado, para reaccionar.

—Porque tengo demasiadas cicatrices en mi alma.

Frank tras escuchar de su boca aquellas palabras, se estremeció sin poder

evitarlo.

¿Cómo podía existir un solo ser humano que quisiera causar daño a aquel

ángel de ojos azules?

Él insistió:

—Déjame curarte..

Noah negó con la cabeza una vez más. Tenía que hacerle entender que

debía desaparecer cuanto antes y si para conseguirlo tenía que asustarle, lo

haría.

Así que dio un par de pasos atrás sin dejar de mirar en ningún momento

aquellos ojos oscuros.

—Tus ojos únicamente pueden ver mi rostro pero no son capaces de ver el

monstruo que realmente soy.

Noah llevó las manos al primer botón de la camisa mientras Frank seguía

los movimientos con atención.

Ella comenzó a desabrochar lentamente uno a uno los botones de su

camisa. Al llegar al último botón, hizo una pausa. Tragó saliva, necesitaba

reunir fuerzas para no romper a llorar y poder mostrar su alma desnuda ante él.

—Esto es lo que soy... — pronunció al tiempo que cerraba los párpados y

abría la camisa, mostrándole así su cuerpo.

Al instante las pupilas de Frank se dilataron, bañándose con lágrimas de

impotencia y de rabia. El monstruo no era ella, sino el malnacido que le marcó

de aquella forma para el resto de su vida.

357

Tenía decenas de quemaduras de cigarrillo en los pechos y en el vientre.

Noah al poco después se giró y dejó caer la camisa mostrándole que en la

espalda habían muchas más marcas. Producidas presumiblemente por un

cinturón o una vara de hierro.

Frank estaba tan sumamente horrorizado por lo que acababa de presenciar

que sentía como si le hubiesen arrancado de cuajo su corazón y después hecho

pedazos.

Sobraban las palabras. No era necesario decir nada. Quien le propinó esas

marcas merecía arder en el infierno una y otra vez.

Frank le cubrió la espalda con la camisa y después la abrazó, rodeándole

con sus fuertes brazos.

—Ahora que ya conoces a mi monstruo, sobran las excusas para que

desaparezcas de una vez por todas de mi vida... —le susurró sin dejar de

temblar.

—No pienso irme a ningún lado —dijo firme y

seguro—. Porque es aquí

donde quiero estar, porque es contigo con quien quiero estar.

Le dio la vuelta con cuidado y tras mirarla intensamente a los ojos, le

sujetó de la barbilla y la volvió a besar pero esta vez con mayor fervor, como si

le fuera la vida en ello, como si no existiera un mañana.

Y por primera vez en su vida, Noah empezó a dejar de sentir miedo.

Poco después Frank dejó de besar sus labios para dedicar su atención a

besar su cuello, con besos cortos y delicados. Noah sintió estremecer

todo su cuerpo.

—Déjame cuidarte como te merece susurraba mientras descendía por el

hueco de sus pechos y besaba cada una de las horribles cicatrices. Luego se

detuvo en su vientre y realizó la misma operación. Besó con esmero cada nueva

cicatriz que descubría.

Noah no podía dejar de tiritar.

—No me hagas esto... no puedes quedarte en mi vida, no debes..

—Chist... —le silenció en un susurro—. Por favor, cierra los ojos y

siénteme...

Frank se incorporó y cogiendo de su mano la guió hasta la única

habitación del apartamento. Ella esta vez ni siquiera se lo impidió.

Al llegar junto a la cama la miró una vez más hasta perderse en la

profundidad de su mirada azul. Necesitaba encontrar en ella una especie de

aprobación o en algún gesto suyo o en alguna palabra de aliento.

Y entonces ella pronunció sin vacilar:

—Confío en ti.

Frank sonrió levemente, era cuanto necesitaba escuchar.

Cogió sus manos y las llevó hasta el cuello de su camisa para que fuese

ella quién tomase la iniciativa. Y así lo hizo. Comenzó a desabrochar lentamente

cada uno de los botones. Al acabar Frank quedó con el torso descubierto

permitiendo así que Noah pudiera ser partícipe de su belleza masculina.

Noah deslizó sus manos tímidamente por sus pectorales y en el escaso

vello rizado que se dibujaba como una sombra sobre el esternón.

Abrió los ojos sorprendida.

Tenía una marca.

Frank al darse cuenta de su hallazgo, enarcó una ceja, luego sonrió y

finalmente se encogió de hombros.

—Como ves, todos tenemos cicatrices.

Y después de aquellas palabras la tumbó con cuidado sobre las sábanas y

le hizo el amor con calma y con mucha dulzura.

Noah aquella noche pudo descubrir por primera vez en su vida, lo que era

sentirse cuidada, venerada y tratada con respeto, sin temor a recibir

humillaciones, vejaciones y violaciones hacia su persona y hacia su integridad.

Al acabar de hacer el amor, Noah se acurrucó entre los brazos de Frank y

se desahogó, llorando desconsoladamente.

Se había dado cuenta de que había malgastado su tiempo y parte de su

juventud al lado de un sádico sin escrúpulos. No solo no la había amado sino

que tampoco la llegó a desear nunca como mujer.

Noah, al poco después, sin darse cuenta se quedó dormida entre sus

brazos.

Capítulo 62

Era 21 de diciembre. Faltaban pocas horas para que el otoño abandonara

las calles de Manhattan y diera paso a los fríos días del invierno. Ya habían

transcurrido casi tres meses desde que Gabriel vio por última vez a Jessica.

Desde aquel entonces no habían mantenido ningún tipo de contacto. Ni una

llamada, ni siquiera un simple mensaje de texto. Así que día a día la esperanza

de volver a verla se fue desvaneciendo hasta el punto de resignarse a la

evidencia y dejar de seguir esperándola.

Gabriel caminaba taciturno hacia Andrews&Smith, degustando con

tranquilidad su primer cigarrillo de la mañana. A medio camino hizo una

parada para comprar su ración de café bien cargado en un foodtruck.

—Parece que va a nevar — dijo el joven mientras se frotaba las manos

esperando su dólar cincuenta.

—Sí, eso dicen —añadió Gabriel mirando al cielo y pagando el café.

El joven le entregó el cambio y después se colocó un gorro de lana de

llamativos colores en la cabeza.

359

—Que tengas un buen día.

—Gracias, igualmente —le sonrió guardando la moneda en el bolsillo

trasero del pantalón.

Gabriel apagó el cigarrillo y aprovechó para calentarse las manos con el

vaso. Luego siguió su camino, a tan solo un par de manzanas más al norte,

llegaría al edificio para encerrarse en su despacho como venía

siendo

habitual, hasta la hora del almuerzo. Pero

aquel día iba a

ser diferente.

Una llamada telefónica rompió aquella rutina.

Dio un último sorbo al café mientras acercaba la mano al aparato para

descolgar el auricular. La lucecita le informaba de que se trataba de la extensión

25.

Levantó ambas cejas sorprendido.

«¿Robert? ¿Qué mosca le habrá picado ahora?»

Desde la marcha de Jessica no habían cruzado una sola palabra.

Dejó el vaso sobre la mesa y salió de su despacho

cruzando el largo

pasillo. A medio camino se encontró con Frank.

—Buenos días.

—Buenos días Gabriel,

¿a dónde vas?

—El jefe, que por lo visto quiere verme —sonrió con sorna.

Las cejas de Frank se levantaron ligeramente.

—¿Y no te ha dicho qué es lo que quiere?

—Al parecer no —respondió encogiéndose de hombros.

—Bueno, en ese caso.. que tengas suerte —le palmeó la espalda.

Gabriel empezó a caminar y luego se giró para

llamar la atención de Frank

desde la distancia.

—¿Comemos juntos?

—Lo siento, hoy no va a poder ser. Kelly quiere aprovechar para ir de

compras. Ya sabes.. cosas de mujeres y la obsesión por tenerlo todo

controlado... Lleva toda la semana nerviosa porque no quiere dejar nada al azar

y olvidarse de algún detalle para la cena de nochebuena.

—Pues en ese caso nos vemos luego.

Tras despedirse, entró en el despacho de Robert. Este estaba sentado en su

sillón de piel negro hablando por teléfono sin

dejar de mirar a través del gran

ventanal. Gabriel se acercó tomando asiento en silencio.

—Sí. Cariño ya sabes que estoy en continuo contacto con el Doctor Olivier

Etmunt. No. Bueno, eso depende...

En ese instante Robert se giró encontrándose con los ojos de Gabriel.

—Cariño, debo dejarte... tengo visita. Te llamo luego, pero antes debes

prometerme que vas a seguir a pies juntillas la medicación... Sí. Te quiero.

Adiós.

«¿Medicación?¿Te quiero?. .», pensó Gabriel para

sus adentros.

Que supiera, Robert no tenía ninguna relación reconocida, salvo la que

había sido de dominio público con... Jessica.

Gabriel abrió los

ojos.

¿Cabía la posibilidad de que la conversación que Robert acababa de

mantener fuese con ella? Y de ser así, significaría que aquel era el número de

teléfono de ella. De ser así, debía conseguirlo como fuese. Jessica desde hacía

tres meses no se dignaba a contestar sus llamadas, de hecho cada vez que lo

intentaba se escuchaba la voz impersonal de una

máquina diciendo: “El número

marcado ha dejado de ser operativo”.

—Te he citado un lunes a primera hora, porque tengo algo importante que

proponerte —le dijo cruzando las piernas al tiempo que estiraba la espalda en el

asiento.

—Tú dirás.

—Como bien ya sabes en estas oficinas no vamos sobrados de personal.

Gabriel asintió.

—Pero se ha presentado una inmejorable oportunidad.

Robert giró la pantalla de su ordenador para que pudiera mirar en ella

mientras le mostraba una fotografía.

—Supongo que

estarás

al corriente del último proyecto que

desde hace meses andamos detrás.

—Sí, el del puente de Cleveland.

—El mismo.

—Pues no solo se han avanzado las obras sino que necesitan a alguien allí,

para antes de ayer.

—Y has pensado en mí.

—Así es.

«Elegante forma de deshacerte de mí, ¿no

Robert?»

Gabriel sonrió solo a medias con sarcasmo y Robert sin dejar de ocultar su

regocijo, respiró victorioso inflando el pecho como si se tratase de un pavo real.

—¿Eso significaría pasar fuera los próximos dos años?

—Cierto.

—¿Puedo meditarlo o se trata de una decisión definitiva?

—Lo segundo.

Gabriel arrugó el entrecejo.

«¡Serás cabrón!»

No tenía opciones. Eso significaba mudarse: cambio de apartamento, de

ciudad y volver a empezar una nueva vida en otro lugar.

De repente, alguien llamó a la puerta. Era Alexia.

—Perdón.

—¿Sí Alexia?

—La visita de las diez aguarda en la sala de juntas —dijo con timidez.

—Enseguida voy.

Pero Alexia no se movió del sitio poniendo cara de circunstancia.

—¿Algo más? —preguntó resoplando por la nariz.

—Me han dicho que disponen únicamente de media hora. Luego han de

tomar un avión a Méjico.

Robert carraspeó y luego se levantó del asiento.

—Seguiremos hablando más tarde, Gabriel.

«Claro, para darme la patada en el culo que ansiabas desde hace meses»

La estancia quedó vacía en cuestión de segundos. Robert entró en la sala

de juntas, Alexia regresó a recepción y Gabriel tras disimular que se encerraba

en su despacho, volvió a salir para entrar con sigilo en el de Robert.

Ajustó la puerta tras de sí y sin perder más tiempo, corrió al escritorio.

—Veamos... —descolgó el teléfono buscando en el menú la última

llamada— ¡qué extraño!

El prefijo que encabezaba la numeración, no era internacional como

esperaba.

Gabriel no lograba entender.

¿No se presumía que Jessica estaba en Londres? Quizás había

malinterpretado la conversación de Robert y tal vez no había estado hablando

con ella. De todos modos, necesitaba salir de dudas. Así que, sin apenas

meditarlo, presionó con decisión el botón de rellamada: Un tono, dos.. tres... y

al cuarto una voz femenina dio respuesta:

—¿Robert? ¿Qué te has olvidado decirme esta

vez?

Aquella voz sonó débil

al otro lado del hilo telefónico.

Gabriel se quedó mudo.

Hacía tres meses que no escuchaba aquella voz. Casi la había olvidado, al

igual que su rostro y sus preciosos ojos azul zafiro.

Notó como un doloroso nudo se le empezaba a formar en la garganta

impidiéndole pronunciar sonido alguno.

—¿Robert? ¿Sigues ahí?

Jessica apretó un poco más el auricular a su oído, pero no escuchaba nada,

salvo lo que le parecía la agitada respiración de alguien.

—Tú no eres Robert.. ¿quién eres? —preguntó confundida.

Cuando Gabriel estaba decido a responderle, la puerta del despacho se

abrió de par en par y una mirada glacial lo fulminó desde la distancia.

—Pero... ¡¿se puede saber qué coño estás haciendo Gabriel?!

Él retiró el auricular de su oreja y reteniéndolo entre su mano, miró en

aquella dirección.

—¡Largo de mi despacho!

Gabriel miró a Robert, luego al auricular y por último a la pantalla.

Disponía de poco tiempo así que trató de memorizar en su cabeza los números

antes de colgar.

—¿Estás sordo?... ¡Largo! — gritó extendiendo el brazo señalando a la

puerta.

Asintiendo a regañadientes, Gabriel cruzó la estancia no sin antes

preguntarle una última cosa a Robert.

—Jessica nunca ha viajado a Londres ¿verdad?

Robert arrugó la frente y sus labios se convirtieron en una fina línea.

—¿Qué estás insinuando?

—No lo

insinúo.

Lo

creo firmemente.

Gabriel apretó los dientes y luego soltó el aire con fuerza.

—¿Dónde está Jessica?

—En Londres. Robert sonrió.

—¿Acaso me tomas por idiota?

Como la respuesta no llegó, Gabriel dio un nuevo paso y lo miró con un

profundo odio, el mismo que Robert sentía hacia él.

—¡¿Qué le pasa a Jessica?!

¡¿Por qué no

está en Londres?!

¡¿Por qué no sé nada de ella desde hace tres putos meses?!

Gabriel estaba a punto de perder los estribos. El silencio de Robert unido a

su peculiar chulería estaba consiguiendo que el hervor que sentía en sus

entrañas pronto estallara hacia el exterior.

—¡Habla joder! Robert se echó a reír.

—¿O qué?

—O te juro que...

Robert se rió esta vez de forma escandalosa.

—¿Me estás amenazando? No me hagas reír —

dijo pasando por su lado

ignorándole deliberadamente—. No te olvides de cerrar la puerta al salir.

Gabriel siguió con la mirada como Robert fue hasta la mesa y buscó algo

en los cajones. Tras encontrarlo, pasó de nuevo por su lado sin mirarle.

Al ver que Robert no pensaba soltar prenda, Gabriel le cerró el paso

intencionadamente antes de que éste pudiera salir.

—¿Qué coño haces?

—Solo quiero saber dónde está —dijo empuñando la mano.

—Pregúntaselo

a ella.

¿Acaso no eras uno de sus amantes? se burló.

Gabriel trató de contenerse con todas sus fuerzas, pero su tono chabacano

y hosco acabó por exasperar sus nervios. Avanzó un paso al frente y volvió a

insistir de nuevo:

—Te lo preguntaré por última vez.. ¿dónde está Jessica?

—En Londres, ya te lo he dicho —concluyó guaseándose.

Robert enderezó su espalda y se colocó bien la americana y la corbata.

—Olvídate de ella, porque ella ya lo ha hecho de ti.

Gabriel empezó a resoplar por las fosas nasales y encolerizado, le agarró

del cuello de su camisa de firma para después estampar su espalda contra la

pared.

—¿Dónde-está-Jessica? —se lo preguntó esta vez más despacio y on mayor

énfasis.

—¿Cómo te atreves?

¡Suéltame o estás despedido!

Gabriel al ver que ni por activa ni por pasiva pensaba confesar. Hizo algo

de lo que no se sintió orgulloso pero que sin embargo hacía mucho tiempo que

quería hacer. Empuñó de nuevo la mano y le asestó un gancho de derecha que

le partió el labio en dos.

—Ahora... ya tienes motivos para despedirme..

Robert soltó un gemido de dolor y maldiciendo se llevó la mano a la nariz

tratando de retener la sangre que salía a borbotones de las fosas nasales. Por lo

visto Gabriel se la había partido.

—¡Hijo de puta! —bramó escupiendo sangre por la boca—. Ya puedes ir

buscándote un buen abogado..

Gabriel hizo oídos sordos mientras salía de aquel lugar, masajeando la

mano con la que le había golpeado. Si a él le dolía horrores no quería ni

imaginar cómo había quedado la cara de Robert.

Instantes después, cruzó a grandes zancadas el pasillo hasta llegar a su

despacho, necesitaba

coger sus pertenencias y su chaqueta, asegurándose así de no volver

nunca más.

Cuando sus pies pisaron el gris asfalto, cogió el teléfono móvil y, tratando

de recordar cada uno de los números, empezó a marcarlos en la pantalla táctil.

«Espero haberlos memorizado bien»

Esperó un tono.

«Vamos... Jessica... contesta»

Esperó un segundo tono.

«Necesito escuchar de nuevo tu voz...»

Y al tercero, alguien contestó:

—Casa de

los

Orson, ¿dígame?

Gabriel cerró los ojos e inspiró hondo, tratando de relajarse para no

asustar a aquella mujer.

—¿Es aquí donde vive Jessica Orson?

—Sí, ¿quién le llama?

—Dígale hizo una pausa. No. Mejor no le diga nada.

Gabriel discurrió algo rápidamente.

—Necesito confirmar su dirección, he de hacer una entrega urgente...

365

Capítulo 63

Gabriel hizo una parada para repostar en una estación de servicio cercana

al condado de Baltimore. Aprovechó para entrar en la tiendecita y preguntar a

la dependienta. No quería perderse, por lo que había investigado antes de salir

de Manhattan, pronto llegaría a Centennial Park en donde la carretera

desaparecía para dar paso a un laberinto de senderos de arena y polvo.

—Serán cuatro con treinta — dijo la muchacha guardando la compra en

una bolsa de papel reciclado sin dejar de mascar chicle.

Gabriel buscó monedas sueltas, dejándolas sobre el mostrador para

contarlas.

—Veinte, veinticinco y treinta..

—Perfecto —guardó las monedas en la caja registradora.

Él aprovechó para sacar de su bolsillo un pequeño trozo de papel doblado

en dos.

—¿Me queda mucho para llegar aquí?

Abriendo el papel, lo extendió sobre la superficie del mostrador. Ella se

colocó unas gafas que tenía colgando del cuello de

un cordel.

—Veamos... —murmuró en voz baja y luego caminó hacia el exterior.

Gabriel siguió sus pasos

— ¿Ves aquel letrero? —Dijo señalando con el dedo— ¿el del otro lado de

la carretera?

—Sí.

—Pues si sigues sus indicaciones, entrarás en una especie de sendero que

te conducirá a través de un bosque bastante frondoso. Al cabo de unos veinte

minutos te toparás con un cruce. Desvíate a la derecha y luego conduce

siguiendo el río.

Gabriel asentía con la cabeza mientras la escuchaba con atención.

—Debes cruzar un viejo puente de madera que está suspendido en el aire

y a unos.. digamos... tres kilómetros llegarás a tu destino a Ellicott City.

—Gracias, me has servido de gran ayuda... —le dijo colocándose de nuevo

el casco y subiendo a la moto.

La muchacha de grandes ojos grises le sonrió y unos simpáticos hoyuelos

se le formaron en el centro de sus mejillas.

—Aquí estamos... para servir.

Dicho esto, se giró y entró de nuevo en el pequeño

establecimiento.

Gabriel arrancó el motor y cruzando la carretera se adentró en el estrecho

sendero.

A varios kilómetros después vio un claro y en el centro una bonita casa de

madera de tres plantas con un extenso y cuidado jardín delimitado por un

vallado.

Detuvo la moto y quitándose el casco la observó desde la distancia. Tuvo

que permanecer unos minutos tratando de mentalizarse. Jessica estaba a solo

unos metros y sin embargo, se sentía contrariado. Jamás había tenido tanta

necesidad de ver a alguien, pero por otro lado la incertidumbre de no saber cuál

sería su reacción al verle después de tres meses, le carcomía por dentro.

Sacó su móvil del bolsillo de la cazadora de piel y buscó en el archivo de

imágenes aquella fotografía, la única que tenía de ella, la que se hicieron

instantes antes de entrar en la tienda de tatuajes en el SoHo.

Inspiró hondo y supo enseguida por qué estaba allí: Por ella...

Guardó de nuevo su móvil y asegurándose que en el otro bolsillo de la

cazadora seguía a buen recaudo la cajita que había recuperado del fondo de su

armario, giró el manillar acabando de llegar hasta la casa.

Ayudado por el empeine colocó el caballete y justo antes de bajarse de la

Ducatti, trató de respirar con normalidad. Las manos hacía rato que le

temblaban y su pulso se había descontrolado. Estaba tan cerca. Después de

tantos días en soledad preguntándose los motivos por los cuales no

contestaba a sus mensajes ni a sus llamadas. Y por primera vez en su vida,

sintió miedo. Miedo a descubrir la verdad. A saber que no sentía lo mismo que

él y que no le amaba de la misma forma.

Tragó saliva costosamente y alimentó sus

pulmones de oxígeno

inspirando con fuerza una nueva bocanada de aire.

De repente, unos pasos se acercaron con sigilo tras él, deteniéndose a

escasos metros.

—¿Te has perdido?

Gabriel se giró buscando aquella voz. Cuál fue su sorpresa al encontrarse

con una mujer de unos sesenta años, de cabellos ondulados parcialmente grises,

y recogido a ambos lados con un par de horquillas, despejando de esta forma su

ovalado rostro.

La mujer se acercó unos pasos más, había salido un momento al jardín

para dar de comer a Tobby, su pastor alemán, olvidándose de ponerse las gafas.

Había perdido bastante visión en los últimos años y sin ellas solía ver algo

borroso.

—¿Eres Gabriel? ¿Verdad?

Sorprendido asintió en silencio notando como su corazón daba un brinco.

Si Jessica había hablado de él, quizás no todo estaba perdido.

—¿Dónde está Jessica? — preguntó nervioso.

El rostro de aquella mujer se contrajo en segundos y sus ojos se bañaron

ligeramente de lágrimas.

—Primero tenemos que hablar.

Acabó de acercarse y luego le agarró del brazo con cariño.

—Me llamo Amanda Orson, soy su madre.

Gabriel trató de sonreír pero en su fuero interior algo le avisaba de que lo

que iba a encontrarse no iba a ser de su agrado.

Amanda abrió la puerta y juntos entraron en el interior.

—Ven. Siéntate en el sofá — le dijo señalando el mueble—, mientras

prepararé café.

—Gracias —pudo lograr decir al fin. Aún sin dejar de percibir aquel

angustioso malestar.

Antes de sentarse cogió uno de los cuatro cojines y lo apartó a un lado.

Juntó las manos y empezó a hacer crujir los nudillos al tiempo que uno de sus

pies taconeaba de forma nerviosa el gres.

«¡Dios!... Muero por fumarme un cigarrillo.. »

Afortunadamente la mujer pronto regresaría a su lado.

—¿Te gusta con leche?

—No. Prefiero solo. Amanda sonrió tímidamente.

—Igual que Jessica —dijo para sí misma.

Gabriel inspiró hondo al tiempo que veía como ella rellenaba dos tazas de

porcelana.

—Déjame adivinar: sin azúcar.

—Así es.

La mujer sonrió de nuevo y negando con la cabeza se sentó a su lado. Le

ofreció la taza y tras poner leche y dos terrones de azúcar a la suya comenzó a

hablar de su hija:

—Sé que Jessica no te ha explicado los motivos por los cuales está aquí.

Únicamente lo sabemos su padre, Robert y yo. Porque esa fue su voluntad.

Gabriel no supo por qué pero empezó a sentir frío y malestar de golpe.

Tenía un mal presentimiento.

—Solo deseo que por el bien de ella hayas venido

porque te importa de

verdad. Porque la amas y porque no la harás sufrir.

—La amo —dijo con firmeza.

Amanda entonces deslizó la mano sobre una de sus mejillas que seguían

frías como témpanos.

—En ese caso, creo que tienes todo el derecho de saber que está enferma.

Gabriel se quedó inmóvil, paralizado, en estado de shock. Jessica jamás lo

abandonaría todo a no ser que su vida corriera peligro de forma inminente.

—¿Cuánto tiempo le queda?

Durante un rato Amanda guardó silencio porque le dolía en el alma tener

que contestar a aquella pregunta, de la misma forma que aún se resistía a tirar

la toalla para resignarse a la realidad.

Dejó su café reposando sobre la mesita de cristal y luego miró con

admirable valentía a los ojos verdes de Gabriel.

—Poco. Muy poco... La enfermedad avanza muy rápido. Cada día que

pasa es como si en ella pasaran años.

Gabriel se llevó las manos a la cara y luego se tapó con ellas los ojos. Él

que había tratado de mantener la compostura en todo momento, no pudo

soportarlo más y se derrumbó ante ella comenzando a llorar como un niño.

Amanda guardó silencio una vez más llevándolo a su regazo para

abrazarle con ternura.

Cuando pudo tranquilizarse, lo acompañó al piso de arriba donde

Jessica descansaba. La medicación y los parches de morfina la mantenían en un

estado somnoliento la mayor parte del día. Al llegar al final del pasillo,

Amanda le indicó que aquella era la puerta.

—Ten en cuenta que la persona que vas a ver ahora, no es la misma que

recuerdas —le miró a los ojos con profundidad y luego prosiguió—: Mi hija ha

perdido mucho peso y debido a la disminución de plaquetas y de glóbulos rojos

le han aparecido manchas negras y azuladas por toda la piel, y petequias(1)

tanto en el cuello, como en el pecho.

Amanda buscó un pañuelo en el bolsillo de su bata de cuadros para

secarse con él los ojos.

—Suele vomitar casi a diario y tiene una fea tos seca.

Gabriel sintió escalofríos imaginándose el horror por el que Jessica estaba

padeciendo.

—Supongo que querrás estar a solas un rato. .

Él asintió.

—Estaré en la biblioteca por si me necesitas. Intentaré leer un rato antes de

irme a dormir.

—Gracias Amanda, gracias por todo.

Le sonrió con amabilidad antes de desaparecer hacia la planta de abajo.

Gabriel se quedó solo envuelto del silencio del pasillo unido a su agitada

respiración. Estaba a punto de verla, después de tres interminables meses.

Había esperado tanto y sin embargo cuando llevó la mano al pomo de la puerta

para girarlo, lo retiró violentamente como si este le abrasara la piel.

«Vamos... Gabriel. . Jessica está ahí mismo... demuestra que has venido

por ella.. no te acobardes ahora»

Dándose ánimos a sí mismo, lo volvió a intentar. Llevó la mano de nuevo

al pomo y esta vez pudo girarlo sin problemas. La puerta se abrió filtrando la

luz del pasillo, tiñendo de color la oscuridad que hasta ese momento invadía

por completo la habitación.

Luego, apoyando ligeramente la espalda en el marco, la observó desde la

distancia durante segundos, minutos quizás... perdió incluso la noción del

tiempo. A pesar de que había decidido no entorpecer su descanso y dejarla

dormir, fue incapaz de seguir permaneciendo inmóvil en el sitio.

Caminó despacio sin hacer ruido y cuando quedó frente a ella se inclinó

para besarla con dulzura en los labios.

A pesar de la oscuridad pudo ver el rostro pálido y cadavérico de Jessica.

Su madre no le había engañado, aquel cuerpo femenino que dormía bajo

aquellas sábanas, distaba mucho de lo que un día fue ella.

Notó como el alma se le encogió y un sentimiento de impotencia se

apoderó de su ser. Era consciente de que, su enfermedad día a día le estaba

ganando la batalla, pero aun así no iba a permitir

dejarla marchar sin luchar.

Sonrió con tristeza y después le susurró al oído:

—No quiero volver a perderte.. nunca más. .

Gabriel suspiró y tras retirarle un mechón que reposaba en la frente, la

dejó de nuevo sola, para que pudiera descansar. Bajó las escaleras y salió al

porche. Necesitaba respirar aire fresco. Necesitaba evadirse por unos momentos

y encontrar algún sentido a toda aquella desdicha.

Se llevó la mano al bolsillo de la cazadora y sacó la cajetilla de cigarrillos.

Al abrirla, se echó a reír tras darse cuenta de que no quedaba ninguno en su

interior.

«¡Genial!», murmuró mirando con osadía hacia el cielo.

—¿Te has propuesto no concedernos ninguna tregua?

Y dicho esto, estrujó el paquete entre sus manos y haciendo una bola, la

guardó en el bolsillo.

Cuando Gabriel se sentó en el pequeño banco de madera de roble, se

colocó los auriculares y buscó en el menú de su iPod alguna canción de

Alejandro Sanz. Su voz le relajaba y en ese momento era lo que más necesitaba,

sin duda.

Acomodó su espalda y reclinó la cabeza hacia atrás al tiempo que cerraba

los ojos, escuchando "Y si fuera ella":

“Ella se desliza y me atropella y, aunque a veces no me importe,

370

sé que el día que la pierda volveré a sufrir

por ella, que aparece y que se esconde,

que se marcha y que se queda, que es pregunta y es respuesta que es mi oscuridad,

mi estrella

Ella me peina el alma y me la enreda, van conmigo.. digo yo,

Mi rival, mi compañera; esa es ella.

Pero me cuesta, cuando otro adiós se ve tan cerca.

Y, la perderé de nuevo. Y otra vez preguntaré, mientras se va y no habrá

respuesta.

Y, si es esa que se aleja... La que estoy perdiendo...

Y, ¿si esa era? ¿si fuera ella"

A media canción la puerta se abrió y unos pasos se aproximaron a Gabriel.

Cuando él abrió los ojos, se encontró a Amanda sujetando a su hija del brazo.

Su piel bajo la luz de la luna aún se mostraba más pálida y su caminar era lento

e indeciso.

Gabriel se quitó los auriculares y dejándolos a un lado, se levantó

rápidamente para recibirla.

Amanda retiró su mano del brazo de Jessica cuando Gabriel tomó el

relevo.

—Os dejo a solas. Si me necesitáis estaré dentro —dijo la mujer

desapareciendo al poco después.

Gabriel ayudó a Jessica acompañándola al banco.

No tenías que haber bajado. Podrías haber esperado a mañana

—dijo él con suavidad.

—Creo que ya has esperado demasiado. Tres meses es mucho tiempo.

Ella inspiró hondo sentándose a un lado dejando sitio a Gabriel.

—Hubiera esperado la eternidad con tal de verte solo una vez más. .

—Gabriel.. no hagas eso..

—susurró con lágrimas en los ojos.

—¿El qué… esto?

Guió su mano hacia su rostro y comenzó a acariciar lentamente su mejilla.

—¿O… esto?

Gabriel le miró unos instantes antes de acercarse para unir sus labios a los

suyos en un dulce beso.

—Perdóname.

—Chist... —le silenció él sellando sus labios con el dedo—. Ahora eso es lo

de menos. He venido. Estoy aquí.. y no pienso huir. Me quedaré a tu lado hasta

el final...

371

(1) f. Med. Mancha pequeña en la piel, debida a efusión interna de

sangre.

372

Capítulo 64

Cuando Gabriel se despertó se encontró abrazando el cuerpo de Jessica.

Eran las cinco de la madrugada y la habitación estaba entre penumbras. Enterró

su nariz en su pelo y lo acarició, quería sentir su olor una vez más.

Antes de salir de la cama, la besó en la frente durante unos segundos.

Nada más poner un pie en el suelo Jessica se removió y en un susurro casi

inexistente, pronunciando su nombre:

—¿Gabriel? ¿Eres tú?

—Sí. Vuélvete a dormir, debes descansar —le dijo besándola esta vez en

los labios y poco después, presa del agotamiento, se durmió de nuevo.

Antes de salir de la habitación y bajar a la primera planta, se quedó

mirándola un instante.

Al llegar al pasillo de acceso a la cocina, vio una hilera de luz bajo la

puerta. Por lo visto alguien más no podía dormir aquella noche. Abriéndola

lentamente y procurando no hacer demasiado ruido, pasó dentro. El intenso

aroma a café le envolvió dándole la bienvenida.

—Buenos días Gabriel —le dijo Amanda mientras separaba la cafetera del

fuego.

—Buenos días.

—¿Te apetece una taza de café?

Como respuesta Gabriel le sonrió y se sentó en una de las sillas junto a la

mesa. Amanda quiso acompañarlo al poco después.

—De un tiempo a esta parte, no consigo dormir

más de cuatro horas

diarias —le confesó rellenando ambas tazas—, por desgracia tengo demasiadas

cosas en la cabeza.

Amanda acercó una de ellas a Gabriel y éste la atrapó entre sus manos. El

calor que emanaba de la porcelana le reconfortaba.

—Ella es mi única hija —le miró a los ojos con inmensa tristeza. —Me he

perdido diez años de su vida los cuales jamás volveré a recuperar. Maldito

orgullo —se culpó.

—Todos en esta vida cometemos errores, lo importante es saber darse

cuenta de ello y tratar de enmendarlos.

Ella asintió agachando la cabeza.

—La vida es injusta. Morirá sin siquiera conocer a su hija — suspiró con

lentitud mirando a sus manos arrugadas y temblorosas.

—Jessica no va a morir... — le rectificó con convicción—, no sin antes

luchar hasta el final. No va a estar sola porque vamos a estar a su lado y pase lo

que pase, no la vamos a dejar caer.

Gabriel le cogió de la mano y la retuvo entre las suyas durante unos

segundos.

—Amanda, no pierdas la esperanza, por favor... porque eso es lo único

que nos queda y es en lo único a lo que podemos aferrarnos.

—Dejé de tener fe y esperanza hace ya mucho tiempo. Desde el día en que

se marchó para no volver nunca más. A partir de entonces, mi vida dejó de

tener sentido.. y cuando por fin la recupero de nuevo, vuelve a abandonarme a

mi suerte.

Se quitó las gafas y se frotó los ojos, las lágrimas le impedían ver con

claridad. Acto seguido, se levantó de la silla y abriendo uno de los cajones de la

alacena, cogió algo de su interior.

—Ella es mi ángel.

Amanda se acercó mostrándole una vieja fotografía.

—Ella es mi nieta.

Gabriel abrió los ojos al ver por primera vez a la

hija de Jessica, sin dejar

de escuchar a Amanda.

—No ha habido un solo día en el cual no me condenara por lo que su

padre y yo hicimos — suspiró con melancolía—. El pasado veinticuatro de

septiembre cumplió veintidós años.

—¿Se sabe algo de su paradero? —inquirió.

—No. Cuando engañamos a Jessica para que firmase la adopción, sin

saberlo renunció también a conocer cualquier información en referencia a los

futuros padres adoptivos.

Amanda hizo una pausa.

—Lo único que logré descubrir es que la adoptó una pareja española pero

nada más. Aparte de tener un par de manchas de nacimiento, una en su pecho y

otra en su pierna.

Gabriel miró con más atención. Y efectivamente, sobre aquel pecho

desnudo había dibujado una bonita marca en forma de flor y en la pierna otra

algo más diminuta.

Permaneció con la mirada clavada en aquel bebé de pocos días. ¿Por qué

le resultaba tan familiar aquella marca? ¿Dónde la había visto antes? Frunció el

ceño pensativo.

—¿Ocurre algo Gabriel?

—Oh... Nada, nada... — balbuceó aún abstraído al tiempo que se rascaba

la cabeza y le devolvía la fotografía.

374

Amanda le dio un beso cargado de sentimiento a la imagen y luego se la

guardó en el bolsillo de la bata.

—Me gustaría hacerme las pruebas dijo inclinándose hacia delante—, si

aún estamos a tiempo. Ella le miró a los ojos, luego guardó silencio durante

unos segundos y después le respondió suspirando con orgullo:

—Por supuesto que puedes hacértelas —añadió

recuperando el aplomo—.

Sin duda tu gesto es noble el cual te honra y también dice mucho de ti.

—Por Jessica estaría dispuesto a hacer cualquier cosa.

«Lo sé, tus ojos no me mienten», pensó Amanda y luego prosiguió:

—Trataré de ponerte en contacto con Olivier Etmunt lo antes posible, él es

su oncólogo.

Gabriel asintió con decisión.

—Él te indicará cuando puedes ir a Manhattan para hacerte la analítica.

A media mañana, Gabriel habló con el Doctor Etmunt. Concertaron una

visita para el día siguiente ya que éste estaba desde el lunes en una conferencia

dedicada a los últimos avances tecnológicos en tratamientos contra el cáncer de

piel.

Al día siguiente, tuvo que madrugar y levantarse muy temprano porque le

esperaba un largo viaje.

Tenía una corazonada pese a la enorme probabilidad de ser incompatible

y de no poder arrancar a Jessica de las garras de la muerte. Tenía que

sobrevivir. Rezó porque todo aquello no se transformara en una simple quimera

ya que necesitaba seguir manteniendo la esperanza.. porque no era capaz de

imaginar su vida continuando sin ella.

Al llegar a las calles de Manhattan, la navidad se hacía presente en cada

rincón y como si de una postal se tratara, un manto blanco cubría parcialmente

las aceras.

Cuando llegó al Bellevue Hospital Center, el Doctor Etmunt enseguida lo

recibió haciéndole pasar a su consulta. Antes de tomar asiento se dieron un

fuerte apretón de manos, dando la sensación de conocerse de toda la vida.

—Te explicaré brevemente en qué consiste ser donante de médula ósea o

técnicamente, de progenitores hematopoyéticos.

Gabriel le escuchaba con suma atención. Había oído hablar vagamente

sobre el tema, pero si era honesto consigo mismo, desconocía cuál era el

procedimiento.

—Te extraerán una muestra de sangre para estudiar tus características de

histocompatibilidad, a partir de ahí tus datos serán incorporados a la Red

Mundial de Donantes Voluntarios y si resulta que eres compatible, te

realizaremos una nueva extracción pero esta vez de sangre medular,

generalmente del hueso de la cadera o del esternón, aunque en ocasiones es

posible utilizar otras áreas, con anestesia epidural o general.

Gabriel permanecía en silencio, con la mirada clavada en sus ojos. No

quería perder un ápice de su explicación y entenderlo todo a la perfección.

—¿Alguna pregunta?

—Creo que no.

Sonriendo amablemente Olivier se levantó de la silla y colocándole la

mano sobre su hombro le acompañó a la habitación contigua.

—Kate. Él es Gabriel Gómez, como te comenté ha venido a hacerse las

pruebas para la paciente Jessica Orson.

La enfermera asintió y el Doctor les dejó a solas, cerrando la puerta tras de

sí.

Gabriel se quedó plantado en el sitio, sin saber muy bien hacia dónde

dirigirse.

—Siéntate aquí, por favor — le señaló una silla —. Primero quiero que

rellenes un cuestionario.

—Claro.

Él tomó asiento mientras Kate le explicaba cómo debía de cumplimentarlo.

Una vez acabado y firmado el consentimiento, le hizo tumbarse en una camilla

mientras ella se colocaba unos guantes de látex.

—¿Has consumido alcohol en las últimas horas?

—No.

—¿Eres alérgico

a algún medicamento?

—No.

—¿Tienes problemas de sangrado?

—No.

—Bien. Pues en ese caso, te iré explicando poco a poco lo que haremos,

¿vale?

Gabriel asintió.

La enfermera le tomó la tensión y acto seguido, le hizo una pequeña

punción para comprobar el nivel de hemoglobina en la sangre.

—Muy bien, parece que todo está correcto.

Cogió una banda elástica y la colocó alrededor de la parte superior de

su brazo. Luego estiró de este y limpiando la parte interior del codo con un

antiséptico, buscó una vena.

—Respira hondo..

Él hizo caso de lo que le pidió y ella aprovechó para introducirle

suavemente una aguja notando a su vez una punzada aguda.

—¿Te ha dolido?

—Un poco —se burló—, yo creo que me he ganado un caramelo.

Con aquel comentario, Gabriel trató de arrancarle una sonrisa y al parecer

lo consiguió.

—De acuerdo, aunque no tenemos caramelos porque provocan caries —

chasqueó la lengua—, pero puedo inflar un guante y pintar una cara sonriente

después.

Gabriel se echó a reír.

—Bueno, te dejo tranquilo unos minutos mientras se va llenando la bolsa.

—Vale.

Media hora más tarde, Gabriel ya estaba

despidiéndose del Doctor Etmunt

y llegando a su apartamento.

«Normalmente, para conocer los resultados de una prueba similar se suele

tardar varios días, pero en el caso de Jessica al apremiar tanto un donante, se

realizaran hoy mismo sin falta. Así que, en cuanto tengamos los resultados, nos

pondremos en contacto contigo. Por lo que te pediría que permanecieras en

Manhattan hasta entonces», hizo un repaso mental, recordando las palabras de

Olivier.

Gabriel aprovechó que estaba en la ciudad para llevarse ropa limpia y

algún que otro calzado. No sabía el tiempo que se quedaría en casa de los

padres de Jessica, pero de lo

que sí que estaba completamente convencido,

era de que no se marcharía de allí sin ella.

Salió del ascensor dándose de bruces con una desconcertante escena, la

cual no esperaba. El pasillo estaba transitado por varios agentes de la NYPD

(New York City Police Departament) y habían cercado con cinta policial la

puerta de su vecino de enfrente, la de Charly y su nieto Scott.

Miró de lado a lado, tratando de saber qué era lo que había ocurrido y por

qué había tantos agentes hablando con los vecinos.

Entre tanta agitación e idas y venidas del personal policial, se encontró en

la distancia con los ojos aterrados de Noah. No se lo pensó ni dos segundos,

cuando empezó a cruzar el pasillo a grandes zancadas y un agente lo detuvo

colocando su palma sobre su pecho.

—Disculpe señor, no puede pasar. Es el escenario de un crimen.

—Vivo en el 7C.

—Acreditación por favor.

Sacó su cartera del bolsillo de su cazadora, buscó su DNI y luego se lo

entregó junto con su permiso de trabajo.

—¿Qué ha pasado aquí?

El agente sin responderle, miró la fotografía impresa en la tarjeta y luego

estudió con detenimiento la cara de Gabriel. Acto seguido, leyó el otro

documento.

—Tenga, puede volver a guardarlos.

—Gracias.

—Ahora, por favor. Debería ir con los demás testigos a prestar declaración

—dijo con una adusta expresión en su semblante, señalando con la mano en

dirección hacia donde se encontraba Noah y otros dos vecinos más.

Enseguida, otro agente vestido de paisano, le cerró el paso impidiéndole

llegar hasta Noah y los demás.

—Nombre.

—Gabriel Gómez Alonso.

—Documentación.

Gabriel no pudo evitar poner los ojos en blanco tras buscarla de nuevo.

El agente repitió de forma mecánica el mismo protocolo que su

compañero. Miró la fotografía, luego estudió su rostro y para finalizar leyó el

permiso de trabajo.

—¿Dónde estuvo entre las 13:00 y la 13:40 del día de hoy?

—Pues... —hizo memoria—. Realizándome unas pruebas en el Bellevue

Hospital Center.

—¿Puede corroborarlo?

—Claro. Puedo darle el teléfono del Doctor Olivier Etmunt.

—Por favor.

Gabriel le cantó en voz alta la numeración completa mientras el agente lo

apuntaba en su libreta negra.

—Mientras realizo las comprobaciones pertinentes, espere allí, junto a las

demás personas.

El agente le mostró un lugar apartado, fuera del escenario para que no

entorpeciera en la investigación, ni pudiera alterar las pruebas.

Al llegar hasta ese grupo de gente, Gabriel quiso encenderse un cigarrillo

pero se contuvo al recordar las recomendaciones de la enfermera a no fumar.

—Toma —le ofreció Kenneth, su vecino del 7D, cuando no puedo fumar

masco uno de estos.

Miró la palma de su mano y cogió el chicle para llevárselo a la boca casi

con desesperación.

Kenneth sonrió cruzando los brazos.

—Gracias.

—Chico, conozco esa mirada, estás tan enganchado como lo estaba yo

antes de diagnosticarme el cáncer. Desde entonces... tiro de esto —abrió su boca

para enseñárselo.

Gabriel sonrió solo a medias. Era escuchar la palabra cáncer y todos sus

demonios revivían de nuevo en el interior de su cabeza.

—Pobre chaval... —le dio un codazo para que le prestara atención—,

presenciar la muerte de su padre debe ser lo peor de esta vida..

Él lo miró confuso.

—¿Han asesinado al padre de Scott?

—Sí. Se rumorea que ha sido un ajuste de cuentas... pero por lo visto, no

descartan otras opciones.

—¿Y Scott? ¿Qué ha sido de él?

—Hace poco más de una hora que los de asuntos sociales se lo han

llevado. . Menudo futuro más incierto le espera al chaval: padre muerto y

abuelo chalado..

«¡Joder!»

«Tendré que averiguar dónde se lo han llevado. Necesito saber que estará

bien...»

De nuevo, sus ojos coincidieron en la distancia con los de Noah, cuando

ésta se giró.

—Kenneth ¿sabes por qué llevan tanto rato con a la vecina del 7B?

Él asintió acercándose un poco más a Gabriel a modo de confesión.

—Por lo visto ella es la que ha avisado a las autoridades. Estaba en el

pasillo justo cuando escuchó los disparos y los gritos.

«¡Mierda, pobre Kelly!, lo que menos necesita en su vida es presenciar

más violencia gratuita»

El agente Spencer Miller estaba concluyendo con el interrogatorio a Noah.

Anotó en su libreta la última frase y después la cerró.

—Bueno, creo que de momento con esto será suficiente — guardó la

pluma junto a la libreta —, solo faltará firmar la declaración, por lo que debe

presentarse hoy mismo en la comisaria.

Noah tras escuchar aquello, empezó a temblar y a palidecer en cuestión de

segundos.

«Clive.. para entonces ya me habrá encontrado.. cuando mi verdadero

nombre sea introducido en la base de datos de la policía, hará saltar todas las

alarmas y sus detectives enseguida me echarán el guante y darán conmigo. . ¡si

me encuentra, estoy muerta! ¡He de preparar las maletas y largarme de aquí

cuanto antes!»

379

Notó que se ahogaba y que le faltaba el aire. Tragó ruidosamente saliva al

tiempo que se abanicaba con la mano.

—¿Le ocurre algo? — preguntó sujetando el liviano cuerpo de Noah

desplomándose ante sus ojos.

Gabriel que pudo ver la escena desde una posición privilegiada, corrió a

su encuentro.

—¡Atrás! —exclamó un nuevo agente interponiéndose a su paso.

—Conozco a esa chica —dijo alargando la mano como si quisiera llegar

hasta ella—, es amiga mía.

—No se lo volveré a repetir.. —le apartó con la mano.

Tratando de controlar sus impulsos, Gabriel dio unos pasos atrás sin dejar

de observar a Noah. Poco a poco ella empezó a recuperar la consciencia, aunque

seguía teniendo los azules ojos de Clive clavados como puñales en su retina.

—Si ya se encuentra mejor puede irse.

Noah continuaba con la mirada perdida.

—Señorita Anderson... —le insistió al verla aún algo dispersa, no olvide

que debe pasar por la comisaria para firmar su declaración. Recuerde que usted

es un testigo directo.

—¿Tendré que estar mucho tiempo allí?

—No más de una hora.

Noah, comenzó a pensar con rapidez.

«En ese caso dejaré las maletas preparadas y cogeré el primer vuelo que

tenga un asiento libre, ni siquiera me importa el destino»

No podía perder más tiempo, así que abrió la puerta de su apartamento

sin detenerse, al tiempo que escuchaba como alguien le pisaba los talones.

—¡Kelly...! ¿Te encuentras bien? —preguntó Gabriel cogiéndola del brazo

antes de dejarla entrar.

—Sí, estoy bien.. — respondió sin siquiera mirarle a la cara.

Después, encendió la luz a tientas.

Seguía demasiado ofuscada porque lo único que le importaba en aquellos

momentos era desaparecer, huir de nuevo...

Capítulo 65

Noah acudió a la comisaría acompañada de Gabriel para formalizar su

declaración en calidad de testigo directo, por el asesinato de Bryan Boewly,

el padre de Scott.

Hacía más de cuatro horas que esperaban su turno con impaciencia, el

cual parecía no llegar nunca. Aunque no era de extrañar, a vísperas de navidad,

la aglomeración en los pasillos se hacía más que evidente, dando la sensación

de estar en el metro de Nueva York, en plena hora punta.

No existía un solo rincón en aquella pequeña comisaría en el que no

hubiese algún borracho, o alguna prostituta mezclándose con ciudadanos de a

pie.

Gabriel comprobó la hora en uno de los relojes de sobremesa: Eran las

20:11.

Resopló con fuerza.

—A este paso nos vemos aquí comiendo las uvas y cantando feliz 2014

—refunfuñó.

—Espero que no sea así... — añadió ella cruzando los brazos bajo sus

pechos.

Gabriel hizo un repaso general a la sala.

—Voy a buscar alguna cosa para beber, tengo la boca seca. ¿Te traigo

algo?

—Agua, por favor.

Mientras Gabriel se dirigía a una de las máquinas expendedoras, Noah

aprovechó para acercarse a uno de los agentes que tenía más próximo.

—Perdone —dijo apoyando las palmas sobre la mesa—. Llevamos

esperando cerca de cuatro horas y media para una simple firma...

—Mire a su alrededor. ¿Cree que los demás están haciendo cola para ir al

cine? —Dijo volviendo la vista al teclado—, ya le llamaremos cuando sea su

turno, mientras tanto, no moleste.

Noah se quedó muda tras su comentario.

«Será grosero»

Enderezó la espalda y regresó al mismo sitio de antes, pero este ya estaba

ocupado por otras personas. No daba crédito, parecía estar viviendo una

pesadilla. Tenía que salir de allí cuanto antes... Si perdía más tiempo, estaba

convencida de que más pronto que tarde, Clive daría con ella.

381

Gabriel volvió al poco después con un par de latas de CocaCola.

—Toma, solo quedaba esto. Las botellas de agua estaban todas agotadas.

Apresuradamente y sin apenas mirarle, se colocó el anorak y agarrándole

del antebrazo, tiró de él hacia la calle. Extrañado, se soltó con cuidado de su

amarre pidiéndole una explicación:

—Kelly ¿qué coño te crees que estás haciendo? No pensarás irte...

—Sí. Ya vendré en otro momento.

—No juegues con estas cosas. Eres testigo de un asesinato.

No es ninguna broma.

—Lo sé, pero no podía seguir allí por más tiempo. Necesitaba salir y

respirar aire fresco.

Gabriel entrecerró los ojos. Sus palabras y sus gestos no eran muy

convincentes.

—No me mires así.

—Te miro así porque no quiero que te metas en problemas.

«Los problemas los tendré como no me lleves de una vez por todas a mi

apartamento, coja las maletas y me marche de Manhattan...»

—Gabriel.. o me acompañas a casa... o me pillo un taxi.. —sonó a

ultimátum.

Él reflexionó. Sabía que no podía obligarla a quedarse ni tampoco iba a

permitir que se marchara sola. Así que, por lo visto, no tenía otra opción.

—Kelly, eres más terca que una mula... y que conste que te voy a llevar a

casa únicamente porque es nochebuena y te quedarías tirada en la calle, al no

encontrar un solo taxi libre en toda la ciudad.

Al volver al apartamento, Gabriel se dio cuenta de que tenía una llamada

perdida del Bellevue Hospital Center.

—Pasaré por mi apartamento a ducharme, coger algo de ropa limpia y

calzado para llevarme a Baltimore.

Ella apartó la mirada.

Sin duda sabía que se trataba de una despedida. Jamás volverían a verse.

Nunca más sabría de la vida de Frank, ni la de él.

De nuevo buscó la mirada de Gabriel y éste vio el dolor reflejado en sus

ojos.

—Kelly, volveré.. no te preocupes... estaré un tiempo con Jessica porque

me necesita más que nunca, pero te prometo que regresaré..

Y antes de que pudiera acabar de hablar, Noah dio unos pasos al frente y

poniéndose de puntillas, le abrazó con fuerza durante un buen rato. Detestaba

tener que huir constantemente pero lo que más le dañaba el alma, era tener que

desaparecer para siempre de la vida de ambos.

Al poco después, se despidieron y ella se quedó unos instantes sumida en

sus pensamientos antes de inspirar hondo y anclar la llave en la cerradura.

La puerta se abrió y tras cerrarla, tanteó la pared buscando el interruptor y

el mundo por completo se detuvo a su alrededor.

Ante Noah, estaba Clive Wilson, esperándola sentado en una de las

butacas. Bebiendo un whisky doble sin hielo, con la corbata aflojada y los puños

de la camisa abiertos. Estaba poseído por una mirada totalmente demencial,

ida, perturbada...

Aunque se había quedado paralizada por el miedo, pudo ver que llevaba

puesto unos guantes negros de piel y sobre sus piernas yacía un revólver del

calibre 38 permanecieron mirándose en silencio.

Mientras tanto, Gabriel ya en el interior de su apartamento, devolvió la

llamada al centro de salud.

—Bellevue Hospital Center, dígame.

—Por favor, póngame con el Doctor Olivier Etmunt.

—El doctor está visitando en estos momentos.

Gabriel guardó silencio unos segundos, antes de añadir:

—Necesitaría hablar con él urgentemente.

—Veré que puedo hacer.

Aguardó pegado al teléfono notando como poco a poco el corazón se

aceleraba en el interior de su pecho. Se sentó en el sofá porque las piernas le

temblaban ligeramente.

«Vamos Olivier, dame el mejor regalo de navidad, confírmame que soy

compatible.. y que Jessica vivirá.. »

Clive se acabó el whisky de un solo trago y luego dejó el vaso sobre la

mesita.

—Feliz navidad Noah. ¿O mejor tendría que llamarte Kelly?

Ella empezó a respirar con dificultad y todo su cuerpo a temblar de forma

desmedida. Y aún así, solo tenía un pensamiento en mente:

«He de escapar de aquí como sea...»

Se dio la vuelta y cuando quiso coger el pomo para abrir la puerta, Clive

llamó su atención.

—¿Esa es forma de recibir a tu marido después de

seis largos y

angustiosos meses?

Noah se quedó con la mano apretando el acero.

«No le escuches... ignórale... sal ahora.. por lo que más quieras. .»

383

—¡¡Zorra!! —le gritó—. ¡¡Ni te muevas!! ¡¡O te juro por Dios que correrás la

misma suerte que tu puto chucho...!!

Clive lanzó a los pies de Noah el cuerpo sin vida de su perrita Dana. Por lo

visto le había partido el cuello con sus propias manos.

Noah miró al suelo y vio al animal, con la lengua fuera y con los ojos

salidos de sus órbitas. Se llevó las manos a la boca presa de la desesperación.

Sentía arcadas.

Ese hombre era un verdadero sádico sin escrúpulos y la viva imagen del

demonio..

Cogió al animal entre sus brazos y lloró en silencio su muerte.

—¡Maldito seas! —le gritó con todas sus fuerzas.

—Ehhh... —chasqueó la lengua—. Al parecer el aire neoyorquino te ha

soltado demasiado la lengua, habrá que poner remedio a eso. .

Clive se levantó caminando lentamente hacia ella.

Tras darse cuenta de que él se acercaba,

acechándola peligrosamente, dejó

de nuevo el cuerpo inerte en el suelo y trató de abrir la cremallera de su bolso,

necesitaba algo con urgencia de su interior. Pero la cremallera se enganchó y al

estirar con fuerza, se le escapó de las manos y varios de los objetos cayeron

precipitosamente, entre ellos lo que buscaba, su inhalador.

Clive, prácticamente lo pilló al vuelo.

—Vaya... ¿has vuelto a fumar? Te dije que no lo hicieras porque te provoca

ataques de asma... ¡qué insensata... como siempre.. !

—Por favor... lo necesito — alargó la mano en forma de súplica —

dámelo. .

—Antes, tendrás que ganártelo. .

Sin piedad, Clive empezó a agitar el inhalador y luego lo apretó hasta

dejarlo casi vacío.

Noah abrió mucho los ojos al tiempo que se llevaba la mano al pecho.

Empezaba a notar grandes dificultades para respirar. Se estaba ahogando ante

la mirada inquisidora y sin escrúpulos de su marido.

—Te lo imploro.. —sollozó cayendo al suelo de rodillas—, no puedo

respirar

Noah quedó a cuatro patas, tratando de hacer

llegar oxígeno a sus

pulmones, pero estos estaban demasiado cerrados.

Clive, soltó una sonora carcajada y agarrando el revólver por el cañón, le

golpeó en la cabeza con la culata abriéndole una brecha en la coronilla. La

sangre empezó a salir a borbotones y a manchar su ropa. Noah estaba aturdida,

semiinconsciente y tirada en el suelo.

—Quería que me la chuparas, pero ni siquiera sirves para eso..

Le lanzó el inhalador contra su espalda y luego empezó a lavar el vaso y

las gotas de sangre que habían salpicado en el

suelo. No quería dejar huellas, así

nadie podría sospechar que había estado allí.. Sonrió con descaro. La larga

espera había merecido la pena. Por fin su plan empezaba a tomar forma..

—Levántate. Vamos a dar un paseo —le dio unas pataditas con la punta

del pie—. ¡Vamos coño!

Mientras esperaba, Gabriel puso las manos libres y se abrió una cerveza.

De repente, le pareció escuchar como la puerta del apartamento de Noah se

cerraba de un golpe seco. Dejó la botella sobre la encimera y sacó la cabeza para

echar un vistazo. Doblando la esquina en dirección a las escaleras vio un par de

figuras desaparecer. Un hombre sujetaba del brazo a una mujer.

—¿Kelly? —preguntó arrugando el entrecejo extrañado.

La chica hizo ademán queriéndose girar pero el otro individuo la sujetó

aún con más ímpetu a la vez que la empujaba escaleras abajo.

—Camina... no te detengas.. —le amenazó apuntando con el arma a su

vientre el cual tenía oculta en el interior del bolsillo de su gabardina.

La voz del Doctor Etmunt le atrajo de nuevo, olvidándose por completo de

querer saber quién era aquella mujer.

—¿Gabriel Gómez?

—Sí. —Respondió apresuradamente entrando de nuevo en su

apartamento—. Le escucho..

—Las pruebas de histocompatibilidad han salido negativas, es decir que...

—Que no soy compatible... —interrumpió Gabriel acabando su frase—,

no puedo creerlo..

El Doctor Etmunt percibió su decepción y su frustración al otro lado del

hilo telefónico.

—Gabriel, escúchame.. Jessica sigue estando en la lista de donantes, eso

no va a cambiar, así que no todo está perdido. . ten fe.. por favor.

—El tiempo se agota, Olivier. Todo el mundo sabe que los donantes

escasean —exhaló aire con fuerza—. Y empiezo a estar cansado de tener fe...

Lo único que sé es que temo despertarme cada mañana porque eso significa que

le queda un día menos de vida... Esa es mi realidad. . y por consiguiente, ese es

el futuro de Jessica.

—Aunque parezca mentira, entiendo tu dolor. El cáncer es una

enfermedad larga y dolorosa. A diario muchos de mis pacientes fallecen sin

poderlo remediar.. Muchas veces he estado a punto de tirar la toalla y dejar la

medicina, pero cuando esto me ocurre, busco los

informes de aquellos pacientes

que sí han sobrevivido y entonces consigo reunir las fuerzas necesarias para

continuar batallando contra la muerte, a sabiendas que de antemano jugamos

385

con desventaja —Olivier hizo una pausa para retomar aire y luego añadió—:

porque Gabriel.. te aseguro que merece la pena.. merece la pena seguir

intentándolo... lucha por ella...

386

Capítulo 66

Salió al balcón cargado de rabia y de impotencia, con la mirada perdida

hacia el horizonte. Gabriel aún seguía sin dar crédito. Tantas esperanzas

puestas en aquella prueba de histocompatibilidad, deseando con todas sus

fuerzas salvar así la vida de Jessica, y sin embargo, todo, absolutamente todo, se

desvaneció entre sus manos y sin poder hacer nada en tan solo un instante con

aquella llamada telefónica.

Quiso permanecer allí un buen rato, solo y sin pensar, simplemente

viendo caer la nieve sobre los gigantes de hormigón. Pronto, el frío empezó a

calarse en el interior de sus huesos y entonces aprovechó para subirse el cuello

de la cazadora, exhalando aire con fuerza en sus

manos, frotándolas para tratar

de entrar en calor.

Al poco después, entró al apartamento y comenzó a preparar la ropa que

pensaba llevarse a Baltimore. Fue colocando una a una las prendas sobre la

cama antes de guardarlas en el interior de la maleta.

Finalmente, tras acabar, se dejó caer sobre las sábanas con la mirada fijada

en el techo.

Durante un largo rato, se quedó pensativo. Concentrándose en buscar otra

solución, otra alternativa que no fuese resignarse a aquella simple lista de

donantes, porque por desgracia, no hacía falta ser un experto en la materia para

saber que Jessica no viviría lo suficiente.

Y lo cierto, es que no sabía por qué, pero algo le decía que la solución

estaba más próxima de lo que imaginaba. Empezó a enumerar mentalmente

todos los familiares y conocidos. Pero alguien faltaba en aquella lista, estaba

casi seguro.

Cerró los ojos y dobló los brazos bajo su cabeza.

¿A quién había obviado?. .

¡Claro.. ! —Chasqueó los dedos—. Al bebé.. a la hija de veintidós años..

Abrió los ojos como platos y se incorporó de

golpe, sentándose con las

piernas en forma de indio.

—¡Dios! Por fin recuerdo donde vi esas marcas... en los lavabos de aquel

pub.. Cuando ella y yo nos besamos. . mientras se ¡Joder, jooooder! — exclamó

llevándose las manos a la cabeza preso del descubrimiento que acababa de

tener—. Y pensar que durante todo este tiempo ha estado a mi lado... y ni

siquiera lo había sospechado. .

Empezó a reír como si estuviera loco, como si hubiera perdido

momentáneamente la cordura. Corrió en busca del teléfono y marcó los

números de ella. A los cinco tonos, alguien respondió, pero para su sorpresa, no

se trataba de Daniela, sino de Eric.

—¡Eric! ¿Dónde está Daniela?

Eric se molestó.

—¿Hace tres meses que no me devuelves las llamadas y ahora me vienes

con exigencias? ¿Estás bebido o acaso te has fumado algo? Gabriel se rió con

descaro.

No le apetecía rememorar la última conversación que mantuvieron meses

atrás. Él no aprobaba la relación que había iniciado con Daniela. Su amigo era

un maldito cabrón al que no le importaban una mierda las mujeres,

acostumbrado a utilizarlas a su libre albedrío y después desecharlas sin ningún

miramiento y Daniela... Daniela, era un ángel de alma pura que no se merecía

a un semejante desgraciado destrozando su vida.

—No me cabrees Eric, no es contigo con quien quiero hablar.

—Pues ha salido. Si quieres puedes darme a mí el mensaje.

—No. Déjalo.

—Como quieras...

Ambos compartieron unos instantes de incómodo silencio. Poco después

Gabriel quiso retomar el hilo de la conversación:

—Eric, es importante... he de hablar con ella.

—Pues ya sabes donde vivo. No creo que Daniela tarde en regresar.

Se dirigió de nuevo a la habitación sin dejar de prestar atención el

teléfono.

—En veinte minutos estoy allí.

—¿Te quedarás a cenar?

—¿Me tomas el pelo? —se burló.

—No, joder. . es nochebuena, nadie debería estar solo en nochebuena...

hazlo por los viejos tiempos. .

Gabriel se fue calzando las bambas con la mano

libre y cuando apoyó el

teléfono entre su hombro y su mandíbula, pudo anudarse los cordones.

Instantes después, Eric prosiguió:

—Además, yo también he de decirte algo importante.

—Vale, voy para allá..

Corrió hasta el recibidor para coger la cazadora y mientras se vestía con

ella, cerró la puerta de su apartamento sin echar la llave.

Clive marcaba el paso sujetando el codo de su mujer con fuerza por las

transitadas calles de la ciudad. El peso de sus cuerpos hacía crujir la nieve bajo

sus pies, dejando un sendero de huellas impregnadas en el suelo.

388

Ella miraba a ambos lados y hacia delante con nerviosismo, pidiendo

ayuda, implorando auxilio con los ojos a personas extrañas que se cruzaban en

su camino. Personas que ni por asomo, se daban cuenta de lo que realmente

estaba ocurriendo. Era del todo inútil. Nadie la veía, era como si fuese invisible.

Pronto llegaron a un callejón inhóspito y oscuro.

Clive la obligó a caminar hasta el final y luego la empujó contra la pared.

Noah cayó sobre unas bolsas de basura amontonadas, apiladas de cualquier

manera. Una de estas reventó y un pestilente hedor nauseabundo, salió

expulsado al exterior. Se tapó la boca con la mano y quiso levantarse, pero no

pudo hacer nada ya que vomitó in situ, en el acto, expulsando violentamente

todo cuanto tenía en su interior.

—¡Joder!.. ¡qué asco!.. Ahora el último recuerdo que tendré de ti, será

echando la pota arrugó la nariz con enorme repulsa —. No sabes lo que

disfrutaría obligándote a comer de tu propio vómito pero por desgracia no

dispongo de tanto tiempo...

Clive giró el cuello, echando un rápido vistazo atrás para cerciorarse de

que nadie les veía al otro lado del callejón.

—Ahora gírate, no quiero que me mires a los ojos cuando apriete el gatillo.

Noah sintió como un escalofrío recorría el largo de su espalda.

—¿Vas a matarme? —le preguntó escuchando como su voz temblaba al

hacerlo.

En vez de responderle, sacó unas bridas del bolsillo de su gabardina y ató

con ellas sus muñecas por detrás de la espalda. Tan fuerte las apretó que

Noah ahogó un desgarrador grito al sentir como el plástico atravesaba y cortaba

su fina piel, de idéntica forma que lo hacía un cuchillo al cortar la mantequilla.

—¡¡¡Chist!!!... Calla... zorra...

—le amenazó mientras se quitaba la corbata con una sola mano y le tapaba

la boca con ella, dando varias vueltas alrededor de su cabeza.

Después, sin compasión le cogió de la nuca y la obligó a ponerse de

rodillas encima de la nieve. Sus pantalones se empaparon en cuestión de

segundos, calando la humedad en sus huesos. Todo su cuerpo empezó a

tiritar con tal frenesí que sus dientes castañetearon exacerbando la paciencia de

Clive, quién sin mayor contemplación, la golpeó con el puño para hacerla callar.

Entonces, ella con desaliento trató de buscar una

salida con la mirada,

pero era del todo inútil. Para cuando quiso darse cuenta, Clive estaba

metiendo su mano bajo su anorak rebuscando en su interior. Le quitó el

monedero y el inhalador, para guardárselo en uno de sus bolsillos y así

simular un robo.

—¿Llevas joyas? ¿Los pendientes que te regalé?

Ella negó repetidas veces con la cabeza, tratando de emitir algún sonido,

pero la gruesa tela de la corbata le aplastaba completamente la lengua.

Horrorizada y sintiendo la llamada de la muerte,

sucumbió abatida

mientras rezaba un padre nuestro al tiempo que varias lágrimas bañaban sus

pálidas y gélidas mejillas.

Pese a que diversas calles permanecían cerradas al tráfico por ser

nochebuena, Gabriel pudo circular con relativa rapidez y llegar pronto a

Brooklyn, al loft de Eric.

Aparcó la Ducatti en una de las plazas de aparcamiento de la propiedad

de su amigo y sacándose el casco de la cabeza, esperó con impaciencia a que el

montacargas llegase a la planta subterránea. Nada más subir a este, sacó el

manojo de llaves y buscó una, la dorada que le daría el acceso directo a la

última planta.

El trayecto se le hizo eterno. Gabriel trataba de hacer un esbozo mental de

cómo iba a abarcar la uestión parental entre Jessica y Daniela. Al llegar al

ático, aún no lo tenía nada claro. Dejó de martirizarse buscando la mejor forma

de ser elegante y decidió afrontarlo lo más natural posible.

Separó a ambos lados la persiana de tijeras y caminó hacia el salón. Eric

tocaba en su piano de cola negro el “Nocturno en si bemol menor Op. 9

Nº 1” de Chopin. Gabriel permaneció en silencio,

admirando como su amigo se

desvivía en cada nota, en cada acorde. Era un genio.

Eric tras acabar, guardó el atril y cerró la tapa del piano y al levantarse se

encontró con la atenta mirada de Gabriel.

—Dichosos los ojos que te ven... —pronunció con sarcasmo alzando los

brazos y abriéndolos en forma de aspa— ¿Piensas quedarte ahí plantado toda la

noche?

—¿Dónde está Daniela? —Eric se echó a reír.

—Tranquilo.. ya te dije que vendría, debe estar al caer — respondió

abriendo una de las botellas de vino tinto que

guarda bajo la barra del

minibar—. No puedo ofrecerte cerveza, sabes de sobra que la cebada la dejo

para los animales...ja, ja, ja..

Gabriel puso los ojos en blanco y acabó de entrar al salón. Eric le ofreció

una de las copas de vino.

—¿Jessica aún no ha conseguido cambiar tus gustos por la bebida?

—Sabes que los tengo muy arraigados... donde haya una cerveza... que se

quiten las uvas. . —pronunció dando un sorbo.

—Por cierto... ¿No pasas la nochebuena con ella?

Gabriel alzó una de las cejas en respuesta a su pregunta.

—No. Precisamente ella es uno de los motivos por los cuales estoy aquí.

Arrugando el entrecejo Eric le colocó una de sus manos en el hombro.

Jamás había visto a su amigo tan sumamente preocupado.

390

—Vamos a sentarnos y me cuentas.

Ambos se acomodaron en el impresionante chaise longue de siete plazas

en tonos grises que adornaba gran parte de la estancia.

Gabriel dejó la copa sobre una de las tres mesas de diseño italiano e

inspiró hondo para comenzar a dar forma a sus pensamientos.

—Iré por partes..

—Claro. Soy todo oídos.

Le miró fijamente a los ojos.

—Supongo que estás al corriente de que Daniela es adoptada.

Gabriel esperaba a que Eric le interrumpiera pero se limitó a asentir en

silencio.

—Ella jamás ha sabido quién eran sus padres biológicos. . hasta ahora...

Eric no pudo evitar abrir la boca tanto o más que los ojos.

—¿Hasta ahora?

—Aja.

—No te entiendo, amigo — añadió confundido.

—Jessica es su madre.

Eric primero se quedó en trance, luego pestañeó repetidas veces y después

se rió a carcajadas.

—Gabriel.. ¡joooder! por un momento, pensé que hablabas en serio. .

Menudo cachondo estás hecho... pero te equivocas de día, el Día de los Santos

Inocentes es el veintiocho, aún faltan cuatro días.

—Eric... No hago bromas de ese tipo y menos con Jessica, está muy

enferma.. no le queda mucho tiempo de vida. .

Eric tras escucharle dejó de reír al instante. Tragó con fuerza saliva y

carraspeó para aclararse la voz.

—¿Y me lo sueltas así, sin anestesia? ¿En qué narices te basas para estar

tan seguro?

Sin dejar pasar ni un solo segundo, Gabriel sacó de su bolsillo derecho de

la cazadora una fotografía en blanco y negro.

—Mira las marcas en el pecho de este bebé. ¿No te resultan familiares?

Eric se quedó mirando atónito aquella imagen, preguntándose al mismo

tiempo cómo Gabriel sabía de su existencia.

—Eric, no preguntes —añadió observando su reacción.

Volvió a mirar la fotografía ignorando el

comentario. Boqueó, pensando

las probabilidades que podían existir en todo el mundo en que dos personas

tuvieran exactamente las mismas marcas de nacimiento... Pocas, por no admitir

que ninguna.

Alzó la vista tan estupefacto, como deslumbrado por su descubrimiento.

—¿Jessica es la madre de Daniela? —preguntó aún sin saber cómo esas

palabras habían sido emitidas por sus cuerdas vocales.

—Así es. Todo concuerda: La fecha de nacimiento, las marcas, la

procedencia, el parecido físico con Adam, el padre biológico. No hay dudas.

Daniela es su hija... — enfatizó.

Eric resopló con intensidad levantándose del sofá al tiempo que paseaba

por el salón tratando de asimilar aquel inverosímil hallazgo.

—Pero eso no es todo...

—¿En serio? Se burló, ¿me tomas el pelo?

—Por desgracia no.

De nuevo Gabriel captó toda la atención de su amigo, quién regresó a su

lado en el sofá atando cabos.

—Has mencionado que Jessica está gravemente enferma, por lo que

deduzco que Daniela puede jugar un importante papel en su recuperación.

Asombrado por sus dotes adivinatorias aprovechó para explicarle que ella

necesitaba un trasplante de médula ósea para sobrevivir, que habían agotado

todas las opciones posibles y que la esperanza recaía única y exclusivamente en

Daniela.

De repente, Eric transformó su semblante, negando repetidas veces con la

cabeza.

—Gabriel quiero que me escuches, quiero que no me interrumpas hasta

que acabe, por favor.. luego, haz lo que quieras.. podrás cabrearte porque

estarás en tu derecho... pero sobretodo quiero que sepas que siempre y repito,

siempre, me tendrás como amigo, te lo ruego.. recuérdalo siempre...

—Dispara... —inquirió preocupado.

Eric respiró hondo y esbozó una tímida sonrisa.

—Eva y yo por fin nos separamos de mutuo acuerdo. Los niños estarán

con ella de lunes a viernes y los fines de semana, conmigo y con Daniela.

Argumentó con reticencia.

¿Daniela? ¿Qué pintaba Daniela en todo aquello? Sus hijos y Eva vivían en

Madrid.

Gabriel tras darse cuenta de lo que Eric trataba de

decirle, no pudo evitar

esconder el rictus. Por consiguiente, eso significaba que ambos se trasladarían a

vivir a España.

—¿Y cuándo se supone que dejáis Manhattan?

—Mañana.

—¿Mañana? —repitió con una sonrisa indolente —. ¡No me jodas, Eric!

—Además, Daniela va a marcharse sin saber que Jessica es su madre.

Porque ni tú ni yo, vamos a decírselo.

—De eso nada.. Ambas tienen derecho a saberlo.

—Ahí te equivocas.

—¡Serás cabrón! —exclamó en tono exabrupto y reclinándose hacia el

cuerpo de Eric en forma amenazante—. Esperaré a que venga Daniela y luego

le diré que Jessica es su madre y que necesita de un donante para vivir. La

conozco y sé que hará cuanto esté en sus manos, para salvarla. Ella no es como

tú, no es una hija de puta, egoísta y sin sentimientos —alzó la voz escupiendo

aquellas palabras con odio.

Eric negó con la cabeza. Dejó transcurrir unos segundos de incertidumbre

hasta que por fin pudo añadir:

—Daniela y yo esperamos un hijo. Está embarazada de tres meses...

Eric apoyó de nuevo su mano en su hombro con cautela. La noticia cayó

como un jarro de agua fría sobre Gabriel.

—¿Entiendes ahora por qué no puedes decírselo? Está muy ilusionada por

ser madre y no es justo que ahora vengas tú y le pongas entre la espada y la

pared. No permitiré que le hagas decidirse por su madre o por nuestro hijo.

De repente, en aquel preciso instante el montacargas se detuvo en aquella

planta y una Daniela sonriente y cargada con bolsas en ambas manos, apareció

tras abrir la persiana de tijeras.

Gabriel sostuvo con frialdad la mirada de Eric y luego se levantó del sofá

y en varias zancadas, llegó junto a Daniela.

—¿Has venido a pasar la nochebuena con nosotros? —le preguntó ella con

amabilidad.

Gabriel bajó la vista hacia su vientre y luego se giró para mirar una vez

más a su amigo.

—No. Yo ya me iba —dijo con desdén.

Daniela lo miró extrañada.

—Hay cena suficiente... por favor, quédate.. — insistió cogiéndole de la

mano— Eric y yo..

Gabriel no le dejó acabar la frase, la abrazó con dulzura y cerrando los ojos

le susurró al oído:

—Prométeme que serás feliz... prométeme que cuidarás de tu bebé...

Luego la besó en la mejilla y mirándole por última vez en la profundidad

de sus ojos añadió:

—Te echaré de menos...

Y dicho esto, desapareció sin mirar atrás.

Al llegar a la planta subterránea, no pudo aguantarlo más y toda la

angustia, la frustración y la rabia se cernieron apoderándose por completo de su

ser. Lanzó el casco violentamente contra la pared y de cuclillas, llevándose

ambas manos a la cabeza, lloró con desesperación. Ya nada tenía sentido. Todo

estaba perdido. . Jessica había firmado su sentencia de muerte.

Un vehículo patrulla de la policía de Nueva York aparcó justo a varios

metros de distancia de donde estaban ellos. Por lo visto, había un par de bandas

callejeras discutiendo a tan solo unos metros, doblando la esquina. Clive,

aguardó paciente hasta que la acera se despejó y todo volvió a su normalidad.

Noah escuchó como las sirenas de la patrulla se desvanecieron sin poder

hacer nada. Empezó a sollozar desconsoladamente.. Resignándose a su

desdicha, a su inminente destino.

—He esperado seis meses y ahora te tengo como una puta rata, pidiendo

clemencia..

Clive colocó el silenciador y acto seguido, encañonó el revólver en la

cabeza de Noah.

Ella notó el gélido acero acariciando su pelo.

En aquellos momentos previos a su muerte, Noah cerró los ojos y

respirando con dificultad, retuvo un último pensamiento en su mente: Frank.

Poco después escuchó el sonido de un click cuando su marido quitó el

seguro del arma.

—Dale recuerdos a tu madre.. de mi parte, zorra...

Apretó el gatillo y cuando la bala atravesó el cráneo de Noah, su cuerpo se

desplomó cayendo al suelo tiñendo la nieve de rojo.

394

Capítulo 67

Frank esperaba en la comisaria con inquietud mientras el agente

introducía los datos en el ordenador.

—Repítame el nombre otra vez, por favor.

—Kelly Sullivan.

Los dedos teclearon de nuevo aquellas letras.

El agente negó con la cabeza.

—¿Está seguro de que ese es su nombre?

—Completamente — respondió frunciendo el cejo extrañado.

—Ehm... Señor Evans. . — inquirió anotando algo en su informe e

instantes después alzó la vista para observar detenidamente el comportamiento

en sus ojos—,

¿Está usted bajo los efectos de algún tipo de estupefaciente?

Frank se puso a la defensiva.

—¿Cómo se atreve?

—Disculpe —apresuró a entonar—de no ser así, entonces usted debe de

tener una imaginación desbordante, porque... —

giró la pantalla para mostrarle

la imagen, sí que existe una tal Kelly Sullivan...

Frank abrió los ojos como platos al ver la mujer de aquella fotografía. El

agente se encogió de hombros y luego prosiguió:

—Pero, a no ser que tenga setenta y tres años y viva en Ohio... no

estaremos hablando de la misma persona.

—No es posible... ¿lo ha comprobado correctamente?

—¿Acaso está cuestionando mi profesionalidad?

Frank pidió disculpas, no era su intención ofenderle, pero estaba

demasiado nervioso. Su chica llevaba seis horas desaparecida y sin dejar rastro

de su paradero.

—Aunque Kelly Sullivan parezca ser una invención de un loco chiflado,

quisiera interponer una denuncia por su desaparición.

—En ese caso, deberá esperar 48 horas al tratarse de una persona mayor

de edad.

—Pero... tengo sospechas de que su vida puede que corra peligro. .

—Explíquese —dijo con seriedad.

—Ella estaba huyendo de su marido, estaba siendo maltratada.

El joven uniformado se inclinó hacia delante con

apreciable curiosidad en

su mirada, Frank sin duda acababa de captar oda su atención.

—¿Y sabe el nombre de ese individuo?

—Solo se su nombre de pila negó con la cabeza y luego añadió—: Se llama

Clive.

El agente se rascó el mentón algo molesto, en aquel condado lo más

probable es que hubiera cientos de personas con ese nombre. Por lo visto, la

historia volvía a perder toda la credibilidad.

—Bueno —carraspeó y cerró la carpeta para zanjar de una vez por todas,

aquel absurdo asunto—. Preséntese de nuevo en

esta misma comisaria pasadas

48 horas y entonces veremos qué podemos hacer..

Frank se levantó de la silla con desánimo, cogió su cazadora y su

bandolera de piel dispuesto a salir de allí cuando el joven le retuvo unos

segundos:

—Es navidad, estoy convencido de que cuando usted regrese a casa, ella le

estará esperando allí. .

Eso era precisamente lo que ansiaba con todas sus fuerzas, pero al mismo

tiempo no podía evitar sentirse estafado. Ya ni siquiera reconocía a la persona

con la que había estado compartiendo su vida

durante más de tres meses. Kelly

Sullivan... ¿quién coño era Kelly Sullivan?.. Se sentía utilizado.

¿Acaso todo había sido mentira?

¿Su identidad? ¿Sus caricias? ¿Sus besos? ¿Las veces que le había dicho

que le amaba? Ya ni siquiera sabía de quién había estado enamorando.

De regreso a Baltimore, Gabriel no hizo ninguna parada para repostar y en

menos tiempo del previsto, llegó a Ellicott City.

Aparcó la Ducatti como de costumbre en el mismo lugar y entró en casa

de los padres de Jessica.

Lo primero que hizo, fue correr a la habitación

donde descansaba y tras

permanecer varios minutos observándola a través de la puerta entreabierta,

deshizo la maleta y bajó al salón.

Amanda estaba sentada en el sofá con las gafas puestas y tejiendo una

bufanda de vivos colores. Al notar la presencia de Gabriel le mostró con orgullo

aquello que estaba haciendo.

—¡Qué bonita!

Él le esbozó una sonrisa.

—Ven, quiero ver cuánto más he de tejer.

Se acercó y agachándose ligeramente, Amanda se

la puso alrededor del

cuello.

—Calculo que para mañana estará acabada.

—¿Es para mí? —preguntó señalándose al pecho.

—¿Para quién sino? —Se echó a reír— ¿para el cascarrabias de John?

Gabriel rió contagiado por su risa cantarina.

—Hoy te noto más contenta... Amanda suspiró hondo, dejando la madeja

de lana a un lado.

—Sí, estoy más contenta porque tengo depositadas muchas esperanzas en

el Doctor Etmunt y en las pruebas que te ha realizado.

Él apretó los dientes.

Con la desaparición de Kelly y el descubrimiento de que Daniela era la

hija de Jessica, se había olvidado por completo de Amanda. Había prometido

llamarla en cuanto supiera los resultados.

Gabriel sopló y después se sentó a su lado.

—Verás...

No sabía ni por dónde empezar. Ni siquiera por dónde continuar

después. Hubiera preferido no ser el mensajero de tan malas noticias. Pero sin

embargo, era lo que le había tocado. Jugueteó girando el anillo que rodeaba su

dedo pulgar y luego prosiguió sin dar rodeos

innecesarios:

—Amanda —murmuró cogiéndole la mano—. No soy compatible. Lo

siento mucho... de veras..

Ambos intercambiaron las miradas en silencio.

Ambos eran plenamente conscientes de la gravedad que aquello

significaba.

Pero, pese a ello, Amanda demostró una vez más su fuerza y su

entereza, regalando a Gabriel la más bella de las sonrisas en muestra de

gratitud por todo lo que había hecho hasta el momento por la vida de su hija.

Para ella, saber que alguien la amaba tanto y que

estaría dispuesto a hacer

cualquier cosa, le enorgullecía enormemente el alma.

—Sé que mi hija ha sido muy afortunada al compartir contigo parte de su

vida. Me ha hablado mucho de ti. De cómo irrumpiste en su vida y se la pusiste

patas arriba. De cómo le enseñaste a quererse, a valorarse, a darse una

segunda oportunidad. A abrir su corazón. A ser amada e incluso a amar..

Amanda se dio cuenta de que Gabriel agachó la cabeza porque estaba a

punto de llorar. Sin duda, la pérdida de Jessica ocasionaría un gran vacío en sus

corazones.

—Jessica para mí lo es todo y me niego a perderla para siempre..

397

Gabriel se levantó del sofá y salió del salón, rumbo al jardín. Necesitaba

evadirse por unos momentos. Despejar su mente.

La nieve había cuajado por la noche sobre la hierba dejando un precioso

manto blanquecino. Si se prestaba atención, no era posible apreciar el ulular del

viento, ni siquiera el canto de los pájaros. Todo estaba en completo silencio,

como si en aquel lugar perdido del mundo se hubiera detenido el tiempo.

Se frotó la cara con las manos para luego guardarlas en los bolsillos y

caminar hacia la verja, para dar un paseo.

Al llegar junto a una casita de madera, se detuvo tras escuchar cómo

alguien cortaba leña con un hacha. Se acercó a la puerta viendo a través de esta

a John, el padre de Jessica. Quiso dar media vuelta, pero éste le llamó la

atención con una voz grave y a su vez áspera.

—¡Eh, tú! ¡Acércate!

Gabriel miró a ambos lados y luego se señaló a sí mismo. ¿Era a él a quién

se estaba refiriendo? No era de extrañar que se sorprendiera ya que desde que

llegó hacía cuatro días a aquella casa, aún no habían cruzado una mísera

palabra.

—¡Sí! ¡Tú! ¿Quién coño va a ser sino? Ven.. ayúdame con esto.

Gabriel puso los ojos en blanco y sacando las manos de los bolsillos, se

quedó a unos metros de distancia.

—¿Pretendes ayudarme desde ahí? Hay que joderse —refunfuñó entre

dientes—, jodida juventud, no saben hacer ni la o con un canuto...

Gabriel sonrió, menudo elemento tenía Jessica como padre. Se arremangó

y comenzó a coger los troncos cortados y a colocarlos después en una especie de

carretilla de tres ruedas.

John continuaba cortando leña sin quitarle el ojo de encima.

—Al menos hoy podrás decir que te has ganado la comida, o por lo menos

algún trozo de pan.

—Aunque no lo creas, de pequeño ayudaba a mi padre en las tareas del

campo. Nunca hemos sido gente adinerada y he tenido que trabajar de todo un

poco... — decía sin dejar de mover la leña de un lado a otro—, y jamás se me

han caído los anillos por ello..

—Ni los pearcings... — volvió a gruñir como un oso—, valiente

horterada.. Ahora los hombres parecéis nenas..

Gabriel no pudo evitar soltar una sonora carcajada.

—En eso tengo que darte la razón..

John enarcó una ceja al tiempo que abrió las aletas de su nariz, expulsando

aire con fuerza.

—Ya hay suficiente por hoy siseó dando un golpe seco, clavando el hacha

en el bloque de madera—. Ahora lo llevaremos al garaje.

Ambos atravesaron el jardín siguiendo un camino imaginario en la nieve y

al llegar al destino, John abrió la puerta girando la llave. Gabriel volcó el carrito

y la leña cayó al suelo. Tras acabar de apilar y barrer las astillas, John le dijo que

ya podía marcharse pero él quiso pronunciar unas últimas palabras:

—Mi padre falleció hace tan solo tres meses y de lo único que me

arrepiento es de no haber podido despedirme de él.

John entrecerró los ojos al tiempo que fruncía los labios con fuerza.

—¿Qué pretendes insinuar? —le escupió fulminándole con la mirada.

—El rencor y el orgullo, no conducen a nada — arrugó la frente —.

Pretendo ponerte en sobre aviso. Porque el tiempo pasa y no vuelve. Además

Jessica no vivirá lo suficiente para esperar a que la perdones.

—¿Cómo te atreves? ¿Quién coño eres para presentarte en mi propia casa

haciendo juicios de valor? —Sus ojos estaban encharcados en ira— ¡Lárgate,

maldita sea!. . ¡lárgate de mi vista! —le señaló hacia el jardín—. No quiero

volver a ver merodear tu culo por mi propiedad.

Gabriel respiraba con rapidez, estaba muy cabreado. Sintiendo como se le

revolvía el estómago, John no merecía la hija que tenía.

—¡¿No me has oído?! ¡Coge tus cosas y tu moto y lárgate de una puta vez!

Gabriel propinó una patada a la carretilla

conteniéndose de no asestarle

un puñetazo a él por respeto a Jessica. Salió corriendo y dando un portazo al

entrar en la casa, subió los escalones de tres en tres. Comenzó a preparar la poca

ropa que tenía y tras besar a Jessica en los labios y decirle al oído que la amaba,

salió sin detenerse de la habitación. Estaba tan ofuscado que lo único que

deseaba en aquel instante era desaparecer de aquel lugar. Más tarde ya pensaría

la forma de conseguir verla.

A media escalera, Amanda se interpuso en su camino.

—Gabriel.. ¿qué ha pasado? ¿A dónde vas? —preguntó temblorosa.

—John me ha echado de su casa —contestó apretando con fuerza la

mandíbula.

—También es mi casa y te digo que te quedes...

—Amanda...

—He dicho.. que también es mi casa..

De repente, escucharon como Jessica comenzó a toser sin parar. Se estaba

ahogando. Gabriel dejó la maleta al pie de las escaleras y corrió junto con

Amanda a la habitación. Encendió la luz y la vieron cogiéndose del pecho como

si el corazón amenazara con salir. Estaba empapada en un sudor frío y su piel

tenía un horrible tono amarillento.

—¡Jessica! —exclamó Gabriel alarmado, nunca la había visto toser de

aquella forma y con tanta dificultad.

399

—No pue-do... me -aho-go.. —fue lo único que consiguió pronunciar

antes de toser en su mano, y tras hacerlo, mancharla de sangre.

—¡Amanda! —gritó cogiendo a Jessica en brazos —. ¡Me la llevo al

hospital!..

400

Capítulo 68

Amanda permanecía sentada en una de las sillas de la unidad de

urgencias de The Johns Hopkins Hospital mientras que Gabriel deambulaba de

arriba abajo por el largo pasillo. Descamisado, con el pelo enmarañado y con

aspecto ojeroso causado por la falta de sueño, sin parar de maldecir entre

dientes, una y otra vez.

En el tiempo que llevaba de espera, sin tener noticias en referencia al

estado en el que se encontraba Jessica, ya se había fumado más de un

paquete de tabaco rubio. Se palpó los bolsillos de la cazadora en busca de

algún cigarrillo extraviado, pero no encontró ninguno, salvo un bulto pequeño.

Enseguida recordó de qué se trataba. Sacó la cajita

y sin resistirse al impulso de

abrirla, contuvo el aliento y miró la alianza de oro blanco y diamantes que había

elegido para pedirle matrimonio.

Inspiró hondo al tiempo que leía de nuevo la inscripción que había

gravada en su interior:

“Quiero ser tu principio y tu fin”

De nuevo la rabia y la indignación se cernió sobre su semblante. Se golpeó

la frente para ignorar aquellos pensamientos que irrumpían como siempre en

su mente.

«¡No, no, no.. ! Jessica no va a morir.. no aún. . no mientras haya un ápice

de esperanza, no hasta que se desvanezca su último suspiro... No me rendiré y

jamás permitiré que ella lo haga...»

De repente, la puerta de urgencias se abrió de par en par y Gabriel corrió

en aquella dirección como en las anteriores ocasiones. Ansiaba tanto saber

sobre su estado. . necesitaba tanto escuchar noticias esperanzadoras.

—¿Familiares de Sarah Newman?

Gabriel pudo presenciar de primera mano como el Doctor comunicaba a

una persona que aquella joven había fallecido sin que nadie pudiera hacer nada

por salvar su vida.

Un desgarrador grito perforó sus tímpanos y varios pares de ojos se

volvieron buscando la dueña de aquellos sollozos.

—¡Nooooo! ¡Mi hija noooooooooo!

La mujer se derrumbó abalanzándose sobre el cuerpo del doctor quién

esperó tan solo medio minuto para excusarse entrando de nuevo al box y

continuar asistiendo a los demás pacientes.

401

Al quedarse sola y desamparada, Gabriel no pudo contener el impulso de

ir a su lado y encontrar la manera de consolarla. Se sentó junto a ella y le ofreció

un pañuelo de papel.

Ella alzó la vista y Gabriel pudo ver el dolor reflejado en aquellos ojos de

color miel y en aquel rostro bañado en lágrimas y apesadumbrado. Se le hizo un

nudo en la garganta, así que no trató de buscar palabras banales porque sabía

que las cuales no podrían apaciguar su enorme sufrimiento. Simplemente se

limitó a abrazarla en silencio, permitiéndole así desahogarse.

Cuando instantes más tarde se abrió de nuevo la puerta haciendo chirriar

las bisagras, Amanda se levantó de la silla tras reconocer a la doctora con quién

horas antes había mantenido una conversación.

Con el corazón encogido en un puño, juntó las

manos en forma de ruego.

Cerró los ojos apretando con fuerza los párpados, implorando al cielo que su

única hija aún estuviera con vida.

—¿Familiares de Jessica Orson?

Amanda abrió los ojos y Gabriel tras escuchar su nombre, se tensó dejando

incluso de respirar. Esos previos segundos, y los que acontecieron después, le

parecieron una eternidad.

Dejó de abrazar a aquella madre desolada y se levantó para acompañar a

Amanda.

—¿Son ustedes los familiares de la paciente Jessica Orson?

—Sí, yo soy su madre y él es mi yerno —respondió mostrando a Gabriel

con un orgulloso gesto.

La doctora miró a ambos y luego se ajustó el estetoscopio alrededor del

cuello.

Esperó unos instantes antes de seguir hablando.

—La paciente continúa en observación, hemos tenido que sedarla,

administrarle suero y hacerle una transfusión de sangre. Por desgracia, su hija

está entrando en la fase blástica de la enfermedad. Esto significa que el número

de linfoblastos ha aumentado considerablemente desde el último informe que

redactó el Doctor Etmunt del Bevellue Hospital Center.

La doctora volvió a hacer una pausa, esta vez más larga. Después miró a

Amanda fijamente a los ojos.

—Lamento comunicarle que de no encontrar un donante en los próximos

días, ya no será viable un trasplante de médula ósea —afirmó con toda la

profesionalidad que fue capaz.

Gabriel rodeó con sus brazos el menudo y frágil cuerpo de Amanda, el

cual permanecía gélido como un témpano de hielo y su mirada perdida hacia

ninguna parte.

—Si me acompañan, podrán verla.

—Gracias —dijo Gabriel amablemente.

Atravesaron la puerta encontrándose con la sala de urgencias. Miraras a

donde miraras, la escena era sobrecogedora. Enfermos y más enfermos,

víctimas de accidentes de tráfico, drogadictos con el síndrome de abstinencia..

Afortunadamente, pronto llegaron al box número siete aunque la joven doctora

les hizo una advertencia instantes antes de retirar la cortina.

—La paciente está muy debilitada, por lo que les sugiero que entren de

uno en uno para no agotarla —continuó ella— En cuanto esté preparada la

habitación, subirá a planta.

Y dicho esto, les dejó a solas y se marchó por donde había venido.

Gabriel caballerosamente cedió su turno a Amanda. Ella asintió

agradecida esbozando una tierna sonrisa y luego desapareció entre las cortinas.

Él mientras tanto, se apoyó en una de las paredes a esperar. Tratando esta

vez de relajarse y dejar la mente en blanco porque lo único importante era que

Jessica aún seguía en sus vidas.

Veinte minutos más tarde, Amanda salió del box.

—¿Cómo está? —preguntó él preocupado.

—Está algo más tranquila.

—¿Conoce el estado en el que se encuentra su enfermedad?

Amanda negó con la cabeza.

—No. Y prefiero que no lo sepa. El tiempo que le quede, quiero que viva,

sin más.. , no quiero que ande tachando días en el calendario.

—Estoy de acuerdo contigo.

La mujer le acarició el brazo y le animó a que entrara porque Jessica le

esperaba con ansiedad.

Al entrar, la vio tendida en la cama. Tan frágil como las alas de una

mariposa, pero con un brillo especial en la mirada. Se quitó la mascarilla de

oxígeno que le impedía mostrar sus labios y cuando Gabriel se acercó a su lado,

ella le regaló la sonrisa más bonita que jamás había visto nunca.

—Gracias, Gabriel.

A Jessica le costaba articular las palabras, estaba demasiado aturdida por

los efectos de los sedantes y la pérdida de sangre.

—Chist... no hables... debes descansar —susurró sentándose a un lado de

la cama.

Ella le volvió a sonreír, pero esta vez con inmensa tristeza y un par de

lágrimas se resbalaron por sus mejillas. Él se las secó con el pulgar y luego le

cogió de la mano para entrelazar los dedos con los suyos, besando con dulzura

los nudillos.

—Todo se arreglará, mi vida.. ya lo verás..

403

Al cabo de una hora, la trasladaron a la cuarta planta. Jessica, entonces,

por fin logró conciliar el sueño y pudo dormir más de tres horas seguidas.

Mientras tanto, en ese corto espacio de tiempo, Gabriel y Amanda pudieron

intercambiar pensamientos. Ella le habló de la infancia de su hija, de sus

amigos, de lo terca que era cada vez que algo se le ponía entre ceja y ceja y no

paraba de intentarlo hasta conseguirlo.

Gabriel sonrió. Por lo visto, Jessica ya apuntaba maneras desde chiquitita.

Pero también le explicó el año en el que su mejor amiga Jud se partió el

fémur y tuvo que ser operada. Como no podía casi moverse, Jessica se pasó

todo el verano haciéndole compañía.

Jugaba con ella, le preparaba la merienda, le leía libros. No la dejó sola ni

un solo instante, convirtiéndose incluso en su propia sombra. Renunciando a

salir con otras amigas, a bañarse en la piscina y en la playa...

—Jessica bajo esa apariencia de: “me como el mundo” y aunque se niegue

a reconocerlo, tiene un corazón bondadoso.

—Es cierto.

Cuando regresaron de su paseo de la máquina expendedora a la

habitación de Jessica, la doctora se interpuso en su camino.

—Señora Orson. Tengo algo importante que explicarles.

—Dígame —expresó con la angustia maquillada en su cara.

La doctora miró a ambos y luego añadió:

—Tenemos un donante anónimo.

Amanda empezó a temblar y a llorar emocionada.

Gabriel por el contrario

gritó a los cuatro vientos un enérgico «¡¡¡Síííí!!!» y después besó a la joven en la

mejilla y la elevó por los aires.

Ella al volver a pisar el suelo, se ruborizó, entornó los ojos y tras estirar la

bata, les pidió que les acompañara para explicar con detalle cómo sería la

preparación de la paciente para el trasplante.

—Intentaré expresarme lo más coloquialmente posible.

Ambos asintieron a la vez.

—Antes del trasplante, la médula ósea de Jessica será destruida a través de

quimioterapia o por la combinación de

quimioterapia y radioterapia. Esta fase

se denomina régimen de acondicionamiento, la cual puede durar entre cinco y

diez días. La medicación se le administrará a través de un catéter flexible

implantado quirúrgicamente dentro de una vena larga en el tórax sobre el

corazón. Después de este tratamiento se procederá al trasplante, Jessica recibirá

las células madre por una línea intravenosa (IV), de igual forma que una

transfusión de sangre.

—¿Le dolerá? —inquirió Amanda preocupada.

—No. Además puede estar despierta en todo el

proceso el cual dura entre

1 a 5 horas.

—¿Y cuánto tiempo ha de pasar para asegurarnos de que está

completamente curada? —preguntó Gabriel.

—Se podría decir que pasado el período crítico, que sería de 2 a 4 semanas,

se podría afirmar una recuperación completa pasados 1 ó 2 años después de un

trasplante alogénico(1), como sería este el caso.

La doctora fue aclarando cada una de las dudas que fueron surgiendo y

Amanda insistió encarecidamente en conocer la identidad del donante, porque

necesitaba agradecer personalmente su

generosidad y su bondad. Pero entonces

le explicó que no podía hacer eso, puesto que se debía al secreto profesional.

Obviamente, no volvió a insistir.

Al anochecer, Gabriel salió a buscar algo ligero para cenar. Unos

bocadillos y agua. Los compró en una cafetería que se encontraba a un par de

manzanas del Hospital. Tenían buena pinta, o por lo menos eso parecía, aunque

tal vez era más poderoso el hambre que tenía a esas horas.

De camino de vuelta, no dejaba de pensar, en lo chocante y a su vez

misterioso que resultaba todo aquello. Aparecer un donante compatible a estas

alturas y que además quisiera permanecer en el anonimato... Gabriel antes de

subir a la cuarta planta, buscó el mostrador de recepción. Tenía una ligera

sospecha de quién podría tratarse.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Ehm... —se rascó el mentón pensativo—, Necesitaría conocer el número

de la habitación del señor John Orson.

—Un momento, por favor.

La chica introdujo el nombre en la base de datos y enseguida obtuvo una

respuesta.

—Habitación 112, primera planta. «¡Te pillé.. !» Gabriel se echó a reír.

—Puede subir por las escaleras que quedan justo al lado del ascensor.

—Muy amable —le sonrió y puso rumbo a la primera planta.

Al llegar a la habitación 112, esta permanecía cerrada, pero eso no le

detuvo. Golpeó con los nudillos y tras esperar unos segundos, entró.

Y allí, leyendo The New York Times estaba el padre de Jessica.

—Vaya... menudo descubrimiento.. —dijo Gabriel acercándose hasta él.

John apartó el periódico a un lado y se levantó de golpe de la silla.

—¿Qué demonios...?

—Tranquilo John, no pienso desvelar tu secreto.

Me basta con que Jessica

viva, lo demás me importa una mierda...

405

Arrugando el entrecejo John bufó como un toro bravo a punto de embestir

al valiente torero.

—Lo único que no entenderé nunca es por qué esperaste tanto, sabiendo

que eras compatible..

Gabriel lo miró con desprecio infinito y sin esperar respuesta por su parte,

salió de la rechazara el trasplante.

(1) Trasplante alogénico: Las células provienen de un donante

compatible emparentado o no emparentado con el(la) paciente.

406

Capítulo 69

Tras el trasplante, Jessica regresó junto a Gabriel a la ciudad de los

rascacielos.

Fuera por lo que fuese, a ella no le quedó más remedio que claudicar y

admitir, que no existía otro lugar en el mundo mejor para su lenta recuperación.

Gabriel se encargó concienzudamente de convencerle de ello, porque la

prioridad en cuidarla como se merecía, prevalecía sobre todas las demás cosas.

Por lo que, Jessica se instaló en el apartamento de él. Si se miraba por la parte

práctica, esta era la opción más adecuada. Sin ir más lejos, la consulta del

Doctor Etmunt quedaba a tan solo a varias manzanas.

Día a día, Jessica fue recuperando paulatinamente el apetito y de paso, las

ganas de vivir. Por supuesto, Gabriel era en gran medida, responsable de ello.

No la dejaba ni a sol ni a sombra y ella simplemente se dejaba mimar.

La noche del 5 de enero, se convertiría en una velada muy especial.

Gabriel acababa de vestirse en la habitación mientras Jessica se maquillaba

en el cuarto de baño.

—¡Gabriel! —reclamó su ayuda para subir la cremallera de su vestido, la

cual había quedado justo en la mitad de la espalda. Él acudió enseguida y al

cruzar la puerta no pudo evitar sonreír al ver a su chica tan sumamente sexy y

atractiva de igual forma a como la recordaba en sus sueños—. Vamos ayúdame,

por favor. No te quedes ahí plantado como si hubieras visto a un fantasma...

—Precisamente lo que ven mis ojos no es un fantasma, sino a un precioso

ángel de ojos azules.

Ella negó con la cabeza.

—Serás adulador.. estoy convencida de que algo querrás a cambio —dijo

divertida.

—¡Uf! si tú supieras lo que me apetecería hacer en estos momentos... —

comenzó a caminar de forma sensual y provocativamente hacia ella—. Pero, me

temo que por prescripción médica debo contenerme, o mejor dicho, debemos

contenernos...

Le rodeó la cintura con sus brazos y ella aprovechó para colgarse de sus

hombros.

—¿Y ese medicucho?

¿También nos ha prohibido besarnos? —preguntó

acariciando con la

punta de la nariz el cuello de él, quién no tardó en cerrar los ojos imaginando

sus cuerpos desnudos haciendo el amor.

407

—No. Eso de momento, no lo ha prohibido... —pronunció con la voz

temblorosa a la vez que sumamente ronca.

Ella guardó silencio y enredando sus dedos en el pelo que cubría

parcialmente su nuca, lo acercó a su boca para besarle muy despacio. La calidez

de sus labios, unidos al baile de sus lenguas, aceleró las pulsaciones de sus

corazones. Gabriel la amaba como jamás había

amado a ninguna otra mujer, en

cuerpo y alma.

Bajó la cremallera del vestido, dejando al descubierto la espalda de la

joven y poco después deslizó las mangas por sus brazos, cayendo este al suelo,

sobre los pies de ella.

Acto seguido, Gabriel dio unos pasos atrás y se quitó la ropa ante la atenta

mirada de Jessica.

—Por lo que veo, piensas pasarte por el forro las recomendaciones de

Olivier — sonrió.

—Lo que pienso hacer es amarte con mi cuerpo muy dulcemente...

Ella inspiró hondo sin dejar de admirar la belleza de su desnudez. En estos

tres largos meses, había anhelado tanto sus caricias y sus besos. . que llegados a

este punto, hacer el amor con él, sería lo más profundo y parecido a cuando dos

amantes entregan sus cuerpos por primera vez.

—Ven —él le ofreció la mano— te necesito, ahora.

—Yo también.

Jessica alargó su mano y se la entregó.

Gabriel la guió a través del pasillo, hasta la habitación. Encendió la

lámpara de la mesita y colocando un pañuelo de seda encima para atenuar la

luz, se puso frente a ella. La miró intensamente con las pupilas dilatadas y la

respiración entrecortada, abriendo la boca para exhalar el aire de sus pulmones.

Él le cogió una mano y se la colocó sobre su pecho izquierdo. Sobre el

tatuaje, sobre el aro que atravesaba su pezón y sobre su corazón.

—¿Lo sientes?

—Sí.

—Late por ti. Sin ti, estaría muerto en vida —susurró hilando cada una de

las palabras como si fuera poesía—. Lo eres todo para mí. No existe nada más. .

Te quiero, desde mucho antes de darme cuenta. Creo que te he querido

siempre.. y mientras viva, lo seguiré haciendo.

Los ojos de ella se humedecieron sin previo aviso. Jamás pensó que

volvería a sentir su cuerpo estremecerse de aquella manera. Y sí, ella también

amaba a Gabriel, con toda su alma, pero sentía miedo por si al confesarlo, todo

se desvaneciera como una neblina en medio de la oscuridad.

Selló sus labios con los de él y luego éste la tumbó en la cama, colocándose

encima de su cuerpo, teniendo cuidado de no apoyar todo su peso en este.

—Nunca me cansaré de mirarte. Eres lo más bonito que he visto en mi

vida... y no solo me refiero a tu rostro, tus ojos, tus labios.. me refiero a tu

interior — él sonrió—Me tenías muy asustado.. no vuelvas a hacerlo nunca

más... ¿me has oído?

Ella negó con la cabeza y después le respondió:

—No pienso esconderme nunca más y no pienso marcharme nunca más

de tu vida, porque tu vida, también es mi vida..

Permanecieron sosteniéndose la mirada durante varios segundos, minutos

tal vez. Luego, Gabriel acarició con dulzura su rostro y cerrando los ojos unos

instantes, se apoderó de su boca.

Rozó con sus dedos las delicadas curvas y ella

clavó con cuidado las uñas

en su espalda.

No dejaron de mirarse en ningún momento. A ambos les encantaba verse

reflejados el uno en el otro mientras Gabriel se hundía en el interior de ella,

moviéndose, poseyéndola, haciéndola suya.

Cuando ella le mostró con la mirada que estaba cerca, él la penetró con

algo más de intensidad y juntos experimentaron la explosión del orgasmo,

dejándose arrastrar por un torbellino repleto de sensaciones.

Al acabar, Gabriel la miró con vehemencia. Sus ojos estaban llenos de

pasión y de ternura.

—No te imaginas cuánto he echado de menos hacerte el amor, era como si

me faltara el aire para respirar. . Te quiero. .

Jessica le acarició la cara con las yemas de los dedos, sin dejar de mirarle

intensamente a los ojos y luego le besó ávidamente en los labios, para luego

confesarle:

—Yo también te quiero.

El corazón de Gabriel se saltó un latido.

Tanto tiempo anhelando escuchar de su boca esas palabras que a la hora

de la verdad, no supo reaccionar, quedándose completamente mudo.

Ella al ver que no respondía a ningún estímulo le preguntó:

—Gabriel.. ¿estás bien?

—Nunca he estado mejor en mi vida le respondió con un suspiro de alivio

y luego le sonrió. He pasado treinta años de mi vida esperándote, sin saberlo..

y ahora que te he encontrado, haré cuanto esté en mi mano para no

perderte...

Ella le devolvió la sonrisa.

—No me vas a perder, te lo prometo.

Ambos se fundieron en un ardoroso beso, capaz de derretir toda la nieve

que había caído los últimos días en las calles de

Manhattan.

409

Después de ducharse y vestirse, subieron al BMW X6 de Jessica.

Gabriel tras esperar a que ella se colocara el cinturón de seguridad, puso

rumbo a un lugar muy especial para él.

—¿No piensas darme ninguna pista sobre el destino? —preguntó ella con

ansiosa curiosidad.

Él negó con la cabeza y sonriéndole con picardía, le tocó la punta de la

nariz con la yema del dedo índice.

—Paciencia, cariño. Muy pronto lo sabrás — volvió la vista a la carretera y

giró a la derecha para entrar a la autopista—. ¿Te has acordado del gorro, la

bufanda y los guantes? Allí donde vamos hace mucho frío.

—Sí, jefe.. —se burló—. Todo está previsto según sus órdenes.

—Así me gusta... Si no me veré obligado a darte unos buenos azotes en tu

bonito culo —le siguió la broma.

—¡Hum...! Pues en ese caso, creo que voy a pasar de tus órdenes para

convertirme en una chica muy traviesa...

Él se echó a reír.

—Si sigues provocándome, no llegaremos a tiempo a la sorpresa... —le

advirtió él con la voz algo más ronca.

Gabriel no tardó en cogerle la mano izquierda y después colocarla sobre

su bragueta.

Ella abrió los ojos, sonriente.

—Señor Gómez... sigue siendo usted muy. . pero que muy ardiente... —

añadió acariciando el bulto que crecía apresuradamente apretando con descaro

la tela de sus tejanos.

—La culpa es tuya... me la pones dura con solo estar a mi lado. Jessica

empezó a frotar con mayor intensidad y Gabriel se mordió el labio, dejando

escapar un gruñido de placer.

—¿En serio no tenemos tiempo? —preguntó ella con voz sugerente.

Él volvió a sonreír, esta vez con la respiración agitada.

—¡Joder... Jess! —volvió a gruñir cuando ella desabrochó el botón y luego

bajo la cremallera del pantalón, para meter la mano en su bóxer y acariciar de

esta forma su pene erecto—. Déjame hacer unas llamadas..

Gabriel se desvió del camino y tomó la primera salida de la autopista. Una

vez tuvo el coche aparcado en una especie de descampado, realizó un par de

llamadas y luego se giró para mirar a Jessica a los ojos.

—Ahora soy todo tuyo.

—¿Por dónde íbamos? —Le preguntó acercándose peligrosamente a su

boca—. Te deseo Gabriel, ahora y siempre. Y pienso demostrártelo cada día.

Reclinó el asiento hacia atrás y él quedó tumbado.

Jessica acabó de quedar a escasos centímetros de sus labios y entonces le

besó con fervor al tiempo que desabrochaba con destreza cada uno de los

botones de su camisa negra. Después comenzó a dibujar un sendero de besos

cortos y mordisquitos en su cuello.

Gabriel cerró los ojos, disfrutando del momento.

—Siempre me ha encantado como huele tu piel, Gabriel..

Sin dejar de besarle, descendió hacia su torso. Se detuvo en sus pezones

para lamerlos y succionarlos sin descanso.

—Jessica, vas a matarme..

—susurró hundiendo sus dedos en la larga y oscura melena.

—Pero de placer. . siempre de placer..

Ella fue descendiendo poco a poco por su cuerpo.

Gabriel se estremecía sin poderlo evitar. Gimoteando. Respirando

entrecortadamente.

Bajó sus tejanos y después el bóxer, liberando así su enorme pene. Le

miró a los ojos antes de acariciar su miembro y comenzar a lamerlo con

pasmosa lentitud.

Al cabo de unos segundos, Gabriel le pidió que se detuviera.

—Jessica, mírame... — aseveró y ella levantó la cabeza—. Necesito estar

dentro de ti, ahora.

Ella no dudó. Enderezó la espalda y cambió de postura, sonriendo y

mirándole con ardor.

Deslizó el tanga por sus muslos hasta deshacerse de él. Luego se colocó a

horcajadas sobre él y poco a poco sintió como Gabriel la llenaba plenamente.

—No dejes nunca de mirarme a los ojos... —la abrazó, acariciando el largo

de su espalda y después ella empezó a bailar sobre él.

Hicieron el amor sin prisas, como si no existiera el mañana. Al acabar,

Jessica secó a Gabriel el sudor de su frente y sin salir aún de él, le dijo:

—Lo peor que he hecho en mi vida ha sido alejarme de ti. Reconozco que

me equivoqué — hizo una pausa y luego prosiguió tras respirar hondo—: Lo

hice porque te quiero, porque deseaba tu felicidad por encima incluso de la mía.

Por fin me he dado cuenta que te quiero en mi vida —hizo una nueva pausa,

esta vez más corta—. Aunque estuviera enferma y moribunda, aunque me

quedara un único suspiro, mi último deseo sería ver tus ojos por última vez.

Gabriel se estremeció y luego sujetando su cara entre sus manos, la besó.

Permanecieron un largo rato abrazados y poco después, prosiguieron el

camino.

411

Jessica enseguida reconoció aquel paraje. Se trataba de Putnam Valley, el

mismo lugar donde hacía tan solo tres meses, Gabriel le había mostrado

como su refugio.

Pronto llegaron al Oscawana Lake, y tras aparcar el vehículo cerca de su

cabaña, se apearon.

—Bueno, por fin llegamos..

—saltó del coche inspirando el aire fresco y limpio de aquel lugar.

Jessica se frotó los brazos para entrar en calor.

Era de noche y si se alzaba la vista, podía contemplarse un brillante manto

de estrellas pintadas en un oscuro cielo.

Las montañas que rodeaban el lago estaban cubiertas de nieve, al igual

que los senderos que se perdían en el bosque.

—Te olvidabas del gorro — le regañó colocándoselo en la cabeza—. Aún

estás débil, no deberías enfermar...

—Es cierto —le reconoció

—, pero es que me he quedado hipnotizada por la belleza de este lugar.

Gabriel la abrazó por la espalda.

—No hay nada comparable a tu belleza.

Ella sonrió y él la besó en el cuello.

—Adulador.

Él dejó de abrazarla y tiró de su mano.

—Ven. Quiero enseñarte algo.

Cogidos de la mano, él la guió hacia la orilla del lago, cerca de un par

de barcas amarradas a un noray.

—Sube.

—¿En serio? —Le preguntó haciendo una mueca —. La barca está en

bastante mal estado y ni siquiera parece que sea capaz de soportar nuestro

peso.

Gabriel se echó a reír y luego subió a la barca y pegó un par de saltos.

Abrió los brazos y le contestó:

—Como ves, aguanta lo que le echen. Ven —le tendió la mano. Tu

sorpresa está en esa dirección y únicamente podemos acceder a través de esta

reliquia.

Ella meditó unos segundos y poco después se

sujetó de su mano y subió al

bote.

—Lo que la curiosidad te obliga a hacer —refunfuñó sentándose en la

proa.

Él por el contrario saltó fuera, empujó el bote y cuando este ya estaba

flotando en el agua, volvió a subir. Luego giró la llave del motor y agarrando la

caña para hacer girar el timón, el bote comenzó a navegar.

Unos cinco minutos más tarde llegaron a una especie de islote en medio

del lago.

Detuvo el motor y amarró el bote.

Jessica abrió la boca sorprendida y emocionada a partes iguales, nada más

pisar tierra firme. Ante sus ojos, había un camino iluminado por velas blancas y

rojas, que conducían hacia una especie de pérgola.

—Jamás dejarás de sorprenderme, Gabriel.

—Eso nunca, mi ángel.

Le besó en la frente y le cogió de la mano para llevarle a través de ese

pasillo de luces brillando en medio de la oscuridad de la noche.

Poco a poco, la pérgola fue tomando forma.

Al llegar, un dulce aroma a rosas les invadió todos sus sentidos. Miles de

pétalos yacían esparcidos por la tierra y en el centro del armazón, había dos

personas.

El semblante de Jessica de nuevo se cernió de asombro.

—Gabriel.. —murmuró quedándose paralizada.

—Ven... —tiró de nuevo de ella.

Juntos subieron los tres escalones que les separaban de aquellas dos

personas. Al llegar frente a ellos, los acordes de un piano de cola empezaron

sonar en el ambiente.

Y Pablo Alborán empezó a cantar en directo "Vuelvo a verte":

"Se acabó, ya no hay más terminó el dolor de

molestar a esta boca que no aprende

de una herida"

Gabriel abrazó a Jessica y la besó en el pelo.

Entonces Malú empezó a cantar:

"He dejado de hablar

al fantasma de la soledad ahora entiendo,

me dijiste que nada es eterno"

Gabriel le susurró al oído:

—Es cierto, nada es eterno, salvo mi amor por ti. Te quiero.

Jessica le miró con los ojos bañados en lágrimas y después enterró la

cabeza en el hueco de su cuello sin dejar de escuchar la canción.

“y solo queda subir otra montaña que también la pena se ahoga en esta playa

Y es que vuelvo a verte otra vez vuelvo a respirar profundo y que se entere el

mundo que de amor también se puede vivir de amor se puede parar el tiempo no quiero

salir de aquí

Porque vuelvo a verte otra vez vuelvo a respirar profundo y que se entere el

mundo que no importa nada más” (..)

Al desvanecerse el último acorde, Malú se acercó a ambos y tras

abrazarles, les dedicó unas palabras:

—Debo felicitarte por tu fortaleza, tu entereza y tu

coraje frente a la vida.

Admiro a todas aquellas personas que anónimas como tú, luchan día a día

contra esta enfermedad.

—Muchas gracias —asintió Jessica con gratitud.

Pablo, cerró la tapa del piano y se unió a ellos, también. Saludó a Gabriel

chocando su mano con la de éste y luego miró a Jessica a los ojos para

pronunciar unas palabras:

—Felicidades por tu rápida recuperación —le dio un abrazo—. Cuando

Gabriel nos llamó, ni Malú ni yo lo dudamos. Teníamos que estar aquí, con

vosotros y ser partícipe de dos cosas: De conocer

a la persona que por fin ha

robado el corazón a Gabriel.. —sonrió mirándole a él—, y de compartir junto

con las personas que te quieren, este día tan especial. .

Tras acabar, Pablo sonrió alzando el brazo haciendo una señal al aire, y

luego gritó: «¡Ya podéis venir.. !», haciendo un llamamiento generalizado al

cual empezaron a acudir personas escondidas tras los árboles.

Poco a poco, el centro del islote fue llenándose de seres queridos: La

madre de Jessica, Amanda. Marta e Iván. La madre de ambos, Anna. Eric y

Daniela, Frank y Charlotte. Geraldine...

El corazón de Jessica empezó a latir desbocado en el interior de su pecho.

—Esto es para ti... —le susurró Gabriel al oído—. He reunido a todas las

personas que son importantes para ti y para mí, porque quiero que sean

testigos del profundo amor que siento por ti.

Tras besarla en los labios, se acercó hasta Iván que estaba junto a Marta.

Les sonrió a ambos, besó a ella en la mejilla y después abrazó efusivamente a su

único hermano.

—Gracias por venir. .

—¿Hermanos para siempre, recuerdas?

Gabriel asintió e Iván le entregó la guitarra que

sujetaba con las manos.

Inspiró hondo y corrió a la pérgola subiendo los tres escalones de un salto.

414

Al darse la vuelta, miró a Jessica a los ojos y tras unos segundos, se sentó

en una silla.

Tragó saliva, emocionado.

Las manos le temblaban ligeramente cuando las introdujo en uno de sus

bolsillos, palpando aquella cajita. Poco después, se armó de valor y pudo hablar

de viva voz:

—Gracias a todos por estar en el día más importante de mi vida

—hizo un repaso visual a cada una de las personas que estaban en aquel

lugar. Cuando por fin encontró los ojos de Ana pudo proseguir, pese a notar un

nudo en la garganta—: Gracias mamá, por darme la vida. Gracias Iván, por

perdonarme y darme una segunda oportunidad. Gracias Marta, por cuidar y

querer a mi hermano, y darme sobrinos —sonrió rascándose la nuca—. Gracias

Frank, por enseñarme el verdadero significado de la palabra amistad. Gracias

Eric, por cuidar a una personita muy especial para mí — lo afirmó mirando a

Daniela—. Gracias Daniela, por confiar y preocuparte en todo momento de mí.

Gracias a Amanda y a Geraldine, por cuidar siempre de mi ángel.. Pero, sobre

todo, quiero darte las gracias a ti, Jessica.

Tuvo que detenerse antes de proseguir. No solo las manos le temblaban,

apenas podría articular palabras. Carraspeó y luego tosió.

—¿Qué podría decir de mi ángel de cabellos negros.. ? — Inspiró hondo—.

¿Qué se le puede decir a una persona que te ha devuelto las ganas de vivir? A

una persona que ha desenterrado sentimientos olvidados en la profundidad de

mi alma..

Jessica no pudo evitar que varias lágrimas se deslizaran por sus mejillas y

Amanda al darse cuenta, sonrió y abrazó con ternura a su hija, meciéndola

como cuando era una niña.

—Jessica... eres mi vida.. sin ti, nada tendría sentido..

Gabriel bufó. Los nervios, hacían temblar su voz. Así que, cerró los ojos,

tratando de serenarse. De seguir así, le sería imposible cantar.

Cuando consiguió relajarse parcialmente, apoyó la guitarra en uno de sus

muslos, hizo movimientos circulares con los hombros y tocó tres de las seis

cuerdas para hacer una pequeña prueba de sonido.

Alzó la vista y mirando de nuevo a Jessica, empezó a deslizar sus dedos

para tocar con determinación.

Todos, cada cual a su manera, se sentían orgullosos de estar allí, de

compartir aquellos instantes junto a Gabriel y Jessica.

La música pronto se adueñó del lugar. La canción: "Tu jardín con

enanitos" empezó a flotar en aquel paraje:

"Hoy le pido a mis sueños que te quite la ropa

que conviertan en besos todos mis intentos de morderte la boca

y aunque entiendo que tú,

tú siempre tienes la última palabra en esto del amor.

Y hoy le pido a tu ángel de la

guarda que comparta

que me de valor y arrojo en la batalla para ganarla.

Y es que yo no quiero pasar por tu vida como las modas,

no se asuste señorita nadie le ha hablado de boda,

yo tan solo quiero ser las cuatro patas de tu cama,

tu guerra todas las noches, tu tregua cada mañana.

Quiero ser tu medicina, tus silencios y tus gritos,

tu ladrón, tu policía, tu jardín con enanitos.

Quiero ser la escoba que en tu vida barra la

tristeza

quiero ser tu incertidumbre y sobretodo tu certeza.

Hoy le pido a la luna, que me alargue esta noche

y que alumbre con fuerza este sentimiento y bailen los corazones.

Y aunque entiendo que tú serás siempre ese sueño que quizás nunca podré

alcanzar...

.. Y es que yo quiero ser el que nunca olvida tu cumpleaños,

quiero que seas mi rosa y mi espina aunque me hagas daño,

quiero ser tu carnaval,

tus principios y tus finales,

quiero ser el mar donde puedas ahogar todos tus males.

Quiero que seas mi tango de gardel,

mis octavillas, mi media luna de miel, mi blus,

mi octava maravilla, el baile de mi salón,

la cremallera y los botones,

quiero que lleves tu falda y también mis pantalones.

Tu astronauta, el primer hombre que pise tu luna,

clavando una bandera de locura, para pintar tu vida de color,

de pasión, de sabor, de emoción y ternura,

sepa usted que yo ya no tengo cura sin tu amor.
.”

Tras acabar, y desvanecerse la última nota en el aire, Gabriel dejó la

guitarra en el suelo, apoyada en la silla, y saltó los escalones para correr frente a

Jessica.

Era ahora o nunca.

416

Su corazón amenazaba con salir disparado de su boca. Estaba muy

nervioso. Ni siquiera recordaba haberlo estado tanto jamás. Miró a su hermano,

quién le guiñó el ojo y asintió con la cabeza animándole, dándole un último

empujón.

Inspiró hondo de nuevo y luego exhaló el aire poco

a poco. Estaba hecho

un flan. Pero entonces ella le buscó los ojos y él, lo tuvo claro. Era ella con quién

quería estar el resto de su vida. Era ella la razón de su existencia. Ella lo era

todo para él.

Sin dejar ni un solo instante de mirarla con respeto y deseo, puso una

rodilla en el suelo, metió la mano en el bolsillo de su cazadora y sacó la pequeña

cajita.

—Jessica... —dijo sacando la alianza de oro y diamantes que había en el

interior.

Inspiró hondo y sosteniendo su mano izquierda,

prosiguió:

—Te quiero y quiero que todas las personas que me importan, lo sepan.

Quiero compartir mi vida contigo. Quiero pelearme, reírme, enamorarme cada

día más de ti. Quiero que seas mi jardín con enanitos...

Gabriel robó a Jessica una preciosa sonrisa.

—Eres mi principio y mi fin.

Él miró su mano para deslizar poco a poco la alianza en su dedo anular.

—No te pido que te cases conmigo, porque no van conmigo esas cosas, no

me van los convencionalismos, salvo que tú sí que quieras, en ese caso, me

sentiría muy honrado de ser tú marido.

Ella sonrió.

Gabriel no dejaba de sorprenderla y eso le encantaba. Sin duda, él era muy

diferente a Robert o a los demás hombres que había conocido.

Gabriel, era especial.

—Me basta con tenerte cada noche en mi cama y despertarme abrazado a

ti cada mañana —hizo una pausa para perderse de nuevo en el azul zafiro de

sus ojos—.

¿Quieres compartir el resto de mi vida conmigo? Me gustaría que vinieras

a vivir a mi apartamento. Solos tú y yo. ¿Qué me

dices?

¿Aceptas?

Jessica que le escuchaba con atención, le removió el pelo con los dedos y

tras suspirar pronunció un

«¡Sí, acepto!», alto y claro. Luego estiró de su mano con fuerza y cuando le

tuvo a su altura, le besó con ardor.

Todos los presentes, aplaudieron conmovidos.

417

No habría boda de momento, pero... ¿quién sabe.. ? Eso, inevitablemente

lo sabe el caprichoso Destino..

¿FIN...?

EPÍLOGO

Manhattan, 6 enero de 2.014

—¿Gabriel Gómez?

La voz de Paula, la asistenta social, sonó a través de la puerta entreabierta

de la sala destinada a las visitas del centro de acogida.

—Sí, soy yo.

Se levantó de la silla de la sala de espera y miró a Jessica.

—¿Quieres acompañarme?

Ella meditó unos segundos sin dejar de dar vueltas a la alianza de oro

blanco y diamantes.

—Creo que será mejor para él que me quede aquí esperándote. A mi

parecer, es todavía demasiado reciente. Aún no me tiene la suficiente confianza.

—No es culpa suya. Siente pánico a los extraños.

Gabriel le cogió la mano que tan incómoda movía sin parar.

—Tampoco es culpa tuya, Jessica. Dale tiempo...

Ella asintió y le regaló una sonrisa esperanzadora.

—Claro, todo el que necesite.

Él le devolvió la sonrisa y luego le besó en los labios.

—En media hora estoy de vuelta.

—Ve tranquilo.

Tras atravesar el umbral de la puerta, la joven la cerró con llave. Gabriel se

sentó en una silla y dejando sobre la mesa el paquete debidamente, se dispuso a

esperar.

Un par de minutos más tarde, Scott entró en la sala, cabizbajo,

acompañado de Paula.

—Scott, mira quién ha venido a verte.. tu amigo Gabriel. .

El niño al escuchar su nombre, alzó la mirada tímidamente encontrándose

con los ojos de él.

—Hola, campeón.

Gabriel inspiró hondo. Scott parecía recuperar peso y tonalidad en las

mejillas tras el último encuentro. Eso le tranquilizaba. El centro le trataba bien,

era evidente.

—Bueno, creo que os dejaré a solas unos minutos. ¿Te parece bien, Scott?

—le preguntó ella doblando las rodillas para colocarse a su altura.

El niño no articuló ninguna palabra ni siquiera un solo gesto de

aprobación.

Paula le colocó la mano en el brazo para que supiera que no estaba

obligado si no quería.

—Scott, no pasa nada. Si no te apetece, Gabriel no se enfadará.. vendrá

otro día.

La joven miró a Gabriel y después se encogió de hombros, resignada.

—Me temo que hoy no está inspirado. Será mejor que vengas en otro

momento.

—Claro. No hay problema.

Gabriel se levantó de la silla y cogió el paquete. Pero antes de empezar a

andar, lo miró y volvió a colocar este sobre la mesa.

—Paula, el paquete es un regalo para Scott.

Dáselo por favor, de parte de

Jessica y mío.

—Por supuesto.

Mirando una vez más a Scott, salió de la sala algo menos preocupado que

la vez anterior. El centro y la terapia psicológica, estaban ayudando mucho a

Scott a superar el asesinato de su padre y el abandono de todos estos años por

parte de su abuelo, Charly.

Mientras atravesaba el pasillo y se acercaba a Jessica, no pudo dejar de

pensar en lo ocurrido.

Ella al verle llegar, cerró el libro que estaba leyendo y se quitó las gafas de

pasta de color burdeos.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó con un deje

de preocupación.

—Necesita más tiempo y yo tengo todo el del mundo.

Jessica se levantó y Gabriel le cogió de la cintura.

—¿Tienes un momento para pasar por el aeropuerto? Tengo algo

importante que mostrarte.

—¿Ya empezamos con las misteriosas sorpresas?

—Me temo que sí —sonrió. —Soy así de raro. Me gusta tenerte nerviosa.

—Se acercó para susurrarle al oído—: No me preguntes porqué, pero me pone

muy cachondo...

Jessica se rió y luego le pegó un manotazo.

—No cambies nunca, Gabriel.

—Te aseguro que así será...

La estrechó con más intensidad de la cintura y dio un mordisco a su

hombro.

Al llegar al aeropuerto JKF, Gabriel aparcó el coche en batería. Apagó la

radio y giró la llave del contacto para detener el motor.

—Jessica, es hora de explicarte algo importante que deberías saber —

inquirió con el semblante bastante tenso.

Ella sonrió abiertamente.

—Gabriel, no hagas el payaso. Sabes que no se te da bien pone esa cara tan

seria, no va contigo, además te hace parecer más mayor.

—Jessica —resopló, tratando de continuar sin interrupciones—: Quiero

que me escuches con atención, porque lo que voy a contarte, cambiará tu vida

para siempre.

Ella arrugó la frente, pensativa.

—¿Para bien o para mal?

—Déjame que primero te lo diga —le tomó una de las manos.

Jessica guardó silencio y Gabriel le miró a los ojos con decisión.

—He encontrado a tu hija.

Ella se soltó de su mano abrumada por lo que acababa de escuchar.

—No tiene ni pizca de gracia

—dijo cruzando los brazos, como protegiéndose de sus palabras.

Gabriel se acercó un poco más a ella, mirándole muy serio.

Jessica, al ver en sus ojos reflejada la honestidad negó con la cabeza aún

sin dar crédito.

—¿Y dónde está? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—¡Ehhhh...! alto, alto. . —se burló levantando las

manos en señal de

rendición—. Vayamos por partes.

Jessica tuvo que frotar sus brazos, porque un escalofrío repentino había

invadido de arriba abajo todo su cuerpo.

—Es una chica que ya conoces.

Jessica aún le miró más sorprendida que antes.

—Es amiga mía. La conocí en la parada de taxis de este mismo aeropuerto,

hace apenas cuatro meses.

Gabriel le volvió a coger de la mano, pero esta vez ella no la retiró, porque

en cierta forma necesitaba de su contacto, para tratar de asimilar lo que tenía

que escuchar.

—Vino a Manhattan a través de una beca de bellas artes otorgada por la

Universidad Pompeu Fabra de Barcelona.

421

Gabriel inspiró y luego tragó saliva, para soltar de golpe todo el resto.

—Se llama Daniela Luna, es española, su fecha de nacimiento es el 24 de

septiembre del 1991, por consiguiente tiene 22 años.

Jessica abrió los ojos como platos. Sintiendo como los latidos de su

corazón zumbaban en el interior de sus oídos.

—Además de las mismas marcas de la foto de tu

bebé y un parecido

asombroso a Adam.

Los ojos de ella enseguida se llenaron de lágrimas y Gabriel buscó un

pañuelo de papel para dárselo.

—¿Es la chica del pub?

—La misma —afirmó él con firmeza.

—Algo en mi interior, me avisó ese día de que era ella, pero no hice caso.

—No te culpes.

Jessica se sonó la nariz y se secó las lágrimas.

—¿Está aquí? ¿En el aeropuerto?

Él asintió.

—¿Quieres verla?

—Llevo veintidós años queriendo verla..

—Entonces creo que ya has esperado demasiado..

Entraron al aeropuerto y se dirigieron cogidos de la mano hacia la primera

planta. Subieron por las escaleras mecánicas y cruzaron un largo pasillo hasta

llegar a la puerta de embarque del vuelo con destino a Madrid.

Cuando cruzaron la puerta, Gabriel le pidió que esperara un momento en

aquel sitio.

Los cinco minutos que transcurrieron hasta que regresó de nuevo, fueron

eternos.

Jessica, vio de lejos acercarse a los tres, Gabriel, Eric y su hija Daniela.

A Jessica se le hizo un nudo en la garganta. Se llevó las manos temblorosas

a la boca. Veintidós años, era demasiado tiempo sin ella. Veintidós largos y

angustiosos años, por fin llegaban a su fin. Estaba viva y estaba frente a ella.

Era real, no se trataba de ningún espejismo. .

Gabriel y Eric, se quedaron en segundo plano, a unos metros antes de

llegar hasta Jessica.

Daniela, se soltó de la mano de Eric y tras respirar hondo muy nerviosa,

caminó hacia su madre, que la observaba aún sin dar crédito.

«Dios mío, creo estar viendo a Adam», susurró Jessica sin poder evitar

llorar.

422

Cuando quedaban pocos metros, Daniela se detuvo temblorosa. Ambas se

miraron en silencio durante un rato y luego Jessica le sonrió con ternura,

invitándola a acercarse.

—Mi niña... —susurró tendiéndole la mano.

Daniela pese a la lejanía pudo leer en sus labios aquellas palabras y

entonces tras estremecerse nuevamente, corrió a sus brazos y ambas se

fundieron en un precioso y emotivo abrazo.

Gabriel no pudo evitar sonreír al tiempo que suspiró frotándose los ojos

con el dorso de la mano. Esa escena era demasiado intensa, demasiado bella..

Madre e hija, unidas para siempre.

—Gracias, Eric dijo colocando su brazo sobre su hombro.

—Tuve tiempo de pensar y recapacitar. No podía negarle algo que había

deseado toda su vida. Dejé de pensar en mí por un momento y lo vi claro,

Daniela debía saber la verdad.

Gabriel miró a su amigo con orgullo y luego añadió:

—Vas a ser un padre cojonudo.

Eric se echó a reír.

—Sí. A ver si a la tercera, va la vencida —negó con la cabeza—. Esta vez,

quiero hacerlo bien. Por eso nos vamos a Madrid. Quiero pasar más tiempo con

mis hijos y con el bebé que vendrá.

—Eric. Lo harás genial —se puso serio—. O te prometo, que me planto en

Madrid y te pateo el culo, si no cuidas de Daniela como se merece.

—No debes preocuparte, porque la quiero y no pienso cagarla —miró a

ambas mujeres una vez más—. Esta vez, no. Así que no hará falta que vengas a

Madrid, a no ser que sea para venir a visitarnos.

—Claro que sí. Cuenta con ello, amigo.

Tras abrazarse durante un largo rato, Daniela alzó la vista y ambas se

quedaron mirándose a los ojos.

—He soñado tantas veces con este momento... —dijo Jessica con la voz

temblorosa—. Dios sabe que he removido cielo y tierra para encontrarte..

—Lo sé... Sé que no fue decisión tuya.

Jessica empezó a llorar desconsoladamente mientras acariciaba el rostro de

su hija.

—Te he echado tanto de menos...

Daniela empezó a respirar con dificultad, estaba demasiado conmovida.

—Y yo... mamá.

Ambas volvieron a abrazarse con fuerza, incapaces de decir nada más.

423

Cuando se separaron lentamente, Daniela la cogió de la mano y la colocó

sobre su vientre que ya empezaba a tomar forma, aunque el abrigo disimulara

la evidente redondez.

Jessica abrió mucho los ojos. ¿Era lo que creía que era? Negó con la

cabeza, sin dejar de llorar.

—Ella es... Alba, tu nieta... Daniela le sonrió, apartándose un mechón de la

cara.

—Mi nieta... —repitió susurrando con un hilo de voz—. Mi nieta.. Alba..

Jessica suspiró acariciando el vientre de su hija y luego la besó en la frente.

Poco después, una voz femenina alertó que los pasajeros del vuelo con

destino a Madrid, debían embarcar.

Daniela bajó la vista, una enorme sensación de tristeza se adueñó de su

ser.

Cuando Jessica lo percibió, le levantó la barbilla y la miró profundamente

a los ojos.

Ambas se sostuvieron la mirada unos instantes.

—Te prometo que cuando esté más recuperada, iré

a Madrid. Tengo

muchas cosas que explicarte, quiero que me conozcas... y me encantaría

hablarte de quién era tu padre y lo mucho que nos amábamos. Porque no fuiste

un error, fuiste engendrada desde el amor..

Tras escuchar aquellas palabras, Daniela contuvo el aliento y sus ojos

verde oliva volvieron a brillar, emocionados.

—Yo también quiero conocerte.

Jessica le brindó una hermosa sonrisa y ambas se abrazaron por última

vez.

Gabriel y Eric, se unieron a ambas y tras despedirse, Jessica miró a su hija

hasta perderla tras la puerta de embarque.

Gabriel la besó en el cabello y juntos caminaron en silencio hacia el

aparcamiento.

No tardaron demasiado en llegar al apartamento y justo después de abrir

la puerta, Gabriel le barró el paso antes de que pudiera entrar.

—De eso nada.. —sonrió cogiéndola en brazos bajo su asombro.

—¿Pero qué haces? — preguntó rodeando su cuello para no caer.

—Algo que me rondaba en la cabeza hace días.

Gabriel la besó en los labios.

—Aunque no nos hayamos casado, quiero que te

sientas en todo momento

mi mujer.. Así que, hagámoslo como es debido...

424

Gabriel cruzó el umbral de la puerta con ella en brazos y al llegar al

interior, cerró la puerta de una patada sin dejarla aún en el suelo.

—Y ahora... voy a hacerte el amor en calidad de marido. .

Jessica sonrió divertida. —¡Hum!.. Señora Gómez... Suena raro..

—Ya te daré yo raro.. — soltó una sonora carcajada.

La llevó a cuestas hasta el dormitorio, abrió la luz con una mano y tras

dejarla sobre la cama, se empezó a desvestir.

—Cómo me gusta mirarte mientras te desnudas, Gabriel.. — aseguró

mordiéndose el labio inferior.

Él se deshizo de toda la ropa en un instante y se arrodilló frente a ella para

quitarle los zapatos de tacón y luego el vestido.

Luego, le miró con ojos hambrientos de pasión y añadió:

—¿Me quieres?

Ella sonrió seducida por sus palabras.

—Siempre...

FIN

425

La Saga continúa…

Muy pronto en Amazon: Saga Loca Seducción 2 - Recuérdame

426

Prólogo

Sobresaltada, se despertó con la respiración entrecortada y los latidos de

su corazón zumbando en sus oídos. Rápidamente, sus pupilas comenzaron a

dilatarse acostumbrándose a la luz proveniente del exterior de aquella pequeña

ventana.

Alzó la cabeza y mirando con recelo a su alrededor, se incorporó

permaneciendo sentada varios minutos. No se atrevía a moverse, no sin antes,

averiguar dónde se encontraba y cómo había llegado hasta allí.

De repente, un terrible dolor de cabeza se apoderó de ella. Cuando quiso

colocar la mano sobre la sien para apaciguar aquel malestar, descubrió un

vendaje que rodeaba parcialmente su frente.

Lo palpó con cuidado. Daba la impresión de que bajo el apósito, había

varios puntos de sutura. Confundida, quiso salir de la cama y al apoyar el peso

en una de sus manos, una pulsera de plástico asomó entre las mangas de su

pijama.

Conmovida, retiró la tela para poder leer las palabras que había inscritas

de color negro:

«Anderson, Noah

Albert Einstein Medical Center Philadelphia

Fecha ingreso: 24/12/2013»

Abrió los ojos desconcertada.

«¿Quién demonios es Noah Anderson?»

Capítulo 1

Philadelphia, 6 enero 2014

—¡Clive! ¡Clive! ¡Noah ha despertado!

Clive abrió los ojos como platos y tragó saliva ruidosamente al tiempo que

se quitaba el gorro, la bata y los guantes de operaciones, sin dejar de mirarse al

espejo con un deje adusto y desabrido en su semblante.

—¿Estás hablando en serio?

—preguntó con la voz tan grave y amenazante que hasta incluso Jim dio

un paso atrás a modo de defensa.

«¡Maldita zorra! ¡Tenía que haber vaciado todo el cargador en su puta

cabeza!», pensó para sus adentros, sin poder evitar

apretar la mandíbula con

tanta fuerza que hizo chirriar sus muelas.

La presión arterial se le disparó de tal forma que un apreciable tic asomó

en la comisura de su ojo derecho.

—Sí, Clive... Es un milagro

—dijo su compañero tan perplejo como emocionado. Conocía a su mujer

desde hacía más de cinco años y por supuesto, la tenía mucho aprecio.

Clive por fin alzó la vista y buscó los ojos de Jim a través del espejo.

—¿Y qué es lo primero que ha dicho?

Jim se encogió de hombros.

—Nada. No ha dicho nada.

Clive enarcó una ceja extrañado mientras acababa de lavarse las manos y

luego las secaba con una de las toallas limpias que cogió del estante. Jim,

después prosiguió:

—No recuerda nada.

«¡Joder!», se echó a reír para sus adentros, aliviado.

«Soy un puto afortunado.. »

Jim, sostuvo la puerta para que su compañero de fatigas atravesara el

umbral y darle un par de palmaditas en la espalda.

—Clive. Nuestras plegarias han sido escuchadas. Dime,

¿Cuantas probabilidades hay que una persona sobreviva a un disparo en

la cabeza? ¿Una entre...?

428

—Veinte... —acabó su frase.

—Exacto —le miró de reojo. Por extraño que parecía, Clive no daba saltos

de alegría. ¡Por el amor de dios!, era su mujer y pese a su amnesia, estaba viva.

El joven siguió caminando a su lado por el largo pasillo y luego prosiguió:

—Su padre está de camino.

—¿George? ¿No estaba en Roma?

—Tan pronto como ha recibido la noticia, ha cogido el primer vuelo.

—¿Y Charlize?

—Ella, de momento, se ha quedado allí.

Clive tosió y luego carraspeó para aclararse la voz. El catarro que

arrastraba desde hacía días, había dejado secuelas en sus pulmones y en su

garganta.

Empezó a acelerar el paso.

—A ver si de una vez dejas el dichoso vicio. Tienes cuarenta y cuatro años,

ya no eres un crío.

Él se rió.

Durante los seis largos meses de intensiva búsqueda por el paradero de su

mujer, había aumentado el número de cigarrillos negros. A día de hoy, se

fumaba tres paquetes y esa cantidad iba in crescendo vertiginosamente.

—De seguir así, tendrás que operar con un cigarro en una mano y un

bisturí en la otra —se burló divertido.

Clive no le contestó.

Jim Sanders, era un hombre

con un peculiar sentido del humor y a veces su sarcasmo solía exasperar

sus nervios. Clive, en más de una ocasión, le había advertido que no encontraba

la gracia por ninguna parte a sus estúpidos comentarios y que algún día le

partiría la cara, pero aún no lo había hecho porque significaría dejar de operar

durante un tiempo, y su profesión y su reputación como cirujano jefe, estaba

muy por encima de todo aquello.

Clive, necesitaba constantemente tener el control. Ejercer su control a todo

aquel que le rodeaba. Sentirse poderoso y de paso, alimentar su ya acrecentado

ego. Si controlaba a los demás, lograría controlarse a sí mismo. Era una

ecuación pragmática, como que dos más dos, son cuatro. Así funcionaba la

retorcida mente de Clive.

Al llegar a la habitación 423, Jim, cerró el paso a Clive.

—¿Qué coño haces?

—No la

atosigues mucho, ¿vale? Está muy asustada.

«Haré lo que me plazca, capullo. Ella es mía»

429

Clive, frunció el ceño.

—Aparta —inquirió quitando el brazo que le impedía entrar en la

habitación.

—Venga, Clive.. dale un respiro.

—Tengo ganas de verla.

—Ja, ja, ja.. y de otras cosas ¿no? En seis meses debes de habértela cascado

de lo lindo.

Clive le cogió del cuello de la camisa y lo estampó contra la pared.

Jim levantó las manos en señal de rendición mientras se ponía de puntillas

tratando de abrir la boca para respirar con normalidad.

—Te advertí que un día te partiría la cara, no hagas que ese día sea hoy.

—Perdona —dijo tragando saliva costosamente—, ha sido una broma

estúpida.

Clive clavó sus ojos en los de color avellana de él y luego le soltó con

desprecio.

—Tú lo has dicho, una estúpida broma.

—Joder, Clive.. Relájate..

Éste bufó por la nariz con fuerza.

—Tu mujer está viva ¿qué más puedes pedir?

Negó con la cabeza y resoplando, abrió la puerta para entrar.

Jim, en cambio, se quedó en segundo plano y tras unos segundos,

descendió a la planta baja a su puesto como jefe de urgencias.

Clive, cerró la puerta a sus espaldas.

Noah estaba sola en la habitación, mirando a través de la ventana. Al

escuchar unos pasos que se acercaban, se giró alimentada por la curiosidad.

Se quedó observando en silencio a aquel atractivo médico, de penetrante

mirada azul, de pelo ondulado y negro, que la miraba como si la conociera de

toda la vida.

—Me conoces —afirmó ella dando unos pasos al frente—, lo veo en tus

ojos.

Clive, reconocía que estaba muy tenso. Una gota empezó a surcar su

frente.

Por su bien, ella no debía reconocerle, o de lo contrario, estaba

sentenciado. El intento de asesinato con premeditación y ensañamiento, ocurrió

en Nueva York y por lo tanto, le sería aplicada la pena máxima, según la

jurisdicción estatal de aquel estado, o lo que era lo mismo, la traducción al argot

callejero: A veinticinco años a la sombra.

Ella se acercó un poco más, por una extraña razón, no sentía miedo.

430

Cuando únicamente les separaban dos metros, Noah entrecerró los ojos

estudiando a su marido y luego pronunció titubeante:

—Lo siento. No logro recordar quién eres.

Clive, sonrió a medias torciendo el labio e inspiró hondo tratando de

paliar su evidente angustia.

—Soy... —se acercó a ella con paso firme—. Tu marido.

Noah alzó las cejas. No recordaba haber estado casada. No recordaba sus

rasgos, ni su voz, ni sus ojos. . No recordaba absolutamente nada.

Bajó la vista a sus manos buscando alguna prueba fehaciente, sin embargo

no encontró ninguna marca que rodeara sus largos dedos.

Ella sintió un escalofrío y luego empezó a temblar.

—Ven. —le dijo él—. Quiero abrazarte.

Alzó la vista con lágrimas en los ojos.

—Lo siento —se disculpó—.

No soy capaz de recordarte.

Clive la abrazó y le susurró palabras tranquilizadoras al oído antes de

separarse.

—No te preocupes, yo te mostraré quién eras y quién soy yo.

Ella asintió secándose las lágrimas de los ojos.

De repente, la puerta se abrió de golpe.

Un hombre de unos cincuenta años, vestido con una chaqueta desgastada

de cuero marrón, tejanos que aparentaban haber llenado el cupo de lavados y

unas b a m b a s Nike con las suelas enfangadas, enseñó su placa.

—Soy el

detective

Owen.

Abandone

de

inmediato la habitación, señor.

—Está usted ante su marido.

—Me la trae floja —dijo guardando su placa en el bolsillo trasero de su

pantalón y tras hurgar en el otro, sacó un chicle que desenvolvió al poco

después para llevárselo a la boca—. Señor, he de interrogar a la señorita

Anderson.

—No me han informado.

—Lo estoy haciendo ahora. Así que si me permite.. —le hizo un gesto

señalando a la puerta, invitándole a salir.

Resopló

con fuerza y cruzando una última mirada desafiante con

el detective, salió de allí.

Jack Owen, miró de arriba abajo a Noah mientras hacía crujir sus nudillos

y mascaba ruidosamente.

—Veamos... Toma asiento — miró a su alrededor. Únicamente había una

cama y una butaca.

Ella pestañeó varias veces antes de sentarse en una de las esquinas de la

cama.

Jack sacó su pequeña libreta y buscó una hoja libre de anotaciones.

Después hizo un garabato en el papel y al ver que su bolígrafo no escribía, lo

humedeció con la lengua.

—Jodido invento húngaro..

—maldijo entre dientes.

Dio unos golpecitos a la punta y por arte de magia el aparato empezó a

funcionar sin problemas. Luego se sentó en la butaca y empezó a anotar varias

palabras que luego subrayó.

—Noah Anderson, veintiocho años. Nacida en Minnesota, con residencia

en Philadelphia.

Le escuchaba con atención, tratando de retener en su mente aquellos datos

que eran nuevos para ella.

El detective, alzó la vista y pasándose la mano por la escasez de su pelo y

las incipientes entradas en su cuero cabelludo, la miró con aquellos ojos azules

y avispados para preguntarle:

—¿Sabes de qué huías?

—¿Perdone? —le preguntó tensándose sin saber porqué—.

¿Huía?

Jack empezó a anotar en su libreta y luego hizo una pompa con el chicle, al

explotar ésta, levantó de nuevo la vista.

—O sea, que es cierto. — cruzó las piernas—. No recuerdas nada.

Ella negó con la cabeza.

Poco después, dejó la libreta y el bolígrafo sobre la superficie de una de las

mesitas junto a la cabecera de la cama y la miró directamente a los ojos, como

estudiando sus gestos, esperando alguna reacción por lo que le iba a explicar:

—Llevabas seis meses desaparecida y cuando todo el mundo te daba por

muerta... ¡tachán! —hizo un gesto con las manos como si se tratara de un

prestidigitador—, apareces en un callejón con un disparo en la cabeza.

Moribunda —sopló por la nariz sin dejar de observarla con detenimiento. Y sí,

la expresión de sus ojos no mentía. Lo que le estaba diciendo era del todo nuevo

para ella—. Te robaron, te dispararon a quemarropa y te abandonaron a tu

suerte.

—¿Y no sabe quién o quienes me atracaron?

Jack aguardó unos segundos antes de proseguir:

—Lo que creo es que no fue un atraco fortuito.

Ella arrugó la frente y abrió la boca, asombrada.

—No existe un crimen perfecto.. —murmuró casi en un susurro.

—¿Cómo dice?

—Nada, nada.. cosas de un loco chiflado. . llevo muchas horas sin dormir

y de permiso —dijo levantándose de la butaca. Ella también se incorporó—.

¡Joder! no sé por qué siempre en los hospitales ponen la calefacción tan alta... —

sopló, secándose el sudor de la frente y luego se miró las axilas que también

estaban empapadas.

Jack sacó una tarjeta de su cartera y se la entregó.

—Llámame si recuerdas algo. Aunque pienses que no es importante, todo

puede servir para esclarecer los hechos.

—Gracias —le estrechó la mano, acompañándole hacia la puerta.

—Ah, una última cosa. —le dijo girándose—. No comentes con nadie que

he estado aquí. Los federales no deben saberlo. Ellos y yo. . digamos que somos

como el perro y el gato. .

Ella enarcó una ceja y luego se guardó la tarjeta rápidamente en el bolsillo

del pantalón del pijama.

—Quiero ayudarte, Noah.

Jack poco después desapareció y ella se quedó muy pensativa. ¿Qué

trataba de insinuar?

¿No había sido un robo? Entonces...

¿Quién odiaba tanto a Noah Anderson como para desear su muerte?

Se abrazó con fuerza, esperando a que regresara de nuevo su marido. De

momento era la única persona con la que se sentía a salvo y. . protegida.

Jack salió al pasillo y lanzó la bola de goma en una de las papeleras.

Clive, le esperaba apoyado en la pared junto a una de las máquinas

expendedoras de aquella planta.

—He realizado unas llamadas, detective Owen —instó en tono

amenazante—. Por lo visto, no deberías estar aquí... De hecho, ni en esta

ciudad.. Estás suspendido de empleo y sueldo. Te han retirado la placa y la

pistola. Así que esa que nos has mostrado, debe tratarse de una falsificación.

Jack soltó una carcajada.

—Sí, es del juego de ladrones y policías de mi hijo Malcom.

—No quiero volver a verte hablando con mi mujer. ¿Te ha quedado claro?

El detective enderezó la espalda y se acercó a su oído.

—¿De qué tienes miedo, Clive?

Se retiró lentamente y luego le dio una palmadita en la espalda.

Clive le observó alejarse hasta perderse por las escaleras.

Su respiración empezó a acelerarse. Ese cabrón no iba a joderle la vida.

Antes se ocuparía de jodérsela a él.

Se llevó la mano al bolsillo y buscó una de las pastillas que tomaba en

casos de estrés como aquel.

Se la puso en la lengua y bebió un sorbo largo de la botella de agua.

Miró su mano. Pronto la substancia química de aquella pequeña pastilla

haría que dejara de temblar.

Afortunadamente, pronto recuperaría de nuevo el control. .

en:

434

Continuará…

No te pierdas el Book tráiler

https://www.wevideo.com/hub/#

435

Agradecimientos

Gracias a todas aquellas Locas que Seducidas por la lectura han conocido

esta Saga y han ido alimentado mi espíritu para seguir día a día dando forma a

este atractivo proyecto

Gracias a mis grandes amigos Susana Delgado y Carlos Arzayus, por sus

ánimos y por creer en mí, animándome a seguir desde el primer momento

Gracias a mis niñas de las páginas y grupos de Facebook: Lokoteca

PDFYFC'S:

Mi pelirroja, Jelly B S Reynoso Lorena de Vitorio

Kriz de Camacho Andrea Valenzuela Araya

Rosa Jara Bel Cortés

Juani Quesada López Erika Fernández Carla Battaglia Sonia Lopez

Claudia León Vicky Starss

Kalinka Isabel Soutullo Soto

Evelyn Muñoz Eve Torres Denise Duran

Espumas de Aloe San Pedro del Pinatar

Melina Soledad Emmanuil Josefa Salazar

Sue Caballero (espero no olvidarme de ninguna...) Divas de los Blogs

Solo libros-nada de malditas reglas

Escritores noveles. ¿Cómo hacernos un nombre?

Gracias a Megan Maxwell por su sabio consejo en la reciente presentación

de Sorpréndeme en la Casa del Libro de Barcelona

Gracias a todas aquellas personas que con mis relatos se han emocionado,

se han reído, se han enfadado e incluso se han enamorado

Pero sobretodo y por encima de todo, gracias a mi hijo por existir y por ser

la razón de mi vida.

¡¡¡Gracias a tod@s!!!